

FRANCISCO VILLA

ante la historia

5^{a.}
edición

LA OPINION QUE CONMOVIO A MEXICO
en el programa CONTRAPUNTO de
Jacobó Zabudovsky



Celia Herrera

CE L I A H E R R E R A

FRANCISCO VILLA
ANTE LA HISTORIA
(QUINTA EDICION)

COSTA AMIC EDITORES, S. A.

México, D. F.

Primera edición, 1939.
Segunda edición, 1964.
Tercera edición, 1981.
Cuarta edición, 1984.

© 1981, By Celia Herrera
CARGO Apartado 105-252
11560 México, D. F.

Derechos reservados conforme a la ley
Costa-Amic Editores, S. A.
Calle Soto 62 — México 3, D. F.
Miembro de la Cámara Nacional de
la Industria Editorial. Registro N° 313.

ISBN-968-400-056-1

Impreso en Mexico — Printed in Mexico.

MI DEDICATORIA

Dedico este modesto ensayo histórico a la Provincia de mi Patria, a la Heroica Provincia Mexicana que entregó a la Revolución de 1910 sus mejores hombres, sus mejores hijos. A la Provincia Mexicana, escenario de los actos más heroicos durante el estrujante movimiento armado de la Revolución; a esa Provincia que sufrió los actos del bandolerismo más bestial de que se tenga historia; a la que presenció los asesinatos en masa más crueles de seres inocentes; la Provincia en donde el sufrimiento se enseñoreó por años y años, en donde el abandono y la desesperanza dejaron su huella para siempre. Esa Provincia Mexicana en la que un número incalculable de niños sufrieron la orfandad y como consecuencia la Patria Mexicana también perdió la riqueza de realizaciones de miles de vocaciones, de miles de talentos imposibilitados para desarrollarse, porque carentes de recursos, y sin escuelas, la necesidad hizo a muchos seres, niños aún, enfrentarse al diario problema del subsistir.

Mi dedicatoria va también a la Mujer Mexicana, a la mujer olvidada que lloró en el páramo o en la serranía, o en la ciudad provinciana, o en el pueblo desolado. Va mi recuerdo a los cientos de mujeres que sufrieron la bestialidad de aquel ser extraño que por odio a las mujeres convirtió a indefensas ancianas en "teas humanas"; a la totalidad de las mujeres (ancianas, niñas) que en Namiquipa (Chih.), fueron arrastradas hasta un corralón y entregadas durante días y noches a la más espantosa bestialidad; a las decenas de soldaderas ametralladas dentro de un furgón de ferrocarril (Camargo, Chih.)... Y a la mujer de estos tiempos aún no liberada de la mentira y sumisa

a la imposición de fetiches amañados; a la mujer moderna a la que toca su turno en la revisión y la condena... ¡Por la Dignidad de la Patria y de la Justicia... A ELLA!

A la Provincia Mexicana que dio el triunfo a la Revolución de 1910 y la que ¡oh crueldad!... ha sido abandonada y olvidada por todos los gobiernos que se han sucedido en el poder...

A mi querida Provincia Mexicana dedico mi pobre esfuerzo al escribir estos relatos llenos de amargura, para cuyo logro he tenido que ir paso a paso ahogando los sollozos de mi corazón: con mi más hondo deseo de que algún día a esa Benemérita Provincia de mi Patria se le haga la justicia a que tiene derecho.

LA AUTORA

En 1939, al salir a la luz pública la primera edición de mi libro Francisco Villa ante la Historia dije en el prólogo:

“Cumpló ahora mi palabra empeñada a raíz de la colocación de la primera piedra al monumento destinado a glorificar al que se llamó Francisco Villa. Es un vehemente deseo de que la verdad perdure a través de los tiempos, de que la verdad se abra paso luminoso hasta aclarar los grandes errores en que, quizá por un delirio de autoglorificación de algunos y por un deplorable desequilibrio en la apreciación de los valores morales para juzgar la vida de un hombre, se precipitan, cuando aún no se secan las lágrimas de los huérfanos y de las viudas que nuestro «Genio de la Guerra» dejara al sacrificar tan inútil como villanamente a tantos seres; es un vehemente deseo de que se conozca la verdad histórica, el que me ha impulsado a escribir estas líneas, en que las bellas imágenes y las expresiones correctas faltan; quiero contribuir a que la realidad de los acontecimientos sea conocida en toda su vergonzosa desnudez... Es triste pensar que en estos tiempos el descontrol moral de las multitudes repita la vieja historia de ¡glorificar a Barrabás y pedir el sacrificio de Jesús!...

”No sorprende que los antiguos compañeros de correrías de Doroteo Arango, que encontraron al lado del «caudillo» la oportunidad de desahogar sus rencores y viejos odios, así como de satisfacer sus más bestiales apetitos, traten ahora de perdurar el recuerdo de aquel a cuyo lado pudieron desenfrenar sus pasiones; me sorprende que la verdad, oculta a través de los apasionamientos, huya de

la mente de los historiadores y escritores cultos, hasta el extremo de glorificar al hombre bestial.

"Las notas que continúan estas líneas son unos cuantos datos que pintan la verdadera figura de Francisco Villa; están recogidos directamente entre los familiares de las víctimas de sus «heroísmos» y en los lugares de los acontecimientos. Si algún día la pluma honrada de un historiador consciente quiere, amando la verdad, legar a la posteridad la exacta expresión de sus dolorosas páginas revolucionarias, están a su disposición las que ha recogido esta mujer que por primera vez toma la pluma."

* * *

En un tiempo asombrosamente corto la primera edición de mi libro fue totalmente agotada y ello es prueba inequívoca para mí del deseo que existe por conocer la verdad, sin embustes ni adornos, de lo que fue aquella espantosa época que para siempre quedó grabada en el recuerdo de los que, siendo muy niños, nos tocó vivirla. Mi inexperiencia para escribir, acrecentada por un mayor entorpecimiento que en la mente produce el desentrañar tan horribles recuerdos aumentarán, indudablemente, la pobreza de mis expresiones; feliz me sentiría si pudiera presentar a mis bondadosos lectores figuras bellas y frases hermosas que con facilidad producen mentes cultivadas, pero puesto que no puedo dar lo que no tengo, sólo vengo a ofrecer la más fiel autenticidad de mi relato de los hechos que encontrará el lector en las siguientes páginas.

Por la experiencia que obtuve al comentar con diversas personas la primera edición de mi libro, considero que ayudará a una mayor claridad hacer la presentación de mis familiares porque en el relato de mis recuerdos estarán mezclados detalles infantiles de mi escuela primaria (mi única escuela), nombres de mis progenitores y fechas y hechos espeluznantes de aquella época que como una pesadilla nos tocó vivir en el Estado de Chihuahua y muy principalmente en mi querido pueblo natal: Hidalgo del Parral.

Mi abuelo paterno fue: don José de la Luz Herrera.

Mi padre: José Concepción Herrera, y hermanos de mi padre fueron: Jesús, Luis, Maclovio, Zeferino y Melchor, hermanas: Florencia y Dolores.

TERCERA EDICIÓN

La tercera edición de este libro dista de la primera 42 años y 17 de la segunda. Al salir la primera (1939) aún vivían incontables testigos de la mayor parte de los hechos por mí relatados. En la hora presente pocos sobrevivientes hay ya de aquellos años de angustia y dolor. A esta circunstancia se debe el que en esta tercera edición aparezcan mayor número de fechas, de lugares, de nombres de personas, que entonces no mencioné por no ahondar heridas.

Nacieron estas mis pobres frases con el sincero deseo de ayudar a la depuración de la Historia de la Revolución; podrá la presente generación no tomarlas en cuenta, pero indudablemente servirán a las postreras.

Gentes de letras, "que saben escribir", pero que han perdido la conciencia y manifiestan un lamentable complejo de complicidad moral con el criminal, no titubean al estampar su firma en narraciones plagadas de mentiras... Y es triste observar que jóvenes interesados en "entender" lo que fue aquel movimiento de 1910, ocurran a esos relatos en los que los verdaderos actos de Lealtad, de Valor, de Sacrificio, no se mencionan.

En cuanto a la información en radio y televisión, está también a cargo de los "dictadores del micrófono", que con la frivolidad reflejada en sus semblantes ocupan el precioso tiempo en esos aparatos hablando de lo que desconocen, invirtiendo los valores, haciendo aparecer como "pintorescos" a criminales que destruyeron nuestra Patria. Parecen desdeñar su privilegiada posición que les permite encauzar la mente de los niños y de los jóvenes hacia el reconocimiento de los verdaderos valo-

res de aquellos que entregaron sus vidas por el ideal sagrado de lograr un México mejor. . . Y sea por ignorancia, por desapego a nuestra historia, o por displicencia, lo cierto es que tratan ocasionalmente de mentir, y ese mentir en asuntos de la Historia debe ser considerado como crimen de lesa Patria.

Se observa también a otras mentes juveniles que por sentirse en desacuerdo con los actos gubernamentales piensan en un "cambio de estructuras" (así dicen), y en su inexperiencia suponen que "una revolución" lograría ese cambio. . . Otros jóvenes, los más cándidos, al hojear páginas en donde se han escrito hechos de nuestra Revolución y principalmente en donde aparecen fotografías de aquellos combatientes "uniformados" y cargados de cananas, se llenan de regocijo y suponen, seguramente, que la Revolución fue una kermesse. . . Cuán lejos están sus mentes de imaginar el dolor que fue todo aquello, la destrucción de valores morales y materiales que aquello trajo consigo, la miseria y desolación que significó tan larga lucha, porque la guerra es el conjunto de todos los males y que esto quede fijo en esas mentes juveniles, definitivamente.

Para quien tenga hambre de verdad estará este mi compendio de datos, que mantengo en la memoria y que ha sido ratificado honesta e imparcialmente en tal forma que no existe un solo error en él, ni una expresión excesiva que no sea justa. Si parto de la fuente viva y sangrante de mi memoria, no he escatimado una sola ocasión de consultar todos los archivos públicos y abundantes particulares, tan incuestionables como la obra de Don Bernardino Mena Brito, uno más de los que me han obsequiado el fruto de sus trabajos y la emoción de su patriotismo, todo esto respaldado por el reconocimiento y a la par por la ministración de datos inéditos que un público surgido de todas las partes de la República me ha enviado en cerca de MIL CARTAS de respaldo entusiasta, colaborando espontáneamente a mi modesta obra.

Todas estas epístolas tienen el aura del entusiasmo y la queja de dolor y muerte que expresan, cual si asistieran a un Juicio Final de la Historia.

LA AUTORA

"FRANCISCO VILLA ANTE LA HISTORIA"

(Por Celia Herrera Enríquez)

Pertenece la señorita Celia Herrera a una familia que dio a la Revolución bravos, honestos combatientes. Muchos familiares de la señorita Herrera padecieron a manos de Francisco Villa; pero no es su libro una represalia póstuma, sino un testimonio documentado, una relación con datos de primera mano sobre los antecedentes y hazañas del famoso criminal. A Villa, o sea Doroteo Arango, lo han glorificado no pocos literatos que padecen complejo de complicidad moral con el criminal. La señorita Herrera nos presenta la verdad sin pasión, pero terrible. Es consolador que a falta de verdaderos héroes, nuestra Revolución siga produciendo escritores como la señorita Herrera, que practican el heroísmo fecundo de la verdad.

José Vasconcelos

(Revista Timón, mayo 11 de 1940).

¿EL VERDADERO VILLA?

Señor director:

Que México pasa por una etapa de inversión de los valores morales está a la vista. Se puede palpar ese hecho al ver que mexicanos reputados de cultos parecen tener como meta de su vida el envenenar al público con la sarta de mentiras que publican en periódicos y libros. Me refiero concretamente al escritor Martín Luis Guzmán, quien parece empeñado en hacer creer una serie de hechos falsos, empezando por eso de que él fue secretario de Villa. Parte de esa inexactitud para presentar un Villa que es otro completamente distinto al que participó en la Revolución para entrar a la cual se cambió el nombre de Doroteo Arango por el de Francisco Villa. Todos sabemos aquí, en Villa Ocampo, que Doroteo, o Pancho Villa, era bien conocido en Durango y en Chihuahua por su ferocidad, precisamente contra los hombres del campo, pobres. Todos sabemos que el 4 de mayo de 1904 asaltó a Don Gabino Amaya y a dos de sus vaqueros, Eugenio Molina y Francisco Aranda, a los cuales estranguló, cercenándoles después la cabeza. Los cuerpos decapitados quedaron tendidos en La Mesa del Berrendo. Sabe también Martín Luis Guzmán que a Arango le quitaron una partida de ganado robado, que iba arreando por Conchos y que lo detuvieron los vecinos de ese lugar. Cuando tuvo poder, ya en la Revolución, asesinó uno a uno a esos vecinos y a todos sus parientes, completamente ajenos a la captura de que quería vengarse. Arango siempre fue feroz con los más humildes campesinos, como pueden atestiguarlo todavía los que tuvo como peones en su hacienda de Canutillo. ¿Para qué tantas mentiras?

Jesús Moya Campobello
Domicilio conocido
Villa Ocampo, Durango.

[14]

Excelsior

AYER, HOY Y MAÑANA

Por José Elguero

Nos ha enviado su último libro el notable escritor don Martín Luis Guzmán, con una dedicatoria que dice: "para que conozca mejor a Pancho Villa".

Trátase de parte de las "memorias" del famoso guerrillero de Durango, y se intitula la obra, así con minúsculas, el hombre y sus armas.

La narración es interesante, como que la escribió el señor Guzmán, muy experimentado en esta literatura. Tomó los datos y documentos del archivo de Villa, según él mismo declara, y eso basta para que no puedan cumplirse los fines de la cándida o irónica dedicatoria.

Nadie ignora que Villa cometió feroces, crueles y abominables actos de bandolerismo en proporción tal, que sería difícil hallarle semejantes; pero, naturalmente, en la historia aderezada por el señor Guzmán, resulta casi un santo. Cuando menos, un irresponsable que martirizaba y asesinaba y robaba por culpa de la sociedad, de un medio que le era hostil y no le dejaba trabajar en paz.

Puede, sin embargo, leerse la obra como otra novela divertida, llena de episodios pintorescos y algunos dignos de admiración; pero no lo olvide quien la lea, trátase de San Francisco Villa, no de Pancho Villa, el bandolero de Durango.

[15]

Avenida Morelos 44 -3.
Ciudad de México.

18 de enero, 1940

El Mexicano, periódico de Ciudad Juárez, del cual es propietario el señor Luis Trillo, hermano de Manuel (que murió con Francisco Villa en Parral), en edición del 3 de noviembre, dice:

“FRANCISCO VILLA ANTE LA HISTORIA”

Celia Herrera plasma pensamientos y se destaca como una mujer de la nueva generación. Es pasional en sus escritos, pero, quizás por ofensas sufridas, escribe con tal fuerza emotiva y tal ánimo. De una plumada hace una frase. Es fuerte y vigorosa en su literatura. En su libro *Francisco Villa ante la Historia*, leemos circunstancias ignoradas sobre la vida del famoso guerrillero de Durango, derriba el pedestal del ídolo y se apega en forma completa a los datos históricos, recopilados tras de una concienzuda y callada labor. José Vasconcelos le dice en una de las cartas que le ha escrito a Celia Herrera: “Hasta donde llega mi conocimiento de la época relativa, creo que se ha apegado usted a la verdad en lo substancial por lo menos...”

Srita
Celia Herrera,
Parral

Muy estimada Señorita:

con bastante retardo, debido a que iba dirigido a HOY, recibí su libro, con el cheque que me permito devolverle en esta, porque no le encuentro aplicación, ya que yo tengo el mayor, pero el más gratuito, placer en escribir la nota que también le adjunto.

Convendría, para alguna nota en HOY, que enviara usted un ejemplar a Benjamín Jarnés, encargado de la sección bibliográfica. En la Semana Pasada que yo hago, no cabe hablar de Villa por ahora.

Encuentro su libro admirable por más de un concepto. Yo mismo viví en Torreón la angustia que usted. Créame su devoto amigo y admirador


Salvador Novo

P.S. ULTIMAS NOTICIAS, en donde apareció hoy el comentario que firmo con el seudónimo A.D. (autor desconocido), es un diario de la tarde, el más importante de la capital. Su circulación y su prestigio aquí son mayores que los de los diarios matutinos.

débil de mujer se alzó de entre las tumbas dispersas bajo la huella del Dorado, para imprecicar su execrable recuerdo: la voz de Celia Herrera, de la familia de Maclovio Herrera, desde Parral, Chih.

1876... 1923...

DOROTEO ARANGO

Existen muchos libros sobre la vida y las hazañas de aquel a quien no ha faltado quien llame "el Centauro del Norte", Villa, y aun se ha hecho una película yanqui sobre ella y algunas mexicanas. Pronto hará veinte años que murió de una muerte que, dada su vida, habrá que llamar natural. Uno de los mejores escritores mexicanos, Martín Luis Guzmán, empleó su pluma en ensalzar la figura de Villa dominicalmente, en un periódico de México, de acuerdo con los datos que a su fantasía proporcionó una viuda de Villa, la señora Rentería, que vive aquí con sus dos hijos que estudian en México. Y conforme pasa el tiempo, la memoria de sus hazañas va perdiendo sus perfiles sangrientos y nimbando su figura de una leyenda heroica.

CELIA HERRERA

Para los escritores que en la época de Villa eran niños, la Revolución no tiene otro sentido experimental que el de una honda tragedia protagonizada por la temible figura del que mató a sus padres, arrasó sus casas y los dejó en la miseria. La Revolución, como tema literario, no es, en consecuencia, sino un tema precisamente literario, esto es, falso, cuando a la cómoda distancia de sus puestos oficiales ensalzan sus orígenes y pasan por alto sus horrores. La figura siniestra de Villa no ha podido borrarse del recuerdo de quienes padecieron bajo sus botas, a pesar de los esfuerzos románticos de panegiristas suyos, como su secretario Ramón Puente o como Martín Luis Guzmán. Y cuando se habló de erigirle una estatua, una voz

Como una Krimilda vengativa, Celia Herrera ha dedicado buena parte de su vida a acopiar datos sobre la vida del "héroe" revolucionario. Le ha seguido los pasos desde que nació en 1876 hasta que los balas lo acribillaron en Parral en 1923, con nimio cuidado, celosa de la verdad histórica, empeñada en mostrarlo tal como ella lo vio desde su aterrada niñez, cuando el nombre de Villa ponía a tiritar corazones y llenaba de cadáveres las pacíficas y laboriosas poblaciones del norte. Su libro se llama **Francisco Villa ante la Historia**. Celia Herrera lo ha enviado a los escritores mexicanos; quería que su libro fuera conocido en el aniversario último de una Revolución que quiere depurar. Pero los escritores mexicanos han evadido el comentario de este libro admirable, lleno de pasión y de realismo. Porque, sin duda, la Revolución está muy contenta y no tiene mayor empeño en depurarse.

Salvador Novo

(Últimas Noticias, enero 18 de 1940.)

FRANCISCO VILLA ANTE LA HISTORIA

Para el Boletín de la Sociedad
Chihuahuense de Estudios
Históricos

¡Por fin, y gracias a la Editorial Polis de la Ciudad de México, D. F., pude adquirir este libro de Celia Herrera Enríquez, que me tenía intrigadísimo! Y, ¿cómo no, si su autora fue nieta de don José de la Luz Herrera, el sacrificado de 1919 y sobrina de Maclovio Herrera, el valor más puro de los revolucionarios de 1910?

Libro escrito por una mujer, con criterio de mujer y experiencia dolorosa adquirida desde niña. Libro escrito sin más pasión que la muy humana que todos sentimos al recordar el viacrucis de los seres amados; libro que más que desahogo, respira un vaho de lágrimas al recordar en sus páginas tantas angustias, tantos sufrimientos llevados durante esa época negra de nuestra historia tan llena de sobresaltos; época que nos hace sentirnos avergonzados por todos aquellos que la tomaron como pretexto para saciar sus más cavernarios apetitos y sus más espantosas lujurias.

Escenas de terror y de espanto, hambres, fríos, desnudeces, sed, cansancios sin límites, todo, todo sufrió Celia Herrera Enríquez cuando alboreaba su vida, cuando debió haber gozado del placer de los juegos infantiles, de la tibieza de un hogar que, aunque humilde, tenía la santidad de algo sagrado como lo es todo albergue en donde la rectitud de conciencia de los padres es la antorcha, el amor al trabajo es la senda y las manos encallecidas son los mejores títulos de la mejor nobleza. Con mano maestra pinta todas las escenas que nos fueron conocidas a los hombres de aquella época, y aunque Celia, en

[20]

su escrito, que, a manera de prólogo adorna su trabajo, muestra no una falsa modestia, sino una sentida y sincera humildad cristiana, abundan en su obra las frases felices, los pasajes afortunados y las bellas figuras de retórica, en que la más sencilla y conmovedora es la de la muerte del perro amigo, continuación amable de los niños a quienes se les educaron los sentimientos para condolerse y aún amar a los seres inferiores, que no por serlo, dejan de sentir afecto y gratitud por sus amos. Este pasaje solo, valdría por todo el libro, si no se perdiera entre la cadena de interesantísimos relatos que nos llevan de la mano, en alas del recuerdo a dolernos de tantos asesinados, de tantas viudas y huérfanos que aún lloran su desamparo.

Me complazco de veras en ver que nuestras mujeres del norte empiezan a despertar, empiezan a practicar la gimnasia cerebral y que sus preocupaciones sociales y religiosas, las hacen valientemente a un lado; que dicen su verdad, para dejar su testimonio de integridad y de grandeza de espíritu que, cultivado poco a poco, nos dejará pasmados de asombro, al asomarnos a esos nidos de amor que son sus corazones, de donde ha brotado siempre el estímulo para la pelea cuando la Patria lo ha necesitado, el aliento para la lucha diaria y el aplauso para seguir siempre hacia arriba, hacia la suprema conquista del ideal de ser grandes.

¿Qué homenaje rendirle a Celia Herrera Enríquez mejor que el haber leído su obrita de un tirón, de haber comprado ya seis ejemplares para obsequiarlos en calidad de propaganda y hablar constantemente en tierras lejanas de nuestras mujeres norteñas, tan amables y dulces, tan amplias de criterio y tan emancipadas de tonterías que forman aún la cadena pesada que llevan en la conciencia tantas mujeres en el mundo, dignas de ser grandes y admiradas por la sola virtud de su calidad señorial?

¡Vaya mi aplauso a mi conterránea parralense, exponente del valimiento de la mujer chihuahuense, mis inacabables felicitaciones, sobre todo en esta hora de inversiones morales y sociales, en que tan necesarias son las luces de conciencias tan puras como la de ella!

Ignacio Chávez Franco,
Taxco, Guerrero.

PANCHO VILLA PARA PRESIDENTE

Por el doctor Luis Lara Pardo
(Enero 19, 1954)

“Cuando el Gobierno de Washington, a mediados de 1914, resolvió establecer abiertamente un protectorado sobre México, hasta por la fuerza si era necesario, como lo había establecido en Santo Domingo y en Nicaragua, se desataron en todos los Estados Unidos discusiones, intrigas y disputas para designar el sangriento legado de Victoriano Huerta.

La capital estadounidense fue invadida por una turba de agentes confidenciales mexicanos o extranjeros, que llevaban o se atribuían la representación de alguna de las facciones que en México luchaban desesperadamente para dominar el país. Lo cual significaba sencillamente que esos mexicanos, delegados o agentes, aceptaban tácitamente el hecho de que fuera en Washington donde se nombrara al Presidente de México. ¡Qué vergüenza para ellos!

El Presidente Wilson envió a todos los jefes de facción una excitativa para que se reunieran y convinieran en reconocer un solo jefe, con lo cual le facilitarían a él la elección. El primero en contestar fue Pancho Villa, por medio de una nota firmada por él mismo y por Díaz Lombardo, a quien había nombrado su Ministro de Relaciones. En esa nota anunciaban que iban a invitar a las otras facciones a la unión. De todos los jefes de facción o partido que combatían en México, Pancho Villa era el más dócil a las órdenes o indicaciones del gobierno norteamericano. Cuando la toma de Veracruz, se apresuró a declarar que por ningún motivo lucharía contra las fuerzas

invasoras. Fue el único militar mexicano que estrechó la mano de un jefe norteamericano enviado para apaciguarlo, si acaso pensaba de alguna manera vengar la frenta cometida en el puerto jarocho.

Entonces se produjo algo semejante a una campaña electoral del otro lado de la frontera mexicana. Políticos y periódicos de toda la nación discutían cuál de los jefes mexicanos tenía el apoyo de la mayoría del pueblo y podía ser aceptable al Presidente Wilson.

El 30 de julio de 1914, los incontables lectores del diario matutino *New York American* leyeron estupefactos un artículo editorial impreso en letras negras y firmado por William Randolph Hearst, dueño del periódico y el más poderoso magnate de la prensa estadounidense. En los círculos noticieros con quienes tenía yo contacto, me dijeron que ese artículo no era de Hearst, sino de su lugarteniente, Arthur Brisbane. Era, en efecto, un artículo enérgico, cortante, dogmático, sofisticado, como los del famoso editorialista. Iba dirigido al Presidente Wilson y contenía conceptos como estos (tengo todavía en mi poder el recorte de ese artículo):

“Si el gobierno de Washington intenta firmemente entrometerse en la política mexicana... si está resuelto a dictar quién ha de ser presidente en México; entonces, en bien de la paz y la seguridad, que escoja un Presidente fuerte y capaz... un hombre con suficiente habilidad, fuerza de carácter y apoyo popular para mantenerse en el puesto, reprimir la revolución y proteger vidas y propiedades de nacionales y extranjeros... El único hombre que en este conflicto mexicano ha surgido muy por encima de todos los demás, por su fuerza personal y su capacidad, por su magnetismo para mandar, su maestría en el mando y su agilidad para ejecutar, es Francisco Villa...”

“Es ocioso que mister Wilson pretenda que no está tratando de dictar en asuntos mexicanos. Es, en todo, un autócrata. Es tan dictador en México como en los Estados Unidos. Tal vez más, pues en México es dictador militar, capaz de imponer sus demandas por la fuerza de las armas”. (Veracruz estaba entonces ocupado por tropas enviadas por mister Wilson) “Siendo dictador, que prescribe un gobierno para México y ordena qué hombres y qué medidas debe adoptar ese gobierno que ordene con

juicio... Que designe a Francisco Villa Presidente de México. Entonces habrá paz”.

No contento con haber publicado ese artículo en su edición matutina, lo hizo reproducir en la vespertina **The New York Journal**, cosa verdaderamente extraordinaria. Ese hombre que, con todas las organizaciones periodísticas que poseía o controlaba, no pudo tener influencia en la política interior de su país, ni ganar ningún puesto de elección a los que aspiraba, pretendía por sus dos mayores diarios ejercer presión decisiva para gobernar a México, sobre el Presidente de los Estados Unidos.

Hearst pertenecía al Partido Demócrata, el que llevó al poder a Woodrow Wilson. Sin embargo, en ese artículo le hablaba autoritativamente, con la esperanza de que lo obedeciera. En justicia, debería haberlo instado a que abandonara la pretensión de dar a México un gobernante al gusto personal suyo. Pero no, quería elevar a Pancho Villa. La única razón de ese absurdo deseo, por el cual abogaba tan audazmente, era que el famoso guerrillero había defendido, con la fidelidad de un capataz, las extensas propiedades que el magnate norteamericano poseía en el norte de México; propiedades que justa y equitativamente acaba de reivindicar y reincorporar al patrimonio nacional el actual gobierno mexicano.

Por esta razón única, no vacilaba en declarar bajo su firma que bajo Pancho Villa México disfrutaría de paz y seguridad para todos, cuando en realidad en ese periodo terrible de nuestra historia, nadie atentó con más crueldad contra vidas y propiedades como el bandido duranguense. Sólo que había atentado contra mexicanos, contra españoles, de quienes fue azote cuando eran ricos y no le servían de agentes en sus operaciones de contrabando; contra extranjeros de otras nacionalidades, pero no contra norteamericanos, hasta que Wilson resolvió designar a Carranza Presidente de la República Mexicana. El rencor que ese acto produjo en Pancho Villa fue terrible. Inmediatamente se lanzó contra ciudadanos de los Estados Unidos. Vino la matanza de Santa Isabel y pocos días después, el ataque súbito a la población de Columbus, adonde cayó como un rayo al mediar la noche, y no se retiró hasta haber segado muchas vidas.

Hearst, que se constituía prácticamente en fiador de Villa, en el artículo que comento, quedó anonadado después de esas matanzas. Comprendió que ya no seguiría protegiendo sus propiedades. Se había equivocado redondamente, de todo a todo. El genio militar que le atribuía quedó opacado completamente después de la derrota de Celaya. Sus dotes de gobernante fueron invención necia del magnate norteamericano.

Al estallar la guerra mundial, Hearst volvió a errar gravemente. Se hizo campeón de los Imperios Centrales en los Estados Unidos. Fundó en Nueva York un “*Zeitung*” dedicado a la propaganda alemana. Las oficinas estaban contiguas al **New York American**, y todo el mundo sabía que la empresa era propiedad del mismo individuo, pero al entrar los Estados Unidos en el conflicto, tuvo que cerrar humildemente su publicación de propaganda germánica, para no caer bajo la sanción legal.

Hearst apoyó la expedición de Pershing contra Pancho Villa, a quien había poco antes colmado de alabanzas y postulado para la Presidencia de México.

Todos esos hechos son reflejo de la psicosis intervencionista que en aquel tiempo predominaba en el territorio de la nación vecina y que, afortunadamente ha desaparecido y no tiene ni indicios de renacer. Sin embargo, todavía ahora es exacto y aplicable el apotegma del gran cubano Manuel Márquez Sterling: “Contra la intervención extranjera, la virtud doméstica”.

JOSE VASCONCELOS
Y
HERMINIO AHUMADA
ABOGADOS
CALLE DE LA PALMA NUMERO 38
MEXICO, D. F.

México, Septiembre 28 de 1939.
Srita Celia Herrera E.
Parral, Chih.

Muy estimada señorita:

He recibido su libro : Francisco Villa ante la Historia y de acuerdo con los deseos expresados en su atenta dedicatoria he leído con interes sus paginas. Hasta donde llega mi conocimiento de la epoca relativa creo que se ha apegado Ud a la verdad, en lo sustancial por lo menos. Y es digno de todo encomio esta contri-bucion suya para disipar leyendas que hacen daño al pueblo cuando no son dignas de ellas, los personajes falsamente endiosados.

Reciba Ud pues mi enhorabuena y me es grato ofrecerme como su atto, afmo, amigo y S S

Vasconcelos

SECRETARIO DE LA DEFENSA NACIONAL
MEXICO

Abril 10 de 1965.

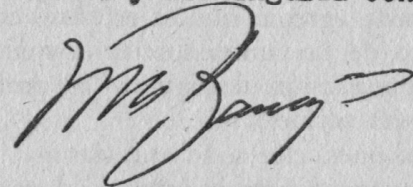
Srita.
Celia Herrera.

C i u d a d .

Distinguida Srita. Herrera:

Recibí el libro que tuvo usted la gentileza de obsequiarle, manifestándole que será leído con todo el interés que su contenido requiere.

Expreso a usted mi más sincero agradecimiento y aprovecho la oportunidad para reiterarle las seguridades de mi atenta y distinguida consideración.



Gral. Div. Marcelino García Barragán.

LIC. BERNABE JURADO ÁNGEL

México, D. F.

12 de agosto de 1964.

Señorita

Celia Herrera.

Presente.

Muy apreciable Celia:

He leído con gran interés la segunda edición de tu libro **Francisco Villa ante la Historia** y he podido, en consecuencia, darme cuenta de su enorme valor. Considero, fundadamente, que has enriquecido el caudal de conocimientos sobre una de las épocas más sobresalientes de nuestra Historia Patria. Y, en particular, me parece que tu obra tiene esa rara mezcla de poesía e historia que caracteriza a los Girondinos de Lamartine. Esto es: una expresión de belleza literaria sin perjuicio de la verdad de los hechos tal como ocurrieron en el pasado.

Y hasta puedo agregar que tu esfuerzo es tanto más notable cuanto emerge de un ambiente en el que las pasiones y los intereses pretenden aún desfigurar los perfiles humanos y la naturaleza de las acciones.

Te felicito, pues, con todo entusiasmo.

Al propio tiempo, deseo agregar al maravilloso relato de tu libro algunos hechos de los que fui testigo presencial, que lastimaron y conmovieron mi vida desde la más tierna infancia y que quizá determinaron mi actitud frente a la vida, buena o mala, pero siempre plena de los mejores deseos para el mundo que me circunda.

Quiero referirme, desde luego, al capítulo intitulado: “En Canutillo”, de tu citado libro: (“El día 29 de julio de 1916 asesinó a Don Miguel Jurado que había ido a dicha hacienda a recoger a sus hijos Consuelo, Carmen y Bernabé Jurado. Antes de ser asesinado Don Miguel había sido tan cruelmente atormentado que al momento de morir ya había perdido la razón”).) Pues bien, mi querida Celia, a ello voy a referirme:

La lejanía del tiempo no me permite recordar si fue el 17 o el 27 de julio de 1916, cuando mi padre fue detenido en los momentos de estar desayunando en compañía de mi madre y mía, en su Hacienda de Canutillo y trasladado a otra hacienda, la de Torreón de Cañas, colindante, propiedad del señor Dolores Aranda, quedando mi padre encerrado en uno de los cuartos de la casa grande de dicha finca.

Villa y sus delincuentes se habían posesionado de todos los carruajes, caballos y demás medios de transporte, pero de algún modo pudimos salvar la distancia aproximada de 4 o 5 leguas a que se encontraba Torreón de Cañas. Mi madre llevaba en sus brazos a Consuelo, mi hermana (recién nacida), “cabalgando” sobre una burra con aparejo que yo tuve que arrear.

El mismo día de nuestra llegada a Torreón de Cañas, la suerte, fiel compañera de mi azarosa existencia, quiso que Villa me permitiera hablar con mi padre y entregarle, hecho un registro en presencia del “general” Nicolás Fernández, de un alimento, no sin antes besar la mano de mi padre, no tanto por nuestra costumbre arcaica, sino por el profundo respeto e inmenso cariño que siempre me inspiró la existencia de un hombre puro, y que aún me sigue inspirando el impercedero recuerdo que de él guardo.

Mi padre escuetamente me dijo:

—Me han encerrado, pretenden quitarme la tierra y la vida pero solo DIOS me puede arrebatar la tierra y privarme de la vida.

Luego me entregó una carta la cual, con otros documentos, conservo en mi poder.

A las 3 de la tarde del día siguiente, después de haber permanecido mi padre privado de su libertad en la casa grande de Torreón de Cañas y después de haber entregado a Villa el precio exigido a cambio de su libertad, por haberse negado a

firmar la cesión de la hacienda de Canutillo, el propio Villa ordenó el asesinato de mi padre. Yo me abracé a su pierna derecha y con el cíntraro fui golpeado hasta sangrar para apartarme de él, lo cual no fue óbice para que, montado en pelo en un caballo tordillo y por dentro de la barda del panteón siguiera al pelotón hasta el momento en que los disparos privaron de la vida a José Dolores Aranda, gordo y corpulento, en contraste con mi padre alto y espigado, quien no admitió ser vendado al ser pasado por las armas.

Regresé al lado de mi madre, luego recogimos el cadáver y lo velamos sobre una mesa de madera. La sangre de las heridas fue recogida en un lavamanos y supongo que lo mismo hicieron los familiares de José Dolores Aranda.

Al hacer estos recuerdos la emoción y el dolor aún cierran mi garganta y puedes creerme que considero vivamente el dolor que para ti ha significado el relato maravilloso de tu libro.

Te abrazo y te felicito nuevamente y espero que puedan ser útiles mis modestos conceptos tan sólo porque encierran la verdad de hechos trascendentales para nuestro querido México.

Tuyo afectísimo

Lic. Bernabé Jurado, Angel.

IGNACIO CHAVEZ FRANCO
Taxco, Guerrero, México

Abril 2 de 1941.

Señorita
Celia Herrera E.
H. del Parral, Chihuahua.

Estimada amiga:

¡Hasta hace dos días pude volver a la Ciudad de México, D. F., desde la última vez que tuve el gusto de saludarla, y me apresuré a ir a la Editorial Polis, a comprar su interesante libro que usted escribió sobre Francisco Villa ante la Historia!

Realmente hacía falta una relación escrita por una mujer que hubiera vivido intensamente aquellos días, como los vivió usted y, sobre todo, que los captara con la precisión exacta con que usted los captó, siendo una mujer-niña.

Su obra es verídica; su estilo sencillo y ameno, y de aquí que se lea de un tirón; sus expresiones a veces tienen la belleza natural del momento vivido que todos recordamos, y existen muchas imágenes muy bien logradas que interesan de veras.

¡Tanto se ha escrito sobre Francisco Villa, tanto, tanto, tanto, que ya se va volviendo una maraña para los estudiosos de mañana, los que, sin escritos como los de usted, no darían pie con bola, como vulgarmente se dice! De aquí el valimiento de esas páginas en donde se vive el hambre, el frío, el dolor, el espanto, las lágrimas y los sollozos; como usted muy bien asienta, todavía hay lágrimas que no se han secado en los ojos de las viudas y de los huérfanos, y de aquí que la figura de

ese hombre que fue nuestra pesadilla nacional, adquiriera, aún a través del tiempo y la distancia, proporciones espantables.

La historia, que es la fuente de la sabiduría, como madre de la experiencia, va a recoger celosa las páginas salidas de su pluma sencilla y elegante, en donde abundan, como dije antes, las bellas imágenes y las expresiones cálidamente verídicas que son la esencia misma del relato que lo hace inestimable.

¡Mucho, muchísimo tendría que escribir sobre su interesante libro, pero por ahora con esto basta; plumas mejor esgrimidas que la mía justipreciarán esta obra que usted aporta como ladrillo para la construcción del Monumento de la Vergüenza Nacional, que las generaciones de mañana verán con horror y con pena, elevando “in pectore”, la promesa de no sacrificar más a la nobilísima tierra que nos vio nacer, y sí, en cambio, trabajar unidos para engrandecerla de veras, ya que existen en ella, en potencia, gérmenes de verdadera grandeza y dignidad humanas!

Sírvase usted aceptar mis aplausos por su magnífico trabajo, mi gratitud como mexicano y como patriota por su valioso aporte, y las seguridades de mi mayor estimación.

Amigo afectísimo, muy atento y seguro servidor

Ignacio Chávez Franco

Reportajes de México

“LAS FIERAS DE DON PORFIRIO”

El dictador de México durante 35 años, Porfirio Díaz, conocía a fondo a su país. Llamaba a los ambiciosos del poder “las fieras”; y a las masas de campesinos “la caballada”. Era muy frecuente que recomendara a cada uno de sus amigos a los que les había dado la gubernatura de un Estado:

“Ante todo: procure que no se revuelva (agite) «la caballada».”

Don Jesús Valdés, un estimable coahuilense amigo mío, me refería que ya desterrado en París, el ex dictador Díaz le dijo a uno de sus amigos, refiriéndose al movimiento revolucionario que encendía en la guerra civil la Revolución:

“Ya se revolvió «la caballada»: irán apareciendo «las fieras», ¿quién logrará enjaularlas?”

Sin duda que por experiencia propia sabía el ex dictador que tras de un periodo de agitación aparecería un caudillo que metería en sus jaulas a “las fieras”.

Fueron hombres de Sonora: Obregón y Calles los que metieron en sus jaulas a “las fieras”. Ellos dieron fin a la era de los cuartelazos, de los complots, de los despojos, de las crueldades que cometían los falsos revolucionarios.

Una de “las fieras” aludidas por el ex dictador Porfirio Díaz, fue Francisco Villa. De él nos habla la escritora Celia

Herrera, de Parral, Chihuahua, en su libro **Francisco Villa ante la Historia**.

Es un libro que al narrar horrores y crueldades, clama, grita, maldice. Es un documento valioso para la Historia de México. El hecho de que la autora haya presenciado muchos sucesos de los que narra, de que viva en su pueblo y escriba ante millares de sus conterráneos, sin que nadie desmienta sus afirmaciones le da al libro **Francisco Villa ante la Historia** un altísimo valor histórico.

Habla Celia Herrera de una etapa sombría de los Estados de Chihuahua y Sonora, cuando ya han salido las tropas revolucionarias (constitucionalistas) y sólo queda dueño de la región el "guerrillero" Villa. Ya no hay latifundistas, ni hacendados, ni ricos, ni carrancistas. Ya no hay enemigo alguno al que someter o castigar. Y sin embargo es en esta etapa en que los crímenes de Villa se acentúan, se refinan, se convierten en más y más terribles, se ejecutan con mayor crueldad.

Francisco Villa había vuelto a ser un asaltante de caminos como cuando en el año de 1903 degollaba a inocentes pastorcitos o a los que lo perseguían por haberles robado sus caballos y mulas. Pero ahora mandaba quemar vivas a pobres y honestas mujeres, mataba de un balazo a un niño de 3 meses de nacido; fijaba sumas por rehenes y cuando le pagaban el rescate los asesinaba. a los mismos rehenes que se creían salvados.

En Satevó, Chihuahua, ordena quemar a la señora Lúgarda Ruiz, quien, dando una prueba admirable de valor, arroja una caja de cerillos al verdugo, diciéndole: "Toma, bandido, no te retardes".

Centenares de personas son ejecutadas por órdenes de Villa, fusiladas o ahorcadas. Entrega a sus seguidores a niñas de 12 y 14 años y a otras mayores que son ultrajadas y luego asesinadas.

De la muerte de Villa hace referencia Celia Herrera y pide para los que la consumaron en Parral, se fije esta placa en la plaza pública: "Humildes héroes, hombres completos que expusieron sus vidas y las de sus familiares en noble impulso de heroísmo que libró a Parral y a su comarca, libró a cientos de

humildes campesinos de la región, libró a la Patria Mexicana de los impulsos sanguinarios, jamás satisfechos, de un monstruo. La Patria agradecida".

¿Era Francisco Villa una de "las fieras" a las que se refería el ex dictador Porfirio Díaz?

Joaquín Piña

Ciudad de México, octubre de 1964.

Especial para **Diario de Yucatán**

Mérida, Yucatán.

IGNACIO C. ENRÍQUEZ
Antonio Sola 14
Colonia Condesa

México, marzo 9 de 1940.

Señorita
Celia Herrera.
México, D. F.

Muy estimada señorita Herrera:

No tiene usted idea del gusto que me ha dado recibir el pequeño libro que usted ha escrito, gusto y vergüenza, diré, porque deberíamos haber sido nosotros los hombres, los que vivimos aquellos años de villismo, los que deberíamos haber publicado ya la verdad y repeler tanta mentira que con tanta frecuencia encuentra uno en diversas publicaciones.

Qué poco tiempo tuvimos que vivir para ver presentadas al revés todas aquellas acciones, ver transformado en héroe al que fue autor de las mayores infamias que puedan haber sucedido en nuestro desdichado país, en tantos y tan largos años. Ahora resultaremos nosotros, los que combatimos a aquel criminal, los bandidos, y si así se ha escrito nuestra Historia Patria, habremos de pensar que fueron solamente falsedades lo que se nos enseñó en nuestras escuelas.

Señorita Herrera: me da mucho gusto tener comunicación con una nieta de don José de la Luz Herrera, mi gran amigo, aquel buen hombre, soñador, que pensó regenerar a Villa y convencerlo de que "no se volteara", de que no traicionara a la Revolución... Señorita Herrera, estoy a sus órdenes para pro-

porcionarle multitud de datos **que me tocó vivir...** para una segunda edición de su libro: puedo relatarle el espanto aquel que encontramos en Namiquipa, en donde en un corral fueron encerradas y entregadas a las chusmas villistas **todas** las mujeres del pueblo, **todas**, desde las niñas hasta las ancianas...

Bien, aún "duele el pensamiento" cuando se recuerda todo esto por lo que considero perfectamente el sufrimiento suyo, para relatar todo lo que su libro contiene y que está **muy bien relatado...** la felicito de todo corazón y me repito a sus órdenes como su amigo y seguro servidor,

I. C. Enríquez.

PRÓLOGO

La Revolución Constitucionalista no conoció los goces; pero los herederos de hoy los tienen copiosos. Sus antecesores jamás soñaron con ellos. Son mieses surgidas del dolor que en la plácida tarde de oro de sol, no dicen nada a sus oídos ni mueven su reflexión... Es para ellos un nombre: Revolución, Revolución, como gota constante que cae sobre el surco de sus frutos. Surco labrado con sangre y lágrimas, angustias y sinsabores, hambre y desconsuelo, orfandad oscura sin esperanza... Abajo de esa tierra promisoría están nuestros muertos; los que en infatigable ideal dieron sus vidas, sacrificados por la satánica espada de un imbécil Luzbel... que vino a destruir la esperanza... Mas esos seres amados no están muertos de toda muerte. El espíritu de su lucha y sacrificio está presente. Nadie puede silenciar su profunda voz que tiene ecos en las conciencias. Los todopoderosos queman artificios de luces en la oscuridad que no cede sino que se hace más oscura... No hay pirotecnia que dure. A los profetas de Israel no los han silenciado los siglos... Por sobre los "príncipes" que hoy nos atropellan, los que han entronizado al que ensangrentó al país, al Traidor de la Revolución, la verdad prevalecerá y ésta será la gran venganza del Mexicano Desamparado contra los Príncipes Omnipotentes: nosotros, los oscuros cronistas, los venceremos.

LA AUTORA

DOROTEO ARANGO (a) “FRANCISCO VILLA”

Nació en el rancho El Pajarito, cerca de San Juan del Río, Durango, el 5 de junio de 1878, de padres campesinos, Agustín Arango y Micaela Quiñonez Arámbula.

1890-1891. El alrededor de estos años cuando empezó sus correrías en el Estado de Durango, aun cuando, por confesión propia ante Don Abraham González, gobernador del Estado de Chihuahua en el año de 1912, dice haberse iniciado en el robo a los 17 años, habiendo en esa edad apuñaleado a un muchacho, su amigo, con quien tuvo un disgusto. Con Don Abraham González también comenta que cuando le quitaron el primer robo fue el 1º de mayo de 1910, en Conchos, consistente en 40 mulas que llevaban él y sus compañeros de la hacienda de Torreón de Cañas, propiedad de los señores Gurza Hermanos. La comisión para perseguirlos se formó en Conchos (hoy Valle de Zaragoza) presidida por don Serafín Legorreta, siendo jefe político don Francisco Chávez Zubía. El conocimiento del robo se tuvo por los señores Tirso Domínguez y Herminio Mendoza, que oyeron el tropel de la mulada al pasar por un arroyo de dicho pueblo de Conchos. Dicha comisión, formada más o menos por 18 civiles, da alcance a los bandoleros y éstos apenas lograron escapar dejando 40 mulas, 3 caballos ensillados, caramañolas, maletas, zarapes, espuelas, etcétera.

Su aprehensión fue ordenada según se ve claramente en la siguiente acta.

42

CELIA HERRERA

"Un sello que dice:

Jefatura Política del Partido
de la capital,
Durango.

Hoy dirigí el siguiente telegrama:

Durango, noviembre 5 de 1907.

C. Jefe Político del Partido de INDE.

«Bandidos Matías Parra, Sotero Aguilar, Doroteo Arango, Refugio Avitia, Cesáreo Díaz, Salvador N. y José Gallegos, sábese llevaron del rancho Salais a inmediaciones del Valle 22 bestias mulada y caballar que han encerrado en un corral de la casa de la Medrano, de mala nota, que tiene alojados a Parra, Arango y Gallegos. Por correo mandaré reseña bestias. Suplícole persecución y aprehensión de bandidos y bestias.»

"Me honro en transcribirlo a usted en confirmación, acompañándole una lista reseñada de las bestias robadas, a fin de que por todos los medios que estén a su alcance, se sirva dictar sus providencias conducentes para que se logre la aprehensión de los malhechores y captura de las bestias. El Jefe Municipal de Canatlán, en su parte relativa manifiesta que la noche del 24 del próximo pasado, estas bestias fueron encerradas en el corral de la casa de Francisco Parra, ubicada en el rancho del Pozole, del municipio de Canatlán y el 30 pasaron por Santa Lucía y Puente de Coneto rumbo al rancho de Salais, cerca del Río de Parral a la casa de los Medrano, bandidos de ese Estado, los que se alejan por largas temporadas a los bandidos de éste, los citados Arango, Parra y Gallegos.

"Protesto a usted mi reciprocidad y atenta consideración.

LIBERTAD Y CONSTITUCIÓN

Durango, noviembre 5 de 1907.

V. G. Sarabia, rúbrica.

E. Río L., rúbrica."

Sec. 1/a
Núm. 5901
11/14/901

(Sírvasse usted indagar si bandidos han tomado otro rumbo en el tránsito o si han hecho ventas en esos minerales.)

Sarabia.

Al C. Jefe Político de Indé, Dgo."

(Texto tomado del original, apenas legible, por el tiempo transcurrido.)

El periódico de Chihuahua "El Correo" en su número 3588, del 4 de mayo de 1910, comenta este suceso. Allí nació el odio de Villa para todos los habitantes de Conchos, en donde años después ejerció horribles venganzas y precisamente Don Tirso Domínguez, quien como se menciona en líneas anteriores, fue quien se enteró del paso de la partida de abigeos, cayó en manos del ya "revolucionario" Villa y fue asesinado sin haber logrado sus familiares jamás encontrar su cuerpo para darle sepultura.

Días después de dicho robo en Conchos es perseguido Arango muy de cerca, en la hacienda de Santa Lucía, distrito de Canatlán, Durango, por la escolta de rurales y Arango, al sentirse acorralado, da muerte a machetazos al jefe de dicha escolta quien se acercó a él creyéndolo inerte; como consecuencia de este asesinato Arango se interna en la sierra en donde se une a una partida de abigeos capitaneada por el verdadero Francisco Villa, el bandido de Zacatecas, jefe de varias gavillas que por largo tiempo constituyó serio problema para las autoridades, habiendo sido perseguido por rurales, acordadas y tropas federales, quienes después de difícil persecución y luego de muchos encuentros lograron darle muerte. Al desaparecer el verdadero Francisco Villa, Doroteo Arango toma su nombre y continúa con mayor éxito y en mayores proporciones el robo de ganado, y es hacia el año de 1898 cuando llega al rancho "El Negro", cerca de Parral, propiedad de Miguel Baca Valles, en donde le conoce Don Sixto Terrazas, quien ve en él un "buen elemento" para acercarlo a Baca Valles y es al domicilio de

éste en Parral a donde ocurren y a donde ocurrirá Arango en lo sucesivo, mejorando su posición, puesto que hasta aquí había vivido a salto de mata, entrevistándose con los compradores de ganado en las afueras de las poblaciones, pero en lo sucesivo llegará a Parral arreando ganado robado a altas horas de la noche y "sus socios" le tendrán abiertas las puertas de la plaza de toros para que encierre las bestias.

1900... **Cobra una cuenta:** Tenía tratos con Claro Reza, a quien llamaba "compadre", carnicero en la capital del Estado. Alguien le dice a Arango que Reza no piensa pagarle lo que le debía, y el primero de enero de 1900 lo asesina en el Puente de Guadalupe, Chihuahua, y abate a tiros a un policía que acude a los primeros disparos.

1902... en este año se une por primera vez a la partida de malhechores que capitaneaba José Beltrán, a la que también pertenece Tomás Urbina. Asaltan en El Terrero, Chih., a la familia de Don Inocente Chávez, hacen fuego contra la puerta del cuarto en que se ha refugiado dicha familia y resulta herida una de las señoritas Chávez; golpean a la señora en la cabeza con la pistola, queriendo forzarlas a que les entreguen dinero; no lo logran, y después de saquear la casa, se retiran. Es hecho prisionero a los pocos días Urbina y llamada la señora Chávez a que lo identifique, ésta se niega, pues le han hecho ver que de esta manera se evitará daños posteriores.

1903... Instigado, según se dijo entonces, por otro de los compradores de ganado que tenía cuentas pendientes con Rafael Reyes, mata a éste un atardecer en el año de 1903, al cruzar el río de Parral, por el barrio de las tenerías.

1904, mayo 4... En este año vuelve a unirse a la partida capitaneada por José Beltrán de la que también forma parte Rosendo Gallardo. Esconden los caballos en el descanso del viejo panteón, fuera de servicio, como a las once de la noche, para dirigirse a la casa del señor Gabino Amaya, vecino de Villa Ocampo, Durango, con intenciones de asesinar al señor Amaya (ganadero) y saquear su casa, lo que no lograron por la oportuna y casual intervención del policía Juan Martínez.

Pero antes de llegar al mencionado panteón ya habían degollado ese mismo día a los vaqueros Eugenio Molina y Francisco Aranda, casos que se conocieron bien en Parral y en Villa Ocampo. (El policía Juan Martínez murió años después en Parral).

En Los Alamitos, Cerro Gordo (ahora Rancho Nuevo), caen sobre Eliseo López y dos compañeros que regresaban de San Felipe, después de vender en Parral unas cargas de quesos... ¿qué pueden tener estos hombres pobres en extremo, que incite la codicia de los bandoleros?... Es muerto López y uno de sus compañeros; el otro logra huir.

En el cerro Tachic son dos rancheros y cuatro vaqueros los que caen en poder de los facinerosos. Los primeros son degollados y los últimos amarrados a unos encinos donde perecen de hambre y sed.

Sobre Parral... Una tarde se dirigen a Hidalgo del Parral, van a cobrar sus cuentas como ellos acostumbran: en dinero o en sangre... Avisado el deudor, comunica éste al Jefe Político (que lo era interinamente el doctor Cruz López), que se acercan los bandidos. Para tratar de exterminarlos son enviados unos hombres al mando de Inocencio Palma, con el comandante y un cabo. Doroteo Arango tiene miedo de un golpe tan audaz y así se lo dice a Beltrán, quien lo trata de cobarde. Huye aquél de La Calera, lugar cercano a Parral, al darse cuenta de la proximidad de los que salen a batirlos; en el encuentro cae prisionero Gallardo, lugarteniente de Beltrán y es muerto éste por el comandante, en el barrio de Las Carolinas, hasta donde habían logrado penetrar.

1908... Unido Arango nuevamente a los forajidos; asaltan en este año San Isidro, municipalidad de Villa Escobedo, propiedad de Don Alejandro Muñoz. Le exigen una fuerte cantidad de dinero que éste no entrega, lo martirizan cortándole las plantas de los pies y obligándolo a caminar, y por último lo remata Arango a cuchilladas. Matan a un hijo de Don Alejandro a tiros, saquean la casa y huyen.

1910... El 13 de octubre de 1910 caen sobre la hacienda de Talamantes, municipalidad de Valle de Allende, Chi-

huahua, de la familia Soto. Penetran a la casa y encuentran solamente a la señorita Josefa Soto. Le piden la entrega de dinero, y en medio de atroces insultos, la amenazan con enterrarla viva si no se los da. No consiguen su propósito y entonces la entierran hasta el cuello golpeándola duramente: Doroteo Arango, Tomás Urbina y Trinidad Rodríguez. . . ¡Los valientes!. . . Salen huyendo y en el camino de El Mirador a Parral encuentran un grupo de personas que regresaban de una fiesta habida en el rancho de ese nombre. Temerosos los bandidos de que salgan a perseguirlos, advierten al grupo que si alguien da el rumbo que ellos llevan, tomarán venganza contra todos: . . . “Cuidado con el que hable, porque se acordará de Pancho Villa en la Revolución. . .”

ESTALLA LA REVOLUCIÓN DE 1910

Es en Puebla, el 18 de noviembre, donde Aquiles Serdán y sus hermanos dan el grito de libertad y en desigual combate caen arrollados por el fuego de millares de esbirros del porfirismo. Hubo otros brotes rebeldes ese día en diversos puntos del país, como en Culiacán, Sinaloa, capitaneados por Juan Banderas, en Paso de Macho; Cándido Aguilar, en Río Blanco, Veracruz; Rafael Tapia, Martín Triana y Jesús Agustín Castro en la Región Lagunera.

Hidalgo del Parral, Chihuahua, inician la rebelión en el cerro de La Cruz (hoy cerro de La Prieta) un grupo de idealistas capitaneados por Pedro T. Gómez, Guillermo Baca y Maclovio Herrera.

Don Guillermo Baca, días antes de que estallara el movimiento revolucionario en Parral, debido a que lo vigilaban las autoridades, sabedoras de que estaba inmiscuido en el movimiento, tuvo que salir de Parral y se dirigió a La Palmilla, en donde Maclovio Herrera lo protegió dándole 10 hombres, que tenía a su cargo y ocultándolo en la mina mientras Herrera iba a Parral, llevando parque y armas. Fue en La Palmilla en donde se acordó el ataque de los maderistas a Parral.

Luis Herrera (hermano de Maclovio), era empleado de la Compañía del Parral y Durango, Jefe de Estación en Mesa de Sandía, desde cuyo lugar ayudaba a los revolucionarios y así fue como pudo prestar ayuda a Don Guillermo, hombre bueno y limpio revolucionario; pero carente de conocimiento de la vida en el campo, en la sierra, no era “hombre de a caballo”, por lo que al refugiarse cerca de la vía del Parral y Durango, Luis Herrera pudo ayudarlo enviándole alimentos, cobijas y otras cosas hasta que la Acordada, sabiendo que Luis protegía a los rebeldes, ordenó su aprehensión y fue llevado a Parral, dándole la ciudad por cárcel. Al cabo de 40 días pudo salir e inmediatamente fue en busca de Don Guillermo y al no encontrarlo en el lugar conocido, pensó que se habría unido a alguna partida rebelde. Días después lo encontró muerto, de lo cual dio aviso a sus familiares inmediatamente.

Pero inmediatamente, también, habría de brotar la calumnia, achacando a Luis la muerte de Don Guillermo y como es bien sabido que: “calumnia, que algo queda”, pasan los años y los vástagos de aquellos miserables, con la porción de veneno que traen en el alma y prostituyendo la libertad de prensa, no desaprovechan oportunidad para al menos “insinuar” lo que “se dijo”, sin que presenten ni la menor prueba, ni una deducción que haga suponer el beneficio que hubiera resultado de un acto tan vil, como el dar muerte a un hombre colocado en difíciles circunstancias.

Dos o tres días después, fuerzas federales, al mando del capitán Caballero tratan de localizar a Mercedes Arroyo, Albino Frías y Gregorio Briviescas, conocidos como maderistas, sitian el rancho El Tarais, cerca de Parral; se entabla un tiroteo y al anochecer logran escapar los perseguidos. Francisco Villa todavía no ingresa al maderismo; pero tomado de sorpresa en ese rancho, al que acudía a visitar a una mujer, huye precipitadamente, abandonando montura y sombrero que, como trofeos son exhibidos en Parral, diciendo que habían sido quitados a los revolucionarios por fuerzas porfiristas.

Desde entonces, al grito de ¡Viva Madero!, Villa continúa sus tropelías y se dirige a Villa Ocampo, Durango, donde recluta gente entre los más conocidos bandidos de la región. Con éstos se presenta en San Andrés, cerca de Santa Isabel,

Chihuahua, a Pascual Orozco, a quien le ofrece unirse con su gente. Orozco no acepta su cooperación, lo trata con dureza echándole en cara las fechorías que ha estado cometiendo al grito de la Revolución, pero en ese momento son atacados por federales y Villa con su gente coopera en la defensa y el resultado es favorable. La derrota del enemigo aparentemente unen a Orozco y Villa, pero aquel no confía en su ocasional compañero y hechos posteriores (el robo de haberes de las fuerzas, el asalto al tren del noroeste, ejecutados por Villa, entre otros), le dan la razón.

En Bustillos, Chihuahua, encuentra Villa a Don Francisco I. Madero y en breve se termina la campaña, habiendo estado Villa también presente en las acciones de Cañón de Pedernales y Ciudad Juárez, Chihuahua. Allí suplica el señor Madero que se le perdone a Villa todo lo pasado y exhorta a éste a cambiar de vida.

Triunfa Madero: Los tratados de Ciudad Juárez dan el triunfo virtual al maderismo. El licenciamiento de las tropas como consecuencia inmediata del deseo de Don Francisco I. Madero de convertir el Plan de San Luis en un programa de partido, pone a Francisco Villa en una situación especial: su unión a los ejércitos revolucionarios le han dado la impunidad que él buscaba para sus crímenes, y aunque todo el mundo sabe que Francisco Villa no es otro que Doroteo Arango, el bandolero de Durango, el gobierno que trataba de exigirle cuenta de sus actos había desaparecido, había caído al empuje de un causa noble, pero al hundirse, desaparecía también la horca que hubiera dado remate a una cadena de actos fuera de la ley.

Al licenciarse las tropas, todos los que habían tomado las armas volvieron a su sistema de vida anterior entregándose a los trabajos que les eran conocidos, por lo que Francisco Villa no puede aceptar una solución que lo coloca fuera de "su medio"; tiene que escoger entre la gavilla, su vida de siempre, o la facción que toma una bandera, cualquiera que ella sea, para justificar sus actos.

CONTRA MADERO

Su descontento tiene un pretexto: el nombramiento de don Venustiano Carranza como Ministro de la Guerra del gabinete provisional. Pone cerco a la aduana en Ciudad Juárez y llega con su tropa hasta el sitio mismo en donde despacha Don Francisco I. Madero, a quien trata de obligar a la revocación de ese nombramiento. Días después, estando presente en el momento en que hay un serio altercado entre el señor Madero y Pascual Orozco, corre Villa al cuartel de Terrazas, situado en el antiguo correo de Ciudad Juárez y saca 50 hombres armados, llega al sitio en donde está el señor Madero ya en su automóvil, acompañado de Don Abraham González y de Federico González Garza, rodea el automóvil con su gente, corta cartucho y tiende los rifles de tal manera que en un instante más hubieran terminado allí las vidas de todos aquellos hombres. El motivo de tal insubordinación, además del nombramiento ya mencionado, fue el acto de generosidad del señor Madero hacia el jefe federal vencido, general Juan J. Navarro, a quien Madero puso a salvo pasándolo personalmente en su automóvil al lado americano. (Orozco y Villa querían la vida del vencido. Aún viven testigos presenciales de aquel momento.)

AFICIONADO A DECIR DISCURSOS

Decidido a continuar "alzado" se dirige a Conchos (hoy Valle de Zaragoza) y en la plaza principal hace uso de la palabra y en largo discurso exhorta al pueblo al desconocimiento del nuevo gobierno, con un nuevo pretexto: exigir el cumplimiento del Plan de San Luis (en este acto lo acompañaba un "su secretario" apellidado Aldama).

El general José de la Luz Soto, compañero de Pascual Orozco, con quien en Ciudad Guerrero iniciaron la Revolución el 20 de noviembre de 1910, es jefe de armas en Hidalgo del

Parral. A este jefe se dirige Villa desde Conchos, exigiéndole la libertad de unos presos (hombres de Villa) y amenazándolo con atacar la plaza si no accede a su petición.

PASCUAL OROZCO

Don Abraham González, Gobernador entonces del Estado de Chihuahua, manda llamar a Villa, queriendo armonizar la situación que provoca su actitud, pero coincide esto con el levantamiento en armas de Pascual Orozco contra Madero y cuando llega Villa tiene un encuentro con las fuerzas orozquistas y sale derrotado.

¿Ve Francisco Villa en este levantamiento la oportunidad que él buscaba de incitar a la rebelión en Valle de Zaragoza?... Indudablemente, pero puesto que no puede unirse a Orozco, porque éste nunca lo aceptó ni le perdonó jamás las depredaciones que cometió antes y durante la campaña maderista, el camino que le queda es unirse a los que combatirán a Orozco y así es como, acabando de exhortar a la rebelión en contra de Madero, las circunstancias "lo transforman" en maderista acérrimo. Villa busca solamente una presa y un botín.

Maclovio Herrera, que al licenciarse las tropas maderistas había vuelto a sus labores del campo, vuelve a lanzarse a la lucha para combatir a Orozco, cuya actitud reprueba con todos sus ímpetus y con la desesperación de quien quiere evitar mayor derramamiento de sangre inocente... "Traidor, maldito —decía frotándose las manos—, que me lo echen a mí solo..." Es entonces cuando se da de alta en las filas revolucionarias Luis Herrera.

Luis y Maclovio Herrera, jefes maderistas, en las cercanías de Parral con 50 hombres armados, se disponen a combatir al general José de la Luz Soto, quien en la misma población se había unido con 300 hombres al movimiento encabezado por Orozco. Francisco Villa, con 81 hombres, se une a estos jefes maderistas y ataca por sorpresa el cuartel en que se encontraba el general Soto con su Estado Mayor, y los jefes Herrera con 25 hombres cada uno, atacan a los otros dos cuarteles.

Son hechos prisioneros el general Soto y dos o tres de su Estado Mayor. Villa trata de fusilarlos; quiere ahora, como siempre, la muerte de los vencidos; pero sin causa, sin juicio, quiere, en fin, asesinar. Intervienen los otros jefes y envían a los prisioneros a Torreón, por la vía de Rosario, Durango, custodiados por gente de absoluta confianza, para evitar que sean muertos en el camino.

Se preparan a la defensa de la población (Parral). Francisco Villa, con 140 hombres, escoge el cerro de La Cruz; los otros jefes, con 80, se parapetan en el cerro de El Púlpito.

El 2 de abril de 1912, mil doscientos hombres de las fuerzas de Orozco atacan. No dura media hora el tiroteo, cuando Francisco Villa abandona sus posiciones y huye, dejando en situación comprometida la defensa de la plaza. Sólo diez de sus hombres no pueden seguirlo, porque están copados. Los del cerro de El Púlpito se mantienen firmes.

Es muerto casualmente el artillero de los atacantes, y la derrota que era un hecho por la cobardía de Villa, que retira la mayor parte de los defensores, se convierte en victoria.

Buscan a Villa después y lo encuentran escondido en el rancho El Tarais, aquel rancho del que saliera huyendo para convertirse en "revolucionario", y le hacen jurar que en el siguiente combate, que ya esperan, defenderá su puesto como hombre y como soldado. Vano intento: sólo se dedica a coger prisioneros, a quienes quita fuertes sumas y se apodera de todos los fondos. Se desprende de Rellano, Durango, una columna de 4 000 hombres y ataca Parral el día 4. Villa nuevamente abandona el campo y se retira rumbo a Torreón, con su gente y con el dinero quitado a sus prisioneros. El resto de los defensores lucha desesperadamente hasta el anochecer y deja por fin la plaza en poder de los atacantes. Entran estos, o sean **Los Colorados**, nombre con que se designaba a los orozquistas, porque traían en el sombrero una banda roja en donde se leía "Tierra y Justicia".

Parral, entonces centro minero de suma importancia, con su mina **La Palmilla**, cuya fama traspasó las fronteras mexicanas, cuando su feliz propietario, Don Pedro Alvarado, hizo viaje a la capital para hablar con Don Porfirio y ofrecerle pagar la "deuda exterior". Parral, en esa época tenía un

comercio fuerte y próspero. Grandes almacenes estaban totalmente abarrotados de magnífica mercancía; se habían establecido bancos, había fuertes casas alemanas con la mejor ferretería, herramientas y aperos de labranza de lo mejor; había fábricas de calzado, de manta, de jabón, de velas y esto, unido a la agricultura que rodeaba a Parral y que siempre la proveyó de cereales, así como las hortalizas que abarrotaban de legumbres los dos mercados de la ciudad, que ya existían entonces; más la entrega que diariamente hacían los chinos cargando hondos canastones por los más apartados barrios, hacían que la vida de Parral fuese activa y fácil, a la vez que barata por lo que no eran frecuentes los espectáculos de gente miserable.

El doctor Whatle, norteamericano, tenía su atractiva casita sobre la loma que aún lleva su nombre. Allí tenía un magnífico establo y varios días de la semana bajaba en su vagón cubierto por lonas a proveer a las familias parralenses de excelentes productos de la leche: verdadera mantequilla, crema riquísima, quesos frescos preparados con la más absoluta limpieza. Tenía también el doctor Whatle una clientela numerosa, porque agradaba la simplicidad de sus prescripciones; diariamente él personalmente ensillaba su precioso caballo y montándolo acudía a los domicilios de sus enfermos; con toda calma se apeaba, ataba el caballo de algún árbol o de las propias rejas de la casa que visitaba y sin anunciarse entraba hasta dar con el enfermo; por los más apartados rincones de Parral se veía al médico-jinete visitando sus enfermos.

En esa época en Parral, Don Pedro Alvarado tenía establecida la costumbre de lanzar puñados de monedas los sábados en la tarde, en la esquina de su palacio, en donde se reunía no precisamente gente menesterosa, sino niños, muchachos callejeros, que gozaban pepenando las monedas del piso, o gente-cilla ociosa, ávida de obtener dinero gratuitamente. Parral era un pueblo alegre, con sus plazas sombreadas por bellos pinos, araucarias y toda esa vegetación que puede resistir las tremendas nevadas del invierno; los atrios de sus iglesias con sus jardines siempre bien atendidos en donde reventaban las flores de cada estación: maravillas, zempoales, violetas; el centro comercial de Parral siempre con gran actividad, con su calle de

Mercaderes y la 14 de Julio, en donde a toda hora del día grupos de músicos y cantantes populares alegraban al pueblo. Parral era un pueblo laborioso y alegre y quizás por ser la minería su principal fuente de trabajo, habrá de presentar mientras subsista un aspecto infinitamente superior al que presentan incontables ciudades del centro y del sur del país. Inmediatamente que el viajero llega a Parral aprecia la limpieza de sus calles tortuosas y estrechas, una actividad constante de sus habitantes, el espíritu de igualdad y aún de altivez de todas las clases sociales, su magnífico comercio, sus muchas escuelas y modernos colegios; sus muchos templos católicos, su magnífica y antiquísima biblioteca Franklin, sus diversos centros sociales, a la altura de los mejores de la capital de la República; pero sobre todo, admira el viajero lo magníficamente bien que viste la gente, y como prueba de ello, se notó la sorpresa que fue para el arzobispo Don Luis María Martínez que visitó Parral en 1943 y que presenció un gran desfile nocturno, desde un balcón de la Casa de Stallforth, desfile en que se mezclaron todas las clases sociales: observando con mucha atención, el alto prelado preguntó: "...Y el pueblo, ¿en dónde está?..." (los obreros mineros que en número abrumador iban en el desfile vestían perfectamente traje de casimir y calzaban estupendamente...)

“EL DIVINO MANOTEÓ”

(Semana Santa de 1912)

Al entrar Los Colorados, Parral presenció el saqueo más desenfrenado de que se tenga historia; por primera vez se le permitió al populacho abrir las casas de comercio y lanzarse sobre sus existencias: “divino manoteo” fue el nombre con que se designó entonces a “las ganancias” obtenidas en tal forma. Días y noches duró el acarreo de mercancías que efectuaba el total de los miembros de millares de familias, y como las fuerzas de algunos de los “acarreadores” no alcanzaran a llegar hasta sus domicilios, abandonaban parte de su carga en las banquetas, por lo que todo Parral parecía un gran descarrilamiento con preciosas alfombras a media calle; pilas de telas finísimas en las esquinas; llaves inglesas, herramienta de toda, nuevecita, regada por las banquetas. Todavía recuerda Lupe Barrera —amiga de quien esto escribe, cuando ella, niña que vivía en la calle de Mercaderes frente a lo que después fue el Foreign Club, en donde su padre tenía una pequeña fábrica de zapatos llamada “El Fénix”— cuando por encargo de su madre fue a la calle de El Cerro a llamar a su lavandera, todavía recuerda la sorpresa de encontrarse en aquel “cuarto redondo”, ocupándolo todo, un piano... y con mucho regocijo le explicaban los moradores de aquella vivienda que entre todos... sí... entre todos, habían cargado el piano hasta lograr traspasar la empinada calle de El Cerro y meterlo en su cuarto “redondo”... (vivienda de una sola pieza, de una sola puerta, con piso de tierra apisonada, con una humildísima chimenea en un rincón; vivienda sin llave de agua, ni drenaje... y... allí estaba un piano).

Los jefes orozquistas quisieron componer aquello y borrar la pésima reputación que a su partido causó tal suceso y ordenaron la devolución de todo lo robado **so pena** de catear las casas, lo que ocasionó mayor amontonamiento de variadas cosas en las calles, pero el resultado que ellos (Argumedo, Salazar, Campa y otros) buscaban, no lo lograron ya.

Pocos días después de haber sido saqueada tan espantosamente por los orozquistas la pequeña plaza de Parral, se presentó Villa acompañado de Martín López y de Rábago, para imponer fuertes préstamos al tan debilitado pequeño comercio y al Banco Minero (lo que ocasionó a éste la quiebra...) Todos estos actos de Villa fueron realizados en pleno periodo presidencial del señor Madero. (Rábago no aprobó tal actitud y pronto se separó de él).

Pascual Orozco fue una figura sumamente simpática de la Revolución y el arrastre que tuvo entre todas las clases sociales fue enorme. Su valor personal le fue bien apreciado y precisamente porque se le estimó fue más dolorosa la actitud que asumió, según parece, "oyendo el canto de las sirenas", pues muy pronto los terratenientes, hacendados feudales del Estado de Chihuahua, quizás aprovechándose de su escasa cultura y muy limitado talento, lograron despertarle ambiciones fuera de su condición y lo utilizaron en provecho personal, logrando que desconociera al gobierno incipiente del señor Madero y exigiera realizaciones de la Revolución en hora demasiado temprana. Pronto fue derrotado y el pueblo humilde, que para todas sus tragedias ha tenido siempre una canción cantaba así con la tonada de "La Paloma":

"Dicen que Pascual Orozco ya se volteó
porque ese Don Luis Terrazas lo 'sedució'.
Le dieron muchos millones y lo compraron
y a redocar al gobierno lo despacharon..."

Para complementar sus torpezas, Pascual Orozco se unió a Victoriano Huerta, cuando éste consumó su felonía asesinando a Don Francisco I. Madero y al licenciado Don José María Pino Suárez. En Chihuahua, era Gobernador del Estado Don Abraham González, quien había sido uno de los ministros del

señor Madero y hubiera colaborado al lado de Don Venustiano Carranza, en el movimiento constitucionalista que se iniciaba. Comprendiéndolo así Huerta, ordenó su aprehensión, la que fue consumada por Antonio Rábago (destacado orozquista). Don Abraham, conducido en el tren rumbo a México, fue bajado en la estación Horcasitas, en donde fue asesinado por José Alessio Robles y un individuo apellidado Camarena, el 28 de febrero de 1913.

Esta unión de Orozco y Huerta la vieron venir los parralenses desde los días en que el último llegó a Parral, aparentando perseguir a Orozco. En la fiesta que en honor de Huerta se dio en Parral, lo rodearon personas que habían sido de filiación abiertamente porfirista, mismas que después fueron orozquistas. Huerta los halagaba, diciéndoles en voz baja: "¡Viva Orozco!"

En Rellano, estación entre Torreón y Jiménez, hubo un fuerte combate entre la gente de Huerta y los orozquistas, siendo derrotados éstos. De allí se dirigió Huerta a Parral, en donde estuvo hospedado en la Casa Fuentes, estando por muchos días estacionado fuera de dicha casa un automóvil, de los primeros que se veían en Parral, que el presidente Madero le regaló a Huerta como premio a su actuación.

Fue en Ojinaga, Chihuahua, donde el huertismo presentó una de sus más importantes batallas. Al ser atacada la plaza, Pascual Orozco se encontraba en un banquete, de donde tuvo que salir a "volapié", dejando abandonada hasta su espada, la cual cayó en manos del general Maclovio Herrera. Dicha espada tenía esmeraldas incrustadas en su empuñadura. Muchos años después, ya radicada la familia Herrera en la capital, hicieron entrega de dicho trofeo al presidente Obregón. Después cayó en otras manos y parece que hubo mucho interés en hacerla desaparecer, porque tenía grabados en el metal los nombres de varios "revolucionarios", sin convicciones, mismos que más tarde se acomodaron en el partido contrario y lograron escalar los más altos puestos del país.

(Los orozquistas en derrota se dirigieron a las plazas del Norte del Estado de Durango, las que arrasaron incendiándolas después de saquearlas, destruyendo todo lo que encontraban a su paso.)

VICTORIANO HUERTA

Este jefe fue nombrado comandante de la columna que debía combatir a Orozco. Dicha columna quedó integrada con los mejores elementos y con el mejor material de guerra; Rubio Navarrete tenía el carácter de comandante de la artillería. Francisco Villa con su gente, entre la que estaba Tomás Urbina (el compadre), sale huyendo de Parral y llega a Torreón, en donde se pone a las órdenes de Huerta. Villa es nombrado jefe de las fuerzas irregulares y es así como, por primera vez jefes maderistas que repudian al hombre, tienen que obedecer al militar. Como buenos oficiales, protestan con Huerta por la designación pero acatan la orden. Es como jefe de las fuerzas irregulares cuando está a punto de pagar sus crímenes, siendo la causa una yegua robada al doctor Cruz López, aquel jefe político por cuya orden fuera destruida la partida encabezada por Beltrán, a la que pertenecía Villa, cuando aún se llamaba Doroteo Arango; también algunos objetos robados al señor Russek en Jiménez.

LLORA EN PRESENCIA DE HUERTA, EN JIMÉNEZ

(4 de junio de 1912)

Desobedecida la orden del general Huerta para que devuelva tales cosas a sus propietarios, ordena sitiar el lugar en donde se encuentra acuartelado Villa, desarma a su gente y lo toman prisionero. Villa, el audaz, el sanguinario, el que no ha temblado para herir a sus víctimas, se postra hoy de hinojos ante Huerta, lo abraza por las piernas, implora perdón y llora... llora como se le vio llorar muchas veces en posteriores ocasiones: llora con torrentes de lágrimas... Pero el deseo de Don Francisco I. Madero de que se eviten hasta donde sea posible los fusilamientos como el que va a ejecutarse con Francisco Villa, le salva. La intercesión de Don Emilio Madero y la del Presidente de la República, con el general Huerta, quién sabe por qué extraños designios, impide que se consuma un acto

que hubiera librado a la Revolución de su más poderoso traidor: el villismo... germinaban en el destino de este hombre las atrocidades que más tarde cometiera en nombre de la Revolución.

VIENE: EL HUNDIMIENTO DEL PAÍS

En febrero de 1913, Victoriano Huerta usurpa el poder, después de cometer los crímenes más nefandos de nuestra historia. Habiendo sido designado por el señor Madero comandante militar de la plaza, se pone en connivencia con los generales Blanquet y Mondragón, que han formado un complot, para después de poner en libertad a Félix Díaz y a Don Bernardo Reyes, presos en la penitenciaría, ocupar el Palacio Nacional e investir a Don Bernardo Reyes como Presidente de la República. El general Lauro Villar, prestigioso Jefe del Ejército Federal, se anticipó a la sucia maniobra ideada por los traidores y ordenó el cambio total de guardias en todo el Palacio y cuando Don Bernardo Reyes llegó al frente de sus generales y tropa gritando: "Pasa el ciudadano Presidente de la República", una carga cerrada de fusilería fue la respuesta, quedando el general Reyes tendido en el suelo, sin vida, instantáneamente.

(Madero, en decreto de junio de 1912 aumentó tres centavos por barril de petróleo, lo que disgustó seriamente al embajador de los Estados Unidos Henry Lane Wilson quien, ayudado por Blanquet, Félix Díaz, Mondragón, etcétera formaron el llamado «pacto de la Ciudadela» que culminó con el asesinato de Madero y Pino Suárez, según se relata enseguida.)

Los complotistas se posesionaron de La Ciudadela y Victoriano Huerta, simulando lealtad al presidente Madero aparentaba atacar a los traidores, pero en realidad solamente ponía a las fuerzas maderistas a descubierto de manera que las balas procedentes de La Ciudadela hicieran blanco sobre las fuerzas leales. Fueron días de terror para la capital de la República, etapa a la que se dio el nombre de la **decena trágica** que terminó con la aprehensión de los señores Madero y Pino Suárez que cayeron en manos de Blanquet y de la soldadesca

del 29º batallón. Al mismo tiempo, en el restaurante "Gambinus" Victoriano Huerta ofrecía una comida a Don Gustavo Madero "en prueba de lealtad" y habiendo estado todo el día adulando a la familia Madero, al final, hablando de armas, pidió a Don Gustavo que le mostrara la suya y cuando la tuvo en sus manos le hizo saber "que era su prisionero"... De allí fue conducido entre gritos soeces y empujones a presencia de Mondragón, quien lo entregó a los verdugos que le dieron espantosa muerte.

Don Francisco I. Madero y Don José María Pino Suárez en compañía del general Felipe Ángeles, estuvieron presos en la Intendencia de Palacio en donde eran custodiados con gran aparato. El 22 de febrero a la media noche, el mayor de rurales Francisco Cárdenas, se hace acompañar de Don Francisco I. Madero en un automóvil. Llegan a la Penitenciaría en donde lo hacen descender del coche y por la espalda le descarga su pistola en el cráneo. En otro coche iba el cabo de rurales Rafael Pimienta, acompañando al licenciado Pino Suárez, a quien asesinó también al descender del coche en la Penitenciaría.

El señor Madero había hecho viaje el día 9 a Cuernavaca para enterar de la situación al general Felipe Ángeles, su amigo personal, en quien tenía plena confianza y acordaron que éste se trasladara a la capital con tres mil hombres que tenía bajo su mando. Ya en la capital, Ángeles se convenció de la traición de Huerta, tan sólo al observar las órdenes dadas por éste de atacar con caballerías La Ciudadela por la calle de Balderas, de donde eran barridas estas fuerzas por las balas de los traidores encerrados en su fortaleza. Pero al insinuársele a Ángeles que tomara alguna providencia al saber que la gente de Blanquet había atacado Palacio Nacional, se limitaba a contestar: "Yo soy subordinado del general Huerta, véanlo a él para que me dé órdenes..." No se necesita ser conocedor de las artes de la guerra para comprender que Ángeles, con tres mil hombres, pudo haber evitado la abominable traición de Huerta, quien con sólo 250 hombres del 29 batallón consumó su felonía.

Ya estando Huerta en el poder, Ángeles aceptó una comisión oficial de su gobierno y se trasladó a París, de donde vino

a presentarse a los revolucionarios en Sinaloa, cuando ya se veía la potencia del Constitucionalismo y sirviéndole como tarjeta de presentación ante los revolucionarios, el hecho de haber estado prisionero junto con los señores Madero y Pino Suárez.

Al saberse por el país la noticia de la muerte del señor Madero, un temblor de indignación se extendió en las vértebras de la Patria, el pueblo lloró en las Plazas, en los mercados, en los cafés, en las rancherías, y en los campos, el sentimiento invadió por igual a los jóvenes, los viejos, las mujeres y los adolescentes... y los reflexivos sintieron en aquellos momentos la honda emoción de contemplar el abismo en que se hundía la Patria.

La elección de Francisco I. Madero, fue un fenómeno inusitado en la historia política del país. Hombre culto, rico de abolengo, abandonó su bienestar para despertar el espíritu viril de un pueblo adormecido por la tiranía larga y sangrienta; materialización de la aspiración del país, símbolo de nueva libertad. Fue Francisco I. Madero lo que la Virgen del Tepeyac en la insurrección de Hidalgo; fue, más que símbolo, cerebro y voluntad; ejemplo, fe y esperanza; fue como un sol que se levanta en la noche negra y profunda, como una alborada en que el pueblo une su espíritu para creer, como un conjuro al porvenir patrio, para exigir que se abra magnífico en una era de dignidad humana, de civilización, de progreso, de paz que no fuese alimentada y sostenida con sangre... mil manos trémulas de emoción y de sinceridad lo levantaron y lo ungieron, única vez en la historia del país; pero parece como si una ley inexorable mandase **que la historia de México fuese una historia de traiciones...** Así cayó el apóstol, víctima también de la traición.

VICTORIANO HUERTA, PRESIDENTE DE MÉXICO

Consumada su felonía y después de una farsa con apariencia de legalidad, Victoriano Huerta es nombrado Presidente de la República, quien da a los periódicos (**El Imparcial** y

El País), una explicación de la forma en que fueron muertos el señor Madero y el licenciado Pino Suárez, tratando de que se crea en un "asalto" de un grupo de maderistas, mientras conducían a los dos prisioneros a la Penitenciaría, en el cual habían sido muertos los primeros ex mandatarios del país. Pronto enmudece la prensa a este respecto y el asunto se silencia, como si hubieran desaparecido dos facinerosos. Huerta se rodea de la intelectualidad del país; los feroces generales Blanquet y Mondragón forman parte de su gabinete. Pascual Orozco (padre e hijo), llegan de Chihuahua y son agasajados espléndidamente en banquetes en que la parte de oratoria está a cargo de don Nemesio García Naranjo. Los más elocuentes tribunos de la época rodean al nuevo asesino en el poder: José María Lozano, Querido Moheno, Francisco M. de Olayguibel; y entre sus ministros están también el destacado cirujano Aureliano Urrutia, el literato Federico Gamboa y el ingeniero Rómulo Escobar. Y como directores y colaboradores en los periódicos, el gran poeta Salvador Díaz Mirón y José Juan Tablada, desgranán sus preciosas "metáforas" en loor del nuevo dictador, en cuyo día onomástico, Tablada declama:

"Del caballero tigre mexicano
la fiereza en tu ánimo perdura
y alza en la noche trágica tu mano,
fuerza y luz, una espada que fulgura.

Si evocan de Cuauhtémoc la figura
tu alma y tu faz de bronce, no es en vano,
pues renovaste su épica bravura,
al triunfar en Bachimba y en Rellano.

Admirable tu genio se revela,
del norte en tu campaña triunfadora,
dejando la victoria por estela.

Mas todo un pueblo te bendice ahora,
pues la patria en tu pecho se abroquela
y se acerca a tu espada triunfadora."

Y las familias que formaban aquella sociedad "aristócrata" de aquella época y los eternos explotadores de las clases pobres mexicanas, las fuerzas regresivas todas, las que se han opuesto siempre a través de la dolorosa historia mexicana a los movimientos en bien del pueblo, rodearon y apoyaron abierta y decididamente a Victoriano Huerta.

¡A ese grado de abyección cayó México...!

Como una excepción, ya que casi la totalidad de las publicaciones, periódicos y revistas, se aprovecharon de la libertad de expresión que les concedió el propio señor Madero para deturparlo y escarnecerlo, se transcribe a continuación algo de lo que en defensa del maderismo escribió en enero de 1913 el periodista Rafael Martínez ("Rip Rip") y que tituló: El crimen de Madero.

"Efectivamente, a él, al campeón de ayer y hoy Presidente de la República, se debe en primer término que la quietud haya sido alterada en el país. Don Francisco I. Madero será reo ante la historia de un gran crimen: haber proclamado, heroicamente, la prensa libre, el club libre, el comicio libre, la tribuna libre, y haber ejecutado cuanto le fue posible por realizar esos anhelos en su Patria. La oposición, y más aún, la obstrucción, dirigiéndole diariamente reproches, lanzándole cargos y formulándole acusaciones en su contra, recorriendo toda la gama, desde la estridente nota que produce la ira hasta el bullanguero sarcasmo, no hace sino demostrar que concluyó la época de opresión y que es un hecho la libertad de pensamiento, que debe obedecer los límites constitucionales, para que no sean las publicaciones perjudiciales máquinas locas, sino respetuosas y respetables órganos periodísticos.

"Entre los innúmeros cargos recojo, al azar, al principal: que antes había paz y ahora no ha podido conseguirse aún en toda la República. Es verdad, en los tiempos porfirianos había calma, la de la opresión, la de las cárceles. Los periodistas hablaban poco, pero no porque tuvieran poco de qué hablar, censurando al cesarismo, sino porque no se permitía más, porque se quería que hasta en el movimiento de la hoja del árbol estuviera representada la

voluntad del dictador. Hoy la prensa de obstrucción llega hasta donde llega principalmente, más que por otra razón, porque puede, porque está expedita la vía. Y esa expedición se debe al esfuerzo democrático, a los antirreleccionistas, convocados y alentados por el que fuera alma del movimiento, por Madero.

"La paz habrá de conseguirse y entonces se tendrá paz y libertad. Será con sacrificio, pero no de otro modo la Nación habría de conseguir reconquistarlas; quedando expuesta, además, a las degeneraciones revolucionarias hasta que se extinga el bandidaje y las miserias que surgen como achaques en los periodos de convalecencia, tras la grave enfermedad. La obra del antirreleccionismo es de tal pujanza que se impondría aun cuando hubieran sucumbido todos sus campeones. Allí está el «Gran Crimen» de Madero, haber llevado esta obra hasta el alma nacional, de donde es imposible arrancarla ya."

(Y la noticia del asesinato del "campeón de las libertades", Don Francisco I. Madero, sacudió a la Nación desde sus raíces, el pensamiento de todos los mexicanos, hombres y mujeres, se llenó de sombras; serios, con el ceño adusto, taciturnos, inmóviles, pasaban pensativos largas horas sin articular palabra, hasta que el encuentro de alguna persona amiga hacía surgir el comentario, siempre con voz grave, quedo, augurando un futuro negro para la Patria)... "¡La guerra...", decían, "la guerra... tendremos que ir todos a pelear... Don Gustavo Madero... asesinado entre los más crueles tormentos y las más ruines vejaciones... Huerta, Victoriano Huerta en el poder... los asesinos se han adueñado del país... asesinado Don José María Pino Suárez... asesinado: el immaculado... Don Francisco I. Madero..."

¡COMO A CRISTO... COMO A CRISTO!...

En Hidalgo del Parral, cuyos habitantes estuvieron siempre pendientes de los sucesos nacionales, también el estupor hizo paralizar momentáneamente sus actividades y entre los

comentarios más vehementes estuvo el de la señora Francisca Nava de Benítez, persona sumamente nerviosa y apasionada que decía a propósito de la muerte del señor Madero, con el semblante y la mirada llenos de dolor y levantando ambos brazos hacia el cielo: "... ¡¡Traicionado... traicionado... Igual que a Cristo... igual que a Cristo!!..."

* * *

Y fue entonces cuando los estados norteros de Durango, Sonora y Chihuahua vieron desfilar a centenares de sus hombres... a cientos de miles de sus hombres, miles y miles de hombres de caballería, miles y miles de hombres de infantería, perfectamente bien armados, espontáneamente salieron a luchar y formaron aquel ejército que tempestuosamente habría de arrojar del país a Victoriano Huerta y sus secuaces.

UNA TEMPESTAD

Los hombres rectos, los que ayudaron a Don Francisco I. Madero a derrocar el porfirismo, con un verdadero sentido de responsabilidad y de justicia, elevan airadas voces de protesta y se preparan a luchar contra un régimen que se asienta en la sangre de aquellos idealistas mártires. En Coahuila el gobernador Don Venustiano Carranza encabeza el nuevo movimiento de reivindicación y luego, de todos los ámbitos del país, surgen hombres armados y con la más firme decisión de vencer o morir. En los estados norteros, principalmente, grupos de hombres bien montados, bien pertrechados, sereno el ánimo, el semblante adusto, dan la seguridad de que van a la lucha a conquistar la victoria.

Francisco Villa, que a raíz del suceso de Jiménez fue llevado a México y encerrado preso, primeramente en la penitenciaría y después en la prisión de Santiago de Tlatelolco, se fuga de la prisión gracias a la complicidad del señor Carlos Jáuregui, el día 26 de diciembre de 1912. Disfrazado atraviesa el país y cruza la frontera radicando en El Paso, Texas. Entra por Chihuahua con unos cuantos hombres y es en este Estado

donde principalmente ya hay reunidos fuertes grupos de hombres dispuestos a luchar.

En pie de guerra se encontraban ya muchos jefes, algunos de los cuales ya habían librado combates y se habían enfrentado al porfirismo al iniciarse la Revolución encabezada por Don Francisco I. Madero; entre esos jefes estaban Maclovio y Luis Herrera, Rosalío Hernández, Manuel Chao, Toribio Ortega, José Isabel Robles, Petronilo Hernández y otros, mismos que formaron luego la base de la División del Norte, sin que ninguno de ellos tuviera puesta su mira en ser JEFE de dicha División, excepto Villa que siempre aspiró a ello y que por desconfianza hacia Manuel Chao, creyendo que éste se le adelantaría y lograría tal jefatura, estuvo a punto de fusilarlo en Chihuahua, de lo que se salvó gracias a la oportuna intervención del señor Carranza.

Se menciona la toma de Durango el 18 de junio de 1913, por los hermanos Mariano y Domingo Arrieta y Petronilo Hernández. También la toma de Chihuahua por estos mismos revolucionarios el 8 de diciembre del mismo año.

(El 4 de junio de 1913 llega Don Venustiano Carranza a la ciudad de Durango, ya con su cargo de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y de aquí pasa a Parral y luego al Estado de Sonora.)

Me referiré tan sólo por la relación que tienen con Francisco Villa, a 500 hombres que al mando de los jefes madeiristas Maclovio y Luis Herrera, desconocen al gobierno de Huerta en el Valle de San Buenaventura del Estado de Chihuahua, y se dirigen combatiendo, primero en Santa Rosalía (hoy Ciudad Camargo), después en Santa Bárbara, en cuyas plazas derrotan a las guarniciones y, por último, combaten contra fuerzas del general Mercado que en número de 3 000 se encuentran en Hidalgo del Parral. Evacuada esta plaza como resultado de un convenio para no atacarla, toman posesión de ella y aumentan su contingente hasta 1 500 hombres. Entonces aparece Francisco Villa en Santa Rosalía, con 500 hombres también... ha encontrado la oportunidad de "seguir peleando", ahora contra Huerta, el que en Jiménez estuvo a punto de fusilarlo y ante quien lloró de rodillas. De Chihuahua, a donde se habían concentrado las fuerzas que

evacuaron Parral, salen 3 000 hombres para recuperar la plaza, por órdenes del jefe de operaciones en esta capital. Villa proyecta detenerlos en Santa Rosalía y telegrafía al jefe Maclovio Herrera, que tenía el mando en Parral, que si acude con 500 hombres más, conseguirán sus propósitos. Maclovio, es uno de los jefes a quienes Villa dejara comprometidos en dos oportunidades, y al llegar le dice:

—Aquí estoy con los 500 hombres, escoja usted el flanco que quiera, pero no vaya a correr como en otras ocasiones...

...por tercera vez Villa deja el campo con parte de su gente en lo más encarnizado del combate y esto hace que el triunfo no se decida por completo.

Se retiran las fuerzas a Parral y Francisco Villa queda en Santa Rosalía, saquea la población y se remonta a la sierra.

LA CONVENCION DE MONCLOVA, COAHUILA

En Monclova, Coahuila, en abril de 1913, representantes de los Gobiernos de Coahuila y Sonora y algunos constitucionalistas de Chihuahua, aprobaron la actitud asumida por Don Venustiano Carranza contra Victoriano Huerta, y le reconocieron el título de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. La legislatura de Coahuila apoyó inmediatamente la Convención de Monclova y en el verano de 1913, la de Sonora hizo lo mismo.

LA DIVISION DEL NORTE

Pasa Don Venustiano Carranza rumbo a Sinaloa, agosto de 1913, llega a Parral, lo recibe el entusiasmo del pueblo que voluntariamente se unirá a él; lo reciben también los niños de todas las escuelas en formación a lo largo de la avenida Centenario y como jefes revolucionarios lo reciben Manuel Chao y Maclovio Herrera.

En el domicilio de este último les es servido un modesto obsequio la primera noche de su estancia en Parral, en el que están presentes el señor Carranza y sus acompañantes, entre ellos Jacinto B. Treviño, Alfredo Breceda, Gustavo Salinas, Raúl Madero y otros. El Primer Jefe y sus acompañantes, para llegar a Parral habían tenido que hacer un viaje sorteando mil dificultades, mil peligros, viaje pesado y difícil en el que carecieron de lo más indispensable, por lo que al arribar a Parral, hubo que proporcionarles la manera de que pudieran

descansar. Les urgía aseo en sus personas, y aun provisión de ropa, por lo que los jefes Herrera procedieron a habilitarlos debidamente y para ello fueron llamados todos los maestros sastres de la localidad, quienes pronto ocurrieron a los propios alojamientos de los visitantes para tomar medidas y detalles de los uniformes militares que en breve tiempo estuvieron listos, para lo cual tuvieron que trabajar días y noches. Se les gratificó generosamente.

El señor Carranza y su grupo abandonaron —lo más pronto posible— Parral, para dirigirse a Sinaloa y Sonora, atravesando la Sierra Madre Occidental.

En todos los puntos que iban tocando el Primer Jefe y sus acompañantes eran recibidos con entusiastas muestras de adhesión y aprobación. El pueblo rugía de indignación contra Victoriano Huerta y contra las clases poderosas que lo sostenían; la indignación por los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez, hizo que se formara aquel Ejército Constitucionalista, el más numeroso en la historia de México, el más espontáneo; el que se formó por la libre decisión de los ciudadanos. El movimiento Constitucionalista sacudió la conciencia de todos los mexicanos por igual y llenó de bríos los espíritus que sin titubeos se lanzaron a la lucha. El nombre de México tuvo significación especial en las naciones hermanas de Centro y Sudamérica; sus intelectuales y sus poetas se sintieron atraídos por el movimiento... el bardo peruano José Santos Chocano, que estuvo presente en la conmemoración del primer aniversario del sacrificio del presidente Madero, en el Teatro Noriega de Hermosillo, ante la presencia también del Primer Jefe, pronunció la hermosa poesía épica que a continuación se transcribe:

SINFONÍA HEROICA

Hay en los violines,
mientras que se callan bronces y timbales,
súplicas que llegan desde los confines,
como si balaran en la lejanía corderos pascuales...

Se ahueca en el bronce de largos clarines
viento de montañas;
y surge un lamento, copiando en el viento
un desgarramiento como de puñales que rompen entrañas...

Tempestad tronante
urde en los tambores, hirvientes, rugientes, crecientes lirismos
como si se oyese primero distante,
luego cerca... luego más cerca un tumulto de agua resonante,
que saltase desde las más altas cumbres
a los más profundos y roncós abismos...
Cual si el agua entonces reposase un punto,
cual si el río un punto se hiciese remanso,
tocan los violines el balido leve, dolorido y manso...

Cada nota cae como paletada
de tierra pesada, sobre el frío y grave sueño de un difunto...
Un otoño enfermo luce el amarillo
y extenuado brillo de sus aureolas...
En un árbol seco llora un pajarillo...
Brisa sin rumores y fuente sin olas...
Las notas dibujan un paisaje fácil, ingenuo, sencillo;
y un mariposeo bulle en las clavijas de las cuerdas solas,
tristemente solas,
largamente solas...

Súbito, las crines
de los arcos pifian sobre los cordajes;
y, trágicamente, crujen los violines,
como si corrieran cien potros salvajes
bajo el jineteo de cien paladines...
Y otra vez los parches atruenan en coro;
y otra vez alargan su voz los clarines;
y otra vez la orquesta levanta el orgullo de un templo sonoro,
desde cuyas torres se descuelgan hacia los vastos confines
los claros y vivos repiques de muchas campanas de oro.

¿Qué dice la orquesta?
Tres cuadros palpitan debajo del velo flotante de notas...
un cuadro evangélico; uno apocalíptico, uno de protesta.
(Hay toques que, en esos tres cuadros, recuerdan edades
[remotas]...)

Un pueblo que duerme seis lustros debajo
de torpes cadenas;
y un joven Ungido que emprende glorioso y hercúleo trabajo,
y dice al oído del Pueblo dormido, palabras serenas...

Despierta en las dudas del Pueblo dormida la fe redentora.
(Tobías sonrío: quizás en las tinieblas al Ángel ha visto...)
Y el lírico Apóstol recorre los campos, en pos de una Aurora;
y le oyen las almas humildes, las mismas que oyeron a Cristo.

De pie, como estatua viviente, predica, dictando oraciones,
su patrio evangelio, con frases unciosas, el joven Profeta:
no en vano en sus ojos se agita un delirio de amables visiones;
y sobre sus labios, socrática y dulce sonrisa está quieta.

Hay en los violines,
mientras que se callan bronces y timbales,
súplicas que llegan desde los confines,
como si balaran, en la lejanía corderos pascuales...

Un monstruo que acecha (cuerpo de serpiente;
cabeza redonda de tigre; tiene alas
angulosas; ojos turbios y sesgados; un tajo en la frente...)

Hipócritamente,
corre resbalando sobre las alfombras
de las palatinas y suntuosas salas...

Día de traiciones, noche de tragedias.

Horada las sombras el monstruo taimado;
y luego que Judas le presta sus galas,
Caín satisfecho se acuesta a su lado.
(Serpientes y tigres revuélvense dentro de vórtice airado,
que el monstruo prepara y abre de repente
contra el buen Apóstol y contra su noble Discípulo Amado.)
Y el monstruo enroscado
de anillo en anillo por fin se endereza;
y, desde la altura, decídese y saca la horrible cabeza,
cual gárgola echando por ávida boca copioso torrente
de sangre, que sobre los tiempos futuros caerá eternamente...)

Se ahueca en el bronce de largos clarines
viento de montañas;

y surge un lamento, copiando en el viento
un desgarramiento como de puñales que rompen entrañas...

Un Prócer, irguiéndose, exalta en un grito fogosa protesta;
que de entrañas negras de la noche, nace siempre el día.
Patricia figura, sus armas apresta
contra el monstruo. (Milton adivinaría
un combate como el de un Luzbel astuto contra un Ángel

[fuerte].

El reto es olímpico. El choque es titánico. El duelo es a
[muerte].

¡Tal saltan mis versos, en nombre de toda la América mía!

...Súbito, las crines
de los arcos pifian sobre los cordajes;
y, trágicamente, crujen los violines,
como si corrieran cien potros salvajes
bajo el jineteo de cien paladines...
Y ótra vez los parches atruenan en coro;
y otra vez alargan su voz los clarines;
y otra vez la orquesta levanta el orgullo de un templo sonoro,
desde cuyas torres se descuelgan hacia los vastos confines
los claros y vivos repiques de muchas campanas de oro...

* * *

Al salir de Parral el Primer Jefe y sus acompañantes, queda
en dicha plaza como jefe de armas Manuel Chao, y el resto
de las tropas sale a atacar Torreón.

Francisco Villa regresa de Santa Rosalía (Ciudad Camar-
go) y envía una comisión compuesta de quince hombres, al
mando de un coronel Silva, a decir al general Chao que le
entregue quince mil pesos, y que si no los tiene, le permita
saquear la ciudad. Accede Chao a esto último, pero se entera
la población civil y se forma una comisión encabezada por
los hermanos del general Herrera (Jesús y José Concepción)
que enérgicamente interviene y el saqueo se evita. Fueron in-
contables las ocasiones en que los civiles, emparentados con
los revolucionarios tuvieron que influir para evitar actos de
violencia, en diversos puntos del país, ya que aquella situación
irregular por la que atravesaba la Nación se prestaba para que

la labor de los intrigantes rematará en una orden de aprehensión o de fusilamiento para tal o cual individuo. Infinidad de civiles actuaron en circunstancias sumamente difíciles. El general Obregón se enteró de ello y a ello se refiere en uno de los capítulos de su libro *Ocho mil kilómetros en campaña*.

Se ordena la aprehensión del coronel Silva, pero escapa. Francisco Villa se dirige entonces a Torreón, llegando cuando se empezaba el ataque contra la plaza, tratando de fusilar al general Orestes Pereyra y otros jefes. ¿Qué le induce a esto? ... la oposición que los mismos han manifestado, junto con los generales Juan García, Martín Triana y otros, a que fueran Francisco Villa o Tomás Urbina los que mandarían en esta ocasión. El contingente de hombres de Francisco Villa les hubiera impedido reducirlo y, sobre todo, los momentos eran extraordinariamente delicados para el éxito del movimiento constitucionalista. Esta razón inclinó a muchos de los jefes que después formaron la División del Norte a no oponerse a que Francisco Villa se apoderara del mando de ese cuerpo del ejército, que estaba empeñado en la batalla.

Su sentido del deber para no provocar una escisión que hubiera sido de graves consecuencias, se impuso a la repugnancia que les producía militar a las órdenes de un hombre de tan pésimos antecedentes. Esta circunstancia, esta situación, en momentos tan decisivos para la causa (el desinterés idealista de aquellos hombres armados, y la absoluta certeza de todos los jefes de que si las ambiciones de Villa no eran colmadas, éste entorpecería las operaciones formando un grupo rebelde dentro de los revolucionarios), todo esto lo hizo Jefe de la División del Norte, aunque dentro de la misma hubiera tantos jefes de acendrado honor, heroicos, revolucionarios prestigiosos que no hubieran arrastrado jamás a la División del Norte, como lo hizo Villa, tras el crimen más monstruoso de todos sus crímenes: la lucha fratricida sin justificación alguna, lucha que destruyó al país, lucha que degeneró a los combatientes, vergonzosa lucha sin sentido a que fue arrojada la División del Norte por su jefe, en los momentos en que la Revolución triunfaba (septiembre de 1914) y cuando en todos los espíritus sólo había el anhelo bendito de paz... reconstrucción... Hay otra razón aún: Francisco Villa arrastra de

trás de sí a las capas más bajas del pueblo: carne de cañón. ¿Ven en él a un libertador o a un caudillo?... Ni una ni otra cosa... Francisco Villa significa para ellos la satisfacción de todas sus venganzas y la justificación de todos los excesos... ¿Quién desconoce que las fuerzas de Francisco Villa se dedicaron en todas las poblaciones al saqueo más desenfrenado?... ¿Y quién ignora que el pueblo tenía en ellos manos libres?...

La División del Norte derrota a las fuerzas huertistas en Ojinaga, en Tierra Blanca, en Paredón y en Torreón. El último reducto es Zacatecas, defendida por el mayor núcleo de que disponían aquellos, engrosado por "la leva", hombres reclutados por orden de Victoriano Huerta, jóvenes, casi niños, recogidos por las noches a la salida de teatros y demás centros de reunión de la capital y enviados forzosamente a las trincheras. A este respecto se expresó así un revolucionario de aquella época, el general Maclovio Herrera, que con la sencillez que acompañaba siempre todos sus actos, dijo: ... "Venimos siempre, porque a eso íbamos decididos: a vencer o morir; y porque los soldados de Huerta no llevaban el mismo propósito".

LA BATALLA DE TORREÓN, COAHUILA

El 16 de marzo de 1914 salieron todas las tropas que componían la División del Norte, a atacar la plaza de Torreón, que se consideraba inexpugnable, defendida por el jefe huertista, general J. Refugio Velasco. Once días duró la encarnizada lucha que principió el 24 de marzo y hasta el día 3 de abril a las 8 de la mañana, hicieron su entrada triunfal por el centro de Torreón, los generales Maclovio Herrera, Orestes Pereyra y Eugenio Aguirre Benavides y el coronel Raúl Madero; por la izquierda Urbina y Rodríguez y los coroneles González y Almeida por la derecha.

Había sido solicitada la plaza al general Velasco en escritos que llevaron hasta el campo huertista los cónsules ingleses y americanos, pero el jefe federal rechazó las proposiciones, por lo que la lucha fue sangrienta y larga...

¡Once días y once noches de combates!

Al momento de escribir este relato se tiene a la vista un folleto de 35 pequeñas páginas, escrito por el coronel Roque González Garza, licenciado y coronel Porfirio Ramos Romero y profesor Enrique Pérez Rul, de fecha 4 de abril de 1914, que dice ser "una relación pormenorizada de todos los acontecimientos que precedieron a la caída de la importante plaza lagunera":

"El combate en Sacramento es rudo, pues se han concentrado allí las fuerzas que guarnecían la importante plaza de San Pedro de las Colonias y son comandadas por el general irregular Juan Andrew Almazán (página 6).

"Imponente y aterrador es el espectáculo del asalto a nuestros soldados al cerro de La Pila, empezó a las 8.45 de la noche. En concepto de los que esto escriben el asalto al cerro de La Pila es la más grande de las acciones de guerra que se registran en nuestra historia revolucionaria desde 1910. Dos mil hombres atacan un cerro no más largo que un kilómetro, con una inclinación de 30 grados, perfectamente afortunado en su cumbre y falda y defendido por más de 500 hombres, 4 cañones, 8 ametralladoras y sostenido por el Fuerte de Santa Rosa y las baterías de Gómez Palacio (página 12).

"Los federales se reconcentran en Torreón, y desde Torreón bombardean Gómez Palacio sin alcanzar buenos resultados. Más tarde, se vino en conocimiento de que las fuerzas de la Brigada Juárez, en un brillante asalto que duró dos horas, lograron apoderarse de los cerros, registrándose entonces verdaderos actos de temeridad y de heroísmo (página 17).

"Día 23 (página 9): A las 9 de la noche la extrema derecha, al mando de Maclovio Herrera, asalta vigorosamente y toma la plaza de Lerdo (Durango), abril 3, 7 a. m. (página 29): El pueblo de Torreón, en pequeños grupos, inicia el saqueo en el ex cuartel General Velasco y en la estación del Ferrocarril Central; pero castiga severamente algunos individuos por fuerzas de Ma-

clovio Herrera, se dispersan los grupos y se evitan actos que hubieran arrojado una mancha sobre tan gloriosa jornada" (página 30).

LA FUERZA DEL IDEAL

Sonoros y entusiastas fueron los triunfos de la División del Norte; fueron los momentos de heroísmo más puro de todo el movimiento armado de la Revolución; el pueblo estaba poseído de una locura de valor; el rugido de los primeros instantes de indignación se había transformado en una alegría heroica; aquellos hombres hacían la Revolución cantando, y surgieron, como explosión del sentimiento popular, "La Adelita", "La Valentina", "La Cucaracha", que ejecutaban con una alegría inolvidable las mismas bandas de música arrebatadas al ejército federal. Era un entusiasmo avasallador que no se detenía ni ante murallas ni ante trincheras, ni ante fosos; en contraste con el espíritu desalentado de sus jefes, oficiales y tropa del ejército huertista, que sintió como nunca en nuestra historia el peso de la mala causa y el empuje de la razón y la justicia, al grado que ni la severa disciplina militar que por tantos años lo llevó como autómatas a paradas y entrenamientos, fue suficiente para hacer mover a aquel ejército que siempre esperó perezoso y negligente la acometida de los revolucionarios; les faltó entusiasmo, les faltó convencimiento para salir a disputar el triunfo, a vencer... Fue un ejército que estuvo vencido de antemano. Los revolucionarios, en cambio, tenían fe, iban empujados por una ansia enorme de destrozarse la ignominia que con apariencia de gobierno se había apoderado de la dirección del país; iban atendiendo al llamado que tal vez alentó, en la esperanza que llenó hasta el último momento, el alma noble del señor Madero quien al caer volvió quizás la mirada buscando un hombre que levantara su bandera de entre el estercolero en que se refocilaban todos los ambiciosos;... y, ¡cómo acudían, por centenares, los mismos que la habían llevado triunfalmente, a través del país, en todas las batallas, como un símbolo!...

JUNIO DE 1914

El día 12 de este mes, poco antes de la batalla de Zacatecas recibe el general Herrera el mensaje que en seguida se inserta en su parte principal y que por sí solo se explica:

"Núm. 4. Oficial. H. D. 10.40 A. M. H. T. 12.10 T Do R, JN de Torreón el 12 de junio de 1914 para Parral.

"Sr. Gral. Maclovio Herrera.

"Transcribimos a usted las solicitudes que hacemos al Primer Jefe; suplicamos a usted nos dé su conformidad, conteste luego.—«C. Gral. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista: Los que suscribimos generales y jefes de las respectivas brigadas de la División del Norte, ante usted con el respeto debido exponemos que previo acuerdo celebrado entre todos los que constan al calce hemos resuelto solicitar de Ud. el ascenso inmediato a General de División al C. G. al. de Brigada Francisco Villa. Varias son las razones que pudiéramos aducir para apoyar nuestra solicitud y que no se ocultarán al ilustrado criterio de usted siendo las principales la de hacerse necesario a nuestra Patria que en nuestro ejército que actualmente cuenta con varios generales, haya un divisionario al que deban de estar sujetos por razón de categoría los demás generales. Por otra parte la Patria tiene el deber de estimular a sus buenos servidores y es indiscutible que el General Villa como Jefe del Ejército del Norte se ha hecho acreedor al ascenso a que nos referimos pues para ello basta tener en consideración los triunfos obtenidos en Ciudad Juárez, Tierra Blanca, etc.»"

Luego siguen otras consideraciones y después los nombres de las brigadas, que son numerosas, y por último las firmas de los jefes entre las que están: José Isabel Robles, Rosalío Hernández, Orestes Pereyra, Trinidad Rodríguez, Eugenio Aguirre Benavides, Severiano Ceniceros, Felipe Ángeles y el Jefe del Estado Mayor: Manuel Medinaveitia...

ÁLVARO OBREGÓN

Mientras tanto, el general Álvaro Obregón, nombrado por el señor Carranza desde septiembre de 1913 Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste con jurisdicción de mando operativo y territorial en los estados de Sonora, Durango, Sinaloa, Chihuahua y Baja California, continúa su avance siempre triunfal a lo largo del Pacífico, llevando como meta final la captura total del Estado de Jalisco. Sus primeros movimientos habían tenido por objetivo expulsar al huertismo de la frontera norte capturando primeramente la importante plaza de Nogales que permitió al Constitucionalismo establecer comunicación por los Estados Unidos a la vez que le abrió las puertas para la adquisición de armamentos; en seguida se capturaron las plazas de Culiacán, Mazatlán, Guaymas, etcétera y por último, en la primera decena del mes de julio (1914) se libran las definitivas batallas de La Venta y El Castillo muriendo en esta última el destacado jefe huertista, general Mier; finalmente se libra la famosa batalla de Orendáin (a la que alguien ha calificado como "La hermosa batalla de Orendáin") después de la cual los Constitucionalistas ocupan Guadalajara y de allí el único objetivo de la Revolución triunfante es ocupar la ciudad de México.

Victoriano Huerta ha renunciado ya a la Presidencia de la República... ya el Adalid Sonorense está a un paso nada más de la capital, sus esforzadas huestes se han batido bizarramente y han alcanzado un triunfo tras otro en una larga y refulgente cadena de batallas, han vencido mil dificultades; sin vías de comunicación; en jornadas penosísimas, ora a pie, ora a caballo han domeñado las distancias; han carecido en ocasiones aun de lo más indispensable, han atravesado la Sierra Madre bajo la inclemencia de todas las temperaturas... pero se acerca ya el término de tanta fatiga y el sabor del triunfo y la satisfacción del deber cumplido harán olvidar tal cúmulo de penalidades: el general Obregón y sus huestes deben haberse sentido felices, su espíritu debe haberse llenado de la más sana alegría... sólo que... ¡Oh desventura! tal momento de dicha era fugaz porque las noticias que llegaban de Chihuahua eran

pavorosas: la División del Norte, con todo su poderío material y con el poderío maligno que le proporcionaba una propaganda solapada y criminal hecha a su alrededor, después de la toma de Zacatecas, se replegaba al Norte en abierta pugna contra el Constitucionalismo... **tal movimiento criminal se venía encima y la magnitud de destrucción y de matanza se preveía inconmensurable... ¡Y así fue!**

Un anhelo de paz se extendía por todos los ámbitos de la patria, en el corazón de civiles y de combatientes, de niños y de adultos la aspiración única era el restablecimiento de la paz, de que la matanza de hermanos contra hermanos terminara ya, de que con el restablecimiento del orden pudiera la Revolución Triunfante entregarse de lleno a las reformas sociales, constitucionales que la habían originado... **Pero... ¡Ah!... fue precisamente en ese momento cuando se desencadenó, sin razón, ideal ni motivo, la más espantosa destrucción, la más horrenda matanza que haya sufrido México, la que pareció que habría de convertir en polvo a la Nación.**

ZACATECAS

17 al 26 de junio de 1914

11 000 huertistas la defendían al mando de Medina Barrón, los atacantes ascendían a 40 000.

Todos los jefes constitucionalistas reconocieron a Don Venustiano Carranza, como Primer Jefe del Ejército, pero Francisco Villa desde su rápido encumbramiento a Jefe de la División del Norte pronto dio señales de que habría de hacer uso de su jefatura para lanzarse contra el movimiento constitucionalista, o como suelen decir: contra Don Venustiano. El 9 de junio de 1914, los generales Natera y Arrieta atacan Zacatecas, en poder de las fuerzas huertistas, y no logran tomarla. Sus esfuerzos se estrellan ante el número de defensores. Avisado Don Venustiano, ordena a Villa, que era el jefe más próximo al lugar de la acción, que envíe 5 000 hombres en auxilio de los atacantes. Villa se niega, pretextando que está enfermo el general Robles, a quien piensa encomendar el mando de esa columna. Por último, declara que, o marcha él

personalmente al frente de la División, o renuncia al mando de ella. El señor Carranza, conciliador, le indica que no es conveniente ni necesaria su renuncia, pero que acate sus órdenes y se haga llegar el auxilio requerido. A la segunda negativa de Villa, el señor Carranza tiene con él una fuerte discusión y le quita el mando de la División, ordenando sean llevados a su presencia siete de sus jefes para elegir sustituto.

Pero nuevamente los jefes y oficiales de ese cuerpo de Ejército del Norte se dan cuenta del peligro que significa el que se provoque la división entre sus fuerzas. Los mismos razonamientos que se hicieron cuando Villa de hecho exigió el mando en Torreón, se les presentan en esta ocasión. Se impone, pues, para tomar cualquier medida, terminar la campaña contra Huerta con la toma de Zacatecas.. Es ya el final... será la última plaza... Y así, gracias a la coordinación de todos los jefes de la División del Norte se anulan las dificultades y puesto que las necesidades de la guerra los obligó a aceptar a Villa entre sus filas, con toda la repugnancia que siempre les había inspirado, avanzan sobre Zacatecas tan pronto como llega de Parral la Brigada Juárez... Y cae Zacatecas después de 11 días de encarnizada lucha; son 15 000 hombres los que atacan, las tropas de refresco se suceden; son 18 trenes los que apoyan la acción. Los residentes de la ciudad de Zacatecas que pudieron salir, lo hicieron, porque comprendían que el ataque iba a ser espantoso; los que permanecieron dentro cerraron sus casas "a piedra y lodo" y no abrían ni una ventana como si fuera una ciudad deshabitada; los combatientes que tuvieron que dormir en la ciudad fuera de sus cuarteles lo hicieron teniendo cerca de ellos multitud de cadáveres insepultos. Pilas de cadáveres hubo que formar y prenderles fuego porque se temía que azotara una epidemia; en la noche solamente las llamaradas de la incineración de cadáveres iluminaban la espantada ciudad. Pero fue el golpe final al huertismo: Huerta quedaba vencido y su renuncia a la Presidencia de la República (julio 15 de 1914) y su huida del país, no se hicieron esperar.

Es verdaderamente doloroso considerar a lo que fue forzado el pueblo mexicano, convertido en ejército voluntario por la felonía de Victoriano Huerta. Las famosas batallas de To-

reón y sobre todo la de Zacatecas, fueron verdaderas "carnicerías", matanzas de mexicanos contra mexicanos, en donde cientos o miles de federales ya vencidos fueron destrozados cuando ya huían, muertos por la retaguardia (Zacatecas).

Un general Buelna y los famosos Dorados, dejaron una masa informe de cadáveres: soldados rasos, oficiales, que apenas se adivinaban por los uniformes que sobresalían y una cantidad incalculable de soldaderas, todos ametrallados por la espalda cuando huían por una cañada que conducía al pueblo de Guadalupe.

Estas batallas fueron muy nombradas, porque con ellas quedó definitivamente vencido Victoriano Huerta, pero no fueron batallas que dieran gloria a los vencedores.

CRECE EL PELIGRO

Pero Francisco Villa, además de su insubordinación antes relatada, que cuesta a Natera y a Arrieta la vida de centenares de sus hombres, no se detiene allí, sino que ordena la aprehensión del Tesorero General y otros oficiales administrativos del Gobierno Constitucionalista y se apodera de los fondos de la Tesorería.

TRIUNFA LA REVOLUCIÓN (Agosto de 1914)

A mediados de 1914 renunció Victoriano Huerta a la Presidencia de México y huyó a Estados Unidos. Con su huida renació la esperanza en el ánimo de todos los mexicanos y se fortaleció el anhelo de una pronta reconstrucción de la nación; se creyó que allí terminaría el martirio a que había sido sometida la Patria. Poco más de un año había logrado sostenerse el gobierno espurio de Huerta y el Ejército Constitucionalista, el más numeroso y espontáneo ejército que haya tenido México, recibía la capital de la nación a mediados de agosto (1914) y con su rendición se daba por terminado el movimiento armado.

Había salido también de la Ciudad de México el señor Francisco S. Carbajal, que hasta aquellos momentos había sido depositario interino del Poder Ejecutivo y en consecuencia, el general Álvaro Obregón recibió la autoridad política de manos del señor Eduardo Iturbide, Gobernador del Distrito Federal; ambos firmaron el acta de entrega de la ciudad de México que estaba guarnecida por 33 mil hombres y el material bélico suficiente para haber hecho una defensa de la capital durante muchos días; pero en los mismos jefes militares que pactaron la rendición prevaleció la patriótica y humanitaria idea de evitar mayor derramamiento de sangre, evitar el sacrificio de vidas, evitar todos los actos de crueldad que trae consigo la guerra: conjunto de todos los males.

Pero mientras gran parte de la Nación esperaba el resurgimiento de la Patria, en los estados fronterizos de Chihuahua y Sonora, la unión casi manifiesta ya de Francisco Villa con José María Maytorena, echaba por tierra toda esperanza de paz y llenaba de desesperación y de pesimismo a combatientes y civiles enterados de los acontecimientos.

REGOCIJO POPULAR

A raíz de la toma de Zacatecas, el regocijo popular era desbordante. En el campo y en la ciudad las gentes más humildes gritaban su alegría incontenible y a ellas se unía la clase media; en calles y plazas los comentarios y relatos de hechos heroicos realizados por los improvisados guerreros que habían surgido, los más, de hogares modestísimos, inflamaban de satisfacción el ánimo de sus familiares y amigos que los habían visto partir a los campos de batalla, alentados por una idea fija: vencer o morir. Volvían a sus lugares de origen muchos de aquellos improvisados soldados después de jornadas penosísimas, tristes, porque habían visto caer en el campo de batalla a muchos compañeros; volvían muchos de ellos con huellas de heridas en el cuerpo a medio sanar; otros, muy mal heridos, eran internados en sanatorios; pero superando la tristeza que la matanza de hermanos contra hermanos originaba,

estaba la satisfacción enorme, inigualable, de haber hecho huir de la patria a Victoriano Huerta.

En Hidalgo del Parral los vencedores habían llevado como trofeo preciadísimo la Banda de Música compuesta de 80 profesores, que habían arrebatado al ejército de Huerta en la batalla de Paredón; los parralenses disfrutaban de las audiciones de tan magnífico conjunto en las diversas plazas de la pequeña, laboriosa ciudad, a diferentes horas del día: los 80 profesores se ganaron la más franca simpatía del pueblo a la que correspondían haciendo vibrar todos los ámbitos de la ciudad con los sonos guerreros de aquella epopeya: “La Adelita”... “La Valentina”... sonos que en la excelente ejecución de tan numeroso conjunto adquirirían una categoría nunca imaginada.

Guitarras y violines callejeros, las murgas todas y los “tenores” populares entonaban el popurrí que se formaba con la emotiva mezcla de sonos, valsos y polkas populares.

VERBENAS... MÚSICA... JUBILO DESBORDADO

Era el mes de agosto de 1914. En Hidalgo del Parral la Junta Patriótica, bajo la presidencia de don Rafael Tarín organizaba festivales para allegarse fondos para las fiestas de septiembre. Una de tales fiestas fue una “Jamaica” (años después a este tipo de fiesta se le llamó kermesse), en la entonces bella Huerta de Botello; bajo sus frondas la siempre alegre y bulliciosa sociedad parralense improvisó puestos profusamente adornados en donde vendían confetti, serpentinas, refrescos, meriendas, etcétera. Había también un “telégrafo” y niñas mensajeras que entregaban los telegramas llenos de piropos que dirigían los varones a las damas; había también señoritas perfectamente ataviadas de “gitanas” (éstas entre su atavío llevaban pieles de víboras de cascabel ceñidas al talle), gitanas que mediante el pago correspondiente decían “la buena ventura” a la mayoría de los concurrentes. La banda militar con sus 80 profesores amenizaba la fiesta: cientos de parejas se entregaron al baile jubilosamente, otras cantaban a todo pul-

món las más bellas canciones mexicanas. Las notas del vals “Rosalia”, ejecutado hasta veinte veces consecutivas (para satisfacer el gusto del general Luis Herrera) por tan excelente banda militar embelesaba a la concurrencia. Una multitud de señoritas portando macana y kepí, con traje de dos piezas de gran saco tres cuartos y ancho cinturón de piel eran “los policías”: ellas se pasaron la mayor parte de la tarde corriendo por entre los surcos y las hortalizas tras del general Maclovio Herrera, hasta hacerlo prisionero y encerrarlo en la “cárcel” en donde permanecía sólo unos instantes porque pronto con golpear las endeble paredes de madera el prisionero obtenía su libertad y volvían las carreras y la persecución entre gritos y exclamaciones de júbilo casi infantil de la sencilla y honesta sociedad parralense que en aquella “Jamaica”, como en cualquier otra reunión dejaba desbordar la íntima felicidad que cada uno de sus miembros sentía por los sucesos notables del país, que se comentaban libremente, a voz en cuello, en cualquier sitio, eran sucesos que estremecían de felicidad: la huida de Victoriano Huerta del país, el triunfo de la Revolución, el retorno a sus hogares de aquellos improvisados guerreros... se creía... se soñaba... ¡qué la guerra allí terminaría!...

Súbitamente el general Maclovio suspendió su juego, su broma, y aislándose, sentado en una banca permaneció largo rato, silencioso... ¡la realidad sombría... pavorosa... de la situación que él adivinaba, que él ya esperaba, nulificaba la justa alegría que sólo momentáneamente saborearon aquellos esforzados, heroicos revolucionarios!

SE ACERCA LA TRAICIÓN

Era la Brigada Benito Juárez la que guarnecía Parral; sus jefes, Maclovio y Luis Herrera participaban de aquella alegría que llenaba la ciudad; pero en silencio, en el fondo de su espíritu, aquella alegría estuvo, en el mismo momento del triunfo, ensombrecida por la actitud que anticipadamente se advirtió en Francisco Villa.

También Francisco Villa advirtió que su actitud no iba a ser secundada por la Brigada Juárez y después de hacer muchos esfuerzos para ganarse la voluntad de los jefes Herrera, enviando mensajeros ante ellos con proposiciones halagadoras para mentes codiciosas, con las que siempre fracasó, decidió ir él personalmente a Parral a probar su propia suerte ante los jefes de la Brigada Juárez.

UN GALLO PELÓN...

Un domingo, a principios de septiembre de 1914, inesperadamente, en tren especial, llega Villa a Parral. Con excepción de Tomás Urbina todos sus "puntales" vienen con él y a todos se les sirve la comida en el domicilio del general Maclovio Herrera. En ella Villa está muy locuaz, de muy buen humor, haciendo recuerdos de los incidentes de la lucha, pero sin fijar la mirada en nada ni en nadie, mirando de reojo a medida que suelta con rapidez un torrente de palabras... De pronto cambia el tema de la conversación, cambia el tono de la voz y de plano toca el punto de su decisión de avanzar en plan de guerra hacia el sur... se le semeja a los hermanos Herrera, quienes permanecen impasibles, silenciosos... al cabo de una pausa Villa les propone, entre otras ofertas: "ordenar que les sean escrituradas la o las haciendas que ellos escojan..." a lo que inmediatamente contesta el general Luis Herrera... "¡No!... no piense usted en eso... esas haciendas están intervenidas, pero tienen sus propietarios y nosotros no hemos entrado a la Revolución con el fin de enriquecernos con los bienes de los vencidos, como lo hicieron los porfiristas..." Siente Villa la firmeza de la contestación y pronto da otro giro a la conversación, vuelve a la broma, no le queda más que decir, se remolinea en el asiento, se termina la comida y salen todos para dirigirse a la plaza de gallos cuyas "peleas" eran entonces la diversión preferida de los hombres de Parral, domingo a domingo. Tampoco en las apuestas tuvo fortuna Villa ese domingo y con rabia mal disimulada, hubo de retirarse

porque el triunfo lo había decidido un "gallo pelón" que del montón había escogido el general Maclovio, cuya buena suerte comentaba todo Parral en el atardecer de ese domingo, con el júbilo ingenuo del pueblo.

Pocos días después pasó Tomás Urbina, también en tren especial, de la ciudad de Chihuahua rumbo a Rosario y Las Nieves. El tren militar se aproximaba a Parral y de su paso no había recibido ningún aviso el general Maclovio, por lo que al darse cuenta de su proximidad supuso que aquel movimiento ya sería en plan de guerra y en consecuencia, con una rapidez extraordinaria mandó emplazar su artillería por el rumbo del Presón de San Rafael y en el mismo rumbo hizo fortificar su infantería... de un momento a otro se esperaba ya el choque, dadas las circunstancias anteriores y la situación tan tensa... Pero no fue así: el tren militar abarrotado de soldados, disminuyó su velocidad al entrar en la curva del Presón, por lo que la gente de la Brigada Juárez permaneció en suspenso y el tren pasó sin que se escuchara ni el disparo de un fusil... Cambiado ya también el ánimo del general Maclovio, se dirigió solo, a pie, a la estación y se plantó frente al tren en medio de la vía, haciendo señales con su sombrero que sostenía en la mano derecha tratando de detener el convoy... El maquinista, que reconoció a Herrera, hizo esfuerzos inauditos para "amarrar" la locomotora, logrando por fin hacerlo. El general Maclovio subió al carro en donde iba Urbina con su Estado Mayor, quienes, sorprendidos, ni siquiera dejaron sus asientos y el jefe de la Brigada Juárez se dirigió a ellos haciéndoles ver lo que iba a significar para el país el movimiento criminal de Villa, que se iba a traicionar al Constitucionalismo, que aquella traición iba a envolver al país otra vez en una matanza fratricida... Urbina y los suyos lo escucharon sin pronunciar palabra, sin hacer el menor movimiento... Minutos después el general Herrera descendió del tren y éste reanudó su marcha hacia Rosario... (Quizás alguno de aquellos razonamientos quedaría grabado en la mente de Tomás Urbina, porque meses después, cuando en compañía de Manuel Chao atacó El Ébano, se dijo que trataba de pasarse al lado carrancista) —sus ataques a El Ébano fueron siempre infructuosos— y en septiembre de 1915, cuando finalizaba el

empuje arrollador de las fuerzas del general Obregón en aquella serie ininterrumpida de derrotas sobre el villismo, con toda premeditación tomó buena delantera Villa para llegar a Las Nieves, Durango, y asesinar a su compadre Urbina, como se relatará en páginas posteriores.

Inmediatamente después de la toma de Zacatecas, Villa trata de dirigirse a México. Intenta, como parecen indicarlo los sucesos alrededor de la toma de Zacatecas, oponer la fuerza de la División del Norte al prestigio del Constitucionalismo. Hechos posteriores lo confirman. El señor Carranza detiene aquel viaje impidiendo que le pasen carbón y municiones. Villa regresa a Chihuahua.

GUILLERMO BENTON

Los asesinatos de Cosme Bengoechea, Clemente Navarro, Dámaso Perea, Conrado Alcalá y otros acaecidos misteriosamente en la zona comandada por Villa, constituían serios problemas sobre la dirección general del movimiento, principalmente el asesinato del inglés Guillermo Benton, asesinado personalmente por Villa en el momento en que aquel se presentó a reclamar que le habían robado fuertes partidas de ganado. Eran los años en que cualquier ataque a ciudadanos extranjeros se tomaba como pretexto intervencionista. Todos estos actos habían ya provocado los primeros distanciamientos entre Villa y el señor Carranza. Este último hace grandes esfuerzos para calmar la inquietud que ya reinaba en la opinión nacional y extranjera, con la preponderancia de Villa en el Norte.

A esa preponderancia contribuyó grandemente la prensa de los Estados Unidos, en donde les parecía muy gracioso que el Napoleón-Bandido (como le llamaban allá), un hombre fuera de la ley, peleara por la legalidad. La prensa de Estados Unidos, que necesita dar a sus lectores diariamente algo de "aventura", de "romance" tomó al Napoleón-Bandido como al héroe obligado en todos sus relatos, lo retrataban y publicaban sus fotografías de mil maneras e incluían su nombre

aun en acciones en que él no había tomado parte directa o aun en aquellas en que había sido derrotado. Y tal fue la noveleería que creó la prensa norteamericana alrededor de Villa, que éste acabó por creerla y hasta se dijo entonces que enviados de periódicos de Nueva York le habían pedido su opinión acerca de la estrategia alemana en la batalla del Marne, y Villa contestó condenándola y sus palabras fueron conocidas en todo Estados Unidos.

En todo el Estado de Chihuahua esa preponderancia del nombre de Villa fue total porque a ella contribuían solapadamente los que se anticipaban a usar de ella en beneficio propio, Felipe Ángeles principalmente, cuya influencia al lado de Villa en el momento en que éste avanzó al sur en son de guerra contra el Constitucionalismo, fue decisiva. Las clases del pueblo más modestas y las más bajas, principalmente, estaban sobrecogidas de aquella admiración hacia Villa, por aquella propaganda tan intensa, pues ningún nombre se oía sonar en todo el estado de Chihuahua, más que el de Villa y el movimiento terrible de trenes militares abarrotados de soldados contribuía a que su fuerza y poderío se pensara indestructible... apenas cuando empezaron a llegar a la ciudad de Chihuahua trenes en cuyos vagones se leía: "Primera Jefatura"... "Ejército Constitucionalista"... se pensó en la existencia de otros personajes, de otros jefes militares y civiles y algunos sectores de la opinión tuvieron otra idea de la situación general del país.

En Sonora el gobernador Maytorena asume una actitud francamente rebelde, pretextando que el coronel Plutarco Elías Calles, comandante militar en Sonora, es hostil a su gobierno, Para destruir este pretexto es nombrado en su lugar el general Benjamín G. Hill, amigo de Maytorena. Don Venustiano Carranza queriendo consolidar el ejército por medio de la armonía, comisiona a los generales Obregón y Villa, dándoles amplias facultades para que procuren un arreglo pacífico en Sonora, evitando choques entre la gente de Maytorena y la de Elías Calles. Llega a Chihuahua el general Obregón y en compañía de Villa van a Sonora y tienen un arreglo con Maytorena, mismo que se hace constar en un acta levantada con

fecha 29 de agosto de 1914 en Nogales, Sonora; acta que firman Obregón, Villa, Maytorena, José María Acosta y Luis Aguirre Benavides. El arreglo consiste en que Maytorena quede como gobernador del Estado y comandante militar, que deponga su actitud y reconozca como jefe de la jurisdicción militar al general Obregón (comandante de la División del Noroeste), retirándose el coronel Elías Calles de Sonora. Maytorena no cumple lo convenido y desconoce la autoridad militar de Obregón haciendo que lo injurien sus subalternos. Obregón y Villa nulifican lo pactado y acuerdan que Villa amenace batir a Maytorena, si mantiene su insubordinación. Villa, que en realidad está de acuerdo con Maytorena, trata de tender una celada a Hill, a quien ordena que, de conformidad con indicaciones del general Obregón, debe dirigirse con sus fuerzas a Chihuahua, donde se encuentra la División del Norte. Hill le contesta que no atenderá más órdenes que las del general Alvaro Obregón y entonces Villa manda fuerzas de Chihuahua a Sonora a combatir a Hill, en vez de a Maytorena, como había prometido.

Maytorena, ya en franca rebeldía y traicionando todos los acuerdos, procede a la aprehensión de connotados jefes revolucionarios como Salvador Alvarado y hasta civiles que eran abiertamente adictos a la Revolución. Más aún: abre las puertas de la prisión a miles de prisioneros del ejército huertista que estaban detenidos en Hermosillo y los da de alta con él, reconociéndoles sus grados que tenían como huertistas.

SEGUNDA VISITA DE OBREGÓN A CHIHUAHUA (Septiembre de 1914)

Dejemos que nos relate el propio general Obregón cómo estuvo lo de su segunda visita a Chihuahua, viaje al que se oponía terminantemente el señor Carranza, quien consideraba que toda esperanza de que Villa depusiera su actitud estaba perdida. Otros amigos del general Obregón también le aconsejaban vivamente que no volviera a Chihuahua porque aseguraban que Villa lo asesinaría; pero Obregón, que también veía la realidad de tener que batir al jefe de la División del Norte, dijo que si era él quien iba a pelear contra Villa, tenía que conocer a qué clase de enemigo iba a enfrentarse.

Obregón dice así:

“Al entrar en la habitación en que Villa se encontraba, éste se levantó de su asiento, sin ocultar su indignación, y desde luego me dijo:

—El general Hill está creyendo que conmigo va a jugar... Es usted un traidor a quien voy a mandar pasar por las armas en este momento... Y dirigiéndose entonces a su secretario, señor Aguirre Benavides, que estaba en la pieza contigua presenciando estos hechos, le dijo:

—Telegráfeme usted al general Hill, en nombre de Obregón, que salga inmediatamente para Casas Grandes.

Luego se dirigió nuevamente a mí y me preguntó:

—¿Pasamos este telegrama?

A lo que contesté:

—Pueden pasarlo.

En seguida de obtener mi respuesta, Villa se dirigió a uno de sus escribientes, ordenándole:

—Pida por teléfono veinte hombres de la escolta de “Dorados”, al mando del mayor Cañedo, para fusilar a este traidor.

Entonces me dirigí a Villa diciéndole:

—Desde que puse mi vida al servicio de la Revolución, he considerado que será una fortuna para mí perderla.

Aguirre Benavides, que había previsto los acontecimientos, había llamado violentamente al general Madero, y éste se encontraba ya también en la pieza contigua, dándose cuenta de los hechos relatados.

A propósito del mayor Cañedo, que debía mandar la escolta para mi ejecución, debo consignar que, anteriormente había pertenecido al Cuerpo de Ejército de mi mando, del que, por disposición mía, fue dado de baja, expulsándolo de Sonora, por indigno de pertenecer a nuestro ejército.

En los momentos en que yo replicaba al amago de Villa, y cuando quizás estuve en peligro de ser asesinado por él mismo como en muchos casos llegó a hacerlo con otros, se introdujo en la pieza contigua el llamado general y doctor Felipe Dussart —individuo a quien yo en Sonora había destituido de nuestras filas, por indigno de pertenecer al Ejército Constitucionalista—, quien haciendo a Villa una señal, empezó a aplaudirlo, dando algunos saltos, para demostrar su regocijo por mi próxima ejecución, y exclamando:

—¡Bravo, bravo, mi general...! Así se necesita que obre usted.

Fue tal la indignación que Villa experimentó contra aquel ser despreciable que iba a festejarse con mi ejecución, que llevó sobre él su furia, diciéndole:

—¡Largo de aquí, bribón, fantoche!, ¡porque lo corro a patadas!

Mientras se registraba aquel sainete entre Villa y Dussart, yo continuaba paseando a lo largo del cuarto.

Cuando lo hubo lanzado fuera, volvió a mi compañía y los dos seguimos dando vueltas por la pieza.

La furia de aquel hombre lo estaba haciendo perder el control de sus nervios, y a cada momento hacía movimientos que denunciaban su excitación.

A mí no me quedaba más recurso que llevar al ánimo de Villa la idea de que me causaría un bien con asesinarme, y con este propósito, cada vez que él me decía:

—Ahorita lo voy a fusilar —yo le contestaba:

—A mí, personalmente, me hace un bien, porque con esa muerte me van a dar una personalidad que no tengo, y el único perjudicado en este caso será usted.

La escolta había llegado ya.

A mis oficiales los tenían detenidos en la pieza que se me había preparado como recámara, y sólo faltaba la última palabra de Villa.

Éste continuaba a mi lado, paseándose por la pieza, cuando repentinamente se separó dirigiéndose hacia el interior de la casa. Al cuarto contiguo, donde se encontraban al principio Aguirre Benavides y el general Madero, habían llegado Fierro y algunos otros satélites de Villa, de los que —como Fierro— se distinguieron siempre por su afición al crimen.

El tiempo transcurría y nuestra situación no variaba en nada. Cuando todo estaba listo para nuestra ejecución, llegó el agente especial del gobierno de los Estados Unidos, míster Canova, seguramente con intención de entrevistar a Villa, pero tuvo que regresarse sin hacerlo, porque no le permitieron franquear la puerta de entrada. La noticia de la orden para nuestro fusilamiento había cundido ya por toda la ciudad, y grupos de curiosos se reunían en los contornos de la casa de Villa para presenciar las ejecuciones.

Había transcurrido una hora, cuando Villa hizo retirar la escolta y levantar la guardia que teníamos a la puerta.

Como a las 18:30 horas, entró en la pieza y, tomando asiento, me invitó a que me sentara a su lado.

Nunca había estado yo más consecuente en atender una invitación. En seguida tomé asiento en el sofá que Villa me señaló al invitarme.

Villa, con una emoción que cualquiera hubiera creído real, en tono compungido, me dijo:

—Francisco Villa no es un traidor; Francisco Villa no mata a hombres indefensos, y menos a ti, compañerito, que eres huésped mío. Yo te voy a probar que Pancho Villa es hombre, y si Carranza no lo respeta, sabrá cumplir con los deberes de la Patria.

Aquella emoción tan bien fingida continuó en creciente, hasta que el llanto apagó su voz por completo, siguiéndose a esto un silencio prolongado, el que vino a turbar un mozo, que de improviso entró en la habitación y dijo:

—Ya está la cena.

Villa se levantó y, enjugando su llanto, me dijo:

—Vente a cenar, compañerito, que ya todo pasó...

Confieso que yo no participaba de la opinión de Villa de que todo había pasado, pues en mí no sucedía lo mismo, porque el miedo ni siquiera empezaba a declinar.

Inmediatamente después de la cena, los oficiales comisionados por la mañana de ese día para preparar el baile, y que habían sido ya puestos en libertad, así como los que formaban la comisión de recepción, se trasladaron al salón del Teatro de los Héroe, para que principiara la fiesta.

Villa se excusó de asistir al baile, diciendo estar indispuesto, y yo me presenté en el teatro a las nueve de la noche.

La fiesta estuvo muy animada, y bailamos hasta las primeras horas de la mañana del siguiente día.

La mayor parte de los concurrentes estaba al tanto de los acontecimientos que habían tenido lugar durante la tarde, y se formaban mil conjeturas al vernos entregados al baile sin hacer ningunos comentarios."

El general Obregón había llegado a Chihuahua el 16 de septiembre de 1914 y en compañía de Villa había presenciado desde el balcón del Palacio de Gobierno el desfile de las caballerías de la División del Norte que intencionalmente se

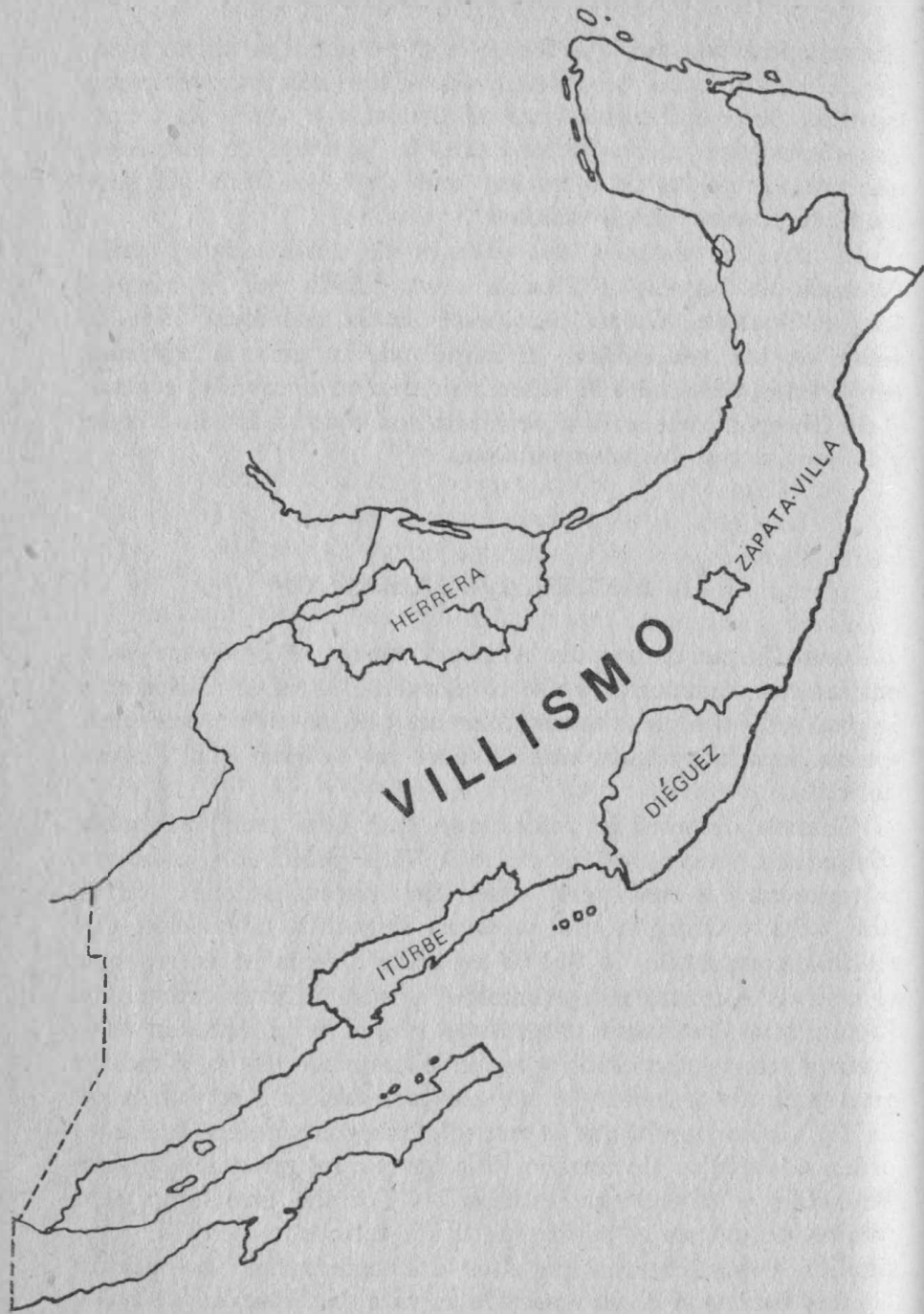
preparó para demostrar a Obregón la potencia de dicho ejército. El desfile duró tres horas, pues se hizo con impresionante lentitud, pero la misma lentitud permitió a Obregón llevar una cuenta casi precisa del número de hombres de caballería que eran alrededor de 6 000 así como de la artillería allí presente, consistente en 43 cañones.

El día 21 (después del intento de fusilamiento), salió Obregón de regreso a México, acompañado por el coronel Roque González Garza; pero antes había ordenado Villa la salida de un tren militar al mando de su general Almanza con órdenes personales de detener su tren en el camino, esperar al de Obregón, detenerlo y asesinarlo con todo su Estado Mayor y la escolta que los acompañaban.

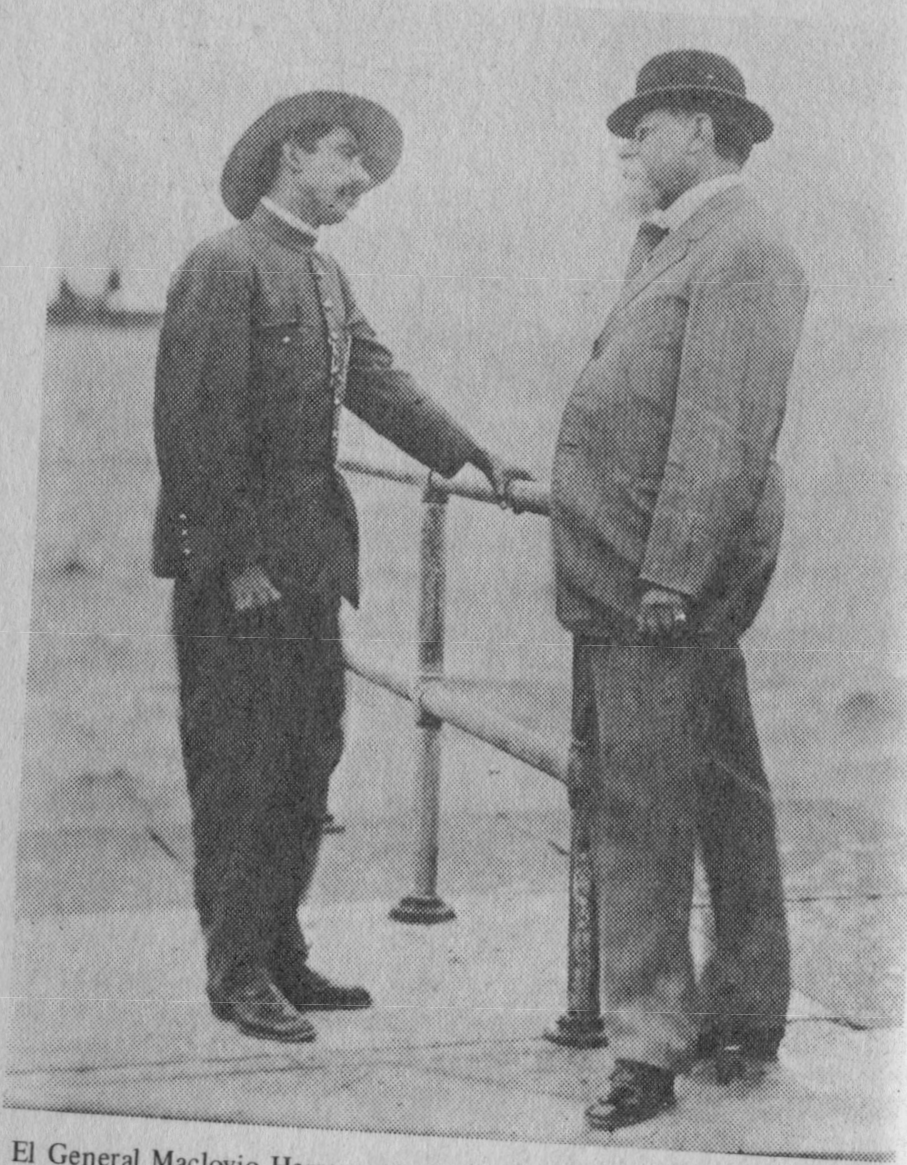
LA ESTRELLA DE OBREGÓN

Sucedió que el tren de Almanza tuvo que detenerse para enfriar sus chumaceras y allí lo alcanzó el tren de Obregón y lo pasó y de ello no se enteró Almanza porque en ese momento estaba dormido y nada más él sabía las órdenes que llevaba de Villa.

Cuando despertó le informaron que otro tren los había adelantado y entonces telegrafió a Villa pidiéndole ordenara se regresara ese tren para poder ejecutar sus órdenes. Así lo hizo Villa y Obregón que ya había llegado a la estación Corralitos, comprendió lo que le esperaba porque se enteró que el tren de Almanza se aproximaba, y saltó a tierra ordenando fueran rotas las líneas telegráficas y que se apresara al telegrafista, único individuo que se encontraba en la estación; pero al ir a aprehenderlo éste estaba recibiendo otro mensaje de Villa autorizando que el tren de Obregón siguiera adelante, orden a la que se vio forzado Villa porque los generales Aguirre Benavides y Robles que estaban en Torreón estuvieron pendientes de ese viaje, ya que antes de salir estos jefes de Chihuahua le manifestaron que ellos lo abandonarían y lo batirían con sus fuerzas si él no respetaba la vida de Obregón. Todavía,



Sentados: Lic. Jesús Acuña, Manuel Chao, Don Venustiano Carranza, Maclovio Herrera y Jacinto V. Treviño. Entre los de pie están: a la derecha del señor Carranza, Luis Herrera, a la izquierda, Julio Madero, Trinidad Rodríguez, Ramón Domínguez, Sóstenes Garza, Coronel Bujanda, Mayor Ernesto García, Lic. Gustavo Espinoza Mireles, Jesús Valdez Leal (telegrafista del Sr. Carranza), Gustavo Salinas G., Sr. Gutiérrez (ferrocarrilero), Adán Galindo, Sr. Dávila, Parral, Chih., agosto 1913.



El General Maclovio Herrera se presenta al Primer Jefe don Venustiano Carranza, en Veracruz (finales de 1914).



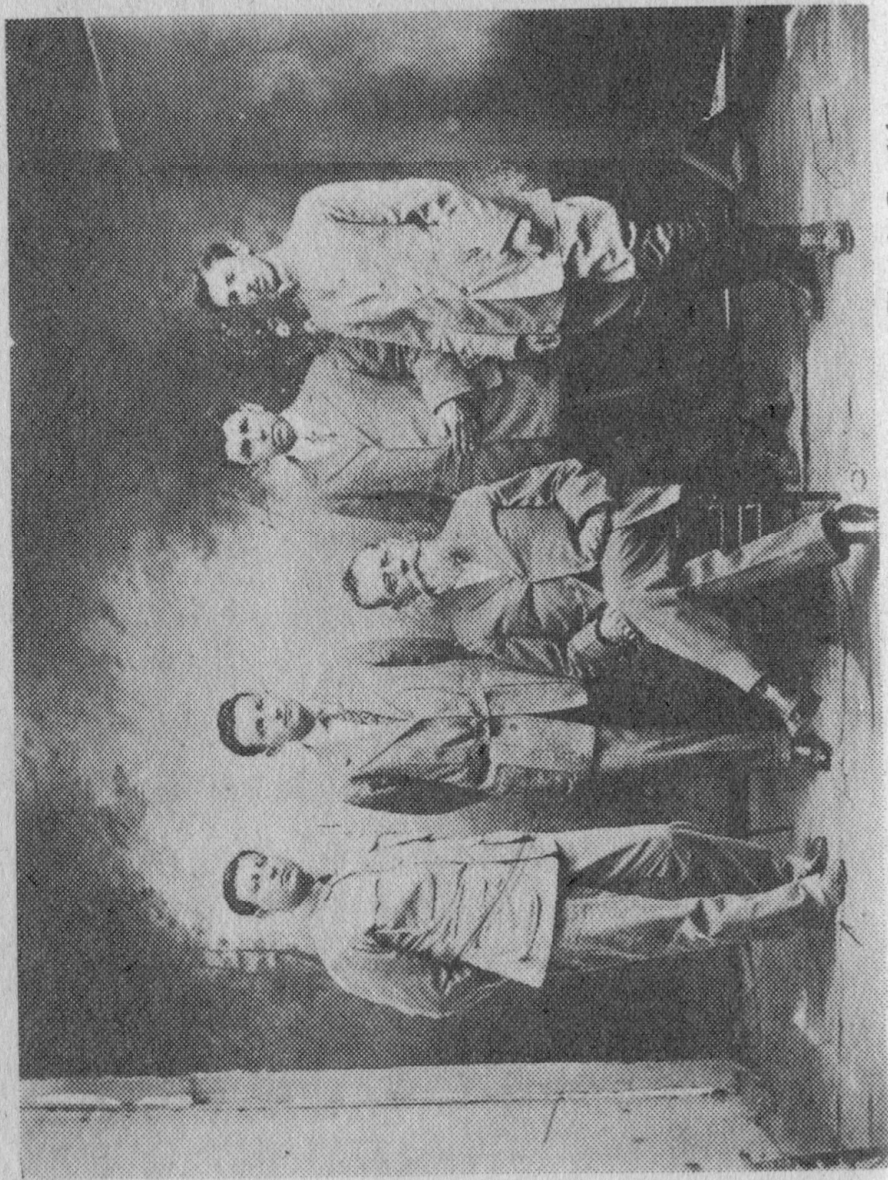
Don José de la Luz Herrera con su pequeño nieto, Gustavo.



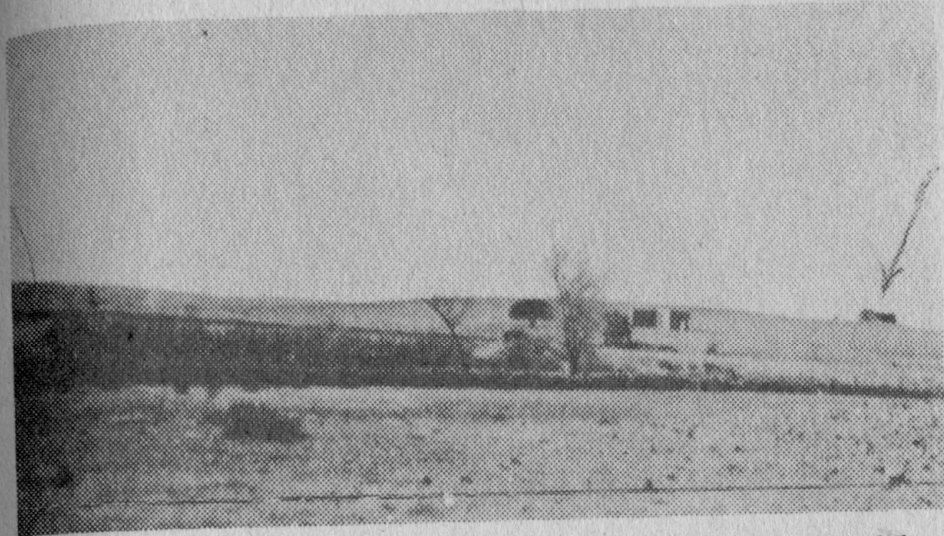
Don Venustiano Carranza y don Alfredo Breceda (días antes de firmar el Plan de Guadalupe).



Coronel y Profesor David Berlanga.



Convención de Monclova, Coah. Para el reconocimiento del Plan de Guadalupe.
Alfredo Breceda, Roberto V. Pesqueira, don Venustiano Carranza, Adolfo de la Huerta, Gustavo Espinoza Mireles.



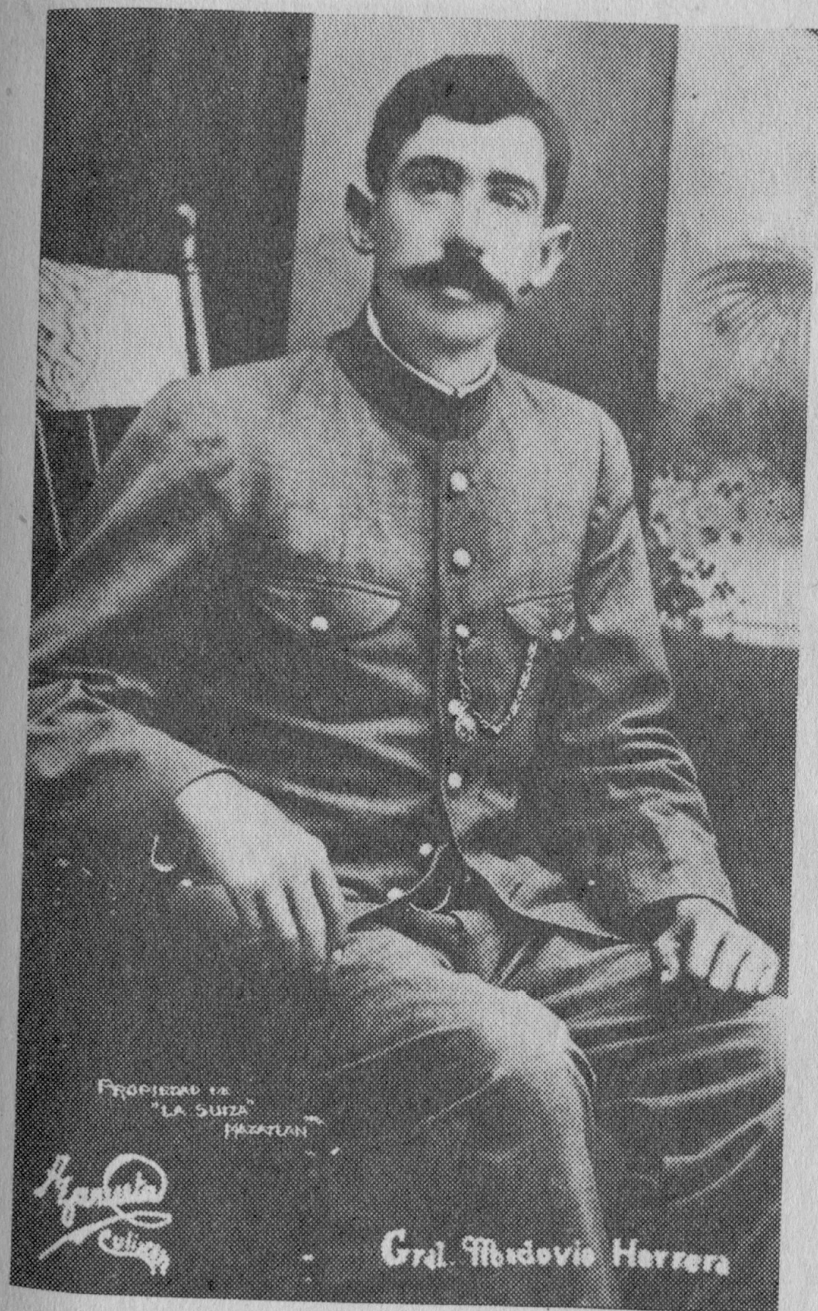
Panteón de Villa Ocampo, Dgo., fuera de servicio. En él los bandidos escondían sus caballos.



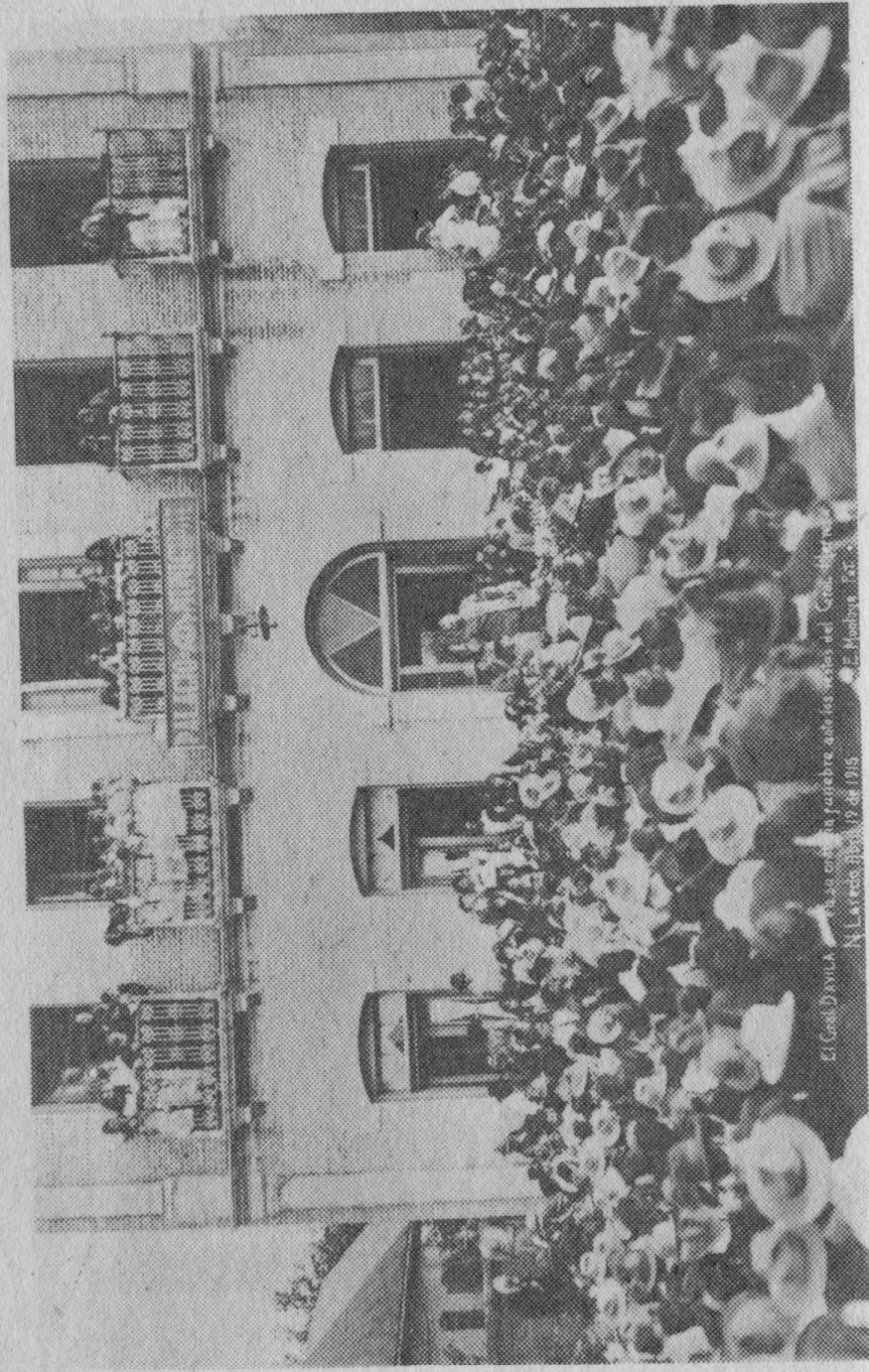
En todo coincidieron. Se intercambiaron víctimas.



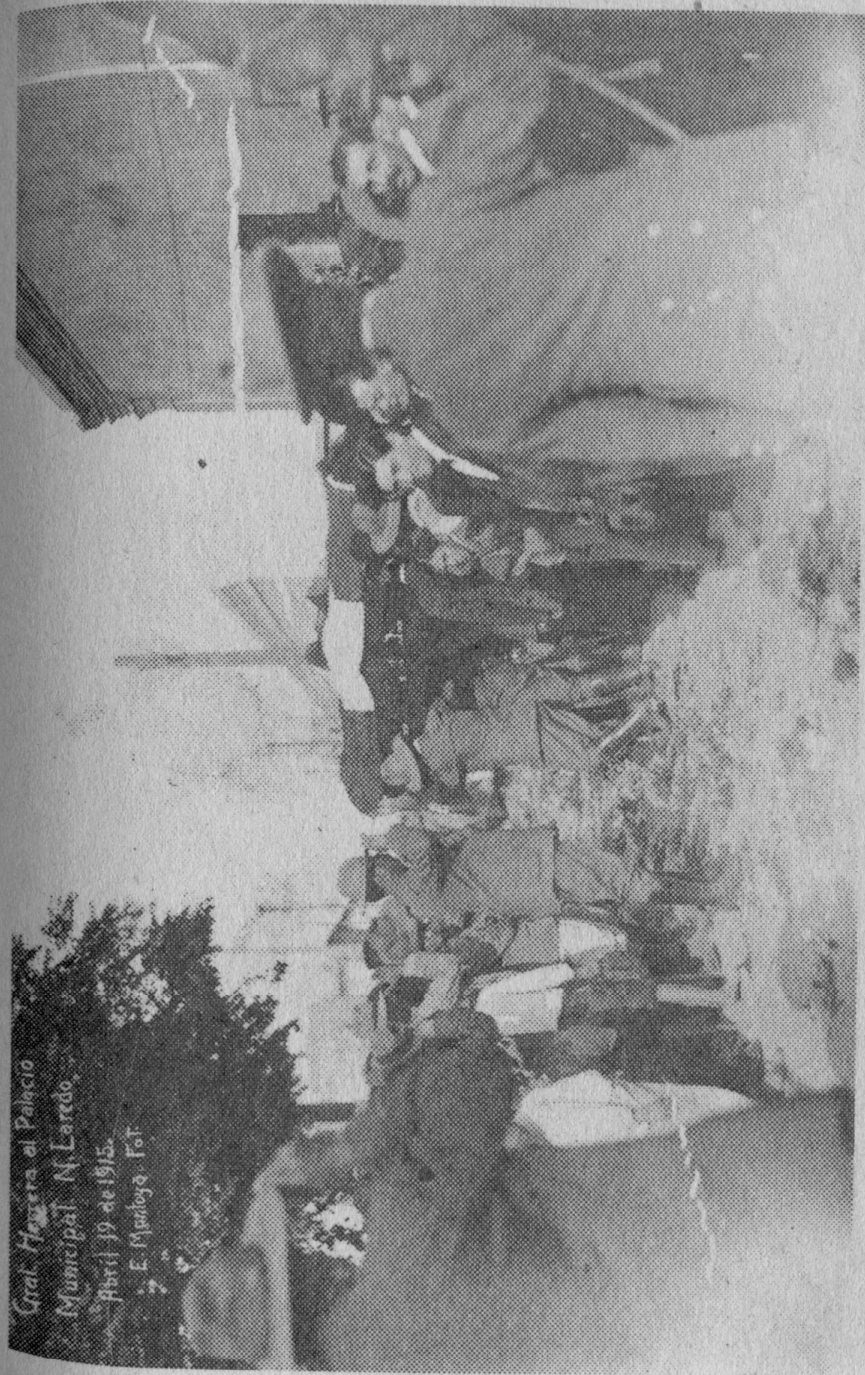
Capitán Osías Uribe, leal a la Brigada Juárez, quizás el único superviviente.



General Maclovio Herrera Cano.



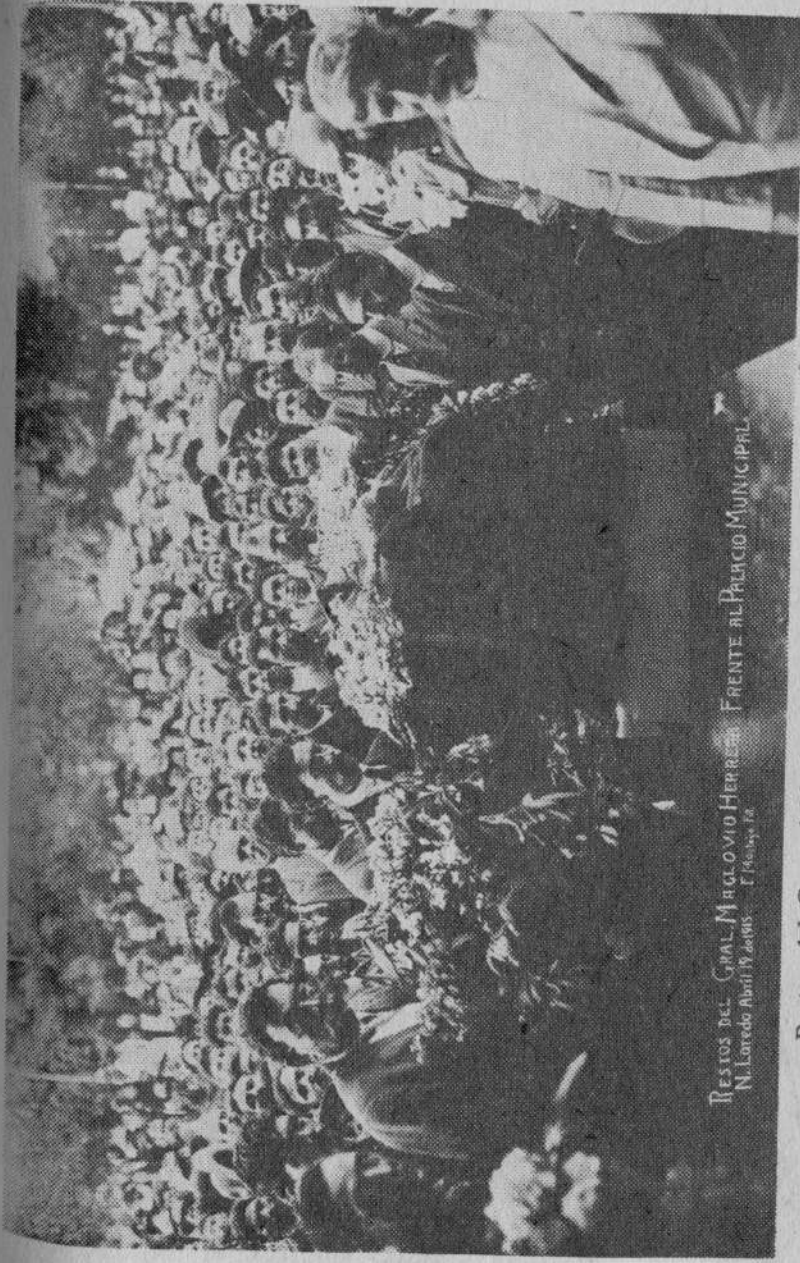
El General Dávila en su oratoria ante los restos del General Herrera.
Nuevo Laredo, 19 de abril de 1915.



Traslado de los restos del General Maclovio Herrera al Palacio Municipal de Nuevo Laredo.

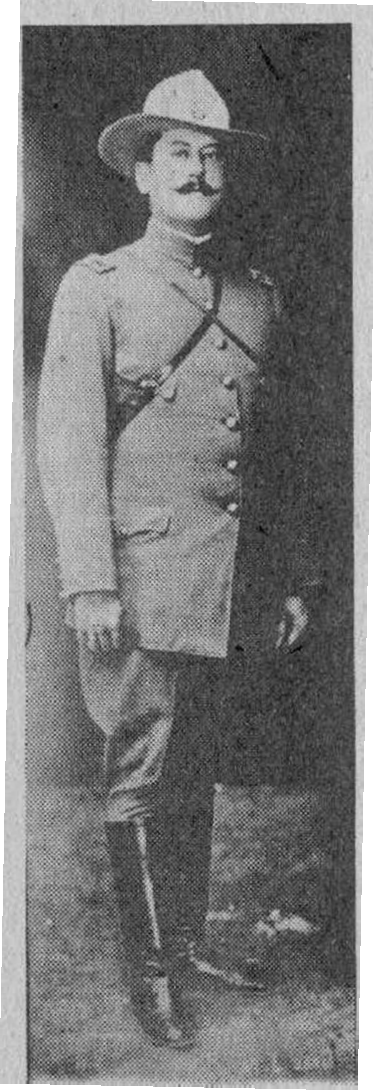


El General Maclovio Herrera en Veracruz (fines de 1914), con sus más cercanos colaboradores, entre ellos Marcial Cavazos (primero de la izquierda, sentado).



Restos del General Maclovio Herrera frente al Palacio Municipal de Nuevo Laredo Abril 19 de 1915. T. P. de la S. 10

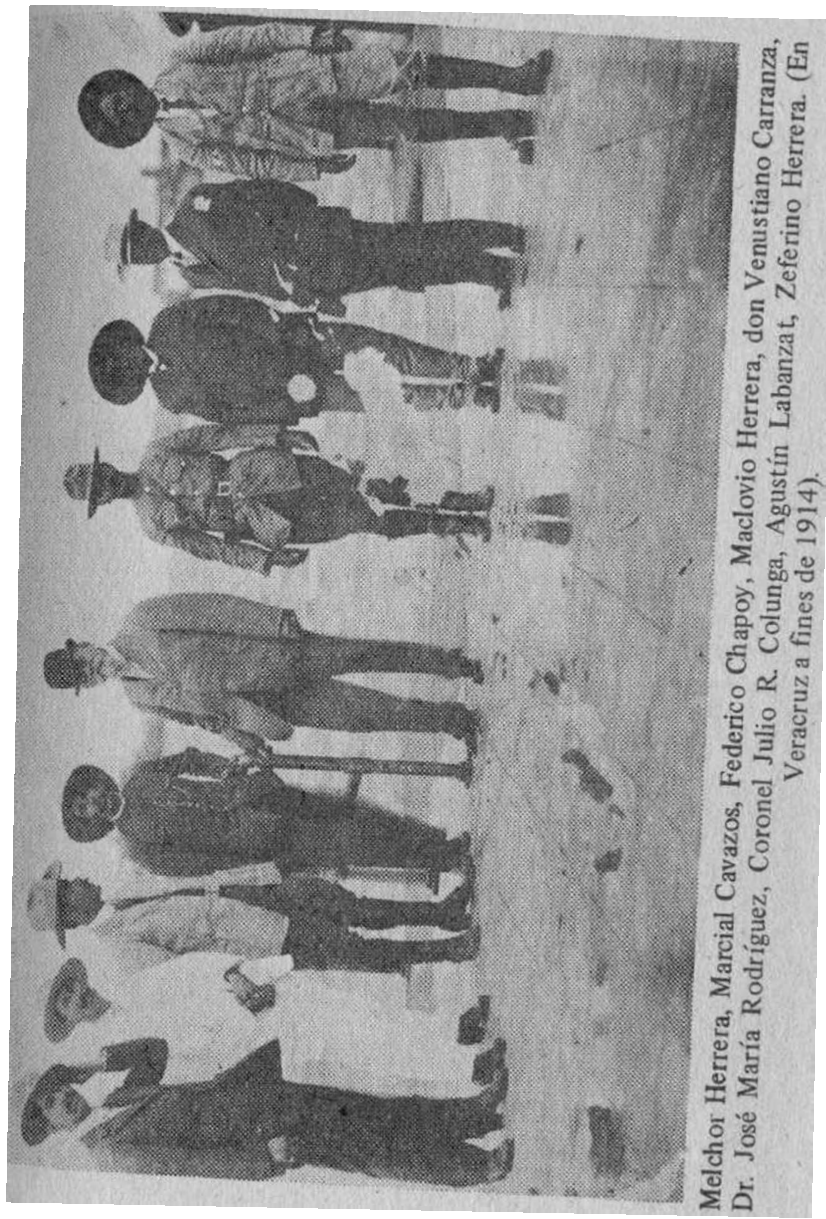
Restos del General Maclovio Herrera frente al Palacio Municipal de Nuevo Laredo. Abril 1915.



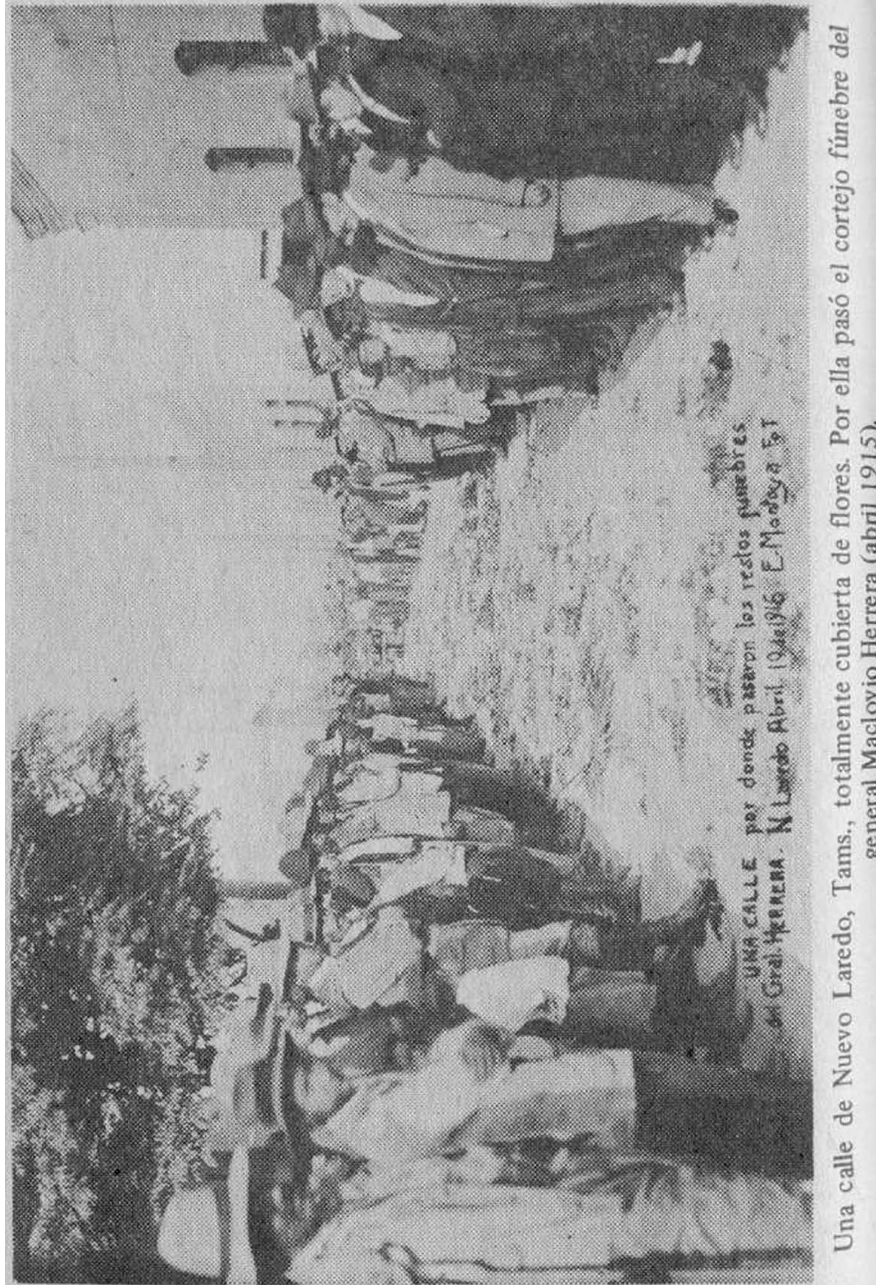
General Manuel Sobarzo, muerto en la defensa de Parral el 8 de julio de 1917 (un ejemplo de pundonor y de valor).



Mayor Francisco Valladares bajo las órdenes del General Maclovio Herrera en sus últimos días en Nuevo Laredo, Tams. Presenció la discusión entre Antonio I. Villarreal, quien auguraba el triunfo del villismo, y el General Herrera, quien sin sombra de duda aseguraba la victoria para el Constitucionalismo. . . ¡La discusión fue acalorada. . . violenta. . . !



Melchor Herrera, Marcial Cavazos, Federico Chapoy, Maclovio Herrera, don Venustiano Carranza, Dr. José María Rodríguez, Coronel Julio R. Colunga, Agustín Labanzat, Zeférino Herrera. (En Veracruz a fines de 1914).



Una calle de Nuevo Laredo, Tams., totalmente cubierta de flores. Por ella pasó el cortejo fúnebre del general Maclovio Herrera (abril 1915).

UNA CALLE por donde pasaron los restos fúnebres del General Herrera. N. Laredo Abril 1915 E. Madero 51

después del asesinato frustrado en Corralitos, dio Villa una nueva orden al jefe militar en Gómez Palacio, Durango, de que al llegar Obregón y sus oficiales los fusilara y en esta estación estaba una fuerte escolta, pero el jefe que subió al tren se encontró con los oficiales de Aguirre Benavides y Robles, con quienes habló y bajando luego del tren, se retiró con sus hombres.

Obregón siguió su viaje de regreso a la capital por Zacatecas, porque tenía interés de pulsar el ánimo del general Pánfilo Natera y tratar de inclinarlo a favor del Constitucionalismo, lo que no logró, pues también Natera estaba decidido a seguir a Villa.

EL CAOS

(Y se pasó de la luz a las tinieblas)

Al huir Victoriano Huerta del país, como si una enorme ave negra hubiese soltado de sus garras el espíritu martirizado de la Patria, se extendió pleno de esperanzas un horizonte de paz, repitiéndose al fin el día bíblico en que después de 40 días y 40 noches de horror y devastación por el diluvio, brillara el arco iris. La Patria estrujada, llena de sufrimientos, de amarguras y de dolores infinitos, que había esperado cruzara su cielo la paloma portadora de la rama de olivo, símbolo de paz, ve dibujarse una nueva ave negra, sedienta de sangre, que revolotea hambrienta, para clavar sus garras en su corazón.

Esa ave negra es Francisco Villa, el que no comprendió nunca el libertador impulso del campesino al empuñar el fusil... Esa ave negra es Francisco Villa, el insaciable, el traidor a los principios del pueblo que había ofrendado su vida por un ideal... Era Francisco Villa, el "revolucionario" sin convicciones, ni principios, sin nada... Era Doroteo Arango, el vagabundo de la serranía, el ladrón de ganado mezclado a la multitud de luchadores por principios, el bandolero analfabeto que al fragor de la lucha se había convertido en general y que lo seguía un ejército; pero era el mismo, impulsado por la pasión perversa, por el odio, sin timón, sin bandera, sin

principios... él no puede refrenar sus instintos rebosantes de sangre y de maldad; él no puede gozar la tranquilidad después de la victoria, porque sus deseos no están ni estarán jamás satisfechos, como están ya cumplidas las primeras aspiraciones de la Revolución... la monstruosidad de su soberbia, su ambición sin límites no le permitirán jamás escuchar la voz angustiada de la Patria que, anhelante de paz, grita a sus oídos: ¡Detente!

Vanos son todos los esfuerzos que en mensajes diversos son enviados a Villa. De Parral, el jefe de la Brigada Benito Juárez, general Maclovio Herrera, le telegrafía con fecha 26 de septiembre de 1914:

"En nombre de los oficiales y tropa que componen mi brigada, lo exhorto a que en nombre del patriotismo, en recuerdo de toda la sangre derramada desista de su actitud. Sea usted un buen mexicano, un patriota, y sacrifique toda la humillación que dice haber recibido de parte del Primer Jefe en bien de la Patria. Es preferible que haciendo un esfuerzo supremo, le diga usted al señor Carranza que reciba la División de su mando, que usted se retira a la vida privada. En nombre de todo lo bueno y lo noble que en el mundo existe y que a mí me faltan palabras para expresarlo, yo lo exhorto para que desista de esa actitud propia solamente de los Elizondos, los Santanas y los Orozcos, pero jamás de patriotas constitucionalistas."

Y no es que el general Herrera desconozca que Francisco Villa sea incapaz de posponer su ambición personal al interés de la nación; es un esfuerzo el suyo que de antemano sabe perdido; pero considera un deber ineludible tratar de detener el torrente de sangre que se desencadena; no quiere luchar contra sus compañeros de armas sin antes intentar que comprenda la monstruosidad de aquel movimiento que no tiene bandera ni principios... Todavía el 27 de septiembre le telegrafía de Parral:

"Confirmo en todas sus partes mi mensaje de ayer para insistirle una vez más en que no quiero que usted

permita que volvamos a pelear con nuestros hermanos. Yo propongo a usted, y conmigo todos los jefes y oficiales de mi brigada, que nos retiremos todos a la vida privada, antes que llevar a la deshonra y desprestigio a la heroica División del Norte. Tenga usted presente que yo no llevaré más a la muerte a mis soldados, que en este caso son inocentes; no, es preferible que antes de hacer esto, nos retiremos todos los generales y demás jefes que militamos en la División del Norte; de lo contrario, ni somos mexicanos, ni tenemos derecho a decir que somos patriotas. Espero que, dando usted una muestra de patriotismo mande suspender todo movimiento sobre nuestros hermanos del Sur y nos entendamos con ellos por medio de la razón, pues de lo contrario a mí, junto con todos mis hombres, nos borra usted del escalafón del Ejército Constitucionalista, porque vestido de luto, con todos ellos, me remontaré a una sierra y allí lloraremos juntos la desventura de nuestra Patria querida."

El padre de los generales Maclovio y Luis Herrera, Don José de la Luz, decide salir a Chihuahua creyendo que con las razones que él expondrá personalmente a Villa lo hará deponer su actitud de insubordinación. Muchas veces ha hablado con él. Es Don José de la Luz un viejo campesino que en su vida en el campo en muchas ocasiones ha tenido que vérselas con malhechores de diversos tamaños. No les teme, es en él natural externar las opiniones que nacen de su espíritu limpio, leal y recto, en tono del viejo que aconseja el buen camino a los jóvenes que siempre lo han escuchado respetuosos, sobrecogidos con su presencia que encarna la respetabilidad. Va a Chihuahua, habla con Villa, extrae de su inteligencia todos los razonamientos que considera den mejor resultado para cambiar la actitud criminal de aquel jefe. Entre otras cosas le dice:

"...el destino es generoso con usted; lo ha colocado en un lugar en que tan sólo hace falta su voluntad para elegir entre dos caminos opuestos... usted pasará a la historia como un hombre excepcional... es éste el momento que

se le presenta para que su vida primera quede olvidada..."

Todo fue en vano, inútiles todas las tentativas para que aquel hombre desistiera de su empeño de lanzarse a aquella lucha estéril que no tenía más propósito (para él), que su ambición y su personalismo, que no tenía más origen que el mismo que lo precipitara a su desconocimiento de Don Francisco I. Madero en Ciudad Juárez, Chihuahua; a su lucha contra Pascual Orozco, a su unión con los ejércitos que combatieron a Victoriano Huerta. En cuanto a los que estaban detrás de él, sólo querían ver realizadas sus ambiciones personales, sobre todo Felipe Ángeles, que vio aquel movimiento como su oportunidad para llegar a ser Presidente de México.

Y se prolongó la lucha, degenerándola, convirtiéndola en una ansia insaciable de matar... matar... Seguido de veinte mil hombres Villa traiciona a la Revolución, viró hacia sus viejos instintos de bandolero de caminos, de capitán de forajidos... a su viejo afán de quebrantar la ley y el orden... y el porfirismo, el cientificismo, el huertismo, el orozquismo, todos los "ismos" que derrotados y rencorosos se encontraban en los Estados Unidos, aplaudieron su movimiento, todos los elementos bien conocidos en la historia de México por enemigos de las libertades del pueblo respaldaron a Francisco Villa seguros de que con el poderío de la División del Norte volvería al poder la fuerza política que la Revolución había destrozado... Viró Francisco Villa hacia el Doroteo Arango, y viraron con él todos sus generales... menos uno:

Maclovio Herrera: este jefe, sin esperar a que don José de la Luz regresara de Chihuahua, y desoyendo las insinuaciones de todos sus hermanos que le hacían ver el peligro en que se encontraba su padre, contestándoles:

—¡Pues si papá es tan hombre que se las espante como pueda!... —y envía de Parral a Villa un telegrama contenido en 14 pliegos, en que le hace saber abiertamente:

"Que la brigada Juárez continúa y continuará siempre sosteniendo a la Revolución... que puesto que no había manera de contenerlo, se lanzara a la lucha que costaba

a la nación lágrimas de sangre, pero que muy pronto sería vencido porque si no era hombre, menos era militar... que la brigada Juárez no secundaba bandidos..."

Este telegrama fue recibido por el secretario de Villa que lo era entonces Luis Aguirre Benavides (Luisito), quien comprendiendo el peligro que aquello representaba para Don José de la Luz, y aprovechando la ausencia momentánea de Villa de su casa, acompañado del señor Enrique Pérez Rul fue en busca del señor Herrera a quien mostraron el telegrama de su hijo... Con toda calma se enteró de su contenido Don José de la Luz y como comentario dijo solamente:

—¡Ah, qué mi hijo, tan hombre...!

Aguirre Benavides y Pérez Rul le hicieron ver el peligro que corría su vida si permanecía en Chihuahua y le instaron a que se fuera a Parral lo más pronto posible, cosa que se logró, regresando con los haberes que para la Brigada había ido a gestionar a Chihuahua.

(Cabe hacer mención aquí que los secretarios que Villa tuvo, fueron: Luis Aguirre Benavides, hasta enero de 1915; después fue Enrique Pérez Rul y por último, ya amnistiado Villa en Canutillo, fue su secretario Miguel Trillo. Esta aclaración deshace la mentira de Martín Luis Guzmán que en sus escritos y relatos se hace aparecer como su secretario a raíz de consumada la traición de éste hacia el Constitucionalismo).

Y días después, estando Villa en Jiménez y Maclovio Herrera en Parral, sostienen una conferencia telegráfica a través de los telégrafos de los ferrocarriles. Tirado de espaldas sobre una mesa de la oficina, el general Herrera dicta al telegrafista señor Monsivais, frases durísimas para Francisco Villa recordándole las ocasiones en que por cobarde ha huído de diversos combates y que sólo la voz adulatora de quienes lo rodean lo han hecho creerse un "genio de la guerra" sin siquiera entender la burla que encierra el calificativo que le han dado de "Napoleón-Bandido". El azorado empleado de telégrafos transmite estas frases inmediatamente... y Villa contesta de Jiménez...

—Cálmese, cálmese caporal; no se violente... no es que yo quiera derramar, etcétera —por lo que el general Herre-

ra le propone que pruebe sus palabras resolviendo el momento en un encuentro entre Villa y 50 de sus hombres, y él con otros 50, diciéndole que lo espera en la estación Dorado pero Villa ya no contesta...

Agotados todos los razonamientos que Maclovio Herrera presentó a Villa queriendo detener aquella hecatombe que se venía sobre la nación, decide salir de Parral y para explicarle al pueblo la realidad, lanza la siguiente:

“PROCLAMA

“Al Pueblo Parralense y a los heroicos soldados de la Brigada Benito Juárez:

“Cuando la Patria ensangrentada pensaba llegar a realizar sus deseos de paz y de prosperidad, el ex general Francisco Villa, deshonorando sus antiguos servicios y prefiriendo el camino del desprestigio y de la ambición al amor a la Patria, ha desconocido la autoridad del Primer Jefe de la Revolución, ciudadano Venustiano Carranza, actualmente jefe supremo de la República.

“Nosotros, que siempre hemos estado del lado del pueblo y de la legalidad, no podemos continuar al lado de quien hoy está cometiendo con su política torcida el delito de lesa traición a la Patria... **Proclamamos** con toda la fuerza de nuestro derecho de mexicanos que seguiremos la misma conducta que hasta hoy hemos observado, hasta derramar la última gota de nuestra sangre.

“Compañeros, compatriotas: os invitamos por medio de la presente a que no desconozcáis al Jefe Supremo de la Revolución y nos prestéis vuestra ayuda personal y moral para lograr el fin que perseguimos que no es otro que el de legar a nuestros hijos la Patria de Cuauhtémoc, Hidalgo, Juárez y Francisco I. Madero, en las manos del mandatario que el pueblo quiera elegir sin que medien la violencia, la fuerza, ni la traición. **¡Viva México!**
¡Muera el bandolero traidor Francisco Villa!

H. del Parral, septiembre 28 de 1914.

El general comandante de la brigada
“Benito Juárez”,
Maclovio Herrera

General brigadier jefe de armas,
Luis Herrera.”

Con esta proclama amanecieron tapizados los muros de Parral y la hez de la sociedad (el “lumpen”) rugió contra los hermanos Herrera, calificándolos de “traidores”... (consideraban que se andaba peleando por Villa o por Carranza; de la Revolución solamente entendían las “manos libres” que tenían en los saqueos al lado del que llamaban “el padre de los pobres”)... ¡Y todo fue villismo...!

Días después celebra el general Herrera una junta con su oficialidad, en el teatro Hidalgo, de Parral, para hacerles saber la resolución que ha tomado y dejar a sus subalternos en libertad de tomar el partido que gustasen; les dirigió la palabra el capitán primero de caballería Eduardo Artalejo. Con excepción hecha de los oficiales Perfecto, Petronilo y Ramón del Val, todos apoyaron la resolución de los jefes hermanos Herrera. Dichos hermanos del Val manifestaron que ellos no deseaban ya seguir con ningún partido, que se retiraban a su tierra (Balleza) y que terminarían así su vida militar. Dos meses después (el 28 de noviembre de 1914) de haber permanecido 30 días la brigada Juárez en Mesa de Sandía, de donde pasó a Cerro Prieto; punto en que el general Maclovio se separó con 50 hombres para dirigirse a Sinaloa, porque le urgía informarse de quiénes seguían leales al Constitucionismo, el 28 de noviembre, decimos, la Brigada Juárez al mando del general Luis Herrera, en vez de encaminarse por Atascaderos también rumbo a Sinaloa, decidió hacer un rodeo para llegar a Balleza, porque era importante no dejar tiradores a la retaguardia (dijo el jefe), ya que se tuvo conocimiento de que aquellos hermanos del Val habían reclutado gente y se preparaban para atacar a la Brigada Juárez con intenciones de

matar al menos a sus jefes. Efectivamente, parapetados en la iglesia y en las azoteas de diversas casas hicieron fuego sobre la brigada y ésta sobre aquéllos, los cuales perdieron la vida en su totalidad. Los hermanos del Val se hicieron fuertes en la azotea de su propio domicilio, y allí quedaron muertos, corriendo su sangre por las canales de su propia casa.

EN MESA DE SANDÍA, DURANGO

Pero volvamos al momento en que sale la Brigada Juárez de Parral a Mesa de Sandía, estación sobre la vía del tren "Parral y Durango" (tren de vía angosta que siempre se conoció con el nombre de "el piojo" por la lentitud de su marcha). En Mesa de Sandía, diariamente era llamado el general Herrera por el teléfono del ferrocarril, por muchos de los jefes que se habían quedado con el villismo y que comisionados por Villa pretendían hasta el último momento hacer desistir a los hermanos Herrera de su actitud de lealtad hacia el Constitucionalismo; en esas insistentes invitaciones les reiteraba Villa sus múltiples ofrecimientos de cuantiosas dádivas. Esas llamadas telefónicas eran contestadas personalmente por los generales Herrera quienes con toda energía hacían ver a aquellos jefes (Ángel Ocón, Manuel Chao, Rosalío Hernández, etcétera), la monstruosidad del movimiento que emprendía Villa y les anticipaban que no les esperaba sino la derrota, recordándoles las ocasiones en que Villa había "corrido" y los había dejado en situaciones muy comprometidas. Manuel Chao anticipadamente había hecho labor traicionera entre la gente de la Brigada Juárez minando o comprando la voluntad de algunos de sus miembros muy solapadamente, al mismo tiempo que hizo creer al general Maclovio que él no iba a seguir a Villa, engaño en que cayó también días después el general Obregón, como se relatará en páginas posteriores. Al momento de escribir este libro se tiene a la vista un mensaje que dirigió Villa al general Maclovio Herrera, en fecha en que la gravedad de la situación hace contraste con la suavidad de su contenido.

"De Chihuahua, 4 de agosto de 1914 para Parral.

"Señor general Maclovio Herrera.

'Enterado su atento mensaje hoy manifiestole mi satisfacción por patrióticas frases que expresa y el deseo de que encuéntrase animado para solucionar de una manera conveniente y decorosa las dificultades que desgraciadamente han surgido entre usted y el general Chao de ninguna manera tomaré en consideración insinuación que háceme de abandonar usted el mando de su brigada pues aparte de que sería insustituible en ese alto puesto, la Patria todavía necesita de sus buenos servicios hasta concluir la obra en que encontrámonos empeñados. Ya sabe usted que siempre estoy del lado de la justicia, tenga usted confianza en mi procedimiento y esté seguro que todo arreglaráse de una manera satisfactoria para ambos; aunque comprendo razones que usted expone y estoy de acuerdo con ellas, circunstancias especiales verdaderamente imprescindibles hanme obligado a dejarle al general Chao la gente del mayor Sarabia, pues sé muy bien que si fuérase con usted dada la animosidad que existe actualmente, sería origen de mayores y más serias dificultades. Esto de ningún modo debe preocupar a usted pues si quiere aumentar efectivo de sus fuerzas con gusto proporcionaréle medios de hacerlo dándole gente hasta de mi brigada si fuese necesario para dejarlo satisfecho, pues mi mayor anhelo es que sigamos unidos como hasta ahora para dar fin a nuestra empresa. Por allá nos veremos muy pronto en compañía de su papá a quien saludé aquí hoy, para arreglar todos estos asuntos. Entretanto reciba el sincero aprecio de su amigo y compañero.—El general en jefe, Francisco Villa."

(Era el secretario de Villa en esa época el señor Luis Aguirre Benavides.)

La labor intrigante que entre la gente de la Brigada Juárez hizo Manuel Chao, ocasionó como era natural serias dificultades entre éste y el general Herrera. Con relación a esta situación, hay un telegrama que a continuación se transcribe:

"Núm 6 11 A.M. de Chihuahua, el 2 de agosto de 1914 para Parral.

Señor general Maclovio Herrera
Urgente.

Refiérome telegrama de ayer. La gente de Sarabia, la que yo tengo como la mayor parte de la que usted tiene, le dio nombre y prestigio y ahora confirma su ingratitud al querer tomarse por la fuerza gente que es mía y que no está dispuesta a continuar bajo sus órdenes. Usted sabe las órdenes que dicta un jefe de Estado Mayor son por disposición superior y al enterarme del telegrama que dirigió el coronel Payán lo hice mío y esta virtud le retorno sus frases ofensivas para lo que a bien tenga resolver. El general Manuel Chao."

En el reverso del mensaje antes inserto, con puño y letra del general Maclovio, está la contestación que éste dio, seguramente para que lo escribiera una segunda persona en forma de telegrama, o quizás para que lo transmitiera así el telegrafista. Dice así:

"La gente de la Brigada Benito Juárez de la que aparentemente usted era jefe, es la que me prestigió, y no su gente como usted dice, porque lejos de ayudar ha estorbado y la prueba que ni para gobernar sirvió usted por inepto. Como nunca sirvió para la guerra creí que como político serviría y ya ve que para lo único que sirve es para hacerme política a mí. En cuanto al retorno de las ofensas que me hace lo creo por la distancia que nos separa, pero voy a probarle quién ha sido usted desde mil novecientos diez a esta parte y es mejor que se deje de contestar porque la opinión pública dirá quién tiene la razón. Mándeme mi gente y se acabó, pues yo soy quien ha trabajado con ella y no usted."

El general Eugenio Aguirre Benavides era de los miembros más prestigiosos de la División del Norte, amigo de Maclovio Herrera; se esperaba que coordinaría algún movimiento con éste en el momento en que el villismo desconocía a la Primera Jefatura. Hay un telegrama que se transcribe a continuación:

"Núm. 10 Oficial H. D. 6.00 H. T. 8.10 de Ciudad Juárez el 18 de agosto de 1914 para Parral.

"General Maclovio Herrera.

"Aunque no se ha servido informarse por mi salud le comunico que ya estoy complementamente bien después cerca de dos meses en cama, el miércoles salgo para Los Angeles a restablecerme y a mi regreso tendré el gusto de verlo. Cariñosamente, el general Eugenio Aguirre Benavides."

(Los generales Aguirre Benavides, Lucio Blanco, José Isabel Robles y Mateo Almanza se quedaron con el Ejército de la Convención, del cual fue nombrado Villa General en Jefe. Huyendo de Villa, el Gobierno de la Convención, como se verá en páginas posteriores, los generales primeramente citados, custodiaron al mencionado Gobierno, al abandonar éste la Ciudad de México en enero de 1915).

23 DE OCTUBRE DE 1914

Pero la bandera de pillaje que Villa enarbola ya se veía que era la que iba a tener un atractivo poderosísimo; los generales Herrera desconfiaban mucho de la gente que llevaban al salir de Parral y para "limpiarla" deciden regresarse de Mesa de Sandía y atacar Parral, lo que hacen en la madrugada del 23 de octubre; en efecto, allí se voltea principalmente toda aquella gente que se había acogido a la amnistía que el general Herrera les había ofrecido, soldados que habían sido huertistas, y que días antes habían "jurado bandera". Entonces sí, rodeados los jefes Herrera, de hombres verdaderamente leales, sin haber logrado que alguno de los otros jefes se retiraran del villismo, se dirigen rumbo a Sinaloa llegando primero a Paraje Seco, de allí a Cerro Prieto, luego a Balleza, como ya se dice antes; atraviesan la Sierra Madre Occidental entre mil penalidades principalmente por el frío intensísimo.

mo entre tempestades de nieve, hasta que llegan a Barranca de San Fernando en donde el clima es tropical y por último a Culiacán. Antes de ocupar esta plaza la brigada Juárez se detuvo en Tepuchi con objeto de lograr un buen descanso, asearse, alimentarse bien para luego uniformados desfilar por Culiacán.

En la página 259 del libro *Ocho mil kilómetros en campaña* dice el general Alvaro Obregón que el día 19 de enero de 1915, recibió un enviado del general Ramón F. Iturbe, quien le informó que el general Luis Herrera se había incorporado a los leales de Sinaloa con 700 hombres de la Brigada Benito Juárez para cooperar en la defensa del Estado, en el que solamente quedaban en poder de los constitucionalistas las plazas de Culiacán y Mazatlán. La Brigada Juárez fue a pelear denodadamente en Sinaloa contra los villistas capitaneados por Landeros, Carlos Real, Pimienta y Buelna en las batallas de Cerro Bola, La Muralla, Mazatlán, Villa Unión, cooperando en esta última el general Juan Carrasco con su infantería que atacó sobre la vía del ferrocarril; la Brigada Juárez se abrió en dos alas, el combate duró 4 horas; días después fue el segundo combate de La Muralla y después en Acaponeta en donde el jefe Buelna apenas pudo salir a volapié. Luego quisieron hacerse fuertes en Santiago Escuintla los jefes del gobernador Riveros mientras la caballería pasaba el río de Santiago que iba sumamente caudaloso, por lo que la derrota que recibieron fue mortal. Después fue la batalla de El Fuerte y luego la de Tasajeras en la que fue sorprendido Riveros y apenas alcanzó a huir en paños menores, dejando abandonado hasta su sombrero tejano que tenía un águila de oro. Tepic fue tomado sin combatir. En el mes de julio de 1915 obtuvo permiso el general Luis Herrera de regresar a Chihuahua y allí llegó en los días en que pasaban rumbo a Sonora los villistas y en La Junta, Chihuahua, fue atacado por 4 000 hombres capitaneados por los llamados generales villistas Julio Acosta y Julián Granados. Días después llegó la Brigada Juárez a Parral, sosteniendo un reñido combate en San Alberto contra las fuerzas villistas al mando de Miguel Baca Valles, cayendo éste prisionero y conducido a Santa Rosalía, donde fue fusilado.

MIGUEL BACA VALLES

Recordará el lector que en las primeras páginas de este libro se informa que las primeras visitas que Doroteo Arango hizo a Parral, antes de estallar la Revolución de 1910, fue cuando arreando ganado robado, hizo amistad con Miguel Baca Valles y ocurría y se hospedaba en el domicilio de él. Esa amistad fue bien utilizada al resultar que Doroteo Arango era "revolucionario", y cuando convertido en Francisco Villa figuró como jefe de la División del Norte y ésta avanzó al sur de la nación en septiembre de 1914 desconociendo a la Primera Jefatura, todas las plazas del norte quedaron bajo la jefatura militar de los amigos de mayor confianza de Villa. Parral quedó bajo el mando de Miguel Baca Valles y allí todavía se recuerda el suceso que en seguida se narra:

El domingo 5 de junio de 1915 Jesús Arciniega Aponte, joven de unos 20 años, esperaba tranquilamente a su novia la adolescente señorita Paz Cedillo, en la banqueta cerca de su domicilio, para dirigirse luego a la iglesia a oír Misa. Acompañaba a dicho joven su primo hermano, el niño de 14 años Refugio Martínez Duarte en cuya casa vivía Arciniega, quien había llegado a Parral en busca de trabajo procedente de Villa Ocampo en donde radicaban sus padres y hermanos; sus padres eran Don Antonio Arciniega y Doña Francisca Aponte de Arciniega. Los dos primos en la mañana mencionada, platicaban de asuntos casi infantiles, sin la menor preocupación y mientras hablaban por momentos se apoyaban en un poste que había en la misma banqueta y en el cual estaba adherido un papel que contenía un aviso o edicto o algo por el estilo, suscrito por el jefe de armas Miguel Baca Valles... Los jóvenes Arciniega y Martínez, mientras esperaban, platicaban distraidamente, picaban con el dedo aquel papel, luego volvían a apoyar el cuerpo en el poste, por momentos se cruzaban de brazos, permanecían en silencio, en calma, mientras transcurrían los minutos de la espera... Seguramente alguno de los secuaces del jefe de armas pasó frente a los jóvenes, observó lo que hacían sobre el papel del poste y dispuso que aquello era una falta premeditada hacia la autoridad, o un delito y corrió

a dar aviso al superior. Miguel Baca Valles, con la rapidez del relámpago, ordenó la aprehensión de los dos inocentes muchachos, orden que se obedeció al momento, y llevados al cuartel fueron fusilados por aquella soldadesca bestial, sucediendo estos actos de barbarie en el término de unos cuantos minutos... La señora madre del niño, Doña Carlota Duarte de Martínez estaba en Misa y allí fue avisada de que su hijo acababa de ser detenido; pronto abandonó la iglesia y se dio a buscar quien la auxiliara en compañía de su esposo Don Otón Martínez; mientras los desolados padres de aquel niño corrían en busca del jefe de armas, tratando de que se les diera siquiera una explicación, pero sin imaginar aún el resultado de suceso tan inesperado, los inocentes jóvenes eran asesinados por orden de aquel jefe Baca Valles que en esos días, junio de 1915, estaba siendo enterado día con día, de la desbandada en que se replegaban al norte del país los "invencibles", que al mando de su compañero de abigeato, el otrora Doroteo Arango, venían de huida después de destrozar el centro del país y le convertir el Bajío Guanajuatense en enorme cementerio iluminado por macabros hacinamientos de cadáveres en llamas... era la hora de la desbandada y aquel domingo 5 de junio tenían prisa de embriagarse con sangre de inocentes...

* * *

...volvamos a septiembre de 1914.

VILLA INCREPA A CARRANZA

El señor Carranza, a pesar de que Villa trata de ocultar su proceder, se entera de su conducta y toma medidas de defensa, ordenando la suspensión del tráfico al norte de Aguascalientes.

Villa toma este pretexto para asumir una actitud insolente y dirige un telegrama al señor Carranza pidiéndole cuenta de tal medida, al que contesta éste que debe explicarle los ataques de sus fuerzas a las del general Hill en Sonora y su conducta con el general Obregón. No contesta Villa ni se justifica, sólo que dirige un mensaje al Primer Jefe:

"Chihuahua, septiembre 22 de 1914.
Señor Venustiano Carranza.
México, D. F.

"En contestación a su mensaje, le manifiesto que el general Obregón y otros generales de esta división, salieron anoche para esa capital con el objeto de tratar importantes asuntos relacionados con la situación general de la República; pero en vista de los procedimientos de usted, que revelan un deseo premeditado de poner obstáculos para el arreglo satisfactorio de todas las dificultades y llegar a la paz que tanto deseamos, he ordenado que suspendan su viaje y se detengan en Torreón. En consecuencia, le participo que esta División no concurrirá a la Convención que ha convocado, y desde luego le manifiesto su desconocimiento como Primer Jefe de la República, quedando usted en libertad de proceder como le convenga. El general en jefe, Francisco Villa."

LA JUNTA EN TORREÓN

A instancias del general Pablo González y demás jefes de la División del Noroeste, se reúnen en Torreón estos y los de la División del Norte, queriendo que la defección de Villa, su insubordinación y clara hostilidad para el señor Carranza, no comprometieran la suerte de la Revolución. En tal reunión, entre otros acuerdos, se toma el de que el señor Carranza reconozca a Villa de nuevo como Jefe de la División del Norte, y que éste y su División se sometan a las órdenes del señor Carranza como Primer Jefe del Ejército.

Pero el señor Carranza y todos los jefes de antemano comprendían que todos los esfuerzos iban a resultar infructuosos y el pesimismo que atormentaba el ánimo de todos ellos no era sin fundamento: el triunfo de la Revolución que en agosto de 1914 era ya un hecho, la nueva Constitución que desde esas mismas fechas hubiera sido promulgada, todo fue frustración porque Francisco Villa avanzaba ya en son de guerra hacia el

sur... y ¡la matanza se desató...! y entonces fue el verdadero cataclismo que destruyó a la nación... de sur a norte y de este a oeste el villismo dominó todo el territorio mexicano... la Convención no fue sino villismo... los "contrarrevolucionarios" supusieron que siendo Villa el fuerte sería "el bueno" para recuperar la preeminencia que por tantos años habían detentado, y a Villa respaldaron. Sólo alguna pequeñísima porción de revolucionarios combatientes o civiles continuaron leales al Constitucionalismo, contados grupos de gente de la clase media y del pueblo aún comprendiendo la superioridad en número, en fuerza, en elementos de aquel bandolerismo que se alzaba altanero y amenazante, perseveraron llenos de fe en la Revolución y esperaron a que ésta encontraría quizá como milagro, el camino al anhelado triunfo.

Y TODOS FUERON VILLISTAS...

...los hacendados, los terratenientes que en el principio de la Revolución calificaban con gran desprecio de "bandidos" a los Revolucionarios, porque a la Revolución se había incorporado Villa con su grupo de malhechores (Urbina, Rodríguez, Fierro, etcétera). A todos los "ismos" derrotados (porfirismo, huertismo, orozquismo, etcétera), ya no les merecía Villa el calificativo de bandido y hasta donde su opinión podía dar fuerza a la contrarrevolución ayudaban voluntariamente. Fueron villistas los hermanos del señor Madero, fue villista el clero mexicano que, antirrevolucionario desde la época en que Victoriano Huerta asesinó a los señores Madero y Pino Suárez y que en honor de aquel celebró un Tedéum en la Catedral Metropolitana "por haber restaurado la paz", ahora ayudaba al villismo lanzando volantes por millares incitando a los hombres a unirse a la contrarrevolución.

En 1915 era el cura párroco de Parral Chihuahua, don Ramón J. Gutiérrez, de allí pasó a una parroquia de Ciudad Juárez, en cuya sacristía tenía un enorme retrato de Villa en cuya base se leía "el impertérrito general Francisco Villa". A ello se debió el gran número de combatientes villistas a la hora

de los encuentros en El Bajío. Por eso fue tan espantosa la mortandad en esas batallas que el general Obregón, en su desolada victoria, temiendo que se desarrollara una epidemia, ordenó la incineración de miles y miles de cadáveres que apilados humeaban tétricamente de día y de noche en aquellos campos antes fértiles, de cultivo, ahora convertidos en cementerios.

Y el afiliarse al villismo sólo se debía a que todo México había caído en la fama "orquestada" en Estados Unidos de la "invencibilidad de Villa".

En cuanto a las creencias y prácticas católicas, ni el menor respeto le merecieron a Villa, ya que en Zacatecas martirizó Rodolfo Fierro a dos clérigos franceses, los señores Quilleré y Lagree, encerrándolos y simulando luego que los mataba, queriendo arrancarles millones de pesos. Por fin, humillados y golpeados, fueron embarcados en una carreta con rumbo a El Paso, Texas.

En Zacatecas, asesinó Villa a dos clérigos franceses, señores Astru y Gilles, maestros de la escuela francesa en Zacatecas.

Por todos estos atropellos presentaron reclamaciones los representantes de la embajada francesa, señores Jusserand y Clause. (Datos tomados de *Foreign Relations of the United States*, páginas 867 y 868, junio de 1914).

Mister Gibsons era el cardenal de los Estados Unidos que con mayor autoridad dirigía al elemento católico de aquella nación y que estaba en comunicación con dirigentes en México, todos de acuerdo en que solamente la intervención armada de Estados Unidos solucionaría la anarquía en que había caído nuestro país.

Y esas gentes, ese pueblo, que en todas sus tragedias siempre ha encontrado, tal vez como un respiro a su estado de ánimo una canción que acomodar al momento, con una tonadilla parecida a la que años después se conoció como "Siete leguas", cantaba así:

Oye, tú Francisco Villa, vergüenza es lo que no tienes,
 ¡ya no te acuerdas bandido... ay... ay... ay...
 cuando robaste los trenes!
 ¡Ya no te acuerdas, cobarde, cuando lloraste en Jiménez...!

Pero poco antes de salir de la ciudad de Chihuahua hacia el sur, Villa se dirige a Santa Rosalía (Ciudad Camargo), porque "le dijeron" que una mujer vecina de dicha ciudad era, digamos, espía del carrancismo y que informaba de todos los movimientos del villismo. El nombre de esta mujer era: Feliciano González de Quiñonez. . . Villa se presentó en Santa Rosalía, mandó llevar a su presencia a la mujer, quien lo hizo llevando en sus brazos a su pequeña hija de seis meses de edad. Con la rapidez del relámpago la juzgó, sentenció y ejecutó a la indefensa víctima a la que le vació una lata de gasolina y le prendió fuego muriendo la madre y la niña.

Y OBRABAN POR CUENTA PROPIA

Envalentonados por saberse aliados de Villa y gozando de impunidad en todos sus crímenes, sucedían casos horribles como el habido en "La labor de Gray", cerca de Villa Escobedo (entonces llamado este punto Minas Nuevas, Chihuahua).

Don Carlos Gray era un modesto industrial, hombre de trabajo y completamente apartado de toda política. Tenía un establo de donde salían leche y productos de suprema calidad, que se entregaban a las familias parralenses.

Una noche fue asaltada la modesta vivienda del señor Gray por un malhechor apellidado Quintana. Don Carlos pudo hacer uso de su carabina y disparar hiriendo al asaltante. Este tenía un hermano que era oficial villista a quien recurrió y que pronto encontró aliados que ocurrieron a la casa del industrial, quien sintiendo cerca el peligro se ocultó en una mina de donde fue sacado y atado del cuello, fue arrastrado a cabeza de silla en contrando horrible muerte, a finales de 1914.

* * *

El licenciado Aureliano González, originario de Teocaltiche, Jalisco, estaba cerca de Villa en calidad de instructor. Había salido a Sonora a cumplir un mandato de aquel ante su aliado el gobernador Maytorena y a su regreso, en El Paso, Texas por

un periódico se enteró del suceso registrado en Santa Rosalía; él, como cualquier otro ser humano, reprobó el hecho y seguramente externó alguna opinión, la que pronto llegó a oídos de Villa. El licenciado, quien en esa época era Magistrado de la Tercera Sala del Supremo Tribunal de Justicia del Estado, regresa a Chihuahua, se encamina a la oficina de Villa instalada en Palacio de Gobierno, va a informarlo del resultado de su viaje a Sonora. Allí está Villa rodeado de sus incondicionales, avanza el licenciado hasta la mitad de la sala y entonces Villa con la rapidez que le fue conocida para sacar la pistola, abate a tiros al licenciado, ante el silencio de todos los que lo rodean.

¿Qué hicieron sus generales que se enteraron de esos asesinatos? . . . ¿Qué hizo Felipe Ángeles? . . . Se menciona esto aquí porque a Felipe Ángeles diversos articulistas y escritores han pretendido presentarlo como el individuo que al lado de Villa influía sobre éste para que desistiera de sus actos bestiales. . . ¿Qué hizo Ángeles. . .? Ángeles era el hombre culto, el caballero, el militar de carrera, el artillero, que al quedarse al lado de Villa en esta traición contribuyó con su reputación a que el villismo adquiriera mayor fuerza y que en realidad dominó el país de un extremo a otro.

¿Qué hizo Felipe Ángeles ante aquellos asesinatos consumados, puede decirse en su presencia? . . . ¡Ah! . . . No hizo sino avanzar al lado de Villa al sur del país para auxiliar al villismo en la Convención, en el momento en que éste se presentaba débil. . . velozmente salió Ángeles al Estado de Morelos y de allá regresó con 26 zapatistas para reforzar al villismo. . . (Y decir "Convención" fue decir "villismo".)

CONCHA DEL HIERRO

Ya muy cerca de celebrarse la Convención se acerca Villa a ella con gran parte de sus fuerzas, porque ya ha sabido que la ciudad de Aguascalientes se ha considerado "neutral" y que a la Convención deberán asistir solamente los representantes de cada jefe militar con objeto de que cada hombre vote libremente, sin presiones de ninguna especie. Pero Villa se acerca

decidido a no respetar la neutralidad de la plaza sino que la invadirá con sus fuerzas y de la presión que éstas hagan resultará la elección del presidente provisional que se ha pensado nombrar. Avanza hacia el Sur, y en Guadalupe, Zacatecas, se detiene unas semanas teniendo su cuartel general en su propio tren, en la estación.

En su permanencia en esta plaza, una tarde ordena a uno de sus más allegados, el coronel Martín López, que enganche un carro a una locomotora y vaya a Jiménez y "le lleve" a una señorita honorable de aquella ciudad: Concha del Hierro, joven de unos 20 años, ajena por completo a lo que se le esperaba. El acto de obediencia de parte de aquel "puntal" de Villa, fue perfecto, porque pronto regresó al tren con la desdichada prisionera que fue entregada en el carro "pullman" de Villa. Aquella noche, la describen los allí presentes, no pudo ser más espantosa, algo infernal, inconcebible, la indefensa joven, loca de espanto, lloró en alta voz toda la noche, pedía que la auxiliaran, imploraba clemencia, le rogaba "al general" que mejor descargara su pistola sobre ella. . .

El lector de este relato descará encontrar en este momento la relación de un hecho de verdadero heroísmo, de caballerosidad, de hombría verdadera, un hecho de esos que con emoción hemos oído relatar, y que realmente han sucedido, además de los que en cuentos y leyendas nos informan de indefensas mujeres que, cautivas, están a punto de ser vejadas por monstruos descalificados, y que se salvan gracias a la intervención de varones que llevando su corazón como único escudo, se lanzan contra la iniquidad en un estallido de nobleza.

Pero en Guadalupe, Zacatecas, aquélla horrenda noche no había de consumarse más que el triunfo de la canallada. . . Es lógico pensar que en aquellos momentos no estaba sola con Villa la desventurada joven. En su tren estaban en gran número todos aquellos que formaban la plana mayor de los empleados de "sus oficinas" además de muchos otros, que de seguro tenían toda clase de armas, pudieron idear alguna manera para enfrentarse a Villa, alguna actitud que revelara su indignación; actitud con probabilidades, una entre un millón, de que hubiese tenido éxito, o aunque hubiese resultado estéril o contraprodu-

cente o perdida; pero una actitud de aquellos muchos hombres que les hubiera hecho sentirse desligados y no cómplices de un acto tan canalla; actitud probatoria de hombres bien nacidos, de procedencia limpia, hombres de masculinidad fuera de duda, actitud de protesta a que los hubiera empujado un saldo, el más pequeño, de hombría que aún quedara en ellos. . . Pero no, todos, al bajar la cabeza propiciaron la consumación de la felonía y la desdichada joven sucumbió entre ayes lastimeros y súplicas y ruegos que el viento se llevó. . . Su familia no la abandonó jamás, no podía hacer más por ella. Había sido la familia del Hierro amiga de Luz Corral, la esposa que figuró como "legítima" al lado de Villa en los primeros años de la División del Norte, por cuya circunstancia visitaban con frecuencia el hogar de esa familia en Jiménez. En ella hacía de "cabeza" la señorita Carlota, prima de Concha. Ésta era huérfana.

Posteriormente, en un viaje del "generalísimo" a Ciudad Juárez se consiguió mediante un médico, que tuvo que atender la salud casi perdida de la joven, el consentimiento de Villa para que la enferma fuese trasladada a El Paso, Texas, en donde inmediatamente procedió la señorita Carlota a ponerse bajo la protección de las autoridades norteamericanas, quienes las ampararon y les pusieron guardias en la puerta de su domicilio por mucho tiempo. La señorita Carlota, ya en El Paso tomó un teléfono y llamó a Villa diciéndole que si era tan hombre fuera allí a recogerlas, cosa que debe haber originado al "general" uno de sus conocidos estallidos de rabia con bocanadas de espuma y torrentes de lágrimas.

En El Paso, radicaron muchos años las señoritas Del Hierro y fue hasta que murió Villa que volvieron a Torreón en donde como modistas hicieron frente a sus necesidades económicas.

Conchita del Hierro vistió de negro por el resto de sus días y no frecuentó ni a sus familiares, ya que sólo salía de su domicilio para asistir a la iglesia.

*

El escritor (novelista) Martín Luis Guzmán, cuando trata este suceso en su libro *El águila y la serpiente*, dice haber estado él en compañía de Villa y observó cómo:

“Villa acompañaba a una mujer que había llegado en el tren de Juárez. A juzgar por el porte y la silueta, la mujer era joven acaso hermosa, y enlazando a la mujer por el talle el general la conducía a su tren...”

Así fue como Martín Luis Guzmán, novelista de acuciosas letras, imaginativo (él mismo confiesa no ser historiador), no veló la fama de Villa.

Cuando se refiere al caso de la señora francesa que sacaron arrastrando por la escalera del Hotel-Palacio, Guzmán dice que aquel fue:

“...magnó escándalo a ojos de unos cuantos timoratos y para gente sencilla que sabe poco del corazón femenino en general y menos todavía del femenino y francés en particular...”

Llegó Guzmán a muy altos puestos deslizándose siempre en las esferas oficiales y hasta consiguió la concesión del libro de texto en las escuelas, lo que seguramente le produjo fabuloso capital, sin importar a quienes lo prohicieron el futuro de una niñez envenenada con tanta mentira.

Su enfermiza admiración por Villa fue en aumento al grado de que ¡quién lo hubiera imaginado!... La autora de estos relatos al colocar en diversas librerías ejemplares de la segunda edición de su libro, colocó también cartulinas con publicidad, mismas que fueron desapareciendo paulatina y misteriosamente y al preguntar a alguno de los libreros qué había pasado con ellas, fue informada de que un enviado de don Martín Luis Guzmán las había solicitado (urdiendo seguramente alguna mentira).

Pero don Martín Luis fue de triunfo en triunfo, hasta lograr inscribir con letras de oro en la Cámara de Diputados (junto al nombre de Belisario Domínguez), el nombre del más renombrado traidor de la Revolución, traición que colocó al Movimiento Armado Constitucionalista al borde de su extinción... traición que costó a México la muerte de aproximadamente un millón de mexicanos, a más de la total destrucción de toda la nación: los campos de cultivos convertidos en cementerios, el abandono de

miles de madres de familia y la orfandad de millones de niños; la situación lacerante de todo buen mexicano por la amenaza de una invasión a nuestro territorio por parte del poderoso vecino del norte, por el ataque de Villa a Columbus con la complicidad de petroleros norteamericanos queriendo forzar a su gobierno a intervenir para impedir la promulgación de la Constitución de 1917 que nacionalizaba el subsuelo; y luego, durante cuatro años en poder de Villa todo el estado de Chihuahua, en donde asesinaba en masa a campesinos inermes y en donde ametrallaba y quemaba mujeres de todas edades.

La iniciativa de las letras de oro en la Cámara fue aplaudida por los diputados puestos todos de pie (excepto el sonorenses don Juan de Dios Bojórquez), estando entre los “aplaudidores” el generalísimo Juan Barragán, autor de las Memorias de don Venustiano Carranza y considerado casi como su hijo adoptivo... Y así quedó coronada la obra de Martín Luis Guzmán...

* * *

— Extraña al lector la simpatía recíproca entre el novelista Martín Luis Guzmán y su personaje en el libro *El aguila y la serpiente*, en los encuentros ocasionales que tuvieron con rara identificación... Dice que:

“Villa me tomó en sus brazos, levantado en vilo a dos cuartas del suelo, metido en una atmósfera donde su aliento y el mío se mezclaban... luego me depositó en el suelo y me tomó de las solapas, fija en los míos la mirada de sus ojos siempre movibles, luego me echó el brazo sobre los hombros y me empujó hacia el saloncito de su tren... luego echó su brazo alrededor de mi cuello y me empujó hacia su gabinete... allí hablamos más de una hora... Cuando concluyó de cenar tomó su sombrero, su canana y al colocársela la cadera viril mostró su juego en plena fuerza...” (¿Androfilia?)...

También pudo don Martín Luis extasiarse ante la figura de Rodolfo Fierro, de quien dice que un periodista americano llamaba “la bestia hermosa”, y así le parecía a don Martín Luis cuando, sentado Fierro,

"...cruzadas las piernas bellas y hercúleas, puesto el codo sobre la rodilla, inclinado el busto hasta la mano, le afloraban el carácter preciso, la luz propia, la irradiación exacta..."

Con mucha suerte se movió don Martín Luis entre aquellas figuras tenebrosas incrustadas en el movimiento revolucionario, y si debemos creer en la suerte, la que acompaña aún al que fuera jefe de la División del Norte, es algo excepcional.

En años recientes, un joven Gobernador del Estado de Durango, Héctor Mayagoitia, tomó especial empeño en glorificar la siniestra figura de quien nació en ese Estado y se le conoció con el nombre de Doroteo Arango en sus hechos delictuosos en pequeños poblados del Estado (robo de ganado, asesinatos de pastores en 1904).

El Gobernador logró su propósito, puesto que en nuestra desdichada Patria mexicana, un Gobernador o un Presidente de la República es quien posee la más absoluta autoridad y puede realizar sus más raros caprichos sin que se tome en cuenta la opinión de nadie ni menos la de las personas que bien piensan. Si el señor Mayagoitia ignora (porque no le haya interesado), la realidad de nuestra Revolución armada de 1910, pudo haber consultado a infinidad de personas que vivieron o sufrieron la angustia y los horrores que aún duele recordar...

Al regresar derrotada en El Bajío, la que fuera fuerte División del Norte, llega su jefe a la ciudad de Durango, misma que saquea e incendia, incluyendo en ese incendio el edificio de los almacenes DAM que había tomado de cuartel; ordena la aprehensión de un grupo de civiles destacados en el medio duranguense, entre ellos a los señores Antonio Bracho, Pedro Torres y Juan Paura, quienes caen asesinados al llegar a la presencia de Villa.

Fue esta la única ocasión en que el villismo pudo entrar a esta ciudad, cuya opinión pública siempre le fue adversa, ya que esta plaza siempre fue defendida por los heroicos hermanos Arrieta, valerosos, modestos combatientes que estuvieron con Don Venustiano Carranza en sus primeras acciones.

Hombres del pueblo, Mariano y Domingo Arrieta, con sentido de honor y de dignidad, jamás transaron con el bandole-

rismo y a ellos pudo haber enaltecido el Gobernador Mayagoitia; pero prefirió engañar a las nuevas generaciones y traicionar a su pueblo...

Confunden estas actitudes de individuos que han cursado hasta universidades... (aunque quizás sólo sean casos raros de androfilia que tocará a los estudiosos explicarse y explicarnos...)

Y sin embargo, habría de suceder algo más sobresaliente, puesto que vino de la voluntad de un Presidente de la República (Echeverría)... Este Primer Magistrado de la Nación dispuso que una comisión formada nada menos que por cadetes del Heroico Colegio Militar, viajara hasta Parral y exhumara los restos, si aún quedaban algunos, del que fuera jefe de la División del Norte...

Excavaron y encontraron un fémur de alguna tumba vecina, el cual, colocado en un ataúd, mereció que le rindieran homenaje más o menos tan solemne como el que hubo en el sepelio del Presidente John F. Kennedy. Los cadetes firmes, silenciosos, solemnes, colocados convenientemente, presentaron armas al tiempo que se escuchaba un melancólico toque de clarín.

Los cadetes del Colegio Militar acudieron por disciplina; pero como un acto antípoda a la gloria de sus antecedentes limbados de patriotismo, de pureza y honor, tuvieron que rendir un homenaje silencioso, simulado, obligado, como un sacrificio en favor del bandido que traicionó a la Revolución y a la Patria. Fue una injuria al Ejército Nacional, fue una burla a la memoria de los revolucionarios... Fue un doloroso escarnio a la **Historia**.

El ataúd fue llevado a la ciudad capital con inicuo despilfarro y colocado en el Monumento a la Revolución, precisamente por el Presidente de la República... Se utilizó para la ceremonia el admirable invento de la televisión y allí se pudo ver al Mandatario rodeado de decenas de hijos del arquetipo de la traición.

El pueblo de Parral, la ciudadanía, no concurrió en lo absoluto, solamente alguno que otro curioso. Las personas mayores, testigos de muchas de las infamias de años no olvidados,

desdeñaron la farsa y los jóvenes carecen de interés en actos de los gobernantes.

El día era lluvioso y frío, como frío es ya el espíritu de los vecinos de las pequeñas ciudades del país, desencantados por observar durante largos años, tanta faramalla, tanta demagogia, tanta mentira.

En años recientes vivía en Canutillo una mujer (tal vez todavía allí resida), ya no muy joven, que guardaba las llaves de la Capilla de la Hacienda (misma que Villa convirtió en cárcel para sus peones) y era esa señora la encargada de mostrar dicha capilla a los visitantes, con quienes ella trataba de conversar, seguramente queriendo explicarse (porque tenía en su rostro una expresión de repugnancia y de confusión), a qué se debía todo aquel movimiento de glorificación, ya que hasta Canutillo el Gobernador Mayagoitia hizo llegar a la instalación de "museos" en los que se exhiben fotografías del latifundista en diversas épocas, rifles, cananas, etcétera y esa mujer relataba que:

"...Villa, en sus años de hacendado de Canutillo, además de haber asesinado a una joven mujer, María Arreola, madre de un hijo de Villa, Miguel, había abusado de todas las mujeres de sus peones, mediante a alejar a estos ordenándoles tal o cual comisión en puntos distantes de la hacienda..."

Seguramente a eso se debió la multiplicación de vástagos que en crecido número, como se dice en líneas arriba, se vio en la televisión y que rodearon al Presidente en el momento de la consumación de tal indignidad.

LA CONVENCION DE AGUASCALIENTES

La Convención a que convocara el señor Carranza principió celebrando sus sesiones en la capital, en la Cámara de Diputados; pero los jefes de Villa se rehusaban a presentarse a ella dado que ya éste había telegrafiado al Primer Jefe desconociéndolo. Entonces se legró que el señor Carranza accediera a que dicha Convención se trasladara a Aguascalientes, plaza que por principio de cuentas se consideró neutral y a la que debían presentarse únicamente los representantes de los diversos cuerpos armados, punto que también por principio de cuentas no respetó Villa, sino que invadió la ciudad de Aguascalientes con sus fuerzas y éstas hicieron tal presión sobre los representantes del Primer Jefe, a mano armada, que de hecho nulificaron el objeto de dicha Convención, llegando hasta a asesinar al coronel Manzanares, representante del general Domingo Arrieta, porque dicho militar se negó terminantemente a secundar la traición de Villa. Los generales Maclovio y Luis Herrera, anticipándose a los acontecimientos al negarse a asistir a la Convención, habían dicho:

—¿A qué vamos?, ya Villa avanza con su gente a imponer su voluntad en la Convención; ésta no va hacer más que lo que él quiera...

Estando en Aguascalientes se encontró el general Obregón con Felipe Ángeles a quien le echó en cara su proceder al no respetar la neutralidad de la plaza. Ángeles le contestó que "sólo se trataba de vestir a la tropa..."

—¿A los cañones también se trata de vestirlos? —volvió a preguntar Obregón.

Los acuerdos principales de la Convención fueron: que el señor Carranza dejara la Primera Jefatura y que Francisco Villa y Emiliano Zapata dejaran el mando de sus fuerzas. Se nombró Presidente Provisional a Eulalio Gutiérrez. Los comisionados para dar aviso a Villa de la resolución que con respecto a él había tomado la Convención fueron José Vasconcelos, José Isabel Robles y Raúl Madero. En uno de sus libros, Vasconcelos dice que Villa les contestó:

“Está bien —dijo después de una pausa larga— está bien... Dígalos —expresó sin mirar a sus generales— dígalos usted que Pancho Villa se va... les dejo todo... esta División que yo he formado... No me llevaré sino veinte hombres... Organicen ustedes su gobierno, pero eso sí, ya saben... Presidente Municipal que caiga en mis manos... ¡Lo cuelgo!”

Y añade Vasconcelos:

“Rápidamente se le inyectaron al general los ojos en la forma que ya me habían dicho era habitual en él cuando le acometía furia homicida...”

Pero... ¡oh, ¡sombro! ...encima de todos estos sucesos, Vasconcelos, ya ministro de Gutiérrez, buscó con éste la protección militar de Villa. Más aún, el domingo 27 de diciembre de 1914, Villa, después de poner sitio a la residencia que habitaba Eulalio Gutiérrez, penetró en ella hasta donde estaba el Presidente putativo y pistola en mano le echó en cara que no había mandado matar a determinados miembros de la Convención... (como se verá más adelante).

Días antes, cuando todavía estaba la Convención en Aguascalientes, en México, en Palacio Nacional, una mañana estaba el señor Carranza en compañía del licenciado Luis Cabrera, Eliseo Arredondo y otros, comentando la terrible situación del momento con la amenaza del villismo cuya traición se veía venir incontenible, que originaría destrucción y matanza incalculable; el pesimismo del señor Carranza era total y no lo hacían reaccionar ninguno de los razonamientos que Cabre-

ra y otros le exponían; se disponía el señor Carranza a dictar un mensaje para Villa, a su secretario señor Alfredo Breceda, cuando intempestivamente entra al salón en que estaban dichas personas, nada menos que el general Eulalio Gutiérrez, con traje más o menos de charro y sobre todo con un sombrero enorme, más grande que los que usaba Emiliano Zapata... Se enteró de la actitud triste y pesimista en que estaba Don Venustiano y de que se disponía a telegrafiar a Villa, y de pronto, con voz franca y fuerte, acompañada de ademanes nortños, dice:

—¡No, señor Carranza...! Qué telegramas ni qué telegramas, no se preocupe usted... ese... (Villa)... no es más que un bandido cobarde... no faltaba más... yo se lo traigo aquí... ese no entiende de telegramas... no entiende más que a balazos... pero no se preocupe usted, señor Carranza... Yo se lo traigo aquí... fácil y pronto...

Al oír aquello, el licenciado Cabrera le dice a Don Venustiano:

—Ya ve, señor Carranza, lo que nosotros le estábamos diciendo, los verdaderos revolucionarios tendrán medios para someter a ese bandolero...

El ánimo del señor Carranza cambió por completo; las palabras de Eulalio Gutiérrez, hombre del norte, con reputación de hombre limpio y valiente, disiparon el nubarrón de negro pesimismo que minutos antes atormentaba al Primer Jefe... Pero de allí sale a Aguascalientes Eulalio Gutiérrez, llega con los mismos ánimos; se entera el general Villarreal y le sopla al oído...

—Déjate de esas ideas contra Villa... cálmate... lo más probable es que en la sesión de hoy tú seas nombrado Presidente... sí... tú serás Presidente...

Y en efecto: fue nombrado Presidente Provisional Eulalio Gutiérrez y éste nombra a Villa Comandante General del Ejército... Y el ministro, licenciado Vasconcelos, encima de todos los sucesos narrados, organiza para el día último del año un banquete en Palacio Nacional, en donde a la derecha de Villa se sienta Vasconcelos y a la izquierda del Presidente, Emiliano Zapata.

La explicación suprema de todo esto es que Francisco Villa era el fuerte y su fuerza aumentaba cada día... un mes después, al salir el llamado Gobierno Convencionista, custodiado por nueve mil de caballería de Lucio Blanco, de la capital, al llegar a San Luis Potosí apenas quedaban unos novecientos hombres, el resto se había "volteado"... ¡Todo era villismo...!

Un sonado fracaso resultó la tan mencionada Convención de Aguascalientes a la que se citó con los propósitos esenciales de normalizar la situación del país, mediante el nombramiento de un Presidente Provisional, mientras se convocaba a elecciones; y propósitos también esenciales eran la destitución de Zapata y Villa, lo que lejos de conseguirse resultó en contrario, pues por la criminal determinación de Eulalio Gutiérrez, al dar a Villa un nombramiento superior al que antes había tenido, éste quedó investido de legalidad y entonces, lejos de retirarse de la División del Norte los buenos elementos con que ésta contaba, no solamente lo siguieron todos, sino que se le adhirieron otros que nada tenían que ver con la División del Norte, como Pánfilo Natera que con toda su gente se unió al villismo y al lado de éste combatió en todas las batallas del Bajío, habiendo solicitado amnistía hasta después de uno de los últimos desastres del villismo: en Aguascalientes.

Imposible sería enumerar siquiera los jefes que en esos días y en muchos días posteriores, defecionaron, quizás algunos de ellos en realidad equivocados o confundidos por la situación; pero los más, atraídos por la bandera de latrocinio que les ofrecía Villa. El gobernador de Sinaloa, Felipe Riveros, después de larga actitud engañosa, también se sumó al villismo, actitud que unida a la ya antigua alianza del gobernador de Sonora, Maytorena, con Villa, dio a éste el dominio importantísimo sobre la frontera con Estados Unidos. De hecho quedó Villa dueño de la Nación y en su amplia superficie ejerció el bandidaje como en sus primeros años de vida lo ejercía en las profundidades de la sierra, en Durango y Chihuahua.

Decir "Convención" fue, en realidad, lo mismo que decir "Villa"; una vez más había impuesto éste la fuerza bruta y por la misma resultaba nuevamente "jefe", había también triunfado su objetivo de que la Convención acordara el retiro del

señor Carranza, sólo que al anular el presidente Eulalio Gutiérrez el punto principalísimo del retiro de Villa, punto que Gutiérrez conocía quizás mejor que el resto de los jefes, quedó anulada la Convención en sí. Los elementos militares se dividieron y resultaron tres facciones: carrancismo, convencionismo y villismo.

El presidente Gutiérrez pretendió establecer su gobierno en la capital y no lograban hacerlo desistir el sinnúmero de comunicaciones que sus ex compañeros de armas le dirigían, ni las exhortaciones de su propio hermano, el general Luis Gutiérrez, que con su actitud excepcionalmente honrosa continuó siempre fiel al Constitucionalismo y que dirigía a su hermano cartas y mensajes como el que a continuación se transcribe:

"Saltillo, Coahuila, diciembre 2 de 1914.

Señor general Eulalio Gutiérrez.

México, D. F.

"Tu mensaje de ayer: no es exacto el informe de Emilio Madero, pero en vista de que pareces obedecer órdenes de toda esa gente, no obstante de haberme ofrecido renunciar a la Presidencia Provisional, retirándonos ambos a la vida privada, recordarás que te dije que mientras obedecieras órdenes de Villa, y de todos los que te rodean, no te daría cuenta de mis actos ni tampoco de mi actitud. En tal virtud, he determinado desconocer los actos de la Convención, para que tomen las medidas que crean convenientes. Te saluda tu hermano. El comandante militar del Estado, general Luis Gutiérrez."

Todavía con fecha 12 de diciembre de 1914, dirige el general Obregón a Eulalio Gutiérrez la carta que a continuación se transcribe y que por sí sola se explica:

"Veracruz, diciembre 12 de 1914.

Señor general Eulalio Gutiérrez, México, D. F.

"Con la pena que me causa ver que continúa usted sirviendo de instrumento a la traición, me permito ha-

cerle las preguntas siguientes, que ya publico, a reserva de publicar también su contestación:

"Diga usted si es cierto que en Aguascalientes declaró usted varias veces, en presencia de los generales Robles, Chao, Aguirre Benavides, Villarreal y el suscrito, que el general Villa era un bandido, asesino, del que había que librar al país, por cualquier medio.

"Diga usted si es cierto que nos criticaba los esfuerzos que hacíamos por solucionar pacíficamente las dificultades, diciéndonos que los bandidos como Villa entendían solamente a balazos.

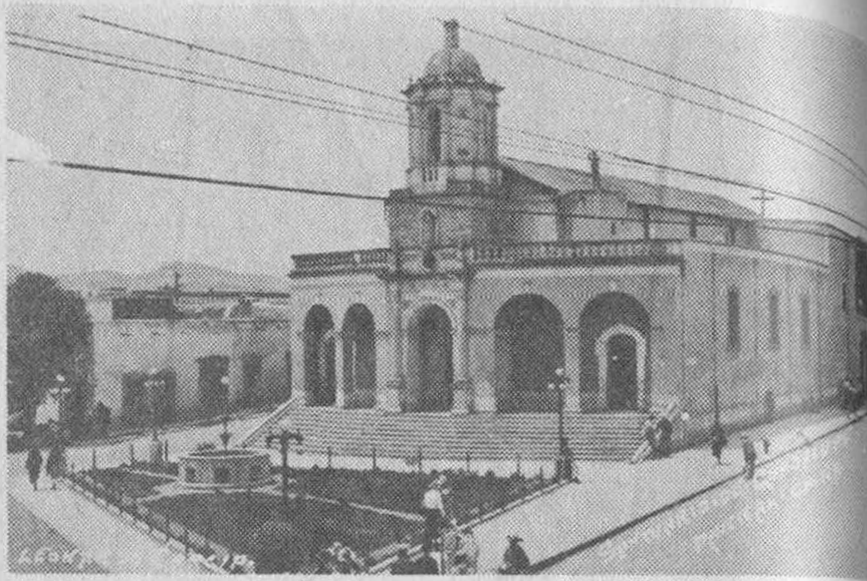
"Contestadas estas preguntas, suplícole explicarme el fenómeno que se ha efectuado: ... ¿Dejó, en concepto de usted, de ser Villa bandido, al utilizarlo para hacer la guerra a los hombres honrados, que no quisimos pactar con él...? ¿Renunció usted a su calidad de hombre honrado, pactando con Villa, para hacer la guerra a sus compañeros de armas y convicciones? Son dos cosas igualmente imposibles; y los que conocimos al general Gutiérrez, impecable revolucionario, de honorabilidad insospechable, sólo podemos explicarnos este fenómeno de la manera siguiente: Gutiérrez no es dueño de su acción, o ha subalternado a su vanidad, halagada con la Presidencia, todas sus virtudes.

"General Gutiérrez: ¡Nunca es tarde para reparar un mal! Retírese usted de esa atmósfera, que ha neutralizado sus energías y su honradez, y vuelva al campo de la lucha con sus hermanos, donde volvería a aparecer grande y querido, y renuncie usted al papel ridículo que está haciendo, el que le servirá para conquistarle la maldición que la historia tendrá para todos los que pacten con la maldad, legítimamente representada por Francisco Villa.—General Álvaro Obregón."

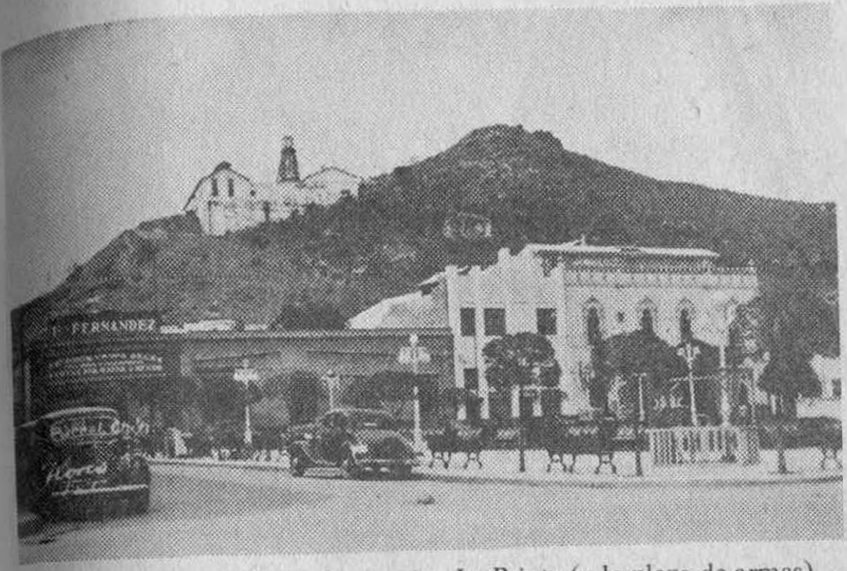
Y hubo además otros telegramas dirigidos a Villa y a Eulio Gutiérrez por diversos jefes militares con el vehemente deseo, todos, de desbaratar aquel movimiento de muerte y desolación que encabezaba Villa.



Sentados: Luis Herrera, Sra. Florencia Cano de Herrera, don José de la Luz Herrera, Jesús Herrera. De pie: Maclovio Herrera, Dolores Herrera, Melchor Herrera, Zefirino Herrera, Florencia Herrera y José Concepción Herrera. (Fotografía tomada en octubre de 1910).



El Santuario de Guadalupe en Parral, Chih. que reformó don Pedro Alvarado.



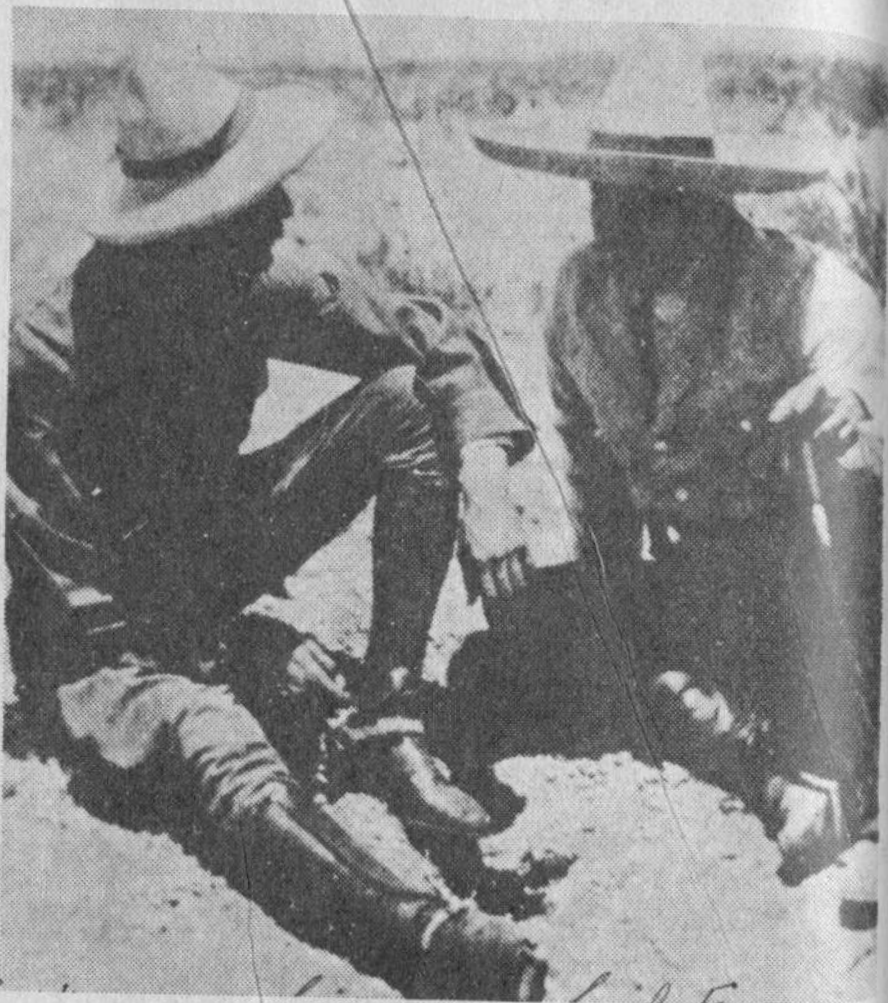
Parral, Chih. cerro de La Cruz, mina La Prieta (y la plaza de armas).



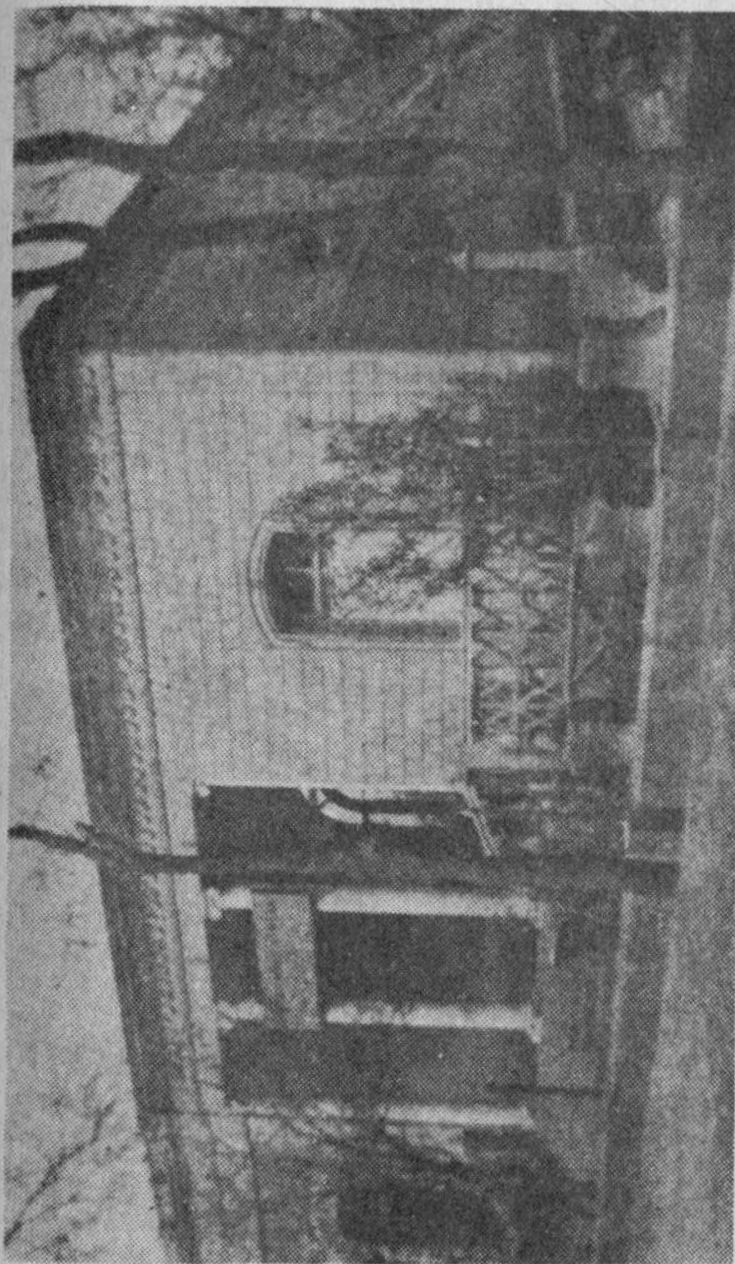
La nevada de Parral en 1907.



El mercado Hidalgo, la Parroquia y al fondo el cerro de La Cruz. Parral, Chih.



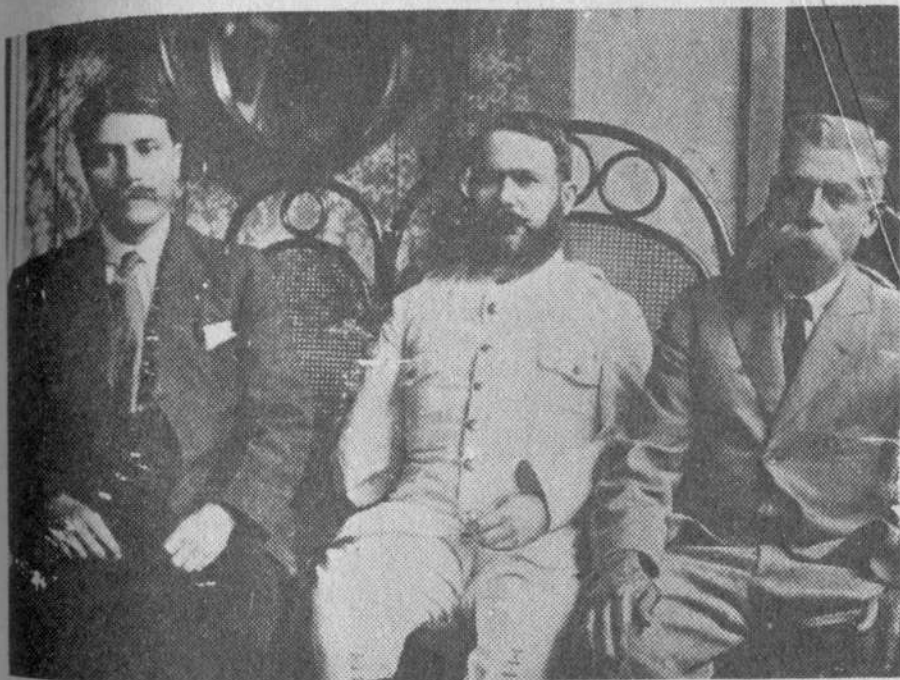
El Ing. Ignacio C. Enríquez entrevista a Villa tratando de obtener su rendición. (1920).



La familia González habitaba esta casa en Jiménez, Chih. (Familia amiga de Villa).



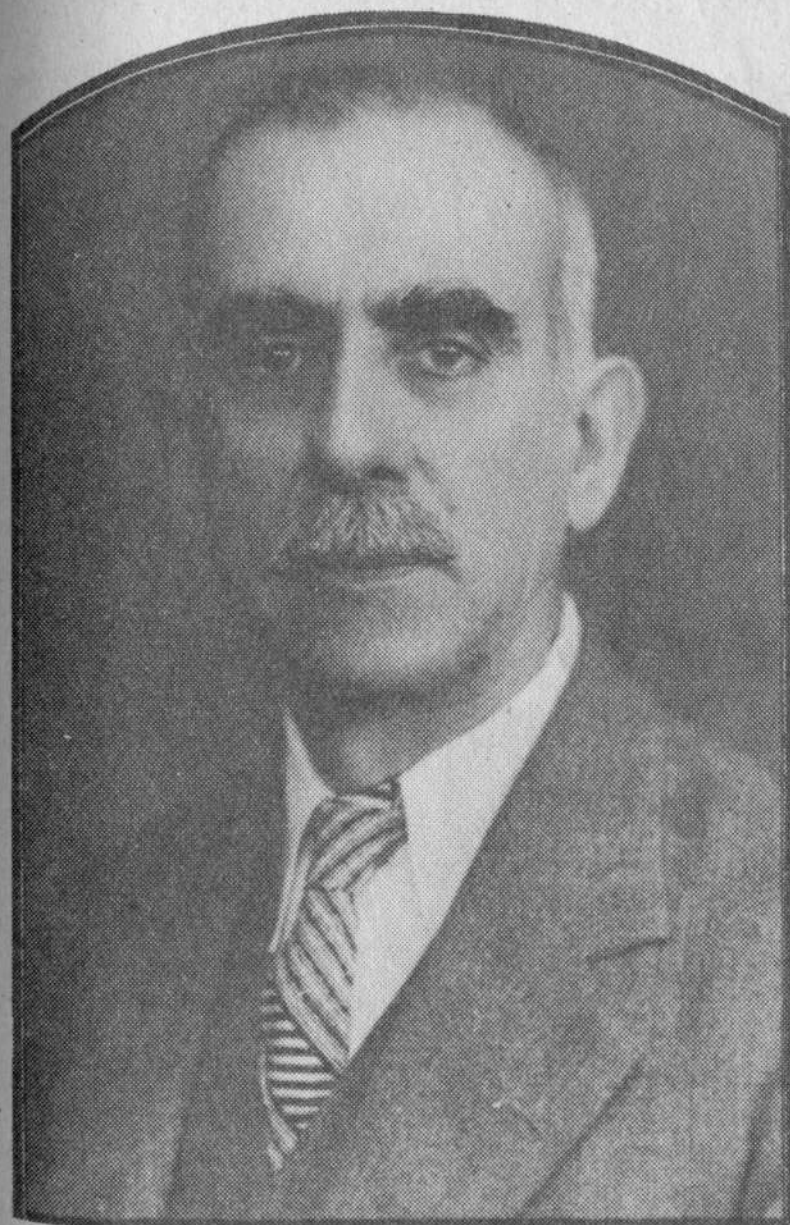
General Luis Herrera.



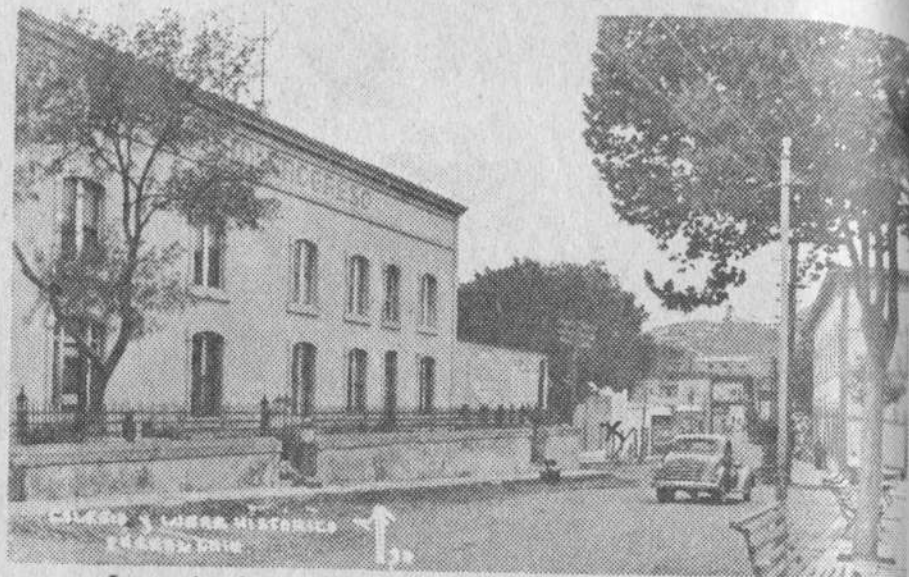
General Herminio Alvarez, Gral. Alvaro Obregón (en los días en que convalecía de su herida), Sr. José de la Luz Herrera.



La Virgen de la Soledad, imagen muy querida de los parralenses.



Don Jesús Herrera Cano.



Lugar donde murió Villa en Parral, Chih., acribillado a balas el 20 de julio de 1923.



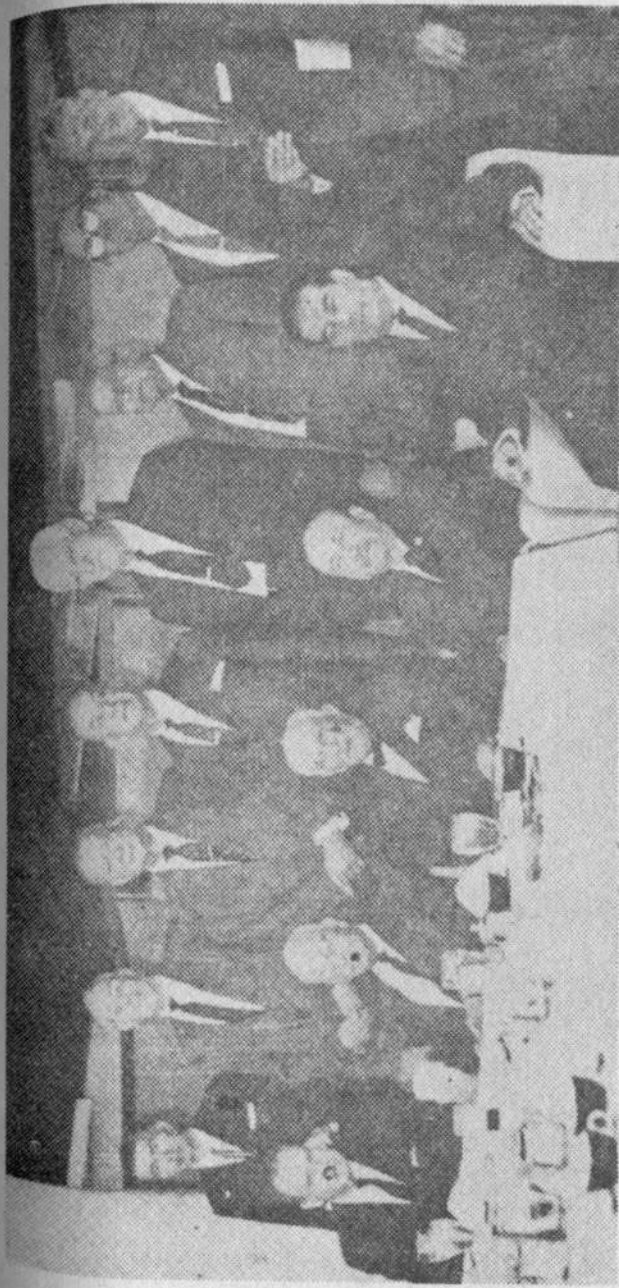
Señorita Sara González, último miembro de la familia González, asesinada por Villa.



Don Jerónimo Soto uno de los civiles prisioneros en Parral, 1916.



El Ing. Francisco Chávez Holguín, uno de los Jefes de la Defensa Social en Parral en 1919.



DIRECTIVOS DE LA "UNION CONSTITUCIONALISTA"

Sentados: de izquierda a derecha: Gilberto Suárez, Enrique Ruiz, Roberto V. Pesqueira (fue representante del señor Carranza en Washington). Antonio Rivera, Joaquín Moreno. De pie: de izquierda a derecha: Carlos Contreras, Ernesto Gamiz, Francisco Terminel, Francisco Valladares (militó a las órdenes de Maclovio Herrera en Nuevo Laredo), Ignacio C. Enriquez (custodió las remesas de municiones que enviaba el señor Carranza a Obregón durante la campaña del Bajío; organizó al campesinado en Chihuahua en los años de 1918 y 1919 en Defensas Sociales que fueron la muerte del villismo). Alfredo Breceda (fue secretario particular del señor Carranza), Jesús González (fue taquígrafo del señor Madero en 1912 y 1913), Francisco Durazo.

Con fecha 11 de noviembre de 1914, el general Obregón le dice:

“Señor general Francisco Villa.
Aguascalientes.

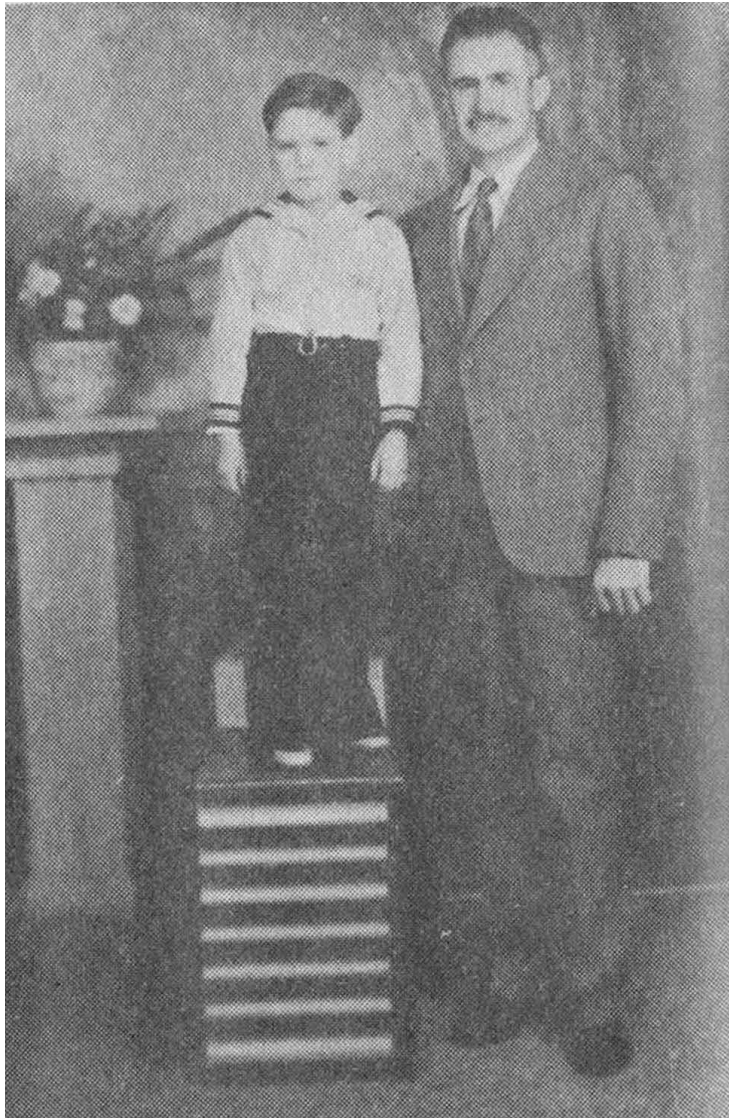
“He tenido conocimiento de que la División del Norte ha emprendido su avance al sur de Aguascalientes. Es el momento en que usted, con hechos, pueda probar a la Nación que es un patriota. Si usted se retira de manera absoluta, ausentándose temporalmente del país, no se disparará un solo cartucho, y el señor Carranza entregará el poder al ser ratificado o rectificado el nombramiento de Presidente en esta capital, el día 20. No será sacrificio para usted salvar al país de una nueva lucha, y esto lo colocaría entre los grandes hombres, que tanto escasean en nuestro desventurado país. Si usted se obstina en que la lucha se incendie, recibirá la maldición de la Patria, y de nada le servirán las glorias que ha conquistado ni las continuas protestas de patriotismo que a cada momento repite. Ruégole consultar solo con su conciencia, sin que nadie intervenga, y estoy seguro que se ahorrará mucha sangre. Lo saludo. General Álvaro Obregón.”

Telegrama a Eulalio Gutiérrez:

“México, noviembre 11 de 1914.
Señor general Eulalio Gutiérrez.
Aguascalientes.

“Si separa usted a Villa como jefe del Cuerpo de Ejército de Operaciones de la Convención, estaré a sus órdenes con todos mis elementos; pero si usted insiste en que Villa no debe separarse, seré el primero en batirlo con todas mis energías, pues no seré yo quien abandone al señor Carranza para apoyar a un hombre como Villa. Lo saludo afectuosamente. General Álvaro Obregón.”

Por su parte el general Pablo González, Jefe de la División del Noreste telegrafía a la Convención:



Melitón Losoya con uno de sus pequeños hijos.

"Convención Militar de Aguascalientes:

"Cumple a nuestro deber excitar el patriotismo de esa Convención, para que inmediatamente elimine de una manera efectiva al general Villa, de toda injerencia política y militar. Nosotros estamos con la Convención, y por eso queremos que se cumpla honradamente con los acuerdos de ella.

"Debe retirarse el general Villa de una manera absoluta, y en los mismos términos debe retirarse a la vez, el general Venustiano Carranza.

"Que la Convención, para conseguir ese resultado salvador, labore cerca del general Villa, en tanto que nosotros influimos en el ánimo del general Venustiano Carranza.

"Un esfuerzo más y seguiremos teniendo Patria.

"Respetuosamente, el general de división, Pablo González; el general de brigada, Lucio Blanco; el general de brigada, Antonio I. Villareal; generales brigadieres Eduardo Hay, Francisco de P. Mariel, Andrés Saucedo, Pablo A. de la Garza, Abelardo Menchaca."

Mensaje al señor Carranza:

"General Venustiano Carranza.

Córdoba, Veracruz.

"En vista de las angustiosas circunstancias porque en estos momentos atraviesa el país, de las cuales tenemos perfecto conocimiento, y en previsión de que las mismas se agraven, consideramos de imperiosa necesidad patriótica el que usted se separe, desde luego, de los puestos que desempeña.

"Al mismo tiempo nos dirigimos a la Convención y al general Eulalio Gutiérrez, demandándoles que obliguen al general Villa se retire por completo de los asuntos políticos y militares del país. Nos es satisfactorio participar a usted que, en caso de que por algún motivo

sea desatendida nuestra demanda de que se retire de hecho y absolutamente el general Villa, nos comprometemos, los que abajo firmamos, a batir a éste hasta reducirlo al orden, y confiamos en que usted, por ningún motivo, pospondrá a sus pasiones personales los altos intereses de la Patria. (Mismas firmas que el anterior.)"

Otro mensaje a Eulalio Gutiérrez:

"General Eulalio Gutiérrez.

Aguascalientes. Noviembre 14 de 1914.

"Le transcribimos los telegramas que hemos dirigido a la Convención y al general Venustiano Carranza. Invitamos a usted para que se una a nosotros en el esfuerzo patriótico que estamos haciendo. A pesar de que se asegura que el general Villa ha abandonado el mando de sus fuerzas, hay muchos que se resisten a creerlo, debido a que aquel continúa en Aguascalientes, en el mismo lugar en que están sus fuerzas. Además, el 7 apareció un despacho de la Prensa Asociada que lo suscribía el general Villa, como jefe de la División del Norte. Para que nosotros sostengamos con toda conciencia los acuerdos de esa Convención, es preciso que se cumpla de verdad con uno de los principales de esos acuerdos: el cese del general Villa.

"Trabaje porque esa determinación sea un hecho, a la vez que nosotros trabajaremos porque, en la misma forma, cese el general Carranza.

"De usted depende que se aclare este asunto. Confiera una comisión al general Villa fuera de México, y si obedece a usted, como debe obedecerlo, nosotros nos obligamos a que el general Carranza se retire del país, pues creemos están ya satisfechas las condiciones que dicho señor Carranza puso para su retiro." (Mismas firmas que los anteriores y además: tenientes coroneles, Julio Madero, Marciano González, Manuel García Vigil, Alfredo Rodríguez, Federico Silva, Tomás Marmolejo, mayor Alfredo Jaime Vera, A. Betanzo, Clemente Osuna).

Fracasados todos los intentos en pro de la paz, hechos por diversos jefes, según queda explicado, la cabeza del Constitucionalismo se traslada a Veracruz.

ZAPATA Y VILLA

Es entonces cuando estos dos "caudillos" se apoderan de la Nación; ocupan la capital y entre ellos hay una voluntaria alianza y canje de víctimas: Villa entrega a Zapata al general García Aragón, ex miembro de la Convención a quien Zapata da muerte y Zapata entrega a Villa a don Paulino Martínez, periodista, a quien Villa asesina.

Villa establece su cuartel en su tren en la estación de Tacuba, a donde son llevados por la noche indefensos civiles de todas las clases sociales, que son asesinados al lado del tren, unos por órdenes del propio Villa, otros por las de sus subalternos; las víctimas son despojadas de anillos, fistoles, relojes, todo lo que llevan de valor y diariamente se reparten el botín la gente de Villa en la estación de Tacuba. Las órdenes del presidente Gutiérrez no eran acatadas en lo absoluto y de hecho el Presidente era prisionero de Villa en Palacio Nacional. Los días que pasó la capital fueron de una angustia terrible, los grupos zapatistas y villistas tenían encuentros a balazos a cualquier hora del día o de la noche en las afueras de la ciudad y aún en céntricos restaurantes; atropellos de toda clase eran cometidos y las familias horrorizadas se encerraban en sus casas evitando en todo lo posible andar por las calles; jefes y subalternos gozaban de la mayor impunidad para cometer toda clase de abusos.

El General en Jefe, Francisco Villa, una noche, después de cenar en el Hotel Imperial ordenó al mesero que condujera a su mesa a la joven cajera, una señora francesa esposa del propietario del hotel. El mesero indicó a Villa que dicha dama era la esposa del patrón... "Dile que le habla el general Villa..." Enterada la señora abandonó su puesto en la caja y se dirigió a sus habitaciones en la planta alta del edificio tratando de ponerse a salvo... Indignado Villa a grandes

zancadas llegó hasta la habitación de la señora y pistola en mano tomó por un brazo a la indefensa mujer y ayudado de sus hombres, arrastrándola fue llevada fuera del edificio y metida en el automóvil de Villa que emprendió su marcha hasta el tren de éste en Tacuba.

La Convención, trasladada de Aguascalientes a la capital, sesionaba aún y era secretario el joven profesor David Berlanga, culto coahuilense que unía una fácil y fogosa oratoria a un valor civil a todo prueba que lo llevaba a exponer con toda entereza su pensamiento. El joven Berlanga después de recibido de maestro prestó su servicios a la escuela "Horacio Mann", distinguiéndose por su carácter, talento y energía. Comisionado por la Secretaría de Educación Pública fue a Europa a estudiar "psicología aplicada", asistió a estos cursos a la Universidad de Berlín, después en Leipzig, donde fue discípulo de Wundt; más tarde a la de Strasburg. Después a Francia a la Sorbona concurrendo al laboratorio experimental de psicología que dirigía Dinet. Fue esto precisamente en 1910 cuando estalló la Revolución Mexicana en la que se da de alta por lo que regresa de Europa.

Es secretario de la Convención cuando se entera del secuestro de la dama francesa cometido por Villa, y en la sesión de la siguiente tarde, en la tribuna, ante el estupor de la Asamblea, delata el hecho y termina diciendo: "Villa ha sido y seguirá siendo un bandido".

Con sus palabras queda de hecho firmada su sentencia de muerte. Horas después, cuando en compañía de varios amigos se sentaba alrededor de una mesa en el restaurante "Sylvain", situado entonces en la avenida 16 de Septiembre, fue aprehendido por uno de los "puntales" de Villa, el más apreciado de éste, el sanguinario Rodolfo Fierro. Entre los acompañantes de Berlanga estaba el coronel Prieto quien se oponía a aquella aprehensión por considerarla un atropello, puesto que se estaba violando el fuero de un Delegado. Pero Fierro no iba más que a cumplir las órdenes de Villa. El coronel Berlanga fue llevado al panteón de Dolores, donde fue fusilado.

Este asesinato y las protestas presentadas ante el gobierno de Gutiérrez por el Cuerpo Diplomático que constituyó una

verdadera tormenta, por el secuestro de la dama francesa, precipitó el rompimiento definitivo entre el Presidente Provisional y Villa.

El 27 de diciembre, Villa, con Urbina, Rodolfo Fierro y otros, sitian con 2 000 hombres de caballería la casa del presidente Gutiérrez y llegan hasta él pistola en mano, insultándolo y echándole en cara no haber matado a algunos miembros de la Convención.

El 16 de enero de 1915, salió el general Eulalio Gutiérrez de la capital rumbo a San Luis Potosí acompañado de algunos de sus ministros como Eugenio Aguirre Benavides y Lucio Blanco. Los restos de la llamada Convención, que para esas fechas era abiertamente villista nombraron entonces Presidente Provisional de la República al señor Roque González Garza, que en la Convención había sido representante de Villa.

Antes, el 6 de diciembre de 1914 habían desfilado por las principales avenidas de la capital (San Francisco, hoy Madero, etcétera), las deslumbrantes caballerías de la División del Norte, intencional y deliberadamente perfectamente presentadas por disposición de Felipe Ángeles; atónitos contemplaron los residentes de la capital el desfile de 10 mil dragones perfectamente trajeados, yendo a la cabeza de las caballerías Francisco Villa, Emiliano Zapata y Felipe Ángeles; siguiendo a las caballerías desfilaron 40 mil infantes. El recorrido de este ejército, jamás visto en la capital, duró de las 9 de la mañana a las 4 de la tarde. Al llegar frente a Palacio Nacional Villa y Zapata subieron al balcón central; días antes Villa había aparentado dejar el mando de sus fuerzas y había acompañado a Palacio al presidente Gutiérrez y a su Ministro de Guerra, general José Isabel Robles.

Mientras tanto, el señor Carranza permanecía en Veracruz de donde expidió nombramiento de comandante en jefe del Ejército Constitucionalista al general Obregón, quien después de ocupar Puebla se incorporó a la capital que había sido totalmente evacuada, habiendo salido a Cuernavaca los restos de la llamada Convención.

La Ciudad de México atravesó entonces por una situación de hambre de enormes proporciones, porque al verse asediada

diariamente por fuertes contingentes armados que llegaban a sumar hasta 20 mil hombres, la entrada de víveres se hacía sumamente difícil y los que habían dentro fueron escondidos por los acaparadores, quienes con las clases de sobra conocidas por opresoras a través de la Historia de México, hostilizaron tremendamente las disposiciones del general Obregón para solucionar aquella situación que pesaba especialmente sobre las clases desheredadas de la población.

Estas hostilidades se debían principalmente a la bien fundada duda que se tenía de que las fuerzas del general Obregón pudieran resistir los ataques de las fuerzas de Villa y Zapata, puesto que grabada estaba en la memoria de los capitalinos la potencia demostrada en el Magno Desfile que de 10 mil infantes y 10 mil dragones habían presenciado en diciembre de 1914.

APUESTAS Y AUGURIOS

Efectivamente, de los pronósticos que por todos lados se hacían del encuentro que se veía venir entre las fuerzas de Obregón y las de Villa, todo mundo esperaba, auguraba, que resultarían victoriosas las villistas. En la frontera de Texas las facciones derrotadas, siempre rencorosas, sonreían maliciosas al enterarse de la potencia del villismo y cerraban apuestas a favor de Villa. El mismo general Obregón debe haber temido mucho por su triunfo al salir de la capital, con audacia inaudita, a buscar a Villa en El Bajío; en su viaje a Chihuahua había visto las existencias de parque que tan sólo en "reserva" tenía Villa; había visto también sus caballerías, su artillería... ¡Ah!, pero había también observado de cerca al envanecido jefe de la División del Norte; se percató de su ignorancia, de su impulsivismo y cuando en Celaya se enteró de que Villa personalmente dirigía el combate, así lo informó al Primer Jefe, añadiendo: "...afortunadamente..." Años después comentando con Obregón su victoria sobre Villa, decía: "Sucedió que la bestia vino y se ensartó en el estoque sin que el torero se moviera..."

SALIDA AL NORTE

El general Obregón, atendiendo órdenes del señor Carranza se dispuso salir al norte y tratar de tener un combate formal con las fuerzas villistas. La Ciudad de México estaba defendida por 9 mil hombres de las tres armas, y aunque el entusiasmo que se despertó hacia los constitucionalistas era muy grande, el general Obregón carecía de armamento para poder aceptar los servicios de gran número de voluntarios; contaba además con 13 cañones y con 1 800 hombres de caballería en Pachuca, al mando del general Maycotte; aumentadas las infanterías del general Obregón con 4 mil hombres que lograron equipar con armas que venciendo incontables dificultades remitía el Primer Jefe desde Veracruz.

El día 10 de marzo de 1915, quedó evacuada la Ciudad de México y, venciendo también las dificultades ocasionadas por las lluvias torrenciales que prematuramente se presentaron y que dejaron las vías férreas casi inservibles para el paso de los trenes, sobre todo para las máquinas de gran potencia, por lo que los trenes frecuentemente descarrilaban, el ejército constitucionalista lograba recuperar pequeñas plazas, aunque aisladas, por lo cual su situación era terriblemente comprometida, porque no podían combinar movimientos y auxiliarse oportunamente, en tanto que los villistas, con el dominio total en el norte, tenían las fronteras a su alcance y fácil la movilización al punto en que necesitaran refuerzos. El 1º de abril, en la mañana, el general Obregón ocupó Querétaro.

PRIMERA CELAYA

El día 7 de abril se combate ferozmente en esta plaza. Las fuerzas constitucionalistas tienen que abandonar constantemente sus posiciones para ir en busca de municiones. Como a las 9 de la mañana, el general Obregón se dirige con su Estado Mayor a la línea de fuego; se da cuenta, de que parte de ella ha sido abandonada y con la premura que el caso requiere en

momentos tan desesperantes ordena a sus oficiales proveer a los soldados de parque que se les ha agotado totalmente por haber tenido que resistir el ataque toda la noche y toda la mañana de ese día 7. Ordena asimismo que soldados de otros batallones llenen la línea de fuego y él personalmente distribuye a los defensores. Toma un trompeta, un niño de 10 años, Jesús Martínez, le ordena tocar diana y esto hace que las fuerzas villistas contengan su avance, creyendo que la disminución del fuego obedezca a un plan estratégico para hacerlos acercarse. La vacilación en este ataque por parte de los villistas, la llegada de refuerzos y el parque pedido, así como las cargas de caballería que inmediatamente fueron ordenadas sobre los flancos, ponen en desbandada a los villistas que en esa ocasión lograron salvar su artillería debido a que el terreno en que estaba reconcentrada y por donde se efectuó la persecución hasta las 6 de la tarde, en una distancia de 15 kilómetros, estaba cruzado por infinidad de acequias que impidieron fuera capturada.

El campo quedó totalmente cubierto de cadáveres cuya cuenta ascendió a 1 800; aproximadamente 500 prisioneros. Los villistas utilizaron cinco trenes para transportar sus heridos rumbo al norte por lo que se calculan estos en número de 3 000. Desde la noche del día 6 las cargas de caballería fueron en tan crecido número, que el campo quedó también cubierto de caballos muertos, los cuales impedían el paso de las últimas cargas que resistieron las infanterías constitucionalistas el día 7 en la mañana.

SEGUNDA CELAYA

Pasada una semana de la primera derrota en Celaya, Villa anunció al general Obregón su segundo ataque a la misma plaza y como primera providencia, creyendo quizás atemorizar a su enemigo, le dirige una nota que dice así:

“Este cuartel general de mi cargo, deseando poner a salvo las vidas e intereses de los no combatientes, e ins-

pirándose en el sentimiento de humanitarismo que debe existir en todo ser humano, invita a usted a que salga a combatir con nuestras fuerzas fuera de la ciudad de Celaya, pudiendo usted elegir el sitio del combate, pues nosotros lo atacaremos en donde usted se encuentre, y al hacerle esta invitación no tiene más objeto, ni más mira que la antes indicada; pero si usted, desoyendo nuestras indicaciones, pretende hacerse fuerte en la plaza de Celaya, supongo que estará a la altura de las circunstancias y sabrá poner a las familias en lugar seguro y a salvo de los proyectiles del Ejército del Pueblo, y de sesenta bocas de fuego que harán llover lumbre y sembrarán la ruina y la desolación en sus trincheras. Al dirigir a usted esta nota, creo haber cumplido con mi deber, como hombre y como mexicano, y hoy mismo me he dirigido a los representantes y cónsules extranjeros, haciéndoselos saber así, para evitarme toda responsabilidad en el asalto general que emprenderé sobre esa ciudad de Celaya, dentro de tres días, en caso de que usted se haga fuerte en ella. Lo que comunico a usted, para su conocimiento y fines consiguientes. 'Constitución y Reformas. Cuartel general en Salamanca, abril 9 de 1915. El general, jefe de operaciones, Francisco Villa.'

Los representantes y cónsules extranjeros que mencionó Villa en la nota anterior, también se dirigen al general Obregón en una nota que envían con un individuo procedente de Cortázar, Guanajuato, nota concebida más o menos en los mismos términos que la de Villa en lo relacionado a "poner a salvo a los no combatientes, y en los sentimientos de humanitarismo, etcétera". La firman G. Brunel, cónsul de Francia; Wm. Hislop, agente consular de la Gran Bretaña; E. Langenscheidt, vicecónsul alemán; John B. Clonn, agente consular americano.

Como se ve, Villa trata de congraciarse con los representantes de países extranjeros y en estos a la vez se nota la impresión que tienen de que será Villa quien triunfe... (El desfile de 40 mil infantes perfectamente armados, impecable

mente vestidos y los 10 mil jinetes montando grandes, hermosos caballos, desfile efectuado en diciembre, ante el asombro de la Ciudad de México, ha hecho el impacto que de él se esperaba...) y todo mundo duda mucho del triunfo del general Obregón de cuya tropa se opinaba que: "les ganarían a correr" (porque era lo que auguraban aquellos soldaditos mal presentados y peor montados).

El general Obregón contesta a los cónsules:

"Enterado de la nota de ustedes, en la que se sirven suplicarme que, en caso de un combate en la población, permita a los no combatientes ponerse fuera del alcance de los proyectiles del enemigo; permítome manifestarles que considero innecesaria la intervención de extranjeros para que nosotros, los mexicanos, cumplamos con nuestros deberes. En cuanto a la nota de Villa, creo que sólo es una disculpa tardía, que pretende dar para ocultar la vergonzosa derrota que le infligieron nuestras tropas; en cuanto al lugar para librar la batalla, es él quien debe elegirlo, puesto que nosotros avanzamos en su persecución. Respecto a los sentimientos humanitarios que últimamente se han despertado en Francisco Villa, me parecen muy poco sinceros: el que asesinó a Benton y a Bauch, y sacó arrastrando a una dama francesa del Hotel Imperial en México, no puede abrigar ningún sentimiento noble; y, por último, no creo que Villa se atreva siquiera a venir a atacar a un Ejército que acaba de infligirle una derrota, haciéndole más de tres mil muertos y gran número de heridos, muchos de los cuales dejó abandonados, y hubieran perecido en el campo, a no ser por los auxilios prestados a ellos en nuestro servicio sanitario... Cuartel general en Celaya, Guanajuato, a 11 de abril de 1915. General en jefe Álvaro Obregón. A los señores cónsules de Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos."

A la población civil de la ciudad de Celaya se le hizo saber que a pesar de no tener tropas en la ciudad, cosa que Villa

sabía, había el peligro de que tal como lo había éste anunciado, la población fuese bombardeada, pues era de sobra conocido el impulsivismo de Villa, por lo que se les dieron facilidades a los no combatientes para que abandonaran la ciudad.

El día 13 principió el combate, orden que fue dada por el general Obregón, mediante un cañonazo que ordenó disparar a las 4 de la tarde. Antes había hecho circular entre sus tropas una excitativa, que entre otras cosas decía:

“El próximo combate será probablemente el último que pueda resistir la reacción encabezada por Francisco Villa, a quien se consideraba invencible con sus hordas de valentones de cantina; para presentar este nuevo combate el bandolero Villa reunirá todos los elementos de que puede disponer, y de un solo golpe, podremos acabar con esas chusmas de inconscientes, que pretenden llevar al país a la más ignominiosa de las tiranías. Ustedes, que no han sido vencidos en ninguna parte de la República, y que la han recorrido de uno a otro extremo, espero que esta vez sabrán dar el golpe de gracia a la traición, acabando con ella, para que puedan volver a sus hogares llevando en el alma la satisfacción inmensa de haber fundado los cimientos de una Patria libre. El general en jefe, Álvaro Obregón.”

Efectivamente, Villa tenía reconcentrados en Irapuato 30 000 hombres, pues hizo sacar todas las guarniciones de las diversas plazas que tenía dominadas en el Norte y asimismo reconcentró 36 cañones perfectamente equipados, cañones de grueso calibre. Con este poderío aseguraba dar el golpe definitivo al Constitucionalismo.

El general Obregón al salir de Querétaro llevaba 6 mil jinetes y 5 mil de infantería, 13 cañones y 86 ametralladoras.

En Celaya, en el segundo combate se peleó los días 13, 14 y 15. En la tarde del día 15 la desbandada de los villistas era total, perseguidos por los 6 mil de caballería que por órdenes del general Obregón estuvieron en completo descanso al cuidado del general Cesáreo Castro, escondidos entre unas arboledas que hay entre Celaya y Apaseo. Las infanterías disemi-

nadas inteligentemente entre los trigales, tomaron por asalto las posiciones de los villistas batiéndose denodadamente. La persecución hecha por las caballerías terminó hasta las 6 de la tarde, dirigida por el general Maycotte, quien no pudo obstruir la vía del ferrocarril porque se lo impidieron las diversas acequias que cruzan esa región, pero por ambos flancos atacó los trenes villistas, haciendo numerosos estragos entre la tropa que iba en los techos de los carros y en los estribos.

El número de villistas muertos fue de 4 mil; el número de heridos se calculó en 5 mil que en trenes fueron trasladados a ciudades norteñas; se hicieron más o menos 6 mil prisioneros; se recogió un botín de 1 000 caballos ensillados, 32 cañones de grueso calibre en perfecto estado con cofres y granadas; 5 000 armas, telémetros e infinidad de objetos valiosos.

Para dirigir este combate Francisco Villa se colocó a buen recaudo, desde la hacienda de Trojes estuvo dando sus órdenes de “cargar y cargar”. Las primeras cargas de caballería eran barridas por la fusilería de las infanterías obregonistas que metidas en sus loberas marcaban la victoria... Pero desde Trojes se repetían las órdenes “caballunas”... más y más cargas... ¡hasta reventar los cinchos!... allá está el General en Jefe ordenando... ¡Jamás en la cruel historia de México habían alfombrado los campos tal número de cadáveres de seres humanos... y de caballos... los primeros caballos muertos imposibilitaron el paso a las cargas posteriores... Estupefacto contempló el general Obregón el ímpetu de aquellas cargas de caballería que él mismo declara nunca antes había visto... Jinetes y bestias sin vida cubrieron los campos de Celaya, Silao, León, Trinidad, Nápoles, El Resplandor. La Laja, etcétera... y luego, ante la amenaza de pestes y epidemias, con premura, en medio de aquella “desolada victoria” no hay tiempo para dar sepultura a tal número de muertos y hay que incinerarlos... y las llanuras se pueblan de centenares de pirámides en llamas formadas por miles y miles de despojos... Los heridos también suman millares, algunos son abandonados en el campo de combate, pero los más son embarcados en trenes rumbo al Norte, los mismos “puntales” del General en

Jefe, sus más desalmados asesinos, salen con el cuerpo atravesado por buen número de balas... Sólo Francisco Villa sale ileso, sin sufrir ni un rasguño, sin el menor daño sale de aquellas tormentas de fusilería, de aquellas tempestades de matanza que, a quien observó sus preliminares le dieron la creencia de que sería el momento final de la Patria. Y se hicieron realidad las palabras que Obregón le había dicho a Villa, en Chihuahua, el día 16 de septiembre de 1914, al desfilar las caballerías con el preconcebido objeto de impresionar el ánimo de Obregón: en el salón de Palacio de Gobierno de Chihuahua, atrás del balcón desde donde contemplaron el desfile, se había colocado una mesa con refrescos, pasteles, etcétera; en fin, algo de obsequio en día tan señalado. Al terminar el desfile, Villa le repetía a Obregón:

—Ya ves, compañerito... mis caballerías... Quién me las detiene... aj... aj... Mira, compañerito, qué caballerías... Quién puede con ellas...

Obregón guardó silencio muchos instantes, pero a tanto repetir y repetir Villa las mismas frases, contestó:

—¡Nada más mis infanterías, general...!

Palabras que ocasionaron en Villa una alteración tal, que subiendo el tono de la voz y pronunciando palabras gruesas y dando tan fuerte, puñetazos sobre la mesa, refrescos y adornos, todo cuanto había allí se vino abajo.

Toda esta correría del villismo se debió a que no hubo quien detuviera en su huida al General en Jefe, porque en este largo trayecto de derrotas ininterrumpidas, tuvieron los bandoleros, que eran en número abrumador, incontables oportunidades para haber derrotado a las fuerzas del general Obregón, principalmente al colocarse éstas en la "Barranca de Calvillo", la posición para los constitucionalistas fue peligrosísima; pero el General en Jefe huía y allí no hubo, como había habido antes contra el huertismo en Ojinaga y en Tierra Blanca, quien obligara al generalísimo a detenerse, quien lo obligara a volver a atacar, con lo que la División del Norte antes había logrado sonados triunfos que después Villa creyó que eran propios: la huida principió en Celaya y terminó

cuando el jefe se internó en la sierra chihuahuense, de donde salía únicamente para asaltar pequeños poblados desprevenidos.

El grueso contingente de indios yaquis con que contó Obregón fueron tal vez la parte fuerte para el logro de estas asombrosas victorias; los yaquis sembraron el pánico entre los villistas. Supervivientes de aquellas batallas aún platican el terror que les causaba escuchar, aun de lejos, el acompasado sonar de los tambores y el ruido también acompasado del "trotecito" de estos indios guerreros; esos sonidos, dicen, eran tan penetrantes que perduraban dentro de los oídos de los villistas en derrota, aun cuando ya se hubiesen apagado. Y la persecución que llevaban a efectos los yaquis era continua... implacable...

Fue en el mismo septiembre cuando desde Hidalgo del Parral, Maclovio Herrera, en uno de sus muchos telegramas dirigidos a Villa, convenciéndose de que nada ni nadie impediría que éste se lanzara sobre la Nación y la envolviera en nueva ola de sangre, le había dicho: "recuerde que pronto va usted a ser derrotado, porque si no es hombre menos es «militar»..." Con esa misma convicción, con ese ánimo, con el optimismo característico de su buen espíritu, Maclovio Herrera había llegado a Veracruz y se había puesto a las órdenes del Primer Jefe. Le acompañaban 50 hombres, el resto de la brigada Juárez había quedado en Mazatlán a las órdenes del general Luis Herrera quien se incorporó en enero de 1915 a las fuerzas del general Iturbe, como ya queda dicho en páginas anteriores...

Terrible, activa, efectiva, había sido la tremenda propaganda hecha alrededor del villismo, propaganda dirigida por los que querían utilizar al Jefe en su propio beneficio y que lograron cincelar en la mente de las mayorías la convicción de la invencibilidad del villismo; afianzaban esa creencia las solapadas maniobras producidas por la mente de Felipe Angeles, la fuerza que la adhesión de los elementos militares y civiles del porfirismo y del huertismo proporcionaron al villismo, y el deslumbrante desfile militar que la ciudad de México había presenciado, atónita, el día 6 de diciembre de 1914,

exposición patente de aquella fuerza material, desfile inolvidable para la población civil de la capital de México, diez mil jinetes y 40 mil infantes, a cuya cabeza iba Francisco Villa... todo hacía que la leyenda de su invencibilidad arraigara en las más apartadas regiones del país, regiones casi sin vías de comunicación... Por eso, cuando se oyó decir, muy débilmente en el otro confín de la nación, que allá en Hidalgo del Parral, pequeño pueblito aislado al sur del estado de Chihuahua, sólo uno de los jefes de la División del Norte no seguía a Villa en su traición, y se supo que ese jefe era Maclovio Herrera, el asombro paralizó la mente de muchos observadores. El mismo señor Carranza escuchó estupefacto el retrato auténtico de Villa, que hacía verbalmente el general Herrera y la exposición de las razones por las que éste anticipaba que muy pronto se tendría en la mano el triunfo definitivo del Constitucionalismo.

Don Venustiano Carranza en Veracruz, salió a recibir al muelle al general Herrera, después de saludarlo lo tomó del brazo y lo condujo a Faros en donde conversaron a solas largamente. La sorpresa era enorme: un jefe con 50 hombres llegaba a Veracruz, por toda la costa del Pacífico desde Chihuahua. Sólo un jefe se separaba de aquel ejército que cada día aumentaba su poderío con la adición de jefes, oficiales y tropa que momento a momento defecionaban y se unían a los que presagiaban el triunfo... con Villa iban al triunfo... el villismo dominaba la nación... los periódicos fronterizos norteamericanos le habían dado el calificativo de "Genio de la Guerra"... (de Napoleón-Bandido) al jefe de la División del Norte... La propaganda había enraizado en la mente de las mayorías... siguiendo a Villa en aquel movimiento sin bandera ni motivo, iban a triunfar... ¡así lo esperaban todos...!

"EL DICTAMEN", PERIÓDICO DE VERACRUZ

A continuación se transcribe parte de las informaciones que en esos días daba la prensa local de Veracruz: El Dicta-

men". Por ellas se comprende que la única esperanza que tenía el Constitucionalismo en el norte del país eran: los hermanos generales Luis y Maclovio Herrera en la pequeña y aislada ciudad de Hidalgo del Parral, Chihuahua, y en Sonora, el general Ramón F. Iturbe.

"El Dictamen", 26 de noviembre de 1914

"Los generales legalistas Herrera e Iturbe inician la campaña. Por noticias que hemos recogido en fuentes oficiales, podemos asegurar "que el general Maclovio Herrera, después de un brillante ataque, tomó Ciudad Guerrero, Chihuahua, desalojando de ella a la guarnición villista. El general Ramón F. Iturbe tomó la estación de Cruz de Piedra, cercana a Guaymas, en el Estado de Sonora, y marcha a atacar a las fuerzas mayteronistas".

"El Dictamen", 1º de diciembre de 1914

"Serán reforzadas las tropas del general Maclovio Herrera. Nuevo Laredo, noviembre 28. Se han recibido noticias de El Paso, Texas, comunicando que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo, C. Venustiano Carranza, ha dictado órdenes a fin de que de Sinaloa le sea enviado un respetable refuerzo de tres mil hombres, así como armas, municiones y dinero en efectivo, al señor general Maclovio Herrera, quien como se sabe se encuentra operando en el sur del Estado de Chihuahua.

"Se tiene conocimiento de que el general Herrera sólo esperaba la llegada de dicho refuerzo para inmediatamente disponerse al ataque de varias poblaciones del Estado de Chihuahua, actualmente dominadas por las fuerzas villistas. En estos momentos el número de hombres con que cuenta dicho general es de cerca de ocho mil, los cuales se encuentran perfectamente municionados y equipados. En la presente semana ha combatido varias partidas de villistas, logrando que muchos de ellos pasen a incorporarse a sus filas."

"El Dictamen", 1º de diciembre de 1914

"Se dice que el general Herrera se dirige a Ciudad Juárez. Laredo, Texas, noviembre 26. Procedente de El Paso, Texas, se ha recibido un mensaje anunciando que el general Maclovio Herrera, que hasta hace poco tenía el grueso de sus tropas en Mesa de Sandía, libró ayer las órdenes conducentes para la movilización de dichas tropas hacia el norte a fin de atacar Ciudad Juárez..." (etcétera).

Solamente la situación tremendamente angustiosa de aquellos momentos, podía sugerir la publicación de noticias tan erróneas... La brigada Juárez apenas si contaba con mil hombres y de la lealtad de gran número de ellos dudaban mucho los jefes, hermanos Herrera... avanzar hacia el Norte de Chihuahua era completamente imposible, no tuvieron otra salida que la Sierra Madre Occidental, rumbo a Sinaloa, sólo para "limpiar su gente" atacaron Parral, y, en efecto, la mayor parte "se volteó"... todo era villismo... todo era "bandidismo"...

"El Dictamen", diario de Veracruz, en su edición del 5 de diciembre de 1914, dice:

"Se encuentra en Veracruz el general Maclovio Herrera. Procedente del Norte, en donde ha estado desarrollando su campaña contra el villismo, con la pujanza en él característica y el éxito que ha seguido siempre en sus campañas, se encuentra en Veracruz el ameritado general Maclovio Herrera.

"Ayer abandonó el pullman en que está hospedado, para celebrar una conferencia con el Ministro de la Guerra, general Pesqueira. Hoy debe entrevistarse con el Primer Jefe, después de lo cual este distinguido jefe constitucionalista volverá al Norte, con el objeto de reanudar al frente de sus aguerridas tropas, su valiosa campaña contra la reacción. El general Herrera, cuya lealtad corre pareja con su valor y pericia militares, se sirvió

enviarnos el elocuente y enérgico artículo que acaba de escribir sobre la personalidad de Francisco Villa, que en esta misma edición publicamos. El mayor interés de esta publicación consiste en que el general Herrera estuvo en todas las jornadas de la División del Norte y conoce perfectamente bien tanto la obra de Villa como su conducta en el actual conflicto interior.

"Saludamos al patriota general Maclovio Herrera, deseándole una grata permanencia en Veracruz y que corone nuevamente el éxito su nueva lucha contra el espíritu reaccionario al frente del cual se ha puesto la División del Norte."

"El Dictamen", sábado 5 de diciembre de 1914

"Sabemos que se está organizando para hoy una manifestación popular en honor del general Maclovio Herrera, quien por su actitud frente a la deslealtad de la División del Norte, ha aumentado su crédito como revolucionario de ideales y de principios.

"El pueblo veracruzano corresponde con su actitud a la justa fama de que goza como liberal y patriota el general Herrera."

"El Dictamen", domingo 6 de diciembre de 1914

"La manifestación de ayer en honor del general Maclovio Herrera resultó muy lucida. Concurrieron a ella numerosos gremios obreros, etcétera. A las 5 de la tarde del día de ayer partió la manifestación desde el parque Ciriaco Vázquez, lugar donde se reunieron los distintos gremios y el pueblo entusiasta que no dejó un sólo instante de vitorear al héroe de Zacatecas, general Maclovio Herrera.

"Lo que más se admira en el general Herrera es su actitud tan digna y tan enérgica durante la Convención de Aguascalientes, durante el juego y la farsa política de la famosa Asamblea, el general Herrera dirige enérgico mensaje a los generales Domingo y Mariano Arrieta,

tan honrados como él, y declaran la guerra sin cuartel a Villa y sus traidores, colocándose aquellos al lado del Primer Jefe, enarbolando la bandera de la legalidad, pero debe considerarse que los generales Maclovio y Luis Herrera, como los hermanos Arrieta, asumían tan viril actitud en un medio completamente hostil, rodeados de enemigos poderosos porque contaban con mucho material de guerra... El Primer Jefe debe sentirse complacido al estrechar la mano del general Herrera, de ese hombre que no ha nacido en medio de las grandezas de la vida y que, por lo mismo, identificado con el dolor del pueblo oprimido, lucha sin tregua por su libertad."

"El Dictamen", Veracruz, domingo 6 de diciembre de 1914

"Fue un acontecimiento la Conferencia de ayer en el «Dehesa». A una cita del orador Jesús Urueta son aclamados los generales leales al Ejército Constitucionalista. Alvaro Obregón, Maclovio Herrera y Cesáreo Castro suben al escenario en medio de las ovaciones de la concurrencia. La conferencia del distinguido orador licenciado Jesús Urueta, que ayer tarde se verificó en el «Dehesa», por la fuerza de su trascendencia revolucionaria fue un verdadero acontecimiento que la prensa debe recoger y divulgar por todos los ámbitos de la nación. El conocido tribuno tuvo momentos de profunda inspiración y fue interrumpido con aplausos en su elocuente y sugestiva conferencia... etcétera... «Fiesta de la Patria», como la llamara el gran tribuno..."

"El Dictamen", Veracruz, martes 15 de diciembre de 1914

"Se despide el patriota y digno general Maclovio Herrera del pueblo veracruzano... Vamos al Norte seguros de que no seremos los únicos que tendremos que luchar resueltamente contra los nuevos enemigos de la Revolución; seguros de que en el Centro, en el Sur, en el Oeste y en este Heroico Estado, quedan hombres enérgicos, va-

lientes y patriotas resueltos como nosotros a probar a las hordas vandálicas de Francisco Villa, que no se vence lo mismo a los soldados mercenarios de Victoriano Huerta, que a los viriles defensores de la legalidad y de los derechos del Pueblo Mexicano. Maclovio Herrera."

(A continuación se transcribe el artículo mencionado en líneas anteriores).

"¿Quién es Francisco Villa...? El que le conoce, porque estuvo en todas las campañas del Norte, responde categóricamente.—El general Maclovio Herrera hace interesantes declaraciones a la nación.—Patriotismo simulado y ambición efectiva.—Rasgos que perfilan al hombre.

"Desde que Iturbide fue elevado al trono de México, en premio de su traición a España, postergando con la elevación del falso héroe de Iguala a los verdaderos héroes de la Independencia Nacional: Guerrero, Bravo y Guadalupe Victoria, el pueblo mexicano como todos los pueblos jóvenes, ha venido siendo presa de héroes oropescos, de fantoches ridículos surgidos en cada conmoción política, para aprovechar en su favor los esfuerzos y sacrificios de los hombres honrados, de los verdaderos patriotas que a última hora, a la hora del triunfo, quedan relegados a un segundo término por haber hecho labor honrada en vez de formar camarillas de ambiciosos que les hagan bombo y trabajen por su elevación.

"En cada una de las revoluciones que el pueblo mexicano ha tenido que sostener contra los enemigos de su libertad, se ha repetido este caso. Enfrente de cada hombre que ha luchado con temeridad y honradez a la cabeza de su partido por el triunfo de una causa, se ha levantado siempre un Judas, un ambicioso que pretende arrebatar la gloria del triunfo y posponerlo en el corazón de sus partidarios. Guerrero, Bravo y Victoria sostuvieron once años la guerra contra España, para que Iturbide, en un día y a costa de una traición, ganara para su cabeza una corona imperial. Juárez, después de sostener con tenacidad y heroísmo, sin ejemplo en nuestra historia, las fa-

mosas guerras de Reforma y de Intervención Francesa, tuvo que luchar a brazo partido contra alguno de sus propios partidarios, Porfirio Díaz, entre otros, que alegaban para justificar su insurrección, que el célebre Jefe del Partido Liberal no había hecho más que aprovechar las victorias de los otros, de los militares, puesto que a estos se debía el triunfo de la causa liberal, y no a Juárez que nunca empuñó el fusil. Madero, vencedor de Porfirio Díaz, por el peso de la opinión pública, inclinada toda a su favor, más que por el esfuerzo de sus partidarios armados, tuvo a Pascual Orozco, que no encontrando justificada la preeminencia de Madero, porque éste no tenía en su hoja de servicios ni una sola acción de armas, levantó la bandera de la contrarrevolución para tomar por la fuerza de las armas el puesto que la opinión pública le negaba.

"Tuvo también a Victoriano Huerta, el vencedor de Rellano y de Bachimba, que juzgándose único y merecedor del poder porque había hecho huir como gamos a las hordas infelices de Pascual Orozco, en los llanos de Chihuahua, no vaciló en llegar hasta la traición y el crimen para despojar de su elevada investidura al que había puesto en sus manos los mejores elementos con que contaba el país para la defensa de sus Instituciones.

"En los momentos actuales, Venustiano Carranza, reconocido y acatado como Jefe de la Revolución contra Huerta, por todos los Jefes Constitucionalistas de la República, con méritos indiscutibles y con derechos emanados de un Plan que fue aceptado por todos para ocupar la Presidencia y permanecer en ella el tiempo necesario para restablecer el orden y la Constitución, tiene enfrente, disputándole esos méritos y ese derecho, a un jefe que no tiene otros méritos que las victorias de sus fuerzas, ni otro derecho para disputarle el poder que el derecho de la fuerza.

"Es tiempo ya de que todos los hombres honrados de la República, hagamos un esfuerzo común para librarnos de estos héroes de cartón, derrumbándolos del pedestal

que el bombo de los aduladores ambiciosos les ha formado, por la exhibición de su personalidad en la prensa, tal cual es, y como pretende ser, y castigándolos tan severamente que el castigo forme época en la Historia Nacional y deje un ejemplo que sirva de freno a las ambiciones malsanas de los hombres. Un segundo Cerro de las Campanas acabará con los Napoleones de pacotilla. como acabó el primero con las pretensiones monárquicas de los reaccionarios.

"El que suscribe luchó al lado de Francisco Villa en todas las batallas que éste sostuvo contra los huertistas, desde la primera toma de Torreón hasta la de Zacatecas, y sabe bien a qué atenerse respecto a los méritos militares de este jefe. Sabe que consiguió apoderarse del mando del cuerpo del Ejército del Norte, por un golpe de audacia, al que no quisieron oponerse muchos jefes que ahora forman esta División, por no provocar una escisión en momentos tan difíciles para la Revolución Constitucionalista, a pesar de la repugnancia que a todos nos producía el ser mandados por un hombre de sus antecedentes. Sabe que las importantes victorias de la División del Norte sobre los ejércitos de Huerta, no se deben ni a su astucia, ni a su genio, ni a su valor, pues no es ni siquiera valiente, sino al empuje de sus jefes de Brigada, de la oficialidad y de los soldados, todos unidos con el propósito firme de vencer o morir. Vencimos siempre, porque ni los soldados ni los oficiales de Huerta tenían igual propósito; no porque el general Villa sea un genio militar.

"En la batalla de Tierra Blanca, Villa había iniciado ya la retirada, y fue debido a la resistencia que opuso la Brigada de mi mando al avance del enemigo, y a las reiteradas instancias del suscrito para que se diera una nueva carga, el que se convirtiera en una brillante victoria lo que ya era un desastre para la División del Norte. En Ojinaga y en Zacatecas, Villa se presentó en la última fase de los combates, sólo a recoger los lauros de la victoria, obtenida por el esfuerzo de sus soldados.

"Y si como militar vale menos, mucho menos de lo que pretenden sus paniaguados y de lo que él ha acabado de creer, como ciudadano, como hombre, vale menos que el último de sus soldados. Lamento sinceramente no haber estado presente en la Convención de Aguascalientes, para haberlo confundido y confundir con él a los jefes que lo han seguido con sumisión indigna de hombres que se estiman, en una aventura que va a costar a la República lágrimas de sangre.

"Allí le hubiera gritado con toda la fuerza de mis pulmones, para que lo oyera la Convención, para que lo oyera Aguascalientes, para que lo supiera la República entera: Francisco Villa, tu verdadero nombre no es éste que has tomado para cubrir una época vergonzosa de tu vida. Tu nombre es Doroteo Arango, inscrito ya varias veces en los registros de las prisiones de Chihuahua, por delitos que las leyes castigan con la horca; es bien conocido en las sierras de Chihuahua y Durango, que fueron durante muchos años el teatro de tus fechorías de ladrón de camino real y de asesino desalmado. La Revolución de 1910, que salvó a la República de la tiranía ominosa de Porfirio Díaz, te libró también a ti, por desgracia para nuestra patria, de tener el único fin que convenía a tu vida de latrocinios: el patíbulo. Pero ni la Revolución de 1910 ni la Revolución de 1913, purificaron tu espíritu, pues como revolucionario, robaste a Pascual Orozco una fuerte cantidad de dinero de los haberes de la fuerza, te rebelaste contra Madero en Ciudad Juárez, robaste descaradamente en Hidalgo del Parral, saqueaste a Ciudad Camargo, y como jefe de la División del Norte has seguido usando los mismos procedimientos a que estabas acostumbrado como jefe de bandoleros, es decir, has seguido robando, ahora en gran escala, asesinando despiadadamente, no a tus enemigos políticos, sino a tus enemigos personales y a los que tuvieron la desgraciada ocurrencia de perseguirte cuando eras Doroteo Arango; violando doncellas, burlándote de la ley y de la sociedad con matrimonios múltiples que te han dado más esposas que a

un sultán, y convirtiéndote, en fin, en un tirano soberbio de Chihuahua, peor mil veces que Terrazas y que cualquiera otro de los muchos que han pesado sobre nuestra desgraciada Patria.

"Esto y mucho más que haré público por medio de la prensa, en otra ocasión, hubiera dicho en la Convención para abatir la soberbia de Villa, sin que éste se hubiera atrevido a contradecirme, porque la verdad pesa como una plancha de plomo, y para sustraer de la influencia perniciosa de este jefe a mis compañeros de la División del Norte, tan enterados como yo de sus antecedentes, y tan convencidos como yo de que este hombre llevará a la Revolución a su completa ruina; pero faltos de valor, por desgracia, para seguir sus impulsos honrados, que no pueden haber sido otros que los que nos apartaron de él en Parral, al iniciar su avance al sur la División del Norte a fines de septiembre. Esto es, desnudo de los falsos oropeles con que lo han vestido aduladores ambiciosos que desean su encumbramiento para medrar a su sombra, el hombre que se ha puesto frente a Carranza, el luchador incansable y modesto que desde Coahuila hasta Sonora y desde Sonora hasta la capital de la República, llevó en alto la bandera de la Legalidad, sin desmayar un punto, predicando en todas partes, con la palabra y con el ejemplo, la constancia de la lucha sagrada contra la traición y el crimen de Huerta, el respeto a la ley, y procurando en todas partes refrenar y suavizar los procedimientos de la guerra. No cabe comparación entre las personalidades de Villa y Carranza. El primero fue y sigue siendo un bandido; el segundo fue y sigue siendo un hombre honrado. Los hombres honrados hacen los gobernadores honrados. Los hombres faltos de probidad hacen los gobernantes tiranos y rapaces. Villa, gobernante de México, convertiría a la República en un inmenso campo de rapiña. Gutiérrez o cualquiera otro elegido bajo la presión de Villa, sería el instrumento de las rapiñas de Villa y de los suyos o sería depuesto para llevar al poder a otro que se dejara manejar dócilmente.

"No hay que vacilar: si no queremos la ruina de la Revolución y de la patria, déjense ya de perseguir curas y monjas, Villa: he allí el enemigo.

"Invito en mi nombre y en el de mis compañeros de la Brigada Benito Juárez, que es a mis órdenes, únicos de la División del Norte que fuimos bastante honrados para oponernos a la ambición desenfrenada de Villa, a todos los jefes constitucionalistas de la República, al elemento civil, a todos los hombres honrados, en fin, que prefieran el bien de la patria al bienestar propio, a los hombres que no esperan medrar con el triunfo de la traición, a los que no tiemblan ante las amenazas bufas del Napoleón bandido, a que nos unamos como un solo hombre para luchar contra el único obstáculo para la paz y el bienestar de la República: Francisco Villa.

El general Maclovio Herrera.

Diciembre 6 de 1914, Veracruz, Ver."

MÁS TRAICIONES

El desastre de Ramos Arizpe, Coahuila, fue de una resonancia enorme y de consecuencias desastrosas por la desmoralización que causó entre la tropa y la oficialidad que aumentó enormemente la creencia que se tenía de que la potencia de Villa era incontrastable. El general Antonio I. Villarreal, jefe de las fuerzas que debían defender la plaza de Ramos Arizpe, que había oído sonar su nombre como "presidenciable" en la Convención de Aguascalientes, andaba, como suele decirse, moviéndose en "dos aguas"... a eso se debió su desvergonzada actitud en Ramos Arizpe, en donde ni siquiera bajó sus tropas de los trenes y de hecho las puso en anticipada derrota, procediendo inmediatamente después a dispersarlas en "guerrillas". En esos días habían llegado a la capital tres individuos enviados por Villa: Martín Luis Guzmán (a quien Félix Palavicini había dado el mote de "Rigoletto"), Carlos Domínguez y Luis Malváis, con la consigna de "conquistar" al general Lucio Blanco para el partido de Villa. El señor Carranza informado del caso ordenó las averiguaciones debidas que practicaron los señores Roberto Pesqueira y Alfonso Alatorre, este último jefe de policía. Teniendo las pruebas en la mano el señor Carranza ordenó la detención en la cárcel de dichos individuos y días después ordenó que fueran enviados fuera del país embarcándolos en el tren a Laredo; pero al llegar a Monterrey el general Antonio I. Villarreal los bajó y entrando por la zona villista pudieron volver a la Convención. Según se ha escrito en relatos en diversos periódicos, el general Pablo González a raíz del desastre de Ramos Arizpe, maltrató duramente a Villarreal diciéndole que debido a que era su fami-

liar no ordenaba su fusilamiento. Villarreal rápidamente procedió a salir a Estados Unidos, llegó a Matamoros, Tamaulipas y sin detenerse cruzó la línea divisoria escapándose apenas de que lo hiciera prisionero el general Navarrete que iba en su persecución. Las tropas de Villarreal quedaron tan desmoralizadas que se consideraron peligrosas para unir las a las del general Obregón al salir éste a batir a Villa.

En noviembre de 1914, el general Lucio Blanco traicionó definitivamente a la Primera Jefatura, habiendo estado mucho tiempo antes engañando hasta a sus jefes subalternos. Se unió a las llamadas fuerzas convencionistas y fue de los que acompañaron al presidente Eulalio Gutiérrez en su huida hacia San Luis Potosí.

El triunfo que creían tener asegurado al lado del villismo y la bandera de latrocinio que éste les aseguraba, era la principal causa del sinnúmero de defecciones que a diario se sucedían y que hacían al general Obregón no confiar en nadie.

Todo el país había sabido que en Chihuahua, en 1913, siendo Manuel Chao Gobernador del Estado, ordenó Villa su fusilamiento porque éste se negó a pagar un vale contra la Tesorería del Estado, visado por una "señora" a quien Chao no conocía. En realidad el disgusto era porque Villa temía que Chao le quitara el mando de la División del Norte, jefatura a la que Villa aspiró desde el primer momento de formada ésta, lo cual logró por todos los medios a su alcance. Esa mañana estaba en Chihuahua el señor Carranza, quien envió a su secretario, señor Alfredo Breceda a invitar a Chao a que pasara a tomar el desayuno con él. Llegó Breceda en el momento en que se estaba "juzgando" a Chao, quien al ver entrar al secretario de Don Venustiano, le dijo:

—¿Ya sabe la noticia? Mire, lo que dice el periódico de hoy...

Se acercó Breceda junto a Chao y éste, aparentando que leía en el periódico le dijo en voz casi imperceptible:

—Me van a fusilar en unos minutos más, avísele a Don Venustiano, aunque no creo que ya lo dejen a usted salir de aquí...

En el acto Breceda se retiró y como afuera estaba Felipe Ángeles, quien saludó de mano a "Brecedita" con aquel afecto

'característico' de Angeles, los demás soldados no opusieron resistencia a dejar salir al secretario; afuera estaba formada la gente del general Manzo y a éste de pasada y precipitadamente le dijo Breceda:

—No vayas a obedecer ninguna orden de Villa, voy corriendo a avisar al señor Carranza lo que sucede...

Don Venustiano intervino en el acto, mandó llamar a Villa a quien echó en cara su proceder y lo reconvino con dureza. Manuel Chao salvó su vida.

Meses después, en la Convención de Aguascalientes, estando el general Obregón hospedado en el hotel París, llegó Manuel Chao a hablar con él "confidencialmente". Hablaron largo rato de los problemas del momento y éste con energía manifestó a Obregón que ni él ni los generales Herrera iban a seguir a Villa en su traición, que porque éste no era más que un asesino, un hombre primitivo, sin freno, en fin: un felón...

Sabedor Obregón del frustrado asesinato de Chao en Chihuahua, creyó lo que allí le estaba diciendo el ex gobernador y le preguntó:

—Muy bien, general; qué le falta, dígame...

Se puso pensativo Chao, y luego dijo:

—Mire, general, tenemos gente, tenemos armamento, tenemos víveres... Sólo nos falta dinero...

—Ah, no se preocupe, general —contestó Obregón... y vaciando dos cajones grandes de cajeta de Celaya que en esa época se vendían conteniendo cuatro grandes paquetes de dicho producto, respondió:

—Mire, general, váyase a su hotel y yo al rato le mando regalar "estas cajetas de Celaya"...

Así lo hizo Obregón y al tener Chao en sus manos los cajones aquellos llenos de dinero, los tomó y fue a presentárselos a Villa diciéndole:

—Mire general, lo que me mandó Obregón tratando de que yo lo deje a usted...

¡Así se sucedían las traiciones en aquel momento de suprema angustia para la patria... así era la clase de "gente" con que se contaba... las defecciones... los "volteados" era

cosa de todos los días, el general Obregón tenía que desconfiar de muchos y era sin duda su mayor preocupación al salir de México rumbo al Bajío con aquellos sus hombres que en las "apuestas" se aseguraba que ganarían a los villistas "sólo a correr..."

¡Y considerar que a Manuel Chao sus mismos compañeros de armas le habían dado siempre cierta distinción porque le valorizaban su mediana cultura, ya que había sido maestro de escuela antes de estallar la Revolución...! Los hermanos Herrera, que por su rudimentaria cultura se consideraron a sí mismos siempre como soldados de la Revolución, únicamente, creían ser debidamente representados en muy especiales ocasiones en la persona de Manuel Chao. A raíz del frustrado fusilamiento antes relatado, varios jefes revolucionarios le proponían al señor Carranza aprehender y fusilar a Villa. entre ellos muy principalmente Eugenio Aguirre Benavides quien le decía al primer jefe:

—Sí, señor Carranza; autorícenos usted, yo aquí tengo toda mi Brigada Zaragoza... etcétera —pero don Venustiano se opuso diciendo:

—No, no hagamos eso... porque lo hacemos héroe.

MACLOVIO HERRERA EN NUEVO LAREDO

De Veracruz pasó por mar a Tampico el general Maclovio Herrera en el mes de diciembre de 1914, zona dominada por el general de división Pablo González, con la División del Nordeste, que tuvo como principal objetivo la defensa de El Ébano, que por su importancia en la zona petrolera, estuvo asediada durante 75 días por las fuerzas villistas al mando de Tomás Urbina, y defendida por el general Jacinto B. Treviño.

El general Herrera fue nombrado subjefe de la División del Bravo que capitaneaba el general Antonio I. Villarreal; pero después del conocido desastre de Ramos Arizpe, Coahuila, que se epilogó con la huída a Estados Unidos del general Antonio I. Villarreal, tomó Maclovio Herrera el mando de

las operaciones en el sector de Nuevo Laredo. El día 12 de abril de 1915, hizo resistencia al general villista Orestes Pereyra, con su gruesa columna, en su mayor parte de infantería, que avanzaba a paso de carga sobre el tren, procurando capturarlo, pues éste, a propósito y obedeciendo las órdenes que tenía, retrocedía paulatinamente. Como a las 9 de la mañana enfrentó las posiciones de Huizachito, siendo recibido primeramente por la caballería que en línea de tiradores comenzó el fuego sobre los infantes villistas y momentos después, las ametralladoras del frente constitucionalista comenzaron a hacer fuego mortífero sobre ellos. Intentaron los villistas abrirse en dos alas y avanzó su caballería a proteger a los infantes y la lucha que fue tremenda, se generalizó desde las 9 de la mañana a las 4 de la tarde, en que las fuerzas de Orestes Pereyra quedaron envueltas totalmente con resultados terribles, pues el botín recogido fue de 600 rifles, 12 000 cartuchos, 7 ametralladoras, 16 carros de transporte, 8 carretas y 400 caballos ensillados, quedando en el campo 300 muertos y 75 heridos que fueron atendidos en Nuevo Laredo, quedando aniquilada la columna villista que se replegó a Candela, donde al día siguiente recibió otra derrota por el mismo general Herrera, quien ese día recibió aviso de que el general villista Rosalío Hernández, que estaba en posesión de Piedras Negras y el norte de Coahuila, a marchas forzadas se dirigía con una gruesa columna de caballería, con objeto de atacar la plaza de Nuevo Laredo, razón por la que se regresó el general Herrera, sin continuar la persecución de Orestes Pereyra, en su base de operaciones.

Se transcribe a continuación un fragmento del parte rendido en Nuevo Laredo por el general Maclovio Herrera, con fecha 29 de marzo de 1915 al C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza:

"Aprovecho la salida para ese puerto del señor Francisco Treviño, administrador de la Aduana de Piedras Negras, para enviarle el siguiente informe de las operaciones militares de Coahuila, durante el tiempo que tengo de haberme hecho cargo de la Comandancia Militar de dicho Estado, de principios de este mes a la fecha, por

orden del C. General en Jefe del Cuerpo del Ejército del Noreste.

"Cuando llegué a Coahuila, las fuerzas del general Luis Gutiérrez comenzaban a evacuar Hermanas y a concentrarse en Sabinas por haber avanzado el enemigo rumbo a la primera de dichas posiciones. Inmediatamente propuse al general Gutiérrez que llamara todas las fuerzas destacadas a lo largo de la frontera a fin de completar un núcleo que pudiera igualar al efectivo con que avanzaba el enemigo, muy superior al nuestro, y a pesar de que se hizo así, el avance de los villistas fue tan rápido, que no tuvimos tiempo para concentrar dichas fuerzas... (etcétera...)

"Para terminar me veo en el caso de decir a usted que entre las fuerzas que operaban en Coahuila a mi llegada a aquel Estado, reinaba una completa desorganización. Las había en número suficiente y con elementos bastantes para limpiar el Estado de los invasores villistas, si desde principios de enero se concentran, equipan y organizan, poniendo la multitud de fracciones que guarnicionaban los pueblos, bajo una mano enérgica que los hubiera obligado a aceptar la unidad de mando militar en el Estado. La mayor parte de estas fracciones al ver próximo el peligro, pretextando que sus jefes estaban en Tamaulipas o Nuevo León, comenzaron a salir del Estado y no pocos del país, abandonando sus fuerzas y perdiéndose por este último motivo muchos hombres que abandonaron las filas al ver que sus jefes huían al extranjero. Cuando me hice cargo de la Comandancia Militar de aquel Estado, no pude reunir más de mil hombres incluyendo los del general Gutiérrez. En la vecina población de Laredo, Texas, hay algunos jefes y oficiales desertores de Coahuila y algunos enviados en comisión al interior del Estado, que enviaron a sus hombres solos, viniéndose ellos a dicho lugar por el lado americano. Creo necesario, para moralizar el ejército en el Norte y hacer justicia a los que luchan empeñosamente por el triunfo de nuestra causa, que estos jefes y oficiales, co-

bardes y ladrones, sean dados de baja públicamente. Aquí hice publicar el manifiesto que le acompaño, para prevenir nuevas deserciones y en todo caso, para que los que se pasen al acercarse el enemigo, sepan que no volverán a ocupar sus puestos en nuestras fuerzas al triunfo de la Revolución. Ruego a usted me preste su apoyo en esta disposición. El portador, señor Treviño, le explicará con más detalles de la situación en Coahuila y le hablará también del siguiente asunto: sé que el cónsul nuestro en Eagle Pass, señor Guillermo Seguin, es padre político de un señor Belden, agente villista en la misma población... etcétera... por tal motivo me permito sugerirle la conveniencia de que dicho empleado sea cambiado a otro consulado y sustituirlo por persona que ofrezca completa garantía.

"Protesto las seguridades de subordinación más respetuosa.

"Constitución y Reformas.

General Maclovio Herrera."

(Por todas estas informaciones podrá el lector enterarse de la realidad de aquella situación, de la verdadera posición del Constitucionalismo y de cómo, al caer más y más bajo la moral de multitud de jefes y soldados revolucionarios que no vacilaban en pasarse al bando villista, dieron a éste una fuerza tal, que los enemigos de la Revolución cifraron en él su firme esperanza de una victoria definitiva: los elementos regresivos **todos** del país, elementos bien conocidos que han entorpecido siempre los impulsos de libertad del pueblo mexicano, toda la reacción, respaldó al villismo...!)

MUERE MACLOVIO HERRERA

Un tren explorador con una ametralladora hacía el servicio de exploración varias veces al día por el rumbo de La Jarita, que era por donde se esperaba que atacara la fuerte columna

de Rosalío Hernández; el mayor Celestino Villarreal era el jefe de la escolta. El general Herrera había celebrado una junta con sus compañeros: ingeniero Vicente Dávila, Benjamín Garza, Alfredo Ricaut, etcétera, con objeto de decidir el dispositivo del combate. Ya había habido algunas confusiones debido a que también los villistas llevaban contraseñas tricolores, por lo que el general Herrera ordenó que se cambiara de contraseña, usando desde ese momento un listón color amarillo con un disco en medio.

La tarde del día 17 de abril de 1915, al oírse el silbato del tren explorador que regresaba, el general Herrera recordó que no se le había dado aviso a la escolta del cambio de distintivo, y con la precipitación propia de su carácter, montando un caballo tordillo que ese día le había sido regalado, caballo que no le conocía su gente, corrió al encuentro del tren explorador cuya escolta hizo fuego precisamente sobre el jinete del caballo tordillo, al mismo tiempo que la avanzada hacía fuego contra el tren que con la contraseña tricolor, lo creyeron tren enemigo.

Maclovio Herrera cayó herido de muerte, pues además de una herida en la espina dorsal que le atravesó un pulmón, recibió cuando caía, una coxa de su propio caballo, en la sien derecha, cuando éste también se desplomaba por los impactos recibidos. El subteniente Ignacio Martínez lo levantó en brazos, sus compañeros desesperadamente corrieron a su lado, queriendo evitar lo ya consumado.

En 1961, más o menos en el mes de junio, quien estos relatos escribe, se encontró casualmente en el tren de Laredo con el general Crescenciano López Zuazua, quien le dijo que el 17 de abril de 1915, en la mañana, temprano, salió de su alojamiento Maclovio Herrera, con un mensaje en la mano que levantó en alto y exclamó:

—¡Viva mi patria... aquí me avisan que ya el general Obregón derrotó mortalmente al villismo en Celaya...!

El había asegurado al Primer Jefe, al encontrarlo en Veracruz, sin la menor sombra de duda, que el triunfo sobre el villismo muy pronto lo tendrían en la mano... él conocía al criminal jefe de aquella traición y sabía que no ganaría ni una batalla al enfrentarse al general Obregón... Maclovio

Herrera, horas antes de morir, supo que su pronóstico el día 15 se había cumplido en Celaya, y esa alegría debe haber llevado en su alma en los últimos momentos de su vida.

Se transcribe en las páginas siguientes el contenido exacto de un folleto que se imprimió entonces, que contiene el relato fiel de la muerte y funerales de Maclovio Herrera. Tanto esta transcripción como infinidad de datos que en este libro se mencionan, obedecen al deseo de pintar con la mayor exactitud los hechos de aquellos años y dar la más clara idea del ambiente aquel. Las personas que pronunciaron las oraciones fúnebres no eran oradores, no eran tribunos, simplemente eran compañeros del desaparecido que con el alma transida de dolor rendían su sincero y postrer homenaje a su querido jefe, a quien más que jefe, había sido para ellos un amigo, un compañero... un hermano.

“MUERTE Y FUNERALES DEL GENERAL MACLOVIO HERRERA”

“Nuevo Laredo, Tamaulipas - 1915

“Caía la tarde del día 16 de abril de 1915, la sombra extendiéndose cubría con su manto la población de Nuevo Laredo que tranquila se entregaba al sueño en la confianza que nada turbaría su calma, puesto que decididos defensores de una causa justa, estaban al frente de su defensa: en el cuartel general esa misma tarde se había recibido aviso de las avanzadas que habían salido en la mañana que el enemigo, en número de mil quinientos, había pernoctado esa tarde en la Villa de Colombia, con el propósito de avanzar y con el fin de tomar la importante población; esa misma tarde el general Maclovio Herrera dispuso que una columna al mando del coronel Rogelio Cepeda, saliera costearo el río e hiciera alto en el punto indicado por él; la mañana del día 17 y cuando el primer rayo de la aurora daba su beso de luz a la tierra, era saludado por los toques de

los clarines llamando a reunión en los distintos cuarteles; violentamente se hacían todos los preparativos para salir al encuentro del enemigo que amagaba la plaza.

"Cuando el sol con su disco luminoso inundó por completo la tierra, todas las brigadas se ponían en marcha para sus respectivos puntos en el plan preconcebido con anterioridad.

"La Brigada Garza marchaba con su general al frente por el ala derecha, la izquierda la defendía la brigada Ricaut, por sobre la línea del Ferrocarril Nacional que va a Monterrey, la que era ocupada y utilizada por una máquina con varias góndolas en las que iba la infantería de ambas brigadas, el centro lo ocupaba el general Maclovio Herrera, jefe de las operaciones, por el general Vicente Dávila, Daniel Ríos Zertuche y Reinaldo Garza, que al frente de sus respectivas fuerzas marchaban animosos a conquistar un laurel más a los ya conquistados en las batallas de Candela y Huizachito. Se había acordado que como contraseña se llevara en el brazo derecho una cinta color naranja y cada escuadrón un guión de color rojo con una estrella blanca en el centro, para de esa manera no lamentar incidente que viniera a perjudicar; en los anteriores combates así como el que se esperaba, no se usaba la Bandera Tricolor, porque esa enarbolaba el enemigo y, al hacer otro tanto, no podría reconocerse fácilmente una gente de la otra.

"La madrugada de ese día, había salido un tren con parte de la infantería, para hacer un reconocimiento sobre la vía y con órdenes de avanzar hasta donde se encontrara el enemigo y tirotearse con él; de la salida de este tren casi nadie se dio cuenta, lo cual vino a causar el incidente que aún lamentamos, porque en la góndola de adelante y tal vez sin intención ninguna, izaron una bandera tricolor, principal motivo para ocasionar la más grande de las desgracias.

"El general Herrera, con la actividad que le caracterizaba, daba las últimas disposiciones de su plan de ataque y muy especialmente recomendaba que saliera el otro tren de las infanterías para que explorara sobre la línea,

terminadas sus últimas disposiciones montó un caballo tordillo que en esos momentos le había regalado el general Benjamín Garza, y acompañado en parte por su Estado Mayor, salió personalmente a hacer un reconocimiento de la línea de combate.

"El general Herrera, acompañado de los generales Ríos Zertuche y Garza, y parte de su Estado Mayor, recorría las posiciones y dejaba a cada fuerza en su lugar. Empezó a recorrer la línea por la orilla del río a la derecha, y cuando llegaba a la vía férrea de ésta a Monterrey llegó a todo correr un soldado de una avanzada que se hallaba sobre la vía, preguntando si el tren que regresaba era enemigo o el explorador salido en la madrugada; el general Herrera, con la premura que requería la pregunta ordenó que el soldado saliera a escape y dijera a su jefe que no hiciera fuego, que el tren que regresaba era nuestro.

"Pocos minutos después se escuchaban nutridas descargas sobre el tren por no haber llegado a tiempo el correo a dar el parte; tan luego como el general se dio cuenta de que se estaban tiroteando por un lamentable error, se dirigió al lugar a todo escape, seguido de la gente que le acompañaba para hacer cesar el fuego, llegando al lugar del suceso al mismo tiempo que el tren enfrenaba a toda máquina y abría el fuego sobre la avanzada y el grupo que formaba el general y su gente, a los que confundieron con el enemigo.

"¡Lamentable equivocación en la que perdió la vida uno de los grandes luchadores!, uno de los hijos más queridos de la patria y a quien la fama con sus sonoras trompetas lo proclamaba héroe...

"Una bala fratricida atravesó el pulmón derecho alojándose en la región intercostal; el general, con el dolor que le produjera la herida estiró fuertemente la brida del caballo, y éste, sintiéndose sujeto, se levantó de manos cayendo para atrás sobre el cuerpo del general y en cuya caída recibió un golpe en la sien derecha que contribuyó para que aquella alma respetada en cien combates elevara el vuelo a las regiones ignoradas...

"Los generales que acompañaban al general Herrera se lanzaron precipitadamente sobre él, y con el ansia que es de suponer registraron aquel cuerpo tan querido para todos; el inteligente doctor y general Daniel Ríos Zertuche comprendió que todo lo que se hiciera sería inútil y así lo anunció a los miembros del Estado Mayor que se encontraban presentes. Una pausada respiración anunciaba la proximidad del fin, y así, sin un gesto de dolor, aquel gran espíritu que por tantos años había animado aquel cuerpo abandonaba éste para inmortalizarlo en el Templo Augusto de la Historia.

"Un grito de dolor, una cristalina lluvia de lágrimas de todos los presentes era el primer tributo a aquel que había servido no como jefe, sino como padre de todos los que a él se habían acercado. Pasados los primeros momentos se dio aviso de lo ocurrido a los generales que estaban en las posiciones que momentos antes les había indicado el General en Jefe, el desaparecido para siempre. En esos momentos, todos, con la violencia del rayo, se precipitaron al lugar de los acontecimientos, y olvidando por un momento su alta jerarquía, vertían silenciosas lágrimas sobre el cuerpo de aquél que había sabido llevarlos a la victoria en las batallas de Candela y Huizachito...

"Mirando la necesidad de nombrar un jefe que asumiera el mando del que acaba de caer víctima del deber, por unanimidad se nombró al general Vicente Dávila, quien juró ante el cadáver del general Herrera vencer o morir, puesto que ese era el lema del desaparecido.

"En el potente automóvil del general José E. Santos, fue conducido el cadáver del general Herrera del punto de la catástrofe a la ciudad de Nuevo Laredo, para hacerle los honores correspondientes a su jerarquía.

"Se da la noticia en el campamento

"Un rumor insistente circulaba en cada campamento y se aseguraba que el general había muerto. La mayoría no

lo creía y todos eran comentarios hasta que dos sonoras notas de los clarines, tocando a reunión, vinieron a sacar de los dudas a los que ansiaban tener noticias ciertas; todos los regimientos que estaban atrincherados esperando al enemigo, se reunieron con sus respectivas fuerzas, el clarín de órdenes tocó atención y todos con el mayor silencio escucharon por labios de sus respectivos generales la infausta nueva: el general Maclovio Herrera había muerto víctima del destino...

"Comprimidos sollozos se dejaron oír, y todos, como movidos por un solo sentimiento, por sus bronceados rostros quemados por el sol, escapaban cristalinas lágrimas que iban a perderse en el encanecido bigote del anciano, en el naciente bozo del joven y en el labio del adolescente...

"Un rayo con todos sus estragos, una catástrofe con todos sus horrores no hubiera causado la pena que causó la muerte del general Maclovio Herrera.

"La tarde del día 17 y mañana del día 18 se empleó en embalsamar el cadáver, cuya operación fue encomendada al doctor Converz, de Laredo, Texas. Terminada la operación fue colocado el cadáver en lujosísimo ataúd, abullonado de seda negra con agarraderas doradas, destinándose para cámara mortuoria la habitación que como recámara ocupaba el general Alfredo Ricaut en su casa habitación, desplegándose sobre el ataúd el pabellón nacional mexicano, cubriendo en parte los mortales restos del que fuera preciado hijo de la Patria Mexicana.

"Terminados otros pequeños preparativos y colocada la guardia de honor se dio acceso a la oficialidad de la Brigada Herrera y los cuales, muchos, no habían visto el cadáver de su jefe, por haber salido en comisión la víspera de su muerte; cuando penetraron a la cámara se desarrollaron escenas que laceraban el alma de los allí presentes.

"De cuando en cuando dejábase oír un sollozo ahogado, salido del bronceado pecho de algún soldado que, muda y contraída la faz, contemplaba lleno de amargura el cuerpo inanimado de su querido jefe a cuyo lado había oído silbar las balas que dejaban tendidos en el campo

de batalla a muchos compañeros de armas, a cuyo lado había hecho largas caminatas, sufriendo penalidades indecibles y a cuyo lado había apurado el acíbar de la derrota, así como saboreado las dulzuras de la victoria.

"Un mayor villista que había sido prisionero en el combate de Sabinas y que ya formado el cuadro para ser fusilado, fue indultado por el general Herrera, reconociéndole su grado, se acercó al inanimado cuerpo y con voz ahogada por los sollozos, pronunció estas palabras:

"—A ti que me salvaste la vida no tengo con qué pagarte esta deuda más que con esta humilde ofrenda... —e inclinándose pausadamente depositó un silencioso beso en la helada frente de su salvador...

"Otro de los oficiales que le acompañaban desde Chihuahua, al mirar el cuerpo inanimado exclamó:

"—Mi general, ¿qué le voy a decir a Luis cuando lo vea si yo le juré que donde murieras tú, moriría yo...?"

"Un grupo de los que le habían acompañado desde Parral, al despedirse de su jefe, juraron combatir hasta derramar la última gota de su sangre al ejemplo de su valiente general y entrar a la batalla al grito de ¡Viva Herrera...!"

"Pocos momentos después que salió el Estado Mayor de la brigada Herrera de despedir a su general, se abrieron las puertas de la cámara mortuoria para dar paso a la interminable procesión de personas que iban a depositar ofrendas florales, como un merecido tributo de admiración y cariño hacia el valiente soldado, y puedo asegurar sin temor a equivocarme que más de cinco mil personas desfilaron ante los restos del héroe en el apoteosis de su gloria.

"A las cuatro cuarenta de la tarde, se presentaron los generales Vicente Dávila, Alfredo Ricaut, Daniel Ríos Zertuche y Reinaldo Garza, los que vinieron del campo donde se hallaban las fuerzas constitucionalistas en espera del avance del enemigo, para hacer guardia de honor a su compañero de armas; terminado su turno, regresaron a ponerse al frente de sus respectivas

fuerzas. Las guardias continuaron el resto de la noche y la mañana del día 19, en que fue conducido el cadáver a la capilla ardiente que para el efecto se había preparado en el Palacio Municipal.

"Día 19

"A las primeras horas de la mañana se dieron las órdenes necesarias por el jefe de la columna, general Vicente Dávila, para rendir el homenaje que correspondía a la alta jerarquía del cadáver del general Herrera en su traslado de la cámara mortuoria a la capilla ardiente en el Palacio Municipal. La orden del día fue extraordinaria y en ella tomó parte el elemento militar que defendía la plaza de Nuevo Laredo.

"A las cuatro de la tarde en punto fue sacado el ataúd en hombros de los generales Vicente Dávila, Alfredo Ricaut, Reinaldo Garza y José E. Santos. Las bandas de crespón que pendían de la caja eran sostenidas por los coroneles Federico Chapoy, Tomás Marmolejo, Marcial Cavazos y J. Hernández. El duelo lo presidían el general Daniel Ríos Zertuche y los señores Jesús, Ceferino y José Concepción Herrera, hermanos del extinto general.

"La procesión desfiló en el siguiente orden: descubierta de caballería por miembros del Estado Mayor de la Brigada Herrera; banda de clarines tocando marcha de honor; banda militar tocando el Himno Nacional Mexicano; ataúd conducido por los generales antes mencionados, cubriéndolo la bendita enseña nacional. Autoridades civiles, empleados de la Aduana, de los Telégrafos Nacionales, de la Oficina del Timbre, de la Oficina de Correos, de los Ferrocarriles Nacionales, representantes de la prensa, empleados del Consulado Constitucionalista, principales vecinos de Nuevo Laredo, comisiones de Laredo, Texas; banda de clarines tocando marcha de honor; resto del Estado Mayor de la Brigada Herrera; banda militar tocando la marcha fúnebre de Wagner y brigadas Garza, Santos, Dávila y Ricaut; a derecha e izquierda del ataúd, y conducidos por dos oficiales, eran llevados los caballos

que habían servido al valiente luchador en los cien combates donde siempre había salido vencedor; el joven escritor Álvaro Pruneda, con un gran cesto de matizadas flores pavimentaba el trayecto, dándole un aspecto a la vez que hermoso, imponente. Al llegar el cortejo fúnebre frente al Palacio, se colocó el ataúd sobre un catafalco adornado con bandas tricolor entrelazadas con crespones negros y grandes coronas de flores naturales; una banda de clarines se colocó a la derecha y otra a la izquierda del ataúd; detrás del mismo se levantó la tribuna donde se pronunciaron sentidísimas alocuciones por los señores general Vicente Dávila, que con voz entrecortada por la emoción y con sentidas frases juró seguir el ejemplo del ilustre desaparecido para llegar al triunfo del Constitucionalismo; el general José E. Santos con florido lenguaje expresó la pena que le causaba la desaparición del que siempre había querido y respetado aun antes de conocerlo; en seguida habló el señor Gonzalo Cárdenas, expresando que si era verdad que había muerto un luchador, en cambio empezaba a vivir un héroe; el señor Gustavo Solano, director del 'Progreso', con galanas frases dijo que la muerte de un héroe, como la del general Herrera, debería ser un estímulo para llevar adelante con más fe la causa por la cual había sacrificado su vida el general Herrera. El señor Francisco Flores Santos dio lectura un vibrante discurso en el que ensalzaba las virtudes del desaparecido y maldecía a los enemigos del pueblo. La señorita Jovita Idar, con emocionada voz y a nombre de la mujer mexicana, dio lectura a un sentido discurso depositando una gran corona de flores naturales en el ataúd.

"Terminadas las oraciones fúnebres desfilaron ante el cadáver, presentando armas, más de dos mil quinientos soldados con enlutadas banderas; acabado el desfile militar, el féretro fue colocado en la capilla ardiente preparada con anterioridad.

"Todos los concurrentes a esta ceremonia, jefes, oficiales, soldados y particulares, ostentaban en el brazo izquierdo, una banda de crespón negro en señal de duelo.

"La capilla ardiente

"La inteligente señora Leonor V. de Magnon fue la comisionada para arreglar la capilla ardiente donde se colocaron los restos del general hasta que fueron conducidos al panteón. En esta labor le ayudaron parte de los miembros de la Cruz Blanca Nacional y algunas damas de ésta y Laredo, Texas.

"En los bajos del Palacio Municipal, en la pieza de la izquierda, fue el lugar escogido; el techo fue cubierto con bandas tricolor y finísimo crespón blanco que, recogido graciosamente por el centro, simulaba complicadas alas de mariposa. En los cuatro ángulos de la pieza se colocaron artísticas jardineras que cubiertas con finísimo género blanco, servían de columnas donde se colocaron grandes macetones con exquisitas plantas y flores naturales; los balcones y puertas fueron tapizados con bandas tricolor, entrelazadas con hojas de palma de la India; las paredes fueron cubiertas materialmente por hermosas coronas de flores naturales, y las cuatro ostentaban sentidas dedicatorias. En las cuatro esquinas del catafalco se colocaron en jarrones de Sebres, lirios blancos y guirnaldas de laurel; cuatro arbotantes de cien bujías, cada uno fueron colocados en enlutados candelabros con significativas coronas de 'tuya' y listones blancos. Grandes hojas de palma oriental con macetas de lirios rojos fueron colocadas en los laterales del ataúd entrelazados entre sí por bandas de crespón negro; multitud de bouquets tapizaron el suelo completamente; del centro de la pieza pendían cuatro bandas de listón blanco que prendidas de las cuatro esquinas de la caja ostentaban un pequeña tarjeta con esta inscripción: 'Queridos compañeros, no me lloréis que no estoy muerto; duermo; en el cielo os espero'.

"En la puerta de entrada y a manera de pabellón se destacaba la Bandera Nacional recogiendo en sus pliegues coronas de 'siempre viva' y crespones negros; el Águila Nacional en actitud de emprender el vuelo, coronada por el gorro de la libertad, fue colocada en el fondo, en me-

dio de multitud de coronas de porcelana, y cuando el ataúd quedó instalado en el catafalco, fue rodeado por grandes coronas de flores naturales, predominando las que estaban hechas de ramas de laurel. Las guardias de honor, presentando armas, completaban aquel cuadro donde reposaban los restos de un héroe... y mirando aquel grandioso espectáculo, venía a mi memoria lo del poeta que exclamaba: 'Así estaba en su elegante ataúd, entre una gloria de luces y un perfume de flores'...

"Día 20

"En la tarde de ese día, a las cuatro cuarenta, y a iniciativa de la señora Leonor V. de Magnon, presidenta de la Cruz Blanca Nacional de Nuevo Laredo, tuvo verificativo una solemne ceremonia ante el cadáver del general, tomando parte todos los miembros de la benéfica institución y las familias de los generales residentes en ésta.

"Reunidos en la pieza contigua a la capilla ardiente, desfilaron ante el elegante féretro que guardaba los restos del ilustre desaparecido, cantándose un himno fúnebre dedicado al que fue el primer general chihuahuense que desconociera los actos de aquel cuyo nombre no pronuncio por no manchar estas páginas que están dedicadas a la veneración de un héroe.

"La señorita Soledad Peña, con la modestia que le caracteriza, arrancaba al piano las notas profundas que cual contenidos sollozos, semejaban suspiros de una tristeza eterna. Acto continuo fueron colocados sobre el ataúd finísimos bouquets de flores naturales por las señoritas hermanas del general Santos, señoritas hijas del general Garza, y la señorita hija del general Osuna. La señorita Alicia Cavazos, con emocionada voz, pronunció la siguiente oración fúnebre:

"Ante los restos del general Herrera

"El apoteosis del héroe ha llegado y verdaderamente conmovida me siento en los solemnes momentos que se

escucha un himno de gratitud al hombre patriota, porque con mis humildes conceptos y débiles palabras jamás podré cantar los triunfos de tan nobles sentimientos, pero me anima el sentimiento patrio que conmueve las fibras del corazón mexicano, y hace brotar del pueblo raudales de inspiración y de armonía... y héme aquí, ante la espléndida aureola de gloria que circunda la frente del patricio... ¿Qué puede expresar mi labio que sea digno de su memoria? ¿Qué manifestación será bastante para significar la gratitud eterna a que se hizo merecedor el humilde héroe...?: aquella fe inquebrantable, aquellas energías sin límites que se conquistaron la gratitud del pueblo, el respeto y la admiración.

"Con gusto el pueblo habría elevado al héroe un monumento, con gusto habrían mandado modelar su estatua con los mejores mármoles del mundo, pero ¡ah!, es pobre, demasiado pobre el pueblo para erogar un gasto así, pero es suficientemente noble, suficientemente abnegado para dejar a su héroe predilecto algún recuerdo y he allí nuestros esfuerzos, la humildad de nuestra labor; es humilde pero digno y severo sin mármoles suntuosos.

"¡Oh!, gran hombre, héroe feliz que respiras en una atmósfera saturada de paz. Fuiste sublime y el pueblo te ama; te ama la humanidad, la libertad y la patria colocan en tu frente en este día de recuerdos la inmortal corona de laurel, símbolo de grandeza.

"¡Duerme en paz, héroe grandioso; la patria que tanto amamos está hoy postrada en tu ataúd, repasando el gran proceso esplendoroso de tu vida!...

Alic'a Cavazos."

"El sol se ocultaba en el horizonte con su majestad de rey muerto; sus postreros rayos doraban las copas de los árboles; una suave brisa haciendo estremecer los cipreses y los rosales les arrancaba tristísimos gemidos; las damas asistentes a la ceremonia abandonaban la capilla ardiente enjugándose una lágrima, lágrima de mujer, digno tributo al desaparecido.

"Día 21

"A las ocho de la noche, y a iniciativa de la señora María G. de Reyes, varias señoras y señoritas de Nuevo Laredo, acompañadas por varios empleados de la Aduana, del coronel Fuentes, del mayor F. I. Galván, capitán Antonio Seresero, y miembros del cuerpo médico de la columna Herrera, se reunieron en la capilla ardiente para tributar un homenaje al desaparecido.

"La ceremonia consistió en un himno fúnebre con acompañamiento de violín y piano a cargo de la señorita Carlota Comourlin y el señor Antonio Vázquez, respectivamente.

"Las tristísimas notas del violín, acompañadas por las sonoras del piano, semejaban tristes lamentos por la desaparición de un ser querido. Los contenidos sollozos de los concurrentes imponían más severidad a aquel cuadro; la señorita de la Garza pronunció una sentida oración fúnebre, ensalzando la vida de aquel luchador; enseguida todos los concurrentes depositaron hermosas coronas de flores naturales con sentidas dedicatorias.

"La luna con su tenue claridad plateaba las arenas de la calle. Los concurrentes salían de tan sentida ceremonia silenciosos y meditabundos, pensando tal vez en la hora suprema en que el espíritu abandonando la materia era conducido por el ángel de las naciones y presentándolo ante el Señor Supremo le diría 'Señor, ha cumplido su misión sobre la tierra, volved vuestros divinos ojos al planeta, mirad, Señor, cómo lloran los humanos y oíd cómo dicen en sus plegarias'.

"Sólo por los buenos, sólo por los buenos se llora...

"Día 22

"En la tarde de ese día, a las cuatro y media, una comisión de 25 niñas a nombre del profesorado de Nuevo Laredo, depositó una corona de flores naturales con significativas palmas de laurel; pocos momentos después se presentó otra comisión de niñas de Laredo, Texas, lle-

vando una gran corona que formaba una lira, la que fue depositada a nombre de las escuelas de aquella población; éstas, como las anteriores, con profundo respeto contemplaban al que luchando cayó venciendo.

"Bendita la niñez que desde sus primeros años sabe admirar los sacrificios de los que mueren por darnos patria, benditos esos sacerdotes ignorados que ofician en el templo del saber; enseñando cómo se honra a los héroes; algún día, cuando la patria deje de sufrir las convulsiones que la agitan, su obra será reconocida y sus desvelos coronados por la más justa de las recompensas

"Día 23

"A las tres de la tarde, y por el ferrocarril de El Paso, llegó la familia a Nuevo Laredo; en la estación de Laredo, Texas, la esperaba el coronel Chapoy y el Cónsul Constitucionalista; en seguida se dirigieron en rápido automóvil a la capilla ardiente.

"¿Cómo describir al escena que tuvo lugar en estos momentos? ¿Cómo reseñar el dolor de una anciana madre que abraza el cuerpo inanimado de su hijo? ¿Cómo describir el dolor de una hermana que contempla con mirada llena de angustia al que fuera el más amable de los hermanos? ¿Cómo describir el dolor de la esposa que, depositando un casto beso en la frente helada del esposo, recuerda las horas felices y pasajeras cuando a la sombra del bendito hogar nada turbaba su dicha? ¿Cómo describir el sentimiento de unos pequeñuelos que días antes tenían padre y en ese momento sólo contemplaban un cuerpo inanimado sin recibir el postrer beso de sus labios?

"Corramos un velo a este escena; respetemos el dolor de una madre sin hijo, de una esposa que pierde al más amante de los esposos, de una hermana que pierde el cariñoso hermano y de unos hijos que tan pequeños quedan huérfanos, sin padre...

"Día 24

"Todo ese día fue empleado en hacer los preparativos para las últimas ceremonias del día siguiente que se iba a sepultar el cadáver en el cementerio de Nuevo Laredo, lo cual para el efecto se había preparado la bóveda que guardaría los restos.

"Varias comisiones se encargaron de repartir elegantes esquelas fúnebres, invitando a todos los civiles a una solemne Misa de Réquiem, por haberlo deseado así la señora viuda de Herrera.

"Las tarjetas tenían la siguiente redacción

"HOY

"A las 11 a. m. será sepultado en el panteón de esta ciudad el cadáver

"del señor general MACLOVIO HERRERA

"fallecido trágicamente en esta población el día 17 del actual. Su familia, los jefes, oficiales y soldados de la guarnición, invitan a usted al sepelio del cadáver y a las exequias religiosas que tendrán lugar a la hora indicada en la iglesia católica de la ciudad.

"Nuevo Laredo, Tamaulipas, abril 25 de 1915."

"Día 25

"Por disposición de la señora viuda de Herrera se verificó una ceremonia civil consistente en una Misa de Réquiem. A las 11 a. m. en punto fue sacado el cadáver de la capilla ardiente y conducido en elegante carro fúnebre al templo católico; prominentes vecinos de Laredo, Texas, así como de Nuevo Laredo, acompañaron al cadáver.

"En el pórtico del templo, y en doble valla, se encontraban distinguidas señoritas con grandes ramos de flores de lis y hojas de espárrago; cuatro niñas tapizaban el

trayecto del atrio a la puerta principal regando hojas de 'siempre viva' y flores de rosal; el ministro, con sus imponentes vestiduras, recibió el cadáver cantando los tristes salmos de la Cruz.

"El interior del templo presentaba un aspecto severo e imponente. Las grandes columnas de la nave principal fueron revestidas con imponentes bandas negras, rematando en pabellones de hilo de oro. En el centro se levantó el catafalco cubierto de peluche negro y franjas doradas; gran número de coronas de flores de porcelana fueron colocadas convenientemente; gruesos cirios con finos moños de crespón negro, que con sus amarillas flamas alumbraban el crucifijo, completaban el cuadro; el altar mayor fue revestido con paños negros, con coronas de flores blancas y ramas de espárrago; finas bandas de crespón entrelazadas con hojas de laurel simulaban interminables guirnaldas que se confundían en los pabellones de las columnas.

"Colocado el ataúd en el catafalco dio principio la Misa; las graves notas del órgano invadieron las naves que, cual tristes lamentaciones, transportaban el espíritu a las meditaciones del drama sangriento del Gólgota; el coro entonaba los salmos del Cantar de los Cantares y sus voces repercutían cual ecos de sollozos; en el momento supremo, en que el ministro levantando la inmaculada hostia, la cual representa al soñador de Galilea, muriendo por el inmenso amor de los hombres, el silencio profundo era interrumpido por las plegarias de los concurrentes que invadían el recinto, las cuales se confundían con las blanquísimas nubes de incienso que en fantásticas espirales se elevan hasta el cielo...

"Terminada la ceremonia religiosa a las 12 en punto, fue colocado el cadáver en el carro y conducido al Palacio Municipal para marchar de allí al panteón y al mismo tiempo hacer los últimos honores que correspondían al elevado grado del extinto militar.

"Del Palacio Municipal hasta la avenida Libertad fueron colocadas fuerzas de caballería a derecha e izquierda,

las cuales, al pasar el cortejo fúnebre, presentaban armas. La columna estaba distribuida de la siguiente manera: Brigada Maclovio Herrera, Brigada Vicente Dávila, Brigada Benjamín Garza, Brigada Daniel Ríos Zertuche, Brigada Alfredo Ricaut.

"El desfile se organizó de la siguiente manera: descubierta de Caballería, banda de clarines de Caballería, banda militar, banda de clarines de infantería, carroza fúnebre; haciendo guardia de honor estaban los generales Vicente Dávila, Alfredo Ricaut y coronel Federico Chapoy a la derecha; general Reinaldo Garza, Daniel Río Zertuche y coronel Fernando Rodríguez a la izquierda. Seguían de la carroza los señores Zeferino y Melchor Herrera, acompañados del Estado Mayor del general Herrera, alumnas de la escuela oficial «Josefa Ortiz de Domínguez», un grupo de particulares, grupo de principales señoritas de Nuevo Laredo con ramos de flores, autoridades civiles, autoridades militares, automóvil del Cónsul Constitucionalista, automóvil de la familia Carranza, automóvil de la señora de Magnon, automóvil del cónsul americano en Nuevo Laredo, tres automóviles más con comisiones de Laredo, Texas, veinticuatro carruajes de ambas poblaciones y 500 hombres de caballería. A la entrada del panteón se encontraba toda la infantería que servía de guarnición a la plaza con enlutadas banderas. Puesto el cadáver sobre un improvisado catafalco, el talentoso señor Gonzalo González dio la despedida en sentimentales frases a los restos del que dentro de breves momentos descansaría en su última morada. El señor Rafael E. Guevara, secretario del ayuntamiento, dio lectura a la oración fúnebre, que transcribimos:

"Al general Maclovio Herrera en sus últimos funerales

"Cuando el espíritu dimite la supremacía de animar a la materia, y ésta, carente de tan poderoso impulso se desorganiza para confundirse con el universo infinito de los átomos, el vacío que se efectúa con ese motivo engendra en nuestros corazones el dolor, y éste

se cristaliza en el torrente diamantino de nuestras lágrimas.

"Si cantar al heroísmo de los buenos hijos de la Patria, hecho epopeya, constituye un derecho; glorificar la memoria de los que por ella sacrificaron la vida es un deber ineludible.

"Yo hubiera querido eternizar el nombre de este ilustre peregrino, cuya despedida lamentamos, en los gloriosos templos del arte; arrojé en derredor una mirada escrutadora y no encontré mármol suficientemente alabastrino para esculpir en él la brillante carrera militar de tan denodado paladín de la ley; pensé inmortalizarlo en el bronce, mas no encontré uno que produjera las sonoridades de la trompa guerrera con que el ilustre general Maclovio Herrera condujo a sus heroicas falanges hacia el combate y hacia la gloriosa conquista de la victoria.

"No admiré al marino que en los momentos de peligro siente en su organismo convulsionar el poderoso instinto de conservación y se lanza en busca de una tabla de salvación, no; admiro, y mucho, al otro que fija la pupila en el sol del deber, se abalanza sobre el timón de su acorazado, abre ancha brecha por el oleaje enfurecido de los mares dejando tras de sí una estela luminosa que se diría hecha de las olas inclinadas para rendir homenaje al heroísmo: por eso admiré y veneré al general Maclovio Herrera; porque en medio de la tormenta que emborrascó el iris de la confraternidad en el cielo de la patria, sólo escuchó el grito angustioso del deber, a cuyo servicio puso el patriotismo de su gran corazón, trazando con su espada fulminantes apóstrofes sobre la frente maculada de los reaccionarios.

"Con la precisión inalterable de una película cinematográfica, aparece ante los arcanos de mi visión la vida militar de este defensor incansable de la libertad nacional. Vedlo, inmovilizado por justa consternación, recibir en la frente cargada de sueños sublimes, el ósculo amoroso de la esposa y de los pequeños hijos; vedlo de pie, la

cerviz en actitud religiosa, recibir la bendición de la anciana madre, en cuyo corazón debe germinar en estos momentos la última de las tristezas, el último de los pesares, el último de los grandes dolores de la vida; después, rotos ya los sagrados lazos de la familia, contémplo a la cabeza de sus valientes compañeros de armas en Torreón, en Ojinaga, en Paredón, en Tierra Blanca y en Zacatecas, confundirse en el torbellino de la lucha; veo después el ángel de la victoria ceñir con inmarcesibles laureles las sienes del luchador hecho caudillo.

"Después, todo es confusión, misterios, desaparición. La sangre suspende en momento fatal su gira circulatoria en las arterias, falta la energía vital y el héroe se desploma.

"¿Por qué el destino inclemente destruye así de un solo golpe la preciosa existencia de este batallador heroico de la grandiosa causa de la libertad?

"¿Por qué permite que los apóstoles en cuyas grandes almas se refugian las justificadas esperanzas de un pueblo, rueden así silenciosamente, sin el estrépito que produce la caída de los colosos, en la vorágine desmesurada de la desaparición y de la muerte?

"¿Que ha muerto, dije? Pues he dicho mal; los hombres que con original esfuerzo se han iniciado en los sacrosantos misterios de la grandeza no pueden morir: la potente encina que ha desafiado incommovible el recio azotar de mil tormentas no puede morir mientras palpita el germen de la vida en el último de los frutos que produce.

"Mientras predomine sobre la tierra la inclinación abusiva de los fuertes para aplastar a los débiles, mientras haya abortos fatídicos del crimen que laboren en la sombra para sumergir a las masas en las gemonias malsanas de la esclavitud; mientras el misticismo trabaje en los templos de la fe, entre melodías de salmos inútiles y de plegarias estériles para encauzar la conciencia humana por el vía tortuosa de envilecida corrupción; mientras exista la escoria fangosa de esbirros que de-

roquen, o pretendan derrocar a los mandatarios elegidos del pueblo; mientras se inicien, con ese motivo, esas formidables contiendas civiles cuya majestad aterroriza a los pusilánimes y hace crujir el pedestal de fango de Calígula; mientras se manifieste sobre la tierra la natural tendencia de las masas para remontarse hasta el vértice de la Libertad, de la Igualdad y de la Confraternidad; mientras la humanidad se impulse casi intuitivamente hacia todo lo que engrandece, dignifica y sublima, el general Maclovio Herrera tendrá que vivir, y su nombre vibrará como clarinada de combate en los labios de los soldados de la República y los laureles conquistados por su genio caerán como una lluvia de astros, en medio de la tormenta, sobre los héroes que sucumban en defensa de la ley, de la justicia y del derecho.

"¿Qué significa esa agitación epiléptica que, a semejanza de una convulsión sísmica sacude de uno al otro confín a la República? ¿Por qué esa oleada de odio reconcentrado que así hunde en la desaparición y en la muerte a los hijos de una misma estirpe? ¿Por qué los combatientes que caen en el furor de los conflictos, apenas restañadas sus heridas se escapan furtivamente de los hospitales de sangre para continuar en la línea de fuego la espartana defensa de sus derechos? ¿Por qué la mujer, que en cualesquiera esfera es la sacerdotisa, es la soberana del hogar, renaciendo en su corazón como ave Fénix el fuego patrio de nuestros antecesores primitivos, abandona sus tareas domésticas para lanzarse a los campos de la lucha en persecución de sacrosantos ideales de emancipación? ¿Por qué los niños, renunciando prematuramente a los frutos eucarísticos que se recogen en los templos del saber, se lanzan fusil en mano, a fustigar los lomos de la Bestia sanguinaria de Durango?

"En que la fuerza se repele con la fuerza, y ésta se ha proclamado soberana emperatriz a través de los tiempos, ella llamó a fatídica hora en las puertas de La Bastilla y el pueblo francés se vengó en una hora trágica del gravamen de una dinastía de siglos, haciendo rodar la cabeza imperial de Luis XVI; ella puso en el brazo iner-

me de don Miguel Hidalgo el estandarte que salvó a nuestro pueblo de la férula de una secular monarquía; ella bajó una vez, águila audaz, de las cumbres de nuestras montañas para encadenar con sus potentes garras el áspid asqueroso del fanatismo; ella desafió el poderío insolente de la momia de Chapultepec con el verbo sencillo de Aquiles Serdán y se refugió en la ecuanimidad de don Francisco I. Madero, para continuar la decapitación de Nerón y César.

"Es que ha comenzado tan espantosa catástrofe el amor desbordante de una raza hacia la libertad; es la voz de las clases desheredadas de la fortuna, humilladas y escarnecidas por la insolencia de los grandes; es la protesta digna de los obreros, de esos geniales artifices del progreso humano que han saciado con la preciosa herencia de sus energías, la avaricia desenfrenada de los poderosos; es el clamor de venganza de las multitudes ignoradas, cansadas de la esclavitud secular transmitida a la generación; es el gemido de las viudas desamparadas y de los huérfanos sin abrigo y sin pan, víctimas inocentes de la fatal hecatombe.

"Y la solución de tan sangriento problema social será halagador o desconsolador para el pueblo mexicano; halagador si terminada la lucha queda firmemente establecido un gobierno del pueblo y para el pueblo, democrático, representativo y popular; desconsolador, tristemente desconsolador, si el pueblo mexicano, apostatando de su soberanía, se resigna a soportar de una vez y para siempre la mansedumbre de la bestia de carga, la dinastía más insolente, la monarquía más vil, la dictadura más insultante, el despotismo más cruel, la tiranía más bochornosa, la oligarquía más corrompida, más criminal y más prostituida que haya ahogado jamás las libertades de un pueblo: la oligarquía del militarismo.

"Cuando en las paredes de inmundos serrallos, los matricidas celebren sus efímeros triunfos en una orgía de sangre, aparezca el dístico fulminante que enloqueció a Baltazar de Babilonia; cuando la Democracia se entro-

nice en el alma de nuestra cara patria; cuando en las altas etapas de la realización germine el filosófico anatema que abrazó los labios proféticos del apóstol galileo, y se diademe con un campo de luz la frente de los héroes hechos dioses; cuando esta marejada estruendosa de odios haya pasado y vuelva a su cauce el extraviado torrente de la fraternidad; entonces, de la misma manera que Wellington trazó en las estériles rocas de Santa Elena la batalla de Waterloo con las cenizas de Napoleón el Grande; de la misma manera que el general Ignacio Zaragoza escribió con la punta de su espada la batalla de Puebla sobre la frente de Napoleón III; de la misma manera que Don Benito Juárez escribió con la sangre azulosa de Maximiliano, entre el estrepitoso rodar de cetros y coronas el sitio de Querétaro, sobre el Cerro de las Campanas que aún se yergue imponente como un reto viril al despotismo, de la misma manera que la Historia, inspirada por el patriotismo de un continente, recogió en actitud amorosa los nombres de los Constituyentes de 1857, así la Historia mojará su pluma en la fuente inagotable de la Gloria y de la Fama y escribirá sobre el firmamento purísimo de la Inmortalidad, como un homenaje y una consagración, tres palabras símbolo de las sacrosantas libertades patrias: general Maclovio Herrera.

"Rafael E. Guevara.

"Ocupó después la tribuna el joven Juan José de la Garza, quien, con sonora voz, dio lectura a la siguiente oración fúnebre:

"Ante la tumba del general Maclovio Herrera

"La muerte no es la nada
sino para la chispa transitoria,
cuya luz ignorada,
pasa, sin recibir una mirada
de la pupila augusta de la Historia.

"Este es el pensamiento del poeta que hoy vengo a recordar ante la tumba del gran desaparecido.

"La muerte no es la nada para él, que tras su paso dejara algo así como una estela luminosa que trasciende a heroísmos y a glorias.

"La muerte no es noche sin luceros, no es el mar sin playas del olvido para el gran batallador que llevara siempre alzada su bandera y escritas en ella, con letras de fuego, estas palabras: **Honor y justicia.**

"La tumba no se abre al dar paso a su cuerpo de luchador excelso, para encerrar también en ella la fama del guerrero, cuyo nombre cabalgará sobre el lomo de las edades, como un símbolo hermoso de una raza de bravos.

"La tumba se abre para dar paso a la materia del hombre, en tanto que las hojas de oro de la Historia se abren también, grandemente, para recibir en ellas el nombre del héroe.

"Todos los corazones se estremecen, hondamente impresionados por la muerte del valiente; pero todos los cerebros, todas las conciencias se entreabren, para grabar en ellas, indeleblemente, el nombre del patricio.

"Ante la tumba en que descansarán sus restos se inclinan reverentes todas las almas para deshojar sobre ella las flores perfumadas del amor.

"Allí, donde pagarán tributo a la Madre Naturaleza sus restos sagrados, se levanta, magnífico, el monumento augusto de su gloria, monumento de gratitud y admiración que supo él conquistarse con su vencedora espada y su corazón valiente.

"Pasó sobre la tierra no como la chispa fugaz que apenas deja huella de su paso, sino como una irradiación, como un astro que vertiera deslumbrantes chorros de luz sobre la frente y la conciencia de los que lo siguieron en la lucha; como un manantial de luz que iluminara la senda recta de toda esa clase oprimida que estuvo cerca de su lado, para llevarla decidida y triunfante a la conquista del derecho y del ideal.

"Surgió de los de abajo, de los buenos... de en medio de esas masas ignoradas que han ido al sacrificio y al trabajo, siempre explotadas, siempre esclavizadas. .

"Surgió, y puso su espada al servicio de la Patria, cuando esta madre querida reclamó sus servicios.

"Su grito de combate fue el rugido del océano, que resonó con vibración de fino acero, en la empedernida conciencia de los tiranos, y en su bandera, roja, como la sangre que derramó por su patria, llevaba escrita con letras de fuego, la protesta de todos sus oprimidos hermanos, en estas palabras: igualdad, justicia, libertad.

"Su brazo fue invencible. Su espada fue heroica y su alma grande, su alma de héroe, jamás acobardada en la derrota, nunca envanecida cuando el triunfo, fue siempre alma de luchador y de patriota.

"Su espada, que con vibraciones heroicas escribió con ondulaciones de fuego sobre el cielo purísimo de la patria sus numerosas victorias.

"Su espada, que azotó tantas veces la espalda maldita de la bestial manada de Judas Iscariotes y traidores; su espada como su convicción y su conciencia fue siempre fiel, siempre victoriosa, siempre honrada, por eso es que nunca pudieron inclinarla la ambición ni la dádiva.

"Y si el destino quiso cortar el hilo de su hermosa vida cuando la patria esperaba aún muchos servicios de ese hijo mimado, también plugo al destino entregarlo a la muerte con el dulce placer del deber cumplido. Es el único orgullo que debió haber sentido el insigne caudillo, éste es el más grande orgullo de los suyos y nuestros.

"Por eso es que no vengo a derramar lágrimas de dolor ante la tumba del patriota admirado, sino, como todos vosotros, a derramar con mi prosa las flores perfumadas de la gratitud y del recuerdo sobre la losa que se abre para dar paso al pedestal de su gloria... .

"Dejemos, pues, descansar al batallador excelso envuelto en la bandera por la que luchó ardientemente y derramó su sangre... Dejémosle en paz, no turbemos más su sueño, que las generaciones y la historia preparan

para él el monumento grandioso que hablará de su gloria e inmortalizará su nombre.

"Juan José de la Garza.

"Acto continuo, el sonoro toque del clarín de órdenes anunciaba que el cadáver descendía a su última morada por manos de los generales Dávila, Ricaut, Garza y Ríos Zertuche. Las sonoras notas del Himno Nacional despedían al desaparecido. Un agudo grito salido de los labios del señor Melchor Herrera, diciendo: "Hermano mío, en el cielo nos veremos", era la triste despedida de un miembro de la familia; una cristalina nube cubrió los ojos de todos los concurrentes; comprimidos sollozos hiriendo los pechos... eran el último tributo al que desapareciera de nuestra vista, pero la historia recogerá su nombre grabándolo con letras de oro y el inmarcesible lauro de los héroes perdurará mientras exista un palmo de tierra mexicana sintetizado en esta frase: ¡Maclovio Herrera ha muerto...! ¡Viva Maclovio Herrera!

"Las ofrendas florales

"Las personas que mandaron coronas de flores a la capilla ardiente fueron las siguientes:

"Venustiano Carranza, primer jefe del Ejército Constitucionalista; general Pablo González, general Plutarco Elías Calles, Nicéforo Zambrano, tesorero de la Federación; general Benjamín Garza, general Reynaldo Garza, general Alfredo Ricaut, general Vicente Dávila, Bernardino Balderas, inspector de la Tesorería de la Federación Melquiades; García, Cónsul Constitucionalista; Bartolo Zamora, Vicecónsul; oficiales de la Brigada Benjamín Garza; Estado Mayor de la Brigada Benjamín Garza; coronel Tomás Marmolejo; oficiales y soldados de la Brigada Zuazua; oficiales y soldados de la Brigada Ricaut; teniente coronel Carlos S. Fierros; familia del teniente coronel Jesús Soto, Refugio Alvarez, superintendente del ferrocarril; jefe y empleados de Inmigración;

ción; capitán Adolfo Martínez; Ignacio G. Treviño, inspector de la oficina impresora de estampillas y billetes; enfermo del Hospital Civil; Departamento de Oficiales, Hospital Civil; banda libre de Nuevo León; banda de la Brigada Ricaut; personal de la Administración de Correos; G. Maede Fierro; oficinas del Progreso; familia Ozuna; Ezequiel Reyes y esposa; Juan Flores y familia; señora Liberata M de Garza, señora Rafaela S. de Jaime y Dolores Bobadilla; Félix Guzmán y familia; Eligio Guajardo y familia; Arnulfo de los Santos y familia; A. Herrera y esposa; Valentín Villarreal; A. Zardeneta y familia; Trinidad Avarado y familia; Francisco Chapa, señorita Carlota E. Camurlin, Adolfo H. Puente y esposa; señorita Josefa Villarreal; Nicolás G. Vargas; Inocente M. viuda de Zapata, señorita Sanjuana Zapata; José Treviño y familia; señorita Inocente Guajardo; José María Flores y esposa Jacinto Pedro Rubén Nava y hermana.

"Garza y familia, Encarnación López, Nicolás Guillermo Vargas, Teodoro García y familia; José María Munguía y esposa, señora Andrea R. de Villarreal, teniente Victoriano Cardona, Macedonio Garza, Francisco Treviño y familia, Sabás Ramírez y familia, Vilcen Peña, Ramón Mascorro y esposa, Ladislao Avila y familia, Úrsula G. viuda de Treviño, A. M. Plata, Jerónimo R. Jiménez. Félix de Anda, Migyme, Alfredo Marcón y familia, Eustolia E. de Alarcón, señoritas Josefina y Sofía Benavides, Zeferino Espinosa y familia, familia del licenciado M. D. González, Tomasa Vela viuda de Treviño, Rafael Peña Garza y familia, Adolfo Benavides y familia, Manuel Farías y familia, Cristóbal Villarreal, Reyes Ortiz, Pedro Treviño, José E. Pérez, Inocente Guevara y familia, señorita Clara Treviño, señora Prisca Flores, familia Peña, Abraham Flores y familia, Manuel Pérez, Macedonio S. Tamez, Bernardino Martínez, señora María A. de Deandar, señorita Vicenta Ramón, Cipriano Valle y familia, Rafael Rendón y familia, señora Josefa de Pérez, familias Cruz Tames, señoritas Esther, Ignacia y G. Almendares; señoritas Concepción Pérez, Emilia G.

de León, Juan de Garza, señorita Crescenciana Villarreal, Pablo Rendón y familia, Manuel Barajas, E. G. García, Felipe de la Peña, Narciso Alaniz y hermano, Margarita G. viuda de Pérez y familia, señorita Herminia Carrillo, Antonio Barragán y familia, señorita Manuela Pérez, María G. de Hinojosa, señorita Josefa Villarreal, María Junco de la Vega, Felipe Cepeda y familia, Jacinto Garza y familia, señorita Adelná García, Josefa P. viuda de Camacho y familia, Faustino Salinas y familia, señora Prisca F. viuda de Treviño y familia, Isabel C. Cárdenas, señorita Faustina Treviño, Jesús Sáinz y familia, señor Geo C. Alexander y esposa, Dolores Zaragoza, Celsa García y familia, señora Santos Villarreal, Francisca Aradilla, familias de Lassaulx y Zapata, Santiago Canales y familia, niñas Aurora y Andrea Sosa, Enrique Rigal y familia, María de los Ángeles Ireguas y familia, Beatriz R. viuda de Martínez y familia, Luis G. Cantú y familia, Vicerte C. Noyola y familia, Peoquinto Benavides y familia, Felipe Cisneros y familia, O. L. Longoria y familia, Vidal Garza Zuvia y familia, Emilio Reyes, Eduardo Garza y familia, Tomasa V. viuda de Treviño y familia, José Benavides y familia, Tomasa Martínez y familia, Federico Alexander y esposa, señorita Gregoria Garza; Leonor, Jaime, Ernestina López, Jerónimo Ochoa y familia; Catalina F. de Flores Santos, señorita Josefa Alderete, Josefa González, Josefina Canales, Faustino Salinas y familia, Agapito Herrera, Julio García, Daniel Cárdenas, doctor Garza González, Matero Ruiz, Manuela Viña P. González, Marcelina Flores y familia, Juan Cavazos y familia, Ezequiel Ruiz y esposa, miembros de la Cruz Blanca Nacional.

"De Laredo, Texas, se recibieron las siguientes coronas: de la señora Leonor V. de Magnon, presidente de la Cruz Blanca, señorita María Villarreal, Elvira G. de García, Juan Briseño y familia, Pedro Rosales y familia, señora Isabel B. de Arce, señora Salomé U. de Zepeda, Ascensión D. de Luna, señora María R. Flores, Francisco Fierros y familia, profesoras y alumnas de la escuela «La Luz», Miss Bessie Moore, señora G. Zamora, Merce-

des L. Peña, señorita Elvira Martínez, Ninfo Herrera, Federico Fernández y esposa, señorita Ignacia Almendares, Inocencio Guerrero y esposa, señora de Jesús Carranza, Emeterio Flores y familia, Santiago Martínez y familia, J. J. García, hermanas Carranza y Manuel Dávila."

EMISIÓN ESPECIAL

Como homenaje póstumo a la memoria de Maclovio Herrera, la Dirección General de Correos ordenó una emisión especial de timbres con la efigie del revolucionario desaparecido.

(Fin del folleto)

EL PRESIDENTE EULALIO

Mientras en El Bajío se desarrollaban las asombrosas batallas conocidas con el nombre de “Batallas de Celaya”, en nuevo León el Presidente provisional, nombrado por la Convención, general Eulalio Gutiérrez, lanzaba su manifiesto que por ser de suma importancia se transcribe a continuación y que por sí solo aclara la situación de aquellos momentos; dice así:

“Conciudadanos: nadie ignora el origen de mi gobierno y su indiscutible legalidad, puesto que la Convención de Aguascalientes estuvo integrada por todos los elementos revolucionarios del país: carrancistas, villistas y zapatistas; de allí, de la reunión de todos esos jefes, emanó mi nombramiento como Presidente Provisional de la República. Si bien es cierto que mi designación al principio sólo fue por veinte días, después, y antes de que se retiraran los convencionistas de la ciudad de Aguascalientes, me fue ratificada para que subsistiera hasta que se reunieran los nuevos delegados, lo que ya no pudo verificarse debido a los asesinatos cometidos por Villa en las personas del general García Aragón y coronel David G. Berlanga, vicepresidente y secretario respectivamente de la Convención, y del periodista Paulino Martínez, cuyos asesinatos motivaron la desintegración absoluta de ella. (Yo mismo aconsejé a algunos de los miembros marcharan a la ciudad de San Luis Potosí, donde contaba con la indiscutible lealtad de los generales Herminio Alvarez y Matías Ramos y hasta les proporcioné mi carro especial

para que hicieran el viaje). Así es que, no habiéndose podido reunir la Convención por falta de garantías, mi cargo ha subsistido hasta hoy, sin que yo debiera renunciarlo mientras tuviese a mis órdenes algún jefe con mando de fuerzas, ya no para hacerme respetar, sino si quiera para defenderme y conservar el poder hasta en tanto había a quien entregarlo legalmente; pero hoy me encuentro reducido sólo a una pequeña escolta, que no quiero sacrificar conmigo sin provecho práctico para el país; todos me han abandonado: unos por falta de valor para arrostrar una situación digna y honrada y otros por mera conveniencia política, entusiasmados con los recientes triunfos del general Álvaro Obregón.

“Cuando se creyó que mi gobierno era fuerte; cuando se creyó que contaba con el apoyo material de fuerzas suficientes para hacerme obedecer, todos me protestaban adhesión y lealtad y ningún jefe militar, como hoy, se atrevió a discutir la legalidad de mi nombramiento; pero apenas abandoné la capital de la República, por los robos, los plagios, los asesinatos, el atentado cometido en mi persona por Villa y porque en realidad ya no podía gobernar con la injustificada intromisión de este hombre en todos mis actos administrativos, comenzaron a disgregarse hasta los miembros de mi gabinete: desaparece del villismo la fuerza moral y legal que yo representaba; se exhibe a su líder por todas partes como un excepcional ejemplar lombrosiano; los representantes diplomáticos del extranjero lo conocen en su vida pública y privada: informan a sus respectivos gobiernos de su inmoral conducta y todo aquel falso prestigio de esa facción que se pretendió cobijar con el manto de la legalidad de mi gobierno, cae por tierra; se troca en odios y temores y se ve en ella una amenaza para el país, que es necesario conjurar; se orienta la opinión pública. Yo me perdí entre las montañas, con nadie he podido comunicarme ni nadie se ha comunicado conmigo; por todas partes celadas y traiciones, quedando sólo a la luz pública dos partidos y dos hombres: Villa y Carranza.

“Por las circunstancias en que me encuentro, todavía convaleciente de mi herida, ocasionada por la traición de Carrera Torres, nada puedo hacer como Gobierno; he analizado y considero serenamente mi situación y la del país, y después de meditarlo bien y de acuerdo con los pocos compañeros que hasta hoy me son leales, creo que es patriótico hacer mi dimisión de la Presidencia Provisional de la República, ante el Pueblo Mexicano, ya que no puedo hacerla ante la Convención, por haberse disgregado sus miembros; unos declarándose francamente villistas, zapatistas o carrancistas y otros porque residen en el extranjero, apartados completamente de los asuntos políticos del país.

“Al hacer en esta lacónica forma mi renuncia, hago formal promesa de publicar en mejor oportunidad un manifiesto detallando extensamente las consideraciones que me han obligado a tomar la presente determinación, y dando también cuenta de mis actos administrativos con la publicación de documentos que la Nación debe tomar en cuenta para el conocimiento de sus hombres y sobre todo, para que la Historia nos juzgue y dé a cada quien lo que le corresponde. Constitución y reformas. Ciénega del Toro, Nuevo León, a 2 de junio de 1915. Eulalio Gutiérrez.”

Con esta actitud del “Presidente Putativo de la Convención” pudieron al menos definir su actitud los grupos de fuerzas que se llamaban “convencionistas”, que en muchas oportunidades atacaban a las fuerzas que dirigía el general Obregón, aunque también en ocasiones los villistas atacaban a los convencionistas, como en el encuentro habido en el punto llamado San Felipe Torres Mochas y por todo esto se verá la anarquía y la angustia que reinaba en el país.

MÁS DERROTAS

Aunque las tremendas derrotas que el villismo recibió en Celaya, de hecho significaron su aniquilamiento, es preciso hacer mención de las posteriores batallas libradas para que el Ejército Constitucionalista recuperara la ciudad de León, lo cual se logró el día 7 de mayo, al terminar la cual, los villistas huyeron en completa desbandada, dejando en poder de los Constitucionalistas 300 000 cartuchos, 3 000 rifles, 20 ametralladoras, 6 cañones y gran cantidad de provisiones de boca, por lo que el general Obregón, con su habitual buen humor decía: "Son más sustanciosas las remesas que nos hacen los bandoleros que las que nos hace el señor Carranza desde Veracruz". Días antes habían tomado Estación Trinidad y el día 3 de junio de 1915, el general Obregón había perdido el brazo derecho, en la hacienda de El Conde, por la explosión de una granada que estalló en el momento en que en compañía de miembros de su Estado Mayor, atravesaba un patio para dirigirse a las trincheras, explosión que derribó a todos por tierra. Al tener que dejar el mando del ejército el general Obregón, tomó su lugar el general Benjamín G. Hill.

La plaza de Aguascalientes fue tomada el día 10 de julio de 1915. Los villistas al huir dejaron: 8 trenes, cuatro millones de cartuchos, nueve cañones, 22 ametralladoras, cuatro mil fusiles. Se les hicieron 2 000 prisioneros. Cabe hacer notar que el parque que dejaban abandonado los bandoleros le fue de gran utilidad al general Obregón, porque supervivientes villistas de aquellos combates, todavía tratan de hacer creer que perdieron porque su parque era "de salva".

La situación de las fuerzas de Obregón era muy comprometida en diversos puntos; antes de lograr capturar las diversas plazas mencionadas, los combates duraban tres y cuatro días en los que eran atacados por un número abrumador de villistas. Las provisiones de boca se les agotaban totalmente e igualmente el armamento, pues las remesas, que venciendo mil dificultades les enviaba el señor Carranza desde Veracruz (custodiadas por el entonces coronel Ignacio C. Enríquez, joven de 25 años de edad), se demoraban en forma desesperante, ya que los zapatistas, unidos siempre a Villa, destruían la única vía de comunicación que había con Veracruz. Además, antes de entrar en Aguascalientes, dos de los hombres de más confianza de Villa: el más famoso de sus "puntales", Rodolfo Fierro, así como Canuto Reyes, se habían desprendido del grueso de las fuerzas villistas y, metiéndose en la retaguardia de los constitucionalistas, procedían con actividad diabólica, destruyendo la vía del Central, pretendiendo restablecer comunicación desde San Luis Potosí al sur, hasta tener contacto con la Ciudad de México, y ponerse en comunicación con las fuerzas de Zapata, para poder mover gente del norte al sur, libremente. La situación era verdaderamente crítica, pues se carecía totalmente de víveres, ya que los villistas hacían siempre un saqueo completo de provisiones de boca antes de abandonar una ciudad, por lo que al entrar las fuerzas de Obregón tenían que hacerse cargo no sólo de la tropa, sino también de la situación desesperada de la población no combatiente, para cuya solución había que ordenar remesas de provisiones, como sucedió al entrar a Aguascalientes, ciudad que encontraron totalmente saqueada, y a la que hubo que proveer con mercancías remitidas desde Guadalajara. Una comunicación dirigida por el general Obregón al general Diéguez, quien se recuperaba de una grave herida en Lagos de Moreno, explica perfectamente la crítica situación de aquellos momentos. Dice así:

"Al salir de Encarnación, considerando el estado delicado de su salud, no quise comunicar a usted las causas que me obligaron a seguir este plan; pero ahora juzgo necesario manifestarle que nuestra situación era así: las

vías férreas y telegráficas estaban destruidas en Cazadero, Ahorcado y cerca de Tula; León, en poder del enemigo y nuestras comunicaciones interrumpidas de esa a León, el combustible agotado completamente, y nueve trenes en Encarnación, con aceite para sólo unas cuantas horas de movimiento, apenas suficiente para regresarlos a esa. Para consolidar nuestra retaguardia, sólo contábamos con los elementos que allí teníamos, pues había dirigido repetidos telegramas al jefe, pintándole la gravedad de nuestra situación y encareciéndole ordenar a los jefes a nuestra retaguardia restablecer la comunicación y mandar combustible, sin que esto pudiera tener resultado, dado que los sucesos inmediatos posteriores, la repentina aparición de la columna de Reyes y Fierro, a retaguardia y su avance al sur, destruyendo las comunicaciones, imposibilitaban toda acción combinada. Regresarnos era del todo imposible, pues teníamos provisiones apenas para seis días, y la cuestión del parque era para usted bien conocida, sólo teníamos el suficiente para librar un combate, y no había esperanzas de recibir nuevas remesas de éste, ni provisiones, ni combustible. En estas circunstancias, resolví devolverlo a usted, por el estado de su herida, así como los trenes, y emprender este movimiento por tierra, para atacar Aguascalientes por la retaguardia del enemigo. Éste comenzó a resistir desde nuestra salida de Encarnación y llevamos tres días de combates. Tenemos provisiones solamente para mañana, y el parque está muy escaso, sólo el indispensable para atacar una plaza por asalto. A cuatro leguas de Aguascalientes; imposibilitado para retirarme, por falta de parque y provisiones, y porque hacerlo sería muy inconveniente; conociendo perfectamente el peligro que corro en esta situación, mañana, al amanecer, emprenderemos el avance sobre Aguascalientes, con todos mis elementos, teniendo esperanzas, aunque poca seguridad —dada nuestra escasez de parque— de ocupar dicha plaza mañana mismo, lo que comunicaré a usted inmediatamente; pero si este aviso no le llegare en el tiempo que usted juzgue indispensable, deberá tomar en cuenta todo esto, para que adopte las

debidas precauciones, y en su oportunidad, se servirá comunicar al Primer Jefe lo que sea del caso. Lo saludo muy afectuosamente. Campamento de San Sebastián, a 9 de julio de 1915. Al General de División Manuel M. Diéguez, Lagos, Jalisco.”

Lo anterior, que pinta la verdadera situación en que se encontraba Obregón con su gente, coincide exactamente con un parte que rindió el día 9 de julio el secretario particular de Villa, un coronel Pérez Rul, al hermano de aquél, Hipólito, que se encontraba en Ciudad Juárez como elemento principalísimo de Villa en la frontera. Dicho parte es el siguiente:

“Aguascalientes, julio 9 de 1915, coronel Hipólito Villa, Ciudad Juárez, Chihuahua. Como manifesté a usted en mi boletín anterior, el combate de ayer fue el más rudo y terrible porque el enemigo atacó con resolución y entereza. Hoy continuó el combate, con intermitencias, por casi todo el día; pero a pesar de haberse luchado con ardimiento, fue de menor intensidad que el de ayer. El enemigo atacó con todas sus fuerzas, formadas de infantería, artillería y caballería; y de nuestra parte solamente entraron en acción unos diez mil hombres de caballería; varias brigadas de caballería permanecieron inactivas y toda la infantería ha estado cruzada de brazos, en sus magníficos atrincheramientos, por no haber sido necesaria su cooperación. La artillería tampoco tomó parte ayer, pero sí el día de hoy; entraron en juego cuatro baterías, reservándose todas las otras para un ataque decisivo. Toda esa artillería funcionó con muy buen éxito, así como dos secciones de ametralladoras. El resultado no pudo haber sido más brillante para nuestras fuerzas: en estos momentos, el enemigo se encuentra muy destrozado y sitiado, así como en plena desmoralización; mientras tanto, crece el ánimo de nuestros soldados, que en este combate han venido a desquitarse dignamente de los reveses sufridos. La columna de Obregón venía con la plena seguridad de que para el día de ayer podría comer en esta plaza de Aguascalientes; así lo manifestaron todos

los prisioneros que hemos capturado. El campo de batalla ha tenido 20 kilómetros de extensión. Varias veces el enemigo ha pretendido escaparse por Palo Alto, rumbo a San Luis, y allí ha sido vigorosamente batido por las brigadas ‘Agustín Estrada’ y ‘Bañuelos’, y muy principalmente por la soberbia escolta de ‘Dorados’. Lagos y Encarnación han quedado completamente solos. El enemigo se encuentra reducido a una zona sumamente estrecha, en lugares donde carece de agua y de toda clase de elementos. Para que se forme usted una idea del hambre que reina en el campo carrancista, debo manifestarle que, a muchos muertos del enemigo, se les ha encontrado en los bolsillos de los pantalones semillas de calabaza y pedazos de nopal. En su campamento también es muy escasa el agua, en tanto que, por nuestra parte, hacemos toda clase de esfuerzos por llevar abundantes provisiones a la línea de fuego. Pasan de tres mil los carrancistas que se han dispersado en todas direcciones, siendo principalmente de caballería. Ayer, en la tarde, el general Isaac Arroyo, se apoderó de la hacienda de San Bartolo, quitando al enemigo ocho carros de harina, dos de frijol, algunas otras provisiones, una vaciada y una gran cantidad de reses, siendo tan vigorosamente batido el enemigo que nuestras fuerzas les quitaron hasta la ordeña, y el personal de ordenaños que traía Obregón. Al sentirse el enemigo atacado por retaguardia, ha hecho esfuerzos desesperados por romper el cerco, y no ha podido conseguirlo. Es imposible darse cuenta del número de muertos y heridos del enemigo, porque la lucha no ha dado tiempo para levantar el campo; pero puedo asegurar que es inmenso el número de bajas que han tenido los carrancistas. Han perdido muchos caballos, coches, vaciadas, provisiones y otros muchos elementos, encontrándose en estos momentos en una situación muy crítica, por el hambre y por haber muerto el general carrancista Martín Triana y otro que no fue identificado. Han sido rechazados vigorosamente en todos sus asaltos. Creo que en uno o dos días más habrá terminado esta batalla, de tan inmensas proporciones, con el exterminio completo o la

dispersión de la principal columna carrancista. Por ahora, las infanterías del enemigo quedan en muy difíciles circunstancias, por falta de elementos y agua, así como de parque. A cada momento, tienen mayor número de fuerzas convencionistas que los asedian y los ponen en situación muy apurada. Muy pronto espero tener el gusto de comunicarle que ha terminado, del modo más brillante, esta batalla, que marca una de las páginas más gloriosas en la historia de la División del Norte. Para completar esta información, me doy el gusto de manifestarle que la columna expedicionaria de cinco mil hombres que desprendió el general Villa hacia el sur, al mando de los generales Canuto Reyes, Rodolfo Fierro, José Ruiz y Cesáreo Moya, ha hecho una brillante campaña. En estos momentos, acaba de llegar un correo que mandó el General Reyes de Irapuato, con fecha 6 del actual. Los informes verbales del correo y los pliegos que trae, nos hacen saber que, sucesivamente, nuestras fuerzas han ido recorriendo las poblaciones de Lagos, Loma, Pedrito, San Francisco del Rincón, Silao, Villalobos e Irapuato, en todo ese tramo tan extenso, han levantado la vía férrea y destruido completamente la línea telegráfica, ayudados en esta labor por los vecinos pacíficos de todo el trayecto, que los han recibido con aplausos y gritos de entusiasmo. Comunica el general Reyes que en estos puntos del sur solamente se acepta el papel villista y rechazan el expedido por Carranza y Obregón; que, por todas partes, los reciben con demostraciones de entusiasmo; que han destruido las comunicaciones a tal grado, que aun en el caso de que el enemigo pudiera repararlas tranquilamente y sin ser hostilizado, no podrá lograr su objetivo ni en dos meses de constantes trabajos. El general Reyes desprendió una fracción al destruir la vía de Irapuato a Guadalajara, y los pocos trenes que tenía el enemigo tuvieron que salir rumbo a Celaya. Con esta destrucción de la vía férrea, se han quedado copados catorce trenes que, próximamente, van a quedar en poder del general Villa, y se obtiene el aislamiento completo de Obregón de su base de aprovisionamiento. Por mucho tiempo la

columna carrancista no podrá recibir refuerzos de ninguna parte, por tener destruidas hasta las bombas, tinaicos y cambios. El general Fierro, valiéndose de astucias, se apoderó del telégrafo en Pedrito, y tomando el nombre de Álvaro Obregón, dio órdenes a todas las fuerzas que se encontraban hacia el sur, causándoles el mayor daño posible. Esta labor de Fierro ha sido muy inteligente y audaz, produciendo resultados trascendentales para el enemigo. Esta columna expedicionaria se propone llegar hasta la Ciudad de México. Atentamente, el coronel del Estado Mayor, Enrique Pérez Rul."

Saltillo, Coahuila, fue tomada por las fuerzas de Obregón más o menos el día 4 de septiembre; días después, atravesando todo el desierto de Coahuila en marchas sumamente penosas, tomaron Torreón y luego Parral, a donde días antes habían llegado trenes con el producto del saqueo villista efectuado en Torreón, de donde se llevaron, además de todos los comestibles, todo el instrumental médico de los hospitales y sanatorios y todo el mobiliario del colegio Villa Matel, las camas del internado, útiles escolares, etcétera... Pero muchos días antes de estos sucesos ya andaba Villa a buena distancia de esta zona, porque el día 8 de septiembre de 1915, se supo en Parral lo sucedido en Las Nieves, Durango.

EL COMPADRE URBINA

El día 6 de septiembre a altas horas de la noche, llamó Villa al domicilio del jefe de telégrafos de Parral, señor Abelardo Ronquillo, para ordenarle que transmitiera un telegrama a La Rueda, y de allí fuese llevado a Las Nieves, dirigido a Tomás Urbina, pero haciendo aparecer que dicho telegrama había sido depositado en Aguascalientes. El jefe telegrafista no tuvo más que obedecer la orden de Villa, quien con su tropa llegó a Las Nieves, Durango, casi al mismo tiempo que llegaba el telegrama. Tomás Urbina había sido de sus más

allegados compañeros desde mucho antes de iniciarse la Revolución de 1910, cuando "Doroteo Arango" con su partida de malhechores, asaltaba los alrededores de Parral y asesinaba humildes campesinos y pastores indefensos; era "el compadre Urbina" el jefe que por más de dos meses estuvo atacando El Ébano, con resultados siempre negativos y entonces se dijo que había manifestado voluntad de pasarse al partido contrario; esta circunstancia u otra obraría para que estuvieran distanciados principalmente Urbina y Rodolfo Fierro. Éste, acompañando a Villa, envía las fuerzas que por sorpresa caen sobre las de Urbina, quien resulta herido... momentos después llega Villa disculpándose de aquella "confusión", lo abraza, llora con torrentes de lágrimas y le pide lo ayude dadas las circunstancias a que ha llegado después de un sinnúmero de derrotas... Urbina accede inmediatamente a ayudar a "su compadre" y de uno de los cuartuchos en que habita saca varias cajas de "puros" que tiene llenas de preciosísimas alhajas, monedas de oro y piedras preciosas y entrega todo aquello a Villa, quien horas después ordena a Fierro que acompañe al compadre a Chihuahua "para que se atienda su herida"... Salen de Las Nieves, dizque rumbo a Chihuahua, yendo atrás un coche que conduce a la mujer de Urbina; al llegar a Catarinas, Fierro asesina a Urbina en presencia de la mujer y deja abandonado el cuerpo en el camino.

Como se menciona en capítulo anterior, días antes y por única vez, había estado Villa en la ciudad de Durango, plaza a la que nunca antes pudo llegar porque estuvo siempre defendida por los hermanos Domingo y Mariano Arrieta, valientes revolucionarios que siempre repudiaron al villismo, al igual que la opinión pública de esta ciudad capital, que siempre le fue adversa. Al llegar Villa a Durango estableció su cuartel en los almacenes Dam e inmediatamente ordenó la aprehensión de un grupo de civiles destacados en el medio duranguense, entre ellos estuvieron los señores Antonio Bracho, Pedro Torres y Juan Paura, quienes llevados a su presencia, fueron asesinados inmediatamente.

RUMBO A SONORA

Hecha añicos lo que fuera la poderosa División del Norte, después de una serie ininterrumpida de derrotas en una serie también de combates de enormes proporciones, Francisco Villa concibe el plan de atravesar de Chihuahua a Sonora pretendiendo capturar la costa del Pacífico, con el sueño que siempre tuvo de volver a tomar contacto con Emiliano Zapata, su aliado de siempre. Entrando por Casas Grandes, Chihuahua, atraviesa el villismo la sierra. Obligó Villa a sus tropas a hacer aquella travesía sin tomar en consideración el sacrificio que para ellas significaba, dada la condición física de sus hombres, muchos de ellos con heridas a medio cicatrizar, etcétera. Al atacar Agua Prieta sufrió otra completa derrota por las fuerzas al mando del general Plutarco Elías Calles, en la cual, como en todas las batallas del Bajío, se le hicieron gran número de prisioneros y allí muchos de sus hombres pudieron ponerse a salvo cruzando la frontera. Nuevamente fue derrotado al pretender ocupar Hermosillo, defendido por el general Manuel M. Diéguez y colaborando el entonces joven coronel Lázaro Cárdenas, con 1 500 hombres de caballería.

Fue en esta travesía a Sonora cuando Rodolfo Fierro, el "puntal" más apreciado de Villa fue devorado por el grueso fango que cubría la Laguna de Guzmán, cerca de Casas Grandes, Chihuahua, la que pretendió cruzar a caballo en cuya montura llevaba gran cantidad de monedas de oro. Jinete y caballo quedaron sepultados y de sus compañeros que vieron cuando desaparecía, no hubo uno que le lanzara al menos una reata para intentar salvarlo. Se dijo entonces que el lodo de la laguna aún se sacudía, horas después, porque el caballo tardó en morir.

Los días 21 y 22 de noviembre de 1915, tuvo lugar el ataque a Hermosillo por las fuerzas al mando personal de Villa. La plaza fue defendida heroicamente por los constitucionalistas al mando de los generales Diéguez y Angel Flores. La batalla duró 30 horas y fue en extremo dura y sangrienta.

El heroico general Ángel Flores (admirado y querido entrañablemente, principalmente en Sinaloa y Sonora), se batió

bizarramente, habiendo perdido casi la totalidad de su gente; pero puso en huida al villismo. El parte que rindió el general Diéguez lo recibió el general Obregón el día 27.

Un día antes, el día 26, los constitucionalistas habían logrado capturar la plaza de Nogales, según parte que rindió al general Plutarco Elías Calles el coronel Lázaro Cárdenas, quien con sus caballerías logró tomar contacto con el enemigo y como al medio día entró el resto de la columna a la plaza de Nogales.

Días después fue enviado el coronel Cárdenas como vanguardia de la columna que debería tomar contacto con las fuerzas del general Diéguez, que permanecían en Hermosillo.

SE LE CANSÓ EL DEDO...

De los "puntales" fue siempre Rodolfo Fierro el más estimado de Villa; entre los hechos "sobresalientes" ejecutados por Fierro, estuvo el muy conocido realizado en el pueblito de Avilés, Durango, en 1913, después del combate en que perdió la vida el general huertista Álvarez... Fierro puso en formación a los prisioneros y sentado en medio de un corralón estuvo ejercitando el tiro al blanco sobre cada uno de aquellos, teniendo a su lado a su asistente quien le estuvo cargando la pistola... cuando llevaba asesinados 82 prisioneros le dijo a su asistente:

—Ahora sigue tú... porque a mí ya se me cansó el dedo...

En esos momentos entró al corralón el teniente coronel Porfirio Talamantes, pistola en mano, tratando de suspender aquella bestialidad; al verlo, Fierro palideció, y todo turbado no hizo sino extender los brazos hacia los lados y dar hacia atrás, dos o tres pasos lentamente...

El señor don Enrique Picard, propietario que fue de los almacenes "Las tres BBB" en la ciudad de Chihuahua, en una grata reunión que tuvimos en 1931, nos relató entre fumarola y fumarola de su pipa, que en el mes de julio de 1914, "estando yo en mi oficina, me avisaron que me buscaba Rodolfo

Fierro (creo que era general)... Conociendo las características de dicho individuo me alarmé fuertemente sin tener la menor idea del motivo de su llamado... pero no tuve más remedio que salir y recilirlo... Pronto me indicó que me buscaba porque suponía que yo tenía para la venta cosméticos europeos... a lo que contesté afirmativamente...

"Entramos al almacén y me compró lápiz para los labios (que no fuera muy rojo, un tono suave)... se lo entregué y acto continuo aplicó un poco a sus labios... Luego me preguntó si tenía 'alzo' para un lunar que me mostraba en una de sus mejillas... Se lo dí y pronto también lo aplicó sobre el lunar... Luego, con voz amenazante me anticipó que no debía yo decir a nadie nada de aquello... ¡No, le aseguré!... ¡Pierda usted cuidado!... ¡Yo no diré ni una palabra!... Y respiré tranquilo al momento en que se alejaba de mí aquel individuo... aquella expresión de lascivia tan impresionante... y durante horas estuve luchando por quitarme de mis oídos aquella voz aflautada tan repugnante..."

* * *

Siempre derrotado el villismo, no tenía otra salida de Sonora para regresar a Chihuahua que los pequeños pueblos de Batuc y San Pedro de la Cueva cuyos habitantes estaban sufriendo depredaciones constantes por las frecuentes incursiones de partidas de villitas. Resueltos a terminar con aquella situación, decidieron armarse los habitantes del pueblito de San Pedro y en número de 60 pretendieron impedir la entrada del villismo que se aproximaba en número de dos mil. El 1º de diciembre de 1915 se entabló tan desigual combate, habiéndose sostenido aquellos heroicos defensores sólo unos cuantos momentos. Los villistas entraron al pueblito de San Pedro, hicieron prisioneros a todos los civiles emparentados o no con aquellos 60 defensores que habían tenido que huir al preterir hacerle frente a sus atacantes. En la placita del lugar fueron asesinados todos aquellos inocentes prisioneros, principiando por el cura párraco don Andrés Avelino Flores, quien se presentó a Villa a rogar por los prisioneros y a quien éste derribó por tierra de fuerte puñetazo, disparando en seguida sobre él.

Y así cayeron familias completas: tan sólo de la familia Noriega murieron: Edwigis, Cruz, Alberto, Jesús R. Demetrio, Jesús P., Pascual, Jesús O., Nicasio, Mauricio, Tomás, Anastasio, Abenisiso, Gonzalo y Mariano. De la familia Encinas: Francisco, Pablo, Refugio, Heriberto y José. De la familia Vázquez: Eleuterio, Gregorio, Juan. De la familia Básaca: Juan, Guadalupe y Juan E. De la familia Rivera: Francisco y Francisco C. Rivera. De la familia Moreno: María Carmen, Cruz, Conrado e Higinio. De la familia Núñez: Andrés, Florencio y Donaciano. De la familia Silva: Jesús María, José y Eduardo. De la familia Chino: Jesús, Rafael y Federico.

También cayeron asesinados: Pedro Perúñuri, Ángel Núñez, Ángel Duarte; Miguel, Francisco, Florencio y Miguel E. Calles; Maximiliano Ahuesta, Vicente Romero, Inocente Ochoa, Francisco Andrade, Conrado Monge, Alejandro Posada, Carmen Carrillo, Manuel Soto... y muchos más.

Al mismo tiempo que en la placita del lugar se asesinaba a todos estos civiles, se les prendía fuego a las casas del pueblo, por lo que las familias de todas aquellas víctimas, mientras escuchaban las detonaciones que momento a momento quitaban la vida a algún miembro de su familia, considerando unos que en ese momento caía asesinado su padre; otro, que su hijo, etcétera; tuvieron que salir huyendo hacia el monte familias completas, enloquecidas de espanto y llevando a niños pequeños que pasaron todo género de penalidades, ya que carecían absolutamente de todo, y atormentados por temperaturas bajo cero.

Por muchos años la miseria más espantosa se enseñoreó en aquel desventurado pueblo de San Pedro y principalmente de todas aquellas familias cuyos miembros varones desaparecieron; carecieron de alimentos, de ropa, aún de lo más indispensable y no fue sino hasta 1917 que el general Plutarco Elías Calles visitó esa miserable región, que se les proporcionó escuela a todos los huérfanos y se les asignó una modesta pensión a las viudas desamparadas por aquella barbarie.

En tales condiciones de derrota, no le quedó al villismo otro camino que dispersarse, y así lo dispuso Villa al llegar a Bustillos, Chihuahua.

Para esas fechas, las fuerzas constitucionalistas ya habían amnistiado a muchos de los hombres de Villa; a raíz de la toma de Aguascalientes, pidió su amnistía, con toda su gente, el general Pánfilo Natera, y en Sonora se rindió incondicionalmente el general Urbalejo, que fuera de los más allegados al gobernador Maytorena, brazo fuerte del villismo en 1914, por tratarse del estado fronterizo de Sonora.

En Ciudad Juárez se aceptó la rendición de los jefes villistas Fidel Ávila, J. Terrazas y otros, con su gente, a la que se le recogieron armas y municiones; intervino en esto con mucho éxito el cónsul en El Paso, Texas, señor Andrés G. García, por cuyo conducto se rindieron los jefes Banda y Limón, Andalón y Paliza con cuatro mil hombres (¡todavía en tales fechas tal número de hombres traía el villismo!), pronto se entregó la guarnición de la ciudad de Chihuahua, en donde se recogieron 85 locomotoras y 2 000 carros de ferrocarril.

Poco tiempo antes, al llegar Villa a la ciudad de Chihuahua, todavía en su poder, encontró en la estación de los ferrocarriles al general José Delgado y a Aspiroz (artilleros del huertismo admitidos después en el villismo), haciendo preparativos de viaje hacia los Estados Unidos, lógica solución que encontraban para aquella su situación de derrota (en vez de amnistiarse), pero Villa los asesinó en el acto con su propia pistola.

Así terminó aquella impresionante demostración de fuerza que tantos adictos logró para la traición de Francisco Villa que costó a México millares y millares de vidas; un año antes, en diciembre de 1914, había sido el fastuoso desfile militar en la Ciudad de México, que tanto impacto hizo en la opinión general a favor del villismo.

Felipe Angeles y Díaz Lombardo, que habían representado la parte "intelectual" al lado de Villa, seguramente a raíz del desastre de Aguascalientes, partirían rumbo al extranjero.

José Santos Chocano, el poeta peruano que había venido a cantar las glorias de Villa, debe haber observado algo muy sospechoso en el "bandolero divino", porque separándose de él, huyó también a El Paso, Texas, desde donde en agosto de

1915. dirigió la siguiente carta a don Manuel Bonilla, quien se encontraba en Washington con el carácter de representante de Villa.

"Señor ingeniero don Manuel Bonilla,
Washington, D. C.

"Muy estimado don Manuel:

"Uno de los pocos hombres de la Revolución que se ha percatado de mi interés en un orden superior de principios, es usted; y estoy, por otra parte, seguro del aprecio personal con que me distingue usted, correspondiendo al que le tengo. Todo ello me hace esperar que acoja usted estas líneas con la deferencia que han de merecerle, sin duda, mi sinceridad revolucionaria —en lo que a principios universales toca— y mi efusiva amistad hacia usted. Sospecho que nadie, o casi nadie, le dirá lo que paso a decirle. La serenidad de su criterio me garantiza que pesará usted mis palabras en lo que valen, por veraces y honradas.

"No sé, ni quiero saber la situación en Washington: sí sé —y me duele saberlo— la situación en el Norte de México. Suponiendo que, aunque Washington ha de conocer tanto como yo esta última, el problema se resuelva de conformidad con los intereses que usted representa, nada se habrá avanzado. El Presidente interino que pudiese sobrevenir «reconocido» y si quiere usted «apoyado» por Washington, desempeñará su papel sintiéndose permanentemente «en capilla»: podrá sacrificarse a sus principios o a sus amigos, pero es absurdo suponer que pueda —cualesquiera que sean sus aptitudes— dominar la situación. El enemigo más formidable de ese gobierno «artificial» no sería Carranza, sino Villa. Villa no sabe obedecer, sino mandar. Las circunstancias han desnudado a mis ojos totalmente su espíritu rudimentario; cultivado, parecería un Genio; renuente a la cultura, sólo parece un loco. Sus facultades son exuberantes, pero

desorbitadas. Los siquiátras estudiando la maravillosa inteligencia de este hombre sin cultura, pensarían: «puede ser un gran hombre»; pero penetrando las tendencias de una voluntad excelsiva que procede siempre... siempre. . . siempre con violencia, esto es, por "impresiones" y no por reflexiones, pensarían definitivamente, como pienso yo ahora: es un epiléptico.

"Un gobierno apoyado sobre este hombre sería una inocencia dormida sobre un peligro.

"A nadie escucha, a nadie atiende, y, lo que es más grave, a nadie cree. No necesito empeñarle a usted mi palabra de honor, para que esté usted seguro de la rigurosa exactitud de tres frases que este hombre me ha dicho confidencialmente y que lo exhiben iluminado por un relámpago de sinceridad:

"1: Díaz Lombardo no es inteligente... es un... (aquí una palabra rural...)

"Comentario: este hombre desautoriza ante mí toda la situación internacional que está creando.

"2: Hágase usted, amigo, ciudadano mexicano, y lo nombro jefe militar de todo el suroeste.

"Comentario: este hombre no se percata de mis intenciones, ni siquiera de mis aptitudes.

"3: Hoy no podemos hablar, amigo, porque estoy «trastornado»...

"Comentario: a confesión de parte... etcétera.

"¿Cabe pensar en el establecimiento de una simulación siquiera de gobierno sobre el apoyo —llamaréle así— de tal desequilibrio psicológico? Inútil relatar hechos comprobatorios que ilustren el criterio de usted. Una locura de fusilamientos, una borrachera de atropellos, una desesperación de fiera en medio del incendio de un bosque... Villa, en la actualidad, no necesita ministros, sino simples verdugos— y vaya si los tiene a su disposición: los famosos «puntales», como él dice. Entre una indicación de Díaz Lombardo y una contraria de Fierro, no vacila: procede

fulminantemente de acuerdo con el último. Con decirle a usted que ya ahora me explico lo de Eulalio Gutiérrez, Lucio Blanco, José Isabel Robles y Aguirre Benavides...

"Ahora bien; la base política contra Carranza ha sido y es sólo ésta: «¡Abajo el dictador!» Muy bueno, pero ¿se trata de cambiar solamente la dictadura de Carranza por la dictadura de Villa?... ¡Horror! Yo estoy sospechando que los que hemos sido sinceros amigos de Villa, tenemos en cualquier momento más garantías con el propio Carranza que con Villa tal como es. Confeccionarlo es doloroso, pero honrado.

"¿Es posible, por ventura, la eliminación de Villa para hacer un gobierno serio, respetable y respetado, sólido? ¡No! Porque entonces, ¿quién afronta la lucha armada contra Obregón? Villa es el único que quiere pelear, sus fuerzas no han sido vencidas por las de Obregón, sino por el «cansancio», para no decir de una vez, por el «pánico»... ¿Acaso Ángeles? Nuestro amigo Ángeles, tan culto, tan fino, tan hábil, está muy lejos de ser y de poderse hacer un «caudillo militar»... Y para seguir la lucha armada hay necesidad más que de un «organizador» de tropas, de un caudillo que les levante el ánimo, que los entusiasme, que los arrastre a la pelea: nadie quiere pelear. En el momento que Villa desaparezca (si se des cuenta a los «puntales» que son peores que él) los rifles tendrán que disparar solos. Todos, militares y civiles, sienten la urgencia de la paz: el único que me ha hablado de seguir peleando es Villa. Quiere decir que para que el Gobierno «artificial» que saliese de las conferencias proyectadas llegase a sostenerse, sería necesario —he aquí el contrasentido— que Villa se fuese y que Villa se quedase; es un peligro para la situación civil y es una necesidad para la resistencia militar. El problema no tiene solución, como usted fácilmente apreciará. ¿La intervención? Entonces, la rendición incondicional a Carranza, cosa segura, cosa resuelta. El mismo Ángeles lo ha anunciado en una declaración pública. Villa también me lo ha dicho, aun que yo no creo nada de lo que promete hacer.

FRANCISCO VILLA ANTE LA HISTORIA

"Madure usted las reflexiones que confío le sugerirá esta carta; nada le aconsejo, porque no tengo títulos para ello, ni persigo ningún propósito. Me siento aún desconcertado.

"Pienso ir a Washington donde daré una serie de conferencias públicas sobre la verdadera situación de México. Allí tendré el gusto de ver a usted, y tal vez para entonces se me habrá ocurrido alguna idea a este respecto, que le expondré con la sinceridad con que ahora le escribo.

"Ya usted sabe que soy su amigo, afectísimo y seguro servidor.

"José Santos Chocano.

"P. S. Sería indiscreto que me contestase usted, lo comprendo. Hablaremos en Washington."

MIS RECUERDOS PERSONALES

¡Allá... en mi lejana infancia...!

Nosotros regresamos a Parral a principios de 1916. Habíamos radicado en El Paso, Texas, desde finales de 1914. Recuerdo aquella ciudad atestada de familias mexicanas; unas se habían expatriado voluntariamente para salvar sus vidas e intereses al principiar la Revolución de 1910; otras, porque había sido derrotado el orozquismo; otras, por huertistas. Difícil era encontrar habitación en El Paso; familias parralenses, modestas, pero que nunca se imaginaron verse forzadas a habitar en los llamados “presidios”, horribles y pestilentes, tuvieron que resignarse a ello. Mi papá fue afortunado, alquiló la última de un grupo de “casitas en serie” en la esquina de la calle Primera y Tays, en el desprestigiado “segundo barrio”. Tenía al frente un “porchecito” de madera y enseguida dos o tres habitaciones (como un tranvía con varios carros), un bañito, una cocina; por fuera un “barandal” de madera bajito, aislando una angosta y larga laja de terreno en donde crecían algunas plantas y en donde había una morera que nos regalaba con abundantes y dulces frutos. Atravesando la calle Primera, había una gran extensión de terreno surcado de rieles en donde permanecían estacionados largos trenes; estas vías teníamos que atravesarlas a pie cuatro veces al día para llegar a la calle San Antonio, en donde estaba el Instituto Internacional en el que nos inscribió mi papá porque no se resignaba a que estuviéramos sin escuela. Era el dicho Instituto establecimiento de los profesores hermanos Escobar (anti-maderistas y luego orozquistas), y su desagrado por los sucesos en México se les

traslucía en el semblante siempre adusto, el ceño fruncido y la manifiesta antipatía hacia los niños, hijos de revolucionarios... ¡Hasta allá llegaba la pasión del momento!... Los niños que asistían al Instituto unos eran: hijos de maderistas otros de porfiristas, o de huertistas, o de "colorados"... otros de carrancistas... etcétera. Las opiniones que los niños oían en sus hogares las repetían en cualquier oportunidad en la escuela y había discusiones infantiles, pero acaloradas, y había intervención de los profesores, disgustos y ojerizas, etcétera. En aquella casita minúscula soportamos las inclemencias de aquella temperatura paseña, tan distinta de la de Parral: el invierno fue tremendo, con tempestades de nieve que duraban días y noches y que obligaban a quemar leña en el "calentón" que tenía instalado la casita. Más aún nos hizo sufrir el verano sofocante, en aquellas habitaciones diminutas y con los techos casi al alcance de la mano. Por las noches nos "comían" los moscos, porque queriendo que soplara algo de viento dejábamos abiertas aun las puertas de alambre (screens). A mucha distancia estaban todavía los tiempos en que se usaran los insecticidas.

Con la avalancha de familias solicitando casas de alquiler, subieron las rentas. Nuestro casero, bajo, gordo y rozagante como un "Santa Claus", llegaba puntualísimo cada día primero de mes y sin anunciarse entraba y se acomodaba en la sala; no hablaba ni una palabra de español. **Cobraba**, sonreía y se ausentaba. Treinta dólares era la renta y para mí era un sufrimiento ver que mi papá tenía que pagarlos, porque consideraba yo que cada dólar eran... ¡dos pesos de los nuestros...!

PALUDISMO

La tirantez de nuestra economía se agravó cada día de nuestra estancia en El Paso, por la constante atención médica que hubo de buscarse, pues mi papá resultó atacado de paludismo, enfermedad endémica en la costa del Pacífico, zona que habían atravesado los jefes de la Brigada Juárez en compañía

de todos sus hermanos al abandonar la zona villista de Chihuahua, a finales de septiembre de 1914. Para la auidad no había abundancia en mi casa pero sí contemplamos deslumbrados las festividades en aquella ciudad extranjera: como aparición celestial eran para nuestros ojos aquellos escaparates de las magníficas tiendas de ropa y de juguetes que ya tenía El Paso, y luego los adornos, los cantos y toda la alegría que se desbordaba aun de las casitas más humildes, festividades sin ostentación, sin derroches innecesarios, pero de las que disfrutaban hasta las familias más modestas. Toda la ciudad estuvo envuelta en un perfume de "fruit-cake" y el hogar más humilde exhalaba un aroma de pastelillos recién horneados, olor a mieles, olor de frutas, de compotas... Asimismo, la casita más pobre gozaba de una atmósfera tibia, acogedora; su chimenea encendida complementaba el ornato propio de la fiesta augusta que llenaba de paz los espíritus. Con moderación y sencillez miles de familias pertenecientes a una diversidad de sectas protestantes celebraban el nacimiento de Cristo Jesús...

"¡YO SOY DE ZACATECAS...!"

Por el lado de la calle Tays era nuestra vecina la familia de un doctor de apellido alemán, pero él era mexicano. Nosotros quisimos hacer amistad con ellos, porque había muchos niños, pero pronto supimos que la esposa, mujer corpulenta que a los chiquillos nos llamaba la atención porque decíamos que "tenía bigote", tenía "a raya" a todo el vecindario y una vez que los visitamos platicó la señora que allá en su tierra, habían tenido un altercado callejero con no sé quién.

—Yo soy de Zacatecas y no me dejo —decía, al mismo tiempo que se enrollaba las mangas como quien se prepara a dar puñetazos... y luego agregaba todavía alterada de recordar el altercado:

—Y yo que por un descuido no llevaba en aquel momento mi navaja...

Lo más pronto que se pudo terminó mi mamá su visita y nos retiramos para siempre de aquella amistad...

—¡Válgame el cielo —decía mi mamá—, entre qué gente hemos venido a caer...!

La vecina de la calle Primera era una señora de aspecto y modales finos; también era familia expatriada por la Revolución, siempre vestía de negro y se le notaba siempre triste... (¿quién no lo estaba?)... una tarde oímos gritos y llantos en casa de esa vecina... salimos todos alarmados: afuera, abajo del "porchecito" se daban de puñetazos y se insultaban soezmente los dos jóvenes hijos de la señora, uno que ese día había cruzado el puente internacional y que era villista, y el otro, que ya tenía tiempo en El Paso y que era orozquista: la afligida madre, pálida y desencajada trataba de separarlos con sus débiles fuerzas...

Mi papá terció entre los rijosos y calmó los ánimos. Tenía la pobre señora, también en su casa, a un hermano enfermo de tuberculosis: como los muros en la generalidad de las construcciones americanas son muy delgados, en nuestra casa oíamos de día y de noche la tos del pobre enfermo, y los mayores temían el contagio.

Entonces la menor de mis hermanitas aprendió a repetir la frase aquella de la mujer de Zacatecas, y simulando también que se enrollaba las mangas, la repetía con todo el ademán de franca pelea... lo que desternillaba de risa a quienes la escuchaban.

LAS APUESTAS

Mi papá y mi tío Jesús establecieron un pequeño negocio de pasturas en la calle Stanton Sur; allí conocieron a los señores Zambrano y Orrantía con quienes discutían y opinaban de política mexicana; cuando estaba muy próximo el encuentro de las fuerzas de Obregón y las villistas, la discusión y los ánimos subieron de tono; pero la agresividad se sofocó con una "apuesta": 500 dólares a que ganaba Obregón, apostaron mi padre y mi tío; igual suma a favor del villismo apostaron los contrarios... No pagaron... ¡pero perdieron...!

FIESTAS PATRIAS

El 16 de septiembre nos dimos el lujo de pasar al lado mexicano, lo cual era fácil; no había entonces el embrollo de los pasaportes que establecieron años después... los pobres expatriados teníamos ganas de escuchar, al menos el Himno Nacional... si hubiera sido ya la edad "del radio", con haber escuchado una transmisión en casa hubiéramos tenido música mexicana y ecos de alguna ceremonia conmemorativa... pero en 1915 tuvimos que ir "al otro lado", Ciudad Juárez ¡qué pueblo más sucio en esos días...! Sus calles sin indicios de pavimento, todo lleno de tierra, de inmundicia... aquella soldadesca ebria y desgobernada invadiéndolo todo; mujeres pintarrajeadas dando espectáculos en plena calle... gritos, insolencias, horror y mugre por todos lados... Nada grato encontramos; y descorazonados, tristes, infinitamente tristes, regresamos todos los expatriados otra vez a El Paso, llenando a reventar los tranvías eléctricos... Así, lleno de sombras guardo todavía en mi memoria el año aquel que radicamos allá... "en el otro lado"... también allá, en el mes de abril habíamos recibido la noticia de la muerte de mi tío Maclovio; de Parral llegaron su madre, su esposa, su hermana y muchos familiares más, quienes salieron rumbo a Nuevo Laredo, a los funerales. Por única vez en mi vida yo vi a mi padre llorar...

CHARLES CHAPLIN

Sólo un punto de alegría guardo en mi recuerdo de aquella vida paseña; el diario regreso del establecimiento comercial de mi papá, quien siempre nos encaminaba hacia uno de los cines cercanos en que nos solazábamos con alguna película de Charles Chaplin, entonces en su apogeo. Noche a noche era Chaplin en patines, diminuto, pasándose por entre las piernas de un policía gigantón que lo perseguía... cada noche... Chaplin, los mil percances de Charles Chaplin...

RUMBO A MÉXICO

Apenas hubo comunicación por Coahuila, mi papá decidió regresar a México; no quería ni pensar que sus hijos, sobre todo los varones, crecieran en aquel ambiente, hablando aquel idioma que no era ni inglés ni español y adquiriendo costumbres raras. En tren hicimos el viaje de regreso. Atravesando avenidas limpiísimas y maravillosamente iluminadas, una noche, en raudo automóvil, llegamos a la estación de El Paso. Seguramente por ser una familia con muchos niños, los mismos empleados de la estación se esmeraron en atendernos; pronto se hicieron cargo de nuestros velices, y nos acomodaron con todo género de atenciones en los magníficos coches con asientos acojinados de terciopelo rojo, limpiísimo y amplio todo, con abundante y fresca agua para beber; con abundante provisión de vasos de cartón, limpios y perfectamente bien surtidos los sanitarios; todo en perfecto orden y precisión absoluta en la salida del tren; sonrisas y atenciones de la tripulación para todos los pasajeros... Muy pronto llegamos a Eagle Pass: seguramente se celebraba alguna fiesta porque la pequeña ciudad estaba refulgente de luz, con hileras de focos a lo largo de sus limpias calles. Unas cuantas horas permanecimos allí, pronto cruzamos la línea divisoria para tomar... ¡ay!... nuestro tren mexicano-revolucionario... Con mil dificultades llegamos a la estación: Piedras Negras estaba en una oscuridad tenebrosa... nos guiamos por las lucecitas de los "aparatos de petróleo" que las vendedoras de infusión de hojas de naranjo o de café tenían cerca de la estación a donde llegamos casi a tientas, cargando nuestras maletas y a los niños ya dormidos. El carro de ferrocarril en que nos metimos no era ni de primera, ni de segunda, ni pullman... era un carro con camas "de palo" fijas alrededor, pero sin recubrimiento de ninguna especie, muchos vidrios de las ventanillas rotos e igualmente colgando rotas las cortinillas. El frío era tremendo y pronto las señoras improvisaron camas para los pequeños con cobertores y colchas y también cubrieron las ventanillas con lo que tuvieron a mano. Nadie sabía a qué

hora partir a el tren, los señores caminaban a uno y otro lado de la estación, entablando conversación con el fogonero, con el maquinista, inquiriendo informes... ninguna contestación en firme... y ningún movimiento del tren. Seguramente en la madrugada salimos por fin de Piedras Negras, y al amanecer, al aclarar el día, volvió a detenerse el tren por horas y horas, en pleno llano, no había estación ni construcción alguna; allí permanecimos no menos de cuatro horas... ¿qué pasaba...? nadie sabía nada y la tripulación nada informaba... por fin, después de un sinnúmero de detenciones, durante minutos caminando el tren en reversa, luego hacia adelante "a vuelta de rueda", con la misma velocidad que los señores viajeros que sin preocuparse de subir a los furgones y cabuses caminaban a pie al lado del tren... Llegamos a Paredón... allí si nos avisaron que íbamos a permanecer cinco horas... furgones y cabuses se vaciaron, los pasajeros se lanzaron en distintas direcciones en busca de alimentos... Ya para esas horas la abundante provisión de comestibles que habíamos traídos desde El Paso se nos había agotado y para ese medio día no teníamos ni un pedazo de pan de qué disponer... pero por una "loca fortuna" logramos que nos vendieran una gallina. Estas preciadas aves de corral eran ya raro hallazgo en los campos mexicanos, pues el abrumador número de combatientes de todas las facciones, había echado mano de todos los gallineros a su paso por todas las regiones del país y hasta era conocido un general "Gallinas", y un licenciado "Gallinas" cuyo mote obedecía a una marcada habilidad que habían demostrado, mediante malas mañas, para adquirir dichas preciadas aves de las que milagrosamente lograban disponer en momentos en que el hambre apretaba pavorosamente.

Pues bien, aquella gallina que nosotros obtuvimos en Paredón, se ofreció a cocinarla una miserable mujer que habitaba un jacal de adobes, y al medio día nos preparábamos a comer sentados a ras del piso, dentro del jacal, formando un círculo. A cada uno de nosotros nos fue servido un plato de caldo... no habíamos tomado la primera cucharada cuando sopló un viento tan fuerte que metió dentro del jacal una cantidad enorme de tierra y de estiércol que nos cubrió total-

mente y convirtió en lodo nuestro humilde puchero... ¡Ay!... qué desesperación... mi pobre madre rompió a llorar... no encontró otro camino más que el de las lágrimas en aque-^{no}l fracaso, en aquella desolación, ante aquel panorama árido, horrendo de las llanuras de Coahuila...!

“Lafa Gafallifinafa”

Años después, en 1922 o 1924, en un periódico de la capital se publicaban de domingo a domingo relatos de “todos sabores” de sucedidos durante la Revolución. Uno de ellos se refería a una ocasión en que miembros de las tropas del general Pablo González, careciendo por varios días de alimentos, llegaron a un poblado y decidieron tener una regular cena una noche, por lo que atraparon una atrevida gallina que se acercó al tren militar, la cual metieron debajo de una tina, mientras la disponían para el platillo. Pronto la dueña de la preciada ave se presentó ante el jefe del destacamento reclamando vigorosamente su gallina, con acres expresiones y palabras gruesas y no desistía de su reclamación con ninguno de los argumentos que se le daban, iracunda en sumo grado... Uno de los que estaban en “el secreto”, queriendo informar a un compañero que ignoraba el origen de tal reclamación, quiso hacer uso del modismo de hablar “con la efe” que en esos días estaba en boga, pero tal individuo no tenía ningún dominio sobre tan novísimo idioma y dijo:

—Debajofo de la tinafa está escondida la gallinafa...

¡Como de rayo! la iracunda propietaria recuperó su ave y se desató en improperios e insultos contra sus raptores, quienes desconsolados, vieron marchitarse sus ilusiones de la opípara cena que sólo en su mente saborearon, desquitándose sólo con un chaparrón de insultos y de malos tratos para el aprendiz de idiomas que había frustrado los planes de los hambrientos secuestradores.

TORREÓN

Al día siguiente llegamos a Torreón, ciudad nueva, aún niña, de trazo moderno, con hileras de casas bajitas, pero muy atrasada aún en 1915; el pavimento todavía no asomaba por ninguna de sus calles, y la tierra suelta, una tierra con la calidad del polvo de talco, se levantaba con sólo transitar por la ciudad, envolviendo a las personas y a la ciudad entera, porque las enredaderas y demás plantas de sus pocos jardines se veían siempre de color gris, como todo el resto de la población, lino de tierra, siempre sucia. Tenía también Torreón una cantidad pavorosa de “rateros”, principalmente por el rumbo de la estación; como consecuencia, los torreonenses cerraban sus casas totalmente, lo que daba un aspecto desolador a la ciudad.

JIMÉNEZ, CHIHUAHUA, ENERO DE 1916

En un furgón del primer tren que salió para Jiménez, viajamos nosotros; muy temprano, y con mucho frío nos alejamos del polvoriento Torreón; iba el tren a “vuelta de rueda” porque las vías no inspiraban mucha confianza, pues acababan de ser reparadas. El villismo, al ir huyendo de todas las ciudades, hacía añicos las vías férreas y se proveía de comestibles saqueando totalmente todos los pueblos que abandonaba, replegándose más y más al norte del país. Escasez de comestibles no sufrimos en ese trayecto a Jiménez porque precisamente porque se sabía que todas las ciudades carecían de todo, los comerciantes se esforzaban en hacer llegar los productos a su alcance. En el mismo tren en que nosotros viajábamos iba un furgón lleno de plátanos, limas, cañas; en las interminables horas de ese viaje ocurrimos mil veces con los propietarios de aquellas frutas, quienes nos proveyeron abundantemente... Jiménez tenía entonces para los niños el encanto del tranvía de mulita que hacía su recorrido todo el día, desde la estación a lo largo de su bella calzada, hasta el

centro. Su conductor, un viejecito de presencia encantadora, personalmente desenganchaba la mansa bestia al llegar a cada una de las terminales y la enganchaba en el lado opuesto, listo para emprender otro recorrido sobre sus paralelas de acero; los jubilosos muchachos llenaban el pequeño tranvía a toda hora del día.

PARRAL

El ramal de ferrocarril que une a mi tierra natal con Jiménez ya estaba en servicio y pronto llegamos y nos radicamos en donde menos debíamos haberlo hecho, en la "boca del lobo": Parral. Hidalgo del Parral fue la tierra de mis abuelos, de mis padres; en Parral y en sus alrededores (Santa Bárbara, Minas Nuevas, Conchos) radicaron por generaciones nuestros humildes antepasados. En Parral, mi padre y sus hermanos formaron sus familias; allí trabajaron y se relacionaron entre sí, tan estrechamente, que formaban una sola unidad; allí crecimos juntos aquel enjambre de primos, yendo a las mismas escuelas oficiales, como se les llamaba entonces a las públicas; juntos íbamos a los mismos paseos, a la misma iglesia "El Santuario", en donde se explicaba la doctrina a las 3 de la tarde, los domingos, a no menos de mil niños. Al terminar, de todas las puertas del templo brotaban, apretujándose, centenares de niños luchando todos por alcanzar la calle sin dejar de cantar a todo pulmón:

"Adiós Reina del Cielo, madre del Salvador.
Adiós, oh, Madre mía... adiós... adiós... adiós..."

Era el capellán de la iglesia el padre Manuel Moreno (español), gran persona, gran predicador, con su bien timbrada voz y su pronunciación tan castiza jamás cansaba a su auditorio. Él dirigía a los niños en la doctrina, y cuando su voz se oía ya lejana, terminando una de las estrofas del himno:

"permíteme que vuelva tus plantas a besar..."

los muchachos, ya fuera del templo, al mismo tiempo que se entregaban a sus forcejeos y juegos jocundos, contestaban con todas sus fuerzas:

"Adiós... adiós... adiós..."

El canto infantil llenaba de dulzura el amplio barrio de San Juan de Dios; se saturaba el ambiente de ternura y alejándose por las diversas calles, los niños despreocupadamente repetían una y mil veces:

"Adiós, oh, Madre mía... adiós... adiós... adiós..."

EL SANTUARIO

Era el templo de moda en aquellos días. Años antes había sido una iglesia sumamente modesta, de una sola nave, pero al ser reparada se le adicionaron dos naves más, se colocaron en ella altares de madera bellamente labrada, se le puso piso de mosaico, se le dotó de amplio portal, sostenido por cinco grandes arcos de medio punto; aún así no era una iglesia lujosa, sino sencillamente un templo tipo "Misión" sumamente grato.

Parece que el total de la reparación corrió por cuenta de Don Pedro Alvarado y que todavía en el momento de inaugurar las nuevas obras con una gran Misa Solemne se encontraron con que no había bancas... ¡Ah!, pero enterado de ello Don Pedro, ordenó al momento que fueran llevadas sillas de bejuco, americanas, de las mejores que hubo en Parral, y las docenas que de ellas se necesitaran... No faltaba más... lo que el nuevo Santuario necesitara... allí estaba Don Pedro Alvarado con su fabulosa mina "La Palmilla", ¡qué podía suceder! Y luego, a oír Misa con devoción... en los primeros asientos Don Pedro y su esposa Doña Virginia... una gran señora, modesta en sus modales, en sus vestidos, en sus actitudes... antes del hallazgo minero, y después; siempre moderada y serena. Por la puerta lateral del palacio de Don Pedro salía la

calesa tirada por un tronco de hermosos caballos, conduciendo a Doña Virginia y a Don Pedro, casi únicamente para dirigirse a la iglesia; poca afición tenían por los paseos. El palacio había sido construido, como por arte de magia, ante los asombrados ojos de los parralenses, que atónicos escuchaban los maravillosos relatos de aquello que parecía fábula, y que era realidad: "La Palmilla"... Poco tiempo sobrevivió doña Virginia a tan extraordinario suceso, pronto se observaron muestras de que su salud decaía, enfermó y murió. La puerta principal del palacio de Don Pedro se abrió por última vez para dar paso al cortejo fúnebre; luego se cerró para siempre; Don Pedro no permitió jamás que se abriera de nuevo, por ningún motivo... jamás... jamás ..

PROFUNDA RAIGAMBRE

A Parral volvimos por el amor al terruño, por el conocimiento de sus gentes, por la experiencia ya adquirida en la diaria lucha para ganar el sustento. También porque había la creencia... la esperanza... de que una verdadera paz habría de conseguirse ya, y con ello se restablecieran todas las fuentes de trabajo... Con esa confianza, con ese anhelo, volvieron cientos de personas a ponerse al frente de las pequeñas propiedades agrícolas o mineras que poseían, o que arrendaban, o cuyo funcionamiento conocían y ello les proporcionaba medios para subsistir con sus familias... Agricultores en pequeño, mineros en pequeño, volvieron cientos de ellos y se radicaron en Parral, y en sus cercanías, con ánimo enérgico a emprender de nuevo sus labores conocidas... Mi padre no tenía ninguna clase de bienes; su trabajo era el comercio, y al comercio volvió...

Se fortalecía la esperanza de que el villismo no adquiriría nueva fuerza con la llegada a Parral, y su región, de fuertes columnas, a la cabeza de las que vimos desfilar generales de renombre como Amaro, Lozano, Chávez, Diéguez, Murguía, Jacinto B Treviño, Fabela, José Gonzalo Escobar, Amarillas.

Cuando la columna que llegaba era formada por indios yaquis la esperanza subía de tono... ¡Ahora sí!, ¡ahora sí!, decían con alegría todas las gentes... Esa esperanza fue la que puso en manos del villismo a tanta gente indefensa cuyas vidas se segó con todo lujo de crueldad. En poblados de poca importancia, en rancherías, realizaron aquellas hordas de malhechores sus más horrendas carnicerías, en contra de los más humildes e indefensos campesinos.

Para los jefes que tenían a su cargo la persecución de Villa, la campaña contra el villismo fue "la gallina de los huevos de oro" que costó al gobierno carrancista enormes sumas de dinero, y a la nación la pérdida de incontables vidas, ya que por centenares morían los más humildes soldados en los frecuentes choques de chusmas antagónicas, que tal fue la realidad de aquellas matanzas. Los jefes militares a los que el Gobierno del centro encomendaba la campaña contra Villa tuvieron buen cuidado de no matar el filón de oro que tanto les producía. Y la esperanza, ¡ah!, siempre la esperanza, retuvo en aquellas regiones a tanta gente de trabajo, tanta gente de bien, tantos campesinos humildes, aquellos que en el campo habían nacido y en el campo esperaban sacar el sostén de sus familias... sólo encontraron la muerte.

SANTA ISABEL

Como se dice en otras páginas de este libro al quedar el villismo aniquilado a fines de 1915, regresaron al Estado de Chihuahua, infinidad de hombres de trabajo que confiaron en una verdadera pacificación del país. Entre esos hombres de trabajo predominaban los mineros, ya que Parral, Santa Bárbara, El Oro, etcétera, son puntos en donde siempre han existido fundos mineros en gran número.

El día 10 de enero de 1916, en un tren de pasajeros, se dirigían a Cusihuiriachic 18 norteamericanos, empleados de una compañía minera, de las muchas que por siglos han dado trabajo a miles de familias, a millares de obreros mexicanos en

el Estado de Chihuahua. El tren fue asaltado por una partida de villistas, de las muchas que por años quedaron merodeando en aquel desventurado Estado, partida ésta que era capitaneada por Pablo López y Rafael Castro. Los indefensos norteamericanos fueron bajados del tren y asesinados allí mismo, en presencia del aterrorizado pasaje. Este incidente ocasionó al gobierno mexicano serias dificultades con el gobierno de Estados Unidos.

El gobierno norteamericano exigía una indemnización en dólares para los deudos de sus ciudadanos asesinados, pero sometido el asunto a un eminente internacionalista sudamericano, doctor Rodrigo Octavio, se falló a favor de México, aduciendo que aquel acto era solamente un atraco de bandoleros, fuera de toda responsabilidad del gobierno mexicano. Como consecuencia, el señor Carranza puso a Villa y a los suyos fuera de la ley con un Decreto que dice:

"Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, en uso de las facultades extraordinarias de que me encuentro investido, y considerando: que la frecuencia con que están repitiéndose los atentados por las gavillas de bandidos que han quedado dispersos en diversos lugares del país, después de que el Ejército Constitucionalista aniquiló a la reacción armada, reclama enérgicas medidas de represión y un severo castigo para los responsables de tales crímenes; y en vista del último al oeste de Santa Isabel del Estado de Chihuahua, los forajidos que capitanean los cabecillas Rafael Castro y Pablo López pertenecientes a las fuerzas de Francisco Villa, de quien reciben órdenes, asaltando un tren de pasajeros y dando muerte a 18 ciudadanos norteamericanos, según el precedente establecido por el Gobierno Constitucionalista en casos análogos registrados anteriormente he tenido a bien expedir el siguiente decreto:

"Artículo 1º—Queda fuera de la ley el cabecilla reaccionario, ex general Francisco Villa.

"Artículo 2º—Quedan fuera de la ley los cabecillas reaccionarios, ex general Rafael Castro y ex coronel Pablo López.

"Artículo 3º—Cualquier ciudadano de la República puede aprehender a los cabecillas Francisco Villa, Rafael Castro y Pablo López, y ejecutarlos sin formación de causa, levantando un acta en que haga constar su identificación y su fusilamiento.

"Dado en la ciudad de Querétaro a los catorce días del mes de enero de 1916.—V. Carranza."

COLUMBUS

En seguida, partiendo de Las Cruces, Chihuahua, Villa reunió más o menos a 300 hombres, que hacía poco había él mismo dispersado en Bustillos, y a los que les había anticipado que los llamaría en el momento conveniente, y con ese grupo asaltó en la noche del 9 de marzo de 1916, el tranquilo y desprevenido pueblo de Columbus, Nuevo México, siéndole fácil penetrar hasta el centro, saquear e incendiar, mientras una parte de los bandoleros asaltaban a la pequeña guarnición que se encontraba dormida y que fue muerta. Los bandoleros trataron de ultrajar a unas damas norteamericanas que se encontraban en el mismo hotel en que estaba hospedado el señor José Pereyra (parralense), quien hizo fuego contra los asaltantes para proteger la salida de aquella familia, lo cual se logró; pero hecho prisionero fue llevado ante Villa, quien lo asesinó personalmente. La situación en nuestro país era comprometida en extremo, la angustia, el sobresalto de todo mexicano se pintaba vivamente en su semblante, se creía que no iba a ser posible evitar una intervención armada de Estados Unidos sobre nuestra patria y no se necesitaba ser profeta para augurar el resultado: nuestro país, pobre, miserable, hecho pedazos, en guerra desde 1910 y débil en extremo, en ruinas, sobre todo por el movimiento gigantesco, costosísimo, dolorosísimo, que hubo de lograrse para conseguir el aniquila-

miento del villismo, destrozadas todavía sus vías de comunicación; quemados, convertidos en eriales sus campos de cultivo; las minas, las fábricas, todos los centros de trabajo paralizados aún... qué iba a ser de nuestro México con una intervención armada de tan poderoso país vecino... la amargura llenaba el corazón de todos los mexicanos, hasta los niños, en las escuelas se percataban de la situación y tenían siempre presente en el recuerdo la actitud heroica de los Niños Héroes de Chapultepec.

Como consecuencia del ataque a Columbus, los habitantes de Texas y Nuevo México quedaron profundamente enardecidos, y esta actitud se reflejó en un desprecio aún más marcado para todos los mexicanos, los más pobres, los más humildes en el vecino país. Yo conocí en El Paso, Texas, a un policía apellidado Encontrías, quien me mostró su pistola en cuya cacha había once marcas correspondientes a once mexicanos, a los que, con jactancia, decía haber dado muerte, porque después de Columbus "matar a un mexicano era menos grave que matar a un perro".

Consumado su delito de lesa patria, Villa y sus forajidos huyeron. Huyeron siempre, jamás pretendieron siquiera intentar enfrentarse a los norteamericanos, sino que, al aumentar sus hordas, buscaban la manera de atacar a las fuerzas constitucionalistas que en los momentos aquellos, sin poder evitar choques sangrientos como en El Carrizal, se colocaban en situaciones sumamente difíciles. Sin embargo, fuerzas mexicanas al mando del coronel José Cavazos lograron acercarse a los bandoleros que huían por San Andrés o Guerrero, y en la huída una bala alcanzó a herir en la pierna derecha a Villa, quien desbanda nuevamente a su gente y se refugia en la sierra, que conoce palmo a palmo... ¡ha andado 26 años de bandolero...! y en una cueva permanece durante meses, curándose la herida... Ya sanará... y ya volverá a llamar a sus incondicionales y seguirá cayendo sobre hombres de campo, muje es o niños indefensos... antes de la Revolución su partida se componía de ocho o diez criminales... ahora serán tres o cuatro mil desalmados los que ocurran a su llamado con su irresistible bandera de saqueo y matanza...

Columbus. Las autoridades norteamericanas estaban enteradas de que Villa se aproximaba a esta pequeña ciudad, según lo comprueban los siguientes comunicados, tomados del Registro de la Marina y del Ejército de los Estados Unidos:

"El Paso, Texas, 3 de marzo de 1916.
Secretario de Estado.
Washington.

"Villa abandonó el punto Pacheco, cerca de Madera, miércoles, con 300 hombres dirigiéndose hacia Columbus, Nuevo México. Hoy se informó que se encuentra al oeste de Casas Grandes. Hay motivos para creer que intenta pasar a los Estados Unidos y espera continuar a Washington. Favor de considerar esta posibilidad y la necesidad de que se nos den instrucciones en la frontera. (Firmado, Cobb.)"

"El Paso, Texas, marzo 6 de 1916.
Secretario de Estado.
Washington.

"Mi telegrama de 3 de marzo parece confirmarse. El comandante general Gabira, en Ciudad Juárez, comunicó a la prensa esta mañana que Villa se dirige a la frontera y que había pedido a las autoridades americanas que tuvieran cuidado con él. Mis informes son que Villa debe llegar esta noche o mañana. He dado instrucciones al administrador de la aduana en Columbus para que urgentemente telegrafie cualquiera información."

"El Paso, Texas, 7 de marzo de 1916.
Secretario de Estado.
Washington.

"El administrador de la aduana, en Columbus, telegrafía que Villa, con aproximadamente 400 hombres, se encuentra en el río al sureste de Columbus, 15 millas al oeste y como a 50 millas al sur, donde hicieron alto para robar el ganado de los empleados de la compañía Palo-

mas Land and Cattle Co., los cuales, a excepción de uno, según informes, salieron violentamente para los Estados Unidos. (Firmado: Cobb.)”

“El Paso, Texas, 8 de marzo de 1916.
Secretario de Estado.
Washington.

”Se informa que el general Villa se encuentra en Rancho Nogales, situado como a 25 millas de la frontera y a 65 de Hachita, Nuevo México. Los datos que se tienen son de que se dirige al oeste para Sonora. (Firma: Carothers.)”

(Tomado de *Foreign Relations of the United States*, página 485).

(Carothers, gran amigo de Villa, en un carro agregado a su tren, acompañó a éste en su entrada a la capital de México a finales de 1914.)

Al asaltar Villa a Columbus, llevaba doble propósito: capturar al licenciado Luis Cabrera, a Roberto Pesqueira y a Aarón Sáenz, que en tren, pasaban hacia El Paso, Texas, procedentes de Douglas, momentos antes del asalto. Milagrosamente se escaparon de morir.

George C. Carothers (agente especial de los Estados Unidos), estuvo siempre cerca de Villa. Este agente, Carothers, dirige el 24 de abril de 1914 un comunicado al Secretario de Estado, haciéndole saber que acaba de cenar con Villa, quien le aseguró que no habría guerra entre los Estados Unidos y los constitucionalistas.

“...que él (Villa) es un buen amigo de nosotros y que nos consideraba a su vez sus buenos amigos; que ^{en} lo que a Villa se refiere, podíamos conservar Veracruz y bloquearlo en tal forma que las tropas de Huerta no pudieran ni siquiera proveerse de agua, por lo cual él (Villa) no guardaría ningún resentimiento y que ^{su} viaje a Ciudad Juárez tenía por objeto restablecer ^{la}

confianza entre nosotros. Y como prueba inequívoca de su estado de ánimo me entregó un cobertor de lana muy suave, que goza de fama en México, con la súplica de hacerlo llegar al general Hughes Lenox Scott, a Washington, haciéndole presente sus felicitaciones por el ascenso que le dieron como ayudante en Jefe del Estado Mayor. .”

Del 18 de junio de 1914, hay otro telegrama del agente especial Carothers al Secretario de Estado, Mister Lansing que se explica por sí solo:

“Fue materialmente imposible evitar un rompimiento entre Villa y Carranza, pero si los planes de Villa se llevan a cabo, esto no interferirá con el progreso de la Revolución. Sus tropas abandonaron Torreón rumbo a Zacatecas, en un empuje rápido hacia la Ciudad de México. Donde quiera y cuando encuentre algunos otros cabecillas revolucionarios, Villa les dará la oportunidad de pelear bajo sus órdenes o dirigirse a cualquiera otra división, la de González o la de Obregón. Villa dice que cuando él y sus tropas lleguen a México, él se doblegará al deseo de los demás generales y que entregará la presidencia a quien quiera que fuese y que sea nombrado en un consejo de generales, aunque se trate de Carranza. Le pregunté acerca de su posición como mediador y me contestó que si los Estados Unidos le recomiendan seguir cierto curso, él (Villa) lo tomaría en consideración con todo interés, ya que sabe de la amistad que existe hacia México y que los Estados Unidos no serán capaces de recomendarle algo que pudiese hacer daño a su país. (Firma: Carothers.)”

(Tomado de *Foreign Relations of the United States*, página 542.)

El escritor norteamericano John Turner califica de “ineflicacia criminal” el hecho de que, enterados como estaban las autoridades norteamericanas de la proximidad de Villa hacia Columbus, se diera orden a la guarnición de dicho pe-

queño pueblo, de salir fuera con el pretexto de perseguir a unos abigeos.

(Además de los intereses del trust petrolero que quería a todo trance evitar la promulgación de la Constitución del 5 de febrero de 1917, había pugna entre los partidos Demócrata y Republicano, con la mira de escalar el poder en el vecino país.)

* * *

Cuando en 1939, la autora de estos relatos ocurrió al domicilio del licenciado Luis Cabrera para hacerle entrega de un ejemplar del pequeño libro de la primera edición, el señor Cabrera se mostró sumamente sorprendido y gratamente impresionado, porque dijo:

—Esto tiene para mí un valor enorme porque voy a enterarme de lo “que sucedió después”... de tantas cosas que ignoramos la mayor parte de los que en una u otra forma fuimos actores en aquel sinnúmero de encrucijadas en que estuvimos colocados.

Ojeaba el libro rápidamente, leyendo en voz baja algunos párrafos y decía con voz apenas perceptible:

—¡Ay...! ¡Ay...! Qué de recuerdos... qué de sucesos... No sé cómo algunos quedamos con vida... Cuando Villa atacó Columbus yo acababa de pasar en el tren de Douglas a El Paso, y años después me encontré en Nueva York con el senador texano Hon C. Bee, quien me aclaró que a Villa le habían informado miembros del Partido Republicano, mediante una nota de Felipe Ángeles, que yo pasaba en ese tren y que debía Villa capturarme y ¡asesinarme!... ¡Villa y Ángeles! Qué mancuerna de hipócritas: uno por su innata esquizofrenia y el otro por su innata maldad, qué daño hicieron a la Revolución y qué destrozo hicieron del país...

Repetidamente me dio sus agradecimientos, repitiendo que aquello era “un tesoro para él”, sin darle importancia a mi explicación de que era algo escrito por una persona impreparada y que sólo por haber sido testigo de aquellos hechos, había sentido la obligación de publicar ese trabajo.

TREMENDOS MOMENTOS

Hubo conferencias en El Paso o Ciudad Juárez, entre el general Álvaro Obregón, como representante del gobierno del señor Carranza y el general Scott, por parte del gobierno de los Estados Unidos. El gobierno mexicano permitió la entrada de la Expedición Punitiva (nombre con que se conoció el ejército que entró a Chihuahua en persecución de Villa), al mando del general Pershing, tomando en consideración que años atrás, cuando eran frecuentes las incursiones de indios salvajes en ambos países, se había permitido mediante convenios, que indistintamente fuerzas de un país o de otro pasaran en su persecución. La condición que se puso a los norteamericanos fue que no entraran a ningún poblado, sino que permanecieran alejados unos kilómetros para evitar fricciones que se temía sobrevendrían, como en efecto sucedió en Parral; una de esas fricciones tuvo lugar el día 12 de abril de 1916, en que un grupo de más o menos 70 soldados, la mayor parte americanos, unos pocos negros, entró a la ciudad.

Estos soldados, cuyo jefe era el capitán Tompkins, habían perdido su camino, y en completa desorganización, cansados, sedientos y hambrientos, hechos una piltrafa, llegaron a Parral, dejaron sus caballos alrededor de la plaza Guillermo Baca y se tiraron sobre el jardín, en el momento en que salían los niños de la escuela oficial número 99 que está frente a la mencionada plaza. (Eran las 12 horas).

Al ver los muchachos a los soldados “gringos” empezaron a lanzarles piedras y a provocarlos; los americanos no hablaban ni una palabra de español ni comprendían aquella actitud; sorprendidos se pusieron de pie y se semblanteaban unos a otros queriendo adivinar lo que pasaba. Como sucede siempre en todo acto escandaloso, en donde no hay quien se responsabilice de nada, fue agrupándose la gente que casualmente pasaba por allí y el alboroto fue en aumento. La gente pacífica se sobresaltó, el comercio cerró precipitadamente sus establecimientos y un grupo bastante numeroso de escandalosos se amotinaron en la Presidencia Municipal pidiendo armas.

La autoridad civil que lo era don José de la Luz Herrera (Presidente Municipal) trató de calmar los ánimos, y pronto, acompañado de un intérprete se acercó hasta el mayor Tompkins haciéndole ver que, de acuerdo con la autorización del gobierno del centro, no tenían derecho a entrar a ninguna población; iguales razonamientos presentó el general Lozano que era el Jefe Militar en ausencia del general Luis Herrera, quien se encontraba en la capital a donde había ido a solicitar armamento para la Brigada Juárez.

El jefe norteamericano inmediatamente accedió a retirarse, pero los alborotadores no desistían y el zafarrancho era a cada momento mayor; hubo gritos, insultos sin cuento y descargas de fusilería, resultando muerto uno de los norteamericanos por el rumbo de la estación. Los alborotadores tomaron el cadáver, lo despojaron de cuanto traía de valor, lo desnudaron y le robaron hasta los casquillos de oro de la dentadura; luego le acomodaron un puro entre las mandíbulas y, desnudo, cruzado de piernas, lo sentaron al borde del presón de San Rafael. El grupo de soldados norteamericanos se retiró rumbo a Santa Cruz de Villegas, desde donde estuvieron enviando mensajeros a comprar provisiones de boca a Parral. Entre el grupo de mexicanos alborotadores estuvo la señorita Elisa Griensen, persona que sufría un desequilibrio nervioso, quien consiguió empuñar un rifle entre el tumulto y quien meses después, en noviembre 5 de 1916, al tomar Villa posesión de Parral, estuvo muy cerca de él, seguramente por su ideología "anti-gringa" ya que Villa entró a caballo lentamente por la calle principal del pueblo, calle de Mercaderes, y seguido de sus hordas gritaba:

—¡Vamos a matar gringos...!

(Al dejar Parral en esta ocasión, Villa se dirigió a la ciudad de Chihuahua, plaza que estaba guarnecida por fuerzas del general Jacinto B. Treviño. Allí llegó el 23 de noviembre de 1916... Llevaba un objetivo primordial: asesinar a la insignie Margarita Guerra... la señorita profesora Guerra, directora de una escuela municipal en Parral, por muchos años...)

El 12 de abril citado antes, hubo, por supuesto, personas de buena fe que estuvieron entre el tumulto descrito en Parral,

pero ellas fueron contadísimas, como contadísimas serían, tal vez, las personas que lo siguieron en esa época al grito de "vamos a matar gringos..." (De Parral nadie lo siguió).

PARRAL, 1916

Francisco Villa ataca Parral los días 9 y 10 de julio de 1916. Viene herido y viaja en un coche tirado por bestias. Lo acompaña una mujer. A hora temprana da principio el combate. Defiende a Parral la Brigada Juárez, cuyo jefe es Luis Herrera. Las distintas cargas villistas son rechazadas y, por último, huyen los bandoleros rumbo al Valle de Allende, al ser atacados por la retaguardia por Ignacio Gurrola al frente de unos cuantos hombres. Villa está a punto de caer prisionero y tiene que abandonar el coche para tomar las ancas del caballo de uno de los suyos. Al llegar a Ciénaga de Mata, se encuentra jugando en una huerta a dos niños, hijos de don Ignacio Montoya, José de la Luz y Antonio, a quienes trata de obligar a decir dónde está su padre; no logra su intento y asesina a aquellos pequeños.

El sobresalto en Parral se agudiza; se saben las fechorías de las hordas villistas en los alrededores, y es constante la amenaza de un nuevo ataque. Baudelio Uribe (un carnicero de Ciudad Jiménez), el "mocha-orejas" es un nuevo elemento del villismo y su barbarie regocija a aquellas chusmas. Pretendiendo restarle "elementos" al villismo, o como prueba de la existencia del "mocha-orejas", son éstas exhibidas en Parral, en un aparador de la ferretería "La Palma", cuando esta tienda ocupaba el local que después se llamó "El Porvenir", en la antigua calle de Mercaderes. En Valle de Allende, Chihuahua, residía dos años después el doctor Palafox, quien sufrió esta barbarie, así como muchos que sobrevivieron muchos años.

El 5 de noviembre del mismo año, encontrándose la Brigada Juárez en Torreón, a donde tuvo que reconcentrarse por carecer de parque, entró Villa a Parral, montado a caballo, por la calle de Mercaderes, gritando:

—¡Vamos a matar gringos!... (Como se dijo antes.)

En marzo de ese año había asaltado Columbus. Seguramente suponía que con ese grito levantaría gente de más o menos valer que lo secundaría; no sucedió tal cosa. En esa permanencia de Villa en Parral, puso su cuartel en la Casa de Hamilton, y muy cerca de él estuvo la señorita Elisa Griensen, quien seguramente pudo presenciar alguno de los horrendos casos de inocentes víctimas que fueron cintareadas brutalmente, como más adelante se relata. Al no lograr Villa engrosar sus chusmas con voluntarios, mandó detener a todos los hombres que se atrevieron a salir de sus casas, los cuales fueron "arreados" al cuartel de la casa de Hamilton. Entre ellos estuvieron los señores: Everardo Escárcega, Jesús San Martín, Jerónimo Soto, Rodolfo Torres, Teódulo Talamantes, Justo y Manuel Lozoya, Rodrigo Chávez, Domingo Silva, Julio Ronquillo, Domingo García, Jesús Reza Ochoa, José Gámez, Joaquín Ponce, el presbítero Genaro Bejarano, Federico Martínez (conocido por "el sordo Martínez"), sombrerero que entonces residía en Parral, y el ingeniero Gustavo L. Talamantes (que años después fue gobernador de Chihuahua y siendo gobernador ocurrió a Parral, bautizando con el nombre de Villa uno de los puentes de esta simpática ciudad). Durante 5 o 6 días permanecieron detenidos; les quitaron dinero, relojes, anillos, todo cuanto llevaban de valor, y sus familiares llevaban a Villa todo el día cuanto dinero podían conseguir. Una mañana, cuando había reunido en la Quinta Hamilton gran número de familiares de los detenidos implorando que los diera libres, les dirigió Villa la palabra, pues conocida fue de todos su afición a decir discursos:

"Oyes, Carmel (Carmen su asistente), ven tú también para que oigas lo que les voy a decir a estas mujeres que no son patriotas, porque si ellas fueran buenas mexicanas, ellas mismas me traerían a sus hijos para que me ayudaran a combatir a los gringos, pero me dejan solo, como si nomás yo debiera defender a mi Patria..."

Hubo entonces también un detalle quizás chusco, como sucede con frecuencia en los momentos de mayor angustia:

Federico Martínez ("el sordo"), que estaba una mañana entre la formación de los que les iban a mochar las orejas, le dijo al que estaba junto a él:

—Mire, coja este consejo: tállese las orejas mucho con saliva, como yo lo estoy haciendo, porque yo creo que así se nos adormecen y no nos dolerá tanto ahorita que nos las corten...

(Y mientras, enfrente de los allí formados, Baudelio Uribe afilaba su cuchillo...)

Para poner en libertad a los presos, Villa exige fuertes cantidades de dinero, y para conseguirlo, los martiriza en forma brutal, golpeándolos con el sable; Don Melesio Loya, Don Jerónimo Soto, Don Teódulo Talamantes, Don Everardo Escárcega y el ingeniero Gustavo L. Talamantes, son bárbaramente cintareados, al grado que su espalda era una masa informe cuando fueron puestos en libertad mediante el pago de crecidas sumas. Don Jerónimo Soto, que al igual que los demás, era sacado diariamente para ser cintareado, pudo enviar un recado a su familia indicándole que en cualquier forma, aunque fuera pidiendo de casa en casa, consiguieran la mayor cantidad de dinero, porque no creía sobrevivir a otro martirio; más de veintidós mil pesos fue el precio de su rescate.

Don Jerónimo Soto fue encerrado en la casa que se conoce por "Molino de don Pedro Máynez"; allí lo vio un familiar de otro de los prisioneros, precisamente cuando era cintareado, y teniendo enfrente colgado el cuerpo de un chino. En esa ocasión, tanto en Parral como en Torreón, la matanza de chinos que ordenó Villa fue espantosa: eran arrastrados a cabeza de silla y colgados por docenas en los álamos que están en las márgenes del río de Parral. En Torreón, mientras dos de sus hombres sostenían de los brazos a Villa, éste a puntapiés empujaba desde la azotea del edificio de un hotel a los indefensos e inocentes chinos, que así encontraron la muerte. En Parral, éste fue uno de los tormentos dados a los detenidos: colgar en su presencia chinos todos los días.

Don Alejandro Ricaud, de nacionalidad francesa, persona por todos conceptos estimable, de 44 años, pero que por su constitución raquítica representaba muchos más, fue muerto a palos y sepultado antes que expirara. A este señor, Villa

ni siquiera lo conocía. Fue detenido varias veces y otras tantas puesto en libertad; la última vez, cuando creyó que definitivamente se le dejaba libre, impulsado por su natural educación, consideró un deber dar sus agradecimientos personalmente a Villa; al oír éste sus palabras quizás observó su acento extranjero, preguntó quién era, se le informó, y acto seguido ordenó que fuese asesinado.

Cuando doña Mercedes Franco de Loya llegó al cuartel en busca de su esposo, escuchó desde el "porche" ruido de golpes y lamentaciones dolorosas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Están matando a don Alejandro —contestó Salazar, uno de los de Villa.

El doctor José de Lille se puso de pie, arrugó el entrecejo y mordiéndose los labios, dio unos pasos conteniendo la respiración... En ese momento llegaba la esposa de don Alejandro con sus niños y su canasta con alimentos; llevaron los soldados la canasta dentro, pero volvieron luego diciendo que la había rehusado el señor Ricaud. Cuando la señora completó la suma que Villa pedía, pidiendo de puerta en puerta, hizo entrega de ella y le fue recibida...

Don Rodolfo Torres relataba como algo "infernial" el aspecto del lugar en que estaban los prisioneros, decía:

"... al mismo tiempo que se oían los golpes de los cintarazos y los ayes dolorosos de las víctimas, se escuchaba el ruido del dinero que vaciaban de bolsas, entregándolo a Villa, los familiares de los presos; las blasfemias e insultos de los verdugos y demás soldadesca y la música que producían los acordeones o 'celestinas' instaladas fuera del cuartel..."

Habiéndoseles escapado quitarle su reloj de oro a don Rodolfo Torres, él voluntariamente lo entregó al momento en que iban a cintarrear a uno de los presos, evitando ese suplicio.

En esa ocasión, el doctor José de Lille fue obligado a seguir a las hordas villistas para que atendiera la herida que tenía

Villa en la pierna. Los vendajes, medicinas y aguas desinfectantes que mandaba llevar el doctor de la botica no eran utilizados, porque Villa le ordenaba que utilizara agua de la llave y pedazos de manta, temeroso de ser envenenado.

El doctor De Lille también atendía a los cintareados que salían con las espaldas despedazadas, al grado de que no podían bajar los brazos. Cuando, más tarde, el doctor pudo recobrar su libertad, decía, al oír que alguna persona se expresaba en el sentido de que pudiera haber alguno que tuviera ascendiente sobre Villa, para hacerlo desistir de un crimen:

—A Villa no lo convence nadie... es una hiena...

Era el doctor De Lille galeno muy conocido y querido en Parral y sus alrededores, por su reconocido talento médico, que en tantas ocasiones había logrado maravillosas curaciones, y también por su extraordinario atractivo personal derivado de ese misterio que se llama "personalidad" y que traen al nacer seres privilegiados. Era el doctor De Lille también un médico generoso y altruista que en muchas ocasiones atendía enfermos pobres sin retribución alguna, teniendo anunciado en su consultorio que los días martes los dedicaba a las consultas gratuitas para los pobres de solemnidad, por lo que en dichos días su consultorio se veía pletórico de enfermos pertenecientes a las clases más humildes.

En noviembre de 1916 sorprende Villa a la guarnición de la ciudad de Chihuahua, comandada por el general Jacinto B. Treviño y logra entrar al centro de la ciudad. Las fuerzas gobiernistas salen precipitadamente dejando abandonadas 13 piezas de artillería (cañones sin cerrojo), que los villistas se llevan y los esconden en unas cuevas, según parece cerca de Satebó, en donde fueron encontradas en 1919, al hacer prisionero a Felipe Ángeles.

Estas 13 piezas de artillería fueron llevadas a Parral por tierra y los parralenses las vieron "desfilarse" por sus calles (plaza de San Juan de Dios y avenida Centenario) hasta la estación de los ferrocarriles y ser depositadas en el mismo tren en que Felipe Ángeles fue llevado prisionero a Parral y luego conducido a la ciudad de Chihuahua.

AÑOS DE ANGUSTIA EN CHIHUAHUA

La vida en el Estado de Chihuahua por años fue de constante zozobra, de tensión nerviosa, esperando siempre, y siempre temiendo que Francisco Villa se acerque. Las poblaciones a merced de las chusmas que lo siguen, a merced de sus venganzas y de sus represalias. La más pequeña alarma hace que los aterrorizados habitantes se encierren y que por las noches no sintiéndose tranquilas las familias en sus propias casas, acudan a las de otras en busca de refugio. Nadie sale, casi no se atreven a hablar. Talleres, minas, todo abandonado, poblaciones incomunicadas constantemente, asaltos a trenes. La asistencia a las escuelas es casi nula, las madres, acudiendo presurosamente en busca de sus hijos a la más leve inquietud, y el terror pintado en los semblantes de todos los niños que huyen despavoridos en todas direcciones.

Y así transcurre el tiempo, los años, enseñoreándose el terror. Sólo una pregunta en todos los labios:

—¿Y Villa?

...y Villa siempre como una maldición, como una espada sobre todas las cabezas.

Al terminar la cadena de derrotas y quedar Villa internado en la sierra después de dispersar a sus últimos hombres, el Gobierno Constitucionalista o el general Obregón quizás consideraron que ya había terminado el problema del villismo, sin considerar que los hombres que Villa había dispersado, muchos de los cuales se acogieron a la amnistía que se concedió en Chihuahua y en Ciudad Juárez y que eran de las más bajas capas del pueblo, la hez de la sociedad que siempre tuvo manos libres en el saqueo e impunidad en todas sus depredaciones, constituían un contingente fuerte de hombres que en cualquier momento le daban fuerza a Villa.

Sería también por las difíciles circunstancias económicas porque atravesaba el Gobierno incipiente del Constitucionalismo como reflejo de la situación de miseria, de ruina total en que quedaron los campos del Bajío, en que quedó la nación entera como resultado de aquella lucha feroz, aquella lucha

sangrienta que amenazó en sus principios destruir para siempre a la nación, aquella lucha que hizo pedazos la Patria mexicana, sería tal vez debido al sinnúmero de problemas que se le presentaban al gobierno, lo cierto es que el estado de Chihuahua quedó a merced de las chusmas villistas, y las pequeñas guarniciones, como la Brigada Juárez en Parral, de la que era jefe el general Luis Herrera, no recibía municiones de la Ciudad de México, ni haberes, ni recursos ninguno. El propio general Herrera hizo viaje a la capital en demanda de parque. Después fue en su representación su padre, el señor Don José de la Luz Herrera, en octubre de 1916, y cuando regresaba a finales de noviembre, ya la Brigada Juárez había tenido que salir de Parral a reconcentrarse en Torreón, en donde estaban las fuerzas del general Severiano Talamante y la caballería de Maycotte.

MUERE LUIS HERRERA

(Diciembre de 1916)

En diciembre atacó Villa a Torreón con 1 200 hombres y bien armado, pues había “desenterrado” sus provisiones de parque que tenía en la sierra, principalmente en un punto llamado “Echevarría”. Para entonces, ya la moral de los jefes carrancistas había caído muy bajo y a ello se debía que los encuentros con grupos villistas que siempre eran numerosos por las causas que antes se expresan, resultaran como choques de chusmas antagónicas... En este ataque a Torreón, el general Talamante abandonó la plaza dejando comprometida a la Brigada Juárez, cuyo jefe, el general Luis Herrera, murió sin haberse enterado de la huida de los generales Talamante y Maycotte. Cayó muerto por el rumbo de la Alameda y sus fieles soldados, queriendo rescatar su cuerpo, se lanzaron a la lucha cuerpo a cuerpo, sacaron el cadáver y lo llevaron a una habitación del hotel Francia. Cuando por fin Villa se posesionó de la plaza, sus hombres entraron a dicho hotel, ataron con una cuerda el cuerpo yerto del general Herrera y arras-

trándolo, lo bajaron por las escaleras, oyéndose el golpear del cráneo al descender cada uno de los escalones. Después fue suspendido de un poste de donde, al huir Villa, fue recogido por su esposa, quien le dio sepultura.

También en el hotel Francia fueron asesinados el coronel Manuel Orozco y el capitán Juan Balderrama, miembros de la Brigada Juárez, quienes habían sido encamados allí por encontrarse heridos.

El saqueo y las depredaciones de las chusmas villistas en Torreón, son el resultado de la toma de la Plaza, con los consiguientes asesinatos.

El general Talamante se movilizaba rumbo a Saltillo, y sus subalternos, y hasta las soldaderas, le echaban en cara su cobardía; personas no combatientes que iban en el mismo tren oyeron cuando las soldaderas, con el tono habitual de su voz que por el Norte resalta tanto y se oye gracioso, le gritaban al general:

—Ora, viejo rajao... por qué corre...

Ante tanta humillación, y con la conciencia de su responsabilidad absoluta en aquel fracaso, el general Talamante, poniéndose en el paladar su pistola 45, se suicidó...

Un día antes del ataque villista a Torreón, el general Luis Herrera, hablando con su hermano José Concepción, le dijo:

“...yo estoy completamente decepcionado; este bandolerismo no va a tener fin, tuve que reconcentrarme porque nunca recibí el armamento pedido en Parral; aquí están Maycotte y Talamante, pero ninguno inspira confianza... yo lo que deseo es que en este combate una bala me atravesase aquí...” dijo, señalándose el corazón.

* * *

Al regresar de Torreón, después de haber tomado la plaza por haberla abandonado los llamados generales Talamante y Maycotte, dejando éstos comprometida a la Brigada Juárez, llega Villa con buen número de seguidores al pequeño pueblo de Conchos (hoy Valle de Zaragoza), en donde siempre ejerció horribles venganzas por haber sido él perseguido (antes de la

Revolución) por campesinos a los que les robaba su ganado que luego entregaba en el rastro de Parral. Traían los villistas de Torreón todo el producto del saqueo habido en aquella ciudad: toda clase de mercancías y gran cantidad de dinero que almacenaron como en “troje” en la casa del señor Pedro Baca.

Tomó también la casa del señor Genaro Alvidrez en donde atendían a los “mejores hombres”, entre los que estaban José María Gutiérrez (hijo), y Salvador Valdés; allí les estuvieron proporcionando hospedaje y alimentos y Don Genaro personalmente atendía en lo que podía...

Repentinamente hacen prisionero a Don Genaro y junto con sus hermanos don Rafael, Don Procopio Alvidrez y también Don Ismael G. de las Casas (empleado de gobierno), los obligan a caminar hasta el rancho El Velduque en donde los asesinan. La caminata fue un suplicio horrible para Don Rafael debido a que acababa de ser operado de una hernia, y con el esfuerzo, al caminar tan larga distancia, los intestinos se le vinieron fuera. Fueron asesinados el 8 de enero de 1917, después de obligarlos a cavar su fosa.

También en Conchos hicieron prisioneros al señor Antonio Portillo y a su joven hijo Manuel; los hicieron caminar fuera del pueblo, y les dieron muerte ahorcándolos.

Hubiera corrido la misma suerte el señor Joaquín Casas, pero Villa se conformó con ultrajar a su hija Manuela Casas, con quien vivió años más tarde en Parral, ya amnistiado en Canutillo, y de cuya casa salió la mañana en que fue muerto el 20 de julio de 1923 en Parral.

La familia de don Genaro Alvidrez abandonó Conchos dirigiéndose a Parral; a pie cruzaron el río Conchos, cuyas aguas estaban congeladas, pues la temperatura era de muchos grados bajo cero.

A poco andar divisaron un automóvil (robado en Torreón) en donde iba Villa acostado sobre un colchón...

El resto de los villistas también abandonó Conchos y esa misma tarde empezaron a llegar las fuerzas del general Francisco Murguía, que iban en su persecución, pero ya Villa llevaba mucho terreno ganado.

PARRAL ENJABONADO

Al sentir cerca las fuerzas carrancistas, los villistas abandonaron Torreón y se replegaron hasta Parral, a donde llegaron con no menos de doce trenes cargados totalmente del producto del saqueo que habían efectuado en Torreón. Los primeros días, ellos mismos, usando las "carruchas" de la hasura, anduvieron tratando de vender, a precios irrisorios, aquellas mercancías: (saco de café con 100 kilos, a diez pesos, etcétera), y las gentes empezaron a comprar, pero sorprendidas por el precio que se les pedía, indagaron cuál era la fuente de aprovisionamiento y al quedar informados se echaron sobre los furgones en la estación y empezaron a acarrear a manos llenas; principalmente harinolina y jabón; éste iba en marquetas sumamente grandes, sin cortar, y las gentes para podérselo llevar metían palas con las que arrancaban pedazos grandes que luego tenían que sujetar con los dos brazos para cargarlos, resultando que cada "cargador" se untaba el jabón de la cabeza a los pies y en la precipitación daba con su humanidad en el suelo, pues con el jabón untado en la calle y en las banquetas se resbalaban; pero se volvían a poner de pie y con nuevos bríos proseguían en su afán. Principalmente la avenida Centenario quedó totalmente cubierta de jabón. Pero no fue precisamente en Parral en donde quedó el grueso de aquel gran saqueo, sino que a la estación llegaban individuos con grupos de cinco y ocho burros y libremente cargaban cuanto querían y tomaban luego el rumbo de sus ranchos; con el resultado que en todos esos ranchos el villismo tenía siempre hombres que se le unían y le daban fuerza.

FRANCISCO MURGUÍA

Pero apareció en el escenario chihuahuense el general Murguía, bravo entre los bravos, audaz, temerario. Pronto, el 1º de enero de 1916, cerca de Jiménez, en "Reforma", tuvo

su primer encuentro con las hordas villistas, que recibieron una derrota tremenda, resultando un gran número de prisioneros, gran número de muertos y un número pavoroso de heridos. . . A Parral llegaron entonces numerosos trenes, pero ahora repletos de heridos que fueron llevados al Hospital de Jesús, único en el Parral de entonces, pero como fue insuficiente, los heridos restantes fueron entregados, discriminados, entre los "cuartos redondos", principalmente por el barrio de la Segunda del Rayo, y en los prostíbulos, colocando en cada ~~cuarto~~ cuarto cuatro o cinco heridos. Pero se dejó sentir la proximidad de la gente de Murguía y una mañana (sus movimientos los hacían durante la noche) amanecieron los heridos más graves, trasladados a la casa de Don Emilio Arroyo (una gran construcción de cantera en la cual su propietario, ciudadano español, tenía antes de la Revolución una fábrica de calzado; pero intervenida o confiscada la finca, fue tomada para cuartel). Los heridos que calcularon que sanarían se los llevaron con el grueso de las chusmas villistas; estos heridos los diseminaban por las rancherías y al quedar sanos eran elementos siempre listos para tortalecer al villismo.

LOS "NEUTRALES"

No únicamente hombres armados tenía a su disposición el villismo en el momento conveniente, también tuvo siempre civiles dentro de las pequeñas ciudades como Parral, que le ayudaron constituyendo un servicio de espionaje efectivísimo. Llamaba la atención que individuos de cierta comodidad económica nunca tuvieron que huir al acercarse los bandoleros, ni se vieron obligados a refugiarse o "escondarse". Estos utilizaban a los arrieros que diariamente llegaban a Parral y que volvían a sus ranchos para informar a Villa acerca de la exacta posición de la gente que guarnecía el pueblo. Otro tipo de "neutrales", de "gente honorable", de "gente pacífica" que detestaba la Revolución, y que se sentía muy por encima de las familias de los revolucionarios, no salían directamente

a saquear cada vez que Villa entraba a Parral, pero llenaban sus bodegas de las mercancías que el populacho les ofrecía a precios irrisorios, o enviaban sus mensajeros especiales a que les acarrearán.

"THE ALVARADO MINING COMPANY"

Parral, Chihuahua.

Por este nombre trabajaba una empresa norteamericana la mina La Palmilla y la hacienda de beneficio (que originalmente había pertenecido a Don Pedro Alvarado) y fue la única unidad minera que nunca suspendió sus trabajos y cuyos jefes norteamericanos jamás peligraron al ocupar Parral los villistas, y era que dicha empresa entregaba mensualmente a Villa una cierta cantidad de dinero que era enviada a determinado punto de la sierra, siendo el empleado conductor un señor apellidado Heredia (Rafael o Blas) El cacareado "antigringuismo" de Villa allí se desvanecía...

LA VIDA EN PARRAL... TENEBROSA PESADILLA

Para pintar vivamente la angustia con que se vivió en aquellos años en Parral, para lograr que las personas que tan sólo oyeron desde lejos contar estos horrores, puedan comprender siquiera hasta cierto límite, la angustia, la incertidumbre, el desconuelo que por tantos años atormentó a los habitantes de toda esta región, sería necesario que cada persona escribiese sus detalles personales... En cada familia hubo una historia... En octubre de 1916, quedamos mis hermanas menores y yo, con dos de mis pequeños primos al cuidado de mis dos abuelitas y de mi tía Dolores, hermana de mi papá, porque mis padres, con mis dos hermanos mayores y los dos más pequeños (en total éramos siete hermanos) salieron a México, en compañía de mi abuelo José de la Luz, quien iba en busca de parque para la Brigada Juárez; esto fue en octubre. En noviembre 5 entró Villa a Parral, y nosotros, al igual que muchas otras familias, no sintiéndonos seguras en nuestras propias casas buscamos otro alojamiento, con una familia Vázquez que estaba encargada de cuidar la casa del licenciado Del Avellano, en la calle ●jinaga, hoy propiedad de la familia Gómez. Allí pasamos algunos días (semanas), cuando un día como a las cuatro de la tarde se metieron a la casa, por la puerta falsa, un villista medio borracho con otro a quien nombraba "asistente". Cuando los vieron entrar las personas mayores, pensaron que sería más conveniente aparentar serenidad, naturalidad y discurrieron que las tres chiquillas simulásemos estar jugando con canicas, sobre una cobija, en una de las recámaras de la casa, y así lo hicimos, pero todo fue

que los bandidos aquellos llegaron hasta nosotras y la más pequeña de mis hermanas, Beatriz, se soltara llorando sin poderse contener, temblando y extendiendo su mirada de espanto en todas direcciones. Pronto el bandido empezó a exigirnos dinero y ordenó al otro que cateara la casa, para ver si había armas y hombres escondidos, amenazándonos con que si no le dábamos no sé qué suma, nos llevaría ante su general Villa... (al oír esto nos sentíamos desfallecer). Por fin pidió comida, y pronto alguien hizo café y se lo dieron con queso añejo y frijoles.

El "asistente" que había cateado la casa no lo había hecho muy bien puesto que no encontró a un chino que también estaba refugiado allí y que la familia había ocultado precipitadamente debajo del altar, en el oratorio, al momento de entrar los bandidos. Cuando éstos se disponían a salir después de habernos quitado el poco dinero que teníamos y luego de haber hecho que algunas de las señoras se arrodillaran suplicándole que no nos llevara con Villa, y después de un momento de tormento que tuvimos al ver salir de la casa y caminar rumbo al cuartel a mi mamá grande, aunque pronto fue devuelta por contraorden del mismo borracho; cuando ya éste se disponía a irse, sale corriendo el chino a la calle, pero huyendo como se ven a veces los venados en el monte al sentir muy de cerca a los cazadores, salió volando, como una exhalación...

Al verlo, el borracho, que ya se había moderado y estaba muy satisfecho por la comida que había tomado muy lentamente, se tornó en furioso, salió tras del chino con la pistola en la mano, gritando blasfemias y vulgaridades atroces. Pero no lo pudo alcanzar, ni siquiera se pudo dar cuenta de quién se trataba (después supimos que el chino se metió en la casa de la familia Huemoeller). El borracho entonces se volvió contra nosotros, apuntándonos con la pistola, insultándonos, hecho una furia...

Pasó un rato y por fin se decidieron a salir, ordenándonos a nosotros no salir de allí mientras avisaban a su general Villa. Un minuto después salimos corriendo por la calle Ojinaga, hasta llegar a la casa de la señorita Meléndez (Conchita

Meléndez, directora de la escuela oficial N° 100)... tocamos la puerta alarmantemente; pronto se nos dió el paso y en unas cuantas palabras le explicamos nuestra situación. Casi en seguida llamaron a la puerta, eran los bandidos; exigían que se les dejara entrar porque allí acababan de entrar unas mujeres con unas niñas.

—Aquí no ha entrado nadie, ni entran ustedes tampoco —contestó la señorita Meléndez—; lárguense, majaderos... —y casi los empujó con la puerta, al cerrarla.

La señorita Meléndez tenía refugiada también a la familia de Don Antonio Shaar, quienes después nos han platicado que al sentir que alguien entraba, guardaron silencio profundo y corrieron hasta el último rincón de la casa (todo mundo quería estar verdaderamente oculto). Villa, en esta ocasión, había dado orden a José María Gutiérrez, a quien obligó a seguirlo, que le "llevara a Don Antonio Shaar", y al contestarle que no estaba en Parral, dijo:

—Entonces, tráiganme a su hijo —un niño de 13 años de edad, de quien José María era padrino.

Pronto la señorita Meléndez nos contagió de su serenidad empezamos a sentirnos tranquilas, protegidas; lloramos mucho, descansamos. Mientras, élla decidió qué hacer con nosotras. Después de darnos un trago de café negro, nos dió la salida hacia la calle del Cerro; la casa no tenía puerta falsa, sino que tuvimos que hacer uso de una escalera alta, sumamente alta, pero no era propiamente una escalera, sino que era un tablón y en él clavados pedacitos de madera que sólo permitían apoyar la punta del pie; con el peso de nuestros cuerpos, la tabla aquella se cimbraba como cuna, y en la precipitación, todas queríamos salir al mismo tiempo. Ya en la calle del Cerro, fuimos a dar a casa de una señora, Doña Jesús María, a quien no conocíamos y que nos dió albergue por algunas semanas.

Nuestra habitación fue allí una gran galera en la que cabían las camas de todos, y hasta tuvimos espacio para poner un altar de regular tamaño, ante el cual rezábamos horas y horas, todas las tardes; rezábamos el Rosario de Cinco Misterios, de quince; el triduo al Sagrado Corazón de Jesús; en la maña-

na el primero, a mediodía, el segundo, y en la tarde el tercero; las letanías mayores, oraciones por las ánimas benditas, la Magnífica, las Tres Necesidades... y como hasta nuestro "escondite" nos llegaban las negras noticias de que había sido hecha prisionera ésta o aquella persona, al finalizar nuestros rezos agregábamos un Padre Nuestro por doña Julia Baca viuda de López, dama a quien Villa mandaba llevar hasta su carro en la estación, cada mañana, y por cuya libertad obtuvo una gran suma de dinero. El peligro de esta señora lo comprendían las personas mayores; las niñas no entendíamos aquel riesgo.

La señorita Meléndez era la directora de la escuela oficial a la que yo asistía. Ésta permanecía cerrada por temporadas largas, de meses. Las clases eran interrumpidas con toda frecuencia por las constantes alarmas que muchas veces resultaban falsas; a estas falsas alarmas se les dio el nombre de "borregos"; y sucedía que llegaba a la escuela alguna señora en busca de sus hijas:

—Señorita, vengo por mis niñas, porque hay mucha alarma, se dice que ya vienen esos bandidos, ya toda la gente empieza a comprar provisiones... ya andan cerrando las tiendas... por favor, señorita, pronto, déme mis criaturas...

Y decía todo aquello sin poder contener un fuerte temblor en todo el cuerpo, con los labios pálidos, con una ansiedad, con tal mirada de espanto, que contagiaba a las mismas maestras. Y apenas se daban cuenta las demás educandas, empezaban:

—Señorita, señorita, ya vino la mamá de la niña fulana por ella... yo creo que hay alarma... déjeme usted ir, que yo vivo muy lejos...

Y al momento, como por electricidad, se esparcía la noticia por toda la escuela, y empezaban los llantos, las lágrimas se venían a torrentes, las mayores buscaban a sus hermanitas más pequeñas y salíamos huyendo, unas por las ventanas, o nos atropellábamos en la escalera, o brincábamos ésta de un solo salto... y todos los útiles se quedaban regados porque en la precipitación ninguna cerraba sus cofres con cuidado.

Y entre aquella lloradera apenas se escuchaba la voz calmada, serena, lenta, de la señorita Meléndez, que decía:

—Calma, niñas, calma...

En menos de un minuto se vaciaba la escuela, las maestras presurosas también se dirigían a sus hogares, y cerrado, abandonado, quedaba el edificio por muchos días... a veces principiaba la balacora luego, a veces resultaba solamente "borrego", pero el atraso en todos los órdenes era general.

Cuando las chusmas villistas dejaron Parral, en noviembre de 1916, volvimos a nuestra casa. Durante esta ausencia y en otras posteriores, nuestra imaginación y sentimientos infantiles no podían olvidar a un fiel amigo abandonado sólo Dios sabe en dónde: nuestro perro, el "Voydoy", fiel compañero de travesuras, perro grande, corriente, con tipo de perro de rancho, blanco con manchas café, que nosotros decíamos era el perro más bonito y más inteligente que podía existir; y que decíamos que era el único perro que sabía "sonreír". Cuando después de estas ausencias lo encontrábamos tan maltratado y flaco, al grado de que se le podían contar las costillas, de lejos abríamos los brazos y le silbábamos en el modo habitual; empezaba a reconocernos, echaba las orejas hacia adelante, inclinaba la cabeza (así nos parecía hermoso) y cuando por fin se aseguraba de que éramos nosotros, se "destapaba" en una carrera vertiginosa, nos encontraba, brincaba al alto de nuestras cabezas, nos derribaba por tierra y a veces no lográbamos impedir que nos besara en la boca. Años después, la tercera vez que le dieron veneno (le dieron "yerba", decimos en Chihuahua), mi hermano, al entrar al patio de la casa y encontrarlo en los estertores de la muerte, lo levantó en brazos y llorando, señalando al cielo, dijo:

—Allá nos vemos, Voydoycito...

Sufríamos mucho también por tener que dejar encerrados en la casa a todos los demás animales que tanto queríamos; la gatita que nos había ganado el cariño al demostrar sus finos sentimientos maternos, en una ocasión en que probablemente se sintió enferma y sin leche para alimentar a seis gatitos recién nacidos, y bajaba con cada uno de ellos en el hocico, prendiéndose con sus uñas de una escalera, desde un

tapanco alto, y metía la cabecita del recién nacido en la leche que para ella poníamos en un plato.

También dejábamos abandonados los canarios que en número de doscientos más o menos tenía mi mamá en una gran canarera en forma de Catedral, con sus dos altivas torres; pues no era fácil que las buenas personas que nos brindaban ayuda hicieran el cambio de todos ellos, con la precipitación que los casos requerían, ya que las alarmas o "borregos" se esparcían rápidamente, de un momento a otro.

Una buena mujer, Doña Carmen, que trabajaba en mi casa lavando ropa y cuyas dos hijas mayores ayudaban a mi mamá en otros quehaceres, nos ayudó siempre, junto con todos sus hijos, de mil maneras; en una ocasión en que no hubo alarma previa y empezó el combate cuando todos nosotros estábamos en la casa, envió a uno de sus dos niños que estuviese pasando por nuestra banqueta y en cada vuelta nos dijera una o dos palabras, hasta explicarnos que ellos nos esperaban por la calle del Cerro, que saliéramos uno por uno por la puerta falsa hasta juntarnos todos en su casa; y así lo hizo el niño, pasando muchas veces, al principio arrastrando fuertemente en la banqueta sus huarachitas hasta llamarnos la atención; nuestra casa, igual que todas, ce ruda a piedra y lodo, las calles solitarias, solamente de vez en cuando descargas de fusilería, detonaciones aisladas y algún toque de clarín que aumentaba nuestra nerviosidad y sobresalto.

Esta Doña Carmen, con sus hijos, también sufrieron, como nosotros, zozobras y sustos; cuando alguien llamaba a su puerta, la encargada de salir a ver quién llamaba era Chole, la mayor, por lo que al oír tocar, todos le decían en un tono de voz sigiloso:

—Chole... tocan...

Sucedió que a su casa se llevaron por mucho tiempo una cotorrita que teníamos en mi casa, que habíamos comprado a una soldadera, por cuya razón su lenguaje en los primeros meses "no se podía escuchar"; pero poco a poco fue olvidándolo, hasta que después su mejor gracia era tocar con su piñquito en la madera de su periquera y luego decir, también en tono sigiloso:

—Chole... tocan...

Una mañana, mientras hacían el aseo a su periquera, la pusieron en la llave del agua; seguramente vio reflejada su figura en el agua del barril y se dejó ir y se ahogó...

¡Cuánto nos hizo sufrir este incidente! Por la tarde le dimos sepultura entre la pimpinela del jardín, y el cortejo, muy largo, se formó con todas las muñecas vestidas de negro, llevadas a lo largo del patio en jaulas vacías, engalanadas con moños negros. Luego, el 13 de diciembre de 1916, estando Parral incomunicado desde noviembre, porque Villa estaba en posesión de toda esa zona, las vías de ferrocarril hechas añicos y sin esperanzas de que las fuerzas del gobierno dieran auxilio (nada se oía decir acerca de ellas), dispusieron innumerables familias de Parral irse por tierra a Jiménez, para de allí buscar la salida al Norte o al Sur. Yo creo que todos los coches de sitio de Parral fueron alquilados (coches tirados por caballos), porque era una caravana larguísima; iba también un automóvil que ocupaba un matrimonio árabe. Fungía como jefe de aquella expedición Don Rodolfo Chávez; recuerdo, además, a Doña Lola Amparán de Chávez, al doctor Ernesto Quiroz, a Enrique Hernández Gómez, a la familia Jurado Torres, a la señorita Josefina Torres Molinar.

Salimos de Parral como a las diez de la mañana; llegamos a Estación Morita ya noche, nos refugiarnos los más que pudimos en la caseta de la estación, cuyo piso, recuerdo, estaba alto de periódicos y otros papeles como hasta una cuarta parte de las paredes; entre aquellos papeles nos enterramos los niños para sentir menos el frío, que era intensísimo; no creo yo haber sentido ni antes ni después en mi vida un frío tan tremendo; era diciembre, y estábamos prácticamente a la intemperie, en aquella desolada estación en una negrura de noche... algo espantoso... las paredes de la caseta eran solamente tablones, muchos de ellos separados entre sí y por las rendijas se encajonaba el viento frío como el hielo; el techo, formado por unas láminas agujereadas, mal clavadas, no nos protegía nada.

Tengo presente haber visto entre nosotros a un anciano, Don Canuto Bolívar, con larga barba blanca; parecía un patriarca, de pie, en un rincón de la caseta aquella, que se ilu-

minaba a intervalos por las llamaradas de las hogueras que habían puesto afuera el resto de los viajeros, haciendo una con pedazos de durmientes y gran cantidad de papeles que había en la caseta, queriendo calentarse un poco.

La señorita Carmelita Torres empezó a rezar en voz alta el rosario, y el resto de las mujeres le contestaban; las personas mayores no durmieron; sólo los niños, seguramente arrullados con el rezo, dormiríamos algunas dos horas; como a la una o dos de la mañana nos despertaron porque habían decidido continuar el viaje por haber recibido noticias de que partidas de villistas se habían separado del resto de las hordas que iban a atacar Torreón y que andaban por allí cerca, asaltando al pasajero que encontraban. Como a las seis de la mañana llegamos a El Pueblito, en donde hicimos alto para tratar de conseguir leche o algo de desayunar. Recuerdo que era tal el frío que nos era imposible bajar de los coches y tuvieron que poner lumbradas a los lados de éstos; estaban nuestros miembros perfectamente entumidos. Los coches de caballos no tenían ninguna protección contra las temperaturas.

Abajo, en la semiderruida plaza de toros, único sitio en que encontraron "hospedaje" los demás viajeros, ponían lumbradas con cañas secas, que hacían mucho humo, por lo que luego se empezaron a ver sus caras manchadas de tizne, porque por la inclemencia del frío se acercaban demasiado a las hogueras. Recuerdo haber visto a María Jurado de Rodríguez llorando mucho, con Carmelita, su hermosísima niña en brazos, porque no lograba calentarse. Al salir el sol el frío era verdaderamente insoportable...

No conseguimos gran cosa de alimentos, porque nos dijeron que apenas tenían para ellos y que era muy temprano para las ordeñas; sólo a repetidas instancias de Don Rodolfo Chávez y de otros que se metieron en un corral de ordeña, consiguieron un jarrito de leche que urgía para la señora María Jurado de Rodríguez, que llevaba a Carmelita, su niña de unos cuantos meses de edad. Después supimos que no era cierta tal escasez, sino que en El Pueblito hasta los perros al ladrar, decían:

—¡Viva Villa...!

¡LOS VILLISTAS... LOS VILLISTAS!

Como a las dos de la tarde llegamos a Sailaces, ya el corazón nos saltaba de gozo porque nos decían que estábamos muy cerca de Jiménez. El único automóvil que iba en la caravana, y a cuyos pasajeros tanto envidiábamos por la superioridad de su vehículo, hacía buen rato que se nos había adelantado y ya hasta lo creíamos en Jiménez... cuando lo vemos venir hacia nosotros corriendo a una velocidad espantosa, los viajeros casi de pie, en los estribos del auto y gritándonos desde lejos:

—Los villistas, los villistas están en Jiménez...

No se detuvieron ni a dar explicaciones, entre una nube de polvo se perdió en el camino, ante la mirada atónita de todos los viajeros...

La comitiva nuestra se deshizo; las personas mayores no sabían qué hacer, creían que los villistas vendrían allí, siguiendo al automóvil, y, por lo tanto, cada quien tomó camino distinto; unos decidieron regresar hasta Parral, otros a Valle de Allende, otros a El Pueblito; nosotras nos quedamos allí, en Sailaces, consiguiendo que nos diera alojamiento la familia de las señoras Magdalena Bueno y Heraclia Fuentes. Después supimos que doña Lola Amparán había ido a parar al rancho "La Parreña", con la señorita Josefina Torres, quien se pasó los días "disfrazada" de mujer del rancho, simulando estar entregada a los quehaceres de la casa, hincándose detrás del metate, cada vez que sentían acercarse gente u oían voces extrañas.

Nosotras pasamos tres días en Sailaces, que nos parecieron tres eternidades. El miedo más horrible nos acompañaba todo el día, y por las noches apenas si dormíamos alguna hora, de día y de noche llegaban los villistas a caballo, ya buscando pasturas o con cualquier motivo.

Tengo presente haber visto a un ranchero que decían era el caporal de la hacienda, ir y venir todo el día a caballo ocupado en las labores del campo, que traía siempre un pa-

ñuelo grande amarrado en media cabeza que le pasaba debajo de la barba, y decían que andaba así porque era de los mutilados por Baudelio Uribe, el “mocha-orejas”.

UN QUIJOTE DE VERDAD

Todos los días, muy de mañana, nos sentábamos en la orilla del camino, esperando que pasara alguien que nos hiciera la caridad de “levantarnos” y llevarnos a Parral, y algunos pasaron, pero con motivo o sin él, se rehusaron, sin que nos valiera ofrecerles poco o mucho dinero.

Pero pasó Don Rodrigo Chávez Máynez, a quien entonces conocimos, con su coche grande, estilo diligencia, cubierto por todos lados con gruesas lonas blancas. Con él no hubo necesidad de insistir ni de ofrecerle pago alguno; inmediatamente se ofreció a llevarnos. Traía de acompañante a un chino (ese año fue la matanza de chinos) que había encontrado en el camino y a quien también había brindado ayuda. Era Don Rodrigo Chávez un hombre muy alto, sumamente delgado, cara lara, nariz grande, afilada, bigote grande y caído, manos huesosas, ojos café claro, de mirada bondadosa que expresaba fielmente la nobleza de su alma; extraño parecido físico con el inolvidable Caballero de la Mancha: ¡Sólo de ellos son propias acciones de esta talla! En un momento estuvieron nuestras maletas en el coche, y lo más rápidamente posible emprendimos el viaje, empezándose a oír en el mismo instante en que las ruedas se ponían en movimiento un murmullo de oración dentro del carruaje:

—Recen, recen —decía mi mamá grande; y de los labios de uno salían las palabras de “El Magnificat”... y de otros el Padre Nuestro... o bien rezábamos el rosario en coro; y aquel murmullo fue constante durante todo el camino.

Una angustia profunda nos llenaba el alma; el más insignificante ruido que escuchábamos nos sobresaltaba; traíamos la mirada clavada constantemente en el camino, alargándonos por detrás de la cabeza de Don Rodrigo; cualquier bulto de

lejos nos parecía la figura de hombres armados; por instantes suspendíamos la respiración creyendo escuchar voces de hombres o ruidos de espuelas. Cuando nos acercábamos a algún lugar medio boscoso, le ordenaba Don Rodrigo al chino que se apeara, y que haciendo un pequeño rodeo a aquel sitio, nos saliera en el camino más adelante, pues que si nos encontraban los villistas, sería más comprometida nuestra situación con la compañía de él. También se apeaba el chino en las cuestas empinadas para ayudar al coche en la subida, o a fustigar a las bestias.

Era el chino un hombre chico, menudo; seguramente debido al miedo que llevaba no hablaba ni una palabra, sólo nos dijo algo cuando le preguntamos de las matanzas que con ellos hacía Villa:

—Alla en Torreón, muchos **compañelos**.... muchos.... muchos...

Cuando brincaba del coche lo hacía muy rápidamente; parecía de goznes, y muy rápidamente también se volvía a subir y se sentaba al lado de Don Rodrigo, encogido, mudo, listo tan sólo para volver a brincar cuando se necesitara, sin esperar nueva orden de Don Rodrigo.

Queriendo calmar nuestra angustia, Don Rodrigo volteaba a cada rato a vernos y nos decía:

—No nos pasa nada... ahora llegamos... ahorita... ya mero... ya merito...

Y esto nos lo decía desde el momento en que emprendimos el viaje.

EN SANTA ANA

Al oscurecer llegamos al rancho Santa Ana; allí nos dio albergue una familia ranchera en su vivienda de dos piezas; apenas entramos empezamos a rezar en grupo el rosario; cuando terminamos era numerosa la concurrencia; todas las rancheritas se habían hincado detrás de nosotros. Por merienda, una viejecita nos dio a beber infusión de tila y azahar, con la

que dijo que nos tranquilizaríamos y dormiríamos bien. Seguramente les inspiró lástima aquel grupo de cinco niños y tres mujeres tiradas en el camino real, caminando por aquellos andurriales, expuestos a todas las depredaciones de individuos armados, sin freno ni conciencia. Como "precaución" se nos había recomendado que en ninguna parte diéramos nuestro apellido "Herrera" y con nombre supuesto nos presentábamos; después supimos que aquel rancho era propiedad de Nicolás Fernández, uno de los jefes de Villa cuyo nombre más se conocía en la desdichada región de Parral y sus alrededores; hasta nos decían después que nos habíamos ido a meter en "la boca del lobo"... pero sería porque no dimos nuestro apellido verdadero, o porque no nos conocieron, o porque las gentes de aquella vivienda eran buenas, lo cierto es que el trato que nos dieron todavía llena de gratitud nuestro recuerdo. Los cinco chicos nos acostamos en el piso de la "sala", de tierra apisonada, sobre un cuero grande de res que crujió toda la noche al menor movimiento nuestro. Muy de madrugada, cuando empezamos a oír los primeros ruidos en el rancho, nos levantamos, fuimos al corral de ordeña y nos regalaron un jarro grande de leche, que tomamos en el almuerzo con costillas de puerco perfectamente asadas en las brasas, y café recién preparado. Pronto volvimos a ocupar el coche de don Rodrigo y éste se puso en movimiento. Como a las cinco de la tarde llegábamos a Parral por el rumbo del panteón; allí hicimos alto porque no sabíamos a qué decidirnos, si llegábamos con el coche tan cubierto, despertaríamos sospechas. La espera frente al panteón se hizo larga, y para mí eterna, pues el miedo más espantoso llenaba por entero mi espíritu infantil; cada hombre que pasaba al lado del coche, pensaba yo que sospecharía algo y que nos haría prisioneras, que llamando a otros procederían a detener nuestro carruaje y que descubrirían quiénes éramos y allí nos matarían... Por fin, después de muchas cavilaciones, decidió Don Rodrigo llegar hasta la casa de su madre, en la calle de las Golondrinas, procurando llegar hasta ella por las calles menos transitadas; por entre las lonas del coche veíamos que las gentes se quedaban inspeccionando atentamente la "diligencia".

Entró Don Rodrigo a su casa y dijo a su madre, que estaba en la sala con una visita, que allí le llevaba a una mujer enferma que quería que la atendiera luego. La enfermería era la profesión de Doña Antonia, por lo que seguramente no despertó ninguna sospecha en la visitante, que pronto se despidió y se retiró. Rápidamente nosotros nos deslizamos a los cuartos interiores; allí llegó Doña Antonia preguntándonos: —¿Quiénes son, hijas...? ¿Qué les pasa...? ¿Cuál es la enferma...?

Era Doña Antonia una señora gruesa, blanca, de esas personas cariñosas a cuyo lado se siente protegida quien a ellas se acerca, porque hablan con dulzura y llaman "hijos" a todo mundo.

Explicamos la verdad, y con la mejor buena voluntad nos pasamos a unas piezas que tenían a medio construir en el corral. Allí pasamos como dos meses, viviendo con muchas precauciones para no ser descubiertas; sin hablar en voz alta, escondiéndonos cada vez que personas extrañas entraban al corralón, sin entrar para nada a las habitaciones de la familia Chávez por temor de que fuera descubierto nuestro "escondite". Los niños mitigábamos nuestras penas inventando juegos en aquel gran corralón, y estos juegos eran, naturalmente, caravanas de coches saliendo de un rancho a otro que formábamos con lodo, y asaltos en el camino al grito de "los villistas... los villistas..." Pusimos también un columpio; pero más servía éste de motivo de disputas que de diversión; quien más lo controlaba era Salvador (Chávalo), mi primo, hijo de mi tío Luis, y una tarde que estaba muy ufano dándose vuelo en el columpio cantaba en voz alta:

—Todo fiel cristiano, está muy obligado a tomar cerveza y aunque sea de fiado...

Lo oyó mi mamá Florencia y calladamente llegó hasta el muchacho y con la correa de un veliz le dio uno o dos golpecillos en la espalda que lo hicieron brincar del columpio grandemente sorprendido.

—Muchacho irrespetuoso, ¿quién te ha enseñado esas canciones...? —fue el regaño...

Los alimentos escaseaban para todas las personas, y con mayor razón para nosotros; las más de las noches nuestra me-

rienda era atole de maíz cocido con panocha; café casi nunca se conseguía o faltaba azúcar; ésta era sustituida por largas temporadas por la panocha o "pirivanos", o por miel de abeja; los días de banquete para nosotros eran aquellos en que a la hora de comer, recibíamos de la familia Chávez, como regalo, un platón con sabroso pipián con carne seca.

Con esta familia Chávez estuvieron también unos días sus familiares Octavio, Julio y Mario Chávez Montes.

Por varios días estuvimos muy alarmados con la noticia que nos llegó de que andaban cateando las casas los bandoleros, y una mañana nos dijeron que ya "iba el cateo muy cerca", que ese día llegaría hasta nosotros.

Todo el día estuvimos prevenidas para salir, teniendo "centinelas" para que nos avisaran si llegaban por la puerta principal o por la puerta falsa de la casa; ese día Don Rodrigo se llevó a casa de su esposa a mi hermana menor, Beatriz, envuelta como fardo con algunas cobijas, echándosela al hombro simulando que llevaba solamente ropa. La intención era que en su casa pasara como hija de él entre sus chiquillas.

Pocos días después supimos que los villistas preparaban ya su huida y luego llegó el tren explorador o reparador de la vía, con la gente del general Francisco Murguía. En ese tren vinieron muchas personas vecinas de Parral, que les había tocado estar lejos al interrumpir Villa las comunicaciones haciendo añicos la vía entre Parral y Jiménez, y entre Jiménez y Torreón. Hasta entonces nos volvimos a reunir con nuestros padres y hermanos y otros familiares, quienes a su vez habían pasado días horribles en Jiménez, a donde llegaron del sur casi en el momento en que llegaban los villistas, por lo que las familias buscaron refugio con algunas personas de Jiménez y el tren en el que iban incontables señores de Parral (los Fierro Ibarra, entre otros), de los más perseguidos por el villismo, retrocedió a Torreón, llevando buena escolta de indios yaquis.

Recuerda Carlos mi hermano, quien también iba en dicho tren, que apenas se movió éste, suspendió su marcha sin motivo ninguno. Esta detención, como muchas otras en esa época de movimientos irregulares de trenes, eran originadas delibe-

radamente por actitud criminal de la tripulación que actuaba con intenciones de favorecer al villismo. Mis hermanos recuerdan la alarma que sobrecogió a todos los viajeros, porque ya se esperaba que los bandoleros dieran alcance a su tren, por lo que la escolta de indios yaquis inmediatamente se diseminó alrededor del convoy y precipitadamente cavaron sus loberas en las que se enterraron y se prepararon a resistir el ataque, firmes, serenos, con la inmutable serenidad de su semblante.

Mi mamá, con mis dos hermanitos más pequeños y con cuatro o cinco señoritas parralenses, encontró refugio en una casa del señor José Luján, en Jiménez, que hacía tiempo estaba deshabitada; allí pasaron días y días sin hacer la menor demostración, el menor movimiento o ruido que pudiera delatarlas. Las jóvenes se pasaban los días en las azoteas de las casas, listas para "dejarse caer" a las casas vecinas (de la familia Lightbourn) en caso de que los villistas irrumpieran a su "escondite".

Una mañana escucharon gritos e insultos soeces en la calle y ruido de golpes; por una rendija de la puerta se asomaron: Era Villa... Villa que había ido a sacar a uno de sus jefes, Agustín García, a cintarazos, porque no había cumplido su orden de detener el tren que había logrado escapar a Torreón, como queda dicho antes.

Agustín García era amigo de la familia de Doña Francisca Vázquez de Aizpuru y de la de Don Rayo Aguilera, y las visitaba cada vez que llegaba a Jiménez con las chusmas de Villa; estas familias vivían precisamente en la casa contigua a la que ocupaban mis familiares. García se encontraba desayunando y platicaba alegremente. Villa se presentó seguido de 15 hombres. Desde afuera de la casa lo llamó y García salió en el acto:

—¡Desármese!... —y García, desabrochándose la cartuchera, la dejó caer.

—Le ordené que detuviera el tren de Torreón y no lo hizo... ahora va usted solo y me toma Torreón... —y entre insultos y cintarazos lo llevó por toda la calle Ocampo, atravesaron la plaza, la calzada, hasta la estación.

Al sentir a Villa, los señores Rayo y Joaquín Aguilera brincaron las paredes y fueron a caer a casa de la familia Lightbourn.

No faltaban los detalles chuscos o graciosos en medio de tanta amargura de aquellos años de terror. En una de tantas huidas de pacíficos ciudadanos parralenses, un numerosísimo grupo llegó a Jiménez y fueron a parar al hotel de Don León Martínez, centro muy frecuentado y conocido por todos; era como casa de familia. La gran sala estaba llena de los fugitivos quienes se arrebatan la palabra platicando con viveza las peripecias de la huida, relatando cada quien sus detalles personales de peligro inaudito. De pronto entra a la sala una ~~niña~~ hija de don León, la cual dijo en alta voz:

—Que dice mi mamá que con mucho disimulo se vayan yendo a cenar uno por uno los de la casa, porque con tanta gente que llegó no va a alcanzar la cena...

Entre ellos estaban la señorita Elvira Méndez y el licenciado Alberto de la Peña Borja. Una espontánea cartajada rubricó los relatos de la huida.

MURGUÍA DERROTADO

(Marzo, 1917)

Pero fue derrotado Murguía el 12 de marzo de 1917, al caer en una emboscada en Piloncillos, Durango. Recuerdo que estábamos merendando en mi casa, con algunas chiquillas compañeras de escuela, cuando llegó mi papá visiblemente excitado, muy preocupado. Comprendimos que algo pasaba y salimos a la calle; pasaban por allí muchas soldaderas caminando precipitadamente, corriendo, hablando en voz alta y llorando. Le preguntamos a una qué pasaba y nos contestó con el tono de voz "sureano" de la gente del pueblo, que por el norte llama tanto la atención:

—Pues que derrotaron a mi general Murguía en Piloncillos y que está herido mi teniente coronel Solís...

La diezmada columna pasa por Parral para concentrarse en Chihuahua. Se ponen a disposición de los civiles los carros de caja (furgones), por órdenes de Murguía. En poco tiempo un gran número de familias estaban ya en la estación, listas para salir, temerosas de los atropellos que suceden en todas las poblaciones que caen en poder de Villa. Las que tienen alguna relación o parentesco con los jefes constitucionalistas se ven obligadas a permanecer ocultas constantemente, y hubo algunas que se refugiaron en norias durante largos días. Sin embargo, no salió el tren sino hasta la una de la mañana, porque estuvieron esperando que llegaran con la mayor parte de los heridos que resultaron en la derrota que sufrió Murguía.

Hicimos tres días a Chihuahua (300 kilómetros). Iba primero un tren con heridos y tropa; luego el que ocupaban las

familias y que también llevaba soldados, y atrás el que ocupaba el resto de la columna y donde iba el general Murguía, herido.

En Estación Dorado, no sé qué percance pasó al tren que iba delante, y ello motivó que se suspendiera la marcha por horas, durante las cuales momento a momento crecía la inquietud, porque suponían que las chusmas villistas darían alcance a nuestros trenes. De pronto se divisó a lo lejos una polvareda y se dio por hecho lo que se estaba temiendo; se escuchó la voz de "enemigo al frente" y todos los hombres, uno de ellos mi papá, se pusieron en línea de tiradores. Las mujeres y los niños, en los furgones, nos tiramos boca abajo; algunas rezaban. El terror no tenía límites; la angustia no encontraba ya expresión, aquello era el final...

Pero de pronto la polvareda se desvaneció y pudieron percibirse los pañuelos blancos que agitaban los jinetes y sus contraseñas; eran dispersos del desastre de Piloncillos que venían a reunirse con sus compañeros.

Y así, después de largas, larguísimas horas de espera, sin saber nadie la causa de aquellos "paros" tan prolongados, se ponía el tren en movimiento sumamente despacio, a vuelta de rueda, pero de cualquier manera nuestro ánimo mejoraba... Pronto volvía a detenerse la marcha, se desprendía la máquina, después de largo rato volvía a engancharse, lo cual motivaba unas sacudidas espantosas a todos los carros (carros de carga en su mayoría) al grado de que los ocupantes de furgones íbamos a dar de un extremo al otro, o se nos venían encima los colchones, cajones, etcétera, que iban atrincherados en los extremos de los carros; y cuando ya esperábamos volver a emprender la marcha, resultaba que ésta era hacia atrás, y así continuaba para atrás, de reversa, por muchos, muchos minutos, durante los cuales nuestro desconsuelo no tenía límites, la desesperación llevaba hasta el llanto a muchas señoras que perdían toda esperanza.

A la llegada a Bachimba hubo otro momento terrible, allí, porque la máquina se desprendió del resto del tren, que era larguísimo, compuesto de muchísimos furgones, cabuses y pla-

taformas, y como en ese trecho es una cuesta arriba, los carros se fueron hacia atrás, y sólo porque entre los "pasajeros" iba un ex ferrocarrilero que se dió cuenta oportunamente e hizo las señales debidas, se logró detener al convoy, evitando la hecatombe que ya era inminente. En su lenguaje tan particular, los ferrocarrileros creo llaman a esto "chorrearse los carros".

En las plataformas iban los sacos de harina de mi papá, que era entonces su negocio en Parral y que fue embarcada precipitadamente la noche que salimos, en "carruchas" (pequeños carros tirados por un caballo), pero sólo unos cuantos sacos se logró embarcar, porque en el corto trayecto entre la bodega y la estación (solamente atravesar una calle), soldados y soldaderas, también precipitadamente, se encargaron de "descargar" en su propio beneficio, el tan apreciado producto.

Las soldaderas, en cada lugar en que el tren se detenía largos ratos, se bajaban y en un momento improvisaban sus "cocinas". En bateas de madera preparaban rápidamente masa con harina y agua y en un momento cocían sus "gordas" en los comales que colocaban sobre piedras, en lumbradas, ante la mirada de admiración de todos los niños que las rodeábamos, azorados, silenciosos, pero pronto teníamos que retirarnos, porque las rencillas que se traían unas con otras, las palabras provocativas que les decían los soldados al pasar cerca de ellas, encocorándolas; sus rivalidades, sus celos, estallaban de repente en una caterva de insultos, obscenidades, blasfemias espantosas, que acompañaban con señales con los dedos.

Por fin, después de tres días de viaje (300 kilómetros), llegamos a Chihuahua, hospedándonos en hoteles y casas de huéspedes. (En el hotel en que se hospedó la familia Darancou estaba Antonia González, que poco tiempo antes había contraído matrimonio con Jesús Bazán, ex carrancista, quienes también huían de Villa, en esos días.)

Y en medio de toda aquella irregularidad y de tanta circunstancia angustiosa, y no obstante mi corta edad, recuerdo que la ciudad de Chihuahua me hizo buena impresión, me

pareció bonita, principiando por el cochecito que ocupamos para ir de la estación al centro, cochecito limpio y fuerte, con dos faroles grandes de bonito cristal a los lados, tirado por un solo caballo; el cochero en un asiento mucho más alto que el de los pasajeros; seguramente algunas de las calles de la capital del Estado ya tendrían pavimento, porque recuerdo que no se oía el rodar de las ruedas, porque éstas estaban cubiertas de hule y solamente se oía el golpear de las pezuñas del caballo que producían un sonido grave, solemne, que a mí me pareció elegante. Nos hospedamos en el Hotel Robinson frente a la plaza de armas... pronto mi mamá grande nos llevó a visitar la Catedral... ¡Ah!... qué majestuosa y qué hermosa me pareció... tanto la admiramos por dentro y por fuera que al salir lo hicimos por la puerta contraria a la calle Libertad, en donde estaba nuestro hotel, y caminamos en rumbo opuesto, perdidos en fila india... aquella abuelita seguida de sus nietos... en su primer paseo por la capital... En años posteriores he vuelto muchas veces a Chihuahua y siempre me parece una ciudad bonita, armoniosa, elegante, limpia; pero me parece siempre, también, impresionantemente triste, como si en sus alrededores, de todos los bonitos cerros que la rodean, se agitaran enormes crespones negros, indicando un luto perenne, una tristeza eterna, un aliento de muerte y de desolación siempre latente.

Pronto dejamos el Hotel Robinson y ocupamos una casita que rentó mi papá, situada exactamente frente a la Escuela de Artes y Oficios, en la calle Jiménez. Allí pasamos tres meses, viviendo con muchas incomodidades, pues no teníamos más mobiliario que los colchones que extendíamos todas las noches sobre el piso de ladrillo, y en la mañana los enrollábamos contra las paredes: ni una silla, ni una mesa. Apenaba en aquellas condiciones recibir al doctor (apellidado Gama), que diariamente atendía a mi mamá y a la hermanita más pequeña, gravemente enfermas. Todos los días llevaba yo a surtir la receta a la Farmacia Ocampo, de un señor profesor Pedro de Lille.

VIERNES DE DOLORES

Abril, 1917

El viernes de Dolores de 1917, ataca Villa a Chihuahua y es derrotado en forma contundente, como lo había sido antes por las mismas fuerzas de Murguía en Reforma, cerca de Jiménez, como lo fue en todas las ocasiones en que no pudo recurrir a la emboscada o al engaño, o que la cobardía y la desvergüenza de los jefes encargados de la defensa de las plazas las entregaron. Entre los prisioneros que le hacen en esta ocasión, cae el general Miguel Saavedra, quien en la prisión escribe a su esposa:

“Te encargo a mis hijos, no llores por mí, pues has dicho que al que sea perro que lo ahorquen.”

(Se dijo entonces que la esposa se oponía enérgicamente a que Saavedra se diera de alta con Villa y que, recordándolo el prisionero, había escrito estas últimas frases).

Después de esta derrota Villa se dirige a Parral, por donde pasa rápidamente hacia Ciénega de Olivos, en donde ordena quemar a doña Luz Portillo viuda de García, de 80 años, y a su nieta Luz García viuda de Sánchez, con el pretexto de que tramaban envenenarlo... Jesús Sánchez, nieto de la señora García, era uno de los jefes villistas.

El general Ernesto García, último jefe de la Brigada Juárez, y que en esos días formaba parte de la guarnición de Parral, dice:

“Cuando recibí órdenes de mi general Murguía de trasladarme a la Ciénega, salí a marchas forzadas; cuando llegué, los villistas ya habían huido; en mis dos manos recogí las cenizas en que quedaron convertidas aquellas infortunadas mujeres.”

Dos meses después de la derrota contundente que sufrió Villa en Chihuahua el viernes de Dolores, la vía del ferrocarril volvió a quedar reparada y regresamos a Parral, otra vez

en "furgones", moviéndose también el tren lentamente. Recuerdo que veníamos sentados en la puerta del carro, con los pies colgando hacia afuera, cuando recibimos una impresión horrible: en los postes había cuerpos de hombres colgados, seguramente de pocos días antes, porque no parecían estar muy descompuestos; solamente el abdomen algo elevado; en el semblante de uno de ellos se veía una mueca de risa...

PARRAL

8 de julio de 1917

Llegamos a Parral; aquí nos tocó el combate del 8 de julio. La plaza estaba defendida por fuerzas yaquis del general Manuel Sobarzo. Sabedor éste, pues había andado con el general Obregón en el Bajío, de que Francisco Villa no entra a los combates y que ni siquiera se acerca a tiro de rifle, sale personalmente, como a las siete de la mañana, cuando principia el tiroteo para tratar de localizarlo, pero su arrojo le cuesta la vida. Se oculta la noticia a la tropa, formada casi en su totalidad por indios yaquis, con el fin de no debilitar su entusiasmo en el combate, y continúa éste durante todo el día; como a las 5 de la tarde huyen los villistas en desbandada. Es enviado Jesús José Bailón a estación Zenzontle (entre Parral y Santa Bárbara) a avisar lo ocurrido al joven coronel Lázaro Cárdenas, quien se hace cargo de la guarnición de Parral.

Mi papá, aunque nunca fue militar, siempre se reunía con la guarnición de la plaza, al igual que muchos otros civiles, para ayudar a defenderla o sufrir junto con los soldados, la suerte que les tocase, cuidándose principalmente de no caer prisioneros de Villa. Recuerdo que al final de este combate Antero Torres gritaba a su familia (que estaba en casa de Rayito Salas) desde lo más alto del cerro de la Cruz:

—Ya no se apuren... ya no se apuren, ya van corriendo los bandidos... ya van corriendo.

Y nosotros, asomándonos por el balcón de la casa de una familia Domínguez, en la calle Ángel Trías, que en esa oca-

sión nos refugiaba, vimos pasar el sepelio del valiente general Manuel Solarzo; las bandas de guerra tocaban marchas... los oficiales lloraban como niños...

Cuando pasó el sepelio por la calle Coronado, el doctor de Lille, que se encontraba en la cantina-club Iberia, se asomó, y al ver que sólo acompañaban al cadáver del general Sobarzo, que con su actitud heroica acababa de librar al pueblo de Parra de una vandálica incursión, sus oficiales y unos cuantos indios yaquis, dijo:

—Acompañan al general unos cuantos soldados y la cobardía del pueblo de Parral.

¡Cuántas vidas útiles, de hombres de nobles cualidades, perdidas inútilmente en una lucha siempre estéril, contra un bandolerismo agigantado por los vendavales de la Revolución...!

Y mis hermanos, acompañados de infinidad de amigos de mi papá, buscábanlo desesperadamente, corriendo jadeantes de cerro a cerro, y tornando sudorosos a casa, sin encontrarlo; unos decían que había salido en una comisión a Valle de Allende; otros, que le habían visto bajar a una casita de las que están en la falda del cerro... Después de 24 horas de dolorosa búsqueda, unos amigos lo encontraron muerto, entre las rocas del cerro de la Cruz, bañada la cara de sangre coagulada, en donde se adhería la tierra, con la corbata negra extendida, cubriéndole la cara. Fue conducido a casa, y en breves instantes ésta se vio llena de leales amigos, algunos de los cuales no podían contener las lágrimas; ellos lo llevaron precipitadamente al panteón, ante el temor de que los bandidos se rehicieran de nuevo y regresasen...

Y allí quedamos, llorando, siete huérfanos más.

JIMÉNEZ

1918

En septiembre, entra Villa a Jiménez, en donde ordena quemar a la familia González, incidente éste que lo pinta tal

cual era, por la circunstancia de haberle aparentado siempre amistad, correspondiendo a las atenciones que por parte de ella recibía, hospedándose en su casa y siendo tratado con grandes consideraciones.

A Antonia González le insinuaba con frecuencia que se casara con él, pero nunca se dieron cuenta de sus verdaderas intenciones, suponiéndolo inclinado a bromear sobre ese asunto, por la confianza que le tenían. El matrimonio de esta muchacha con un ex carrancista, Jesús Bazán, lo indujo probablemente a tomar esa venganza, no obstante que para celebrar el matrimonio la familia le pidió permiso a Villa y éste lo dio con la condición de que Bazán se retirara del ejército, cosa que se hizo.

Cuando los hombres de Villa se acercaron a prender fuego a la casa, y penetraron para maniatar a la familia, Antonia se dio cuenta de sus intenciones y les disparó a los hombres varios tiros. A los disparos llegó Villa encolerizado, creyendo que no habían podido cumplir su orden, y encontró con vida solamente a la señora González, a Sara, una de las hijas menores, y a una pequeña de 9 meses, hija de Antonia. Mata a la señora, y personalmente estrella a la niña contra el suelo. Sara le entrega algunas cantidades de dinero y barras de plata que le tenían guardadas, y Villa le ofrece dejarla con vida si accede a irse con él. A su negativa, ordena al que está junto a él, un "teniente" Quiñonez, que la mate y cae Sara sin vida contra una higuera, en el patio de su casa.

Esta familia González era huérfana del coronel Miguel González, que había muerto cerca de Villa en el combate de Paredón, y por su antigua amistad siempre lo reconocieron como una especie de "segundo padre". Jesús Bazán, el marido de Antonia, cayó asesinado a puñaladas una noche, poco tiempo después de su matrimonio, cuando estaba sentado en una banca en la calzada que une la estación de Jiménez con la ciudad.

Era tanta la confianza que en Jiménez tenían de la amistad de la familia González con Villa, que el mismo día de estos acontecimientos se encontraban refugiadas en esa casa muchas personas perseguidas, las cuales escaparon de ser asesi-

nadas también. Refugiada se encontraba doña María Aun de Aun, con sus cuatro niños, a quienes en el momento de la balacera sólo tuvo tiempo de juntar apretadamente en un rincón y cubrirlos con una colcha. También se encontraba el señor Ignacio Serritos, quien, junto con un hermano de la señora González recibió orden de Villa de dar sepultura a los cadáveres:

—Pero rápido, muévanse, les doy de plazo una hora... si no quieren que también a ustedes se los lleve...

Fue difícil sujetar a los caballos que estaban en el corral de la casa, porque estaban encabritados debido a la balacera; parecía que quisieran brincar las paredes. En una calesa vieja de la casa fueron colocados precipitadamente los cadáveres y llevados con toda prisa al panteón, acomodados como si fuesen muñecos.

A la hora de los disparos pudo escapar, brincando por una ventana, una muchacha "pilmama" que atendía a la niñita de 9 meses, hija de Antonia (Toncha se le decía como diminutivo). Se dijo entonces que esta "pilmama" pudo huir y salvar la vida, aunque su razón sufrió desequilibrio.

En la casa tan sólo el perro de la familia quedó aullando...

Cuando las hordas villistas salieron de Jiménez, unos a otros se preguntaban si sería cierto que "el general" había asesinado a la familia González, lo que comprueba que propiamente se escondió de sus hombres para consumir su felonía, pues a esta familia la querían los hombres de Villa, porque habían recibido de ella infinidad de atenciones. Villa dejó a sus hombres en la estación y se regresó a consumir su nefando crimen.

El saqueo, crímenes y todos los excesos, rematan la entrada de los villistas a Jiménez. Entre las víctimas se pueden contar a Don Elías Aun, asesinado después de que le fueron robadas todas las mercancías de su casa comercial. Doña Celsa Caballero viuda de Chávez fue quemada viva; esta honorable señora había logrado poner a salvo a su hija María, enviándola lejos de Jiménez, por la persecución constante que Villa tenía sobre aquella joven. También fueron asesinados en esta ocasión, después de vejarnos en forma espeluznante: Don Ti-

burcio Baca y Don Darío Acosta; Don Jesús Joaquín Aguilera fue también su víctima.

En Jiménez se guarda grato recuerdo de la familia González, por sus actos de generosidad. El 3 de febrero de 1916, estando defendida esta plaza por un grupo de voluntarios de aproximadamente 50 hombres, al mando del mayor Pascual de Anda, una partida de 800 villistas, al mando de Nicolás Fernández atacó la plaza. Los voluntarios se reunían todas las noches en casa del mayor de Anda para recibir órdenes y nombrar comisiones, pero como carecían de haberes, durante el día se distribuían en sus casas para tomar sus alimentos. En los precisos momentos en que Pascual de Anda se desayunaba, principió el tiroteo; salió pronto a la calle, creyendo que sería una confusión, por no haber recibido noticia de la proximidad del enemigo; pronto un herrero lo denunció con un grupo de villistas apostados en una esquina, que le hicieron fuego y cayó muerto.

La señorita Sara González recogió su cadáver y lo llevó a su casa, en donde lo tendieron para velarlo; pero el jefe villista Nicolás Fernández, ordenó que lo sacaran y el cuerpo fue colgado y allí balaceado, desoyendo las súplicas de innumerables personas de Jiménez que pedían les fuera entregado para darle sepultura. Poco después, a la misma familia De Anda, trataban de venderle en \$500.00 el reloj que traía Don Pascual cuando fue muerto. Del jefe de la familia González, Don Miguel, hay en Jiménez un obsequio a la iglesia de dicho lugar: el enrejado en el atrio del templo.

DEVASTACIÓN

Querido lector: si debo a tu benevolencia el haber seguido mi relato, pobre y torpe, hasta este punto, muy justo es que te sugiera evitar el tormento que a tu espíritu va a ocasionar el relato de los siguientes hechos... Si no fuera indispensable para mi relato y si pudiera yo salvar ese lapso de la vida de Francisco Villa en que el horror de verdaderas carnicerías de gente indefensa marcó la etapa más cruel de su vida, lo haría

gustosamente, pues a pesar de los años transcurridos, aún hace estremecer al espíritu más templado esa orgía de sangre en que se hundieron él y todos los que lo seguían. Sus víctimas fueron hombres del campo, modestos campesinos en su mayor parte, gente sencilla, que no cometió otro delito que haber quedado a merced de los instintos bestiales de aquellas chusmas.

Aquellos que aún duden de lo que fue realmente Francisco Villa, lean las siguientes páginas. Aquellos que, por el contrario, vivieron o supieron de todos sus desmanes, evitense el recuerdo doloroso, el vértigo que produce la evocación de esos fantasmas sangrantes, con las espaldas despedazadas por el látigo o la espada, con las facciones contraídas por el dolor, con los nervios destrozados por el terror de todos sus suplicios.

ASESINATOS EN UN CORTO PERIODO

El 8 de enero de 1917 asesinó a los señores Genaro, Rafael y Procopio Alvidrez y a Don Ismael G. de las Casas, habiéndoles hecho caminar a pie hasta el rancho El Velduque, siendo esto un suplicio horrible para Don Rafael, debido a que acababa de ser operado de una hernia, y a quien con el esfuerzo de la caminata tan larga los intestinos se le vinieron fuera. Asesinados después de ser obligados a cavar su fosa.

Debido a esto, la familia Alvidrez tuvo que abandonar el lugar, habiendo hecho el viaje a pie a Parral, aquel grupo formado por niños y señoras de edad, poseídos todos del terror más espantoso y con peligro de caer en el camino en manos de los bandoleros, por lo que al menor ruido que oían se disgregaban y corrían a ocultarse entre los gatuñales y peñas... Era el mes de enero, el invierno crudísimo, las temperaturas bajo cero a campo descubierto hacían penosísima la marcha durante el día, y cuando la oscuridad de la noche los obligaba a detenerse, los miembros entumecidos se negaban a reiniciar la marcha después de la obligada pausa.

El pueblo de Conchos quedó en tal abandono, que las yerbas silvestres crecieron en las calles, sobrepasando la altura

de los muros de las construcciones que, abandonadas, se vinieron abajo, quedando convertido lo que fuera un pueblito alegre, limpio y pintoresco, con su gran río Conchos que riega toda esa zona agrícola, en un conjunto de ruinas en donde sólo los coyotes entraban y saltan aullando, como espantados de aquella soledad. Conchos, igual que Río Florido (Villa Coronado) y muchos otros pequeños pueblos de toda esa región azotada por el villismo, jamás han vuelto a recuperarse; ruinas, hambre, soledad, es el espectáculo que aún observa el viajero que recorre la comarca; parece como si un aliento de espanto soplara de todos sus ámbitos, o como si los lamentos de tanto inocente sacrificado se hubieran quedado flotando entre el viento de toda esa región.

En 1918, Santiago López, mayordomo de la hacienda de Bella vista, y los señores Manuel Portillo y el padre de éste, Don Antonio, fueron asesinados después de entregarle a Villa el dinero que pedía por su rescate.

José Eduardo y Santos Giner (padre e hijo), asesinados en el rancho de "La Varita", municipalidad de Valle de Zaragoza (Conchos), e igualmente asesinado fue el señor Jesús Verdugo.

Lo mismo sucedió con Teódulo González y un hijo de éste que había andado con Villa mucho tiempo, y a quien el padre pretendía que se quedase, proponiéndole a Villa que se llevara a otro de sus hijos.

Igual fin tuvo Perfecto Juárez, de 90 años de edad, hombre de las confianzas de Villa, quien fue colgado en la Alameda de Conchos.

En 1919, en San José del Sitio (cerca de Conchos) fueron asesinados Guadalupe Velasco, Emiliano, Gertrudis y Teódulo González y 30 personas más; además de los señores Sabás y Rosario Chávez y sus hijos Rosario, Ramón y Sabás y Evaristo Chavira.

En 1919, también fue asesinada en el rancho "El Cañaño" la señorita Eufrosia Domínguez y su hermano Pedro; eran descendientes de aquellos señores Domínguez quienes antes de estallar la Revolución, habían logrado detener una partida de ganado robado, que arreaba Doroteo Arango por las már-

genes del río Conchos. (El Correo, periódico de la ciudad de Chihuahua, en su número 3588, de 4 de mayo de 1910, dio cuenta de este asunto).

EN SANTA MARÍA DEL ORO, MAGISTRAL Y PUEBLOS CERCANOS, DURANGO

En el rancho "El Refugio" asesinó a Don Fiacro R. Celis. En abril de 1918, a Don Catarino Smith y a Don Prisciliano Saucedo, el primero gerente de la negociación minera de Magistral, y, por último, fue volada con dinamita la planta generadora de energía eléctrica, dejando en la miseria, sin trabajo, a centenares de humildes trabajadores que prestaban sus servicios a la empresa. En 1918, con lujo de crueldad, fue asesinado el señor Miguel Anaya, ganadero, hombre honrado a carta cabal.

EN TEPEHUANES

Al no poder tomar esta plaza, hizo prisionero a un hijo del general Miguel Aguirre, a quien le propuso dejarle libre si evacuaba dicha plaza, y no habiéndolo logrado, asesinó de la manera más brutal a aquel joven y a un compañero; fueron mutilados y por último despedazados a cabeza de silla. En Bustillos fueron asesinados doscientos dos mexicanos que habían sido hecho prisioneros en San Andrés. También fue asesinado el estudiante de medicina apellidado Comadurán, después de que había recibido Francisco Villa los \$2,000.00 que pedía por su rescate, cantidad que fue reunida entre los habitantes de Bachimba.

En Satevó fue quemada viva la señora Lugarda Ruiz, abuela de uno de los que habían sido generales de Villa (José Rodríguez), quien, con un valor inaudito, cuando se percató de la muerte que le iban a dar y de que no encontraban cerillos, sacando estos de su delantal se los aventó a los bandoleros gritándoles: "toma, bandido, no te detengas".

En Santa Gertrudis (Saucillo, Chihuahua), asesinó personalmente a un músico, señor Gonzalo Hernández, que había sido soldado de Villa y uno de los de su mayor confianza, que se excusaba a seguirlo nuevamente diciéndole que ya estaba viejo, que ya no servía más que para estorbo, pero que, en cambio, allí andaban con él sus dos hijos; lo asesinó en presencia de sus dos hijos, sin que éstos protestaran, sino que siguiendo con él por muchos años.

En Namiquipa, río Sestín, en Agostadero, La Bellota, Palo Quemado, Santa Cruz, fueron entregadas por orden de Villa a sus chusmas, todas las mujeres que fueron ultrajadas salvajemente, entre ellas hubo niñas de 13 y 14 años, muchas de las cuales, a consecuencia de ese salvajismo, murieron.

En San Javier lazaron y arrastraron hasta la Ciénega de Olivos a una señora apellidada Molina. En la Cueva (hoy pueblo Juan Mendoza) encerró en un cuarto a todos los hombres y de allí estuvo mandando sacar a uno por uno y fueron colgados de un mezquite; quedaban unos cuantos con vida cuando llegó Martín López, coronel o general de Villa, y pistola en mano suspendió aquella matanza.

En 1918, estando de guarnición en Parral las fuerzas al mando del entonces coronel Gonzalo Escobar, asaltó Villa el Pichagüe, rancho a dos horas de Parral, y allí asesinó a un hijo de Faustino Holguín, amarrándolo a un fresno y atravesándolo con el puñal; ultrajó a las dos señoritas Holguín y ordenó a Cipriano, otro hijo de Faustino, que fuera a avisarle al padre quien estaba en La Saucedá.

En 1920, poco antes de amnistiarse, cayó una noche en La Estancia, Durango, y también allí encerró a todos los hombres indefensos que pudo coger, pues gran número de familias, al darse cuenta de la proximidad de Villa, salieron a pasar la noche al monte. Uno a uno fue ordenando sacarlos a su presencia y eran asesinados por él. Alguno de aquellos infelices al salir y darse cuenta de lo que estaba sucediendo, sin tener más arma que sus propias manos, se atrevió a darle un golpe a Villa en la cara éste al momento ordenó que entraran sus secuaces y mataran a todos los que quedaban dentro del cuarto.

EN CANUTILLO

El día 29 de julio de 1916 asesinó a Don Miguel Jurado quien había ido a dicha hacienda a recoger a sus hijos Consuelo, Carmen y Bernabé Jurado. Antes de ser asesinado, Don Miguel había sido torturado tan cruelmente, que al momento de morir ya había perdido la razón.

En mismo Canutillo, el 19 de octubre de 1917, asesinó a Julia Morales y a Juana viuda de Lazos, después de ultrajarlas y martirizarlas horriblemente. A pesar de haber prometido a los hombres del rancho que las dejaría libres, fueron encontrados sus cuerpos desnudos en el panteón, una mañana.

MARGARITA GUERRA

Maestra en Parral de muchas generaciones; allí se le recuerda aún con respeto y cariño sin límites. Al entrar Villa a Parral el 5 de noviembre de 1916, habló con una persona amiga de la señorita Guerra y le dijo:

—Usted que es comadre de Margarita, mándele decir que voy a Chihuahua, y que voy a quemarla...

La ciudad de Chihuahua estaba guarnecida por todas las fuerzas (artillería, caballería e infantería) del general Jacinto B. Treviño, mismo que en 1915 había detenido El Ébano con mucho éxito; pero en Chihuahua la suerte le fue adversa, y el 27 de noviembre de 1916 Villa tomó la plaza y en ella cometió todas las depredaciones inimaginables.

El 23 de noviembre de 1916, la señorita Margarita Guerra vivía en compañía de la señora Guadalupe García viuda de Rodríguez, esposa del que fue general villista Trinidad Rodríguez, muerto en la famosa batalla de Zacatecas; ambas fueron asesinadas en forma inenarrable, así como la "pilma-ma" del niño de Guadalupe. Se resiste el ánimo para entrar en detalle de los tormentos a que fueron sometidas éstas, por

todos conceptos, respetabilísimas damas... finalmente sus cuerpos fueron destrozados en el cerro de Santa Rosa, dejándolos insepultos. Alguien ha querido hacer aparecer como autor de estos crímenes bestiales a uno de los que acompañaban a Villa; pero la advertencia que éste hizo en Parral a una amiga de la señorita Guerra, no deja lugar a dudas.

(Samuel Rodríguez, el entonces muy pequeño hijo de Guadalupe García viuda de Rodríguez, vivió muchos años después en la ciudad de Chihuahua.)

Después de saquear la población y de incendiar cuadras enteras del comercio, cuyas llamaradas iluminaron noches enteras la aterrorizada ciudad, las chusmas villistas se retiraron al noroeste, y entonces fue cuando tomó posesión de la zona militar el general Francisco Murguía, en cuyo valor Chihuahua cifró sus esperanzas de la completa exterminación del villismo.

En 1918 caen los bandoleros sobre la plaza de Jiménez, hacen prisionero a Don Ignacio Rentería para forzarlo a que entregara a su hija Austreberta, no habiéndolo logrado sino cuando Baudelio Uribe el "mocha-orejas", encontró a la joven en casa de Jesús García y la entregó a Villa; tenía Uribe cierto disgusto personal con la familia Rentería. A Don Ignacio lo atormentaron quemándole los pies, y como consecuencia sufrió para el resto de su vida y caminaba con dificultad, apoyando lentamente los pies. Así lo vimos en Parral en sus últimos años.

En el rancho "El Negro" encontró sembrando a Leandro y Francisco García, originarios de Rancho Primero; les preguntó qué hacían, le contestaron que sembrando como medieros; por contesación los asesinó.

En Villa Coronado quemó los pies al señor Melchor Meza, quien a consecuencia de este martirio, murió poco después. Este tormento lo dio delante de sus hijas Rosenda, Refugio y Soledad.

En esta misma Villa Coronado (antes Río Florido), un general villista, José Meza, ultrajó a una señorita Beatriz

Herrera, y su hermana Dolores, quien salió en su defensa, fue mandada ahorcar. (Familia Herrera sin ningún parentesco con la familia de los generales Luis y Maclovio).

DICIEMBRE, 1916

La matanza de soldaderas en Camargo es un hecho de Villa de los más conocidos, porque sobre él han escrito colaboradores de diversos periódicos y revistas. Eran soldados del general Murguía, que entonces se les llamaban "changos" porque eran hombres de corta estatura, débiles, según parece cogidos en redadas en la capital; gente miserable, mal viviente, sin ninguna costumbre de combatir y sin conocimiento del clima del norte del país, que precisamente cuando cayeron en manos de Villa estaban ateridos de frío.

Después de la matanza de hombres quedaban las soldaderas, las cuales, cerrando el furgón del ferrocarril en donde se encontraban, fueron asesinadas por Villa y por Baudelio Uribe, personalmente, quedando al último medio oprimido por el cuerpo de su madre un pequeñito de meses de edad; riéndose Villa y bromeando con Uribe, con su propia pistola dejó sin vida a aquel inocente.

Parece que en este hecho estuvo presente Rodrigo Quevedo, que pretendía formar un partido valiéndose de Villa, pero ante esta realidad desistió de su propósito.

En Santa María del Oro, Durango, el 4 de febrero de 1917 asesinó entre los mayores tormentos a Don Teófilo Pezreya, anciano de 80 años de edad, veterano de las Guerras de Reforma: después de golpearlo fue amarrado a "cabeza de silla" y arrastrado hasta el pueblito de San Bernardo, en donde fue abandonado el cuerpo en la placita de dicho pueblo, después de atravesarlo a puñaladas.

Carlota Bastida, originaria de San Juan del Río, Durango, a donde llegó Villa con sus chusmas derrotadas al haber pretendido tomar la ciudad de Durango, en 1917. Se alojó "el

jefe" en una casa de un señor Ponce. De la casa vecina hizo prisionera a la señorita Bastida, que fue entregada a las chusmas, habiendo sido ultrajada por no menos de 300 malhechores, y por último, estacada, llevada a Menores de Abajo y dejada allí abandonada, circundada por una valla de ramas en pleno monte, hasta que un pastor la encontró y horrorizado dio aviso a la autoridad de San Juan del Río, Durango, siendo identificada solamente por un escapulario que colgaba de su cuello.

GENERAL JOAQUÍN AMARO

(1918)

Llega a Parral el general Joaquín Amaro y como en cada ocasión en que fuerzas gobiernistas ocupan esta región, renace la esperanza en todos los pechos de que "ahora sí... ¡Ahora sí!" terminará este bandolerismo y volverá el Estado de Chihuahua a tener paz y volverán sus habitantes a entregarse al trabajo.

El general Amaro tuvo la gran idea de reconcentrar a todos los campesinos de la zona con sus familias, con sus propiedades, con todos sus semovientes e instalarlos en las principales plazas del Estado. De esta manera quedó privado ya el villismo del concurso de muchos de aquellos que simulaban ser agricultores, pero que sólo esperaban el paso de Villa para unirse a él, sabedores de que en todas las plazas en que logran entrar tendrían manos libres en el saqueo, y para la realización de sus venganzas personales con toda impunidad.

Se obedeció con exactitud la orden del general Amaro y el villismo se debilitó notablemente; los campos quedaron abandonados, no hubo cosechas de ninguna especie. De Estados Unidos se recibieron durante muchos años enormes cantidades de toda clase de granos, sobre todo de los más usados en la alimentación mexicana.

Pero el villismo, positivamente ya debilitado, empezó a pensar en "su rendición", cosa que logró en 1920, porque el refuerzo que había recibido al unírsele Felipe Angeles, duró poco tiempo, ya que éste fue capturado y muerto en 1919.

LA INFLUENZA ESPAÑOLA

(Octubre, 1918)

El mundo entero se vio azotado por esta extraña enfermedad a la que se le dio el nombre de “influenza española”.

Una mañana de octubre llegó el doctor Quiroz a mi casa, muy temprano, porque yo estaba enferma, con fiebre altísima...

—Ya nos llegó la epidemia —dijo el doctor, y frunció el ceño.

Seguramente él ya tendría noticia de aquella enfermedad tan rara que azotaba al mundo. Para el anochecer de ese mismo día todos los miembros de mi familia estaban en cama. Yo tuve una ligera hemorragia nasal, que, según dijo el doctor, me había favorecido. La mortandad fue incalculable; en Parral se llevaban al panteón los cadáveres en “carruchas”, a montones. Todos los centros de reunión fueron cerrados, iglesias, escuelas, todo cerrado; las gentes ocurrían a las boticas cargando canastas porque los frascos con medicinas los llevaban por docenas; familias enteras en cama y los enfermos ayudándose unos a otros; calles y plazas de Parral regadas a toda hora del día con desinfectantes, olor fuerte a creolina y yodoformo; las gentes se colocaban en oídos y fosas nasales algodones con alcanfor. Parece que aquella “gripa” daba con una tremenda congestión pulmonar, porque apenas unas horas o minutos duraban los enfermos, luego caían como heridos por el rayo; las gentes más humildes abandonaban sus viviendas dejando las puertas abiertas y los cadáveres de sus familiares

también abandonados; huían sin rumbo pretendiendo ponerse a salvo del contagio. El nombre de "influenza española" se dijo que se le había asignado a tal epidemia porque llegó de Europa a consecuencia de la Primera Guerra Mundial; lo cierto fue que llenó de angustia a millones de hogares; todo esto añadido al drama sangriento de Europa y a la situación de hambre, de ruina y de espanto en que se encontraba aquel México, que parecía que jamás habría de recobrase.

Quien presencié aquella "gripa" y cuarenta años después ve que los periódicos capitalinos con grandes caracteres dicen que la capital están siendo azotada por una gripa tal, que solamente puede comparársele la "influenza de 1918"... y resulta que sólo se trata de un simple catarro llorón, no puede menos que asombrarse de la ligereza de las informaciones, del aplomo de los reporteros para asentar mentiras de toda índole con enormes caracteres... y echando atrás el recuerdo hasta 1918, ensombrecerse con la presencia en la mente en aquellas escenas de espanto... (Según se ha oído decir, aquella "influenza española" se llevó de este mundo al bandolero que tenía asolado el Estado de Michoacán, el inhumano José Inés Chávez García).

CUATRO AÑOS VERGONZOSOS

Es vergonzoso el hecho de que durante más de 4 años (de enero de 1916 a julio de 1920), ya aniquilado por el general Obregón, Villa haya asolado al Estado de Chihuahua, cayendo constantemente sobre rancherías y aldeas indefensas, cometiendo incontables crímenes y dando la impresión de que en Chihuahua no había hombres capaces de enfrentársele. Ante este hecho, la reputación de los militares chihuahuenses al lado del gobierno del señor Carranza queda muy maltrecha, si no se menciona su actuación en aquellos días, aunque sea brevemente.

La prolongada inquietud en que vivió Chihuahua después de la derrota del villismo en el Bajío y combates posteriores, muertos ya los revolucionarios Maclovio y Luis Herrera, se debió a que no había entonces otros militares chihuahuenses que estuvieran capacitados para hacerse cargo de una campaña con verdaderos propósitos de pacificar el Estado. Los únicos que se destacaron al lado del señor Carranza fueron los hoy generales Lorenzo Muñoz Merino e Ignacio C. Enríquez. El primero llegó a Chihuahua en 1917, con el grado de teniente coronel con las fuerzas del general Francisco Murguía y se distinguió por el valor que demostró en los combates contra los villistas, pero no tenía la jerarquía ni la edad necesarias para hacerse cargo de aquella campaña. Enríquez llegó a fines de 1915, a los 26 años de edad, con el grado de coronel; nombrado gobernador provisional del Estado y desde luego comenzó a organizar las defensas sociales para restablecer el orden.

Pero conviene conocer la situación de estos chihuahuenses durante aquellos tiempos difíciles para su Estado:

Al asaltar Francisco Villa el desprevenido pueblo de Columbus en marzo de 1916, el general Obregón fue a Ciudad Juárez a conferenciar con el general Scott y llevó en su compañía al coronel Enríquez, y a su regreso también le ordenó que lo acompañara a la Ciudad de México, donde lo ascendieron a brigadier y lo nombraron Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra, al lado del mismo general Obregón. Después lo nombraron Jefe del Departamento de Establecimientos Fabriles Militares y hasta mediados de 1918 logró volver a Chihuahua nombrado por segunda vez gobernador provisional y en seguida reanudó la organización de las defensas y además formó un regimiento de rurales con chihuahuenses deseosos de cooperar a la pacificación del Estado. Para esas fechas estaba en Chihuahua como jefe de operaciones el general Murguía, quien en vez de aceptar la cooperación que Enríquez le ofrecía, lo hostilizó en tal forma que éste tuvo que salir de la ciudad de Chihuahua, a organizar su gobierno en un pueblo del noroeste en donde tuvo el apoyo de los serranos organizados en "Defensas". Murguía mandó tropas tras él como si se tratara de un rebelde, por lo que Enríquez tuvo que llamar a los rurales y a las Defensas; inmediata y rápidamente reunió suficientes hombres armados para enfrentarse a las tropas de Murguía, las cuales, una madrugada cayeron en una emboscada en la sierra entre el pueblo de Carretas y la hacienda de Bustillos. Felizmente no hubo víctimas, porque el general Eduardo Hernández, que comandaba la tropa de Murguía, al verse rodeado por los serranos, pidió que no se hiciese fuego y aceptó dejar su tropa en la situación en que se hallaba y trasladarse él con una pequeña escolta de 25 hombres a la estación de Bustillos, en donde se había conseguido la comunicación telegráfica con el señor Presidente Carranza, por la línea de Sonora al Sur, así como con la jefatura militar en la ciudad de Chihuahua.

Enríquez enteró de la situación al señor Carranza, quien dio orden terminante a Murguía para que diera garantías a Enríquez y su gente, y a éste lo llamó a informar, ordenándole

que se trasladase a México en tren especial y escoltado por los rurales. Días después, Murguía fue removido de la Jefatura de Operaciones de Chihuahua.

Hasta mediados de 1919 consiguió Enríquez volver a Chihuahua en misión exclusivamente militar, comisionado para seguir organizando las Defensas Sociales y regimientos que se llamaron Fuerzas Auxiliares del Estado, los que cooperaron eficazmente con las tropas del General Diéguez y pronto Villa se vio obligado a internarse al Estado de Durango. En noviembre de ese año uno de esos regimientos combatió y persiguió de cerca al General Felipe Ángeles, por el rumbo de San José del Sitio y Conchos, y finalmente fue aprehendido este aliado importante de Villa en la Estación de la Mora, por la Defensa Social de Valle de Olivos, a las órdenes del Capitán Gabino Sandoval. Ángeles fue llevado a la Ciudad de Chihuahua, juzgado y ejecutado.

A principios de 1920, habiéndose logrado restablecer el orden en el Estado, bajo la jefatura del general de división Manuel M. Diéguez y acercándose las elecciones para Presidente de la República y para Gobernador del Estado, el brigadier Enríquez pidió licencia y entregó el mando de los regimientos que había organizado, según dijo, para quedar así desligado y en libertad de obrar al estallar el conflicto político que entonces se preveía. En efecto, en abril de 1920, se inició en Sonora el movimiento contra el señor Carranza, con el "Plan de Agua Prieta", encabezado por el general Plutarco Elías Calles, protestando por la imposición que pretendía hacerse de un candidato oficial. Enríquez secundó este movimiento en Chihuahua y nuevamente los serranos le prestaron su apoyo, lo que resultó muy oportuno, porque precisamente en esos últimos días del mes de mayo de 1920, Francisco Villa regresaba de Durango a Chihuahua. Enríquez salió luego en su busca al sur del Estado, encontrándose en una planicie entre Ciudad Jiménez y Valle de Allende. Ya dispuestos a combatir, Villa mandó emisarios proponiendo tener una conferencia, lo que Enríquez aceptó, reuniéndose en pleno campo a igual distancia de sus tropas, colocadas en tiradores y conversaron un largo rato.

Con anterioridad Enríquez y el general Calles habían tratado sobre la necesidad de pacificar totalmente el Estado usando para ello cualquier medio, aunque fuera el de tratar una amnistía, ofreciendo al bandolero y a sus facinerosos amplias garantías personales, el darles tierras de cultivo, implementos y dinero para encauzar sus trabajos, etcétera. Esto se le hizo saber a Villa, pero éste pretendió que lo nombraran Jefe de Operaciones Militares de Chihuahua y Durango, con un mínimo de siete mil hombres a sus órdenes. El general Calles rehusó rápida y terminantemente estas pretensiones de Villa y ordenó a Enríquez que con toda energía procediera a batirlo, iniciándose una campaña en la que no le dieron reposo ni de día ni de noche. Pronto llegaron al Estado numerosas fuerzas a las órdenes de los generales Amaro y Escobar, activándose más la persecución con tropas descansadas y en unos cuantos días Villa se vió obligado a refugiarse en el desierto de Mapimí, de donde fue a rendirse a Sabinas, Coahuila, en el mes de julio ante el general Eugenio Martínez.

Por fin, como resultado de una campaña eficaz, el Estado de Chihuahua quedó pacificado, como pudo haberse hecho desde cuatro años atrás. Pasaron las elecciones y Álvaro Obregón se hizo cargo de la Presidencia de la República y Enríquez del Gobierno del Estado y el orden se restableció con plenas garantías para todo ciudadano. Sin embargo, a pesar de que el Gobierno proporcionaba a Villa abundantes elementos con que se le diera garantías por medio de una escolta personal, todas las numerosas personas ofendidas por sus horrendos crímenes ocupaban la atención del criminal, quien jamás desistió de sus propósitos de deshacerse a mansalva de todos aquellos que él bien comprendía que no omitirían esfuerzo alguno para eliminarlo, ya no con idea de venganza ni de resentimiento, sino simple y llanamente como "defensa personal", que tal fue la posición real de infinidad de ciudadanos, al quedar los Estados de Chihuahua, Durango y Coahuila, principalmente, sometidos al Señor Feudal de Canutillo, puesto que éste no quedó sometido al Gobierno, sino simplemente lo colocó Adolfo de la Huerta allí para contar con "sus servicios" en el momento en que él se lanzara a la lucha para alcanzar la

Presidencia de la República. De entre los numerosos descendientes de las víctimas de sus horrendos crímenes, un grupo de nueve hombres le dieron muerte en Parral, la mañana del 20 de julio de 1923.

Pero a finales de ese mismo año de 1923 nuevamente volvió el terror a los habitantes de la región de Parral, porque numerosos villistas se levantaron en armas secundando la rebelión de Adolfo de la Huerta cuando la mayoría de las fuerzas del gobierno habían salido al Sur a apoyar al Presidente Obregón. Pero entonces Enríquez, que era el Gobernador, dejó su cargo y asumió la jefatura militar, procediendo otra vez a organizar fuerzas auxiliares para combatir a los villistas y dar garantías a la sociedad. Nuevamente los serranos respondieron a su llamado y rápidamente se organizaron regimientos que rechazaron al enemigo hacia el Sur, hasta obligarlo a internarse a Durango. Por algún tiempo Enríquez tuvo su cuartel en la hacienda de Canutillo, en la casa del propio Villa. Esta fue la última aventura del villismo en el Estado de Chihuahua.

Como resultado de estas campañas, Enríquez fue ascendido a General de Brigada.

Los jefes que más se distinguieron en la organización de las Defensas Sociales y las fuerzas auxiliares, que combatieron al villismo, fueron los coroneles Jesús Antonio Almeida, Hermógenes Ortega, Tereso Medina; los tenientes coroneles Atenógenes Mendoza, Cruz Villalba y Fernando González; los mayores Francisco Antillón, Anastasio Tena, Jesús María Ríos y Julián Pérez. Estos dos últimos fueron jefes de las fuerzas llamadas "Dorados de Villa", con grados de coronel.

ÚLTIMO ATAQUE A HIDALGO DEL PARRAL

(Semana Santa de 1919)

Al traer al papel estos recuerdos que acongojan aún mi vida, como un anillo de pesadas y horrorosas remembranzas, siento la impresión como si de mí se alejara un gran remordimiento. Durante todos los años de mi vida, desde aquel entonces, la impresión de aquellas escenas de tragedia, de sangre, de profundo dolor, ha sido como una sombra negra que nació en mi existencia en la época en que la inocencia de la niñez hace de la inconsciente vida infantil el más hermoso paraíso de los recuerdos, sombra que oscureció mi juventud y amarga aún mi vida, ya que el recuerdo se clava en mi corazón como garra... y siento que el escribir es arrancarla.

Fue el Viernes Santo, 18 de abril de 1919, la hora en que las gentes católicas concurrían a sus templos porque se celebraba la ceremonia del "pésame" a la Virgen María. Parral había puesto un paréntesis a la angustia desesperante del que piensa que quizá mañana el oxio de un bandolero puede arrancar la vida al padre, a la madre o al hijo. Sonaban las ocho de la noche, soplaba un viento tibio impregnado de cera y de plegarias; grupos compactos de gente recorrían los templos rezando el "Vía-Crucis"; la iglesia parroquial estaba plétórica de lieles.

Vestida de blanco, en compañía de otras niñas de mi edad, tocadas nuestras cabezas con velos sostenidos en las sienas por coronas de flores naturales, asistía yo a la ceremonia en la que habríamos de cargar en andas sobre nuestros hombros, y pasear en procesión en la amplia nave del templo la imagen de

María de la Soledad, madre del Dios-Hombre, que veinte siglos antes entregara su alma clavado en una cruz, para sellar con su sangre una doctrina de amor. Por la tarde había transcunido la ceremonia que recuerda las últimas siete palabras de Aquel Predicador inolvidable. La multitud elevaba su espíritu unificado en aquellos momentos en una suprema oración de paz y tranquilidad.

Francisco Villa, lejos de respetar aquella hora en que la población entera se impregnaba de fervor y recogimiento, acechaba.

Villa no podía desaprovechar aquella ocasión en que el espíritu colectivo del pueblo recordaba las doctrinas de paz y amor de Cristo, que chocaban visiblemente con preparativos guerreros de defensa. Un grupo de miembros pertenecientes a la Defensa Social solicitó del señor cura párroco, que lo era entonces don José Márquez, con urgencia, el templo, para defender la ciudad desde sus azoteas y su campanario; esto hizo que la ceremonia se interrumpiera; en un momento, el conocimiento de la proximidad del bandolero se esparció con rapidez increíble entre los asistentes, el templo fue abandonado con rapidez, el terror se pintaba en las fisonomías, las personas salían precipitadamente murmurando oraciones, las madres recogían a sus hijos y emprendían vertiginoso regreso a casa.

En poco tiempo, las calles quedaron desiertas, las familias se refugiaron en sus habitaciones y el silencio sepulcral era sólo interrumpido por el llanto de una madre que despedía al mozalbete de dieciséis años que se acomodaba precipitadamente la cartuchera y corría a reunirse con los compañeros en los sitios estratégicos.

Las "Defensas Sociales" se habían formado en diversos puntos del Estado de Chihuahua por iniciativa del ingeniero Ignacio C. Enríquez, ante la cruel realidad de que las fuerzas del Gobierno no habían tomado la campaña contra Villa sino como una farsa; muchos generales habían desfilado por Parral comandando miles de hombres; en diversas ocasiones la tropa se componía de indios yaquis, llevaban hombres de caballería, ejército, en fin, que de haber querido sus jefes, hubieran ver-

daderamente exterminado al villismo en poco tiempo. Así conocimos a los jefes Amaro, Fabela, Acosta, Dieguez, Escobar, Murguía, etcétera... y la esperanza de que hoy con este jefe, mañana con el otro, aquella situación infernal terminara en Parral, hizo que muchos civiles siguieran radicando allí, para desgracia de muchos.

A los miembros de la Defensa Social formada en Parral se les designaba como "los socialistas" o "los sociales"; por Balleza les decían "los defensos". Los socialistas tenían fortines en los templos del Rayo, la Parroquia, San Juan de Dios, en las azoteas de las casas números 7 y 9 de la avenida Independencia, así como en las azoteas de la hoy "Casa Rodríguez", que entonces se conocía por la "Casa Redonda". Finalmente, un conjunto más numeroso ocupaba un fortín de piedras ubicado en el cerro de la Cruz (hoy de la Prieta), montículo alrededor del cual se enrosca Parral como una serpiente. Como a las diez de la noche se escucharon los primeros tiros por el rumbo del Parque Infantil y por el Mesón de Jesús. Las hordas villistas alcanzaban un total aproximado de 1 600 hombres, estimulados en la lucha por la esperanza de entregarse al saqueo y saciar sus venganzas; dirigía el combate Felipe Ángeles.

Este, militar de carrera, gran artillero, militar de un tipo "hasta hoy desconocido en nuestro medio, hombre de talento y de completa cultura" (así lo califica el señor Manuel Bonilla en su libro); este Felipe Ángeles (la traición hecha individuo), se había retirado de Villa a raíz de las derrotas del Bajío y había residido desde entonces en Washington, en compañía del señor Calero; parece que allá se formó una junta que se llamó Liberal y algo más, y se le dió a Ángeles el nombramiento de Presidente de México, y vino a reunirse con Villa, quien mandó a su gente a recibirlo a un punto llamado "Tres Castillos", cerca de Villa Ahumada, Chihuahua. De allí pasaron a San Andrés, cerca de Río Florido, sin llegar a este último pueblito. Consideró Ángeles, sin duda, que al lado de Villa iba a volver a reunir 40 mil hombres, como cuando al frente de la División del Norte se lanzaron a la conquista de la Presidencia de la República en 1914. Los defensores de Parral eran jó-

venes hasta de 15 años y adultos, estimulados a su vez por el sagrado deber de defender a sus familias de la muerte y los ultrajes, o sus bienes del saqueo e incendio. El grupo de socialistas en total sería de 250 miembros. Como jefes de la guarnición de la plaza estaban el llamado general Manuel Medinaveitia y el coronel Ríos Gómez.

En el templo del Rayo, vieja iglesia colonial de una torre, el grupo de socialistas sería en número de cuarenta y eran mandados por el joven Aristeo Flores. Entre este grupo se encontraban los hermanos Alvidrez, cuyos padres habían sido asesinados por Villa hacía dos años en Conchos. Estaban también Antonio Bejarano, José de la Luz Reyes, José María Muñoz, Jorge H. Maul, Alfredo Baca, Bernardo Guzmán, Jesús G. Baca, Joaquín Ponce, Ignacio Muñoz, Maximiliano Baca, Elisandro Prieto, Sergio Maul, José María Botello, Adolfo Carrillo, etcétera. Este grupo de hombres, muchos de ellos casi niños, inició la defensa. Los villistas, en grupos de 50 a 100 hombres, se desprendían del cerro de La Iguana y se parapetaban en las bocacalles y puertas, pero eran rechazados por los valientes defensores.

También se oyeron unas descargas en el cerro de Los Aburridos, en donde estaba un grupo de soldados federales; pronto cesaron éstas y los socialistas del Rayo, sin saber lo que ocurría, supusieron que había sido vencido aquel grupo y que los villistas ya estarían en la avenida Independencia. El jefe del fortín del Rayo, señor Aristeo Flores, ordenó a un grupo de 6 hombres, entre ellos al güero Muñoz, que bajaran hasta la avenida Independencia para cerciorarse de la situación. Tirados boca abajo en la esquina que hacen la avenida Independencia y la calle de José Eligio Muñoz, permanecieron el güero y sus compañeros algunos minutos. De pronto vieron un grupo como de ocho hombres que salía de la calle de la cárcel y que se aproximaba; pronto reconocieron que eran los vigilantes de la cárcel; la habían abandonado después de haber asegurado en los calabozos a los reos. Entre este grupo iba un capitán apellidado Arias y un español Zaborit; iban también unos gendarmes y el subalcaide, apellidado Villalobos.

Por la calle de don Ignacio Muñoz, salió un soldado de los que habían estado en el cerro de Los Aburridos, que fue detenido por el grupo de sociales, y quien informó que ya todos sus compañeros habían abandonado sus fortificaciones. Como a las once y media, este grupo de sociales atravesó la avenida Independencia y se apostó en la esquina de la calle de El Pueblo, desde donde tirotearon e hicieron huir a un grupo de villistas que, montados a caballo, estaban en esta calle bajo una morera. Después de esto, el güero y sus compañeros se regresaron al templo.

Como a la una de la mañana, la luz eléctrica fue apagada y la ciudad quedó completamente a oscuras.

Al amanecer del sábado, los villistas ya habían logrado ocupar las casas contiguas al templo, las que claraboyaron y desde donde les fué fácil tirotear a los sociales, que ya para esas horas habían agotado totalmente el parque. Los villistas trataron de colocar una enorme bomba en los muros del templo, lo que fue evitado por una pequeña bomba de mano que arrojó el güero Muñoz, sin sacar la cabeza del fortín, tan pronto como escuchó los primeros barrazos.

Como a las ocho de la mañana, el general Ernesto García, último jefe de la Brigada Juárez, que se encontraba entonces en Parral, acompañado de 50 hombres, entre ellos Julio Reyes, pistola en mano, entraron por los callejones Relámpago y Jabonero y desalojaron a los villistas de aquellos sitios. Julio Reyes salió muy mal herido y fue recogido por los defensores del templo, en donde le aplicaron los medicamentos que tenían a su alcance; pero poco después murió. El domingo, cuando los villistas prendieron fuego al templo parroquial y al del Rayo, el cadáver del señor Reyes quedó quemado.

Cuando los sociales del templo del Rayo agotaron hasta el último cartucho, solicitaron parque al cuartel del general Medinaveitia, y habiéndoselos negado, desalojaron el templo y se reconcentraron algunos de ellos en la Parroquia y los otros en el cerro de la Cruz. Los del templo parroquial se sostuvieron como hasta las cinco de la tarde de ese mismo sábado.

En los viejos muros del templo parroquial pueden aún verse huellas de aquella heroica hazaña de un grupo de parr-

lenses, entre los que se encontraban Melitón y Manuel Losoya, licenciado Alberto de la Peña Borja, Manuel y Filemón Arciniega, Jerónimo Jurado Torres, Luis Hernández, Manuel E. Rosas, Óscar Chávez Montes, Manuel Saldaña, Jesús Aizpuru, José de la Luz, Ceferino y Melchor Herrera, y el joven de 16 años Carlos Herrera Enríquez. Eran jefes de la defensa social: ingeniero Francisco Chávez Holguín, José Murillo y José María Jurado (Chato Jurado), y otros miembros: Aurelio, Ignacio y Agustín Páez; Narciso, Gustavo y Alfonso Talamantes; Alfredo Chávez Amparán; Ignacio, Jesús y Ramiro Montoya; Jesús María Gómez, Rafael Sagredo, José María Aizpuru; Ignacio y Miguel Posadas; Francisco, Pablo y Rodolfo Alvarado; Ismael Gutiérrez, Pascual Galo, Guadalupe Poblano, Jesús Gamboa; Nepomuceno, Jesús José y Joaquín Salcido; Juan Antonio y Antonio Shaar, Julián T. Ríos, Gabriel Chávez, Pompeyo Ochoa, Dionisio Arras, Ascensión Almanzán, doctor Ernesto Quiroz, Vicente y Francisco Almanzán (el doctor Quiroz estuvo atendiendo a los heridos en el cerro de la Cruz), Jesús Quiroz, Jesús Meléndez, Eduardo Rincón, Fortunato Chávez, Francisco Rueda Quijano, Inocente Vélez, Julio Ronquillo, Basiliso Morales, Jesús Reza Ochoa; Avelino, Jesús José y Avelino Hernández hijo; licenciado Manuel Gómez Sillas, Daniel Aldrete, José Murillo, Salvador Murillo; Juan, Juvencio y Pedro Porras; Alberto Benítez; Manuel, Baltasar y Melchor Carrasco; Santiago Méndez, Cesáreo Garza, José María Gutiérrez (padre e hijo). Aristeo Flores, Jerónimo Soto, Arturo Baca, Elisandro Prieto, Rodrigo Chávez Máynez, Camerino Díaz, Leodegario Losoya y otros muchos, cuyos nombres no sería posible traer a la memoria.

Como a las cinco de la tarde de aquel Sábado de Gloria los sociales del templo parroquial se reconcentraron en el cerro de la Cruz; de este último fortín, como a las tres de la tarde, habían bajado 35 o 40 defensores al mando del capitán Arias (momentos antes había tratado de capitanear este grupo el señor José María Sánchez Celis, pero fue herido en las dos piernas). Este grupo bajó por "El Mercadito" y luego por el callejón Veintiuno de Noviembre, y después por toda la ribera del río, hasta el antiguo puente "Antonio Mena"; un

grupo de villistas que estaba en el callejón de la "casa de los perros" huyó al sentir la proximidad de los sociales; éstos llegaron hasta espaldas de la Villa de Grado, de cuyos callejones, un villista, de los que ya andaban saqueando esas tiendas y que no tuvo tiempo de vestirse, salió en "paños menores" y precipitadamente montó su caballo, pero ambos fueron muertos inmediatamente. También como a las cinco de la tarde, otro grupo bajó por el lado de la Peña Pobre, entre ellos Melitón Losoya, quien desalojó a los villistas de la calle 15 de Mayo, a donde iba Melitón con la idea de sacar a su familia, a quien había dejado en una de esas casas, pero ésta ya había logrado salir y se refugiaba con otra familia.

Más tarde, cuando los villistas entraron a la casa de los Losoya y la saquearon, dejaron allí sus ropas, que la familia al volver encontró completamente llenas de "piojos blancos". De estos parásitos también nos llenamos mis hermanos y yo en alguna ocasión, cuando tuvimos que abandonar nuestras casas y refugiarnos donde se nos presentaba la oportunidad.

Este grupo de sociales tiroteó y echó en corrida a los villistas que andaban saqueando el mercado, desalojándolos de toda esa región, de la avenida Independencia, de la Loma del Rayo, hasta echarlos en huida por el panteón; Felipe Ángeles y Villa, sin riesgo, en lugar a prueba de balas, detrás del cerro de La Iguana, llamaban a los suyos agitando en el aire sus sombreros... Pero la traición y la desvergüenza ya habían debilitado la defensa: el llamado general Manuel Medinaveitia, que tenía su cuartel en la Quinta Verde, desapareció la tarde del sábado rumbo a la Loma de Whatley; desde el cerro de la Cruz lo miraron los defensores sin imaginarse a qué se debería aquel movimiento; iba en su caballo alazán; regresó al rato sumamente nervioso, montó un caballo prieto, tal vez por error, porque en las cantinas del suyo dejó gran cantidad de dinero en monedas de oro; al oscurecer emprendió la huida, haciendo salir parte de su gente, sin avisar a los civiles, dejando a éstos a merced del enemigo. Se dijo entonces que en el arroyo de "El Negro" se entrevistó con un enviado de Villa o de Ángeles, pactando entregar la plaza.

(Manuel Medinaveitia hasta después de las derrotas en Sonora se separó de Villa acogiéndose a la amnistía; sorprende por lo tanto que siguiera con el grado de "General"... años después, ya en la capital fue nombrado Jefe Militar del Valle de México... ¡Un miserable!)

¿Y LAS FAMILIAS?

Yo llegué a mi casa la noche del Viernes Santo, fatigada. De la parroquia habíamos salido por la puerta de la sacristía. A muchas señoras amigas ya las esperaban sus familiares, muy alarmados todos; solamente mi tía Lola se mostraba optimista y quería tranquilizar los ánimos diciendo:

—No, no se alarmen, ya verán cómo es una falsa alarma, va a resultar mentira...

En mi casa encontré a mi hermano mayor que contaba entonces 16 años y se ponía precipitadamente las cartucheras pesadas de parque; mi madre lo despidió llorando; yo no advertí en la fisonomía de mi hermano, flaco y alto, ninguna muestra de angustia... ¡Tan grande debe haber sido la convicción que le hacía enfrentarse al peligro! Aquellas noches de amargura son, sin duda, las más terribles de mi vida; los gritos de los combatientes, el fragor de los disparos, el silbar intermitente de las balas sobre las azoteas, el recuerdo de nuestro combatiente adolescente y las oraciones de mi madre, que ponía cruces de palma bendita en las puertas y ventanas, están imborrables en mi mente. En la mañana del sábado ninguna familia se sentía segura en su casa: la sensación de soledad nos hacía pensar a quién recurrir, cuando recibimos el llamado de Doña Lupe Torres viuda de Jurado, para que nos reuniésemos con ella en su casa, a unos cuantos metros de la nuestra. Abandonamos nuestra casa rápidamente, en formación caminamos por la banquetta pegándonos a las paredes, pasando de un solo brinco el callejón de la escuela de la señorita Meléndez. A nuestra espalda la balacera se escuchaba muy cerca, por la plazuela Meoqui o por la casa de don Emilio Arroyo.

Con doña Lupe estaban ya las familias Darancou, Molinar y Torres Molinar. Doña Lupe nos recibió con los brazos abiertos; aún miro la expresión de horror en sus ojos, aún escucho sus palabras, la alteración del timbre de su voz:

—Sí, pase, pase, Doña Arcadia... aquí todas juntas... quizás nos podremos ayudar... quizás logremos salvarnos... ¡Ay, Dios mío!, qué va a ser de nosotras, qué va a ser de todos nuestros hijos... qué va a ser de Parral...

(La balacera se escuchaba allí cerca... a unos cuantos metros de nuestras casas... allí en el mercado, en la plaza de armas...)

Pronto el grupo aquel reunido con Doña Lupe nos dispusimos a rezar y arrodillándonos ante una hermosa pintura de la Virgen de Guadalupe, principiamos a decir en voz alta las letanías mayores, dirigía la Chata Darancou, contestábamos todas. Serían las nueve de la mañana cuando oímos ruido de pasos precipitados y voces en la calle: eran parte de los defensores del templo del Rayo que iban a reconcentrarse al cerro de la Cruz...

De improviso, pasos en la azotea y gritos que nos llamaron la atención: era el Chato Jurado, joven de 26 años, uno de los jefes de la Defensa Social, que gritaba:

—Vénganse todas, vénganse; súbanse con nosotros al cerro, que las maten con nosotros... pero que no las ultrajen... vénganse... mamá, vénganse... vénganse todas...

Y el grupo aquel de mujeres y niños, salimos por la puerta falsa a la calle del Cerro. Llevaba yo, haciendo acopio de fuerzas, un bote grande lechero, lleno de agua, mismo que horas antes había mandado mi madre con mi hermano a los defensores de la Parroquia; y mi hermano José de la Luz cargaba en sus brazos a los dos hermanitos más pequeños... ¡Y pretendimos subir al cerro! Pero pronto fuimos tiroteados por los villistas que estaban ya en el puente de Cal y Canto, resultando herido el señor Laureano Molinar, de nuestro grupo y quemada por una bala la falda de una de las señoras... entonces nos vimos forzadas a replegarnos y meternos precipitadamente en las casitas formadas por "cuartos redondos" habita-

dos por familias miserables, sobre las faldas, casi, del Cerro de la Cruz. Nosotros tomamos por asalto la vivienda de Doña Carmen, nuestra lavandera, madre de siete hijos... En aquel cuarto nos encerramos como veinticinco personas, queriendo todas encontrar refugio en los rincones, como sucedía siempre a la hora de los combates, en que como medida precautoria las ventanas y puertas eran cubiertas con los colchones de la casa para evitar, decían, que una "bala perdida" penetrase.

Así transcurrieron horas y horas, sin que el tiroteo cesara ni un momento. De alimentos carecíamos en lo absoluto, los niños más pequeños habían mitigado su hambre devorando rápidamente los frijoles que hirvientes tenía en un jarrito en su escaso fogón la anciana dueña de la casa. Mi hermano, aprovechando un momento en que el fuego disminuyó, atravesó la calle y entró a la casa de Don Andrés Duarte y allí consiguió que le vendieran unos tres litros de leche de cabra y un pedazo de carne de cabrito que, a medio cocer (leña no teníamos) fue distribuido en pequeñas porciones entre todos los refugiados. Como a las cinco de la tarde, pasaron los sociales del templo parroquial a reunirse con los del cerro de la Cruz; al sentir su proximidad, abrimos la puerta y hablamos con ellos; nos pidieron agua. Venían agotados, tristes, ¡ay, ya sin esperanza!... Tengo presente, como si ahora le viera, el rostro serio y viril de Oscar Chávez Montes; le preguntamos cómo iba el combate, qué sucedería, y le mirábamos fijamente, queriendo encontrar en su estoico semblante una señal de esperanza... nada nos contestó en firme ni nos miró siquiera, bebió el agua, dos jarros grandes, y siguió su camino... ¡Le dolería mucho tener que confesar que estábamos perdidos!, o presentiría, quizás, que lo acechaba ya la muerte... momentos antes a una señora de su familia había hecho entrega de su cartera y algún otro objeto personal en donde traía consigo retratos de familia. Recuerdo también a Alfredo Chávez Amparán y a Aurelio Paéz, todos bebieron agua y mi madre les dio unas tortillas para que se las llevaran a mi hermano Carlos que, según nos dijeron, ya había subido al cerro por otra vereda.

EL SÁBADO

La noche del sábado transcurrió para los defensores del cerro de la Cruz como una horrible pesadilla. El cerro de Los Refugos, que había estado todo el día ocupado por soldados de Ríos Gómez pero que habían huído, fue ocupado de pronto por villistas; la confusión fue horrible mientras los sociales se percataban de la causa por la que de aquel fortín que consideraban suyo, eran tiroteados. El bombardeo era tan cerca, que alcanzaban a devolverse las mismas bombas.

El cerro de la Cruz guarda en sus entrañas una de las minas más ricas del mundo, por la vasta amplitud de sus vetas; miles de toneladas del rico metal han sido arrancadas de su fecundo vientre. En ella, el minero durante siglos se ha jugado la vida diariamente. En Parral, los cerros, con sus enormes peñascos parecen inaccesibles; aunque entre aquellas peñas amenazantes el viento ha formado sobre las anchas vetas, junto al hilo de plata, de oro, o de la galena resplandeciente como espejuelos, pequeños jardines que en primavera ostentan las más variadas flores, de multitud de colores y formas y ¡oh, asombrosa y magnífica obra de la naturaleza!, sin perder su grandiosa severidad el paisaje, los cerros hostiles, se visten a retazos hasta donde es posible, dado lo mineralizado del terreno, de verde pasto, y las cumbres de las mismas peñas ostentan algo así como un gorro primaveral caprichoso y artísticamente confeccionado, con el verde del musgo, el gris de las peñas sobresalientes y el lila fuerte de las tunas y las pitahayas...

Y sobre la riqueza maravillosa que esconden esas rocas, un grupo de heroicos hombres, en un supremo esfuerzo de defensa, exponían sus vidas en un rasgo quijotesco de inaudito valor; pero de ese sano y sincero valor que sólo la defensa de lo más sagrado que el hombre posee sobre la tierra sabe dar: el honor y la vida de sus familias... el cielo encapuchado, los negros nubarrones que se retorcián sobre sus cabezas, como serpientes prisioneras, los vendavales que en ocasiones arrastraban el aroma de tierra mojada, llevando el humo de la

pólvora que impregnaba el aire, constituían en aquella noche un escenario ad-hoc para la lucha. Noble bravura alimentaba a los defensores, no se escuchaba ya el estampido de las armas, tan intenso era el combate, que parecía el ruido continuado de una enorme máquina, un solo siniestro murmullo, de mil explosiones simultáneas. Al brillar por un instante el fuego que se escapaba de los fusiles, el fortín se rodeaba de un penacho luminoso como el que adorna las testas de los santos; se apuntaba al bulto que se había dibujado al estallar la luz del fusil enemigo, mil luciérnagas macabras encendían en derredor de los defensores sus luces de muerte...

Un villista de altos "méritos" en su historia del bandidaje, un tal Chon Lucero, le había prometido a su Jefe el desalojar a los defensores; ascendió, seguido de un grupo numeroso, por las escarpadas faldas de la montaña, en medio del fragor de la lucha, y acompañado de blasfemias, se oía su voz ronca que gritaba:

—Ora lo verán curros desgraciados... aquí está su padre, Chon Lucero... vengo a colgarlos...

En aquellos instantes, como si el cielo se hubiese compadecido de la tragedia, una ráfaga de aire desgarró las nubes y el disco brillante de la luna (luna de Semana Santa), apareció iluminando con resplandor de plata el horizonte. Los defensores pudieron distinguir algo los bultos blancos que se iluminaban a intervalos frecuentes y apuntaron con todo cuidado sus armas; Chon Lucero y sus secuaces rodaron muertos sobre las faldas ensangrentadas de la montaña.

Alimentando con las vibrantes notas de su corneta el espíritu heroico de los sociales, dominando el estruendo del combate, escuchábase de vez en cuando las voces de "diana" y "toro fuera". Este clarín era el capitán Arias, que con sus notas había estado entusiasmando a los defensores hasta los últimos momentos sobre la azotea del templo parroquial, en donde se escuchaban sus toques al principio muy fuertes y luego disminuidos... y disminuidos... a medida que las fuerzas le iban faltando... ¡a medida que se le escapaba la vida...!

DOMINGO

Amaneció el Domingo de Resurrección; seguía el tronar de la fusilería, aunque ya no nutrido, y fue disminuyendo; ya sólo una que otra detonación aislada se escuchaba... Y una indefinible incertidumbre nos destrozaba el espíritu... ¿Qué había sucedido con nuestro hermano Carlos y el abuelito José de la Luz y con los tíos Zeferino y Melchor...? ¿Qué había sucedido con los componentes de la Defensa Social, hermanos, padres, esposos de las mujeres que en nuestra compañía habían pasado aquellos días de espanto...? ¿A quién volver los ojos en demanda de noticias consoladoras si en todos los corazones se alojaba la misma pena, la misma duda, el mismo sinsabor?

Al medio día del domingo ya se había esparcido la noticia de la rendición por falta de parque, de los defensores civiles. Nosotros entreabrábamos tímidamente la puerta de la choza que nos albergaba y veíamos grupos de villistas, unos montados a caballo, otros a pie, vistiendo trajes nuevos, robados durante el saqueo a los establecimientos comerciales, y subían al cerro, en donde tan heroicamente habían resistido los defensores en un desigual combate.

El jefe de la Defensa Social, ingeniero Francisco Chávez Holguín, recibió un recado firmado por un coronel Tabares, en representación de Villa, que fue enviado por conducto de una mujer, en la que les proponían la rendición, prometiéndoles respetar sus vidas y el honor de sus familias. Fue rehusada esta proposición, pidiendo que fuese firmada precisamente por Francisco Villa y enseguida llegó el recado con la firma del "general en jefe". Se aceptó la rendición y subió un grupo de villistas, que rodearon a los sociales y a quienes éstos entregaron sus armas. Luego subió Villa, montando una yegua colorada.

Así fue como cayeron indefensos en sus manos, los señores José de la Luz Herrera (71 años) y sus hijos Zeferino y Melchor, de 34 y 32 años respectivamente, que fueron separados de sus compañeros y atadas las manos a la espalda, bajados del cerro y llevados a la casa de Don José María Gutiérrez, que en esa

ocasión puso Villa de cuartel. (El gran corralón de esta casa fue abierto y el populacho pudo saquear gran cantidad de leña que allí había.) El resto de los defensores rendidos fue encerrado por horas en la escuela oficial de niñas número 100. Allí llegaron Villa y Miguel Trillo; Villa, aficionado a decir discursos, les dirigió uno derramando abundantes lágrimas que se enjugaba con un paliacate colorado...

—Me han matado a lo mejor de mi gente... ¿qué haré con ustedes...?

El jefe de los sociales enarboló el papel que contenía el recado enviado por Villa, en el que se comprometía a respetar sus vidas...

—Los voy a dejar libres... pero no vuelvan a juntarse con los "changos"... váyanse...

Y fuera de la escuela esperaban casi enloquecidas de angustia y de ansiedad, las madres de todos aquellos luchadores que dudaban mucho de volver a tener entre sus brazos a sus hijos idolatrados...

(Recuérdese cuando ante Obregón, en la ciudad de Chihuahua Villa derramó tan abundantes lágrimas que Obregón consideró sincera aquella actitud; y en realidad era que Villa pensó inconveniente para él asesinar allí a Obregón al mismo tiempo que pensó ordenarle a su general Almanza que lo asesinara en su camino de regreso a México.)

A Francisco Villa, en su larga vida muchos lo vieron llorar, cosa que sucedía siempre que las circunstancias le impedían cometer algún asesinato. Años después de estos sucesos aquí narrados, cuando ya estaba amnistiado y vivía en Canutillo en 1921, llegó una tarde a Las Cuevas (Villa Matamoros); allí se encontraba el general Ernesto García, solo, de pie, recargado en los codos sobre la parte trasera de un carro; Villa descendió de su automóvil con cuatro de sus hombres, rifle en mano, cortaron cartucho y apuntaron con los cañones sobre el pecho del general García; éste no se movió.

—De todos los que me chaquetearon, usted es el único que no me ha saludado...

(Ernesto García formaba parte de la Brigada Benito Juárez en 1914, y fue el último jefe de ella.) Después de unos instantes de inmovilidad y de tenso silencio, los hombres retiraron los rifles. Villa cogió apretadamente a García por el brazo, en el que éste decía que sentía movimientos de la mano de Villa, como quien quiere desgarrar algo; lentamente caminaron y entraron a la casa de la señora Maclovia Ceniceros de Esparza, en donde Villa se hospedaba; éste ordenó a Trillo y a otro que estuvieran de guardia en la puerta, y él y García se sentaron en el patio. Allí empezó a hablar Villa muy lentamente, haciendo recuerdos de tiempos pasados, pero pronto la voz se le empezó a ahogar y el torrente de lágrimas le bañaba la cara... Decía García: "Yo me crucé de brazos en absoluto silencio y lo vi llorar durante muchos minutos...")

Mientras en la escuela N° 100 se desarrollaban los sucesos antes relatados, aquel Domingo de Resurrección de 1919, los refugiados en aquel jacalito en las faldas del cerro de la Cruz nos enteramos de que los sociales se habían rendido... Mi madre envió a una mujer a investigar si Carlos mi hermano, formaba parte de aquel grupo de prisioneros... pronto volvió la enviada diciendo que Carlos no estaba, y que a tres o cuatro de los Herrera los habían bajado atados de las manos y estaban presos en lugar diferente... Aquella noticia causó a mi madre tan tremendo choque que parecía que hubiese perdido la razón: con la mirada descompuesta, pálida como un cadáver, con un temblor que le sacudía todo el cuerpo, pronunciando palabras incoherentes, de pronto caía de hinojos, para luego pretender salir a las calles en busca de su hijo; no escuchaba lo que las señoras allí presentes discurrían decirle, pues en realidad no había palabra ni razonamiento alguno que pudiera proporcionarle alivio a su tormento... de pronto, mirando hacia afuera por las rendijas de la puerta, vemos que pasa, caminando con extraordinaria lentitud, una buena mujer "Doña Concha", así le nombrábamos nosotros, que había trabajado en mi casa; de reojo miraba hacia las casitas en donde se suponía que nos habríamos refugiado; pronto alguna

señal observó que le hizo comprender que, efectivamente, allí estábamos, y entonces, con voz sumamente baja, nos dijo que Carlos estaba a salvo, que ella sabía en dónde... Mi pobrecita madre parecía que permanecía sin sentido, sin fuerzas, pero sus ojos demostraron que la calma renacía en su atormentado espíritu; quizás pueda decirse, a pesar de lo aciago de las circunstancias, que de aquella amargura infinita nacía para ella la felicidad... ¡era su hijo...!

Aquella buena mujer, Doña Concha, vivía en la calle 14 de Julio (hoy Jesús García), frente al cerro de la Cruz; desde su corralón había divisado y reconocido a Carlos, cuando éste descendía, que fue precisamente en el momento en que Villa subía al cerro por el lado oriente, habiendo mi hermano abandonado el fortín por presión que le hicieron mis tíos Zeferino y Melchor, contra la opinión de mi abuelo José de la Luz, quien también había rechazado la sugestión que les hacían los demás sociales de que ellos no se rindieran; pero mi abuelo había contestado que ellos sufrirían con todos sus compañeros la suerte que les tocara: Melchor estaba herido de la espalda y el dolor lo había hecho quejarse toda la noche, y Zeferino tenía una herida en la frente hecha por un pedruzco que se desprendió del fortín a consecuencia de un disparo; por ello traía un pañuelo alrededor de la cabeza.

EL DOMINGO EN LA NOCHE

La noche del domingo, cuando la luna en completo plenilunio iluminaba maravillosamente en derredor (luna de Semana Santa) y cuando la paz y la tranquilidad llenaban, quizás en plenitud, tantos espíritus antes atormentados por la duda y el desconcierto, mis hermanos y yo descansábamos físicamente, inmóviles, quizás como espectros de dolientes estatuas, sobre la barda iluminada por la luz de la luna, en la azotehuela que era también la azotea de la casa de la familia Jurado Torres. Otros de los allí refugiados se acomodaban dentro de los rincones, queriendo dormir; para iluminar la

choza encendían un cerillo y otro, y otro. Mi madre salía a la azotehuela y nos decía en voz baja.

—Entren, hijos, hagan por dormir —pero ni ella ni nosotros lo creíamos posible.

Era media noche, oíamos el estruendo de las puertas al caer derribadas por el pueblo entregado al saqueo, estimulado por las hordas villistas; blasfemias de los que se disputaban los mejores botines; ruidos y aullidos sustitúan ahora el monótono atronar de la fusilería. Con los hijos de la mujer dueña de la casa, seríamos como diez niños; la expectación y el terror inhibían cualquier actividad y descansábamos en silencio, mudos, absortos nuestros pensamientos en la contemplación de aquel espectáculo: la luna, como ángel de paz, dominando el cielo y el fragor explosivo de la bestialidad humana, dominando la tierra. Una idea, un sentimiento, una emoción, nos dominaba a mis hermanos y a mí, haciendo enmudecer nuestros labios secos y hambrientos: la idea de ver a nuestro abuelito y a nuestros tíos Zeferino y Melchor, amarrados los brazos con gruesas sogas a la espalda, apretados y amoratados, descendiendo por los peñascos del cerro de la Cruz, seguidos de un grupo de villistas a caballo, que los insultaban cuando ellos no podían defenderse, en aquellos momentos en que prisioneros, reducidos a la impotencia, insultados quizás por Villa, sólo esperaban el dictado inexorable de la fiera... Así acabó aquel Domingo de Resurrección... Y sobre aquella azotehuela contemplábamos nosotros paso a paso el curso de la noche, sin dormir absolutamente nada... Con los ojos abiertos desmesuradamente, casi sin articular palabra nos preguntábamos tan sólo con la mirada... ¿qué irá a suceder...? Pero no nos atrevíamos ni a musitar... “¿los asesinará...?” Y momento a momento volteábamos a mirarnos, queriendo uno encontrar en el semblante del otro una contestación optimista, e impensadamente, nuestra débil naturaleza se asía a la idea de que algún remedio habría... que tal vez mediante dinero saldrían ellos con vida... y venía a nuestra mente la noticia que tantas personas nos habían dado durante la tarde: “Que la amnistía se había pactado porque Francisco Villa había enviado un recado firmado por él, ofreciendo respetar las vidas de todos los sociales...”

En la madrugada del lunes dejaron de escucharse los gritos de la plebe entregada al saqueo y el ruido producido por las puertas de las casas comerciales al caer; Parral quedó en silencio; tan sólo de muy lejos se escuchaba entonces el ladrar de los perros...

"PERDED TODA ESPERANZA"

Amaneció el lunes de Pascua, 21 de abril y cuando el sol bañó de claridad nuestra ciudad, y el descanso se pintaba ya en los semblantes de todos nuestros compañeros... en nuestras almas se hizo la más honda tiniebla... mi madre envió a una mujer a que oyera "lo que se decía" cerca del cuartel de Villa... Pronto volvió con la noticia: más o menos a las seis de la mañana, entre la chusma villista y gente del pueblo, habían sido conducidos, con los brazos aún atados, por toda la avenida Independencia hasta cerca del panteón los tres señores Herrera... A corta distancia, atrás, iba Villa, montado a caballo... él con su propia pistola los asesinó a quemarropa, a un metro de distancia, primero a los jóvenes Melchor y Zeferino, al último al anciano padre (71 años), quien hasta el último momento estuvo echándole en cara su cobardía, en alta voz y con palabras fuertes. Acto seguido sus cuerpos fueron colgados en un mezquite. Quizás, a la misma hora llegaban hasta nuestro "escondite" Lola mi tía, vestida de negro con largo chal medio cubriéndole el rostro; detrás, con sus pasos lentos, iba mi abuelita Florencia; con el semblante descompuesto y la ansiedad en la mirada. Lola le preguntó a mi mamá:

—¿Qué sabe usted de Carlos, dónde está?

—En casa de Don Refugio Reyna —se le contestó.

Luego dijo, precipitadamente:

—¿Qué haremos, Arcadita...? ¿Habrá que conseguir dinero...?

¡Ay, era quizás el mismo momento en que los tres caían asesinados!...

* * *

Con el deseo de darles sepultura a los cuerpos, mi tía María Galindo (viuda del general Maclovio), en un acto de valor espartano, salió de su "escondite" y en compañía de Otilia Olguín, llegaron rápidamente a la casa de doña Mercedes Franco, frente a la cárcel, con intención de pedirle permiso a Villa, que allí estaba, porque era casa que siempre frecuentaba; al llegar las dos señoras a la puerta, salía Felipe Ángeles; mi tía le expresó su propósito y aquél respondió sin darle mayor importancia:

—Vaya, sepúltelos... hágalo...

En el acto, en una "carrucha" (pequeño carro tirado por un caballo), en tres ataúdes de pino rústicos, sin pintura, con suma precipitación fueron conducidos a la tumba los tres cadáveres. Cuando regresaban del panteón las dos señoras, hombres de Villa que andaban por allí cerca, o gente del pueblo, propalaron la noticia de que Villa estaba enfurecido cuando se enteró de ese acto, que estaba dando gritos y echando espuma por la boca... La noticia era repetida por toda la gente que se encontraban, por lo que un terror que no habían sentido antes se apoderó luego de ellas, y años después, al narrar esto, recordaban que las fuerzas las abandonaban, al grado de que no podían subir la empinada cuesta de la Estación.

Momentos después de enterados nosotros de aquellos sucesos, mudos, azorados ante aquella realidad, permaneciendo siempre en nuestro escondite, oímos ruido en casa de la familia Jurado Torres; por la azotea nos asomamos al patio; estaba allí Jerónimo Jurado, solo, dando descanso a su espíritu, dando pábulo a su dolor: lloraba; le hablamos; creyéndose solo se sorprendió; volvió hacia nosotros su rostro enrojecido, quemado por el sol de aquellos tres días de refriega:

—Chato murió, mamá aún no lo sabe... —nos dijo.

Transcurrió el día, el paroxismo de nuestra angustia enmudeció nuestros labios y secó nuestros ojos; no articulábamos ya una palabra, ni formulábamos una pregunta más... ni un comentario... ni una oración... En la mente, confundidos todos los ruidos escuchados la noche anterior, todos los toques de clarín, todas las voces, los gritos que con perfecta claridad

310

CELIA HERRERA

habíamos escuchado en nuestro escondite, al pie del cerro de la Cruz, y mezclada entre aquella confusión de sonidos la voz que nos había traído la noticia espantosa...

—Sí... asesinados... asesinados los tres... allá están sus cuerpos pendiendo de un árbol...

Era verdad... sí... ¡Era verdad...! Villa con su propia pistola... no había mediado formulismo de fusilamiento... él... él... Villa lo había hecho personalmente... ¡Era verdad...! ¡Era verdad...! Pasaron las horas, nuestra angustia crecía, por intervalos nos vencía el cansancio y dormitábamos cuando llegaba la noche, pero pronto despertábamos con el mismo espanto, y los mismos ruidos que repetía la mente, y la misma voz, y los toques de clarín mezclados en la misma confusión, y nuestra desolación, nuestro abandono... tan sólo nos acompañaba la mirada llena de tristeza de mi madre, que más que nosotros, comprendía el peligro de muerte que nos asediaba...

Y en los días que siguieron nos llegaban las noticias de los asesinatos que se seguían cometiendo: Pascual Galo, italiano, comerciante radicado en Parral hacía poco tiempo, en donde se había ganado la simpatía de quienes lo trataban, hombre trabajador, de hogar, dedicado de lleno a su familia; fue sacado de su casa, en la calle del Licenciado Verdad, golpeado brutalmente y obligado a caminar, con la soga al cuello, que sostenía en sus manos el verdugo montado a caballo. Así lo vieron pasar infinidad de personas por toda la calle de Mercaderes, la Plaza Principal, la avenida Independencia, subiéndole la garita hasta el panteón.

Don Ignacio Loya, anciano de muy avanzada edad, fue sacado de su casa, asesinado y sepultado a flor de tierra en el panteón de Parral; sus hijos tuvieron que andar tras de las chusmas villistas durante días, preguntando por su padre. Era este señor Loya, padre de Ignacio, uno de los jefes que siguieron a Villa al "voltearse" éste en 1914.

HÉROES ANÓNIMOS

Me es imposible mencionar todos los actos de heroísmo de los traicionados defensores: al valiente José María Jurado (Chato Jurado), batiéndose en retirada y muriendo sin desmayar en el momento en que los bandoleros que lo seguían montados a caballos, ondeaban la reata para lazarlo... Al Chato Jurado, su madre, al momento de empezar el combate, le había insinuado que se pusiera a salvo, puesto que tenía allí su caballo; pero esto fue para él una ofensa, y dijo:

—¡Quién supone que pueda yo dejar a mis compañeros...!

A Oscar Chávez Montes, muerto de bala certera en pleno combate; a Inocente Vélez; herido en los brazos, pero feliz, porque ya creía en el triunfo con la ofensiva del sábado en la tarde; a José Dolores Hernández, herido en el cuello; al capitán Arias, que tomó la causa de los civiles y murió peleando como un león; a Don Ramón García, a Don Sixto Macías, muertos también; a José de la Luz Reyes, de quien dijeron los militares que era valiente hasta la temeridad; al profesor José María Sánchez Celis, herido en las piernas y atravesado el pecho, que rodándose por el cerro pudo llegar hasta cerca de una casita, a donde lo llevó en brazos un hombre muy popular en Parral, conocido por "Gurbias"; a Don Jesús Aizpuru Salas, herido de un brazo... y tantos... y tantos que sería imposible enumerar.

DESESPERANZA

El aspecto de la pequeña, heroica y mártir ciudad de Hidalgo del Parral, en los días subsecuentes era espantoso, tétrico: las puertas de todos sus almacenes comerciales colgando en pedazos, hechas trizas a punta de hacha; las calles llenas de estiércol y de montones de papeles y desperdicios, como exponentes de la obra del populacho a la hora del pillaje y destrucción; el templo parroquial frente a la plaza de armas aún humeante, convertidas en tizones sus puertas y altares...

Por las callecitas de Parral, angostas y solitarias, furtivamente, mujeres enlutadas, con el horror marcado en el rostro, apresuradamente cargando humildes ataúdes en que dar sepultura al hijo, al hermano, al vecino... y otra vez... ¡una vez más...! la escena propia y forzada al final de cada combate: el acarreo en los carros de basura de cientos de cadáveres, hombres de trabajo, hombres de bien, civiles, jefes de familia muchos de ellos... héroes anónimos caídos en la lucha a que los empujaba el sublime deber de defender el honor de sus familias así cayeron muchos... Y mientras algunas desventuradas víctimas de aquellas matanzas, con amargura infinita daban sepultura a sus deudos, otros jóvenes, quizás en desolación aún mayor, recorrían uno y otro los cerros que circundan Parral, bajaban por cañadas y arroyos, removían escombros en una búsqueda angustiada, para encontrar los despojos del ser amado, cuyo regreso a casa inútilmente esperaron día tras día. ni una noticia que les llegara por algún desconocido mensajero... nada... días y noches de espera... horas muy lentas de amargura indefinible. tal fue el caso en el hogar de don Ramón García, cuyo hijo, el entonces adolescente Rogelio, después de una semana de buscar a su padre encontró unos despojos humanos y cortando un pedazo del traje se lo llevó a su madre, quien lo identificó inmediatamente...

...Y en aquel escenario de muerte y desesperanza... sobre aquel mar de dolor... el "general victorioso"... el "General en Jefe", tarde tras tarde se encaramaba en el kiosco de la plaza principal para ejercitar su afición a decir discursos en los que "exhortaba al pueblo a la unión de todos los mexicanos y solicitaba donativos para las escuelas..." Lo escuchaba un pequeño grupo de curiosos siempre que entraba a Parral; pero en ese mes de abril de 1919... en esa Semana de Pascua de Resurrección... lo escuchaba también Felipe Ángeles, de pie, apoyado sobre una banca de la plaza... Terminando su oratoria, rodeado de su más fieles guardaespaldas, descendía el criminal del kiosco y a pie, rengueando, con el rengueo que le produjo siempre la única herida que recibió en su larga vida de bandolerismo, se dirigía a la casa de Don

José María Gutiérrez, su cuartel en esos días, y en la glorieta Hidalgo que está frente a dicha casa se detenía entonces para hacer su ejercicio acostumbrado: a carrera abierta daba incontables vueltas a la glorieta hasta bañarse en sudor, ante la mirada de los curiosos que lo contemplaban en silencio, mientras dos o tres músicos callejeros maltocaban sonos populares... y de entre los observadores de tales actividades surgió la conjetura: "Tiene la magia negra... —decían en tono misterioso, por eso no le entran las balas..."

FELIPE ANGELES

A Felipe Ángeles recurrían muchas de las personas extorcionadas por Villa, creyendo erróneamente en esa ocasión que Ángeles abogaría por ellas. Una de esas personas fue Don Antonio Shaar quien se acercó a hablar con Ángeles estando éste sentado en una de las bancas de la plaza de armas; pero éste ni siquiera se dignó contestarle; también Doña María Loya de Armendáriz le pidió ayuda; pero éste solamente le dio un recado dirigido a Villa y se excusó de atenderla personalmente porque, dijo, en ese momento estaba con mucha prisa ya que al frente de unos hombres salía a la estación del ferrocarril a proceder al levantamiento de la vía férrea. En esa ocasión los 80 o 90 kilómetros de vía de Parral a Jiménez fueron levantados, utilizando una máquina de ferrocarril y los durmientes fueron amontonados a los lados e incendiados, solamente quedó el terraplén; también el gran tinaco en la estación de Parral fue echado abajo por el grupo de Ángeles y destruido. Era el ferrocarril la única comunicación en aquellos años entre Parral y Jiménez, la única salida que tenía Parral hacia el Norte, por lo que en esa ocasión Parral quedó incomunicado por muy largo tiempo y sus desolados moradores y escaseces hasta de lo más indispensable.

Felipe Ángeles se incorporó a Villa desde 1914 y con él estuvo cuando la División del Norte, traicionando al Constitucionalismo, avanzó hacia el Sur. Estuvo Ángeles en las bata-

llas del Bajío y fue después de las derrotas de Trinidad y León, cuando se fue a los Estados Unidos, en donde durante su larga permanencia estuvo siempre en contacto con todos los elementos contrarios a la Revolución, con todos los "ismos" derrotados, a los que por fin reunió formando la "Alianza Liberal Mexicana", la cual con fecha 9 de septiembre de 1919 entregó un largo memorándumo a la Casa Blanca en el que expone todo su ideario contrario al Constitucionalismo, desconociendo la Constitución de 1917 y presentando al señor Carranza como a un ser inepto, hipócrita y traidor.

Este memorándum lo suscribieron: por la Liberación del Sur, a nombre de Emiliano Zapata (ya muerto éste), el jefe Gildardo Magaña (J. Amezcua, apoderado). Por el Estado Libre y Soberano de Oaxaca, Guillermo Meixuero (Samuel G. Meixuero, William Gates, apoderado). "Constitución de 1857". El Ejército Revolucionario, que controla la parte Nororiental de la República, General en Jefe: Manuel Peláez, doctor Moisés López, apoderado. Comandante en jefe del Ejército Nacional Reorganizador, general Félix Díaz; Pedro del Villar, apoderado.

El 23 de octubre de 1918 Felipe Ángeles dirige una carta a José María Maytorena, residente en Los Ángeles, California, haciéndose saber la formación de la "Alianza", y el 10 de enero de 1919, nuevamente la escribe desde el rancho La Majada, participándole que ya se interna en territorio mexicano, con objeto de reunirse con Villa y con los representantes de Zapata y de Félix Díaz.

Se reúne con Villa en Río Florido (Villa Coronado) y luego aparecen juntos atacando la plaza de Parral, en la Semana Santa de 1919, de la cual se posesionan, porque el llamado general Manuel Medinaveitia y el coronel Ríos Gómez, jefes gobiernistas, traicionando a los defensores civiles (Defensa Social), huyeron con su caballería la noche del Sábado de Gloria, sin dar aviso a los civiles. Medinaveitia, en su prisa por huir, tomó otro caballo dejando en la montura del suyo una gran cantidad de monedas de oro..., como se dice en páginas anteriores.

MELITÓN LOSOYA

Un grupo formado más o menos por veinticinco civiles, de los que peleaban en el cerro de la Cruz, no hizo confianza de la promesa de Villa de dejarlos con vida si se rendían y, de acuerdo con los jefes, decidieron huir, habiéndoseles entregado las mejores armas y los pocos cartuchos que quedaban; brincaron el fortín y emprendieron la huida rumbo a la mina La Palmilla; entre ellos iban: Melitón Losoya, José María Gutiérrez, Leodegario Losoya, José María Jurado Torres (El Chato Jurado, que allí encontró la muerte, lo que con dolor contemplaron sus compañeros sin poder siquiera detenerse a recoger su cadáver...) y otros cuyos nombres se escapan a la memoria... Cuando caía la tarde llegaron a la mina, casi descalzos, sus vestidos hechos jirones, pues se habían deslizado sobre montones de piedras filosas, recién cortadas, preparadas para trabajos de la mina, a donde bajaron porque los veladores se mostraron generosos con ellos; les proporcionaron también alimentos durante el tiempo que permanecieron en aquel refugio.

Melitón Losoya recibió a los dos días un recado que por medio de su hermano Manuel, éste sí rendido entre el grupo de sociales, le mandaba Villa, pidiéndole que se presentara ante él, asegurándole respeto de su vida... Melitón reconsideró el asunto largas horas, al cabo de las cuales se decidió a salir e ir a ver qué pretendía Villa, a quien encontró en la casa de Don José María Gutiérrez, en la avenida Independencia, contigua al teatro Hidalgo, casa que en esa ocasión tomó de cuartel (y de donde indudablemente tomó para sí la ropa de Don José María, porque cuando murió Villa, una de "sus viudas" ocurrió con la familia Gutiérrez, solicitando un traje de los de Don José María, que porque Villa siempre había dicho que dichos trajes le quedaban perfectamente, que eran de sus medidas exactas...)

Villa quiso en esa ocasión hablar con Melitón para proponerle que se diera de alta con él... que le daba desde luego el nombramiento de Jefe de su Estado Mayor, con el número

de hombres que quisiera bajo su mando, con las facultades extraordinarias que también quisiera, etcétera... Melitón no le dijo ni que sí ni que no, y años después, platicando sobre este detalle, decía Losoya:

—Yo estaba entonces recién casado y nada difícil hubiera sido que si le hubiera dicho que no lo seguía por no dejar a mi familia, hubiera él procedido a asesinar a mi mujer y a mis hijas, pues tal bestialidad sabíamos que estaba poniendo en práctica en las cercanías de Parral...

EL REGRESO

Y después de tantas impresiones y sufrimientos, el regreso a la casa que habíamos abandonado tan precipitadamente días antes; el regreso el jueves, después de que Francisco Villa como una bestia apocalíptica había pasado sobre Parral, destrozando vidas inocentes.

Con el alma oprimida, con temor de mis propios pasos, con el recuerdo clavado como un puñal, temprano del día bajé corriendo sobre las puntas de mis pies la callecita de la escuela. En la esquina me detuve un momento para mirar hacia los lados cautelosamente; todo estaba solo, imponentemente, en silencio profundo; las puertas perfectamente cerradas, ventanas y postigos cerrados herméticamente en las hileras de las casas que forman las callecitas tortuosas del barrio de la Peña Pobre; de reojo miraba los postigos temerosa de que alguien me mirase... Seguí caminando y penetré en mi casa, en donde había un ambiente angustioso de soledad, donde me parecía que todos los objetos familiares y queridos lloraban en silencio conmigo; el patio impregnado de un perfume de madreselva, inolvidable, mezclado al olor de la pólvora (ya que la casa está situada al pie del cerro de la Cruz), de una madreselva que extendía su manto floreciente de plata desde la azotea; aquel patio, lleno de hojarasca, iluminado por un sol triste, como sol de invierno, y la gran jaula en forma de catedral en donde días antes revoloteaban multitud de canarios, ahora sus cuerpecitos rígidos se extendían sobre el piso de la pajarera, y sólo dos o tres pajarillos supervivientes, silenciosos, como respetando nuestro dolor, revoloteaban aún... ¡como esperanza...!

Por la noche nos reunimos todos en la casa, hasta Carlos mi hermano, porque deseábamos bañarnos y era urgente cambiarnos de ropa porque nos habíamos llenado de parásitos blancos.

Las hordas villistas habían salido rumbo a Torreón; pero pronto volvieron a replegarse a Parral. A su llegada se encontraron con una fracción de la gente del llamado "coronel" Ríos Gómez, que abandonados por sus jefes se habían reunido a las órdenes de oficiales sumamente jóvenes.

El llamado general Manuel Medinaveitia, al huir no pensó más que en ponerse a salvo. Hubo en la mañana de ese viernes un pequeño tiroteo que duró unos cuantos minutos, y luego entraron en tratos de rendición, que se llevó a efecto sin ninguna dificultad: todos aquellos jóvenes fueron asesinados en el mismo cerro de la Cruz. Este tiroteo "nos cogió" en nuestra propia casa, a donde habíamos llegado el día anterior, y en donde estaba, como digo antes, también Carlos mi hermano, nuestro combatiente que milagrosamente había escapado días antes.

Nuestro espanto no podía ser mayor, la escuela fue tomada otra vez como cuartel, y mientras la abrían, los villistas a caballo llenaban toda la calle Ojinaga, las pezuñas de los caballos sonaban en nuestra banqueteta y nosotros en un silencio absoluto, queriendo que los bandidos supusieran que la casa estaba vacía, no articulábamos palabra, hincadas, con los brazos en cruz, la puertas y ventanas ceriadas con aldabas, trancas, y con cuanto podíamos encontrar a mano... De pronto empezamos a oír que caían pequeñas piedras en el corral y en el patio y mi mamá se deslizó suponiendo que alguien venía en nuestro auxilio; efectivamente, era "Doña Concha" que, adivinando nuestra situación, venía a convencernos de que saliendo Carlos por la puerta falsa, medio disfrazado, ella lo vigilaría hasta que llegara otra vez a casa de Don Refugio Reyna, y así lo hicimos. Cuando los villistas a caballo desalojaron la calle, empezamos a oír en nuestra banqueteta el ruido que hacía al arrastrar sus huarachitos un niño, hijo de "Doña Carmen" en cuya vivienda habíamos estado refugiadas. Casi sin mover los labios, el niño nos dio recados que llevaba para nuestra ayuda. Más tarde fuimos saliendo de una en una, a refugiarnos

con la familia Darancou, de quienes recibimos atenciones inolvidables, y allí permanecimos hasta que las hordas villistas dejaron Parral, al sentir la proximidad de las fuerzas del gobierno. No recuerdo el nombre del jefe que entonces llegó a Parral; tal vez fue un general Quiroga, pues los sociales el ábado de Gloria tenían la esperanza de que llegaran en su auxilio los trenes que con gente de este jefe veían que llegaban hasta estación Morita, divisaban la humareda de las locomotoras... pero nunca llegó el auxilio y ello fue debido a que Medinaveitia y Ríos Gómez no se limitaron a huir y dejar comprometidos a los civiles, sino que dieron aviso a la zona militar de que Parral ya había sido tomado por los bandoleros, por lo que Quiroga con su auxilio ya no llegó a Parral, únicamente hasta estación Morita (El general Giner, actualmente Gobernador del Estado de Chihuahua, formaba parte de la gente de Medinaveitia; quizás él pueda recordar y relatar mayores detalles de este suceso.) En esos días recuerdo que un jefe apellidado Amarillas se hizo cargo de la guarnición.

En los días en que lancé la primera edición de este libro, en 1939, hablé largamente con Ricardo Mitchel, un "general" de Villa, que en este último ataque a Parral entró con él, y me dijo:

—Ya estábamos perdidos; mi corneta ya había tocado a retirada, ya nos íbamos, cuando divisamos la caballería de Medinaveitia que huía...

Refiero esto, porque he leído relatos de menguados comentaristas que sin investigar los hechos dicen, por ejemplo... "En abril de 1919, cuando el Centauro tomó a sangre y fuego la plaza de Parral..." siendo la verdad que sólo tomaba plazas cuando la desvergüenza de los jefes hacía entrega de ellas, o cuando el número de bandoleros sobrepasaba abrumadoramente el número de defensores... Para Villa fue fácil, siempre, volver a reunir a los hombres que él había dispersado cuando se internó solo en la sierra, así como a los que se habían acogido a la amnistía y a los malvivientes que siempre fueron sus aliados; contó también siempre con voluntarios "espías" que le avisaban en qué condiciones estaban las plazas, si tenían municiones los defensores o no; por eso, cuando en noviembre 5 de 1916 entró a Parral, anunció que iba a Chi-

huahua a quemar a la profesora Margarita Guerra: sabía de antemano que iba a entrar a Chihuahua. En Parral conocimos perfectamente quiénes eran sus "espías voluntarios".

DOBLAR DE CAMPANAS

Se alejaron de Parral los bandoleros y nuevamente los laboriosos parralenses volvieron a entregarse a sus trabajos cotidianos... y nosotras, las desoladas víctimas en aquel ambiente de dolor que a cada momento se palpaba, tristes, hondamente tristes, con la mente entorpecida todavía por la mezcla de multitud de ruidos que persistían en el cerebro, mirábamos al cielo queriendo encontrar, quizás, allá arriba, el mundo de las almas... silencio en todas partes... desfallecimiento, angustia... La ciudad en ruinas, los viejos muros de las iglesias ennegrecidos por el humo del incendio que había destruido por completo las enormes, gruesas y antiquísimas puertas de madera, en las que manos de artistas habían esculpido, siglos atrás, diversos motivos religiosos... El sol de aquel mes de abril, al que mirábamos, inexplicablemente, con una especie de resentimiento, nos parecía desteñido, débil, como el sol del invierno... Cuando en esos días las campanas del viejo templo parroquial, temprano de la mañana, empezaron a doblar, presurosamente, de todos los rumbos de Parral, grupos numerosos de amigos nos encaminábamos para estar presentes en la Misa de Réquiem, que para rogar por el alma de un amigo hoy, de otro mañana, celebraba el padre Márquez, con ornamentos negros, con suma devoción, cada mañana; porque era el padre Márquez el sacerdote que estaba dirigiendo la ceremonia del Pésame a la Virgen la noche del Viernes Santo, cuando los civiles defensores de Parral fueron a pedirle el templo para ocuparlo como fortín, porque los malhechores se aproximaban; el padre Márquez, el Sábado de Gloria, entre la espesa humareda que llenaba la iglesia por el incendio que la semidestruyó, entró y rápidamente tomó en sus brazos la bella estatua de la Virgen de la Soledad, tan querida de los parralenses, para ponerla a salvo. El padre Márquez había

conocido y tratado a todos aquellos héroes que habían sucumbido en la batalla, y por ello su fervor al rogar por sus almas era profundamente sincero; era amigo el padre Márquez de los deudos de todas aquellas víctimas y con ellos se unía en sentimiento de dolor... Diariamente, el grupo de enlutados amigos caminaba de Réquiem en Réquiem, de Responso en Responso... La ceremonia era siempre en el Altar del Perdón; unos metros hacia el centro de la iglesia se instalaba la "tumba" y era consolador el momento solemne cuando en el alto coro callaba el órgano, se hacía el silencio perfecto y un instante después, el sacerdote de pie, con ambos brazos extendidos hacia los lados, la cabeza levemente levantada en actitud de imploración, dejaba escuchar su voz lentamente, cantaba en latín palabras que nuestro oído recogía:

"Miseréri semper, te súplices exorámus
pro ánima fámuli tui..."

Enseguida escuchábamos el nombre de nuestros familiares muertos, o de nuestros amigos. Si la Misa era por encargo de mi familia, las tumbas eran tres y tres eran los nombres que se mezclaban a las palabras en latín... ¡qué emoción tan singular era para nosotros escuchar los nombres: José de la Luz... Zeferino... Melchor... etcétera! La ceremonia toda, el intienso, los acordes solemnes del órgano, todo nos hablaba del alma, del alma de nuestros sacrificados, y de nuestra propia alma, que en su desconcierto encontraba allí un misterioso alivio, algo que parecía desprenderla, aunque fuera momentáneamente, de su dolor, y tomaba fuerza aquel respiro con el murmullo de la oración de todos los presentes que, puestos de rodillas, contestaban fervorosamente: "Que para ellos luzca la eterna luz... que en paz descansen... Así sea..."

EN EL ATRIO PARROQUIAL

Al salir de Misa había diariamente una reunión de todas aquellas amistades, un intercambio de saludos, un intercambio de ideas sobre proyectos que pudieran realizarse... ¿qué ha-

cer...? ¿Qué esperamos ya en Parral?... La situación ésta va a seguir indefinidamente... si vienen otras fuerzas militares ya nadie les va a confiar... ya lo vimos, los militares traicionaron a nuestros defensores... ya los bandoleros se preparaban a huir... nunca hubieran tomado Parral si los militares no traicionan... ¡Ah, qué situación...! Tendremos que huir todas las familias... lejos, muy lejos... pero... ¿a dónde...? ¿con qué elementos...? ¿quién nos ayuda...? ¡Ay...! ¿Qué va a ser de nosotros...?

En las calles, los traicionados defensores formaban corrillos comentando lo sucedido, con la mirada adusta, cerrando los puños apretadamente, murmuraban:

—Pero Medinaveitia... canalla... ¡cobarde...! Medinaveitia... ¡Miserable...!

El primer viernes que siguió al último combate, la calle de Mercaderes se vio llena de gentes que iban a visitar el templo de la Soledad: mujeres enlutadas, familias enteras de rodillas o personas mayores caminando descalzas (caso único en la historia de Parral), y en la pequeña iglesia una infinidad de cirios encendidos, el humo ocultaba las imágenes, los fieles lloraban y rezaban viacrucis, en grupos rezaban oraciones en voz alta, imploraban el auxilio divino que solucionara aquella situación; darían gracias porque habían quedado sus seres queridos con vida... quizá, de entre aquella multitud, alguna oración se elevaría por los desamparados... por los espíritus que en la horrenda hecatombe sintieron el abandono de la fe... por los sin esperanza... por las mujeres que, jóvenes aún, quedaban con sus hijos expuestas a la iniquidad humana...

A LA ESCUELA

Y apenas mejoraban las circunstancias, las escuelas públicas eran abiertas y los niños volvían a sus clases. Con qué amor recordamos todas las egresadas de mi generación aquella escuela y a aquellas maestras que con un gran sentido de responsabilidad, allanaban todos los obstáculos para que los

cursos se nivelaran y pudieran terminar el año escolar debidamente. En la ciudad incomunicada por muchos días (pues bastaba con que levantaran la vía a Jiménez y Parral quedaba aislada) escaseaba en sumo grado el material escolar... no había ni lo más necesario: tinta, lápices, gises. La comunicación con la capital del Estado casi nula y los gobiernos estatales también tropezando con mil dificultades, de donde indudablemente resultaba que los sueldos a los maestros se retrasaran o no llegaban... y sin embargo, las escuelas marchaban y se llenaban los programas correctamente; cuán grande es nuestra deuda de gratitud para aquellas maestras: Concepción Meléndez, Narcisa Hernández, Concha Navarro, María Méndez, Raquel Martínez, Soledad Ornelas, Sofía Meléndez, no todas normalistas, pero todas entregadas a su divina labor con devoción profunda, como a un verdadero apostolado, llenando su corazón con el gozo al contemplar, al final de cursos, los conocimientos bien cimentados en el entendimiento de sus discípulas.

Con qué veneración se recuerda aquella escuela primaria en la que tal vez por la aplicación del sistema pedagógico de la época resultaba que quienes de ella egresaban lo hacían con conocimiento excelente de nuestro bello idioma; escribían con una forma de letra perfectamente legible, conocían las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética a la perfección, y la ortografía, con todas sus reglas, las aplicaban al escribir, de donde resultaba una escritura magnífica.

El espacio sideral resultaría pequeño para contener mi enorme gratitud para aquella admirable, ejemplar escuela primaria...

Todo lo anterior se hace más notable en los tiempos presentes, en la capital mexicana que de hecho ha estado siempre bien saturada de cultura y en donde... ¡Oh, asombro!, se encuentran personas (en un porcentaje enorme), que han tenido escuelas superiores, y hasta escuelas profesionales, que dicen, por ejemplo:

“acompletar”
“ahoy”

en vez de “completar”
en vez de “hoy”

| | |
|-----------------------|---------------------------------|
| "cada que voy" | en vez de "cada vez que voy" |
| "neva" | en vez de "nieva" |
| "a ver qué Dios dice" | en vez de "a ver qué dice Dios" |
| "si Dios mediante" | en vez de "Dios mediante" |
| "salió fueras" | en vez de "salió fuera" de... |
| "zacate" | en vez de "estropajo" |
| "babero" | en vez de "mandil" |
| "zócalo" | en vez de "plaza" |
| "que lo solden" | en vez de "que lo suelden" |
| "que lo forcen" | en vez de "que lo fuercen" |

"limonada de piña"... "quesadilla de sesos"...
Al fontanero le dicen "plomero".

Si plantan un árbol dicen que "lo siembran". Dicen también: "él desayuna"... en vez de "él se desayuna" (se supone que dirán también: "el suicidó, él arrepintió"...). Dicen: Voy a "pedirle" una disculpa (cuando deben "dar" una disculpa.) Si "lloran", dicen que "chillan", etcétera.

Si leen en voz alta nadie les entiende, ni ellos mismos, porque no le dan la entonación de acuerdo con la puntuación o el sentido de lo que leen, y si de escribir se trata, lo hacen con faltas a las más rudimentarias reglas de ortografía... todo lo cual, en el observador causa depresión, porque no es alegría positiva la del tuerto que se siente rey en tierra de ciegos.

*
* *
*

En 1919 era mi quinto año; entonces se denominaba escuela primaria elemental hasta el cuarto, y quinto y sexto eran superior. (La escuela secundaria fue totalmente desconocida en Parral hasta en 1942, en que el gobierno federal instaló el primer plantel de tal naturaleza.) Volvimos a reunirnos en mi escuela el grupo de niñas a las que nos unía un común sentimiento: ¡el dolor...! Pilar Alvidrez, que había llegado a Parral, y que, desde Conchos, huía de la muerte; Carmela Juado, cuya familia había sufrido todos los horrores y cuyos hermanitos Consuelo y Beinabé huían en compañía de su

madre de pueblo en pueblo buscando el sustento diario...
Nuevamente aquel grupo de niñas comentábamos los sucesos recientes, con entendimiento demasiado maduro para nuestra edad. Principiaron las clases y entramos a ellas con gran entusiasmo, quizás porque era nuestra escuela el mejor paliativo que encontrábamos a nuestra desgracia.

UN LENTO RENACER

Los templos de Parral que habían incendiado los villistas empezaron a ser reparados; se reunieron las señoras más activas del lugar y cada domingo organizaban festivales para allegarse fondos: "tómbolas", en donde rifaban preciosas obras de costura hechas a mano, o bien piezas de fina porcelana, u otros objetos que obsequiaban las familias; eran especie de "remates", porque se ponía en rifa una pieza en determinado precio, y se iba ofreciendo más y más, principalmente cuando era una labor de mano realizada por determinada señorita de la localidad, cuando su admirador o prometido era persona de dinero, el lujo era dar por aquella obra un precio nunca imaginado... Después de la fiesta eran los comentarios de admiración por aquel desprendimiento, originado por el afecto hacia tal o cual joven de la sociedad... Presentaban también obras de teatro, juguetes cómicos muy bien realizados; en ellos solían tomar parte mis compañeras de escuela, Sabina Arciniega, Chole Tinoco, que con máscaras, pelucas, etcétera, lograban verse de la edad requerida. Los lunes eran días de comentarios en mi escuela, por el éxito que habían alcanzado; yo contemplaba aquella alegría y oía aquellos comentarios felices con admiración o sorpresa, pues contrastaban marcadamente con la tristeza en que yo vivía, y la que había sentido sus reales, quizás para siempre, en mi pobre casa, en donde la escasez de todo aumentaba día con día, y en donde la desolación iba también en aumento, ahora con la ausencia también de mis dos hermanos mayores, que después de la hecatombe se habían ido en compañía de mi mamá Florencia (mi abuela paterna) y de mi tía Lola, en automóvil, por mi casa

tiva del señor Gabriel Chávez, quien los acompañaba, hasta Parias de la Fuente, Coahuila, en donde radicaba mi tío Jesús Herrera, único hijo varón que quedaba a mi abuelita.

Mi tío Jesús los esperó en Torreón... Un rugido de dolor salió de su pecho al encontrarse con su anciana madre, aquella mujer cuya entereza y serenidad había asombrado muchas veces a quienes la observaban, pero que ahora había sido por fin vencida por aquella tortura tan superior a sus fuerzas; abatida, casi sin poder teneirse en pie, iba a reunirse con el único superviviente de sus hijos varones; en su corazón encontraría un apoyo para proseguir los días que su destino le deparara.

En mi casa, a la tristeza que en aquellos siete niños había ocasionado durante dos años la total ausencia de mi papá, se unía ahora la desaparición de los dos tíos que a toda hora del día habían acostumbrado frecuentar mi casa, y la ausencia desoladora de mi papá José de la Luz, aquel abuelo ejemplar, anciano con alma de niño, presencia respetable; aquel abuelo cuyo mayor encanto era pasarse horas y horas rodeado de sus nietos; ¡cómo extrañábamos el embeleso de su lectura...!

En aquel amplio sillón de dos brazos aún nos parecía verlo cuando cada tarde, descansadamente, tomando un libro precioso que teníamos con cuentos encantadores como "El Persa Verídico", "Reptiles y Diamantes", principiaba su lectura para la que ya sabía que tenía dispuesto el auditorio de sus nietos y de muchos niños del barrio, amiguitos de los más pequeños, para todos tenía entretenimientos, ya con "adivinanzas", ya con la recitación de sencillos poemas o fábulas, que repetía pacientemente, si alguien quería memorizarlos... Aún sonaba en nuestros oídos su voz, de claridad excepcional, cuando haciendo alarde de su buena memoria, y con una expresión en la mirada de quien saborea algo inefable, decía pausadamente:

"Sobre el flanco del monte meridional
cuya cimera umbría parece que interroga el horizonte,
ensayaba un polluelo el plumón de sus alas
para el vuelo débiles e inexpertas, todavía."

Deshilvanados, y entrecortados en mi recuerdo, apenas flotan otros versos que parece decían:

"Oh, titán soberbio... yo te auguro la ruina,
es tu grandeza un opulento roble de ramas fuertes y rotundas
pero un gusano ha puesto en tus raíces la justicia de Dios..."

Pero sobre todo cuando leía, lo hacía en forma tan amena, tan extraordinaria, que difícilmente pueda encontrarse en personas que hayan cursado escuelas superiores forma de lecturan tan hermosa; igual era su conversación: hombres de letras, de ciencia, le prestaban toda su atención y lo trataban atablemente y con respeto... ¡Qué sola estaba nuestra casa sin él, y cómo lloraba nuestra alma al meditar sobre sus últimos momentos! ¡Qué fijo teníamos en la mente su recuerdo...! Su sacrosanta presencia parecía que aún estuviera entre nosotros... A cada momento, la menor circunstancia ocasionaba el comentario lleno de amargura de lo que había sucedido, y de la realidad que estábamos viviendo; por ello, la alegría de mis condiscípulas me causaba asombro, sus comentarios jubilosos me desconcertaban, me ponían pensativa y las fiestas de que ellas hablaban eran algo enteramente vedado para mí, por mil motivos...

INEFABLE ENCUENTRO... ¡AMADO NERVO!

Un lunes fueron mis compañeras con la novedad de que un joven médico que acababa de llegar de México, en la fiesta, como número inesperado había dicho unos versos de un poeta Amado Nervo... ("debe ser un seudónimo", dijimos)... y con encanto trataban de reconstruir el poema que recordaban, decía algo así como... "El día que me quicras... los tréboles"... , etcétera, pero por más esfuerzos que hicieron con la memoria no lograron reconstruir ni una frase que las satisficiera... Decididas a obtener el poema, indagaron el hospedaje del médico viajero, y a él ocurrieron con gran suerte, pues no solamente consiguieron lo que buscaban, sino

de ser la del primer lugar en su clase, porque la aritmética con sus cifras de "quebrados" y con todas sus reglas las entendía a medida que la maestra las explicaba, prestigio por su clara y correcta escritura, prestigio, en fin... porque dos años antes, al llegar a Parral, a pie, desde Conchos, huyendo de la muerte cumplió una tarea que para hacerla en casa dejó la maestra, consistente en un carta dirigida "al papá"... Pilar escribió su carta, y la dirigió a su padre como si aún existiera (acababa de ser asesinado en Conchos) y en ella se expresó con frases tan tiernas, tan vehementes... como que eran frases que nacían de su dolor tan vivo... que hizo ponerse de pie a toda la clase, y llorando la felicitamos todas, la maestra, inclusive...

Sin embargo, no fue Pilar la que con más efectividad atacó a las contrarias, sino la más pequeña de las atacantes, la más niña: Carmela Jurado, quien, con sus hermanitos Consuelo y Bernabé, sufrían la orfandad desde 1916... Carmela, con aquella su sonrisa burlesca y su aplomo, se abrió paso entre el grupo de "contendientes" y le gritó a la más encarnizada delincensora:

—Oye, cállate ya... estúpida... o vete a Chihuahua para que te fusilen a ti también, por andar defendiendo traidores de levita...

Días después tuve que acompañar a mi mamá, a hablar con la señorita Meléndez con motivo de la fiesta escolar que estaba próxima; y como el suceso de Angeles era tema obligado de conversación, oí la opinión de la Directora, que dijo:

—El otro... —se refería a Villa—, nació de la inmundicia y en la inmundicia creció... Pero Angeles... Director del Colegio Militar... discípulo de Saint Cyr... ¿qué no sabe que es la lealtad la primerísima virtud de un militar...?

El mismo día en que fue aprehendido fue llevado Felipe Angeles a Parral, a quien acompañaba el joven Antonio Trillo, según parece hermano de Miguel, el "secretario" de Villa y un mayor apellidado Enciso; éste y Angeles calzaban "huaraches", sombrero (gorra) tejana y pantalón y chaqueta de caqui, todo de muy viejo aspecto. Bajo del furgón Angeles un corto rato, y repartió fotografías de él con una dedicatoria que algo decía de "su causa"; luego se puso a leer la *Historia*

de Cristo (de Renán), misma obra que llevaba bajo el brazo al llegar a Chihuahua, queriendo hacer pensar que trataba de regenerar a Villa y se inspiraba leyendo esta obra.

El mismo día que llevaron prisionero a Felipe Angeles a Parral, llevaron también ocho o diez cañones muy largos, tal vez de los llamados de "largo alcance"; dichos cañones no llevaban cerrojo. Seguramente esta artillería fue la que cayó en poder del villismo en 1916, cuando estos ocuparon la ciudad de Chihuahua, evacuada por el jefe carrancista Jacinto B. Treviño, pues no es de suponerse que tal artillería perteneciera a la Defensa Social de Balleza. Fue inexplicable que Angeles, al separarse de Villa, cerca de Chihuahua, después del desastre de San Andrés, en que completamente los aniquilaron las fuerzas, según parece, del general Diéguez, en donde también se utilizaron algunos aviones, resultó inexplicable, decimos, que Felipe Angeles se internara en el Distrito de Hidalgo, solo, cuando le hubiera sido fácil regresar a los Estados Unidos, en donde tenía "vara alta".

En una cueva lo encontraron miembros de la Defensa Social de Valle de Olivos, que capitaneaba Gabino Sandoval, quienes lo hicieron prisionero. Las mencionadas piezas de artillería deben haber sido su preocupación, éstas fueron tiradas por mulas hasta llegar a Parral y, enfiladas a lo largo de la empinada avenida Centenario, llegaron a la Estación, en donde fueron embarcadas a Chihuahua. Felipe Angeles, prisionero, permaneció unas cuantas horas en Parral; en tren siguieron hasta Chihuahua, en donde se le formó un Consejo de Guerra presidido por los generales Gabriel Gavira y José Gonzalo Escobar, Miguel Acosta, Fernando Peraldi y Silvino García. así como por los licenciados Díaz de León y Franco Urías. El consejo se reunió durante tres días en el gran teatro de los Héroes de la ciudad de Chihuahua, que se vio lleno de bote en bote, por el público interesado en escuchar los debates. Felipe Angeles demostró, allí sí, "su talento" y "su cultura" al desviar las preguntas que se le hacían, contestando en forma de "cátedra", puntos enteramente fuera de lo que se le preguntaba, por ejemplo: mencionó *Los Miserables* (de Víctor Hugo), los uniformes que usaba el ejército de Napoleón, etcé-

todo un libro conteniendo muchos poemas del mismo autor. El libro en los días posteriores sólo andaba en nuestras manos, y en grupo, a la hora del recreo y antes de entrar a clase, todo era leer y releer los versos exquisitos del gran poeta, sobre las heridas de mi alma la suavidad de su lectura caía como un bálsamo... No faltaban los suspiros enternecedores por la "Amada Inmóvil", con aquello de...

"Seis meses ya de muerta
y en vano he pretendido un beso,
una palabra, un hálito, un gemido
. . . y a pesar de mi fe cada día evidencio
que detrás de la tumba. . .
¡ya no hay más que silencio. . .!"

Debe haber estado "de moda" la obra de Nervo, porque acababa de morir, cosa que tiempo después entendimos, pues en el Parral de aquellos años no se tenían periódicos, ni noticias de nada, por lo que sólo una racha de buena suerte nos deparó aquel encuentro precioso, casi en los momentos de abandonar la escuela primaria, aquel grupo de estudiantes, y en los momentos en que nos alejábamos también de la niñez.

NOVIEMBRE 1919

Fue en el momento en que yo repartía los libros para la clase de lectura a las 9 de la mañana del día 22 (aproximadamente), cuando una condiscípula, Adela Cázares, dijo en alta voz:

—¡Ay, señorita! ¿Ya sabe la noticia...? que hicieron prisionero al general Felipe Ángeles y que lo van a fusilar en Chihuahua...

Un grito... un estallido, fue la contestación de todo el grupo; maestra y alumnas se pusieron de pie... se mezclaban los comentarios...

—¿Cómo?... ¿Dónde?... ¿Es cierto?

—Ay, sí, es cierto...

—Pobrecito... tan culto... tan fino... ojalá que lo indulten...

La profesora guardaba silencio, observaba... Cundió la noticia por la escuela, se centuplicaron los comentarios...

—¡O, no! —decíamos las más pocas—. ¡O merece perdón... Haber venido a juntarse con Villa en su bandolerismo, a darle fuerza, a traerle municiones... él fue el culpable de la muerte de todos los "sociales" en la Semana Santa...

Y siguieron las discusiones entre más y más subidas de tono, más acaloradas.

No hubo clases, llegó la hora del recreo, en el patio se formaron grupos dando a gritos todas sus opiniones... La señorita Meléndez salió de la Dirección y se mezclaba lentamente entre los grupos, ella no opinaba, con su habitual serenidad observaba y escuchaba sin esforzarse en sofocar "la rebelión"...; en aquel ambiente de Hidalgo del Parral de aquellos días, bien comprendía la Directora que era inevitable la discusión sobre ese tópico, o sobre otro que se relacionara con la situación imperante. Y llegó la hora de salir, al medio día, y al regresar a las clases de la tarde ya iban con mayores bríos las defensoras, ya habían oído en sus casas las alabanzas a Ángeles, el gran artillero, el soldado extraordinario... ¡Ah... pero también las que lo culpábamos regresábamos con nuevos bríos!...

—¡Ah...! —decía Pilar Alvérez, con los ojos brillantados por la emoción—. El gran soldado... ¡El gran traidor! Cerca de todos los partidos no ha hecho más que traicionarlos, empezando por el señor Madero... ¡Miserable!... ¡Es la hipocresía hecha ser humano...! ¿Por qué apareció aquí al lado de Villa? ¿Por qué después de la Convención no se unió a ésta, sino a Villa?... ¿Por qué se echó en contra de Don Venustiano, verdadero jefe del Constitucionalismo...? ¿Por qué? ¡Ah...! Porque al lado de Villa, y seguidos de 40 mil bandidos creía tener asegurada la Presidencia de México...

Y era Pilar Alvérez la niña que con mayor éxito discutía el punto con las adversarias, por la energía de sus conceptos, por la prestancia de su persona, por su fácil palabra y el claro timbre de su voz; también porque la respaldaba el prestigio

EMILIANO ZAPATA

Cayó abatido a tiros en Chinameca, Morelos, el día 10 de abril de 1919. Con la muerte de Zapata vino la pacificación del Estado de Morelos que había permanecido en estado anárquico desde principios de la Revolución, en noviembre de 1910, en que Emiliano Zapata se alzó en armas con el grupo capitaneado por Pablo Torres Burgos, en cuyo grupo no figuraron peones de hacienda. Estos jefes alzados abrían las puertas de las prisiones y con reos de todos los delitos aumentaban aquellas hordas que entraban a poblaciones indefensas, saqueaban, incendiaban y cometían todo género de abusos y de infamias, violando mujeres de todas las condiciones y de todas edades aún niñas, y cometiendo toda clase de depredaciones. Con Emiliano Zapata jamás se pudo llegar a un entendimiento, ni al firmarse los tratados de Ciudad Juárez logró el propio señor Madero que los alzados de Morelos depusieran las armas (el señor Madero hizo viaje a entrevistarse personalmente con Zapata), porque no eran esos insurrectos hombres de trabajo, ni menos de ideales; eran presidiarios, forajidos, verdaderos bandoleros, como en el caso de uno de ellos muy destacado por su ferocidad, apellidado Tepepa, que muy pronto fue hecho prisionero y fusilado por órdenes del revolucionario Figueroa.

En Jojutla, en Cuernavaca, en Cuautla, aún residen víctimas de aquellas infamias que relatan todos los horrores que presenciaron y recuerdan a Don José Carmen García a quien Emiliano Zapata le disparó dos tiros "a boca de jarro", en la cabeza, sin que hubiera para ello explicación ni siquiera pretexto alguno: todavía en agonía García, ordenó Zapata que

tera, contestando en forma vaga cuanto más podía. Esto era con objeto de que sus gestiones ante el señor Carranza dieran el resultado que él deseaba: el indulto.

Pero no fue así, se le condenó a la última pena, y ésta se llevó a efecto a las 6 de la mañana del día 26 de noviembre de 1919, en el mismo cuartel de Caballería, en donde estuvo prisionero. Murió con entereza.

(Después de la toma de Parral, en abril de 1919, Angeles condujo al villismo a atacar Ciudad Juárez, con objeto de llamar la atención en Estados Unidos, capturando esta importante plaza fronteriza, que les daría resonancia en el poderoso país vecino, pues cuando regresó a México, venía de hacer tratos con los "petroleros" que en mil formas obstruccionaron al Constitucionalismo, porque veían venir la nueva Constitución del país, con sus artículos relacionados a la nacionalización del subsuelo. Antes de llegar a Ciudad Juárez, asaltaron un tren en Villa Ahumada.)

Muchos años después, en unas inolvidables, encantadoras vacaciones que tuve en el rancho "El Pichagüe", escuché en las llanuras, cantado a todo pulmón por los rancheros, con el dejo tan especial de tristeza que dan ellos a todas las canciones, apoyándose en una nota y luego descendiendo "una octava" lo que simula el acompañamiento de una cuerda musical, el corrido de Felipe Ángeles, que decía algo así:

En estación de la Mora
el capitán Sandoval
supo que Felipe Ángeles
acababa de pasar...

Ángeles puso un escrito
al Congreso de la Unión
a ver si de la Alta Cámara
alcanzaba salvación.

El gobierno americano
y la viuda de Madero
pedían perdón y clemencia
para el pobre prisionero.

Pero no le concedieron
por ser un reo "melitar",
les dijo a sus compañeros
ya me van a fusilar.

Le leyeron la sentencia
de la pena que alcanzó
y allí en "presidencia" de todos
con sus labios la besó...!

Y así, con todas las tristes se subrayan siempre los sucesos de México...

fuera arrojado a un pozo. Para tomar la plaza de Cuautla, medió el compromiso de respetar la vida del jefe vencido, apellidado Andónegui y, no obstante ello, el prisionero fue fusilado por orden de Zapata. Cuautla fue totalmente saqueada, no únicamente las casas de comercio, sino todas las casas particulares, de las que sacaron todos los muebles y cuanto en ellas encontraron, habiendo tenido que salir precipitadamente las familias en condiciones angustiosas a buscar refugio lejos de sus hogares. Se dio el caso de que, para poner a salvo a las jóvenes de las infamias que con ellas cometían los zapatistas, algunas fueron colocadas en ataúdes y simulando corcejos fúnebres lograron ponerlas a salvo. En Cuautla, después del saqueo, prendieron fuego a la ciudad. De estos saqueos e incendios no se libraron ni los bienes de personas abiertamente maderistas, como sucedió en la hacienda de Tenango...

Asaltos a trenes como en La Cima y Ticumán en los que viajaban indefensos civiles, en quienes saciaron los asaltantes sus más horrendos apetitos. En la Ciudad de México, las familias no eran libres ni para ir a Xochimilco, porque en este punto eran frecuentes las irrupciones de los zapatistas (calzón blanco y huaraches) y en donde cometían toda clase de atrocidades. Uno de los últimos asaltos a trenes fue el conocido con el nombre de "Asalto de Muñoz" que llevaron a efecto más o menos 400 zapatistas el día 14 de julio de 1915. El tren iniciaba el tránsito, hasta entonces interrumpido, entre Puebla y la capital y en él viajaban muchas familias felices de regresar a sus hogares; el tren pasó por Apizaco con felicidad, pero al llegar al kilómetro 132, el convoy se paró en seco y una descarga cerrada de fusilería cayó sobre el pasaje, pero principalmente sobre la escolta que iba en los primeros carros, los cuales se volcaron a uno y otro lado de la vía, por lo que la escolta no pudo defenderse... la confusión fue enorme y grande el número de muertos y de heridos. Entre los pasajeros iba el señor Amador Lozano, Director General de Rentas en el Distrito Federal, con cinco de sus hijos, tres de los cuales resultaron muertos. Los cabecillas zapatistas en esta matanza eran Emilio Márquez y José Trinidad Sánchez, quienes pusieron en práctica el sistema propio de ellos:

—Québrate a esos... —y allí mismo fueron asesinados todos los miembros del ejército que cayeron prisioneros.
Un acto de los más espeluznantes fue el realizado personalmente por Emiliano Zapata en las personas de los tres hermanos Bárcenas, que se habían separado del zapatismo y a quienes alcanzó el jefe, haciéndolos prisioneros, y obligándolos a cavar una fosa, les dio muerte a machetazos, él, personalmente.

* * *

El ideal agrario renació con la Revolución de 1910, siendo el propio señor Madero quien estableció la Comisión Nacional Agraria, integrada por los señores Roberto Gayol, Leopoldo Palacios, Manuel Marroquín Rivera, licenciado Fernando Duret, licenciado Carlos Robles, Óscar Braniff, Manuel Araoz, Nicolás del Moral y Antonio V. Hernández. Igualmente, ordenó el señor Madero en 1912 que una comisión de ingenieros agrónomos se trasladara al Estado de Chihuahua, y otra al Estado de Sonora a estudiar la manera de efectuar el reparto de los grandes latifundios. En Chihuahua, la propiedad de tierras de 12 personas, sumaban 102 466 kilómetros cuadrados, o sea un poco más de las dos quintas partes de la superficie total del Estado, de los cuales 44 601 kilómetros cuadrados pertenecían al general Luis Terrazas y sus familiares.

La Reforma Agraria data de mucho tiempo atrás, desde la Colonia; luego, en plena guerra de Independencia, en 1819, un sacerdote católico de ideas liberales (Francisco Rivera Maldonado), proponía la formación de un Código Agrario; años después el emperador Maximiliano, en su decreto del 16 de septiembre de 1866, mandó establecer fundos legales, ejidos y organización de comunidades agrarias, y aun durante la dictadura porfirista, el propio dictador propugnaba por una equitativa distribución de la tierra, y si no lo logró fue porque en su época, como en la nuestra, y desgraciadamente es probable que en épocas venideras, la falta de moral de las autoridades inferiores nulifica todo acuerdo que tienda a beneficiar a las clases humildes. La carta que en seguida se transcribe exhibe elocuentemente el ideal agrario del general Díaz:

"México, septiembre 10 de 1889.
Sr. Lic. Benigno Ffías y Camacho.
Paso del Norte, Chih.

"Estimado amigo:

"Para prevenir la consumación de un abuso que pudiera tener lugar en ese Estado, como ya ha sucedido en otros, al aplicar la circular del Ministerio de Fomento fecha 10 de diciembre de 70, dirijo a usted esta carta siempre en la confianza de que inspirándose en sus sentimientos de equidad y justicia procure en la esfera de sus atribuciones que se cumpla con ella exactamente ejecutando con lealtad y verdadero patriotismo sus prevenciones, cuyo objeto único es beneficiar con su práctica honrada a los pobres.

"La circular a que me refiero dispone que se dividan los ejidos de los pueblos en los cabezas de familia, siendo su fin altamente benéfico para la clase indígena, porque les asegura una pequeña propiedad; pero repito, que va ha sucedido que las autoridades políticas y municipales que hacen la división de los ejidos en lotes, producen una relación de los individuos supuestos, entre quienes deben distribuirse, siendo éstos en realidad los hacendados que tienen predios colindantes con los ejidos y con quienes, previamente a la división, se ponen de acuerdo para vendérselos, recibiendo muchas veces dinero anticipado, cuya operación, los que verdaderamente debían quedar como poseedores la ignoran siempre, toda vez que no saben tampoco que el gobierno los ha hecho propietarios. Este sistema incalificable que hace ineficaz el propósito del mismo Gobierno para mejorar las condiciones de los pueblos, es además de vital trascendencia, porque conocida la mente del Ministerio, las manifestaciones de inconformidad y disgusto por parte de las víctimas de semejante engaño, pudieran alterar el orden público, presentándose vergonzosos litigios que descubrirían con mengua de la justicia el mal manejo de quienes tienen el deber de administrarla cumplidamente. Así pues,

por estas razones, y por otras más, que no se ocultarán a su rectitud y justificación, le recomiendo de la manera más especial se sirva no sólo vigilar las operaciones que se hagan sobre la división y reparto de terrenos, cuyos títulos personalmente usted entregará a los interesados, sino que cuide al intervenir oficialmente en ellas, de que dichas autoridades políticas y municipales hayan observado con toda escrupulosidad las disposiciones de la circular a que me refiero, cuya mente, repito, es beneficiar a la clase desheredada de los pueblos; en el concepto de que el Ministerio por su parte enviará a los Estados, visitadores ad-hoc, que con presencia de las relaciones a que me refiero, vean a todos y cada uno de los individuos cuyos títulos de propiedad se extiendan, a fin de cerciorarse si están o no en posesión de la parte que les corresponde. De usted afectísimo amigo y servidor . . .

Porfirio Díaz."

José María Morelos y Pavón, decía el 2 de noviembre de 1813:

"Deben también inutilizarse todas las haciendas grandes, de cuyos terrenos laboríos pasen de dos leguas cuando mucho, porque el beneficio positivo de la agricultura consiste en que muchos se dediquen con separación a beneficiar un corto terreno que puedan asistir con su trabajo e industria, y no en que un solo particular tenga mucha extensión de tierras infructíferas, esclavizando a millares de gentes para que las cultiven por fuerza en la clase de gañanes o esclavos. cuando pueden hacerlo como propietarios de un terreno limitado con libertad y beneficio suyo y del público. . ."

*
* *
*

Fue en el Estado de Durango (no en Morelos), en la Revolución de 1910, donde por primera vez se presentaron grupos de labradores rústicos demandando la restitución de sus tierras

de las que habían sido despojados. El entonces empleado de la Compañía de Tranvías Eléctricos, Jesús Agustín Castro, capitaneó a estos campesinos, con quienes estaba comprometido a levantarse en armas el 20 de noviembre de 1910 y marchar sobre la plaza de Gómez Palacio. Otros de los revolucionarios eran Orestes Pereyra con sus dos hijos: Gabriel y Orestes, Enrique Adame García, Arturo Barrera, etcétera. El ataque a Gómez Palacio fracasó, pero días después, el 3 de diciembre de 1910, hubo otro levantamiento y éste sí logró poner en fuga al administrador de Sombreretillos, Durango, y recuperaron estos labriegos las tierras que les pertenecían y de las que habían sido despojados, mismas que ocuparon definitivamente al caer el gobierno porfirista. El Estado de Morelos vivió en completa anarquía hasta 1919, en que desapareció Zapata, a quien en aquellos años se le dio el calificativo de "Atila del Sur": al morir éste, el villismo perdió a su más importante aliado con quien siempre abrigó la esperanza de volver a tener contacto. Porque fueron aliados que coincidieron siempre en los mismos procedimientos, hasta el final, cuando ininterrumpidamente derrotado Villa, retrocedía hasta el Estado de Chihuahua iba matando a sus propios hombres (Ornelas, Delgado, Aspiroz, para mencionar unos cuantos) y entre los muertos por Zapata, entre los más conocidos: Orozco, padre de Pascual, a quien éste envió como mensajero ante Zapata, y hasta el mismo profesor Montaña, que según se sabe fue el principal o el verdadero formulador del Plan de Ayala, cayó abatido a tiros por orden del jefe.

*

* *

El 3 de diciembre de 1912, basándose en el artículo 3º del Plan de San Luis Potosí, del señor Madero, 65 representantes federales maderistas presentan el proyecto de Ley Agraria, que toma en la tribuna el licenciado Luis Cabrera, diciendo:

"Por eso es por lo que yo creo que todavía en los momentos actuales es tiempo de que por los medios Constitucionales, por medios legales que traigan implíci-

to el respeto de la Propiedad Privada, pueda la Cámara de Diputados acometer este problema agrario, esta parte del problema que es una de las más importantes. Yo no había pensado que fuera necesario llegar hasta la expropiación... Pero si nos tardamos más en abordar el problema, no tendrá otra solución que esta que he propuesto: la expropiación de tierras para reconstruir los ejidos por causa de utilidad pública... La cuestión agraria es de tan alta importancia, que considero debe estar por encima de la alta justicia, por encima de esa justicia de reivindicaciones y de averiguaciones de lo que haya en el fondo de los despojos cometidos contra los pueblos. Ya en ocasión memorable dije en esta tribuna: que había que tomar la tierra de donde la hubiera... La reconstrucción de los ejidos es indudablemente una medida de utilidad pública."

Vemos pues, que el Plan de San Luis, del señor Madero, no fue únicamente plan político, como algunos equivocadamente lo han hecho aparecer.

El 5 de febrero de 1917 había sido promulgada la Nueva Constitución en la que quedaron plasmadas todas las aspiraciones de la Revolución (la Reforma agraria, por la que se decía que peleaba Zapata), pero la matanza que dirigía éste en Morelos, y Villa en Chihuahua, continuaba interminable crudelísima y nadie anticipaba cómo y quién podría acabar con aquella situación.

Como consecuencia de tan largo período de terror en el Estado de Morelos (nueve años) la miseria y el espanto se adueñaron de toda esa región; ciudades como Cuernavaca, Cuautla, etcétera, quedaron asoladas, abandonadas, en total destrucción y muerte. Fue el zapatismo uno de los problemas más serios que tuvo ante sí el señor Carranza y que él hubo de resolver por medios drásticos, severos, dada la gravedad de aquella situación de horror, de infamia.

¡CONOCIÓ LA SITUACIÓN!

(El vate opina: **Ramón López Velarde...**)

“El populacho, incapaz de discurrir sobre temas especulativos, simpatiza con Zapata, porque éste representa el pillaje para saciar el hambre.”

“El populacho es zapatista. Aquí mismo en la capital de la República, cuenta el Atila con centenares de prosélitos, en todas las barricadas, listos para la hora del saqueo.”

“Zapata aparece a los ojos de las multitudes agobiadas por la miseria, con el prestigio del volador de trenes que les dará el bocado opíparo del dinero y la honra ajena...”

**CAE ASESINADO EN TLAXCALANTONGO EL
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, DON
VENUSTIANO CARRANZA**

(20 de mayo de 1920)

Su enorme error, al querer imponer como su sustituto en la Presidencia a un desconocido en el país, el ingeniero Ignacio Bonillas, ocasionó aquella escisión entre el ejército, en el cual la personalidad y simpatía hacia el general Obregón era arrolladora. Sintiendo perdido, el señor Carranza dispuso salir rumbo a Veracruz, a donde no pudo llegar porque los jefes militares en ese trayecto también se habían adherido al partido obregonista, entonces la comitiva del señor Carranza cometió otro gravísimo error: internarse en la sierra de Puebla dando por alojamiento en la noche un jacal en el poblado de Tlaxcalantongo para el señor Carranza y, ¡algo inexplicable...! dejar sin resguardo ninguno el lugar donde descansaba el Presidente de la República, contando con la tropa del general Francisco Murguía, quien permaneció leal al señor Carranza. En tales circunstancias fue fácil para los asesinos consumir su traición. Hubo otra circunstancia: el terreno que pisaba la comitiva presidencial eran campos petroleros, que habían sostenido sus propias guardias durante todos los años del movimiento armado de la Revolución y cuyos dirigentes extranjeros obstaculizaron cuanto más pudieron la promulgación de la Constitución de 1917 por sus artículos sobre nacionalización del subsuelo; los dirigentes petroleros odiaban a Don Venustiano, metieron la mano cuanto más pudieron en contra de la Revolución; pagaron la prensa a lo largo de la frontera pro-

hijando la idea de intervención del Gobierno de Washington por la menor causa en nuestro país; proporcionaron dinero y armamento al villismo en 1914 y 1915 jugándose con éste su última carta en favor de sus propios intereses. Pero aún sin las circunstancias anteriores, era la época en que los disparos de armas de fuego era cosa de todos los días; de noche y de día en las ciudades el peligro era constante, los asesinatos se contaban por centenares, y si hasta la intrincada serranía de Tlaxcalaltongo se advirtió la fuerza del obregonismo, los asesinos del señor Carranza encontraron su oportunidad, para, con su felonía, considerarse aptos para ser admitidos en el partido que triunfaba, era el momento para ellos de entrar "a la cargada" (tal pudo haber sido sus discernimiento).

No era únicamente entre el ejército en donde dominaban los partidarios del "Manco de Celaya", también entre el pueblo a pesar de lo entristecido y de lo empobrecido, después de tantos años de matanza y de lucha; en el pueblo y en todas las clases sociales, con la aparición de Alvaro Obregón en el escenario político, renació la esperanza... hasta en Hidalgo del Parral, pequeña ciudad casi aislada, atormentada por tantos sufrimientos, renació también la esperanza con la personalidad de Obregón. En pequeños círculos los ciudadanos empezaron a opinar del cambio de poderes... Recuerdo en la plaza principal, cuyo lugar era entonces una especie de "Casino al Aire Libre", una noche, de una banca en donde habían estado conversando de política varios parralenses, se desprendió el señor Abelardo Casas, parralense de talento reconocido, y tomando por tribuna la propia banca, empezó a desarrollar en alta voz una arenga-discurso con bellas frases y cálidas palabras, en favor de la candidatura de Alvaro Obregón... El candidato del señor Carranza, ingeniero Bonillas, era totalmente desconocido en el país, había sido embajador en los Estados Unidos y se decía que su esposa era ciudadana norteamericana. Lo cierto fue que la propaganda política a favor de Obregón cundió rápidamente por todo el país y los mitines eran concurrendos, principalmente por las organizaciones obreras, que con Obregón empezaron a tener fuerza. En uno de tantos mitines, me parece que en un teatro de Saltillo, lleno

de bote en bote, principalmente del elemento obrero, el orador obregonista (ingeniero Luis León o Soto y Gama), principió su discurso: "Ladies and gentlemen"... (!) lo que causó una conmoción prolongadísima de aplausos y risas entre el auditorio, porque se entendió la burla hacia el candidato de la imposición, de quien se decía que más se hablaba en su hogar el inglés que el castellano y que, en fin, todas sus costumbres y su ideología estaban desconectadas del medio de aquel momento: mexicano-revolucionario.

Lamentabilísima serie de errores aquellos que cometieron el señor Carranza y sus allegados, que se epilugaron con la muerte del por todos conceptos respetabilísimo señor Carranza, aquel que enarbó la bandera de la legalidad, siendo gobernador de Coahuila en 1913, y que no desmayó hasta dar a su Patria la Constitución más avanzada de su época, Constitución fundadora del México actual.

OBCECACIÓN

Ha pasado más de medio siglo de aquel triste suceso y los que nos enteramos de él, en el otro confín del país, hemos buscado posteriormente en relatos diversos una explicación valiosa que den los testigos presenciales de aquellos hechos; hemos buscado el por qué de aquella decisión del Primer Jefe para no solamente negar toda ayuda al general Obregón, sino tercaamente insistir en imponerle al pueblo mexicano... ¡En aquellos momentos...!, en la Presidencia de la República a un ciudadano desconocido en México. El general Plutarco Elías Calles, Ministro de Industria y Comercio en el Gabinete del señor Carranza, en carta fechada en diciembre de 1919, dirigida a Adolfo de la Huerta, dice en uno de sus párrafos:

"El reducido círculo que rodea a Don Venustiano lo constituyen los hombres más corrompidos que hay en el país y éstos son los que no lo dejarán volver al camino de la honradez..."

¿Que el general Obregón era el caudillo que con su sola presencia sacudía a las multitudes...? ¡Cierto..! era ello parte de su popularidad, y... ¿No había sido el pueblo el que acababa de ofrendar su vida en una lucha titánica, terrible, cruel, para conquistar el Sufragio Efectivo...? Los obreros y campesinos rodeaban a Obregón porque a su lado habían empezado a tener personalidad, habían empezado a tener sentido de sus derechos y de sus deberes... Obregón había puesto a favor del Constitucionalismo su gran talento, su gran simpatía, su masculinidad sin límites, su propia vida, para lograr en una lucha tremenda el éxito más asombroso en la campaña contra el villismo, cuando este bandolerismo dominaba a todo lo largo y a todo lo ancho del suelo mexicano. Mutilado volvió el Gran Sonorense de una serie ininterrumpida de victorias en igual sucesión de combates feroces. En el Gabinete del señor Carranza desempeñó brevemente la Cartera de Guerra, a la que renunció espontáneamente y se retiró a su Estado natal, alejándose de toda actividad política durante tres años, en los que no recibió emolumento alguno de la nación. Al iniciar su viaje de retiro, el señor Carranza lo despidió, hondamente emocionado en la estación de los Ferrocarriles. Después volvía Alvaro Obregón democráticamente a la lucha política y sabía que contaba de antemano con el sufragio libre de los ciudadanos. Llega Obregón a la capital a tratar de tener una explicación con el señor Carranza, pero a tal grado peligró su vida que se ve forzado a huir de la metrópoli y disfrazado de ferrocarrilero, logra escapar de la muerte.

El señor Carranza, el hombre de más edad y el de mayor experiencia de todos los revolucionarios, debe haber comprendido que era Obregón el ciudadano en quien todos los méritos concurrían, para alcanzar, por la sacrosanta voluntad del pueblo la Primera Magistratura. El señor Carranza, que había presenciado las sacudidas mortales que la patria acababa de padecer, debió haber evitado cualquier tracción que produjera nuevas catástrofes... ¿Por qué aquella obcecación cuando la nación apenas convalecía de heridas tan recientes?... ¿Quién, que haya observado el ambiente político de 1920, puede haber olvidado la alegría con que los ciudadanos libres esperaban

votar a favor de su candidato...? ¿Quién puede haber olvidado el picaresco mote de flor de té aplicado al candidato de la imposición, tomado de una canción de la época...?

¿Quién pudo haber imaginado (entonces), que al correr de los años el panorama político iba a quedar desairado, muerto?

Pero en todos los relatos acerca de aquellos sucesos solamente se advierten estallidos de viejos rencores, envidias mal disimuladas, inconfidencia, tal vez, por haber perdido situaciones privilegiadas.

El Plan de Agua Prieta fue respaldado por casi la totalidad del ejército y en 24 o 48 horas la nación quedó con nuevos gobernantes; las ciudades, el pueblo no sufrió.

Y el pueblo, ese pueblo que en todas sus luchas y en todas sus tragedias, siempre ha encontrado la gracia para acomodar la canción de moda al personaje del momento, en aquella ocasión dio el mote de "flor de té" al ingeniero Bonillas, y con ese nombre se le conoció de uno a otro extremo del país porque había una canción en boga que decía:

"Flor de te es una linda zagala
que hace poco a estos valles llegó;
nadie sabe de dónde ha venido
ni cuál es su nombre ni dónde nació..."

*
* *

RUMORES DE RENDICIÓN

Cuando se empezó a oír que Villa pedía rendirse al Gobierno, varios residentes en los Estados de Chihuahua y Coahuila se reunieron en Torreón con Don Jesús Herrera Cano, para formular un escrito y enviarlo a Don Adolfo de la Huerta, en esos días Presidente Provisional de la República. Dicho escrito, fue con fecha 10 de julio de 1920 y en seguida se extractan sus partes principales. Dice:

“Los que suscribimos, ciudadanos mexicanos originarios del Estado de Chihuahua y en pleno goce de nuestros derechos, nos dirigimos a usted para exponerle:

”Por la prensa capitalina que ha llegado a nuestras manos, nos hemos enterado de que un señor ingeniero de apellido Torres, desconocido para nosotros y quizás para muchos de los habitantes del Estado de Chihuahua, está tratando de tener, o ha tenido ya, una conferencia con el vándalo Francisco Villa, encaminada a que éste se rinda al Gobierno que usted dignamente preside, bajo las condiciones que el propio Villa, al parecer, y por conducto del aludido ingeniero Torres, propone al Gobierno General de la República.

”Las condiciones, según la prensa son:

”1ra.—Que se le dé una propiedad rural en el Estado de Chihuahua, para repartirla entre sus soldados, las viudas y los huérfanos de aquellos que han sido víctimas de la Revolución.

"2a.—Que se le deje ostentar su grado militar y se le den las garantías necesarias para dedicarse al fomento de la agricultura; estas garantías serán en forma de 500 o más hombres que estarán bajo su mando, dependientes del Estado o de la Secretaría de Guerra y Marina.

"3a.—Que se le nombre gobernador provisional del Estado de Chihuahua, mientras se verifican las elecciones.

"4a.—Que el C. general Álvaro Obregón, exprese que caso de escalar la Primera Magistratura, perdonará a todos sus enemigos, olvidando antiguos agravios y, por último: que al aceptarse estas condiciones por el señor de la Huerta, en su carácter de Presidente de la República, las hagan suyas también, bajo su firma, los generales Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Benjamín Hill.

* * *

"Nosotros ignoramos, señor Presidente, quién sea ese ingeniero Torres, que parece desconocer en lo absoluto quién es Francisco Villa, sus antecedentes, su historia de crímenes, crímenes propios sólo de un bestiario amoral, (etcétera);... no podemos ni siquiera imaginar que el Gobierno a su digno cargo pueda aceptar lo que el bandido propone, pues no sería el criminal quien se rindiera al Gobierno, sino el Gobierno al criminal, (etcétera)."

Y años más tarde, cuando se supo que Villa iba a instalar un banco en Parral y que ya había recibido el dinero necesario, enviado por Adolfo de la Huerta, los hombres de trabajo no encontraban qué camino tomar y nuevamente se dirigieron al Gobierno exponiendo su situación; pero como decía Jesús Agustín Castro, entonces gobernador de Durango:

"Nada podemos hacer, porque Villa es el niño consentido de Adolfo de la Huerta y aquí estuvo en Durango en la Oficina de Hacienda, insultando a los empleados porque le cobraban las contribuciones."

ADOLFO DE LA HUERTA

Al desaparecer el señor Carranza, Presidente de la República, se nombró presidente interino al señor Adolfo de la Huerta, y uno de sus primeros actos fue la pacificación total del país, por lo que se vio la manera de pactar la amnistía de Francisco Villa.

Con este objeto se logró una conferencia efectuada en "El Pueblito", punto entre Jiménez y Valle de Allende, entre el ingeniero y general Ignacio C. Enríquez y Villa. Se aceptó que ambos acudirían con 10 hombres y la entrevista tuvo lugar el día 24 de mayo de 1920, pero llevando Villa 14 hombres en vez del número convenido que era de 10.

Dice el ingeniero Enríquez:

"Nos separamos Villa y yo de nuestros hombres y nos retiramos un poco, sentándonos sobre un pequeño montículo de tierra, de esos que el viento forma en aquellas regiones desérticas. Yo procuré dejar libre mi brazo izquierdo para que en el caso «no dudable» de que Villa intentase sacar la pistola, tener yo cierta posibilidad de «echarle el agarrón». Le expliqué a Villa que el Gobierno estaba dispuesto a amnistiario y que le darían tierras para él y los suyos, les pagarían haberes, y, desde luego, la absoluta seguridad que tendrían de respeto para sus vidas."

Primeramente había dado el ingeniero Enríquez a Villa la noticia de la muerte del señor Carranza, lo que le causó sorpresa...

—Sí —le decía el ingeniero—: ya murió el señor Carranza...

(En 1914, la causa que dizque tuvo Villa para lanzarse sobre el país en contra del Constitucionalismo, había sido que el señor Carranza "lo había ofendido". Por esa ofensa, la División del Norte, con 40 mil hombres y todos sus generales, había desconocido la autoridad de la Primera Jefatura. Se consideraba, pues, que "el pleito" era contra el señor Ca-

ranza, por lo que muerto éste, se le hacía ver a Villa que era hora de que "se contentara").

Se quedó un rato silencioso y pensativo Villa, y luego dijo a Enríquez:

—Bueno... Ajj... mira Enríquez... Ajj... Mira, me amnistiare si me la dan de Jefe de las Operaciones Militares en el Estado de Durango... Ajj... Mira... Enríquez, tú con tus Defensas Sociales y yo de Jefe de Operaciones en Durango... Ajj... ¡Enríquez!... asina qué nos hacen... más que se nos vengan encima todos... asina... Ajj... Enríquez... asina qué nos hacen...

Le hizo ver el Ingeniero cuánto se había prolongado aquella situación, y dijo Villa:

—Sí, ya sé, Murguía me pudo haber acabado... pero ya sé que me he convertido en la "gallina de los huevos de oro" para todos.

Largo rato estuvo insistiendo el Ingeniero sobre la proposición que él llevaba, pero no habiendo convenido Villa, sino insistido en sus propias proposiciones, no hubo más remedio que retirarse, prometiendo el Ingeniero pasar tales proposiciones al Gobierno, lo cual se hizo telegráficamente, habiendo en el acto contestado el general Plutarco Elías Calles negativamente, en forma enérgica y terminante.

Dice el ingeniero Enríquez:

"Al terminar la entrevista, montamos todos nuestros caballos y nos decíamos con el brazo, adiós... adiós... que les vaya bien... adiós... adiós... y muchos «adióses», pero nadie se resolvía a voltear la espalda... Ah, ¡qué situaciones!... la propia vida sostenida por un hilo a cada momento..."

Ya para separarse, el ingeniero Enríquez tuvo especial cuidado de decir en voz alta, para que lo oyesen los hombres de Villa:

—Ya saben, muchachos; se les darán tierras y se les pagarán haberes...

(Esto causó disgusto a Villa que se manifestó en su semblante), pero es de suponerse que los hombres de Villa, que ya

andaban en condiciones de miseria, deben haber hecho presión sobre su jefe para que aceptara la rendición... (Pero por el momento continuó el bandolerismo).

No fue sino hasta julio de 1920 cuando se pactó la rendición de Villa, en Sabinas, Coahuila, para la que fue comisionado el general Eugenio Martínez. Se aceptó la rendición.

Su ideal como agrarista: pidió que se le regalara la hacienda de Canutillo, Durango; que se le entregaran 300 mil pesos (¡de aquellos pesos!), y que se le pagara una escolta de 50 hombres y él se comprometía a no actuar en política en ningún partido.

De Sabinas, fue Villa a San Pedro de las Colonias, en donde muchos curiosos y reporteros de los periódicos metropolitanos estuvieron presentes, en la estación, a su llegada, por lo que aprovechando el momento, Villa les dirigió la palabra excitándolos a la unión para salvar a la patria.

Su primer paso, estando en San Pedro: dirigió al señor Jesús Herrera Cano, el mensaje que a continuación se transcribe:

"República Mexicana, Tel. Nacionales. Número 31.— De San Pedro, Coah.. el 10 de agosto de 1920. Recibido en Torreón Coah. H. R. 9.20 p. m. T. F. R. R.:

"Señor don Jesús Herrera Cano. A usted he considerado como hombre de honor, y como yo sé tratar a cada quien como se merece, le suplico a usted en nombre de mi patria, que sea más prudente en sus apreciaciones, pues solamente la unión de todos los mexicanos salvará a la nación. Sea usted tan bondadoso que olvide todos los rencores. Usted comprenderá que por el mucho pueblo que tengo de mi parte, ha sobrado quien me diga que no omitirá ningún sacrificio ni dinero para perjudicarme. Espero que sea usted tan digno que no piense así. Espero su contestación.—Francisco Villa."

Acompañaban a Villa cerca de mil hombres en el momento de rendirse, y después de que todos ellos entregaron sus armas en Tepehuanes, Durango, Villa pasó a tomar posesión de la

hacienda de Canutillo. Así fue cómo, de asesino contumaz y sanguinario, se transformó en señor feudal de horca y cuchillo. Canutillo es su feudo, y allí caen, víctimas de su insaciable deseo de matar, sus propios peones.

De Tepehuanes, antes de llegar a Canutillo, llegó a Parral para depositar su dinero (300 mil de aquellos pesos) en lugar seguro.

Fue don Quirino Baca el depositario, sin mediar ningún documento de garantía; era don Quirino de "los neutrales", hacendado acomodado de los que, usando a sus arrieros como mensajeros, informaban al villismo de la situación de la plaza y de infinidad de detalles, que permitían a aquellas hordas caer oportunamente, alcanzando sus objetivos la mayoría de las veces.

SU VIDA EN CANUTILLO

Entre sus peones asesinados por él en Canutillo estuvieron el caporal señor Sabino Villalba y un yerno de este, fusilados en el panteón el día 16 de septiembre de 1922.

¿Habrá alguien, de los que con Villa estaban ya amnistiados en Canutillo, que pueda dar una explicación, una mínima razón para tales hechos...?

Aristeo Vázquez era peón en la hacienda: fue cintareado, y con la espalda sangrante, paseado desnudo por todo el rancho, al lado del verdugo. Los más humildes peones, castigados, atormentados duramente y encerrados en la capilla, que servía de cárcel, por meras intrigas, o porque se perdiera cualquier cosa, porque decía Villa que no quería ladrones en su hacienda.

Manuel Esparza, otro de sus peones, por no haberlo encontrado una noche en el puesto en que le había ordenado, fue encerrado por dos semanas en un cuarto y no permitía Villa que su familia le llevase ni alimentos ni agua; de allí salió moribundo.

Los caballos, mulas o vacas que entraran a los terrenos de Canutillo, eran herrados con su fierro, y la de aquel que se

atrevera a protestar...! Desaparecieron peones que mandaba llevar de San Juan del Río, Durango, que, según dicen, ocupaba en que le enterraran sus tesoros, y un cuatro de octubre, fecha en que celebraba Villa su onomástico, mandó a asesinar a unos pobres vendedores de sotol y alguna otra bebida embriagante que bebieron sus peones de Canutillo.

Ya amnistiado:

María Arreola (originaria de Rincón de Ramos, Durango), madre de Miguel, hijo de Villa, es asesinada por Villa personalmente, en los peñascos de Las Nieves, frente al rancho El Cristo, adonde la llevó en su automóvil, en el que también iba el verdugo. Con objeto de que no se oyeran las detonaciones en Canutillo, ordenó echar a vuelo las campanas de la hacienda, cumpliendo esta orden, sin comprender su objeto, el señor Crescencio Leyva Soto, que estaba en esos días empleado por Villa fundiendo barras de plata. El cadáver de esta mujer fue metido a una cueva. Tiempo después, un arriero encontró un pedazo de vestido de seda color azul y un choclo y llegó a Canutillo, creyendo que debía dar aviso y que se procedería a hacer alguna investigación; al oírlo Villa, que estaba dentro de su casa, salió furioso, maltratando a voz en cuello al arriero y ordenándole se largara y no volviera a pararse por allí. El niño de esta mujer, Miguel, fue entregado a otra de las mujeres de Villa, allí mismo en Canutillo.

Miguel creció en Parral y después parece que pasó a México a estudiar aviación y también parece que murió en un accidente aéreo, aunque en los periódicos apareció con el nombre de Manuel.

A tres de las jóvenes por él ultrajadas las tenía en Canutillo; pero Luz Corral, ateniendo a su instinto de conservación se puso a "buena distancia"... se refugió en Cuba mientras Villa vivió...

En Hidalgo del Parral, a Villa se le veía muy a lo lejos, durante los primeros meses de amnistiado; entraba con muchas precauciones; primero llegaban sus avanzadas y luego él, en el asiento trasero de su automóvil Dodge, que todo Parral conocía desde lejos, con su escolta y sus hombres de confian-

za: Miguel Trillo, Alfonso Gómez Morentín, José Jaurieta, etcétera.

Su escolta de "dorados", perfectamente bien trajeados, con sombreros vistosos, haciendo ostentación de lujo y llenos de cartucheras, de pistolas, de armas de todas clases, como que había pasado a ser "el niño mimado" del presidente interino Adolfo de la Huerta, bastaba con un telegrama a "Fito" (así llamaba Villa al Presidente) y su boca era medida.

Precisamente a "Fito" le puso un telegrama pidiéndole 500 mil pesos para establecer una casa de cambio... y llegó la suma requerida, y se enteraron de ello los hombres de trabajo de Parral y, sumamente contrariados, no hacían más que truncir el ceño; pero no sabían qué camino tomar, ni hasta qué punto iban a tener la intromisión del hacendado de Canutillo en sus asuntos. Cuando le decían al general Obregón de las concesiones dadas a Villa, se sorprendía y decía malhumorado:

—Esas son cosas de Adolfo...

Además de armamento de todas clases, le llegaban carros de ferrocarril llenos de maquinaria agrícola... al terminar el período presidencial del general Obregón, ya se veía en qué quedaban los juramentos de paz de Francisco Villa.

De Parral, inesperadamente, una tarde fueron llevados a Canutillo el doctor Ernesto Herfter y la partera señora Soledad Pastrano de Figueroa, para atender el nacimiento de un hijo de Villa. Muchos años después, todavía sobrecogida de terror, platicaba la señora Figueroa de su estancia en Canutillo, viaje al que le fue imposible negarse, porque al llegar a su casa se encontró con la desagradable sorpresa de la presencia de Trillo y de otros en el automóvil de Villa, urgiendo su presencia en Canutillo.

VILLA SE PINTA A SÍ MISMO

Platicaba Chole Pastrano que al llegar a Canutillo salió Villa a recibirlos personalmente, preguntándoles por qué llegaban tan tarde...

Porque el tren se retrasó —contestaron.

—Ah, caramba... ya verán, cuando yo sea Gobernador, no volverá a retrasarse... entren

—Ah... doctor, ya trajo usted partera, pero no había necesidad; aquí en la hacienda hay una mujer que a eso se dedica... y al fin que la enferma es mujer de muy buena salud... como yo... yo nunca he necesitado de matasanos... yo nunca me enfermo... cuando me hirieron esta pierna me fregaba mucho la bala, pero una vez llegué a Jiménez y allí cogí a un matasanos y le dije, ándele, sáqueme esta bala... pero pronto... y el matasanos metía las pinzas y la cogía... pero la fregada bala se le volvía a ir... ándele... pronto... saque la bala... no sea jijo de... ándele... pronto y como no salía, entonces yo saqué mi pistola y se la amartillé y le grité... ándele, o saca la bala, o aquí se lo lleva a usted... y hasta que por fin salió la bala... pero luego viene el chorro de sangre... y ya no hay tiempo para hacer curaciones... porque vemos "quihay" vienen ya esos changos malditos... hijos de... y vámonos ya no hay más qué hacer... pero ni curaciones necesité... después con hojas de maguey y ya...

—Sí —le comentaron el doctor y la enfermera por contestar algo—. Realmente tiene usted muy buena salud... y ¿cuántos años cree usted que vivirá...?

—Ajj... Ajj... yo voy a vivir 110 años, porque yo soy muy fuerte, yo me levanto muy temprano, yo hago mucho ejercicio, yo me baño en agua fría...

—Pues es usted un hombre feliz —comentaron los visitantes...

("No hallábamos ni qué hablar", comentaba años después la enfermera, señora Figueroa.)

—Ajj... sí... yo soy muy fuerte... por eso creo que mi tata Diosito me va a dar 110 años de vida... yo soy muy fuerte... yo con la mano derecha he levantado cien mil seseras humanas... y no cuento las que he levantado con la izquierda... porque también con la izquierda sé manejar la pistola... cien mil seseras humanas con esta mano —decía, y abría y cerraba el puño de la mano derecha—. Ajj... Yo soy muy fuerte... yo en tal año... yo en tal época hice esto... hice aquello... —y refería sus proezas.

Decía Chole Pastrano:

“...cuando oímos aquello de las seseras humanas, ni el doctor ni yo discurríamos ya qué comentar, ni qué actitud tomar... a mí me cogió un temblor en el interior de todo mi cuerpo que sentía que me sacudía toda y se aumentaba con el temor de pensar que mi nerviosismo se manifestara al exterior... con espanto esperaba la hora del parto de la enferma, porque temía que alguna dificultad se presentara y aquel monstruo, con la pistola en la mano querría que nosotros la solucionáramos... Ay... Después nos pasaron a cenar, nos sirvieron «carne seca»... yo tenía que esforzarme por comerla, pero me parecía que eran las «seseras humanas» las que tenía ante mí en el plato... ¡Qué eternamente largos fueron para mí aquellos días en Canutillo...! Cuando regresé a mi casa me sentía como aletargada... no acataba a hacer nada, ni entendía lo que me hablaban... ni tenía fuerzas para nada... como si acabara de salir de una enfermedad con fiebre muy alta... ni la respiración me parecía tener completa...”

Los primeros años de radicar Villa en Canutillo, ocurría a Parral muy a lo lejos; si el miedo era en él inseparable compañero, el temor mezclado con disgusto de los sufridos habitantes de Parral no era menor, porque sentían la constante amenaza del señor feudal, de quien se tenía la seguridad de que cualquier día avanzaría armado y seguido de muchos hombres, fuera de Canutillo, ya que allí se fabricaban bombas con gran cantidad de pedacería de fierro que tenía almacenada, y se sabía también que en cuevas cercanas a Canutillo había almacenado armamento. Con claridad lo había expresado el mismo Villa cuando hicieron viaje desde México reporteros del periódico *El Universal*, cuyo director era Félix Palavicini, a quienes les dijo que su “compromiso” para estarse pacífico terminaría al dejar el poder el general Obregón. Hablaba con sumo encomio de “Fito” (de la Huerta) aunque con mayor encomio hablaba de sí mismo:

—Si todos los mexicanos fueran como yo...

Poco hablaron los reporteros, más bien se concretaron a escucharlo porque habló de moralidad, de prácticas de agricultura, de cómo redimir a las masas, etcétera.

Hidalgo del Parral estaba, de hecho, y lo estaba también toda la comarca, bajo la omnipotente voluntad de Villa, quien desde el momento de amnistiarse tuvo su atención puesta en los familiares supervivientes de aquella ola de crímenes del villismo, durante los cuatro años anteriores a su rendición. Prueba de ello es el mensaje que en el momento de amnistiarse dirigió a don Jesús Herrera Cano. (Ver página 353.)

ASÍ COMO UN MILAGRO

A principios de 1923 (enero o febrero), estando en Canutillo el señor Felipe Santiesteban, hombre de mucha experiencia, observador y astuto, se dio cuenta de ciertos movimientos sospechosos, y pudo aclarar que ese día salían para Torreón los “generales” de Villa, José García y Rosalío Jiménez, con la comisión de asesinar a Don Jesús Herrera, quien en esa época era Administrador del Timbre en Torreón, Coahuila. Don Felipe abandonó el asunto que lo había llevado a Canutillo, y rápidamente llegó a Parral y avisó a los sobrinos de don Jesús (Carlos y José de la Luz Herrera Enríquez), de lo que sucedía. Carlos acudió presurosamente al señor Gabriel Chávez, socio comanditario del señor Herrera, a quien le participó lo que sabía. Gabriel no lo creyó y se concretó a responder que no se preocupara, que aquello sería sólo una mentira... Carlos, lejos de tranquilizarse, telegrafió a su tío urgentemente, diciéndole que no saliera de su casa para nada y que esperara carta explicativa. Al recibir Don Jesús la anunciada carta, mandó a unos hombres de confianza que fueran a la estación tal día y observaran si bajaban del tren tales individuos, de tales señas... Efectivamente, llegaron dichos hombres, y el “general” José García se dirigió a Ciudad Lerdo, Durango, en donde tenía casa para hospedarse. Más tarde, envió Don Jesús a un hombre a que preguntara en dicha casa

en Lerdo, si allí vivía el general García; al llamar a la puerta abrió el propio García, a quien el enviado le preguntó si él venía de Canutillo, y si sabía si habría trabajo allá que él pudiera conseguir. García contestó en tono golpeado y fuerte:

—Sí, vengo de Canutillo; pero ningún trabajo hay allá para usted... —y despidió al solicitante cerrando con fuerza la puerta.

Enterados todos de la situación, el señor Herrera puso personas armadas de absoluta confianza, dentro de la oficina del timbre, de la cual era administrador, y desde ese momento estuvieron vigilando.

Sucedió como milagro que el día destinado para cumplir sus órdenes estuvo en Ciudad Lerdo el señor Santos Mendoza (concuño del señor Herrera), observando los movimientos en la casa en donde se hospedaba García, hasta que vio que éste salía acompañado de dos individuos, tomando los tres el tranvía eléctrico, carro de segunda, para dirigirse a Torreón. Don Santos tomó el mismo tranvía, pero en carro de primera, y los fue observando; al llegar a Torreón, todos descendieron y los tres villistas se dirigieron a pie hacia la Administración del Timbre, por la avenida Morelos, en donde entraron a una cantina, a donde también entró el señor Mendoza; tomaron una copa y bromeando con el cantinero le preguntaron algo, según observó don Santos, quien, cuando aquellos salieron, dando una propina de cinco pesos le preguntó al cantinero qué habían inquirido los que acababan de salir:

—Que dónde está la Administración del Timbre y que dónde vive Don Jesús Herrera... —contestó el cantinero.

Rápido abandonó la cantina don Santos, y continuó su disimulada vigilancia sobre los tres individuos, quienes momentos después detuvieron a un bolero a quien también le preguntaron algo... al bolero también interrogó el señor Mendoza, quien le dió la misma respuesta que le había dado el cantinero...

Ya muy cerca de la Administración del Timbre, Don Santos llamó por teléfono a don Jesús, a quien enteró de todas sus observaciones. Don Jesús suplicó a las señoritas empleadas que abandonaran la oficina y se retiraran a sus domicilios, y a los

varones les hizo ver lo que se aproximaba y que, si así lo deseaban también se retiraran, o que de lo contrario allí tenía cada uno una pistola si deseaban armarse; rápidamente optaron por la segunda proposición... Pronto aparecieron los comisionados por Villa, en la acera de enfrente a la Oficina del Timbre, permanecieron unos instantes observando y luego dieron una vuelta a la manzana, en donde está ubicada la escuela Alfonso Rodríguez... volvieron a aparecer, y por último se encaminaron resueltamente para penetrar en la oficina... apenas estuvieron dentro cayeron sobre ellos dos grupos de policías a quienes tenía prevenidos el señor Herrera, y los apresaron, desarmándolos... La sorpresa y el disgusto fue enorme, sobre todo para "el general" García, quien con rebeldía y coraje preguntaba

—¿Por qué me detiene usted...? Yo milito a las órdenes del general Villa...

—Yo lo detengo a usted por órdenes de Don Jesús Herrera —le contestó el policía.

(Los frustrados mensajeros de Villa fueron puestos en prisión y allí se les recogieron diversos papeles entre los que estaba una "larga lista de nombres", encabezada por Don Jesús Herrera y seguida por Jesús Salas Barraza. El señor Herrera dió inmediato aviso a Salas Barraza y éste se trasladó a Parral, en donde ya Melitón Lozoya tenía organizados a sus hombres.)

Los periódicos locales daban cuenta detallada del suceso en esos días; al escribir este libro sólo se tiene a la vista un recorte de periódico que dice

"El general García, que portaba una pistola calibre 38 y el coronel Jiménez, que traía una pistola Mauser.

"En la Inspección de Policía se les recogieron algunos documentos, los cuales fueron agregados al expediente que se les ha formado, previa acusación del señor Herrera, viniendo algunos de dichos documentos firmados por Francisco Villa y fechados en Canutillo."

LAS AVERIGUACIONES EN EL JUZGADO

"El asunto fue consignado al Juzgado de Letras del Ramo Penal, donde se ha estado trabajando activamente para esclarecer el asunto, estando siguiéndose actualmente el proceso contra José C. García y Rosario Jiménez, quienes han negado tratar de asesinar al señor Herrera, aunque de las declaraciones de los detenidos se desprende que el encargado de cometer tal acción era el general García.

"Rosario Jiménez en sus declaraciones dice haber venido a cobrar la suma \$800.00 a un señor Garza, cuyo documento obra en poder del juzgado, así como una carta de Villa para dicho señor, en que le ordena se haga el pago correspondiente. Agrega Jiménez que ese dinero lo iba a emplear en la compra de semilla de algodón, a fin de atender sus labores en San Salvador de Horta, cuya siembra debería haber comenzado en la presente semana.

"Dice que hace un año que no ve al general García, y que en lo que toca a Encarnación Blanco lo había conocido hace tiempo, habiéndole vendido un carro, cuyo importe había venido a cobrarle, siendo éste el motivo por lo que se acababa de reunir con él, sin tener conocimiento ni amistad con García.

"Como quedara comprobada la inocencia de Blanco éste fue puesto antier en libertad, dictándose auto de formal prisión contra José García y Rosario Jiménez, quienes nombraron sus defensores a los señores licenciados Puente y Francisco L. Rodríguez, quienes desde luego han procedido a gestionar la libertad bajo fianza de sus defensos."

Cualquiera que haya conocido a Villa de cerca puede imaginarse cómo debe haber recibido la noticia de la frustración de este asesinato... años después dijeron gentes de Canutillo, que poseído de cólera infernal, había pasado horas sin que nadie se atreviera a hablarle; que por la noche subió en su

automóvil y en las orillas de la hacienda asesinó a balazos a su chofer, seguramente sospechando que aquel lo habría denunciado... Días después se dirigió Villa al diario metropolitano *El Universal* (21 de marzo de 1923), asegurando que Jesús Herrera pretendía asesinarlo y que además le estaba encarcelando "a sus hombres", por lo cual solicitaba garantías del gobierno...

Ante caso tan insólito, Don Jesús Herrera también se dirigió a *El Universal*, en carta de 24 de marzo de 1923, en la que dice:

"Con motivo del artículo que fue publicado en ese respetable diario, y el cual fue suscitado por una carta que le dirigió el bandolero Francisco Villa, ruégole a usted muy atentamente se sirva insertar la presente, en la misma forma que lo fue aquella, a fin de que el público pueda enterarse y dejar las cosas en el lugar que les corresponde, permitiéndome indicar a usted mis deseos a fin de que la noticia sea encabezada en esta forma:

JESÚS HERRERA TAMBIÉN PIDE GARANTÍAS PARA FRANCISCO VILLA

"Y no debe a usted extrañarle este deseo de mi parte, al parecer extraño; pero considerando que ese criminal ha perdido el juicio y en su calenturienta imaginación tiene impresa una persecución de que jamás ha sido objeto; por la sencilla razón de que se encuentra rodeado de forajidos, es de desearse que a fin de que encuentre la calma perdida, sea reducido a un manicomio en donde se considere más seguro.

"No trataré en la presente de defenderme de los cargos que públicamente me hace el asesino de mi familia, y de tantas otras de la República entera, porque todo el país está manchado con la sangre vertida por ese infame; básteme tan sólo dar a conocer el móvil que le guió a hacer tan ridículas e insensatas declaraciones a «sus her-

manos de raza», y que no fue otro que la herida profunda que sintió al ver frustrado el plan que había fraguado para quitarme la vida, pues cogidos prisioneros dos de los hombres que había enviado con dicho objeto, quiso hacerse pasar como víctima y, cual fiera herida que brama de dolor y de rabia, busca ansioso a quien manchar con su inmundicia, lanzando calumnias que sólo son aceptadas por quienes como él piensan y obran. Y gozando de impunidad para responder de los múltiples crímenes que cometió y que aún comete; y encontrándose fuera de la acción de la justicia para responder de sus actos, es imposible exigir que pruebe todo ese mamarracho que ha publicado, y lo único práctico en este caso, sería calmar su agitación febril bajo los altos muros de una casa de locos, y aún allí no sería remoto que las sombras de sus víctimas le persiguieran a cada momento, y entre esas alucinaciones, sin duda se destacaría mi persona, de quien piensa le persigue constantemente.

“Las garantías así proporcionadas a quien a gritos las pide, podrían devolverle la razón y ya en estado normal, volver a Canutillo a entregarse de una manera efectiva a sentir todos los remordimientos de que pueda ser capaz un hombre en pleno conocimiento de su vida, llena de crímenes horrendos, y esto sería más eficaz que la persecución de esos quince hombres que dice tengo pagados para que le den muerte, y que sólo existen en su mente anormal.

“Es evidente que Villa no habla ni piensa como debería, porque no puede concebirse que contando con una poderosa escolta, y pudiendo disponer a la primera indicación suya de mil hombres, entre los que con él fueron amnistiados, pueda imaginarse que mi sombra lo persiga. No pasa otro tanto con quienes en realidad somos el punto de vista de sus rencores, pues no obstante la seguridad de que quien, como yo, soy por él acechado, vivo y trabajo despreocupado y sólo sé que llegado el caso tendré que defenderme como se presente el momento, y si sucumbo como los míos, también me llevaré como ellos

la satisfacción de jamás haber transigido con ese criminal. A pesar de la incoherencia de lo publicado por Villa, puede entreverse una sola intención: el afán de congraciarse ante la opinión pública, no obstante que ésta sólo le presta atención porque es bien conocido por sus infamias, única causa de su celebridad; así pretende hacer creer que al realizar sus perversos fines, al darme muerte, con lo que dejaría en la desolación a un gran número de seres para quien soy apoyo, por los lazos sagrados de la familia, pudieran suponerse que lo hacía en defensa propia y por proteger la vida de quien lejos de proporcionar algún bien a los que le rodean, sucede todo lo contrario, pues ni sus hijos bastardos sufrirían ni moral ni materialmente su eterna ausencia, ya que a todos infunde el pavor propio de seres como él.

“Termino, señor Director, con la esperanza de que no omitiré ninguna de las expresiones que ésta lleva para el que tanto mal ha causado, y como no estoy exento de caer bajo las armas traicioneras del bandido, quiero dar a conocer parte de lo mucho que podría decirse; pero que pareciéndome siempre inútil publicarlo, hoy he tomado esta determinación para poner un poco en claro las cosas.

“Dando a usted las gracias por la atención que se sirva prestarme, me es satisfactorio suscribirme de usted afmo. atto. amigo y s. s.

Jesús Herrera Cano.”

Portavoz, el periódico de La Laguna, en su número de 31 de marzo de 1923, sábado, Año II, Tomo IV, se ocupa de este asunto, y

La Opinión, de Torreón, Coahuila, del 23 de marzo del mismo año. Año VI, Tomo XVI, publica una entrevista hecha a Don Jesús Herrera, que dice:

“México, marzo 22. Francisco Villa se acaba de dirigir a la prensa de esta capital, manifestando que desde hace un año y medio está siendo perseguido por su enemigo

el señor Jesús Herrera Cano, actual Administrador del Timbre en Torreón, de quien dice que trata de asesinarlo.

"Agrega Villa que en la actualidad está dedicándose pacíficamente a sus labores de campo, y resulta injusto lo que se está haciendo con él, por lo que solicita que se le den garantías.

"Considerando de palpitante interés periodístico el contenido del preinserto telegrama, nos apresuramos a enteravistar sobre el particular al señor Don Jesús Herrera Cano, actual Administrador del Timbre en esta ciudad, habiéndonos hecho las siguientes declaraciones textuales:

"Yo creo que Villa quiere contrarrestar el efecto que ha causado entre el público la noticia de que yo aprehendí en esta ciudad a dos sujetos que se encuentran a sus órdenes, y que vinieron expresamente a esta ciudad a asesinarme, según oportunas noticias que tuve por varios conductos, habiéndoseles reconocido, al ser capturados por las autoridades, documentos con los cuales quedó demostrado que Villa los había mandado a esta ciudad con tal objeto, y ahora echa mano del recurso de dirigirse a la prensa capitalina y a las autoridades, pidiendo garantías, con el fin de vindicarse ante los que aún creen que exclusiva y pacíficamente se dedica al trabajo honrado.

No me explico de otra manera este asunto —agregó nuestro entrevistado—, pues no resulta creíble que Villa, si tenía desde hace bastante tiempo, como dice, noticias de que yo quería perjudicarlo, hubiese permanecido callado, hasta que se descubrieron por mí y las autoridades los planes siniestros que se proponían llevar adelante sus enviados, que como ya el público lo sabe, fueron el general José García, de Ciudad Lerdo, Durango, y el coronel Rosario Jiménez, quienes fueron declarados formalmente presos, por el delito que pretendieron cometer en mi persona.

"En seguida el señor Herrera nos mostró un telegrama, que copiamos más adelante, con el que queda demostrado —nos dijo—, que Villa teme persecuciones de mi parte desde que se amnistió con el actual Gobierno, creyendo que yo, tarde o temprano, voy a tomar venganza en su contra, por la muerte de mis familiares, que él personalmente asesinó.

(El mencionado telegrama aparece en la página 353)

Juzgo ridículo —siguió diciendo el señor Herrera— que un hombre que cuenta con cincuenta hombres de escolta, y que vive entre varios centenares de los que militaron a sus órdenes y que se encuentran amnistiados, pida garantías al Gobierno, más cuando sabe perfectamente que el que habla nunca ha intentado ni intentará nada en su contra, pues he pensado dejar las cosas al tiempo, porque juzgo que Villa tiene bastante con los espectros de sus inocentes víctimas, que son los que probablemente le causan los atroces remordimientos de que ha demostrado estar poseído.

"Para terminar, el señor Herrera nos dijo que en igual sentido que a nosotros ha hecho aclaraciones a los corresponsales de la prensa capitalina, en la cual han aparecido las quejas de Villa, diciendo que se quiere atentar contra su vida por el señor Herrera, agregando que lo que acontece, es precisamente lo contrario, como quedó plenamente comprobado con la aprehensión de sus enviados."

POLÍTICA... TODO POLÍTICA

El periódico *El Universal* publicaba las cartas y quejas de Villa; pero se negó a publicar la carta de Don Jesús Herrera; en cambio, Félix Palavicini, el Director, envió hasta Canutillo a sus reporteros, como ya se ha dicho en páginas anteriores, para publicar unciosamente las declaraciones de Villa; la realidad era que Palavicini, enemigo jurado de Obregón, veía con simpatía la ya muy próxima alianza de Villa con Adolfo de la Huerta, para pelear en contra de Álvaro Obregón, a la hora del cambio de poderes... así es en nuestro México... política... todo política, palabra fatídica que sirve en nuestra patria para disimular todas las vilezas... por política, con miras futuristas, Adolfo de la Huerta "amamantaba" en Canutillo al que pronto iba a ser su "caudillo" en el Norte, seguido inmediatamente por los miles de facinerosos que con él se habían amnistiado, y por los miles de "desheredados" que hacía cuatro años no recibían el beneficio de los saqueos, máximo atractivo con que se habían sostenido sus hordas durante años... Al estallar el delahuertismo los jinetes de Canutillo habrían caído como aluvión sobre la siguiente generación de sus víctimas; la sangre inocente de millares de niños, de mujeres y de hombres indefensos, habría nuevamente empapado las más humildes rancherías y pequeñas ciudades chihuahuenses... verdugos e intelectuales habrían justificado la matanza: "enemigos de la causa..." y nada más... Una nueva hecatombe se avecinaba para la sufrida provincia mexicana para diciembre de 1923.

En la estación de Parral, una tarde Villa había externado el gozo que llenaba su ánimo:

—Me siento ya volviendo a comandar 40 mil hombres... —y en Canutillo se fabricaban millares de bombas, sólo que el destino resolvió de otra manera aquella situación:

En auténtica y estricta defensa personal Melitón Losoya, Jesús Salas Barraza y sus hombres, cambiaron el curso del destino en la mañana del 20 de julio de ese mismo año.

A propósito de la entrevista que obtuvo *El Universal* en Canutillo, el licenciado Nemesio García Naranjo, entonces director del diario *La Prensa*, en San Antonio, Texas, escribió el artículo que a continuación se transcribe, y del cual el señor Jesús Herrera mandó a imprimir miles de copias y cientos de ellas se las envió a Villa, a Canutillo:

“Julio de 1922.

”EL COLMO DEL CINISMO

”El *Universal* tuvo la ocurrencia de enviar un reportero a Canutillo, con el objeto exclusivo de entrevistar a Francisco Villa, y el connotado bandolero se dignó hacer declaraciones sobre asuntos militares y políticos, sobre el cultivo de la papa y el cacahuete, sobre la educación del pueblo y el problema agrario. El asesino de Benton habló con orgullo de sí mismo como caudillo, como constructor y hasta como moralista. El *Universal* recogió unciosamente las palabras del empedernido criminal y las publicó con grande escándalo. He aquí la exhibición de dos colmos: en Villa, el colmo del cinismo y en el diario de Palavicini, el colmo de la estulticia e imbecilidad. A cada instante el forajido dice sentenciosamente: así se resuelve el problema de la tierra; así se obliga a las gentes que sean aseadas; así se defiende la Patria. Y luego, como si el tono jactancioso que emplea para hablar de arduas y difíciles cuestiones no fuese suficiente para provocar náuseas, el bandido se presenta a la sociedad mexicana como un apóstol inmaculado, digno de ser imitado por el pueblo. Con la mayor desfachatez exclama: ¡Si todos los

mexicanos fuesen como yo!... ¿Y las víctimas del antiguo Doroteo Arango?, ¿qué sentirán cuando palpen en lugar del castigo, una insolencia descarada que se atreve a gritarles: **Imítense**, porque yo soy la pureza y la virtud?... Apenas se concibe que un delincuente, no conforme con la impunidad de que disfruta, lleve la impudicia al extremo de presentarse como modelo al mismo pueblo que sumió en la abyección y en la ruina.

”¡Y el Gobierno!... ¿Hasta cuándo pone en el hocico de ese orangután la mordaza que exige el decoro de la nación?... ¿Hasta cuándo se va a tolerar que ese descalificado internacional vierta el descrédito e impudor sobre la Patria? Las declaraciones de Villa salen de México y provocan por donde quiera los más sórdidos e infamantes comentarios. Lo menos que un extranjero puede pensar es lo que sigue: «¿Cómo es posible que los mexicanos, no conformes con no tener amarrada y enjaulada a esa bestia de circo, le permitan actitudes de altruista y evangelizador?... ¿Qué clase de pueblo es el que tolera que un pájaro de cuenta le dé cátedra de justicia y moralidad? Y luego... ¿Cómo habla Villa de su personalidad política, del amor que le tiene al pueblo, de su fuerza, de su prestigio para llegar a donde quiera!... No lo contiene su humildad, sino la palabra que le dio a Fito de la Huerta, de no moverse mientras dure el periodo presidencial de Obregón. ¿Y después?... Ah, ¡después estará listo para ir a donde sus amigos lo quieran llevar!... En otros términos, el bandolero anuncia con desvergüenza inaudita su próxima resurrección.

”Y Villa enseña con orgullo los caballos, los rifles, las ametralladoras que le ha dado el Gobierno. Con dinero del pueblo se ha estado alimentando desde hace dos años a una partida de trogloditas que en plazo no muy lejano van a caer como turbión maldito sobre la sociedad. La hacienda de Canutillo no es el premio de una sumisión perpetua sino de una espera de cuatro años. Después de este término, el bandolero se volverá a presentar con nuevas exigencias a la nación. ¿Tendremos para entonces

otro «Fito» de la Huerta que le regale un nuevo Canutillo, para obtener el refrendo de su tranquilidad? La sociedad debe llenarse de alarma: el bandido está condensando en Canutillo las fuerzas destructoras del futuro de México. Hoy no roba, porque el Gobierno se encarga de cubrir sus necesidades. En lugar de tenerle que decir a individuo por individuo: «La bolsa o la vida», es más fácil enfrentarse con el Gobierno y exigirle: «Tus fondos o la revolución»... La vida en la (su) hacienda no ha suavizado sus modales ni su vocabulario. El reportero que lo «entrevistó» dice que sus ojos continúan inyectados de sangre y que camina rengueando como animal herido. Habla con desprecio de todos aquellos que no son tan brutos como él. Dice, por ejemplo, de los militares que no son «Dorados» que son «soldaditos de plomo» y llama «políticos de petate» a los que se atreven a anunciar sus próximos e inevitables estallidos. Las fotografías de él son elocuentes: en ellas exhibe su mirada torva de siempre, y su misma jeta suelta que es un desbordamiento de impudor, osa hoy hablar de paz y de fraternidad, a las víctimas a quienes debería pedir perdón.

"Allí está el bandido, lleva en el alma el volcán presto a hacer erupción: Don Adolfo de la Huerta no apagó el cráter: lo dejó preparado cándidamente para próximos estallidos. No liquidó las exigencias de la insurrección, las dejó latentes con réditos acumulados para el futuro. No salvó al pueblo del bandolerismo: amamantó a los facinerosos amorosamente, para que cayeran sobre la próxima generación. No puso a Villa debajo de la sociedad, sino a la sociedad debajo de Villa. Por eso el bandido toma actitudes de protector, se yergue altaneramente sobre su impunidad y habla con desenfado de su porvenir. Está soberbio, crecido y listo para lanzarse de nuevo a su vida devastada de crímenes y tropelías. Y no se resolverá el problema de Villa, sino cuando el Gobierno reaccione hacia el sentido común. Que cuando él diga jactanciosamente: «No entro en política porque así se lo prometí a Fito de la Huerta», haya un verdadero Gobierno que le

responda lo que sigue: «Bandido, no entras en política porque no mereces entrar siquiera en un presidio, lo que te corresponde es el patíbulo, que te está aguardando desde hace veinticinco años...»."

MELITÓN LOSOYA

La hacienda "La Cochinerá", propiedad de Melitón Losoya, colinda en una parte con "El Porvenir", propiedad de Ramiro Reyes quien estaba invadiendo terrenos de la primera, por lo que había un serio disgusto entre ambos propietarios. Reyes, queriendo intimidar a Losoya, puso el caso en conocimiento de Villa, quien invitó a los rijosos a que pasaran a Canutillo a "hablar con él", dizque tratando de que llegaran a un entendimiento. Ya allí, les propuso que utilizaran los servicios de un ingeniero para que les hiciera el "deslinde"... Melitón contestó que él no necesitaba que le deslindaran tierras que siempre había poseído y que tampoco tenía dinero para pagar ingenieros... Entonces Villa le ofreció prestarle dinero, a lo que enérgicamente se opuso Melitón; pero sus insistencias fueron tantas y tan marcadas que acabaron por despertar la malicia de Melitón. Todo lo más meloso posible se expresaba Villa para lograr que Losoya aceptara su oferta, y por último, lo hizo pasar a una de las habitaciones de la hacienda en donde, levantando un colchón que tenía sobre una cama de "mala muerte" le mostró el dinero que allí tenía; luego, tomando una bolsa de lona puso dentro mil pesos y se los entregó... Losoya tomó la bolsa y serenamente, disimulando toda sospecha, se despidió de Villa, quien salió con él hasta la puerta en el momento en que acababan de llegar los señores Alfredo Chávez Amparán y Rodrigo Chávez Máynez, a quienes también saludó Melitón, quienes le dijeron:

—¡Ah!... Cómo lleva dinero don Meli...

—Sí, mucho dinero —les contestó éste y partió, pero ya con la decisión hecha en su mente de no regresarse a "La Cochinerá" por el camino ordinario, sino que, haciendo un rodeo por la

sierra del Oso (o sierra Candela) tomó el camino para su casa... En una cuesta, entre Rosario, Durango y "La Cochinerá" se quedaron esperando a Melitón los hombres que Villa había mandado para que lo asesinaran con el plan de que en las averiguaciones que habrían de venir se hiciera aparecer como "robo" el móvil del asalto.

Días después confirmó Losoya sus sospechas, cuando una tarde, estando en la estación de Parral, se acercó a él un capitán de los de Villa, quien le dijo que ese mismo día tomaba el tren para Estados Unidos, que iba prófugo de Canutillo en donde ya no podía permanecer por la "ojeriza" que Villa tenía hacia él desde el frustrado asalto, uno de cuyos "asaltantes" iba a ser el propio capitán... Pasaron uno o dos meses después de aquello y fue entonces Don Felipe Santiesteban, quien seguramente tendría asuntos o negocios con Villa, porque hablaba mucho con él e iba a Canutillo frecuentemente, quien dijo a Melitón que Villa quería hablar nuevamente con él, allí en Parral. Melitón se hizo el desentendido pero Villa, que con tanta frecuencia estaba en Parral, insistió ante Don Felipe y éste ante Melitón, a quien por último le dijo que "ya el general" estaba enojado porque no lo atendía... A la última insistencia le respondió:

—Muy bien, ahorita mismo voy a ver a "su general", ¿dónde está...?

—En la barbería de Monárrez; en este momento se está afeitando...

Rápido se regresó Losoya a su casa y "se fajó su pistola". Se dirigió a la mencionada barbería a donde entró golpeando ligeramente el hombro de Villa al mismo tiempo que lo saludaba y le decía que estaba a sus órdenes para hablar... Villa se sorprendió y se malhumoró y citó a Melitón a su casa (en la calle Juárez, casi en las afueras de Parral). Allí fue Losoya unas horas después, en donde lo encontró platicando con Don Francisco Rueda Quijano, de quien se separó para hablar con Melitón, a quien se dirigió de mala manera, enojado, medio regañándolo y exigiéndole que le pagara los mil pesos (aquellos mil pesos del frustrado asalto). También ásperamente le contestó Melitón, asegurándole que pronto le devolvería su dine-

ro, pero marcándole el alto a la manera como lo trataba y deslizándolo su mano rumbo a la pistola... La entrevista fue breve y Melitón salió de la casa mirando de reojo a ambos lados, porque suponía que alguna trampa le tenía preparada Villa y siempre creyó que la presencia del señor Rueda Quijano había cambiado los planes. Al salir a la calle y tener que dar la espalda a la casa, platicaba años después Melitón, al caminar tenía la sensación de que no tocaban el piso sus pies... allí, mentalmente y con decisión inmovible, decidió "lo que iba a hacer"

Salió a Durango, habló con el general Jesús Agustín Castro, Gobernador del Estado, le habló de "su proyecto"... Castro le contestó que él no podía ayudarlo porque Villa era "el niño mimado" de Adolfo de la Huerta, que la semana anterior había estado el propio Villa en la ciudad de Durango maltratando a los empleados, porque le cobraban las contribuciones de la hacienda...

Tremendamente contrariado Melitón se regresó a Parral, allí trató su asunto con el licenciado Antonio Sarabia, hombre de talento y de valor que siempre había repudiado a Villa; el licenciado le tendió ambos brazos y lo estrechó emocionado y afectuoso, le ofreció toda su ayuda, y aún le obsequió 800 pesos para que hiciera el viaje a México que Melitón tenía en perspectiva para exponer su proyecto al general Obregón, con quien logró entrevistarse, después de vencer un sinnúmero de obstáculos... Obregón le dijo "que no"... y fuertemente disgustado quiso entonces recurrir a ¡Adolfo de la Huerta! El primer día que se presentó en la oficina de este Ministro no ocurrió Don Adolfo a sus labores. Desesperado Melitón se paseó durante horas a lo largo de su oficina y observándolo la secretaria le decía:

—Dígame a mí, señor, qué asunto trae con el señor de la Huerta... yo le paso a él su recado...

—¡No señorita, a usted no tengo nada que decirle... yo tengo que hablar con el Ministro!...

Terminadas las horas laborables Melitón se retiró, pero al día siguiente regresó de manera de ser el primer solicitante de entrevista y para mayor asegurarse de lograrla se plantó en

la puerta de entrada del privado y se asió de la perilla de la cerradura:

—Ahora sí hablo con Don Adolfo —le decía a la secretaria—. Aquí me voy a estar y en llegando el Ministro, yo entro aunque ni usted ni él me autoricen...

Sonreía la secretaria seguramente sorprendida de aquellos modales desusados en el medio metropolitano... pero ya no insistió en saber cuál era el asunto de tan empeñoso solicitante... Pero el Ministro tampoco ocurrió ese día a su oficina... ¡Y aquí es cuando se dice que se operó un milagro... porque si logra Melitón hablar con De la Huerta, no solamente se hubiera deshecho el proyecto de Losoya, sino que las intenciones de Villa hacia Melitón se hubieran precipitado... Contrariado en extremo y con pésimo humor se regresó a Parral, y a quienes estaban en su secreto con sumo disgusto les decía que Obregón no lo había autorizado, y no bastaban a convencerlo las razones que sus amigos le daban de que siendo Obregón Presidente de México no podía haberlo autorizado.

OTRA VEZ DON JESUS HERRERA CANO

Mientras tanto, en Torreón, un día en que estaba comiendo Don Jesús Herrera Cano, le avisan que dos hombres lo buscan; baja y recibe a los dos individuos en su oficina privada, empiezan a hablar y uno de ellos, de cuyo nombre lamentablemente jamás pudo acordarse y del que únicamente recordaba que tenía una gran cicatriz en toda la mejilla izquierda, le dijo:

—Don Jesús, venimos a matarlo por orden de Villa...

—Bien —les dijo el señor Herrera, que tenía su pistola dentro de la caja fuerte—, procedan...

—¡No! —dijo el mismo hombre—; sólo hemos venido a decirle que se cuide usted, porque ese asesino de Canutillo no descansa... no tiene cuándo llenarse de sangre; cuídese usted, Don Jesús... nada más a eso hemos venido...

—Ah... pues muchas gracias —dijo el señor Herrera, pretendiendo sacar la cartera para gratificar con dinero aquella acción.

—No —volvió a decir el mismo hombre—. No necesito dinero. Mire —y sacó un fajo de billetes—. Nada más he venido a prevenirlo a usted, porque yo no puedo olvidar a mi general Maclovio; su hombría, su ejemplo, etcétera.

Los dos individuos se fueron y según dijeron pretendían cruzar la frontera y pasar a los Estados Unidos, pero uno o dos días después, al hacer alto en Villa Ahumada (cerca de Ciudad Juárez, Chihuahua), cayeron asesinados...

JESÚS SALAS BARRAZA

Éste, cuyo nombre estaba en la "lista" que les fue recogida a los enviados de Villa para asesinar al señor Herrera, se trasladó a Parral y se reunió al grupo de Melitón, cuando el ánimo de éstos había decaído por la larga espera y por las muchas dificultades que habían tenido que vencer... Salas Barraza llegó y les infundió ánimo. La semana anterior al 20 de julio de 1923 le fue entregado un rifle nuevecito, americano, que inmediatamente "caló"; ese rifle lo disparó el día 20 y a los primeros disparos se encasquilló.

—¡Sigue con la pistola!... —le gritó Melitón que se percató del suceso—. ¡Pronto, ánimo!... sin desmayar... Adelante... Adelante...

Así fue como aquella mañana del 20 de julio de 1923, a las 8:20 de la mañana, Parral se estremeció con la noticia (que ya medio Parral esperaba), de que Villa con tres de sus hombres había caído abatido a tiros, allí mismo en Parral; voló la noticia de boca en boca y la gente ocurrió al lugar del suceso, para cerciorarse de la veracidad de tal nueva.

Efectivamente, yerto, dentro de su automóvil Dodge, yacía el cuerpo de Francisco Villa y a su lado, medio cuerpo hacia afuera, pues parece que al oír los disparos trató de salir del vehículo, estaba muerto también su secretario Miguel Trillo; en el asiento trasero, sin vida también, tres de su escolta...

Se había escapado uno, precisamente el verdugo que tenía Villa en Canutillo en esos días, apellidado Contreras. Años después platicaba Melitón que aquel 20 de julio de 1923, ya en los momentos de retirarse él y su gente del lugar de los acontecimientos, vio él ir a Contreras rumbo a los árboles del río y entonces, decía Melitón:

—Me hiqué a media calle, apoyé el rifle sobre mi brazo firme sobre mi rodilla; Contreras iba despacio, herido; con toda la calma de mis años mozos apunté... disparé... una vez... otra... otra vez... ¡y no le dí...!

Entre los incontables obstáculos que se presentaron a Melitón y a sus hombres para organizarse convenientemente, estuvo el de la escasez de rifles adecuados para el hecho que iban a ejecutar... ayudándolos en esto el señor Gabriel Chávez (y otros como don Eduardo Ricaud, los señores Barraza, etcétera), envió el señor Chávez un recado a los jóvenes Tinajero solicitándoles sus rifles americanos (de los que usaba el ejército americano en esos años), diciéndoles que los necesitaba para una cacería... los jóvenes Tinajero (Salvador y Guadalupe), accedieron con la mejor buena voluntad a la petición de Gabriel y cuando el 20 de julio de 1923, entre los curiosos al lado del automóvil lleno de cadáveres, estuvieron ellos también, les causó extrañeza encontrar a los lados cartuchos "iguales a los que ellos usaban con sus rifles..."

Con el asombro pintado en el semblante Lupe Tinajero externó unas palabras mientras recogía los cartuchos quemados; pero pronto Salvador con ademán violento lo hizo callar, y mirándose fijamente uno a otro, en silencio, comprendieron la explicación que en aquellos momentos entendían de la solicitud que para facilitar sus rifles habían recibido del señor Gabriel Chávez. Días después, al devolver las armas prestadas, Don José Tinajero entre carcajadas, gritos y ademanes, decía con fuerte voz:

—Ah... qué cacería... ah... qué cacería tan efectiva... quién nos hubiera dicho, cuando trajimos nuestros rifles de El Paso, para qué cacería iban a servir... ¡Ah, pero qué cacería...!

Había sido Parral tan atormentado por tantos años, estaba el sistema nervioso de todos sus habitantes tan excitable, que la noticia de que Villa desaparecía hizo que nuevamente la zozobra y el temor renacieran como en los días en que se sentía la proximidad de un combate: volvieron por una noche o más la angustia y el horror; se decía, se esperaba, se creía que los hombres de Canutillo se vendrían sobre Parral a hacer nuevas matanzas de gente inocente...

Sólo las gentes más viejas, los más sabios, sólo los abuelitos decían con la más absoluta serenidad:

—No, hijos; ya no se aflijan más... se acabó el perro... se acabó la rabieta...

SE LES PONCHARON TODAS

La autora de estos relatos recibió la noticia de labios de Enrique Muñoz Mora, quien con el color de su cara completamente descompuesto llegó y habló por una ventana... Se resistía el ánimo a creer noticia de tal magnitud y para convencernos decía Enrique casi a gritos:

—Ya lo mataron... yo lo vi... te digo que lo vi... veníamos Marta Gómez Salas, María Dolores Esperón y yo de la huerta de Botello, cuando vimos pasar un automóvil y dijimos: "Allí va Villa..." luego se escuchó un disparo y dijo Marta: "Bah... se les ponchó una llanta..." luego muchos, muchos disparos más, y añadió Marta: "Bah, se les poncharon todas..."

No es necesario tratar de describir la tensión electrizante, así podría decirse, de toda la pequeña ciudad de Hidalgo del Parral, y después, de toda la región cuando la noticia cundió: "VILLA HABÍA SIDO EJECUTADO POR UN GRUPO DE VALIENTES", horas después comentaban los parralenses:

"abrió tamaños ojos cuando vio él llegar su fin frente a los cañones de los fusiles a boca de jarro... porque no es lo mismo ver morir que cuando a uno le toca..."

El primer impulso de quien estas líneas escribe, al regresar del "lugar del suceso", fue llevar la noticia a Doña Josefita Solís de Losoya. Corrí a su casa, vecina de la nuestra. Por la ventana la llamé a media voz, pero alarmantemente... (¡pobrecita señora!), su tensión nerviosa contenida por tan largos meses de angustiosa espera, hizo que en aquel momento estallara en lágrimas...

—Déme razón de Melitón, ¿cómo está, cómo salió...? — fue su primera pregunta.

—Perfectamente —le contesté—, todos salieron en sus caballos por el rumbo de la huerta de Botello, solamente Jesús Salas Barraza se devolvió y allí está en estos momentos al lado del automóvil de Villa, entre los curiosos...

Melitón, yerno de Doña Josefita, era en realidad, uno de sus hijos por el enorme cariño que siempre le tuvo; era Doña Josefita modelo de madre mexicana, tierna y cariñosa y a la vez enérgica; su excepcional buen carácter fue sin duda la base para que la familia Losoya fuese un modelo de unión y de armonía. A casa de Doña Josefita llegaban frecuentemente familiares lejanos y amigos que tenía en gran número por la rica región de Guinaceví, de Río Sestín, Durango, etcétera. Su casa siempre estuvo abierta para todos ellos y su mano y consejo siempre listos para brindar generosa ayuda... Aquella mañana del 20 de julio de 1923, Doña Josefita no podía dominar su alteración nerviosa y lloraba... y apenas con monosílabos comentábamos el suceso... ella y yo teníamos el mismo pensamiento...: "Si la ejecución hubiese fallado... qué habría sido de todos nosotros... qué habría sido de tantas familias... qué habría sido de tantos niños... de tantos inocentes..."

Pero no; hacía ya unos minutos que el alma (¿el alma?) de aquel ser extraño, cuyas infamias llenaron de un confín a otro el suelo mexicano, había salido ya de este mundo y caminaba por regiones desconocidas... ¿hacia dónde...? ¡Sólo Dios lo sabe...!

SALAS BARRAZA

Melitón y sus hombres salieron de Parral por un lado de la huerta de Botello; tenían sus caballos en el corral de la casa del señor Guillermo Gallardo a unos cuantos metros del lugar en donde yacían Villa y sus hombres. Jesús Salas Barraza se regresó inmediatamente, apenas después de cruzar el río y fue de los "curiosos" que estuvieron al lado del automóvil de Villa minutos después... Salas Barraza tomó del brazo a una persona que observaba los cadáveres, persona que estaba en "el secreto" y le decía:

—Mire nada más... pobrecitos... los hicieron pedazos... pobrecitos...

(El resto de curiosos no articulaba palabra).

La autopsia se les practicó a los cuerpos esa noche del día 20 y al día siguiente en la tarde fue el sepelio en el cual ni siquiera la gente del pueblo participó, ni hubo contingente alguno de todos aquellos cuatro o cinco mil hombres que estaban listos para haberlo seguido al levantarse en armas con el delahuertismo, meses más tarde. Ni los agradecidos de los "saqueos" se presentaron a rendir postrer homenaje a su "protector"... En el sepelio iban unos soldados de la gente del coronel Lara, jefe de la guarnición de Parral en esos días, quienes a la hora de los sucesos del día 20 "estaban haciendo gimnasia" en una estación llamada Maturana, rumbo a Jiménez... Las oraciones fúnebres corrieron a cargo de:

DON JOAQUÍN VILLALVA

Hombre ya de edad sumamente simpático, gerente del único cine que había en Parral en esas fechas. Entre las actitudes que le abonaba la opinión pública a Don Joaquín, estaba la que tomó con motivo de los galanteos que le prodigaba a una de sus hijas un individuo sumamente perverso, una especie de Don Juan, casado, a quien Don Joaquín llamó la atención

en forma enérgica, previniéndolo que de insistir en su actitud hacia su hija procedería él en otra forma. El galanteador no tomó en serio la advertencia, seguramente considerándose él un joven y a Don Joaquín, de presencia endeble y casi viejo, incapaz de ninguna defensa drástica para su hija; por lo que una noche, al aproximarse a rondar su casa el enamorado, Don Joaquín hizo uso de su pistola, descargándola desde cierta distancia lo que impidió, seguramente que ni siquiera resultara herido el pretendiente, afortunadamente, pero sí puso pies en polvorosa, huyó como gamo y hasta de Parral se ausentó para siempre. Era Don Joaquín hombre de ideas muy liberales, muy revolucionario y anticlerical en grado sumo, y como el cine está precisamente frente a la iglesia parroquial, con mucha frecuencia, mientras iba y venía por la banqueta del cine con pasos lentos y acompasados, con los brazos cruzados en la espalda, rezongaba en voz baja criticando los actos que se llevaban a cabo en la iglesia...

Un "Miércoles de Ceniza" mientras entraban y salían cientos de mujeres con la marca de la ceniza en la frente Don Joaquín se pasó horas y horas, dando vuelta en su banqueta y diciendo con un sonsonete:

—A mí no me tizna el cura... ni en Miércoles de Ceniza...
A mí no me...

La tarde en que pasaron rumbo al panteón con el sepelio de Villa, con motivo de que unas bandas militares iban tocando las marchas acostumbradas. Don Joaquín montó en cólera y con el rostro encendido decía toda clase de maldiciones y accionaba en su desesperación por su imposibilidad para suspender aquel formulismo que en su concepto y en el concepto de todo Parral, además de no corresponder en tal sepelio, era innecesario.

DON JERÓNIMO SOTO

Había sido uno de los parralenses cuyas espaldas habían sido destrozadas en noviembre de 1916 por los verdugos de Villa que se sucedían uno y otro sobre la misma víctima, a

golpes de sable, según ha quedado relatado en páginas anteriores... Don Jerónimo, simpático, campesino cien por ciento norteño, se apostó en la avenida Independencia en una altitud frente al monumento a Hidalgo, rumbo a la antigua plaza Zaragoza, y cuando pasaba el sepelio también él igual que el señor Villalva, con palabras rurales y gruesas aumentó los honores que las bandas de guerra ejecutaban.

EN LA CIUDAD DE MÉXICO

En los periódicos diarios apareció la opinión que de la noticia de la muerte de Villa daba el Presidente general Obregón:

—¡Qué pena, que en México todo se resuelva a balas...!

El general Calles no sintió ninguna necesidad de ocultar su alegría por el suceso y sonriente comentó el caso todo el día. Sólo Adolfo de la Huerta "colgó el pico" según comentaba, entre carcajada y carcajada, días después Melitón Losoya.

Así acabó su vida aquel ser extraño. Rara historia de un criminal que se une a las ansias libertarias de todo un pueblo y que ni el trato con los revolucionarios, ni el contacto con la naturaleza lo hacen modificar sus instintos. La ciencia de la siquiatria, tan adelantada en la actualidad, podrá encontrar la explicación quizás, de sus horrendos actos; le aplicarán el calificativo de epiléptico, esquizofrénico, o el que les parezca... pero lo cierto fue que desde sus tiernos años, con su completa lucidez, o con lucidez a medias, en su espantosa vida no hizo otra cosa más que delinquir en todos los órdenes, valiéndose en muchas ocasiones de la más asombrosa y refinada hipocresía para hacer caer a sus víctimas en sus garras.

El grupo de hombres norteños que se comprometieron a llevar hasta el final aquel suceso fue solamente "la mano armada", "la mano ejecutora", porque de hecho al menos medio Parral estaba esperando día con día ese resultado: en el almacén "Las Fábricas de Francia", propiedad de Don Eduardo Ricaud, celebraban sus juntas frecuentemente a fin de tomar

decisiones; muchos parralenses observaban los muchos viajes de ida y regreso a estación Rosario, Durango, de Melitón Losoya y de sus compañeros, llamando también la atención este grupo que ocupaba frecuentemente los diversos mesones para guardar sus caballos; pero cuando alguien en voz baja trataba de insinuar "algo" su interlocutor inmediatamente murmuraba:

—Ssssiht —poniendo su dedo sobre los labios en señal de:

—¡¡Cállate...!!

¡Héroes...! (porque expusieron sus vidas y las vidas de sus familiares...) Melitón Losoya, Jesús Salas Barraza, José Barraza, Juan López Sáenz Pardo, José Sáenz Pardo, Librado Martínez, Ruperto Vara, Román Guerra, José Guerra... ¡Benefactores de Parral...! Sus nombres deberían quedar grabados en una modesta placa y colocada ésta en lugar principal en Parral, con una sencilla, pero elocuente leyenda que dijera más o menos así: "Humildes héroes, hombres completos, que expusieron sus vidas y las de sus familiares, en noble impulso de heroísmo que libró a Hidalgo del Parral y a su comarca, libró a cientos de humildes campesinos de la región, libró a la Patria Mexicana de los impulsos sanguinarios, jamás satisfechos, de un monstruo." (La Patria agradecida.)

APENDICE

**Este libro será publicado en inglés
próximamente en los Estados Unidos.**

En el mes de marzo de 1984 tuve el honor de ser invitada a participar en un programa de televisión en la ciudad de México, intitulado “Contrapunto”. El tema a tratar fue **¿Villa, bandido o caudillo?**

Creo que sinceramente fue la mía la única voz íntegramente veraz, concretándome a decir “la verdad” y nada más que “la verdad” acerca de la vida de Doroteo Arango (a/) Francisco Villa. El resto de los participantes opinaron influidos por el cúmulo de mentiras, de fantasías y de demagogia que por años y en diversas publicaciones han propalado individuos carentes de moral que prostituyen la libertad de expresión que la Constitución les garantiza, falseando por completo la realidad de acontecimientos revolucionarios y haciendo aparecer como seres de valer a monstruos que destrozaron a la Patria. Ha contribuido mucho también a derramar tales mentiras el cine nacional que califica de “películas históricas” a filmes en los que se invierten completamente los hechos y la conducta de individuos que por malhadada circunstancia tomaron parte en la lucha armada de 1910; y esas presentaciones filmadas hacen muy fuerte impacto en la mente, sobre todo de la niñez que considera que al contemplarlas ha recibido “una lección fidedigna de nuestra historia”. Esto constituye un crimen de lesa Patria.

En esta propaganda de los ayer vencidos y hoy surgidos cínicamente de la derrota, se cuentan desde las fantasías de un novelista cursi y andrófilo, hasta las así llamadas “películas históricas”.

De las otras seis personas que completaron el grupo de participantes en dicho programa cinco fueron seleccionadas

entre la gente adicta o engañada por la terrible influencia de la propaganda desatada precisamente desde que se fraguó la aberrante "unidad revolucionaria", lo que constituyó una costosa equivocación. Por esta puerta abierta, los hasta entonces acobardados o avergonzados villistas, entraron en tropel a mancillar a la Revolución Constitucionalista, con resultados insultantes para degradar la importancia de los auténticos soldados de la causa y enaltecer a los reaccionarios contra los que se había combatido para hacer realidad los postulados que consagra la Constitución de 1917 (la Constitución más avanzada en el mundo de aquellos días).

No tuve a mi propósito más que un arma, que fue relatar mis testimonios. Hechos vivos y palpitantes que han quedado para siempre grabados en mi recuerdo. Contra la fantasía o la mentira, la Verdad con todo su trágico realismo. En contraste, el resto de los participantes fueron, en su mayoría, partidarios de Villa, con excepción de uno que no fue tan parcial como el resto (general Luis Garfias M.). Aun así, no obstante la abierta parcialidad al escoger a los participantes, el resultado fue adverso a la glorificación de Villa: el balance apuntó decididamente a favor de mi exposición. La misma televisión y canal correspondiente ha estado exhibiendo en sus pantallas la gran cantidad de cartas y mensajes telegráficos recibidos, así como también reproduciendo los telefonemas, que con sólo algunas lamentables excepciones donde campea la ignorancia y la vulgaridad todos han sido laudatorios a mi participación, declarando en muchos casos que, ante la evidencia de mi aserto, "han salido de la confusión mantenida por lecturas y pantallas, con los más indignos propósitos de engaño y mistificación". La verdad es que no se habían imaginado ni los promotores ni el público la sorpresa que mi exposición les iba a causar. De esta copiosa respuesta pública de solidaridad moral, sólo unas cuantas opiniones inserto en esta ocasión, como la vehemente, lúcida y magnífica colaboración periodística que en *Excélsior*, el día 9 de julio de 1984, tuvo la eximia escritora mexicana doña Margarita Michelena.

Por su parte, el general Luis Garfias M., pese a su desleída actitud para el personaje, dio con su innegable calidad de historiador y perito académico castrense las pruebas de la incapacidad estratégica de Villa, al hacer un análisis exacto de las batallas en que éste participó, principalmente en las conocidas como "batallas de Celaya", que por los elementos humanos, el dinero y el armamento donado por el imperalismo yanqui o por algunos banqueros de Wall Street, y aun considerando su incompetencia, con tales elementos Villa no debió perder. Villa no debió perder una sola batalla. Pero Villa perdió cuantas dirigió personalmente. La suma de sus derrotas es muy superior a los éxitos obtenidos por sus mejores generales. ¿Cómo puede uno explicarse la imagen favorable que la gente tiene de la pericia militar de Villa? La respuesta está en la campaña que William Randolph Hearst hizo para exaltarle, haciendo de él una figura legendaria. La cadena periodística más grande del mundo, la corresponsalía absoluta de los mejores diarios de la tierra, estuvieron manejados por el nefasto William Randolph Hearst, latifundista y banquero quien, desde 1914, puso toda su fuerza publicitaria, su influencia política en dar a conocer por todo el orbe la mentira de un "ente admirable" que llevó el nombre de Francisco Villa, fabricado por su imaginación y su maldad. Este extranjero anti-mexicano, que en unión de sus representantes abogó siempre por la invasión del ejército norteamericano a México, ante la derrota absoluta de Villa como soldado de la reacción, fue quien fraguó la entrada de los villistas al indefenso pueblito de Columbus, a donde el cobarde Villa no se atrevió a entrar y sólo envió a sus "muchachitos". Una maniobra diplomática de Carranza convirtió lo que iba a ser la guerra total en un disimulado paseo vacacional de Pershing y sus estudiantes de West Point sin, en forma deliberada, tener jamás contacto con el bandido.

Y sin embargo, el que originó todo este caos, esta matanza, salió siempre ileso de las batallas. Su cobardía lo protegió. Todos sus desalmados "puntales" (Fierro, López, el "mochachos" Baudelio Uribe, etcétera), todos fueron muriendo, y

los Jefes Constitucionalistas mal heridos: los generales Murgía y Hill, el general Obregón mutilado, Diéguez atravesado por muchas balas. . . solamente el originador de aquella matanza no recibió jamás en las batallas ni un rasguño porque por “precaución” jamás se acercaba a las balaceras y por lo mismo no se expuso a entrar personalmente a Columbus, no siendo sino cuando huía por San Andrés o Guerrero que una bala le tocó una pierna, cuando la gente de José Cavazos iba en su persecución.

Los insurrectos que compusieron el primer brote anti-Revolucionario en Chihuahua, capitaneados por Pascual Orozco, exhibían en sus sombreros una cinta roja en donde se leían las palabras: “Tierra y Justicia”, y algo igual o semejante exhibían los zapatistas, los que por años constituyeron en el sufrido estado de Morelos un problema que parecía sin solución, pero la traición de Villa a la Revolución no tuvo ni eso, ni tan siquiera un lema que exhibir: su objetivo fue sólo el de asesinar y robar, el mismo que tuvo desde antes de la Revolución.

La traición de Villa a la Revolución costó un millón de vidas y hogares desolados, país en ruinas, miseria, abandono, dolor. En el programa de televisión exhibí la situación dantesca de nuestro país: la crueldad de Villa lo destrozó, lo llenó de tumbas y orfanatorios, dejó miles de viudas, saturó de sangre y lágrimas campos y ciudades, asesinó sacerdotes, gente inocente, mujeres y niños. Todo esto no obstante los Tratados de Teoloyucan de 1914 que habían puesto fin al movimiento armado revolucionario y el país reclamaba paz y justicia. Como consecuencia, la nueva Constitución que debió promulgarse en 1914 tuvo que posponerse hasta 1917.

El doctor Arturo Langle Ramírez, participante en el programa “Contrapunto”, con manifiesta alegría se refirió a la escultura en que el artista Julián Martínez “inmortalizó” (así dijo el doctor) a Villa, y en la entrevista que al escultor hizo Televisa, tanto el entrevistado como los entrevistadores se manifestaron preocupados porque las riendas de la montura se le colocaron al jinete en la mano derecha, dudando

si Villa sería zurdo. . . y es que estas personas ignoran que el propio Villa los instruye al respecto cuando, en Canutillo, al recibir al doctor Ernesto Herfter y a la enfermera, señora Pastrano, Villa les comentó al hacerles saber cuán fuerte era él que: “Yo, con esta mano la derecha he levantado cien mil seseras humanas, sin contar las que he levantado con la izquierda, porque también con la izquierda sé manejar la pistola. . .”. Decía el doctor: “Y abría y cerraba la mano derecha como imaginando que disparaba un arma. . .”, y fueron las palabras del doctor Herfter un valioso testimonio. Puede estar tranquilo el señor escultor: Villa era “ambidextro”. . . y en compañía del jinete, la inmortalidad abre sus puertas también al genial escultor. .

**CARTAS QUE APARECIERON EN LAS PANTALLAS:
“RECONTRAPUNTO”**

Marzo 26, 1984. El señor Ernesto Luján Carpio, de la ciudad de Chihuahua, nos escribe:

“Ha sido evidente la simpatía que sienten ustedes por la figura pintoresca, o aparentemente pintoresca, de Francisco Villa. Es el natural cultivo de la escuela y la influencia del medio que ustedes y tantos mexicanos han tenido desde la infancia. Es difícil desprenderse de prejuicios tan arraigados y que mueven incluso a la pasión”, y añade el señor Luján: “Villa es el ser inhumano, el sujeto criatura de la suerte, el hombre al que se le hace en ocasiones y que surge en un momento oportuno. Es así que la circunstancia obra en darle significación, pero su moral, su íntimo concepto de humanidad, njega su calidad de hombre. Lo seduce el mal, y en forma hipócrita aparenta cierta piedad, cierta inclinación hacia el bien, y a veces hasta cierta ternura. Acaso ustedes no previeron el giro maravilloso que ha tomado su programa. Muchos años de perversión educativa caen por tierra. Evidentemente se ha mostrado sobre los ditirambos vacíos y las ficciones sobrepuestas a la realidad, que fue un torpe militar, un asesino de sus propias tropas: que no supo siquiera aprovechar la fuerza telúrica que los americanos pusieron en sus manos y que sólo William Hearst hizo propaganda de su genialidad a través de su dominio en la prensa mundial. Villa es una ficción que ahora se desprende, gracias a Dios, de un pedestal de estatuas que han servido para sobornar a un pueblo de gran sensibilidad, creándole un héroe, no sólo falso, sino enemigo de los pobres, azote de los indefensos,

[392]

traidor a todo principio, a la Revolución y a la Patria. Si no, allí está Columbus, un acto igual al de Ampudia que invadió, éste sí, territorio americano, matando americanos para que se desataran los sucesos trágicos de 1847 perdiendo el territorio. Carranza, y en documento hallado de 1868, obliga a Pershing a hacer las escaramuzas gimnásticas sin perseguir a Villa, en vez de entrar como Scott y Taylor a poner la bandera de las barras y las estrellas sobre el mástil del palacio nacional”. Y concluye el señor Luján: “No sospecharon ustedes el resultado. Dios y México se lo paguen. Ha caído la bestia, como la Biblia lo llama. ¡Que acabe su imperio!”.

Mayo 29, 1984. El señor Felipe Ortega Macías de la ciudad de México nos escribe:

“Para aclarar la verdad sobre Francisco Villa ¡cuánto ha servido este programa!, porque decir la verdad y proclamarla a los cuatro vientos es lo único que puede beneficiar a nuestro desdichado pueblo siempre engañado. Doroteo Arango —añade el señor Ortega— debía ya muchas vidas antes de la Revolución de 1910, y si se metió a ella fue para salvarse de la justicia que ya lo perseguía por innumerables robos de ganado, principalmente en el pueblo de Conchos con cuyos habitantes cogió tal odio que, ya siendo jefe de la División del Norte, se ocupó de mandar a asesinar a algunos agricultores, civiles, hombres de trabajo y de bien que se habían atrevido a denunciarlo y a perseguirlo por el robo que les había hecho de sus ganados. ¡Y a este criminal se ha puesto de ejemplo en los libros de texto de los niños de estas generaciones! ¡Pobres niños y pobre México!, cuando hay —ya lo creo que hay— tantos hombres valiosos hechos a un lado de la política por los bribones que se han colado en puestos de importancia”, concluye su comentario el señor Ortega Macías.

Mayo 4, 1984. El señor Acosta Silva de la ciudad de México nos escribe:

“Los que escuchaban a Jesús de Nazaret según la Biblia decían: ‘Se oye que dice la verdad’, y esto mismo nos sucede cuando oímos a la señorita Celia Herrera a quienes ustedes

tan atinadamente invitaron para este programa de Villa, porque gracias a ella, de quien 'se oye la verdad', salimos de nuestra confusión por tanta mentira que acerca de este criminal habíamos leído, y si no ha sido por ella no habría habido 'Contrapunto', porque todos los demás, equivocados o de mala fe, o por no sabemos qué complejo, han construido una figura de valer de un criminal solamente superada por Hitler", dice en su carta el señor Acosta Silva.

Abril 24, 1984. El señor Serapio Alarcón Huerta de México, D. F., nos escribe:

"Algún comentarista de este programa opina que no debieron ustedes haber invitado a la señorita Herrera porque, habiendo ella sufrido directamente desgracias en su familia, no puede ni debe opinar. Yo pienso que no sería justo que, encima de haber sufrido tanto como la señorita Herrera lo ha expresado, se le negara el derecho de hablar." Y añade el señor Alarcón: "Lo que ella dijo de sus familiares fue lo mínimo. Todos los otros datos que expresó con tanta claridad y con tanta seguridad no fueron relativos a sus familiares. Al contrario, debió haber tenido más oportunidad de hablar la señorita Herrera porque fue la única que habló con la verdad, con pleno conocimiento de los años horribles que le tocó vivir. El resto de los participantes más parecían estudiantes de mitología que concedores del criminal al que trataban de dar a conocer, porque hasta ahora lo estamos conociendo en realidad, porque la señorita Herrera habló con la verdad y nada más".

Marzo 12, 1984 (parte de una opinión en "Recontra-punto").

Finaliza el señor Téllez: "El exterminio de este bandolero en 1923 está muy justificado; se necesitaba para el bien de la patria y consumación de la Revolución. No existen méritos que lo acrediten como 'héroe', y sí muchas razones para considerarlo como bandolero y asesino".

Marzo 14, 1984. El señor Roberto García Díaz Infante, con domicilio en Plaza de la República 17, 8o. piso, escribe:

"Villa no fue revolucionario; no albergó jamás ideal alguno. Una vez que cayó Huerta, el Pacto de Teoloyucan daba fin a la rebelión armada. Nacía la Revolución Constitucionalista que hasta entonces entregaba el holocausto de 50,000 muertos. No había ya derecho a un tiro más ni a un hogar más de luto. El Constitucionalismo, es decir, la Revolución, había triunfado. Villa la traiciona y desde 1914 a 1917 no cesa, de acuerdo con Wall Street, de genocidios brutales con saldo de un millón y medio de muertos. Hogares de luto. Odio irreconciliable. Villa es la reacción y los reaccionarios de entonces y de hoy están con él." Concluye así su comentario-el señor García Díaz Infante

Abril 11, 1984. El ingeniero Raúl Márquez González, que vive en Insurgentes Sur 4411, depto 29, de la ciudad de México, nos escribe:

"Parece increíble que alguien pueda dudar de lo que fue Francisco Villa: sería suficiente con la matanza de las soldaderas en Ciudad Camargo, cometida por ese supuesto adalid del pueblo, o la matanza de los inocentes chinos en Torreón, a los que él personalmente lanzaba desde la azotea de un hotel de dicha ciudad, uno por uno, para identificarlo como el más perverso asesino. Pero si eso deja alguna duda, basta con que el mundo conozca los asesinatos de doña Lugarda Ruiz, en Satebó; de doña Celsa Caballero, en Jiménez; o de la octagenaria Luz Portillo viuda de García y de su nieta Luz García viuda de Sánchez, en Ciénaga de Olivos, a todas las cuales él personalmente bañó con petróleo y les prendió fuego estando vivas y conscientes. ¿Quién de los defensores de la hiena Villa sería capaz de justificar uno solo de tales crímenes? ¿Alguno de ellos se atrevería a escuchar los ayes de una de esas mujeres ardiendo en vida? . . . Nulo como estratega, como ha quedado demostrado en 'Contrapunto', su carisma de líder se debió a la libertad que otorgaba para el pillaje. Cobarde, como lo demostró llorando a gritos en Ji-

ménez, cuando iba a ser fusilado. Falta sólo identificarlo plenamente como traidor al servicio del imperialismo norteamericano, lo cual habría sido fácil invitando a su programa al señor Rodrigo Alonso Cortés, autor del libro **Francisco Villa, El Quinto Jinete del Apocalipsis**. . . Qué pena que sólo la señorita Herrera, de todos los participantes en el programa, tenga el valor para llamar a Villa por su nombre: ¡asesino y traidor, nunca héroe ni caudillo!. . .". Finaliza su comentario el señor ingeniero Márquez González.

Abril 12, 1984. "Hoy —dice el señor Carlos Anda, de Chihuahua— no se trata de un héroe sino de un traidor. No de una idea iluminada en camino del destino y la grandeza de un pueblo naciente, sino de un monstruo utilizado canalllescamente por el imperialismo yanqui." Y concluye el señor Anda: "Este ser que ustedes están empeñados en dignificar, lo hacen todos los extranjeros y los descendientes de los reaccionarios porfiristas y huertistas que, desde hace ya mucho tiempo, gobiernan a México".

Nos escribe el mayor de caballería, ya retirado, Fernando Orozco Linares, que vive en Extengo núm. 20, Col. Azcapotzalco, de la ciudad de México, para comentarnos: "Me permito decirles que la proposición está mal planteada, porque se puede ser caudillo de bandoleros. Villa fue un bandolero siempre, que aprovechó la Revolución para saltar a la palestra, pues se trataba de destruir y de matar, y ése era su ambiente". Y concluye su comentario el mayor Orozco: "Hay muchísimo que hablar de este tema, y felicito a 'Contrapunto' porque se ocupa de asuntos tan importantes. Saludos al general Garfias por su brillante exposición, y un aplauso a su extraordinaria memoria. Es mi amigo y fue mi alumno en el Colegio Militar".

Abril 25, 1984. El señor Santorio Rojas, con teléfono 557-24-43, de la ciudad de México, nos escribe: "Los felicito por aclarar quién fue verdaderamente Francisco Villa, y

los felicito doblemente por haber invitado a la señorita Celia Herrera, quien nos ha aclarado con la verdad en cada una de sus intervenciones que Villa fue un criminal, y que la forma en que lo mataron era la única en que lo podían hacer, ya que él tenía 50 hombres para que lo defendieran y a ellos enviaba a asesinar a quienes mucho temía por haber cometido muchas infamias en sus familiares. ¿Quién no hubiera pensado en matarlo habiendo sufrido tanto?", pregunta el señor Santorio Rojas, y concluye su comentario: "Villa sí fue un criminal desde antes de la Revolución, la que le cayó 'al pelo', y se metió a ella para salvarse de la justicia que lo perseguía por muchos asesinatos a inocentes pastorcitos y campesinos de la región de Durango, ya que se conocía como asesino desde antes de 1910. ¡Bien por la señorita Herrera y bien por 'Contrapunto'!".

Mayo 3, 1984. El señor Pedro Archundia Baeza, del apartado postal 1384, de la ciudad de México, nos escribe para comentar: "El reaccionario Villa es distinguido y se le regala una hacienda; se roba otras cuatro. Es el latifundista más poderoso de México, en Canutillo. Compra el hotel Hidalgo y acciones de la mina de plata de Alvarado. Quiere fundar un banco: ¿esto es ser revolucionario? ¿Agrarista? En Canutillo, campesino que no lo obedece ciegamente y con acierto es asesinado. . . ¿Obrerista? ¿Legislador del trabajo?". Pregunta el señor Archundia Baeza.

Junio 14, 1984. De Jalapa, Veracruz, nos escribe la señorita Valle: "Felicito a la señorita Celia Herrera por inteligente, veraz y valiente, un prestigio de la mujer mexicana todavía tan manipulada. Villa, asesino de mujeres y de campesinos indefensos, es un cobarde, llorón y femenino. Villa inicia su carrera de bandidaje a los 13 años, cuando a puñaladas mata a un carnicero y empieza a huir encontrándose con el famoso bandido Parra, a quien se une. ¿No tasta? Que se tape los ojos quien no quiera ver, los oídos quien no quiera oír, y la conciencia quien quiera mentir". Dice en su comentario la señora Valle, de Jalapa, Veracruz.

Julio 4, 1984. El señor Elías Legorreta, edificio Lerdo de Tejada, depto. 3, Taltelolco, ciudad de México, nos escribe: "Mucho nos ha interesado su programa en todos sus temas, y en el de Villa nos hemos quedado en cierto modo satisfechos, porque al menos salimos de la confusión que nos habían ocasionado tantos elogios a un criminal, ya que desde muy pequeños oímos a nuestros abuelos relatar tanta infamia que cometió ese individuo desde antes de la Revolución, y no se explicaban ellos cómo fue que nadie le puso remedio antes de que las cometiera, sobre todo en el estado de Chihuahua". Y concluye el señor Elías: "Gracias a Televisa gracias a 'Contrapunto' y gracias a quienes se han ocupado de escribir la verdad sobre aquellos años que a Dios agradecemos que no nos tocara vivir, porque verdaderamente con esos relatos quedamos perfectamente enterados de que aquello fue horrible y, por muy doloroso, verdaderamente inolvidable".

Julio 25, 1984. El señor Hilario Othón Saucedá, con apdo. 105298, de la ciudad de México, nos escribe diciendo: "Me tocó estar en esta capital cuando pasaron ustedes el capítulo del programa 'Contrapunto', en donde entrevistaron a algunos cronistas de nuestras ciudades; uno de ellos de la ciudad de Chihuahua, Alfonso Escárcega; éste ahora está dedicado a ensayar a Villa y quemar incienso en su honor constantemente. ¡Pobre de nuestro México y pobres de nuestros estudiantes!, a quienes llegan estas informaciones y los inclinan a admirar a un criminal insaciable, porque ya hasta dizque pacífico en Canutillo seguía matando (a sus peones) y enviando a sus 50 hombres a asesinar a quienes él tanto temía y que, efectivamente, fueron quienes lo ejecutaron". Comenta el señor Hilario Othón Saucedá.

Septiembre 4, 1984. La señorita García Isaac, de Gabriel Mancera 53, Col. del Valle, México, D. F., nos dice: "Yo creo que deberían de volver a pasar el programa referente a Villa. Nos ha abierto los ojos y el entendimiento. Desde

entonces he leído cuanto puedo de los temas de la Revolución, pues las mujeres hemos sido todavía tratadas con inferioridad, apartándonos de toda participación y opinión. Villa me era indiferente, aunque como hombre, físicamente repugnante; sin embargo, me sentía obligada a aceptar que era casi un 'héroe'. ¡Horror!". Dice la señorita García Isaac y concluye: "Villa fue un pupilo de los Estados Unidos, y esto es más claro que la luz del sol cuando provoca en Columbus para que se nos declare la guerra, pues derrotado por Obregón ya no tiene otra manera de vivir sino con la protección norteamericana"

Enero 21, 1985. El señor Francisco Rivera llamó a nuestra redacción para comentar lo siguiente: "Es el colmo que hablen bien de un asesino como fue Villa. Hay más burla en lo de la Revolución, puesto que tenía una hacienda de 25,000 hectáreas donde hasta había una tienda de raya. Es una vergüenza que su nombre esté en la Cámara de Diputados".

Marzo 19, 1985. Recibimos un comentario del señor Francisco Muñoz Vargas, con domicilio en Pitágoras 113, de la ciudad de México. Dice el señor Muñoz: "No puedo menos que felicitar a la señorita Celia Herrera, porque 'barrió', con una disertación tan veraz, con sus invitados, quienes ni vieron y sólo por lo que oyeron tuvieron razonamientos muy pobres en defensa del llamado 'caudillo'. A mayor abundamiento: cuando México era el segundo país productor de petróleo, se dijo que a Villa le pagaron las compañías petroleras de Tampico para que atacara Columbus, en Nuevo México, y entonces los Estados Unidos invadierán la franja petrolera". Concluyó así su carta el señor Muñoz, de la ciudad de México.

Marzo 29, 1985. El señor Hilario Fuentes Valdés, de Privada de Contreras 18, interior 4, de la ciudad de México, nos dice lo siguiente: "Cuando terminó la transmisión del tema, mis compañeros de grupo y yo opinábamos que se debe

exigir la limpieza de la historia, porque seguramente así como ahora han pretendido hacer aparecer a este criminal como un 'revolucionario', así habrá muchas mentiras en los anteriores movimientos, tales como la Independencia y la Reforma".

Agosto 11, 1986. Sobre el programa en que analizaron la personalidad histórica de Francisco Villa, con la pregunta: "¿Caudillo o bandolero?" nos escribe el señor Procopio Omelas Craso. Dice el señor Omelas: "Qué satisfactorio fue ver en vivo, en su programa, a esa señorita Herrera que si sabe lo que habla, que no lo hace por cuentos, ya que ella vivió esos años de terror que tanto oí yo contar a mi abuelo, quien detallaba muchos de los hechos que hoy hemos oído de boca de esa señorita Herrera. Qué bien que se aclare la historia —agrega el señor Omelas—. porque es una ignominia que quieran hacer aparecer a aquel verdadero monstruo como un 'revolucionario', si desde antes de la Revolución fue un asesino de campesinos inermes, cuyos relatos serían interminables. Yo —añade el señor Procopio Omelas—, no tuve la suerte de ver todos los episodios de su interesante programa, pero sí vi el último, y verdaderamente sentí satisfacción de que alguien diga la verdad cuando tantos escritos, cine y periódicos han propalado tanta mentira. Todo lo que dijo la señorita Herrera concuerda exactamente con lo que nosotros escuchamos de labios de mi abuelo, quien nunca pudo olvidar tantos horrores, pero lo que todavía nos deja asombrados son las opiniones de los otros que estaban en el programa, porque oyendo narrar con la veracidad que lo hizo la señorita Herrera, todavía un general que estaba allí nombraba 'guerrillero' al que solamente fue asesino de gente pobre, de campesinos sin armas, desde antes de la Revolución, a la que se metió para salvarse de la justicia que lo perseguía. Gracias —añade el señor Procopio Omelas—, por haber puesto este programa que yo pienso habrá sido de los más notables que han tratado, pues la verdad brilló aunque le hayan faltado muchos datos a la señorita Herrera, porque no era

posible relatarlos todos. Solamente yendo a los pueblitos de Chihuahua y de Durango todavía encuentra uno gentes que relatan cosas espantosísimas del llamado Villa, quien quedó muerto cuando iba a pelear con De la Huerta cuando éste preparaba su levantamiento. Pero ya el Ser Supremo tuvo compasión de nuestra región y de toda la Patria. No lo llamen asesinato: fue liberación. Todavía habría tenido tiempo para asesinar a mucha gente inocente, porque no tenía de buen grado a sus peones de Canutillo, como lo oímos en su programa". Concluye su comentario el señor Procopio Omelas.

Septiembre 2, 1986. El señor Gustavo E. Máynez, con teléfono 540-21-85, nos escribe con relación al programa de Villa: "Es obvio que Francisco Villa fue un bandido y cabecilla a la vez (caudillo de bandidos desde antes de la Revolución) y contumaz temible asesino, antes, durante y después de la Revolución, cuando el movimiento armado ya había triunfado. Su época de 'caudillo' se limita a los dos años en que comandó la División del Norte, con la que las diversas brigadas que la componían lograron sorprendentes triunfos; pero durante los siguientes cinco años comprendidos entre su derrota en Celaya y su rendición vive otra época en la que muere su fama de caudillo, degradándose a un vulgar cabecilla de bandoleros. Fueron tan turbulentos estos cinco años que sus partidarios pretenden malévolamente ignorarlos o confundirlos con los dos primeros años de triunfos, pero los crímenes cometidos en estos cinco años fueron demercales e históricamente imperdonables. Además —agrega el señor Máynez—, ya no peleaba por los principios de la Revolución, puesto que ésta se encontraba ya constituida en gobierno y sus principios incluidos en la nueva Constitución del 5 de febrero de 1917, de esta manera, al frente de sus secuaces luchaba sólo para saciar venganzas personales que realizaba en las familias de los que ya lo habían abandonado. Por lo tanto concluye el señor Máynez, de la ciudad de México, aquello era solamente una ban-

da de malhechores sin ideales ni justificación alguna. Los ex presidentes de la República y los legisladores carentes de sentido analítico, cayeron en el error de aceptar esta falacia”.

Marzo 14, 1984. El doctor Carlos González Reyna, con consultorio en Tíber 13-405, de la ciudad de México nos escribe: “Yo fui admirador de Villa en mi juventud, pues lo único que sabía de él eran las fantasías creadas por la leyenda y la publicidad, pero al dedicarme a estudiarlo descubrí detalles espeluznantes. Luego, en 30 años en el Hospital Colonia, me permitieron conocer a ferrocarrileros que presenciaron sus crímenes; por ello cambié de opinión. Los que ensalzan a Villa —añade el señor González Reyna—, pretenden que nos olvidemos de su lado sombrío y que sólo nos fijemos en sus ‘pretendidas cualidades’, pero eso va contra la lógica y la justicia. En las reglas del método sociológico Durgen señala que para opinar sobre una persona o una raza o grupo hay que tomar en cuenta todo: lo positivo y lo negativo, pues de lo contrario se tendrá una idea falsa y se llegará a una conclusión errónea”. Y finaliza su carta el doctor González Reyna: “Como conclusión quisiera agregar que, en mi opinión, las personas que admiran a Villa con sinceridad y sin consignas deberían estudiar y aprender más sobre ‘el centauro’, pues su admiración sólo puede estar basada en el desconocimiento de la realidad”.

Marzo 20, 1984. La señorita Barbecho, de Presa Santa Teresa No. 177 de la ciudad de México, nos escribe: “Con mucho interés hemos escuchado su programa ‘Contrapunto’, decepcionados al ver casi puras personas del lado de su caudillo, no se diga de los ‘pagados’ de la calle e ignorantes 100%. Nuestras más sinceras y efusivas felicitaciones a la única persona digna de su programa, la señorita Herrera, quien valientemente y con escueta verdad narra algo de tanto que vio”, concluye su comentario la señorita Barbecho.

Marzo 26, 1984. El señor Jorge Prieto Laurens, quien tiene sus oficinas en la Av. Lázaro Cárdenas No. 11, despacho 101, de la ciudad de México, nos escribe para comentar lo siguiente: “En su análisis sobre Pancho Villa se hizo mención a un manifiesto de él que fue publicado luego de innumerables derrotas a manos de las tropas constitucionalistas en Celaya, Irapuato, Aguascalientes, etcétera, cuando los villistas fracasaron en su invasión al estado de Sonora y se estrellaron ante los defensores de las fuerzas fronterizas de Naco, Agua Prieta y Nogales. En dicho manifiesto —añade el señor Prieto— Villa calumnia burda y cínicamente a don Venustiano Carranza, acusándolo de haberse vendido al gobierno americano y, entre otras mentiras, afirmó que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista recibió 500 millones de dólares del tesoro yanqui a cambio de las concesiones para usar la Bahía Magdalena y el Istmo de Tehuantepec durante 99 años y como condición para el reconocimiento de su gobierno. Adujo Villa entonces que la prueba de sus afirmaciones era el permiso concedido por Washington a las tropas constitucionalistas para que pasaran por el lado americano a reforzar a los defensores de las plazas fronterizas de Sonora, amagadas por villistas y maytorenistas que pusieron en peligro las vidas de los americanos residentes en las poblaciones gemelas de Arizona. También adujo Villa que la Casa Blanca reconoció como gobierno de facto al presidido por Carranza como prueba de sus afirmaciones calumniosas. Los que vivimos entonces podemos afirmar que Carranza jamás recurrió a empréstitos extranjeros, y menos aún pudo aceptar las pretensiones yanquis que datan desde los tiempos de la famosa entrevista Díaz-Taft en Ciudad Juárez, que igualmente fueron rechazadas por el caudillo del 2 de abril, anidadas en la calenturienta memoria del rabioso y derrotado Pancho Villa. Basta leer la extensa y verídica documentación reunida por el licenciado Isidro Fabela en su obra **Historia de la Política Internacional de la Revolución Constitucionalista** para convencerse del patriotismo y sincero nacionalismo de don Venustiano Carranza”, concluye el señor Prieto Laurens.

Abril 19, 1984. La señora Leonor González, que por razones obvias no nos proporciona su dirección, nos escribe lo siguiente: “Villa fue un monstruo, y para muestra basta con un botón: un día del año 1913 en Zacatecas una niña de 11 años salía de la escuela al mediodía. Tres héroicos dorados la violentaron. Su padre, desesperado, fue a pedir justicia al general. El salvaje por poco lo cuelga de un árbol. Ignoro por qué circunstancia el pobre hombre pudo salvar la vida. Esa niña era mi madre. Ese padre era mi abuelo. ¡Maldita sea su memoria!”. Añade la señora González: “Y es una verdadera afrenta para los mexicanos que su nombre esté inscrito en no sé qué recinto. Los hombres están hechos a imagen y semejanza de Dios, y es por esta razón que sus actos, palabras y hasta pensamientos deben estar regidos por este patrón. Villa —concluye la señora González—, era un primitivo feroz criminal, sanguinario. Lo menos que se puede decir de él es que era un psicópata, un enfermo peligroso que debía haber estado encerrado”.

Abril, 1984. El señor Miguel Martínez Becerril, que vive en la Av. 9 No. 125, Col. Independencia de la ciudad de México, nos escribe: “La Revolución Mexicana es una cosa, y los hombres que se aprovecharon de ella para consumir sus venganzas son otra cosa. La Revolución mexicana nació del dolor y de la miseria de la mayoría de los mexicanos, y fue confirmada por tres grandes hombres que son: Madero, Carranza y Zapata, y esta Revolución, nacida del pueblo y sostenida por el pueblo, tenía que triunfar con Villa o sin Villa. Villa —añade el señor Martínez Becerril—, no fue el gran estratega que sus apologistas nos quieren presentar, porque el ejército con que se enfrentó se constituía con hombres reclutados a la fuerza, es decir, de leva, y por consiguiente, no peleaban, sólo se amontonaban para ver si se libraban de las balas, y para corroborar esto, cuando Villa se enfrentó a un verdadero estratega como Obregón, aquel fue derrotado con suma facilidad en tres batallas, porque el genio militar de Villa brilló por su inexistencia”. Y concluye su comentario el

señor Martínez Becerril: “Creo que los fanáticos de Villa deben dejar las cosas como están: ya tienen monumentos de su héroe en todas partes, y han hecho películas de su caudillo llenas de falsedades. Qué, ¿quieren más?”.

Mayo 24, 1984. El contador público Otilio Gama y Alzate, Privada Contreras No. 81 bis, de la ciudad de México, nos escribe: “Ha sido de sumo beneficio para los mexicanos este programa en lo referente al juicio que se tiene de Francisco Villa, porque después de haber oído tanto elogio para los que tuvimos la dicha de no vivir esos años de la Revolución, que ahora entendemos fueron terribles, también es gratificante conocer la Verdad, porque ésta nos hará libres, y ha quedado demostrado —dice el señor Gama— que esa figura siniestra que fue Francisco Villa nos la habían presentado envuelta en mentiras. Fue un criminal, como parece que no había habido otro ni parecido en la historia mexicana, a menos que en las guerras de Independencia o de Reforma haya aparecido algo igual, y nos lo hayan hecho tragar como un héroe.

Junio 5, 1984. El señor Ernesto Heredia Chávez, calle Morelos No. 5, Int. 2, Ciudad Jiménez, Chihuahua, nos escribe: “Me tocó estar en la capital cuando pasaban su programa referente a Villa, y lamento que únicamente dos presentaciones pude presenciar porque en verdad estaba interesante en el sentido de que a uno lo dejan confundido las opiniones que externan señores con tanta escuela, como los que allí opinaron, porque uno no se espera que tengan esos criterios tratándose de un bandido en toda la extensión de la palabra. Y añade el señor Heredia: “Esos señores tan cultos, que tienen a un criminal tan insaciable como a un personaje que valga la pena. . . ¿qué asombro nos causan esos criterios a los que conocimos tan de cerca su crueldad! Me duele no haberlos visto todos, pero con los que vi, me di cuenta de tanto error que hay en México”. concluye su comentario el señor Ernesto Heredia Chavez.

¿QUE PASA ALLI?

EL MITO VILLA

Por Margarita Michelena

En pocos sitios de este mundo habrá, como en México, tal propensión a fabricar lo mismo mitos que mitotes. (A veces, ambas cosas son una y la misma.) Hacemos mitos del bien y mitos del mal. Es decir, divinizamos y satanizamos con igual e irresponsable facilidad. De un hombre bueno y limpio hacemos un monstruo de perversidad, capaz de todos los crímenes, gozándonos morbosamente en el proceso de su vilipendio y su destrucción. Caso Díaz Serrano. Y de un monstruo de perversidad hacemos un santo, recreándonos sin freno en el proceso de su canonización. Pocas se nos hacen las culpas para acumularlas sobre el primero. Y pocas se nos hacen las gracias para adornar al segundo. No importa que el bueno haya sido hasta útil y necesario a su patria. Y no importa que el segundo resultara una alimaña cuyo único acto de caridad haya sido el de morirse, inclusive contra toda su voluntad. Tal es el caso, arquetípico, de Francisco Villa.

Sí. De ese Francisco Villa, ése cuyo nombre —tan falso como nefando— brilla con letras de oro en la Cámara de Diputados, al lado de otros que, efectivamente, se ganaron con vida y muerte ese honor: ése a quien se le han levantado estatuas, una de las cuales se envió en nombre del pobre pueblo de México a Columbus, sitio en el que Villa jamás penetró personalmente: se contentó con mandar al saqueo y al asesinato a sus “muchachitos” para provocar —así era de patriota— un incidente internacional y la invasora incursión punitiva de Pershing.

* * *

[406]

Porque Villa nunca amó a México ni le dedicó ninguno de sus actos. El “valiente” Villa, para más, es originalmente un invento yanqui: fue un peón —mitificado en primer lugar por la prensa sensacionalista de allende el Bravo—, de la política imperialista de Estados Unidos de aquel entonces, cuando el triunfo del constitucionalismo —por obvias razones— no convenía para nada al gobierno de nuestro poderoso vecino. Villa, por lo demás, se prestó siempre de muy buena gana a aquel papel de traidor: lo único que siempre le importó fueron sus insaciables ambiciones personales.

Francisco Villa ante la historia, el notable libro de Celia Herrera, acaba de ver su cuarta edición —Costa-Amic Editores, S. A.—, y constituye una referencia de primera mano, un testimonio de visu, para el estudio histórico de Francisco Villa, el resentido, sanguinario salteador de caminos metido a “revolucionario”, el “Napoleón bandido”. cual lo llamaba la prensa estadounidense, el monstruo de crueldad que, sólo por propio interés, logró prolongar nuestra lucha armada cuando todo estaba dispuesto para la paz, para la vida institucional, para la etapa reconstructiva de la revolución.

Porque en efecto, como lo refiere documentadamente Celia Herrera, los motivos para persistir en el desangramiento y la violencia habían dejado ya de existir al triunfo del constitucionalismo, la única causa válida para los mexicanos que, por la justicia y la ley, renunciaron a todo interés personal, aun el de conservar la vida.

* * *

En su libro —sacudido por el terror, por unos recuerdos de infancia colmados de espanto, de incertidumbre, de lágrimas— Celia Herrera resume con lucidez y conocimiento de causa la historia de nuestra Revolución y está siempre de parte de los libertadores como el apóstol Madero, de los progresistas que acabaron derrotando al usurpador Victoriano Huerta, y en contra de los remanentes de la reacción que, cuando ya don Venustiano Carranza había sentado las bases jurídicas y socia-

les de un México nuevo, se aliaron con Villa aprovechando sus sórdidas ambiciones y su patológica crueldad para impedir, en el momento en que ya se habían conquistado, que maduraran los frutos de la paz. Francisco Villa ¿o sería mejor llamarlo Doroteo Arango? es reo ante la historia, digan lo que dijeren los seguidores de su leyenda, no sólo de una infinidad de crímenes atroces perpetrados personalmente y a sangre fría, sino de que México viviera unos años más de espantosa carnicería, ya completamente innecesaria.

Así lo demuestra irrefutablemente Celia Herrera en su libro, que yo he releído con la alegría que siempre me producen los actos de un ser humano que sale a campo abierto a pelear por una verdad, en este caso una verdad histórica. ¡Necesitamos de toda urgencia una historia desmitificada, una historia que nos diga en verdad qué hemos sido, qué somos y qué tenemos que ser! De acuerdo con las probanzas de Celia Herrera, Villa no fue ni un hombre sediento de justicia, ni un valiente, ni un guerrillero genial, ni un caudillo y mucho menos un estratega. En una memorable secuencia de programas de la serie “Contrapunto”, de Jacobo y Abraham Zabudovsky, un erudito historiador militar hizo un profundo análisis de las grandes batallas en que tomó parte Villa y demostró, con tanta pericia como imparcialidad, que el llamado “centauro del norte” es también en eso una leyenda. Cobarde por naturaleza, más de una vez salio huyendo del escenario de la lucha y, de paso, lloró también más de una vez por miedo y por hipocresía.

* * *

Villa —a tantos años de muerto y enterrado y aun de desenterrado, si recordamos la reinhumación de sus supuestos huesos en el monumento a la Revolución, merced a don Luis Echeverría— sigue siendo un mito con millares de indocitos o interesados seguidores. Por eso la cuarta edición de **Francisco Villa ante la historia** se antoja necesaria, como necesario resulta todo aquello cuyo propósito sea el de

reconciliarnos con la verdad histórica. Como lo cita precisamente Celia Herrera en su libro, todos los sucesos históricos que desconocemos o —que mitificamos— están destinados a repetirse. Lea usted **Francisco Villa ante la historia**, amigo mío, si aspira a sentir que, siquiera por un momento, se libera de la asfixia de la ficción.

México, D. F., abril 27 de 1984.

VILLA, "INCULTO, COBARDE,
LUJURIOSO Y CRUEL"

Señor Director: la distinguida escritora Margarita Michelena, con su natural donosura y talento, publicó el día 9 de los corrientes, en nuestro diario *Excelsior* un artículo intitulado "El mito Villa". Nada podemos restarle, pero sí queremos agregar lo siguiente: tomando en consideración algunas características físicas y psicológicas de Francisco Villa, nos es posible hacer un esquema patográfico de él de la siguiente manera:

Constitución física. Villa era de tipo atlético: fornido, musculoso, alto y grueso. Estas características se semejan a las de los individuos encontrados en las cárceles de Inglaterra por el genetista C. Brown en 1963 y por Jacobs y colaboradores en Edimburgo cuatro o cinco años después, muy agresivos y peligrosos, con un trastorno genético consistente en tener tres cromosomas (XYY) en lugar de dos (XY) que es lo habitual en el hombre normal.

Mentalidad. Desde sus primeros años de bandolero, admira al jefe de la gavilla en la que anda, por lo que cuando éste muere toma su nombre, el de Francisco Villa y abandona el suyo, de Doroteo Arango.

Incultura. No sabía leer ni escribir, hasta que un profesor zapatista, preso como él, le enseña en la penitenciaría del D. F. mientras ambos purgan sus sentencias.

En Samalayuca, cuando los estadounidenses inician su persecución, le dice a Angeles: "Ya vido, mi general, ya sabía que no perdonarían lo de Columbus".

Carácter variable. Lloro ante la tumba de Madero; en cambio, en Satevó, personalmente quema viva a doña Lugarda Caballero por la simple sospecha de que ella podía darles informes a los federales de sus actividades y en lugar de llorar, se ríe y burla de ella, cuando ésta se encuentra envuelta en llamas.

Cobardía. Cuando Huerta, en Jiménez, ordena su fusilamiento por la trón, llora, se desmaya tres veces y se le abraza a los pies pidiéndole perdón. (*La Revolución Mexicana*, Bernardo J. G. Stérum, 1966.).

Desenfrenada lujuria. Aparte de las muchas mujeres que violó e hijos que dejó, se relata que en el hotel Palacio, durante una convención, pistola en mano sacó de su recámara a la fugitiva esposa del dueño del hotel y se la llevó porque le había gustado.

Cruel. El 12 de agosto de 1918, entre las estaciones de Bachimba y Horcasitas, vuela un convoy ferrocarrilero. Una señora le pide de rodillas que no mate a sus hijos porque eran su sosten; Villa "generoso" le deja uno vivo para que la sostenga, como se lo pide.

Conducta antisocial. El 14 de julio de 1918, en Pilar de Conchos, recoge la cosecha de trigo; a quien se niega a entregarla lo fusila o cuelga.

El 27 de julio de ese año, cerca de Parral, fusila a cuarenta ancianos.

El 16 de septiembre de 1922, Villa ya hacendado, celebra ese fasto patrio, fusilando a varios peones y al caporal Sabino Villalva. Aparte de otras tropelías, destaca el asesinato que comete con María Arreola.

Traidor. Al desocupar los estadounidenses Veracruz el 23 de noviembre de 1914, Villa protesta ante Wilson, pues quiere que éstos permanezcan allí para sus propios fines.

En *The Royal Book of Lists* por D. Wallehinsky y colaboradores, 1978, se refiere que en 1914 una compañía cinematográfica de Hollywood firmó un contrato por 25,000 dólares para que Villa realizara en México y con sus tropas un combate verdadero bajo las condiciones de camarógrafos,

directores, iluminadores, etcétera. El combate resultó tan real, con muertos y heridos, que después de revelarse la cinta se almacenó en Hollywood por increíble.

Resumen

De los hechos relatados, que son unos cuantos de los cientos que se pueden recordar y juzgándolos desde un punto biológico, Francisco Villa fue un sujeto parcialmente esquizofrénico (resquebrajadura de las funciones mentales, que las desorganiza) con muchos rasgos paranoides (sicosis caracterizada por ilusiones persistentes, generalmente de persecución o grandeza) que como apropiada terapia merecía el manicomio de por vida; estos padecimientos no se curan y los sujetos que los sufren son un constante y grave peligro social.

Como colofón transcribiremos el pensamiento del extraordinario escritor Rubén Marín cuando relata cómo llegó el pan a México y dice: "Así llegó el pan a México. Cuando uno mira que hace,11 estatuas para recordar a ciertas gentes que 'soltaron sobre la patria oleadas de sangre y barbarie, uno se pregunta: Y de aquel pobre negro que nos trajo el pan de cada día ¿quién se acuerda?".

Dr. Luis Benítez Soto,
Marsella No. 14.

VILLA, "ESE BARBA AZUL RURAL"

VI-28-1986

Señor Director: ha sido ya acogido con liberalidad y democrático espíritu algún otro escrito mío. Esto me hace confiar en que en esta ocasión la voz de una vieja lectora se escuche en ese foro abierto a la opinión pública, anticipando mi reconocimiento a este gran diario, leído en toda mi vida. El tema sigue siendo el mismo: mi oposición de gente enterada y de amante de la verdad, sobre la personalidad de Pancho Villa. Creo que esta debe ser la posición de toda mujer mexicana ante la historia y el mito que le han fabricado dolosamente, legitimando las humillaciones y los crímenes de ese Barba Azul rural, contra las mujeres de las tierras de Chihuahua y Durango. Esta debe ser la posición y la oposición de las mujeres que detestan ese machismo que engendra tipos heterosexuales como el héroe que hoy es celebrado.

Hemos leído en la columna Distrito Federal, con encomio de una mujer acaso no enterada de la condición moral de aquel personaje, que se celebra el aniversario del nacimiento de Doroteo Arango. Cuánta sangre derramada, cuántas lágrimas, cuánta pobreza, orfandad y trastornos se hubieran evitado, si no nace el que hoy celebran con sospechosa admiración bélica unos cuantos que llevados en leva cívica, y otros que comercian con los caprichos de sus amos, le rinden homenaje a unos cuantos huesos de aquel decapitado esqueleto.

La señorita Nidia Marín dice que Villa fue el organizador de la División del Norte. Ignora que la División del Norte fue creada en la Nueva España. Que fue su organizador el

generalísimo Félix Calleja y del Rey. Que muchos años después, la comandó el general Miguel Miramón y luego el general Victoriano Huerta. Que al traicionar al Constitucionalismo, Villa, se desmembró del ejército que sostenía esa bandera que posteriormente se convirtió en Revolución Mexicana. Por lo tanto, no era División alguna, sino ejército de Francisco Villa y su lugarteniente, Felipe Angeles, ambos desertores del Constitucionalismo, o sea de la Revolución.

¿Puede decir la señorita Marín, cuáles son los más puros principios de la Revolución del Ejército reivindicador?, como ella dice a manera de preámbulo de su noticia. Reivindicó Villa al campesinado cuyo programa agrario no figuró siquiera en el movimiento del norte, en virtud de que no tenían problema agrario, sino mucha, mucha tierra y no sólo la de Luis Terrazas. ¿Sería el problema resuelto con la captura de la mejor hacienda de Durango, llamada Canutillo, para que el general Villa, único agrarista, existiera rodeado de peones y esclavos, castigados por nimias desobediencias con la muerte? ¿El agrarista que se hizo de cinco haciendas más, que el gobierno de Calles, protegido por un amparo, se negó a pagar, devolviéndolas mejor a sus legítimos dueños? ¿Aquí no funcionaba el artículo 27 de la Constitución ni la Carta del 6 de enero de Venustiano Carranza, producto social de los enemigos que combatió con un holocausto de un millón de mexicanos muertos? ¿Será la esclavitud de los peones y sus castigos y muerte, una inspiración del Artículo 123?

¿Será acaso la reivindicación de la mujer el establecimiento del serrallo de Canutillo de siete mujeres cautivas produciendo hijos en el ambiente de la más brutal obscenidad? ¿Será de las mujeres violadas, de las asesinadas fusiladas o quemadas vivas, un principio de la Revolución?

¿Legitimar todos los abusos por los oropeles y el folclore de la leyenda, cuando todavía el tiempo no ha marchitado el dolor de tanta gente y los recuerdos todavía producen lágrimas amargas? ¿Es principio de la Revolución acumular dinero enterrándolo en veces o iniciando inversiones como el

banco que iba a fundar días después de su muerte; para usar la pistola contra el aval de las sienes de sus deudores?

¿Es esto REVOLUCION (así, con mayúsculas), o simplemente los episodios más siniestros del dolor de México? ¿Ha pasado la señorita Marín por el pueblo de San Pedro de la Cueva, y mirado las tumbas de sus habitantes masculinos incluyendo al cura del lugar, el reverendo padre don Andrés Avelino Flores, que en ese apartado lugar de Sonora hicieron sólo inútil resistencia al generalísimo Villa y su artillería americana? ¿Ha visto ese rosario de dolor de madres, esposas e hijos?

¿Conoce los documentos antirrevolucionarios y antimexicanos que firmara Villa con su "filósofo" Felipe Angeles? Todo es cosa de leer. De leer no la historia de sus cómplices y seguidores de una consigna extranjera. El libro de R. Alonso Cortés, el de Celia Herrera, el de Mena Brito, el de Pereyra, los de Vasconcelos, incluso las "novelas" del imaginario Martín Luis Guzmán, cuando se desprende de su mitomanía y escribe claramente lo que era este "bruto" —como lo llamara Eric Fromm, y los del mismo Muñoz con igual empeño del colorante novelesco, es para dar a la señorita Marín, mucho que rectificar, pues al cabo es mujer, intelectual, decente y mexicana.

Gracias, señor director.

Profra. María Luisa Díaz Ortega
Apartado Postal 1384, México, D. F.

VILLA, ASESINATOS ESPELUZNANTES*

Señor Director:

En la edición del martes 25 de febrero de ese importante diario metropolitano, he leído una carta que dirige una persona apellidada Saldaña a un doctor don Enrique Coloma, de Jilotepec, México, sobre Villa. Lamento no haberme enterado de lo que el mencionado doctor haya expresado, pero por la contestación que da este señor Saldaña sobre Villa, deduzco que el doctor ha dicho la verdad, porque referente al llamado Francisco Villa (o sea Doroteo Arango), ya no nos queda la menor duda de que fue desde antes de la Revolución no simplemente roba vacas, sino asesino de muchos pastores y campesinos en la región de Durango, por lo que se le perseguía, así como al resto de la banda de asesinos que él capitaneaba.

Pero estalló la Revolución y fue para Arango la salvación: se dio de alta y logró conseguir la dirección de la División del Norte, con tal ahínco, que estuvo a punto de fusilar a Manuel Chao en Chihuahua, porque sospechaba que el tal Chao le iba a ganar la mencionada dirección. Ya de jefe de dicha División del Norte se ocupó de mandar asesinar en Conchos a los que antes de la Revolución habían tenido el valor de perseguirlo para quitarle sus ganados que arreaba robados, y que entregaba a don Luis Terrazas, el famoso ganadero consentido de don Porfirio.

* Foro Excélsior, marzo 23, 1986.

Mi padre, que anduvo en las fuerzas del general Amaro, nos platicaba infinidad de detalles que él había presenciado; él era originario de Balleza (Chihuahua) y de todos aquellos rumbos sabía de verdaderos salvajismos cometidos por Villa, recordando como uno de los más espeluznantes el asesinato de la anciana doña Luz García viuda de Portillo que, junto con su nieta, la joven Luz, fueron sacadas de su vivienda de adobe, en Ciénega de Olivos y, bañadas con petróleo, fueron quemadas vivas. caso que conmovía a mi padre cada vez que lo recordaba. Y así tantos otros datos que en mi familia siempre oímos decir, por lo que ahora consideramos un contrasentido querer presentar a este individuo como "un revolucionario". siendo que asesinó a grupos de campesinos inermes: todo el estado de Chihuahua y el de Durango quedaron convertidos en cementerios: la cantidad de huérfanos y de viudas era incontable; se dio gusto en asesinar mientras le duró la vida, cubrió de luto a la nación entera.

Excélsior, anticipo mis agradecimientos por la atención que den a mis pobres letras.

Felipe Amparán Domínguez
Calle Negrete 25-B
Cuernavaca, Morelos.

VILLA, "EL DEPORTE DE ASESINAR"*

Señor Director: "La cobija de Pancho Villa" ha sido el título de un regocijante artículo de la señorita Guadalupe Appendini, publicado el 28 del mes de enero en la sección "B", que también obliga a pensar muy en serio respecto a la injuria de nuestros gobiernos y de personas de insospechada cultura que juzgan a nuestro pueblo el más ruín y primitivo del mundo. ¿Por qué razón dicen que sujetos como Villa están plenamente identificados con el pueblo? ¿Tan vil y tan ignorante es todo el pueblo de México?

Mas vayamos por partes. El pueblo es todo el conglomerado social. Ya no estamos en las épocas porfiristas de un elitismo absoluto. Nuestras clases baja y media han ascendido en todos los órdenes decididamente, con revolución o sin ella. Es fenómeno de evolución natural de acuerdo con el desenvolvimiento económico y cultural del mundo. El pueblo no es la hez, no el barrio citadino o pueblerino, rebelde a la educación y complacido en todas miserias, más que económicas, morales. Así serían, en todos los entresijos de la sociedad humana, los pueblos del mundo que en otros lados sencillamente se les llama "plebe": no en el sentido semántico sino como populacho, gentuza o villanaje. Para el gobierno y los intelectuales irreflexivos, el pueblo de México está medido con este rasero de brutal residuo humano. Una "corte de los milagros". Pueblo somos todos; pero si nos atenemos a ese concepto generalizado, se elimina a la gente

* Excélsior 10 marzo, 1986.

decente de todas las condiciones sociales. Nuestro pueblo, entendiendo desde el trabajador, artesano, campesino, clase humilde igual que todas las clases económicas, con pocos, medianos o grandes recursos, somos el pueblo.

De tal manera, los gobiernos de México, desde hace mucho, están ocupados en complacer a las chusmas, en hundirlas más con adulaciones "populistas" postrándolas de tal manera en el encarcelamiento de la inmoralidad y la ignorancia, de donde no los dejan evadirse. Este no es el pueblo de México, de una gran categoría humana. No son los mexicanos estos sujetos de miseria moral. No somos así.

Esta peculiar campaña de vernaculismo, es una forma eficaz de prostitución ajena a toda virtud. Un pueblo eminentemente religioso, que por la satrapía de sus verdugos se ha de educar en una llamada moral laica, es llevado paso a paso y en medio de una noble resistencia, al más inicuo de los destinos.

Tenemos tipos pintorescos: pero no puede decirse que el "Púas" Olivares sea ejemplo digno de la juventud mexicana, como no puede ser Pancho Villa el paradigma del patriotismo y la justicia. ¿Qué sabía de estas cosas semejante bárbaro! Uno sería hábil en los rings y el otro en las escaramuzas y el deporte de asesinar y esclavizar mujeres; pero no son, ninguno de ellos, modelo de mexicanos. . . La muestra de esto nos la presenta el libro del doctor Arturo Langle Ramírez que anuncia la señorita Appendini, inspirado en morbosas ocupaciones. La visita que hace a un barrio de Torreón albañales de la hez social— entre brebajes, amuletos, brujerías, misas negras y toda clase de satánicas artes grotescas, se erige como eficaz intermediario de estos menesteres de ruindad a Pancho Villa. Precisamente a este hombre sanguinario adornado de cuernos y evocador de espíritus malignos. Debe ser cierto. Porque hasta ahora sólo los ignorantes de los hechos históricos, los que guardan complejos sumergidos en desvíos, los cómplices usufructuarios de sus saqueos, o sus descendientes, ya se habrán de mezclar en "mandas" o procesiones con neo-ladrones, asaltantes, malignos enamo-

rados o proxenetas (recuérdese 'a la famosa bandida, compositora del corrido "El Siete Leguas"). Pero no el pueblo de México, limpio, enaltecido, no éste que merece respeto de gobernantes que lo ignoran y de intelectualoides cursis.

Creo en la calidad periodística de *Excélsior* y sus colaboradores, y no dudo que, como en tantas ocasiones, se detengan a publicar la punzante verdad, que por ello es paladín de la libertad de expresión. Tengo derecho a decirlo sin cobardía, en estas épocas en que debemos ser introspectivos y unidos contra negros augurios y conflictos presentes. Se nos está dando "atole con el dedo" santificando a un héroe (?) como los ha habido en el promiscuo levantamiento de todas las rebeldías populares, y que sólo aquí se le da categoría notable y no olvido profiláctico, cual reclama la vergüenza nacional. Se nos confunde con la miasma infeliz de toda fisiología social, digna de redención y no de postergación e incubamiento político. Hay cosas que resolver y para ello se requiere una sana conciencia nacional. Cosas urgentes, angustiosas, como las ha plasmado don Regino Díaz Redondo en memorable artículo "Límite de la Paciencia", y no caer en la frivolidad de un entretenimiento nocivo.

Atentamente

Profra. María Luisa Díaz Ortega
Tacuba No. 17
06600 México, D. F.

AÑOS TERRIBLES DE LA REVOLUCION

Señor director

2-agosto-87

Animado por la carta que apareció en ese importante diario, suscrita por un señor que dijo echar su cuarto a espadas, veré si puedo organizar mis recuerdos, pues algo tengo yo también que decir de aquellos años terribles de nuestra Revolución.

Felipe Angeles: ciudad de Chihuahua, año de 1919, mes de noviembre. Aprehendido este famoso militar, lo llevaron a Chihuahua en donde hacía algunos años mi padre se vio forzado a permanecer. Yo era un muchachillo metiche en "donde hubiera ruido" y no me iba a perder presenciar el juicio militar que le iban a hacer a aquel prisionero. Fue en el Teatro de los Héroes que estuvo lleno de bote en bote de gente interesada con diversas ideas, pero yo creo que los más éramos curiosos, como yo. Alcancé un lugar cerca del pasillo y junto a mí tuve la suerte de que se acomodara con dificultades, un hombre que pronto empezó a instruirme con muchos detalles que él conocía, pues había sido soldado en las fuerzas de Maclovio Herrera, con el grado de capitán. Se apellidaba Galindo y con su solo apellido lo seguí tratando en la buena amistad que de allí en adelante cultivamos.

Decía Galindo: Yo sé quién es este traidor y vengo porque no quiero ni pensar que lo vayan a perdonar. Este (y aquí intercalaba palabras rurales) estuvo con Villa cuando los gringos lo respaldaron para que traicionando al Constituciona-

lismo se echaran sobre la nación entera y la destruyeran con las matanzas más espantosas que se vieron entonces precisamente cuando había huido Huerta del país y se creía que se establecería la paz definitivamente. Parecía que se adueñaba Villa del país y sólo por un milagro pudo Obregón echar en desbandada a la poderosa División del Norte, convertida ya en villismo. Entre los gringos que los respaldaron estuvo uno que era periodista apellidado Hearst, quien tenía interés en que Villa le protegiera su latifundio de Babícora.

Decía Galindo: Y cuando se vio que Villa no tenía nada de militar, Felipe Angeles se fue a Estados Unidos para desde allá estar reuniendo a todos los contrarrevolucionarios y atacando al gobierno de don Venustiano con escritos que publicaba en periódicos americanos.

Decía Galindo: Y luego se vino a reunir otra vez con Villa y cuando andaba buscando los cañones con que contaba para seguir matando mexicanos lo capturó el capitán Sandoval. El teatro entero se alebrestaba con el curso del proceso. Y Galindo se ponía de pie y amenazaba con los brazos y echaba palabrotas gruesas. . . en eso se oye un grito burlón de por allá de galería; porque Angeles se puso a hablar de sus conocimientos de la guerra luciendo que había estudiado hasta en Francia, mencionaba a muchos autores notables cuando oímos. . . “Si no lo fusilan por traidor fusílenlo por cursi. . .!”. Esto emocionó más a Galindo que se carcajeaba puesto de pie a todo pulmón. . .

Decía Galindo: Aquí vino a ayudar a Villa a tomar la plaza de Parral en la Semana Santa y allí a quemarropa asesinó al padre y a dos hermanos de mi general Maclovio aquel anciano que fue expresamente a Chihuahua a querer convencer a Villa de que no se “volteara” y se expresaba Galindo con tal respeto del general Maclovio que hasta conmovía, decía: “Era la personificación de la lealtad y del valor”. Allí estuvimos hasta oír la sentencia del jurado, lo que tranquilizó a Galindo, quien ya fuera del teatro continuó relatándome sus recuerdos horrorosos, como la toma de Zacatecas, la cual Angeles relataba como algo glorioso, pero que sólo había

sido una carnicería humana porque fueron 20 mil los atacantes contra 5 mil los huertistas.

Galindo y yo conservamos nuestra amistad por algún tiempo, visitando los alrededores de la ciudad: Nombre de Dios, la Junta, etcétera, y no obstante nuestra franca amistad nunca nos “tuteamos”, el “usted” es muy frecuente en los estados del norte. Leyendo hoy relatos de aquellos años vienen a mi memoria las alegrías de aquel muchacho “metiche”. . . Ya mi buen amigo Galindo descansará en la otra vida, pues era él mucho mayor que yo y pronto yo también emprenderé el viaje sin regreso; pero por lo pronto hoy aquí descansando en mi silla de ruedas he podido dictarle a mi nieta estos pocos recuerdos; ella los escribe en una vieja máquina sin acentos y sin “eñes” y cuando voltea a mirarme con expresión de azoro me dice: “Aquello fue un canibalismo”. . . principalmente en otras ocasiones en que me ha oído relatos de los que presenciamos en todo el estado de Chihuahua, mientras no se “despachaban” a Villa, aquel asesino jamás satisfecho.

Anticipo mis agradecimientos por el honor que será para mí que sean publicadas mis pobres frases.

Abundio Chávez Ortiz
Km. 50, vieja carretera Cuernavaca,
Granja Perla.

Sr. don Manuel Roberto Montenegro

Muy señor mío:

X-31-1985

Hace años leía yo diariamente *Ultimas Noticias*; pero también hace años que dejé de obtenerlo, por lo que la publicación del artículo de usted del viernes 4 que hoy termina vino a mis manos con cierto retraso y gracias a una buena amistad mía.

“Deslices de pluma” encabeza el artículo a que me refiero y no entiendo si así encabeza usted siempre sus publicaciones o si usted califica de “deslices” los calificativos que yo doy al extraño ser que motivó la publicación de mi libro *Francisco Villa ante la historia*. Dice usted: “una bestia cuya aparición ya se preveía en las sagradas escrituras”

Que la autora del mencionado libro no es “ni con mucho” (como usted atinadamente opina) una “literata”, ello ha quedado claro en todos mis escritos que afortunadamente he logrado que hayan sido publicados en varios periódicos, entre ellos en la revista *Siempre*, y “no pecho de modesta” ya que soy únicamente una egresada de un sexto de primaria y de ello ya hace muchos años, solamente que en aquella inolvidable escuela además de que nos enseñaron a leer nos despertaron una inclinación firme hacia la lectura, y en mi larga vida he leído cuanto ha caído en mis manos.

Y ahora ruego a usted admita una o dos rectificaciones a su escrito: la División del Norte formaba parte del Ejército Constitucionalista y estaba formada por muchas brigadas, entre ellas la Benito Juárez, de la que eran jefes mis tíos Luis y Marclovio Herrera. La jefatura de la División del Norte la al-

[424]

canzó Villa porque a ella aspiró siempre a grado de que estuvo a punto de fusilar a Manuel Chao porque “sospechaba” que le ganaría dicho mando y fue gracias a la oportuna intervención del General Breceda quien llegó en el momento en que Villa ordenaba aquella ejecución y Breceda dio aviso al señor Carranza quien tenía su oficina en la Quinta Gameiros y allí fue llamado Villa, quien recibió muy fuerte reprimenda del señor Carranza.

Repito: la Brigada Juárez formaba parte de la División del Norte, y ésta del Ejército Constitucionalista; por lo tanto, es un error decir que mis tíos lucharon con Villa, entonces ¿Obregón, Carranza y todos los Jefes Constitucionalistas lucharon personalmente con Villa?

Al realizar Villa el más criminal de sus actos en su larga vida de bandolerismo volteando a la División del Norte en contra de la Revolución en el momento en que Victoriano Huerta salía del país y cuando en toda la nación sólo había el anhelo de paz, la División del Norte ya no perteneció al Ejército Constitucionalista y ninguna de las brigadas que la componían tenían razón de seguirlo; pero la única que permaneció leal a la Revolución fue la Brigada Juárez, cuyos jefes en incontables mensajes trataron de detener aquel baño de sangre, aquella destrucción total de la nación, aquella mortandad de mexicanos, aquella carnicería que cubrió al país de extremo a extremo.

Y la otra rectificación que con todo respeto hago a la opinión de usted es, que no fue el despecho ni el odio lo que me indujo a escribir mi libro sino que ha sido únicamente el recuerdo de horror, el más espantoso recuerdo que ha acompañado a mi larga vida. Motivo del libro fue también la desesperación que causó a los parralenses (sobre todo) cuando observamos que destacados elementos de la prensa se dedicaban a lanzar himnos de alabanza y a invertir totalmente la realidad de los hechos de aquel “ser extraño”. . . por eso me atreví a escribir aun sin tener conocimientos para hacerlo.

Por eso escribo, por eso insistiré con la esperanza de que algún día la “pluma honrada de un historiador consciente”

recoja los datos que yo he consignado y que son reales, no lo dude usted y tomados de entre las víctimas de aquellos “heroismos”.

Por si hubiese pasado inadvertida para usted mi carta en *Excélsior* del 23 de julio último adjunto hoy una copia y usted aplicará el adjetivo que le merezca a quien fue capaz de cometer aquellos actos que en esa carta relato.

Y muy honrada y muy agradecida por haberse usted ocupado de mis pobres letras, me es grato suscribirme como su segura servidora.

Celia Herrera
c/o Costa-Amic Editores, S. A.
Calle Soto 62
México 3, D. F.

Parte de la **Proclama** que lanzó el C. Gobernador del estado de Chihuahua el día 13 de agosto de 1919.

“A LOS HABITANTES DEL ESTADO:

”Es del conocimiento del público la vergonzosa historia de crímenes, sin precedentes, perpetrados en las vidas, honras e intereses de los habitantes del estado por el bandido Francisco Villa, crímenes cuya gravedad extrema conmovieron a todos los elementos sociales en grado tal, que unánime y espontáneamente, sin distinción de credos y opiniones, los hombres de bien, distrayéndose de sus labores habituales que les dan el sustento diario, se agruparon y armaron constituyéndose en **Defensas Sociales** para perseguir sin cuartel al bandolero declarado ‘Fuera de la Ley’ por decreto de 14 de enero de 1916, expedido con general aprobación por el C. Venustiano Carranza, entonces Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo de la Unión.

”De entonces al presente, Villa ha continuado sus correrías por territorio del estado, dejando señalado su paso con sangre de inocentes víctimas, cuyas viudas y huérfanos claman justicia. Enumerar sus crímenes sería casi imposible, ya que son incontables y cada vez han sido de mayor gravedad. Ha arrasado pueblos enteros como Satevó; las mujeres de Namiquipa sufrieron el ultraje más abominable porque sus esposos no quisieron ser cómplices de él; en la hacienda del Fresno ahorcó a siete campesinos pacíficos y sus cadáveres fueron arrojados a una mina; en Jiménez asesinó personalmente a toda la familia González, incluyendo a un niño de nueve meses de edad; en Santa Rosalía asesinó dentro de un furgón del ferrocarril a 200 mujeres soldaderas; en Saucillo ahorcó

al jefe de estación y en la Quinta Carolina asesinó a los hermanos Cuéllar.

”Con lo antes expuesto queda demostrada, aunque someramente, la actuación del bandido Villa, pero ello baste para que nadie pueda negar que tan nefando individuo es un criminal nato de cuya crueldad es urgente salvar al estado y a la patria entera.

”En atención a lo anterior. el gobierno del estado, coadyuvando al cumplimiento de las disposiciones dictadas por el Gobierno General de la República, se ha visto en la necesidad de estimular la captura del bandido Francisco Villa, y al efecto ha depositado en la Jefatura de Hacienda de esta capital \$50,000.00 (cincuenta mil pesos, oro nacional), suma que se entregará al individuo o individuos, civiles o militares, que presenten a las autoridades en la ciudad de Chihuahua, a como diere lugar, al referido bandido.

”Constitución y Reformas.

”Chihuahua, 13 de agosto, 1919.

”El Gobernador del Estado, ingeniero Andrés Ortiz. El Secretario General del Despacho, ingeniero Melquiades Angulo.”

El Gobernador electo del estado de Chihuahua era el ingeniero Ignacio C. Enríquez, pero por tener que ausentarse de la ciudad quedó como Gobernador interino el señor Tomás Gameros, que era Tesorero General del Estado. El Gobernador interino confirma la proclama con fecha 20 de mayo (1920), con el siguiente Decreto:

“Decreto del Estado Libre y Soberano de Chihuahua. Poder Ejecutivo.

”Tomás Gameros, Gobernador Provisional del Estado de Chihuahua, en uso de las facultades extraordinarias de que me hallo investido y considerando:

”Que siendo necesidad no sólo imperiosa, sino humanitaria, el acabar de una vez para siempre con el bandido Francisco Villa (con cuyo nombre se le conoce), cuya existencia

constituye un bochorno para el estado, puesto que tácitamente se ha tolerado el que dicho bandido cometa las depredaciones y actos vejatorios que constantemente lleva a cabo; y siendo por otra parte una obligación imprescindible de las autoridades el procurar por todos los medios posibles el exterminio del bandolerismo, he tenido a bien decretar lo siguiente:

”Artículo único. Se dará un premio de cien mil pesos al que entregue, vivo o muerto, a las autoridades, al bandolero Francisco Villa (con cuyo nombre se le conoce), cuya cantidad será pagada por el Gobernador del Estado.

”Sufragio Efectivo. No Reección.

”Chihuahua, a 20 de mayo de 1920.

”El Gobernador Provisional del Estado, Tomás Gameros. El Oficial M. E., de la Secretaría de Gobernación, Jesús Mucharraz.”

(En 1923, cuando Villa fue ejecutado, era gobernador del estado de Chihuahua el ingeniero Ignacio C. Enríquez.)

El decreto de 14 de enero de 1916, expedido por don Venustiano Carranza, poniendo fuera de la ley a Francisco Villa, a Rafael Castro y a Pablo López con motivo del asesinato de 18 ingenieros norteamericanos, asesinatos efectuados en Santa Isabel, Chihuahua, ha quedado ya mencionado en la página 226.

Señor Melchor Herrera.
Ciudad Juárez, Chih.

Querido primo:

IV-27-1984

Grande ha sido mi gusto al recibir tus letras, aunque hayan sido tan breves. Breve será también mi contestación (así lo deseo) porque estoy sumamente ocupada, y me concretaré a decirte que, efectivamente, tuve el honor de ser invitada a tomar parte en el programa de televisión "Contrapunto" y como comprendo tu gran interés por verlo te diré que aquí he oído decir que lo van a pasar "en forma diferida" (creo así dicen) en diversas ciudades de los estados (que aquí denominan "provincias").

Los nombres de los participantes no los grabé en la memoria, con excepción del diputado y general Garfias, porque lo asocié con el del poeta español Pedro Garfias, de cuya amistad tanto disfrutamos allá en Chihuahua hace ya muchos años, ¿te acuerdas? Pero quizás pueda relatarte algo de las opiniones que allí se oyeron, ¡y que asombraron!, por venir de individuos universitarios con maestrías en muchas disciplinas.

Diariamente están saliendo en "Recontrapunto" algunas opiniones del público, y la verdad es que yo he sido la primera sorprendida, y así lo habrán sido los directores del programa, pues imagino que ni ellos mismos supusieron el resultado que iba a tener este evento. Con la presente te estoy enviando algunas de esas opiniones.

Uno de los participantes ("doctor", lo llamaban) se mostró eufórico porque el escultor había "inmortalizado" en la es-

tatua ecuestre al "Napoleón bandido", y también le atribuyó a Villa el gran deseo de que todos los niños tuvieran escuela. . . , pero le recordé el "respeto" que le inspiró la eximia doña Margarita Guerra, directora de una escuela por muchos años, a la que el "héroe" dio muerte en la ciudad de Chihuahua destrozándola a "cabeza de silla", quedando porciones de su cuerpo insepultas en el cerro de Santa Rosa.

Había otro que adopto una actitud muy solemne, hablando pausadamente como si fuera a revelar algo "desconocido". . . y resultó que sólo fue a descubrir "el café con leche" mostrándose muy enterado de los nombres de quienes ejecutaron a Villa, y mencionó a algunos, pero no a todos, y luego, con espectacularidad vulgar, pretendiendo estremecer al auditorio, relató una visita que hizo a una cantina que encontró tapizada con fotos del bandido. . . ¡qué cosa tan notable! Hondamente lamenta este individuo que su "héroe" desapareciera, y llama "asesinos" a los valientes que expusieron sus vidas por liberar a México de aquella alimaña. Villa tenía 50 hombres pagados por Adolfo de la Huerta para su "seguridad", y los estaba utilizando como enviados para asesinar a aquéllos que más miedo le inspiraban. Este participante está muy lejos de comprender que todos aquellos amenazados eran varones verticales, eran hombres "masculinos" que en absoluta y limpia defensa personal consumaron aquel acto liberador. Esta calidad de varones no puede ni remotamente comprenderla este participante, que desde la negrura de su complejo interno se refocila, a nivel del hampa, con el relato de los tormentos dados a las inermes víctimas.

Otro más, que estaba sentado a mi derecha (usaba lentes oscuros, allá lo verás), acabando de oír que Villa asesinó a 200 mujeres dentro de un carro de ferrocarril en Ciudad Camargo, y que el mismo "héroe" bañó con petróleo a varias ancianas y les prendió fuego, y que también él personalmente asesinó a toda la familia González, en otro tiempo su aliada, dijo: "Yo amo a Villa porque fue un gran revolucionario". Tendría que explicarnos en cuál universidad le enseñaron el concepto tan extravagante de lo que es Revolución y amor viril.

El general Garfias sí explicó con claridad, por el conocimiento que él tiene de las artes marciales, que el mito de gran estratega que la prensa sensacionalista de Estados Unidos dio a Villa no fue más que eso: mito, puesto que el mismo general explicó que en Celaya, teniendo Villa elementos mucho muy superiores a los que tenía Alvaro Obregón, fue hecho pedazos en ocho batallas consecutivas. El mismo general Garfias explicó que la toma de Torreón se efectuó después de que tres días antes las tropas huertistas habían abandonado la plaza. Felipe Angeles en sus memorias describe la batalla de Zacatecas, que es bien sabido fue atacada por fuerzas cinco veces más poderosas que las defensoras, como una carnicería que no honra ni a vencedores ni a vencidos.

Dijo el general Garfias que Villa había sido un gran conductor de hombres, pero se le pasó decir que los conducía a la matanza (Celaya y tantas otras), y a nosotros nos consta, como cuando en la Semana Santa, en Parral, en 1919, entró porque el jefe gobiernista, Manuel Medinaveitia, huyó con su caballería traicionando a la Defensa Social. Entonces sí, Felipe Angeles y Villa se posesionaron de Parral y asesinaron a quienes quisieron asesinar, entre ellos al anciano don Ignacio Loya, padre de Ignacio, compañero de abigeato de Doroteo Arango antes de la Revolución. Cosa igual había sucedido en Torreón en diciembre de 1916, cuando abandonaron la plaza los generales Severiano Talamante y Fortunato Maycott; fue entonces cuando posesionado de la plaza asesinó Villa a cientos de chinos, lanzándolos desde lo alto de un edificio de donde lo sostenían de los brazos dos de sus secuaces mientras él, con el pie, lanzaba al vacío a los infortunados. Para defender la plaza se había quedado sola la Brigada Juárez, allí murió nuestro tío Luis.

Y hasta aquí, querido primo; ya resultó esta carta como lo que le decía Bernard Shaw a un amigo: "Te escribo largo porque no tengo tiempo para escribirte corto. . .". Tú me escribirás cuando hayan visto "Contrapunto" allá, y observarás que si no hubiera sido por mi participación no habría habido contrapunto, ya que el resto de participantes eran

todos enfermos del "complejo de complicidad moral con el criminal", morbo contaminante que no creo ni la psiquiatría pueda ya contrarrestar. . . y son estos acomplejados los funestos propagandistas de la mentira porque logran colocarse en la prensa nacional y no desaprovechan oportunidad para seguir engañando al noble y desdichado pueblo mexicano.

Querido primo, ya los verás allá, ¡todos universitarios!. . . excepto yo que no tuve más universidad que la brutal de la Revolución. ¡Qué dolor recordar. . . y qué difícil olvidar!

Te abrazo con el cariño de siempre, esperando pronto estar con ustedes para que nos hagan pasar gratos momentos con ese tu bendito carácter con que Dios te dotó. Recuerdos mil, tu "atareada" prima, Celia.

Ingeniero Jacobo Mucharraz Yarza.
Romero 152, esq. Bolívar,
Col. Niños Héroes de Chapultepec
C. P. 03440.
México 13, D. F.

a 22 de septiembre de 1986.

Señorita Celia Herrera Enríquez
Ciudad.

Distinguida señorita Herrera:

Desde hace algún tiempo tenía el propósito de escribirle para patentizarle mi felicitación por el contenido de su libro, que lleva por título **Francisco Villa** ante la historia, pero asuntos de trabajo me lo habían impedido, por lo cual me disculpo y aprovecho la oportunidad para hacerle llegar mi más sincera felicitación por la valentía que tuvo al tratar temas tan escabrosos de la Revolución Mexicana de 1910, y quitarle la máscara de héroe, que políticos sin escrúpulos le han otorgado a Francisco Villa.

Me tomo la libertad de adjuntarle fotocopia de la carta que, con fecha 9 de agosto último, remití al señor doctor Enrique Coloma (de las Flores, Jilotepec, Estado de México), quien en **Foro de Excelsior** del 29 de enero anterior publica una carta titulada, "Villa provocó a Pershing", en la cual proporciona interesantes juicios relacionados con Francisco Villa y anuncia la publicación de un libro provisto de testimonios documentales que por años ha reunido en su voluntario retiro.

En esa carta que le dirijo al doctor Coloma le suplico agilice la publicación de dicho libro, a fin de que se aclaren muchos aspectos de la Revolución Mexicana y así deje de alabarse al bandolero que injustamente privó de la vida a tanta gente inocente y dejó en la orfandad a miles de niños.

Hago constar también algunos comentarios de otras cartas de **Foro de Excelsior** publicadas por usted y por otras personas, en relación con las infamias cometidas por Francisco Villa.

Me permití hacer algunas citas de su importante libro, entre las que destaca la carta de felicitación que, con fecha 9 de marzo de 1940, le envió a usted el señor general e ingeniero Ignacio C. Enríquez, ex gobernador del estado de Chihuahua.

Asimismo, asiento que en el libro **Muerte de Villa**, de Antonio Vilanova Fuentes, se publica el Decreto expedido con fecha 14 de enero de 1916 por don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, en el cual se asienta que quedaban fuera de la ley el cabecilla reaccionario ex general Francisco Villa, Rafael Castro y Pablo López y que cualquier ciudadano de la República podía aprehenderlos y ejecutarlos, sin formación de causa, levantando un acta en la que hicieran constar su identidad y su fusilamiento.

En ese libro consta también la proclama que hizo, el 13 de agosto de 1919, el gobernador del estado de Chihuahua, señor ingeniero Andrés Ortiz, en la que declara fuera de la ley a Villa y manifiesta que ha depositado en la Jefatura de Hacienda cincuenta mil pesos oro nacional, que entregaría al individuo o individuos que presentaran a las autoridades al bandido Francisco Villa.

Igualmente asiento que, con fecha 20 de mayo de 1920, fue publicado el Decreto del estado de Chihuahua, firmado por don Tomás Gameros, en su carácter de Gobernador Provisional de dicho estado, firmado también por mi tío, el señor licenciado Jesús Mucharraz Calderón, en su carácter de OF.M.E. de la Secretaría de Gobierno, en el cual ofrecían

un premio de cien mil pesos a la persona que entregara vivo o muerto al bandolero Francisco Villa.

De niño, camino a mi escuela primaria, tuve oportunidad de leer, pegado en las paredes de las esquinas de las principales calles de la ciudad de Chihuahua el citado Decreto, expedido por un gobierno legitimamente constituido y en el cual consideraban fuera de la ley al citado asesino, y como se asienta ofrecían recompensa en efectivo por su captura.

Oficialmente no hubo derogación del mencionado Decreto, de fecha 20 de mayo de 1920, y por el contrario, el 11 de junio de ese mismo año, el Gobierno del estado de Chihuahua dirigió una circular a todos los presidentes municipales solicitándoles su cooperación para el aniquilamiento de Villa.

Esa circular fue firmada también por mi tío, señor licenciado Jesús Mucharraz Calderón (hermano de mi padre), en calidad de OF.M.E. de la Secretaría de Gobierno.

Por el contenido de los documentos de referencia no se justifica que al “héroe revolucionario”, como burlescamente lo calificó Salvador Novo (Últimas Noticias del 1 de enero de 1940), se le atribuyan sobresalientes hechos históricos, le rindan honores y hasta le erijan estatuas los políticos convenencieros de nuestro sufrido país.

Ya es tiempo de rectificar mitos o inexactitudes de orden histórico, pues según afirman algunos ilustres escritores: “Villa mataba a las personas que le habían dado de comer, para borrar huellas de su paso por algún lugar”.

Señorita Celia Herrera, en un acto de justicia, y además, por considerar de suma importancia para la historia de nuestro querido estado de Chihuahua y concretamente en relación con el cobarde asesinato que los villistas cometieron el 12 de diciembre de 1913 en la persona de mi padre, señor ingeniero Jacobo Mucharraz Calderón (que nació en Hidalgo del Parral, Chihuahua en 1877), no obstante su preparación y los valiosos servicios que prestaba al país y de haber sido de los fundadores del Club Antirreleccionista “Benito Juárez”, de la ciudad de Chihuahua, me permito acompañarle fotocopia

de la carta que, con fecha 3 de octubre de 1966, me remitió mi primo, ya fallecido, señor profesor Baudelio Pérez Mucharraz, en la que me adjuntó un recorte del periódico **El Fronterizo** de ciudad Juárez, Chihuahua, del 4 de septiembre del mismo año de 1966 que acompaño también en fotocopia.

Dicho artículo titulado “Luces y sombras de la Revolución”, contiene declaraciones que hizo mi pariente, rectificando la versión equívoca que daban sobre el asesinato de mi padre.

Espero que el contenido de ese artículo sea de utilidad para personas que, como usted, se dedican a la investigación de la verdad histórica de nuestro país.

Le ruego muy atentamente que, en caso de que publique algún otro artículo o libro sobre el tema de referencia, me lo comunique oportunamente, a fin de adquirirlo.

Deseándole una feliz conservación, me es grato suscribirme como su Afmo. Atto. y S. S.

Ing. Jacobo Mucharraz Yarza

Hidalgo del Parral, Chihuahua
 Noviembre, 1964.

Don José Pagés Llergo
 Director de Siempre
 México, D. F.

Muy señor mío:

La tarea de escribir historia es laboriosa y dolorosa. Yo tuve el placer de enviar a usted un ejemplar de mi libro *Francisco Villa* ante la historia, un humilde obsequio de mi modesto trabajo que ni siquiera pretende ser grande. . . y sin embargo, ¡si usted tan sólo pudiera imaginarse el tremendo esfuerzo que tuve que hacer a fin de escribirlo y publicarlo!, y también el gran sufrimiento, señor Pagés Llergo, pues trata de asuntos que son extremadamente dolorosos, y es imposible hacer a un lado del drama las emociones al mismo tiempo que la mente reconstruye eventos pasados y la Remington escribe.

Al momento de escribirle a usted la presente me vienen a la mente pensamientos sobre historia y sobre historiadores. Me digo a mí misma que es más difícil escribir acerca de historia contemporánea que acerca de hechos que tuvieron lugar hace veinte siglos. En el primer caso las pasiones todavía están vivas y aún duelen. Muchos de los que tomaron parte en los hechos aún viven y actualmente están manipulando los hilos de la política después de haber sido ellos actores de indecibles infamias.

He aquí la prueba de lo que digo: una planta eléctrica ha sido recientemente inaugurada en la ciudad de Chihuahua y le han puesto el nombre de Pancho Villa. Ellos se dieron maña, o más bien, ellos pudieron usar el nombre del Presidente, y un muy conocido y talentoso novelista se encargó de la ceremonia, la cual constituye la más grande ofensa al pueblo de Chihuahua: ¡homenajear al más cruel atormentador, el más grande traidor de la nación, que atacó Columbus y provocó la intervención extranjera. . .!

Pero continuaré con mis pensamientos acerca de la historia y los historiadores. Tomaré a Renán como un ejemplo. El, acompañado por su hija, viajó por todos los caminos y sendas por donde Jesús de Nazaret puso su pie, recogiendo datos y comprobando su autenticidad. Renán fue de sorpresa en sorpresa, y el resultado es de que de su famoso libro surge la Divina Personalidad de El, quien, de acuerdo con las palabras de Renán, si no fue Dios, merece, sin embargo, ser llamado así.

Renán, un sincero racionalista, llega a esta convicción. su razonamiento demolido, y asombrado, y maravillado, ante la realidad de algo que su propio razonamiento no puede resolver ni explicar: los muchos hechos que él meticulosamente examinó de acuerdo con su mente racionalista, la cual no puede aceptar ninguna cosa intangible o que no pueda ser probada. No obstante no tener testigos de esas escenas históricas, su gran talento pudo llegar a la fuente de los hechos, de los actos, de las actividades y de la conducta del Hombre-Dios cuya vida él investigaba.

Las biografías algunas veces dan más información y arrojan más luz sobre la verdadera situación y medio ambiente de su época que cualquier estudio general que de la historia se hace. Con la actual comprensión de la psicología moderna, los hábitos, padecimientos físicos, arrugas y marcas de cara y facciones son estudiados en las fotografías. De esta manera, al observar detenidamente una fotografía de Villa encontramos una mirada salvaje huidiza en sus ojos, observamos la forma de su barba, sus labios gruesos y sueltos, y podemos

así establecer su personalidad paranoica de perseguido-perseguidor, y de allí la lógica de sus actos. Acumulando hechos sobre hechos desde su infancia hasta el momento de su muerte, podemos obtener la idea exacta de su personalidad y de sus sentimientos. Su capacidad para odiar, su interés, o más bien su pasión de mando, su egolatría y bestialidad; su refinada hipocresía (muy refinada: cuando lloró ante Obregón en Chihuahua) y su habilidad para tricionar: su crueldad y carencia de escrúpulos. Su susceptibilidad a la influencia de los intelectuales oportunistas aduladores que lo rodeaban, algunos de los cuales fueron más responsables y más repugnantes que él mismo. También su extraordinaria y constante actividad, lo cual, de acuerdo con estudios de caracteres de este tipo por investigadores científicos, es anormalidad causada por sífilis hereditaria o contraída.

En la historia de la Revolución Mexicana algunos deslumbrantes escritores de bella prosa y gran imaginación. novelistas de nacimiento, han falsificado y adulterado los hechos, y han forjado un héroe de un paranoico afortunado. No importa lo muy bello que estos novelistas puedan escribir: éstos deben ser llamados a cuenta por el crimen de torcer la verdad de la historia y exigírseles la responsabilidad de sus mentiras y falsedades que con sus bellos escritos han divulgado. En uno de esos relatos falseados acerca de la toma de Zacatecas se pueden leer hermosos diálogos de héroes Homéricos.

Intencionalmente he mencionado al gran escritor Renán, y un libro sublime acerca de una Persona Divina para obtener un contraste completo con mi libro **Francisco Villa ante la historia**. Un contraste, porque yo no merezco siquiera el título de escritora: mi libro no es más que una colección de notas para uso de historiadores, y mi personaje es verdaderamente un monstruo de crimen y vileza. Pero el sistema de acumular hechos y comprobar hazañas, como lo hizo Renán, es el mismo. El lector se enterará de estos hechos y formará su propia opinión. Y, repito, este trabajo me ha costado un

enorme esfuerzo, mucho dolor y muchas lágrimas. . . Espero que sea de utilidad para mi patria.

Me complazco en saludarlo respetuosamente y repetirme como su S. S.

Celia Herrera.

Í N D I C E

| | |
|--|----|
| Mi dedicatoria | 7 |
| Prólogo | 39 |
| Doroteo Arango (a) Francisco Villa | 41 |
| Estalla la Revolución de 1910 | 46 |
| Contra Madero .. | 49 |
| Aficionado a decir discursos | 49 |
| Pascual Orozco | 50 |
| “El divino manoteo” | 55 |
| Victoriano Huerta | 58 |
| Llora en presencia de Huerta, en Jiménez | 58 |
| Viene el hundimiento del país | 59 |
| Victoriano Huerta, Presidente de México | 61 |
| ¡Como a Cristo... Como a Cristo! | 64 |
| Una tempestad | 65 |
| La Convención de Monclova, Coahuila | 69 |
| La División del Norte | 69 |
| Sinfonía heroica | 70 |
| La batalla de Torreón, Coahuila | 75 |
| La fuerza del ideal | 77 |
| Junio de 1914 .. | 78 |
| Alvaro Obregón | 79 |
| Zacatecas | 80 |
| Crece el peligro . . . | 82 |
| Triunfa la Revolución | 82 |

| | |
|---|-----|
| Regocijo popular | 83 |
| Verbenas... música... júbilo desbordado | 84 |
| Se acerca la traición | 85 |
| Un gallo pelón | 86 |
| Guillermo Benton | 88 |
| Segunda visita de Obregón a Chihuahua | 91 |
| La estrella de Obregón | 95 |
| El caos | 97 |
| En Mesa de Sandía, Durango | 104 |
| 23 de octubre de 1914 | 107 |
| Miguel Baca Valles | 109 |
| Villa increpa a Carranza | 110 |
| La Junta en Torreón | 111 |
| Y todos fueron villistas | 112 |
| Y obraban por cuenta propia | 114 |
| Concha del Hierro | 115 |
| La convención de Aguascalientes | 123 |
| Zapata y Villa | 132 |
| Apuestas y augurios | 135 |
| Salida al norte | 136 |
| Primera Celaya | 136 |
| Segunda Celaya | 137 |
| "El Dictamen", periódico de Veracruz | 144 |
| Más traiciones | 155 |
| Maclovio Herrera en Nuevo Laredo | 158 |
| Muere Maclovio Herrera | 161 |
| "Muerte y funerales del general Maclovio Herrera" | 163 |
| Emisión especial | 189 |
| El Presidente Eulalio | 191 |
| Más derrotas | 195 |
| El compadre Urbina | 201 |
| Rumbo a Sonora | 203 |
| Se le cansó el dedo | 204 |
| Mis recuerdos personales | 213 |
| Paludismo | 214 |
| "¡Yo soy de Zacatecas...!" | 215 |
| Las apuestas | 216 |

| | |
|--|-----|
| Fiestas Patrias | 217 |
| Charles Chaplin | 217 |
| Rumbo México | 218 |
| "Lafa Gafallifinafa" | 220 |
| Torreón | 221 |
| Jiménez, Chihuahua, enero de 1916 | 221 |
| Parral | 222 |
| El Santuario | 223 |
| Profunda raigambre | 224 |
| Santa Isabel | 225 |
| Columbus | 227 |
| Tremendos momentos | 233 |
| Parral, 1916 | 235 |
| Años de angustia en Chihuahua | 240 |
| Muere Luis Herrera, diciembre 1916 | 241 |
| Parral enjabonado | 244 |
| Francisco Murguía | 244 |
| Los "neutrales" | 245 |
| "The Alvarado Mining Company" | 246 |
| La vida en Parral... tenebrosa pesadilla | 247 |
| ¡Los villistas... los villistas! | 255 |
| Un Quijote de verdad | 256 |
| En Santa Ana | 257 |
| Murguía derrotado, marzo 1917 | 263 |
| Viernes de Dolores, abril 1917 | 267 |
| Parral, 8 de julio de 1917 | 268 |
| Jiménez, 1918 | 269 |
| Devastación | 272 |
| Asesinatos en corto periodo | 273 |
| En Santa María del Oro, Magistral y pueblos cercanos, Durango | 275 |
| En Tepehuanes | 275 |
| En Canutillo | 277 |
| Margarita Guerra | 277 |
| Diciembre, 1916 | 279 |

| | |
|--|-----|
| General Joaquín Amaro | 281 |
| La Influenza Española, octubre 1918 | 283 |
| Cuatro años vergonzosos | 285 |
| Último ataque a Hidalgo del Parral (Semana Santa de 1919) | 291 |
| ¿Y las familias? | 298 |
| El sábado | 301 |
| Domingo | 303 |
| El domingo en la noche | 306 |
| “Perded toda esperanza” | 308 |
| Héroes anónimos | 311 |
| Desesperanza | 311 |
| Felipe Ángeles | 313 |
| Melitón Losoya | 315 |
| El regreso | 317 |
| Doblar de campanas | 320 |
| En el atrio parroquial | 321 |
| A la escuela | 322 |
| Un lento renacer | 325 |
| Inefable encuentro... ¡Amado Nervo! | 327 |
| Noviembre 1919 | 328 |
| Emiliano Zapata | 335 |
| ¡Conoció la situación! | 342 |
| Cae asesinado en Tlaxcalantongo el Presidente de la Repú- blica, don Venustiano Carranza, 20 de marzo de 1920 | 343 |
| Obcecación | 345 |
| Rumores de rendición | 349 |
| Adolfo de la Huerta | 351 |
| Su vida en Canutillo | 354 |
| Villa se pinta a si mismo | 356 |
| Así como un milagro | 359 |
| Las averiguaciones en el juzgado | 362 |
| Jesús Herrera también pide garantías para Francisco Villa | 363 |
| Política... todo política | 369 |
| El colmo del cinismo | 370 |
| Melitón Losoya | 373 |

| | |
|---------------------------------------|-----|
| Otra vez don Jesús Herrera Cano | 376 |
| Jesús Salas Barraza | 377 |
| Se les poncharon todas | 379 |
| Salas Barraza | 381 |
| Don Joaquín Villalva | 381 |
| Don Jerónimo Soto | 382 |
| En la ciudad de México | 383 |

Para la juventud actual, y para quienes desconocieron la realidad del movimiento armado de la Revolución de 1910, la figura de Doroteo Arango ahora resulta controvertible, dado que el propio Gobierno Mexicano le ha levantado monumentos pretendiendo glorificarlo.

Doroteo Arango tomó el nombre de Francisco Villa al morir este jefe de la banda de malhechores a la cual pertenecía Arango; pero quedaron denuncias y actas de juzgados levantadas para la persecución de Doroteo Arango por numerosos homicidios cometidos en indefensos pastores y campesinos, así como por robos de ganado en Conchos (Chihuahua) y en pueblos del Estado de Durango, en años muy próximos a 1910.

Al estallar la Revolución de 1910 todavía Arango andaba huyendo de la justicia y fue hasta después del 20 de noviembre de 1910 cuando apareció al lado del señor Francisco I. Madero, en Bustillos, Chihuahua.

Mucho se ha escrito y mucho se ha novelado sobre la vida del "revolucionario" Villa, escritos en su mayoría plagados de mentiras; pero en el libro que hoy presentamos en su quinta edición, la autora reúne multitud de "datos de primera mano", mismos que, como la propia autora asienta: "pone a la disposición de la pluma honrada de un historiador consciente que, amando la verdad sienta el ineludible deber de presentar ésta ante el pueblo mexicano". Además se adiciona con los "Decretos de Recompensa" promulgados por varios gobernadores con el fin de capturar a Villa y las importantes opiniones y testimonios del teleauditorio hechos al programa "Contrapunto" del licenciado Jacobo Zabludovsky.

C O S T A - A M I C E D I T O R E S , S . A .
Soto 62 Tels.: 529-89-36 y 37 México 06300, D. F.
